Demóstenes

Discursos políticos
I

Demóstenes (Atenas, 384 a. C.-Calauria, 322 a. C.) es uno de los grandes oradores de todos los tiempos (Cicerón escribió que era «el orador perfecto») y estuvo intensamente implicado en la política ateniense y griega. Vivió en el siglo IV a. C., tiempo de gran agitación política, de declive de la ciudad-estado ática y de creciente hegemonía macedonia, a la que se opuso con toda su energía y capacidad intelectual.

Tras sus estudios de retórica, en los que se familiarizó con los oradores anteriores y sus recursos lingüísticos y argumentativos, así como con los del historiador Tucídides, Demóstenes trabajó un tiempo como logógrafo, o abogado en casos particulares, componiendo los llamados discursos privados, o forenses, de los que la tradición ha conservado muchos: más de cuarenta, si bien más de una docena parecen de otros autores. En este ámbito, sus discursos más famosos son los que afectan a asuntos personales del autor y los que discuten la herencia y la suerte de la familia del banquero Pasión.

No tardó, sin embargo, en interesarse por la actividad política: en 354 a. C. ya pronunció sus primeros discursos en público en este ámbito, y dedicó años a oponerse a la expansión de Macedonia y su rey Filipo II. Demóstenes, que conservaba el ideal de Atenas desde la lectura de Tucídides y quería preservar la libertad de la ciudad, trató de pactar con Filipo que no atacara Grecia. El orador fue decisivo para que Atenas y Tebas tomaran armas contra Alejandro Magno en la batalla de Queronea, en la que cayeron ante el conquistador macedonio. Demóstenes se suicidó antes de que los soldados del sucesor de Alejandro, Antípatro, pudieran acabar con su vida.

Sus mayores empeños fueron restablecer el espíritu público en Atenas y conservar la cultura griega ante la crisis de la ciudad-estado. Entre sus discursos políticos cabe mencionar, los iniciales de confrontación con Eubulo, el político más poderoso en la Atenas del momento. Después se centró por

completo en la política exterior ateniense, en relación con Filipo II de Macedonia, al que veía como gran amenaza para todas las ciudades griegas. Contra él escribiría, a lo largo de muchos años, cuatro Filípicas, en las que exhortaba a sus conciudadanos a enfrentarse a él para proteger la independencia de Atenas. A raíz de la conquista de Olinto, ciudad de la Calcídica, por Filipo II, Demóstenes escribió las tres Olínticas, en las que reclamó que los atenienses apoyaran a su aliado, pero esta ayuda militar fue en vano.

Demóstenes participó en una embajada para firmar un acuerdo con Filipo, y se mostró partidario de contemporizar con el macedonio, desde una perspectiva posibilista, reconociendo sus conquistas en la Hélade a cambio de evitar otras posteriores (razona su postura en Sobre la paz). En la Segunda y la Tercera Filípicas (considerada su mejor discurso), escritas a raíz del incumplimiento de la contención expansionista, Demóstenes se volvió resueltamente contra Filipo. Pero la mayoría de griegos veían en éste un garante de su seguridad. Abundó en esta línea en Sobre el Quersoneso. Demóstenes tomó el control de la política ateniense y se convirtió en el líder político más influyente de Atenas. La Cuarta Filípica es una declaración de guerra que condujo a una nueva derrota griega frente los macedonios: la de Queronea, aunque sirvió para demorar la conquista macedonia de parte de Grecia y de Bizancio. Demóstenes pronunció el discurso fúnebre por los atenienses muertos en la batalla. En Sobre la Corona, su discurso más famoso, escrito tras la muerte de Filipo y de su sucesión por su primogénito, Alejandro Magno, Demóstenes deplora la paz pactada con Macedonia y sus efectos, al tiempo que defiende su propia trayectoria política en favor de Atenas, frente al partido promacedonio de Esquines.

La fama de Demóstenes perduró a través de los siglos. Los filólogos de la Biblioteca de Alejandría editaron los manuscritos de sus discursos, y los estudiantes de Roma los leyeron para formarse en retórica. En su honor, Cicerón tituló Filípicas sus discursos contra Marco Antonio. En la Edad

Media y el Renacimiento fue el más leído de los oradores antiguos, y al cabo de los siglos influyó a los oradores de la Revolución Francesa y a los partidarios de la Constitución de los Estados Unidos.

Demóstenes

Discursos Políticos I

Biblioteca Clásica Gredos - 35

ePub r1.0

Titivillus 12.07.2020

Demóstenes, 341 a. C.

Traducción: Antonio López Eire

Introducciones y notas: Antonio López Eire

Asesor para la sección griega: Carlos García Gual

Revisión: Juan Antonio López Férez

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

INTRODUCCIÓN GENERAL

La figura de Demóstenes como orador y hombre de estado descuella poderosamente en el panorama político y literario de la Atenas del siglo IV a. C. Su vida, que tuvo una duración de sesenta y dos años —del 384 a. C., fecha de su nacimiento en el demo ateniense de Peania, al año 322, año en que se suicida ingiriendo veneno para no caer vivo en manos de Antípatro—, fue un continuo testimonio de patriotismo y apasionada defensa de la independencia ciudadana en un momento en que las ciudades griegas sintieron seriamente amenazadas sus libertades ancestrales. Sus discursos políticos vienen a ser el canto del cisne de la democracia ateniense y de la autonomía de las *póleis* helénicas.

Todo en Demóstenes —su vida y su obra— respira sobrehumano esfuerzo y revela una voluntad indomable en la lucha y un temple de ánimo inasequible al desfallecimiento. Pensemos en el acervo de anécdotas que nos refieren las dificultades de nuestro orador para vencer las trabas que la naturaleza impusiera a su anhelo vocacional de llegar a ser experto en el arte de la elocuencia. El pobre aprendiz de orador, derrochando tesón encomiable, superó sus defectos a base de penosos ejercicios propios del más acendrado ascetismo[1]. Y no pararon aquí las penalidades que el destino le obligó a padecer: huérfano de padre a los siete años[2], sus tutores Áfobo, Demofonte y Terípides dilapidaron deslealmente la herencia que en derecho le correspondía, y por ello hizo sus primeras armas en la oratoria forense siendo aún muy joven, en el 363 a. C., recién alcanzada la mayoría de edad y reconocidos sus derechos ciudadanos. Poco después, al

no haber podido recuperar más que una ínfima parte de los bienes que su padre le legara, se vio obligado a ganarse la vida como logógrafo y abogado, actividades a las que se volvió a dedicar una vez comenzó a desempeñar las tareas de estadista en el año 345 a. C. En torno a esta fecha nuestro orador ejerce también en Atenas magisterio de abogacía y elocuencia[3].

Tanto estudio y dedicación a la oratoria hicieron de él un cuerpo físicamente débil que albergaba un espíritu de colosal energía, si bien un punto tímido y vergonzoso. Su enemigo Esquines nos informa de su indumentaria afeminada[4] y refiere que en su juventud se dedicó con mayor afán al aprendizaje de la retórica que a la caza. En cuanto a su timidez, baste recordar su repugnancia a dirigirse al pueblo con improvisado discurso o cómo se acobardaba y retraía en la tribuna de la Asamblea ante el griterío y alboroto que provocaban sus enemigos[5].

Como hombre público tuvo que hacer frente con denuedo a un sinnúmero de problemas y conflictos que le ocasionaron no pocos trabajos y aflicciones. En efecto: cuando Demóstenes interviene directamente por vez primera en la política exterior de Atenas, en el 354 a. C., la capital del Ática vive plenamente la crisis de la democracia producida por la acumulación de una serie de inconvenientes derivados del desequilibrio económico, social y político que se venía arrastrando a partir de la guerra del Peloponeso. La devastación de las tierras, la destrucción de viñedos y olivares, las revueltas de las ciudades aliadas que se entregaban a los harmostas lacedemonios, la desaparición brusca del tributo (*phóros*) de la Liga Ático-Délica que pagaban las ciudades confederadas, la demolición de los Muros Largos de Atenas y la desintegración de su flota, que le aseguraba el dominio del mar, provocaron el desinterés de los ciudadanos por la política y su tajante negativa a contribuir en la medida de sus posibilidades a sufragar los gastos de la guerra. Tucídides y Aristófanes nos proporcionan información acerca de los graves problemas financieros y militares que aquejaban a la ciudad de Atenea en los últimos

años de su confrontación armada con los lacedemonios: Atenas estaba por esas fechas sumida en un lamentable estado de anarquía y desorganización, de las que eran responsables los sucesores de Pericles en la magistratura suprema del estado: el vulgar Cleón, el ambicioso Alcibíades, el charlatán Cleofonte. Esta falta de autoridad de los dirigentes políticos favoreció los dos intentos que realizaron los partidarios de la oligarquía para hacerse con el poder[6].

Aplastada en el 404 a. C. por los lacedemonios y sus aliados, Atenas pudo, sin embargo, rehacerse de sus abatimientos gracias sobre todo a la hostilidad surgida entre Lacedemonia y Tebas, que, como es bien sabido, hizo perder a los espartiatas su hegemonía militar en Grecia. Y así nos encontramos con que en el 357 a. C. Atenas es una ciudad-estado importante en la Hélade. Bien es verdad que ya no mantiene la supremacía entre los griegos ni domina el mar Egeo y los Estrechos, pero sí cuenta con recursos financieros e industriales estimables, numerosos aliados y cleruquías y, especialmente, una serie de hábiles políticos y excelentes estrategos.

En el 378 a. C. se había constituido la Segunda Liga marítima, en la que Atenas no recibía ya la parte del león como en la Confederación Ático-Délica, pero de la que surge un fondo monetario procedente de las «contribuciones» (*syntáxeis*) —ya no *phóros* «tributo» de la anterior Liga— que aportaban sus miembros. El propósito de esta nueva Liga, tras la que se escondía la sutil inteligencia de Calístrato, el orador y estadista más hábil de la época, era el de obligar a los lacedemonios a respetar el derecho de los demás griegos a vivir en paz, libertad e independencia; y esta política de oposición a Esparta, de la que Calístrato no participaba plenamente, pero en la que inteligentemente vio el resurgimiento del poder de Atenas, agrupó bajo la misma bandera a Atenas, Quíos, Bizancio, Mitilene, Metimna, Rodas, la mayor parte de las ciudades de Eubea, Tebas, las ciudades

tracias, la Liga Calcídica, Corcira, a Jasón de Feras, futuro caudillo de Tesalia, y a Alcetas, principe del Epiro.

A partir de este momento comienza un período caracterizado por el decrecimiento progresivo del prestigio de Esparta, la extensión paulatina del área de dominio de Tebas, que se impone en Beocia, y los primeros éxitos navales de Atenas frente a los lacedemonios. En el 376 a. C… Cabrias, al frente de ochenta trirremes, derrota a la flota de los lacedemonios en aguas de Naxos, y Timoteo, hijo de Conón, circunnavega el Peloponeso. En 372 a. C., Ifícrates captura las naves que Dionisio de Siracusa había enviado en apoyo de los espartanos, que con su flota bloqueaban el puerto de Corcira.

Un año más tarde (371 a. C.) triunfa la política de Calístrato, más receloso del creciente poder de Tebas que hostil a Esparta; y así, Atenas y sus aliados, los lacedemonios y Tebas concluyen la «paz de Calias» sobre el común acuerdo del respeto a las autonomías de todas y cada una de las ciudades griegas. Pero no tarda Esparta en violar esta paz atacando Tebas. Es precisamente entonces (371 a. C.) cuando tiene lugar un acontecimiento inesperado que dio al traste con la hegemonía espartana: la novedosa táctica militar de Epaminondas, el excepcional estadista y general tebano, deshizo al ejército lacedemonio comandado por el rey espartano Cleómbroto.

Al año siguiente muere Jasón de Feras, personaje de singular relieve histórico no sólo por haber conseguido la unificación de Tesalia, sino además porque proyectaba llevar a cabo en Grecia la tarea que posteriormente el Destino concederá a Filipo de Macedonia.

Con el triunfo de Tebas en Leuctra (371 a. C.) se inicia la hegemonía tebana en Grecia, que acabará en Mantinea en el 362 a. C., a raíz de la muerte de su artífice, Epaminondas. Esta efímera supremacía tebana —duró nueve años— fue aprovechada por Atenas, que con vistas a engrandecer su imperio se alió con Esparta. Del 366 al 364 a. C. se registran

importantes éxitos atenienses: Timoteo captura Samos, obliga a varias ciudades de la Calcídica a formar parte de la Confederación Ateniense y gana Atenas la ciudad de Sesto, de importancia decisiva, por su privilegiada situación en el Helesponto, para el transporte marítimo de grano desde las costas del Ponto Euxino.

Si hasta este momento se observa cierta recuperación en Atenas, que al finalizar la guerra del Peloponeso había quedado sumida en un espantoso marasmo, muy pronto —en torno al 360 a. C.— se cierne sobre la patria de Demóstenes una nube de funestos presagios: Filipo II de Macedonia toma las ciudades de Anfípolis, Pidna, Potidea, Metone y el asentamiento de Crenides —desde entonces llamado por él Filipos—, situado junto al monte Pangeo, famoso por sus yacimientos auríferos, que llegaron a producirle unos ingresos anuales de más de mil talentos. Los «filipos» de oro macedonios terminarán por desplazar a la moneda de plata ateniense. Al mismo tiempo, tracios, ilirios y peonios, anteriormente aliados de los atenienses, se encuentran ahora fuertemente atenazados, prácticamente reducidos a la impotencia por obra de Filipo.

En el 357 a. C., justamente el año que señala el comienzo del catastrófico declive de Atenas, cuatro de entre sus ciudades aliadas, Bizancio, Quíos, Rodas y Cos, que figuraban entre las más ricas y mejor dotadas para la guerra naval, instigadas por Mausolo, el ambicioso sátrapa de Caria, se declaran en rebeldía, y tras la llamada «Guerra de los aliados» (357-55 a. C.) se separan de la Confederación. Atenas fue derrotada en Embata (356 a. C.) y, ante la amenaza de intervención persa, entró en negociaciones con los rebeldes y firmó la paz (355 a. C.).

En el 356 a. C., a raíz de un conflicto surgido entre la Anfictionía, manejada por Tebas, y los focidios, que se negaban a pagar las multas que les impusiera el Consejo por cultivar la llanura de Crisa, consagrada a Apolo, estalla entre tebanos y focidios la llamada «Tercera Guerra Sagrada». Al

lado de los primeros se alinearon los tesalios y locrios, mientras que a Fócide la apoyaban Atenas, Esparta y varias ciudades del Peloponeso. Los focidios, capitaneados por Filomelo, se apoderaron de Delfos. Más tarde derrotan a los tesalios, que se vieron obligados a abandonar la guerra. En el 354 a. C. muere Filomelo en el campo de batalla y le sucede Onomarco, que invadió Beocia, sometió Dóride, Lócride y parte de Tesalia, donde derrotó un par de veces a Filipo de Macedonia. Estos éxitos de Fócide, sin embargo, pronto se esfumaron para dejar paso a los fracasos, de los que se aprovechará al máximo el monarca macedonio, ansioso de llevar a cabo un ambicioso plan expansionista. En efecto, no tardó éste en imponerse a los focidios, que fueron desarmados y obligados a pagar rescate; y los votos que les correspondían como miembros del Consejo anfictiónico pasaron a manos de Filipo.

A estas dificultades que afectan a la política exterior ateniense hay que añadir una serie de escollos en los que tropieza la gestión de los asuntos públicos en la propia Atenas: los ciudadanos ricos se resisten a pagar la *eisphorá* (impuesto sobre la propiedad), ocultan sus capitales (al menos los «bienes no patentes», *ousía aphanḗs*), se niegan a procurar ocupaciones remuneradas a los ciudadanos pobres, por los que sienten el mayor de los desprecios. En cuanto a la organización de la *trierarquía* (prestación que hacen los ciudadanos más ricos pagando la construcción de trirremes y gastos de sus dotaciones), si bien de una manera general, la reforma de Periandro significaba realmente un avance al haber aumentado el número de los contribuyentes; sin embargo, la sustitución del *trierarca o sintrierarca* por el grupo de trierarcas o *sinmoría* (gr. *symmoría*) tenía el inconveniente de diluir en exceso las responsabilidades individuales. Lo mismo podría decirse respecto de la reforma de la *eisphorá* llevada a cabo por Calístrato de Afidnas, según la cual los contribuyentes estaban divididos para el pago de sus impuestos en cien *sinmorías*.

Por otro lado, la explotación de las minas de Laurion ya no era en el siglo IV a. C. lo que había sido un siglo antes. Igualmente, la agricultura, la industria y el comercio sufren un apreciable retroceso y las exportaciones experimentan fuerte reducción. La hegemonía comercial de la Atenas del siglo V a. C. ya no existe; las finanzas de la ciudad se ven seriamente amenazadas y una inestabilidad social y política, consecuencia del deterioro del comercio exterior, nace a raíz del aumento del número de indigentes y de la concentración del capital en pocas manos. Este desequilibrio socio-económico desencadena el desfase entre el ciudadano y el soldado. Si en la Atenas imperialista del siglo V a. C. existe una equivalencia entre ciudadano y soldado, en la crisis general del mundo griego del siglo IV a. C. el dinero de los ricos moverá los ejércitos integrados por los desposeídos, que se prestan a defender cualquier bandera a cambio de soldada. Estas mesnadas de mercenarios que combaten para ganarse el pan, cuando los salarios escasean, se entregan a bárbaros desmanes allí donde se encuentren sin respetar los intereses de la ciudad a la que sirven. Estas tropas mercenarias eran continuamente enviadas por Atenas en esta época a Asia Menor, donde el secular imperio persa estaba a punto de desintegrarse en varios estados independientes hasta que Artajerjes Oco logró el control de la situación.

Se encuentra, pues, Atenas, a mediados del siglo IV a. C., en una situación de decadencia magistralmente descrita por Isócrates en el *Areopagítico*; decididamente ya no es la Atenas del *Panegírico* que junto con Esparta —hermoso sueño— presidiría toda la Hélade y trasladaría las guerras locales entre helenos a un frente común en Asia Menor, donde los griegos lucharían contra los persas forjando al tiempo la unidad de Grecia. Es la Atenas a la que un experto en economía política, el autor del opúsculo *Ingresos*, Jenofonte seguramente, aconseja que trueque el avasallador imperialismo de antaño por una actitud más humilde, liberada de ambiciones y aspiraciones de poder, y solícita, en cambio, de saneamiento

económico y progreso comercial. En este folleto su autor nos expone que la población ateniense ha ido disminuyendo, la industria y el comercio se han paralizado, y que no atracan en el Pireo naves extranjeras; insiste en la necesidad que tiene el estado de procurarse los impuestos que ya no pagan los ricos metecos, que, obligados a cumplir el servicio militar durante la guerra pese a carecer de derechos ciudadanos, abandonaron Atenas; pide para estos metecos ciertos beneficios, facilidades y mejoras, y finalmente hace una relación de los yacimientos mineros metalíferos del Ática acompañada de propuestas para incrementar la producción de plata en las minas de Laurion. A proponer tales consejos le mueve el ver a su ciudad víctima de tanto trastorno y desarreglo.

A todo este conjunto de adversas circunstancias enfrenta Demóstenes una política instigada por el deseo de ver retoñar las glorias del pasado, convertidas a la sazón en meros recuerdos históricos. Pero este anhelo de restauración del poder de Atenas lo somete nuestro orador al control del más cauteloso realismo, siguiendo en ello el modelo de los eminentes estadistas y estrategos de la Segunda Liga marítima, en especial el ejemplo de Calístrato de Afidnas.

Unas cuantas anécdotas nos ilustran sobre este particular; se nos transmite que Demóstenes leyó y releyó la obra de Tucídides. Luciano[7] refiere que nuestro orador escribió ocho veces la obra del historiador, manuscritos que Sila habría transportado luego a Italia. Zósimo[8] relata una inverosímil historia cuya sustancia viene a ser, poco más o menos, ésta: el eximio orador pudo reconstruir íntegramente, merced al esfuerzo de su poderosa memoria, el ejemplar de la «Historia de la Guerra del Peloponeso» que había perecido víctima de un incendio que sufriera la Biblioteca de Atenas. En el siglo VI de nuestra era, el historiador bizantino Agatias[9] todavía insiste en que Demóstenes se había empapado en la obra tucididea. Esto por lo que se refiere al sentimiento de admiración que en nuestro orador despertó el conocimiento del poder, riqueza y prestigio de la Atenas de antaño.

En cuanto a la mesura y realismo de su política, que fueron también señaladas características del inteligente estadista y orador Calístrato de Afidnas, Plutarco[10] narra la siguiente anécdota: Siendo joven todavía Demóstenes, aún no llegado a la mayoría de edad, acompañado de su preceptor, se introdujo, contra la prescripción legal, en la Asamblea del pueblo, donde a la sazón Calístrato de Afidnas, famoso por su sagacidad en la política y el vigor de su elocuencia, hacía frente a la acusación de alta traición que contra él dirigía el partido protebano de Atenas, inculpándole de la pérdida de la ciudad de Oropo, situada en la frontera entre el Ática y Beocia, y haciendo responsable de tal quebranto a su actitud hostil hacia Tebas. El acusado se defendió con tal elegancia y gallardía, que no sólo convenció a los jueces, sino que además entusiasmó a los asistentes al proceso, entre los que se contaba el futuro maestro de oratoria.

Los tres primeros discursos políticos de nuestro orador son piezas oratorias escritas para otros, en las que Demóstenes (al menos en dos de ellas, *Contra Androción* [XXII] y *Contra Timócrates* [XXIV]) no habla en nombre propio, sino como militante del partido de la oposición, presidido por Eubulo. En el *Contra Leptines* (XX), Demóstenes se nos presenta como abogado de Ctesipo, el hijo de Cabrias. De todos modos, los tres discursos van dirigidos contra personalidades del partido por entonces en el poder, a cuyo frente se encontraba Aristofonte. El propósito que en ellos alienta es el de poner de manifiesto el mal gobierno y la lamentable gestión económica que llevan a cabo unos políticos que, no contentos con haber permitido que el estado perdiese a los más importantes miembros de la Confederación, se empeñaban en tomar medidas de recuperación aún más desastrosas. En esta primera etapa de su carrera política nuestro orador pertenece al partido de Eubulo, insigne hacendista, defensor a ultranza de una política fundamentalmente atenta a los asuntos económicos y financieros del estado.

Con estos tres discursos, que corresponden a tres procesos de política fiscal, ganó Demóstenes el acceso a la tribuna de los oradores en la Asamblea. Estamos en el año 355 a. C. A partir de este momento, nuestro orador se dirige al pueblo para aconsejarle en materia de política exterior.

Comienza esta nueva labor en el 354 a. C., fecha en que pronuncia el discurso titulado *Sobre las sinmorías* (XIV). Corrían por entonces rumores en Atenas, según los cuales Artajerjes 111 Oco estaba realizando impresionantes preparativos con el propósito de emprender una campaña militar en gran escala. Por otro lado, en las relaciones no siempre amistosas entre Atenas y Persia había un hecho reciente que alimentaba ferozmente el resentimiento de los atenienses: el Gran Rey había amenazado a Atenas obligándola a firmar la paz que puso fin a la Guerra de los aliados. En estas circunstancias, el proyecto que Isócrates había expuesto en el *Panegírico* cobró sorprendente vigencia al tiempo que los partidarios de Cares y Aristofonte soñaban con reemprender la guerra contra Persia. Estos afanes belicosos hacen presa en el pueblo y Demóstenes, realista y prudente, decide frenar esos ímpetus guerreros proponiendo un nuevo impuesto para atender a los gastos de la escuadra naval. Coincide con sus conciudadanos al declarar también él que el Gran Rey es el común enemigo de los griegos, pero expone que para hacerle frente hacen falta barcos y dinero. Propone, pues, un plan de reforma de las agrupaciones de contribuyentes encargadas de aprestar una nave (*sinmorías*). De nuevo aparece en este discurso el fiel seguidor del programa político de Eubulo, un Demóstenes pacifista y especialmente dedicado al saneamiento de la hacienda pública.

Pero dos años más tarde (352 a. C.) nuestro orador pone en práctica su personal aspiración a una política más activa, con lo que se desvincula de la de Eubulo, excesivamente prudente y tan sólo atenta a los asuntos internos. Así, abogando por los megalopolitas, trata de restablecer la línea de actuación política anteriormente seguida por Calístrato, a saber, el

principio del equilibrio de fuerzas, tan admirado en Demóstenes por Lord Brougham. Pronuncia, pues, nuestro orador el discurso que lleva por título *En defensa de los Megalopolitas* (XVI).

Para entender este discurso hay que tener bien presente que en el enfrentamiento entre Esparta y Tebas, esta última se había convertido en protectora de la Liga Arcadia y del Estado mesenio, que habían surgido como trabas impuestas por la nueva potencia al poder de los lacedemonios en el Peloponeso. Pero, al ser derrotada Tebas por los focidios comandados por Onomarco en el 352 a. C., Arcadia quedó desamparada frente a Esparta, que iniciaba contra ella preparativos militares. Acude, entonces, a Atenas, que a la sazón, y a raíz de la política inspirada por Calístrato, era aliada de los lacedemonios y al lado de ellos se había alineado en Mantinea (362 a. C.) y seguía alineándose en la Tercera guerra sagrada, en la que atenienses y espartanos apoyaban a los focidios.

Pues bien, Demóstenes, sin dejarse influenciar por el bando proarcadio ni por el proespartano, se pregunta qué postura le conviene adoptar a Atenas. Y formulada la cuestión en estos términos, la respuesta es clara —así lo entendió nuestro orador—: si se pretende practicar la política de equilibrio de fuerzas, a Atenas le resultará más beneficioso apoyar a Arcadia. Los hechos que sucedieron con posterioridad mostraron que nuestro orador, pese a no haber sido aceptado el consejo que propuso en este discurso, tenía toda la razón. En efecto, los arcadlos, desechados por Atenas, acudieron a Filipo, de quien fueron desde entonces eficaces aliados y colaboradores.

Nuevamente nuestro orador se enfrenta a la opinión preponderante y a la política de Eubulo en el discurso titulado *Por la libertad de los rodios* (XV), en el que propone al pueblo ateniense la intervención en Rodas —tal como la solicitaba una diputación de exiliados demócratas rodios— para defender la democracia contra la tiranía de Mausolo, príncipe de Caria, a quien acababa de suceder en el trono su

viuda Artemisia. Este dinasta cario, vasallo del Gran Rey, a tuerza de apoyar al partido oligárquico en Rodas había acabado con la democracia en la isla. El pueblo ateniense —incluidos estrategos y prohombres de la política— se regocija al ver humillados y suplicantes a los que poco antes fueran rebeldes altivos. Eubulo se mantiene Inanemente apegado a su política de no intervención, atemorizado ante Persia. Demóstenes, por el contrario, sabe ya a estas alturas que el verdadero enemigo de Atenas no es el Gran Rey, sino Filipo II de Macedonia. Por esta razón, en contradicción con la conducta recomendada en *Sobre las sinmorías*, cuando todavía era un secuaz de Eubulo, ahora exhorta a sus conciudadanos a la acción. En vano, pues no se le hizo caso. Pero una vez más la historia de los acontecimientos subsiguientes demostró lo acertado del asesoramiento, ya que Rodas y Quíos, rechazadas por Atenas, terminaron pactando con Filipo.

En estos tres discursos pronunciados entre el 354 y el 351 a. C. se desarrollan claramente las ideas y tesis de nuestro orador sobre tres importantes áreas que afectan a la política exterior de Atenas: Asia Menor y el imperio persa, el Peloponeso y el poder espartano, y el Egeo y las islas que habían sido miembros de la Segunda Liga marítima.

Otra zona geográfica, a juicio de Demóstenes, de enorme interés para Atenas, era la que configuraba el norte de Grecia, Tracia y los Dardanelos. A ella dedica su atención en el discurso titulado *Contra Aristócratas* (XXIII), escrito por nuestro orador para un tal Euticles de Tría y pronunciado probablemente en el 352 a. C. En él expone una línea de actuación política, contraria a la pacifista de Eubulo, cuyos objetivos principales son impedir que Cersobleptes se haga con el control de Quersoneso y tratar de desviar a Filipo de una zona tan vital para Atenas.

En la misma línea de atención hay que situar los sucesivos discursos dedicados a combatir la indolencia de Atenas ante la amenazadora propagación del poderío de Filipo, que ha

lanzado ataques contra las Termopilas, el Helesponto y Olinto: el *Primer discurso contra Filipo* (IV) y los *Olintíacos* (I-III).

Con los cuatro discursos *Contra Filipo* (IV, VI, IX, X) y los tres *Olintíacos* (I, II, II), Demóstenes se propone ya decididamente transformar la voluntad del pueblo, educándolo de forma que no se deje convencer por las lisonjas de los oradores adulones, que son la mayoría. Así lo afirma expresamente en el último párrafo (36) de la pieza oratoria titulada *Sobre la organización financiera* (XIII), cuya autenticidad[11], frente a las reservas planteadas por Blass en el siglo pasado, apenas se pone en duda actualmente. En los *Olintíacos* y los discursos *Contra Filipo (Olintíacas* y *Filípicas*, tradicionalmente) nuestro orador invoca el recuerdo de la Atenas floreciente y pujante de antaño, explica al pueblo la gravedad de la amenaza que, para Grecia y Atenas, supone Filipo y ofrece propuestas enderezadas a lograr la salvación de la ciudad: ingresar el fondo destinado para los espectáculos en un arca especialmente reservada para sufragar gastos de guerra, atacar por dos frentes simultáneamente; en suma, despertar del largo letargo y entrar en acción sacrificando, por bien de la patria, indas y haciendas.

Naturalmente, este proyecto chocaba demasiado violentamente con los intereses de los ricos propietarios atenienses, que se apiñaban en torno a Eubulo. Así se explica que un secuaz de este político, un acaudalado ateniense llamado Midias, arrogante y brutal, antiguo enemigo personal de Demóstenes, abofetease a nuestro orador cuando desempeñaba en las fiestas Dionisias el cargo de corego de su tribu. Este ataque dio lugar al *Contra Midias* (XXI).

El pueblo ateniense se negó a aceptar los sacrificios que Demóstenes recomendara, y en el 348 a. C. cayó Olinto y fueron destruidas todas las ciudades de la Confederación Olintíaca. Atenas, tras este desastre, se sintió necesitada de paz; también la recomendó el orador de Peania en *Sobre la paz* (V); y, curiosamente, él mismo y su encarnizado enemigo

Esquines fueron elegidos miembros de la delegación que para tratar de ella se envió a Macedonia, a la corte de Filipo.

La paz ansiada se hizo realidad en el 346 a. C. —«Paz de Filócrates»—, fecha tope en que hay que situar la redacción de la colección de los cincuenta y seis *Proemios* (LVI) (cincuenta y ocho a juzgar por la presentación que ofrecen de ellos los manuscritos) que han llegado hasta nosotros en el acervo de las obras de Demóstenes[12].

Cuando nuestro orador pronunció el discurso *Sobre la paz* (V) estaba plenamente convencido —contrariamente a Isócrates en su obra *Filipo*— de que el conflicto final y decisivo con el Macedonio sería inevitable. Si se resignó a aceptar la paz, fue porque veía el estado de aislamiento en que se hallaba Atenas, lo que anulaba toda posibilidad de encontrar en la guerra una opción política más realista y oportuna.

Dos años después de la paz, en el *Segundo discurso Contra Filipo* (VI), del 344 a. C., justifica con los hechos realmente ocurridos las advertencias por él expresadas y desoídas por sus conciudadanos, hace ver a sus compatriotas que el objetivo último de Filipo es la propia Atenas y termina la alocución con una fuerte invectiva contra Esquines, a quien la política exterior de Atenas debe tantos fracasos y desafortunadas determinaciones. Da la impresión de que Demóstenes sabe ya que próximamente tendrá lugar el proceso contra su odiado enemigo.

De la embajada enviada por Atenas para tratar de la paz con Filipo surgirá en el 343 a. C. el discurso *Sobre la embajada fraudulenta* (XIX), en que el de Peania acusa a su aborrecido adversario Esquines de haber desempeñado su misión diplomática de forma poco leal. El acusado, en cuya defensa abogan Eubulo y Foción, por escaso margen de votos resultó absuelto. Este mismo año, un poco antes del proceso contra Esquines, Hiperides, secundado por Demóstenes, logró que el tribunal condenase a Filócrates, colaborador de Esquines, que había dado nombre a la mencionada paz.

Dos años más tarde, en el 341 a. C., se fecha el discurso *Sobre los asuntos de Quersoneso* (VIII), en defensa de Diopites, a quien atacaba el partido promacedonio de Atenas porque, al frente de un ejército, utilizando el Quersoneso como base de operaciones, se había internado en zonas de Tracia que pertenecían a Macedonia. Poco después nuestro orador pronuncia el *Tercer discurso contra Filipo* (IX), la más vigorosa, apasionada y panhelénica de las *Filípicas*[13]; imbuida, bien es verdad, de un panhelenismo que no es favorable a Filipo, como el de Isócrates, sino, por el contrario, furiosamente antimacedonio. Demóstenes es en la *Tercera Filípica* el campeón de la libertad que con el irresistible ardor de su palabra evoca el sentimiento de solidaridad panhelénica y proclama la necesidad de que el patriotismo y el honor inspiren y alienten toda acción política.

A partir de este momento —estamos en el año 342 a. C.—, la elocuencia enardecedora del de Peania recorre las ciudades, sanando aliados para Atenas en previsión del inminente enfrentamiento con el Macedonio. En el *Cuarto discurso contra Filipo* (X), o *Cuarta Filípica, cuya* autenticidad, contrariamente a la opinión vigente en el siglo pasado, hoy es plenamente reconocida, el orador insinúa que incluso los persas podrían llegar a unirse a Atenas en la guerra contra el monarca de Macedonia. Lo cierto es que muchos estados de Grecia (Corinto, Acaya, Argos, Mesenia, Arcadia, incluso Tebas) se adhirieron a la Liga antimacedónica que capitanea la ciudad de Atenea, razón por la que, entre otras, los ciudadanos atenienses recompensaron a su bienhechor otorgándole una corona de oro en las fiestas Dionisias. Al mismo tiempo, nuestro orador atendía también con gran celo a aspectos de política interior, como el rearme de Atenas y la reorganización de las *sinmorías*.

Pero cuando el Macedonio, aprovechando una oportunidad de penetrar en Grecia central que le brindó el Consejo Anfictiónico, cayó sobre la ciudad beocia de Elatea —hecho que, al ser conocido, produjo en Atenas un tremendo estupor

magníficamente descrito en el discurso *Sobre la corona* (XVIII)[14]—, Demóstenes supo llegada la hora en que era menester que decidiesen las armas.

De este modo nos acercamos a la batalla de Queronea (338 a. C.), en la que quedaron sepultadas las autonomías de las ciudades griegas.

Por los caídos en esta batalla se pronunció en Atenas un *Epitafio*, que aparece en el *corpus* de las obras de Demóstenes con el número LX. La autenticidad de este discurso, como también la del *Erótico* (LXI), ha sido frecuentemente negada, si bien sin esgrimir en ambos casos razones de peso capaces de justificar tales veredictos[15].

En el 330 a. C., es decir, ocho años después de la batalla de Queronea, nuestro orador pronuncia el discurso titulado *Sobre la corona* (XVIII), obra maestra de la oratoria de todos los tiempos, que tuvo su origen en la irreconciliable enemistad de dos adversarios políticos, Esquines y el autor de esta soberbia obra.

En efecto, seis años antes de que naciese esta alocución, a propuesta de Ctesifonte, el Consejo de Atenas había aprobado un proyecto de decreto, en el que se premiaban los servicios públicos de Demóstenes con la recompensa de una corona de oro. La reacción de Esquines fue inmediata: acusó a Ctesifonte de haber propuesto una moción contraria a las leyes constitucionales. Y, a su vez, nuestro orador se sintió obligado a intervenir, haciendo uso de su legítimo derecho de réplica, para demostrar que ni la propuesta de Ctesifonte tenía nada de ilegal, ni su propia carrera política era desmerecedora del galardón que se le otorgaba, ni la vida pública y privada de su antagonista era digna de conmiseración o simpatía.

Poco después comienza el asunto de Hárpalo[16]. Este macedonio, consejero y tesorero de Alejandro, enamorado de la hermosa cortesana ateniense Glícera, amigo y favorecedor del pueblo de Atenas, aprovechando la ausencia de Alejandro, que a la sazón estaba en la India, huye de Babilonia con cinco

mil talentos robados y seis mil mercenarios, llega al Pírea y se pone a disposición del pueblo de los atenienses, a quienes pide asilo. Hiperides y el partido de los patriotas extremistas se declaran dispuestos a acogerle de inmediato y, aprovechando tan favorable coyuntura, iniciar una guerra relámpago contra Alejandro. Demóstenes, en cambio, patriota, pero moderado, no es partidario de lanzar a Atenas a una peligrosa e innecesaria confrontación armada. Al final se impuso una solución intermedia: Hárpalo sería retenido bajo custodia hasta la llegada de un enviado de Alejandro, a quien se le entregaría; entretanto, el dinero que había traído consigo sería depositado en la Acrópolis. Pronto se descubrió que la suma depositada era la mitad de la declarada por el depositante, quien, por cierto, el mismo año de su llegada a Atenas (342 a. C.) consiguió huir de allí a Creta. Se encargó al Areópago, por propuesta de Demóstenes, la misión de indagar el paradero del dinero que faltaba, y al cabo de seis meses presentó este tribunal, compuesto por personas desfavorables a la política de nuestro orador, una declaración en que figuraba entre otros el nombre del maestro de elocuencia. Condenado por ello a pagar cincuenta talentos, como no los tenía, fue reducido a prisión, de la que logró escapar en busca de un voluntario destierro. Pero poco fue lo que duró este exilio, transcurrido en Egina y Trecén. En el 323 a. C. la fiebre acaba con Alejandro en Babilonia, y al punto toda Grecia se conmocionó alentada por la esperanza de recuperar la libertad perdida. Así pues, se hizo volver a Demóstenes, que, reconciliado con quien antes fuera su acusador en el asunto de Hárpalo, Hiperides, une sus esfuerzos a los de éste con vistas a organizar una Liga de resistencia que hiciese frente al poder macedonio. Esta coalición comenzó logrando satisfactorios resultados en el desarrollo de las operaciones militares: Antípatro, general de las huestes macedónicas, fue obligado a refugiarse en la ciudad de Lamia —de ahí el nombre de «Guerra Lamíaca»—, situada en Málide. Pero pese a estos afortunados inicios de los griegos insurgentes, a la postre el general macedonio derrotó en Tesalia a las tropas de la alianza antimacedónica. El

caudillo vencedor no se contentó con imponer una guarnición en Muniquia y modificar la constitución de Atenas, sino que, además, exigió a los atenienses que le entregasen unos cuantos políticos antimacedonios, entre los que figuraban los dos patrióticos oradores, Hiperides y Demóstenes, que, en consecuencia, se vieron obligados a huir. Nuestro orador se acogió al sacro asilo —que tan poco le valió— del templo de Posidón en Calauria, islita situada frente a la costa meridional de la Argólide próxima a Trecén. Amenazado allí por el actor Arquias, comandante de la tropa que le perseguía, se suicidó ingiriendo veneno. Hemos llegado con esto al 322 a. C., año en que mueren Demóstenes. Hiperides y la independencia de Atenas.

De los discursos políticos no mencionados, se consideran espurios los titulados *Respuesta de la carta de Filipo* (XI) y *Contra Aristogitón* II (XXVI); del *Contra Aristogitón* I (XXV) se discute la autenticidad; naturalmente, no es de Demóstenes la epístola que con el título de *Carta de Filipo* (XII) se ha introducido de rondón en el *corpus*. Tampoco es auténtico el discurso titulado *Sobre el Haloneso* (VII), que se atribuye con bastante seguridad a Hegesipo.

Más complicado es el problema de la autenticidad en el caso de los discursos que fueron compuestos para pleitos civiles y han llegado hasta nosotros dentro del *corpus* de los discursos de Demóstenes. Algunos de ellos ya eran rechazados como espurios por los antiguos, como el *Contra Teocrines* (LVIII) o el *Contra Timoteo* (XLIX); otros, en cambio, no sólo no ofrecen duda sobre su autenticidad, sino que incluso nos sirven de referencia preciosa para seguir la evolución del estilo de nuestro orador. Tal es el caso, por ejemplo, de los «discursos contra sus tutores»: prescindiendo del problema que plantea el III *Contra Áfobo* (XXIX), estos discursos dejan entrever, por lo que se refiere a la argumentación, clara influencia de Iseo; y en el más perfecto de ellos, el I *Contra Áfobo* (XXVII) apunta ya un estilo sobrio sazonado con ciertos rasgos patéticos que prefiguran al Demóstenes más curtido,

autor del discurso *Sobre la corona*. Algo similar cabe decir respecto del titulado *Sobre la corona trierárquica* (LI), que en realidad no es un discurso privado, sino que fue pronunciado por Demóstenes, siendo trierarco, ante el Consejo en el 359 a. C. En él nos encontramos con un curioso testimonio del estilo de Demóstenes en sus comienzos: abundan en este discurso las antítesis bien medidas, los miembros de frase equilibrados, y hasta se da algún caso de *homoeoteleuton*, aunque sin llegar a caer en los esquemas de la oratoria isocratea; todavía las frases son cortas y no son frecuentes las amplificaciones propias de nuestro orador en la fase de madurez de su estilo.

Entre los discursos privados de Demóstenes se han introducido algunos tan claramente espurios, que de inmediato dejan patente tal carácter al ser confrontados con los genuinos. El caso más aparente en que se produce este contraste es el de los titulados *Contra Beoto* I (XXXIX) y *Contra Beoto* II (XL). En el primero se aprecia su autenticidad en la composición, en la argumentación, en el tono, que en determinado momento (XXXIX 36) recuerda al de una parte del discurso también genuino titulado *En defensa de Formión* (XXXVI 48), en la viveza de la narración, en el colorido y la fuerza de la expresión. Por el contrario, en el *Contra Beoto* II se perciben precisamente los matices estilísticos contrarios a los que caracterizan a los discursos de nuestro orador, a saber: un hiato abundante, numerosas negligencias en cuestión de ritmo, acumulación de sílabas breves, premiosidad y frecuentes repeticiones en la narración.

Problemas de autenticidad plantean también las seis cartas[17] que bajo el nombre de Demóstenes han llegado hasta nosotros en manuscritos bizantinos. Las cuatro primeras van dirigidas al Consejo y al pueblo de Atenas; la quinta es privada, enviada a un tal Heracleudoro, antiguo alumno de Platón; la sexta, muy breve, tiene como destinatarios al pueblo y Consejo atenienses y parece haber sido escrita durante la guerra lamíaca. Pues bien, de todas ellas sólo las cuatro primeras parecen claramente auténticas.

El estilo de Demóstenes es realmente difícil de definir, como es natural que lo sea el de un maestro de la elocuencia que descuella de entre los demás oradores griegos. Nos contentaremos, pues, con señalar algunos de sus principales rasgos: nuestro orador emplea a la vez y con igual soltura amplios períodos y frases breves, innovaciones léxicas y palabras de cuño poético, locuciones de la lengua coloquial y figuras de la dicción. En sus discursos sorprenden a un tiempo la brevedad descriptiva y la morosidad producida por sinónimos encadenados mediante conjunciones copulativas, las veloces enumeraciones de términos en asíndeton y las lentas recurrencias semánticas. Evita el hiato con moderación y admite un gran número de ritmos en los miembros de frase. Su elocuencia da a veces la impresión de un incoercible torrente verbal y otras, en cambio, recuerda la reposada expresión epidíctica. Su estilo es, en suma, más elevado que el de los oradores que se sirven de la elocución llana y más natural que el de los que observan rigurosamente las normas del ornato externo; no es tan sobrio como el de Lisias ni tan exuberante como el de Isócrates, pero es más rico que el del primero y más vivo que el del segundo; está alejado de las fórmulas de escuela; es patético sin perder gravedad, enérgico, dialogístico unas veces, otras descriptivo a base de una eficaz parquedad de rasgos y siempre provisto de armonía, variedad y vida.

La fama que alcanzó Demóstenes como político y orador comienza a hacerse notar ya antes de su muerte. El pueblo ateniense, como es sabido, reconoció su patriotismo, y un contemporáneo del autor del discurso *Sobre la corona*, un tal Esión[18], sostuvo que de entre las obras de los oradores anteriores y los de su misma época sobresalían con mucho, al ser leídas, las del orador de Peania.

Muerto ya el maestro de elocuencia, en el 280 a. C. (arcontado de Gorgias), a propuesta de su sobrino Demócares, los atenienses le erigieron una estatua de bronce para

conmemoración de su genio y figura, en cuyo pedestal[19] se grabó un dístico, que en traducción rezaba así:

Si tu fuerza, Demóstenes, a tu intención igual hubiera sido,
Nunca el Ares Macedonio a los griegos hubiera regido.

Con este tributo recompensó el pueblo ateniense a un hombre a quien Cicerón consideró el más grande orador de todos los tiempos, cuya valía publicaron ya los eminentes críticos Dionisio de Halicarnaso y Cecilio de Caleacte, y al que dirigieron calurosos elogios el anónimo autor del *Sobre lo sublime* y Quintiliano.

La admiración suscitada por Demóstenes entre los antiguos llega a su punto culminante con Hermógenes de Tarso, que le llama «el orador» por antonomasia; un siglo más tarde (s. IV), Libanio convierte al peanieo en objeto de estudio y modelo de imitación. Bien es verdad, no obstante, que ya desde pronto contó nuestro orador con encarnizados enemigos. La retórica del siglo III a. C. le fue adversa en consonancia con la antipatía que Aristóteles, partidario de la causa macedonia, debía sentir hacia el patriótico maestro de oradores. Sin embargo, su obra fue muy apreciada por filólogos de la talla de Calímaco y Cleócares.

Esta división de opiniones que mantuvieron defensores y admiradores por un lado y detractores por otro se ha extendido a los tiempos modernos. De entre los partidarios y encomiastas del insigne peanieo en los siglos XIX y XX cabe citar a Brédif, Pickard-Cambridge, Adams, Christ, Hartel, Pokomy, Clémenceau, etcétera; entre los detractores descuellan Droysen[20], a quien remonta el aborrecimiento de los modernos estudiosos hacia Demóstenes, Spengel, Beloch, Meyer, Weidner, Wendland, Kessler, Kahrstedt, Drerup, autor de un trabajo que rezuma odio contra nuestro orador, un «libro de guerra», *Kriegsbuch*, excesivamente influido por las circunstancias políticas en que fue escrito[21].

El punto de partida de la constitución del *Corpus* de nuestro orador se sitúa en la época del propio Demóstenes, que probablemente publicó parte de sus discursos. Muy pronto penetraron en esta colección algunos —especialmente forenses, aunque no de forma exclusiva— que no habían salido del cálamo de nuestro orador. Así se explica que ya Dionisio de Halicarnaso redujera el número de discursos demosténicos registrados por Calimaco en los *pínakes* a veintidós políticos y veinte privados. Schaefer aceptó únicamente veintinueve discursos del total de los transmitidos y Blass treinta y tres. Hay que tener en cuenta que, por muy sobrecargada que nos parezca hoy la colección, nos faltan cinco o seis discursos que se leían en tiempo de Dionisio de Halicarnaso y de Plutarco.

El orden de numeración de obras que se sigue en las ediciones es el del manuscrito F (*Marcianas* 416), de Venecia, acogido por Drerup[22] en su estudio sobre las ediciones antiguas de Demóstenes.

Se establecen cuatro familias de entre los manuscritos que transmiten la obra de nuestro orador: la primera incluye el *Parisinus* 2934 (S), del siglo X; el *Laurentianus*, LVI, 9, 136 (L), de los siglos XIII-XIV, y el *Vindobonensis* 70 (*Vind.* 1), del siglo XV. En la segunda familia descuella el *Augustanus*, I (*Monacensis* 485, A), del siglo X; en la tercera, el *Parisinas* 2935 (Y), de los siglos X-XI, y el *Laurentianus*, LIX, 9, de la misma época; en la cuarta, los más importantes son el *Marcianus* 416 (F) y el *Bavaricus* (*Monacensis* 85, B). Contamos también para la edición de nuestro orador con papiros descubiertos en Egipto, aunque de escaso valor en confrontación con los manuscritos, pues transmiten en general unas pocas líneas, más o menos mutiladas, de fragmentos de unos doce discursos aproximadamente.

En las bibliotecas españolas[23] hay varios manuscritos que transmiten obras de Demóstenes: uno del siglo XIV (Escorial 20), otro del XIV o del XV (Salamanca 224), cinco del XV

(Salamanca 231 y 243; Escorial 73 y 115; Madrid 4647) y dos del XVI (Salamanca 71; Escorial 111).

Entre las ediciones más importantes de Demóstenes a partir del Renacimiento hay que citar las Aldinas (1504), las venecianas (1543), la de Wolf (1572), la de Taylor (1748-1757), los *Oratores Attici* de Reiske (Leipzig, 1770-1775) con la adición de un *Apparatus criticus* debido a Schaefer (Londres, 1822-1827); los *Oratores Attici* de Bekker (Berlín, 1824); los *Oratores Attici* de Braiter-Sauppe (Zurich, 1838-1845); las ediciones de Dindorf (Oxford, 1846-1851), provistas de escolios; la de Voemel (1843, Didot); la de Blass-Fuhr-Sykutris (Teubneriana, 1885-1914-1937); la de Westermann-Müller-Rosenberg (Weidmann, Berlín, 1850 y sigs.); la de Rehdantz-Blass (Teubner, Leipzig, 1865 y sigs.); la de Weil (Hachette, París, 1873, *Harangues*; 1877-1886: *Plaidoyers Politiques*); la de Butcher-Rennie-Pickard-Cambridge (Oxford, 1903 y sigs.); la de Weil-Dalmeyda (París, 1912); la de Croiset-Gernet (Budé, París, 1924).

De las traducciones al español[24] de discursos de Demóstenes podemos citar las siguientes: la de Arcadlo de Roda (Madrid, 1872); la de J. F. V. J. D. M. (Madrid, 1820); la de la Biblioteca Universal, anónima (Madrid, 1902); la de Julián Sautu, S. I. (s. 1, s. a.); la de M. Corominas-E. Molist Pol, *Demóstenes, Discursos políticos*, Barcelona, 1969; la de F. de P. Samaranch-J. Pallí Bonet, *Elocuencia griega, Demóstenes y Esquines. Discursos completos*, Madrid, 1969. Estando ya este volumen en prensa, apareció la excelente traducción de algunos discursos de Demóstenes realizada por Emilio Fernández-Galiano: *Demóstenes, Discursos escogidos*, Madrid, 1978.

Para la presente traducción nos hemos atenido a la edición de Butcher-Rennie-Pickard-Cambridge, *Demosthenis Opera*, Oxford Classical Texts, 1903 y sigs.

BIBLIOGRAFÍA

I. Repertorios bibliográficos

K. Emminger, «Bericht über die Literatur zu den attischen Rednern aus den Jahren 1887-1904», *Jahresbericht über die Fortschritte der klassischen Altertumswissenschaft*, 166, 69-117.

D. F. Jackson-G. O. Rowe, «Demosthenes 1915-1965», *Lustrum* XIV (1969), Gotinga, 1971.

A. López Eire, «Demóstenes: estado de la cuestión». *Estudios Clásicos* XX (1976), 207-240.

II. Ediciones y comentarios

H. Butcher-W. Rennie, *Orationes*, Oxford, 1903-1931.

K. Fuhr-I. Sykutris, *Orationes*, I, II_1, Leipzig, 1914, 1937.

M. Croiset, *Démosthène, Harangues*, I-II, París, 1924-1925.

G. Mathieu, *Plaidoyers politiques*, III, IV, París, 1946.

O. Navarre - P. Orsini, *Plaidoyers politiques*, I, París, 1954.

J. Humbert - L. Gernet, *Plaidoyers politiques*, II, París, 1959.

L. Gernet, *Plaidoyers civils*, I-IV, París, 1954, 1957, 1959, 1960.

R. Clavaud, *Discours d'apparat*, París, 1974.

J. H. VINCE-A. T. MURRAY, *Demosthenes* («Loeb Classical Library»), I-VII, Londres, 1930-1956.

H. WEIL, *Les Harangues de Démosthène*, 2.ª ed., París, 1881 (3.ª ed. a cargo de G. Dalmeyda, París, 1912).

A. WESTERMANN, *Ausgewählte Reden des Demosthenes*, I-III, Leipzig, 1851-2.

H. WANKEL, *Rede für Ktesiphon über den Kranz*, I, II, Heidelberg, 1976.

III. ESTUDIOS GENERALES

C. ADAMS, *Demosthenes and his influence*, Londres, 1927.

G. CLEMENCEAU, *Démosthène*, París, 1924.

P. CLOCHÉ, *Démosthène et la fin de la démocratie athénienne*, París, 1937.

E. DRERUP, *Aus einer alten Advokatenrepublik* (*Demosthenes und seine Zeit*), Paderborn, 1916.

A. H. M. JONES, *The Athens of Demosthenes*, Cambridge, 1952.

M. F. GALIANO, *Demóstenes*, Barcelona, 1947.

W. JAEGER, *Demosthenes, Der Staatsmann und sein Werden*, Berlín, 1939. (Trad. esp.: *Demóstenes. La agonía de Grecia*, México, 1945.)

J. LUCCIONI, *Démosthène et le panhellénisme*, París, 1961.

G. MATHIEU, *Démosthène, l'homme et l'oeuvre*, París, 1948.

A. W. PICKARD-CAMBRIDGE, *Demosthenes and the last days of Greek freedom*, Londres, 1914.

A. PUECH, *Les philippiques de Démosthène: Étude et analyse*, París, 1939.

P. TREVES, *Demostene e la liberta greca*, Bari, 1933.

A. SCHAEFER, *Demosthenes und seine Zeit*, I-IV, 2.ª ed., Leipzig, 1885; reimpr., Hildesheim, 1966-67.

F. BLASS, *Die attische Beredsamkeit*, III, 1, 3.ª ed., Leipzig, 1893; reimpr., Hildesheim, 1962.

L. CANFORA, *Per la cronologia di Demostene*, Bari, 1968.

H. S. WOLFF, *Demosthenes als Advokat*, Berlín, 1968.

IV. LENGUA Y ESTILO

W. H. KIRK, *Demosthenic style in the private orations*, tesis doct., Baltimore, 1895.

D. KRUEGER, *Die Bildersprache des Demosthenes*, tesis doct., Gotinga, 1959.

G. RONNET, *Étude sur le style de Démosthène dans les discours politiques*, París, 1951.

V. LÉXICOS E ÍNDICES

J. J. RETSKE, *Index Graecus in Demosthenem*, Londres, 1823.

S. PREUSS, *Index Demosthenicus*, Leipzig, 1892.

VI. HISTORIA DEL TEXTO

J. TH. VOEMEL, *Notitia Codicum Demosthenicorum*, I-VI, Francfort, 1833-38.

— *Demosthenis Contiones quae circumferuntur*, Halle, 1857.

E. DRERUP, «Antike Demosthenesausgaben», *Philologus*, Supp.-Bd. VII (1899), 533-588.

L. CANFORA, *Inventario dei manoscritti greci di Demostene*, Padua, 1968.

D. IRMER, «Beobachtungen zur Demosthenesüberlieferung», *Philologus* 112 (1968), 43-62.

D. IRMER, *Zur Genealogie der jüngeren Demostheneshandschriften*, Hamburgo, 1972.

A. RUPPRECHT, «Die demosthenische Prooemiensammlung», *Philologus* 82 (1925), 365-432.

M. LOSSAU, *Untersuchungen zur antiken Demosthenesexegese*, Berlín-Zurich, 1964.

VII ESTUDIOS SOBRE DERECHO ÁTICO

L. BEAUCHET, *L'histoire du droit privé de la république athénienne*, I-IV, París, 1897; reimpr. Amsterdam, 1969.

J. H. LIPSIUS, *Das attische Recht und Rechtsverfahren*, Leipzig, 1905-15; reimpr., Hildesheim, 1966.

A. R. W. HARRISON, *The Law of Athens. I. The Family and Property*, Oxford, 1968; II. Procedure, Oxford, 1971.

D. MAC DOWELL, *The Law in Classical Athens*, Londres, 1978.

ARGUMENTOS DE LOS DISCURSOS DE DEMÓSTENES, POR LIBANIO[1]

Dado que, tú, Montio, el más destacado de los procónsules, a la manera del 1
homérico Asteropeo[2], ambidextro en lo que concierne a los discursos, ocupas el primer rango en la lengua de los romanos y en su cultura reconocidamente has alcanzado la preeminencia, y por otro lado, de la cultura griega tampoco andas despreocupado (como que eres capaz de sobresalir en ella por la talla de tu naturaleza), antes bien, te dedicas en general a sus oradores y en particular al más perfecto de ellos, Demóstenes, y además quisiste que yo te escribiera los argumentos de sus discursos, aceptamos gustosos la orden (pues sabemos que proporciona más honra que labor), y empezaremos la composición por la vida del orador, no narrándola de cabo a rabo (que eso es vano), sino haciendo mención de todos aquellos puntos que parecen contribuir a tina comprensión más exacta de los discursos.

Así que, de Demóstenes, el orador, el padre fue Demóstenes, inatacable por 2
su linaje, al parecer, como hasta Esquines, que era su enemigo, testimonia; al menos, así lo ha dejado dicho con sus propias palabras: «su padre era Demóstenes de Peania, hombre libre, que no vale mentir»[3]. Como poseía un taller de esclavos fabricantes de armas, de ahí había adquirido el apodo de «espadero». Sin embargo, el linaje materno del orador no era, según dicen, puramente ático, pues Gilón, el abuelo de Demóstenes, desterrado de Atenas a consecuencia de una acusación de traición, vivió por el Ponto, y allí se casó con una mujer de linaje escita, de la cual era hija la madre de Demóstenes, Cleobule. Por ello, algunos le han insultado en sus obras V, particularmente, Esquines, quien dijo que en ese caso era un escita, un bárbaro comportándose como griego por su lengua. Acerca de su linaje, pues, baste cuanto se ha dicho.
Cuando su padre le dejó huérfano era muy joven[4]. según afirman, de 3
constitución débil y enfermiza, de forma que ni frecuentaba la palestra, como todos los niños atenienses solían hacer. De aquí también le viene que, cuando se hizo hombre, fuese objeto de burlas por parte de sus enemigos a raíz de su blandura y que recibiera el sobrenombre de Bátalo. Pues se cuenta que hubo un tal Bátalo de Éfeso, flautista, el cual fue el primero que usó en escena sandalias de mujer y cantó afeminadas canciones y de una manera general emblandeció el arte; por eso, a los relajados y afeminados los llamaban Bátalos.

Se dice que Demóstenes derivó de aquí su profuso y vehemente impulso 4
hacia los discursos: Calístrato[5] era un famoso orador ateniense; éste iba a defenderse en un juicio por delito contra el estado, cuentan (imagino que era el

del asunto de Oropo). Entonces, Demóstenes, que era un niño, pidió al criado
encargado de su tutela que le permitiese asistir al juicio; y él se lo permitió. Y
tras haber oído la causa, en tal disposición entró, que a partir de aquel momento
todas sus horas libres las dedicó a los discursos. Se valió del magisterio de
Iseo[6], orador muy inteligente, y cuando fue inscrito en la lista de los varones
mayores de edad, al punto entabló litigio contra sus tutores por haber
administrado mal su hacienda. Y pudo con ellos, pero no le fue posible
recuperar todos los bienes que había perdido. En cuanto a los discursos 5
dirigidos contra sus tutores, hay quienes dicen que son de Iseo y no de
Demóstenes, basando su desconfianza en la edad del orador (pues tenía
dieciocho años cuando pleiteaba contra ellos) y porque, de alguna manera, los
discursos en cuestión revelan el estilo de Iseo. Otros opinan que fueron
compuestos por Demóstenes, aunque corregidos por Iseo, Pero nada de extraño
tiene que Demóstenes pudiera ya a esa edad componer discursos de esa
categoría (pues su posterior primacía es otra confirmación de ello) y que, a
partir del ejercicio que a tan temprana edad realizó bajo el control de su
maestro, haya imitado en muchos lugares de su obra los rasgos característicos
de aquél. Como quiera que sea, después de esos pleitos, avanzando un poco en
edad, se dio a la sofística y, luego, apartándose de ese menester, se dedicó a la
actividad de abogado defensor ante los tribunales. Y sirviéndose de esas
funciones como si fueran ejercicios gimnásticos, terminó entregándose a dirigir
el partido popular y a la política.

Aún hay que recordar también aquellos otros detalles, a saber, que era 6
tartamudo, defecto natural de su lengua, y un tanto débil de aliento; por uno y
otro motivo resultó que al ofrecer al público sus flojísima actuación no
alcanzase fama, al principio, por sus discursos. Por ello también, al que le
preguntó qué era la retórica, le respondió que una representación, enfadado
porque a causa de ella parecía él inferior a los bastante malos. Pero también
esos defectos a fuerza de práctica los corrigió, al igual que todas las demás
menguas que le obstaculizaban para el ejercicio de la oratoria pública. Pues
bien, era, al principio, timorato y asustadizo ante los alborotos del público, hasta
el punto de que inmediatamente cedía ante ellos. Por eso cuentan que él
observaba cuándo se producía un viento furioso y la mar se encrespaba con
fuerza y entonces, paseando a lo largo de las playas, pronunciaba sus discursos
y con el bramido del mar se acostumbraba a soportar los abucheos del público. 7
Se recuerdan de él, también, su aposentamiento en habitáculos subterráneos y
las desusadas afeitaduras que se hacía con el fin de no dar un paso fuera de la
habitación de su casa por miedo a la vergüenza. Y *que* ni por las noches dormía,
sino que se las pasaba trabajando en sus discursos a la luz del candil. Por eso,
precisamente, Piteas en son de burla dijo que los discursos de Demóstenes olían
a candiles, y a él le respondió Demóstenes con finura y, a la vez, con
mordacidad: «sé que te entristezco encendiendo candiles», pues a Piteas se le
había acusado de robar túnicas por las noches. Y, además —como todos
reconocen—, se aplicaba a beber agua para hacer gala de un raciocinio más
despierto. También se nos ha transmitido la noticia de que en cierta ocasión
colgó del techo la espada y que, en pie, debajo de ella peroraba. Y hacía tal por
la causa siguiente: al pronunciar los discursos solía mover el hombro de forma
inconveniente: así que suspendió la espada de modo que quedase encima de su
hombro, rozándole la piel, y de esta manera, por miedo a que le hiciese un tajo,
fue capaz de mantenerse en la postura adecuada.

Es necesario referir también cómo marchaba la política de Grecia y Atenas cuando Demóstenes se consagró a dirigir el partido popular. Los tebanos, tras 8 vencer a los lacedemonios, que eran los gobernantes de Grecia y que poseían el mayor poder, en Leuctra, pueblo de Beocia, ellos mismos avanzaron hasta conseguir fuerza, y poco después entablaron una guerra contra los focenses. Eran los focenses una nación limítrofe con Beocia, que tenía veintidós ciudades. Éstos atacaron y saquearon el templo de Apolo Pitio, que se encontraba cerca; por esa razón precisamente los tebanos rompieron las hostilidades contra ellos. Luchaban también los atenienses en la guerra llamada «de los aliados»: pues los quiotas, los rodios y bizantinos, que antaño fueran súbditos de Atenas, en esta ocasión se coligaron, hicieron una alianza y luchaban contra ellos. Y de este modo Grecia quedó dividida en muchas fracciones: los atenienses luchando contra los antedichos, los tebanos contra los focenses, y los lacedemonios contra los peloponesios. Fue en esa coyuntura cuando Filipo, hijo de Amintas, 9 llegó a ser rey de Macedonia. Pues Amintas, rey de Macedonia, tuvo tres hijos de la iliria Eurídice: Alejandro, Perdicas y Filipo. El mayor de ellos, Alejandro, murió asesinado a traición, y Perdicas, luchando contra los ilirios; Filipo, el más joven, estaba casualmente como rehén en Tebas, y cuando se enteró de la muerte de Perdicas, escapó a escondidas, llegó a toda prisa a Macedonia y allí se hizo con el poder. Los atenienses, por su parte, entonces, intentaban poner en el trono, valiéndose de un gran contingente de soldados, a otro personaje, que era de la familia real y había sido desterrado de Macedonia. Filipo les atacó y les venció en una batalla. Y a cuantos atenienses cogió prisioneros, los soltó sin pago de rescates, no por benevolencia hacia la ciudad ni por moderación de carácter…

SOBRE LAS PARTES DE LA RETÓRICA

Son tres las partes de la retórica: declamatoria, judicial y deliberativa: pues bien, en las dos últimas fue supremo luchador, la judicial y la deliberativa; en cambio no tenemos de él discursos de aparato. Pues los que se presentan como tales no hay que creer que sean de Demóstenes, el «fúnebre» y el «amoroso», ya que distan mucho de tener la fuerza propia del orador. Y no exponemos nuestra opinión, sino que ése también es el parecer de Dionisio de Halicarnaso, Porque se reconoce que Demóstenes pronunció un discurso fúnebre; pero no es lógico que el que se conserva sea el pronunciado por él, pues es muy mediano y flojo. Y de sus discursos deliberativos, unos tienen este título precisamente, «deliberativos»; otros, por el contrario, sin serlo menos, se titulan «filípicos», denominación adquirida por el hecho de que han sido pronunciados sobre el tema de los asuntos de Filipo; y cada uno de los filípicos tiene su propio título de acuerdo con la peculiaridad de cada uno de los asuntos en ellos tratados.

I-II-III

LOS «OLINTÍACOS»[*]

INTRODUCCIÓN

Olinto, antigua colonia griega situada en el istmo de Palene, en la Calcídica, entró a formar parte de la Liga Ático-Délica en el 475 a. C. Pero pronto se rebeló contra el imperialismo ateniense y no sólo rechazó el yugo de la hegemonía de Atenas, sino que, además, en plena guerra del Peloponeso ayudó decididamente a los enemigos de sus antiguos aliados y contribuyó en gran medida al éxito de la expedición que en el 424 a. C. emprendieron los espartanos, comandados por Brásidas, y que iba dirigida contra las colonias y posesiones de Atenas en Tracia.

Pero unos años más tarde, Olinto comprobó que si la alianza con Atenas era una carga onerosa, no lo era menos la aceptación de la soberanía de Esparta. Fruto de esta experiencia fue que desde el año 395 a. C. la ciudad calcídica fuese gestando su propia autonomía y acrecentando poco a poco su poder. Así se decidió Olinto a convertirse en cabeza de la confederación de ciudades griegas situadas en la Calcídica. Pero dos de estas ciudades, Acanto y Apolonia, se negaron a renunciar a su propia independencia y pidieron a Esparta que interviniese en su favor. Del 383 al 379 los espartanos, a instancias de Amintas, que antaño fuera rey de Macedonia, atacan la ciudad de Olinto y terminan por obligarla a pedir la paz y aceptar la supremacía de Esparta.

Pero la batalla de Leuctra (371 a. C.) dio fin a la hegemonía espartana en Grecia. De nuevo Olinto se sintió libre y volvió a sus viejos planes de formar y encabezar una confederación de ciudades calcídicas. Surge entonces un nuevo enemigo que se opone a tal empresa: Atenas, que en esta época está empeñada en formar una nueva confederación marítima, remedo nostálgico de la ático-délica. En el año 364 a. C., Timoteo conquistó veinte ciudades de la zona en que la liga calcídica iba a tener su natural asentamiento, pero no pudo apoderarse de Olinto. Éste es el momento (año 379 a. C.) en que aparece en escena Filipo II de Macedonia; ya estamos tratando el ambiente histórico que reflejan los tres *Discursos Olintíacos* de Demóstenes. Restablece Olinto una vez más la confederación de ciudades calcídicas y de nuevo comienza a engrandecerse, dos motivos de preocupación para el rey macedonio.

El año 358 a. C. regresa Filipo victorioso de la campaña contra ilirios y peonios e inesperadamente pone sitio a Anfípolis, ciudad que toma a traición un año más tarde (357).

Los olintios comprenden que el rey macedonio no tardará en atacarles y envían embajadores a Atenas para solicitar una alianza. Pero en la capital del Ática el oro de Filipo ha empezado a surtir efectos y los atenienses despiden a los embajadores olintios sin ni siquiera escucharles. Se le ocurre, entonces, a Filipo emprender una hábil política con los olintios, indignados con los atenienses. Maquiavélicamente finge el joven monarca deseos de entrar en alianza con ellos, les cede el estrecho de Antemunte y les promete Potidea, ciudad que conquista (los atenienses llegaron tarde en su ayuda) y entrega a Olinto (año 356 a. C.).

Amparándose Filipo en la falaz alianza recién concluida con la importante ciudad de la Calcídica, inicia una campaña contra los tracios, de la que volvió, una vez más, vencedor. Luego ataca de nuevo a ilirios y peonios (355 a. C.), los venció, y dos años más tarde ocupa Abdera y Maronea, dos ciudades griegas emplazadas en Tracia, y destruyó Metone,

ciudad griega aliada de Atenas. De este modo, por obra de Filipo los atenienses se vieron despojados de todas las ciudades de Tracia y Macedonia que eran sus aliadas. Pero, a pesar de todo, aún siguen considerándose defensores de la libertad de Grecia, razón por la cual en el año 352 a. C. ocuparon las Termopilas e impidieron a Filipo, que acababa de derrotar a los focenses, entrara en Grecia. La hostilidad mutua entre Macedonia y Atenas es ya, a partir de este momento, notoria y declarada.

Fue entonces cuando Olinto cayó en la cuenta de la infiabilidad de la política del monarca macedonio, y a raíz de este convencimiento recurrió a Atenas, con la que firmó en el 352 a. C. un tratado de paz. Un año más tarde (351 a. C.) la respuesta de Filipo fue, como era de esperar, cauta pero firme: puso en marcha su segunda expedición a Tracia y, de paso, dejó que su ejército se exhibiera ante las ciudades de la confederación calcídica, lo que no era más que una amenaza velada. Ese mismo año el padre de Alejandro Magno penetró en Iliria, invadió el Epiro y atacó al rey de los molosos. En el 350 a. C. los olintios piden a los atenienses que les proporcionen caballería capaz de hacer frente a los ataques macedonios que ya esperan. Pero en la propia ciudad de Olinto el oro de Filipo causa estragos: Apolónides, irreconciliable enemigo de la política expansionista de Macedonia y dirigente del partido patriótico, sufre el exilio. Sólo faltaba ya el *casus belli*, la chispa que desencadenara las ya previsibles hostilidades. Y, naturalmente, no tardó en presentarse la ocasión: Arrideo, hermanastro del rey de Macedonia, perseguido por éste, se refugió en Olinto, donde se le otorgó la sacrosanta protección debida a los huéspedes suplicantes. La reacción no se hizo esperar: Filipo, al mando de un ejército, llegó al punto a los muros de Olinto. Los habitantes de esta ciudad se negaron a traicionar al huésped religiosamente acogido y se decidieron a resistir los ataques del Macedonio. Y en el año 349 a. C. enviaron una embajada a Atenas para pactar con este estado una firme alianza.

Pero Atenas está exhausta y sus ciudadanos sumidos en el más completo desánimo. La ciudad que antaño fuera defensora de la libertad de Grecia había pasado por dos guerras contemporáneas que la hundieron en el más desastroso letargo: la guerra contra Filipo, surgida a raíz de la toma de Anfípolis por parte del Macedonio, y la Guerra Social, promovida por la defección de Quíos, Cos, Rodas y Bizancio, guerras que acabarían fatalmente para los atenienses. Tras la primera, perdió la ciudad de Atenea sus posesiones en la costa tracia; con la segunda, que duró dos años, se disolvió la liga marítima. Ambos desastres repercutieron necesariamente en el rumbo de la política futura. El pueblo, harto de guerras, reducido a precarias condiciones económicas, aceptó con gusto la dirección del partido pacifista encabezado por Eubulo. La paz era el único interés en estos momentos y la política económica iba dirigida a halagar a los apáticos ciudadanos mediante la creación de fondos especiales para espectáculos y fiestas. A duras penas se produjeron algunas acciones contrarias, como la presencia de los atenienses en las Termopilas para cortar el paso a Filipo, y, cuando tuvieron lugar, la mayoría de las veces resultaron vanas, así, por ejemplo, la famosa empresa del ataque a Eubea en el 350 a. C.

Se comprenderá, pues, fácilmente que en el 349 a. C. el pueblo aceptara la alianza propuesta por Olinto, pero, al mismo tiempo, no estuviera dispuesto a sacrificar ni su paz, ni su tranquilidad, ni su comodidad, valores que estaba decidido a defender a ultranza. Se admitía entablar una alianza con Olinto, pero sin renunciar por ello al dinero público, y con la condición de no turbar la sagrada molicie del ciudadano ateniense a base de campañas militares en el exterior. Quienquiera plantease la cuestión de disponer, para empresas bélicas, del dinero destinado a más placenteras ocupaciones, como las fiestas y los espectáculos, sería castigado con la pena de muerte. Por tanto, es fácil colegir la ruina de la economía pública ateniense, si, para hacer frente a las campañas, Atenas se veía obligada a valerse de tropas mercenarias. En efecto, las

arcas del estado iban sintiendo día a día los resultados de tan desequilibrada política. Y, por otro lado, la ineficacia de las tropas mercenarias que suplantaban a los indolentes ciudadanos es cosa que huelga comentar. Pero como, además, el pueblo ateniense exigía al estado el sagrado deber de pagar a los pobres sus diversiones y festejos, la situación no podía ser ni más catastrófica ni más desesperada.

En estas circunstancias sale a la palestra de la actividad pública la figura del joven Demóstenes. Pese al desastre de Eubea y la condena de Apolodoro por haber propuesto patrióticamente en el año 350 a. C. una cesión de fondos públicos destinada a remediar el mencionado fracaso, todavía el partido de la oposición a la política de Eubulo no había sido reducido al silencio. Y el más joven y ardiente defensor de este partido era a la sazón nuestro orador.

Con los *Discursos Olintíacos* Demóstenes no se limitaba a enardecer a los atenienses para que se lanzasen con denuedo a una seria ofensiva contra Filipo; defendía, además, la alianza con Olinto, y trataba de mostrar a sus conciudadanos la gravedad de las amenazas que sobre ellos pendían y los remedios de que deberían valerse para conjurar tales peligros. Antes de emprender una acción cara al exterior —ésta es la tesis del orador— se hace necesaria una inmediata reforma de buen número de asuntos internos.

El *Olintíaco primero* fue pronunciado poco después de la llegada de los embajadores de Olinto con el encargo de solicitar alianza y ayuda para defenderse de Filipo. El pueblo ateniense había aceptado ya la alianza, en virtud de lo cual Demóstenes da este hecho por establecido y lo considera favor de los dioses. Tendrá Atenas, por tanto, la posibilidad de combatir contra el rey contando con el apoyo de un importante aliado, sin que el territorio del Ática sea escenario de las batallas. Ésta es la razón por la que nuestro orador propone que se envíen dos ejércitos formados por ciudadanos, uno a defender Olinto y las demás ciudades de la Calcídica, el otro a saquear el territorio del rey macedonio con el fin de hostigar

continuamente a Filipo e impedir de este modo que dirija una campaña contra Olinto. De esta guisa intenta Demóstenes salvar a Atenas aprovechando una inesperada ocasión que por sí misma se ha ofrecido. Nuestro orador insiste en la necesidad de actuar inmediatamente para no desaprovechar las circunstancias favorables que se han presentado de forma espontánea. No hay opción: o se contiene a Filipo en la Calcídica o, en caso contrario, los atenienses tendrán que habérselas con él en el propio terreno del Ática.

Pero para llevar a cabo los planes propuestos se requieren fondos económicos. Si no se acepta emplear las sumas destinadas a los espectáculos públicos para el noble fin de defender a la patria, no habrá más remedio que recurrir a fuertes contribuciones.

Por lo demás, el rey de Macedonia, según sugiere Demóstenes, es vulnerable y la situación general de su política no está en el mejor momento: de los tesalios no puede fiarse y los príncipes bárbaros cuyos reinos lindan con Macedonia no han dejado de constituir una amenaza seria y un peligro siempre inminente.

Pese a la buena fe y optimismo del orador, los atenienses, como cabía esperar, se contentaron con enviar en socorro de sus aliados dos mil peltastas mercenarios y treinta trirremes. Así que, ante semejante fracaso, Demóstenes se vio obligado a tomar la palabra no mucho después. En esencia repite en su *Olintíaco segundo* los ya mencionados argumentos de la oportunidad que ha sido enviada por los dioses y la necesidad de combatir a Filipo. Hace hincapié, sin embargo, en la debilidad del monarca macedonio, la urgencia de socorrer a Olinto y la conveniencia de animar a los tesalios para que se rebelen contra Filipo. En suma, estamos ante una arenga, una invitación a cumplir los planes ya suficientemente explicitados.

Entretanto, el rey de Macedonia interviene en Tesalia expulsando de Feras al tirano Pitolao. En esta ocasión las

tropas mercenarias enviadas por Atenas y los olintios se impusieron a los soldados de Filipo, lo que constituyó, en opinión de los atenienses, un importante y definitivo triunfo. Pero distaba ello mucho de ser así. A su regreso de Tesalia, invadió Filipo de nuevo la Calcídica con un numeroso ejército y bien pronto tomó treinta y dos ciudades, venció en dos batallas a los olintios coligados con los mercenarios enviados por Atenas y comandados por Caridemo, y, por último, se plantó frente a Olinto.

Los olintios deciden resistir y envían, una vez más, embajadores a Atenas en petición de ayuda y con el encarecido ruego de que en tan decisivo momento no les abandonen. Y añaden la recomendación de que las tropas expedicionarias que sean enviadas en su socorro estén formadas por ciudadanos atenienses y no, como hasta entonces, por mercenarios.

Demóstenes, a la vista de estos hechos, pronuncia su *Olintíaco tercero* y en él expone de nuevo, pero en esta ocasión con mayor insistencia, las dos condiciones necesarias para que el estado pueda rehacerse y afrontar la situación con posibilidad de éxito. Se trata de llevar a cabo dos reformas, una política y otra militar, a saber, echar mano de los fondos para espectáculos y obligar a todos los ciudadanos a cumplir el servicio militar. Esta última propuesta se cumplió; al menos, se reclutó un ejército de entre los ciudadanos; pero no así la primera; por el contrario, hasta tres años más tarde no hubo forma de emplear para usos más apremiantes el dinero destinado a los espectáculos. El propio orador en este discurso no anuncia abiertamente la medida consistente en utilizar tales fondos para gastos militares, sino que se contenta con sugerir la creación de un comité legislativo que se encargue de abrogar la ley que impide hablar libremente sobre tan impopular tema.

El año 348 a. C. cayó Olinto en poder de los macedonios. Nuestro orador había predicado en el desierto.

OLINTÍACO PRIMERO

ARGUMENTO DE LIBANIO

Olinto era una ciudad de Tracia; de linaje griego eran sus habitantes, procedentes de Caléis, en Eubea; Caléis era colonia de los atenienses. Muchas y famosas fueron las guerras de Olinto. Pues luchó contra los atenienses en tiempos antiguos, cuando éstos eran los gobernadores de Grecia, y luego con los lacedemonios; con el tiempo alcanzó gran poder e impuso su autoridad sobre las ciudades congéneres, pues en Tracia había mucha población de estirpe 1
calcídica. Con Filipo, rey de los macedonios, hicieron los olintios una alianza; y 2
luchando en colaboración con él contra los atenienses al principio (después de haber recibido del Macedonio Antemunte, ciudad que se disputaron macedonios y olintios, y Potidea, que, en posesión de los atenienses, fue reducida por Filipo y entregada a los olintios), luego empezaron a sospechar del rey, al ver que su engrandecimiento era rápido y considerable, pero sus planes no eran de fiar. Esperando, pues, a que se ausentara, enviaron embajadores a los atenienses y disolvieron la guerra que contra ellos habían emprendido, cosa que hacían burlando los acuerdos convenidos con Filipo; pues habían acordado que lucharían en común contra los atenienses y que si decidían otra cosa, en común
lo pactarían. Y Filipo, que hacía tiempo que necesitaba un pretexto para 3
atacarlos, echó mano de ése, y llevó la guerra contra ellos por haber trasgredido los acuerdos y haber concertado amistad con sus propios enemigos. Ellos, entonces, enviaron embajadores a Atenas en petición de ayuda; a éstos les apoya Demóstenes con su discurso, exhortando a sus conciudadanos a socorrer a los olintios. Y afirma que la salvación de Olinto es la seguridad de Atenas; pues si los olintios se salvan, Filipo nunca llegará al Ática; antes bien, los atenienses tendrán la posibilidad de enviar una flota contra Macedonia y allí hacer la guerra; pero si esta ciudad cayera en manos de Filipo, queda expedito para el rey el camino para atacar Atenas. Y añade que ni Filipo es tan difícil enemigo como se le ha supuesto, infundiendo asi valor a los atenienses para atacarle.

Habla también, mediante discusión, de las finanzas públicas, y aconseja 4
convertirlas en fondos del ejército en vez de asignaciones para los espectáculos. Y como la costumbre por la que se regían los atenienses no está clara de antemano, es necesario explicarla. Como antiguamente no tenían teatro de piedra, sino construido a base de bancos de madera ensamblados, y todos se apresuraban a coger sitio en él, se producían bofetadas y hasta, a veces, heridos. Con el propósito de impedir eso, los magistrados del pueblo ateniense hicieron que las plazas se vendieran, y era necesario que cada uno aportase dos óbolos y tras haber hecho este depósito asistiese al espectáculo. Pero para que no

pareciera que los pobres sufrían una carga por este gasto, se mandó que cada
uno tomase del heraldo público los dos óbolos. Así que, de esta práctica,
comenzó la costumbre; y se avanzó en ella hasta un grado tal, que no sólo
cobraban para tos asientos del teatro, sino que, pura y simplemente, se repartían 5
los fondos del estado en su totalidad. De ello resultó también que se hicieron
morosos en cuestión de servicio militar; pues antaño, cuando estaban en
servicio de armas, recibían un sueldo que les suministraba la ciudad, pero en el
tiempo de este discurso, permaneciendo en la patria en medio de espectáculos y
fiestas, se repartían los fondos; pues ya no querían salir ni exponerse, sino que
incluso legislaron acerca de esos fondos para invertir en espectáculos,
amenazando con la pena de muerte a quien propusiera restablecerlos para la
antigua función y así se convirtiesen en dinero para la guerra. Por esa razón,
Demóstenes precavidamente toca el consejo acerca de ese punto, y
preguntándose a sí mismo: «¿Tú propones que ese dinero pase al capítulo de los
gastos bélicos?», responde:

«Por Zeus, al menos yo, no.» Hasta aquí lo del asunto del dinero para espectáculos.

Discute el orador también el asunto de un ejército de ciudadanos, y pide que 6
ellos en persona emprendan la campaña y no presten la ayuda valiéndose de
extranjeros, como estaban acostumbrados a hacer; pues eso dice que es la causa
del desastre de sus empresas.

Mucho dinero daríais gustosamente a cambio, a mi 1
modo de ver, varones atenienses, si os resultara clara la
política futura conveniente a la ciudad en los asuntos que
ahora mismo estáis considerando. Y dado que ello es así,
interesa que queráis prestar diligente oído a quienes desean
aconsejaros. Pues no sólo si alguien se presenta con un
proyecto bien preparado, lo aceptaríais tras haberlo oído,
sino que, además, estimo que forma parte de vuestra buena
suerte que a algunos en el momento se les ocurra plantear
abundantes sugerencias de las que se necesitan, de modo
que de entre todas os resulte fácil la elección de lo que
conviene. En cuanto a la presente ocasión, atenienses, sólo 2
le falta producir sonido articulado para decir que de los
asuntos de allí vosotros mismos tenéis que haceros cargo,
si es que pensáis en su salvaguarda. Pero nosotros, no sé
qué tipo de aptitud adoptamos con respecto a ellos. Mi
opinión personal, al menos, es que votemos al punto una
expedición de auxilio y que nos preparemos lo más

rápidamente posible para ayudar desde aquí (y no os ocurra justamente lo que ya antes os ha ocurrido) y enviemos una embajada que se encargue de comunicar esos propósitos y atienda a los acontecimientos; que eso es, sobre todo, lo que infunde miedo, que hombre sin 3
escrúpulo como es y hábil para aprovecharse de las circunstancias, unas veces cediendo, cuando se tercia, otras amenazando (y con razón en sus amenazas puede resultar convincente), en otras ocasiones desacreditándonos a nosotros y a nuestra no intervención, llegue a encauzar y entresacar para su propio provecho algo de la situación general. Pese a todo, pensando con perfecta lógica, el 4
punto más duro de combatir de la posición de Filipo es también el más favorable para nosotros; pues, por el hecho de que él, una sola persona, sea responsable de todo, lo decible y lo secreto, y, al mismo tiempo, general, dueño y administrador, y en todo lugar esté al frente de su ejército, en lo que se refiere a la gestión rápida y oportuna de la guerra nos lleva mucha ventaja; pero en relación con los arreglos que de buen grado establecería con los olintios, su situación es la contraria. Pues para los olintios es claro que 5
ahora no están luchando por gloria ni por una porción de territorio, sino para evitar la destrucción y esclavitud de su patria; y saben lo que hizo con aquellos anfipolitas que a traición le entregaron la ciudad y con aquellos pidneos que a hurtadillas le abrieron las puertas[1]; y en general, para los gobiernos democráticos el poder absoluto es objeto de desconfianza, en particular cuando se trata de una región 6
vecina. Así que, entendiendo bien esos hechos, varones atenienses, y añadiendo todas las demás reflexiones al caso convenientes, os digo que es necesario hacer esfuerzo de voluntad y exaltarse movidos por el enojo y atender a la guerra ahora más que nunca, aportando dinero animosamente, saliendo personalmente al campo de batalla y no dejando nada en el aire. Que ya no os queda razón ni 7
pretexto para no querer realizar lo debido. Pues en esta ocasión precisamente, lo que todos andaban diciendo hasta

estas fechas, que era necesario que los olintios hicieran
estallar la guerra contra Filipo, se ha producido
espontáneamente y, además, de la manera que más
favorable os podría resultar. Porque si hubieran
emprendido la guerra por haceros caso a vosotros,
escurridizos aliados hubieran sido y tal vez esa decisión la
habrían tomado hasta cierto punto; mas una vez que su
odio procede de sus personales motivos de queja, es
natural que mantengan firme su hostilidad en proporción a
sus temores y sufrimientos. Así que, varones atenienses, no
hay que dejar pasar una oportunidad de tal calibre que se 8
os ha presentado por sí misma ni sufrir el mismo fracaso
que ya antes muchas veces habéis sufrido. Pues si cuando
regresamos de llevar ayuda a los eubeos[2] y se llegaron a
esta tribuna los anfipolitas Hiérax y Estratocles[3], que nos
exhortaban a hacemos a la mar y encargamos de su ciudad,
hubiéramos puesto en juego nosotros por nosotros mismos
el mismo celo mostrado por la salvación de Eubea,
habríais entrado en posesión de Anfípolis entonces y os
habríais liberado de todos los problemas subsiguientes. Y, 9
de nuevo, cuando se os daba la noticia de que eran
asediadas Pidna, Potidea, Metone, Págasas[4], etc. (por no
perder tiempo en enumerarlas una tras otra), si entonces
nosotros hubiésemos prestado ayuda personalmente, con
entusiasmo y como convenía, a una sola de entre ellas, a la
primera que fuese, ahora nos las veríamos con un Filipo
más tratable y mucho más humilde. Pero es el caso que,
negligentes con respecto al presente y en la idea de que el
futuro por sí solo se arreglaría, hicimos crecer nosotros a
Filipo, varones atenienses; lo hicimos tan poderoso como
ningún rey de Macedonia lo fue nunca. Ahora, pues,
precisamente llega a la ciudad en forma espontánea esa
curiosa oportunidad que proporcionan los olintios, que no
es inferior a ninguna de las de antes. Y a mí al menos, 10
varones atenienses, me parece, que si uno se constituyera
en justo evaluador de los beneficios que los dioses nos han
proporcionado, aunque muchas cosas no van como es

debido, sin embargo, grande sería su gratitud; con razón: pues imputando con justicia a nuestro desinterés el hecho de haber sufrido grandes pérdidas en la guerra, como compensación de ello, el no haberlas sufrido desde hace tiempo y que se nos haya presentado una oportunidad de alianza, por si queremos valernos de ella, yo personalmente estimaría que es un beneficio que procede de la benevolencia de ellos. Por lo demás opino, es similar 11
lo que acontece en la adquisición de las riquezas: si lo que uno adquiere, lo conserva, guarda gran agradecimiento hacia la fortuna, pero si lo consume sin darse cuenta, consume al mismo tiempo el recuerdo de su gratitud. Así también en los asuntos de estado, quienes no se aprovechan correctamente de las oportunidades, aunque les sobrevenga algún provecho de parte de los dioses, no lo recuerdan, pues según su resultado final se juzga cada una de las posibilidades de antaño. Por lo cual es muy necesario, varones atenienses, que meditéis sobre el futuro, para que, enderezándolo, borremos el descrédito que nos han valido nuestras acciones ya realizadas. Que si 12
abandonamos, varones atenienses, también a esos hombres y luego aquél somete Olinto, que me diga alguien qué será lo que le impida dirigirse adonde le venga en gana. ¿Alguno de vosotros, varones atenienses, se hace cargo y observa la manera mediante la cual, siendo débil en sus comienzos, se ha hecho grande Filipo? Primero, tomando Anfípolis, después de eso, Pidna, de nuevo, Potidea, otra vez, Metone, luego pisó el suelo de Tesalia[5]; después de eso, tras haber regulado a su gusto los asuntos de Feras, 13
Págasas, Magnesia y todas las regiones, se marchó a Tracia[6]; luego allí a unos reyes destronó, a otros instauró, hasta que cayó enfermo; de nuevo, en cuanto empezó a mejorar, no declinó hacia la molicie, sino que al punto atacó a los olintios. Y paso por alto sus campañas contra los ilirios, los peonios, contra Aribas[7] y contra cualquier otra parte que podría citarse.

«¿Y para qué nos cuentas eso ahora?», alguien podría
decir. Para que comprendáis y os deis cuenta, varones 14
atenienses, de dos cosas: de hasta qué punto es
desaprovechado ir desentendiéndose de los asuntos uno
tras otro y de la actividad incansable que pone en juego
Filipo y es parte de su vida; por causa de ella es imposible
que contentándose con sus realizadas empresas guarde
reposo. Si él ha decidido que en cada ocasión hay que
hacer algo que supere su situación y vosotros, por el
contrario, que no hay que afrontar ningún asunto con
vigor, considerad en qué punto cabe esperar que eso
termine. ¡Por los dioses!, ¿quién es de vosotros tan tonto 15
como para no ver que la guerra de allí vendrá aquí, si nos
despreocuparnos? Pero, si eso llegara a pasar, tengo miedo,
varones atenienses, de que lo mismo que quienes tomando
en préstamo a la ligera dinero a gran interés, tras haber
vivido en la abundancia un corto tiempo, luego pierden
hasta el capital, así también nosotros nos demos cuenta de
haber vivido en la molicie pagando por ello alto interés y
quienes en todo buscábamos el placer vayamos luego a
vernos en la obligación de hacer muchas de esas cosas que
no queríamos y corramos el riesgo de perder las posesiones
que tenemos en la propia región.

Sí —me podría decir alguien tal vez—, criticar es fácil 16
y cualquiera puede hacerlo, pero revelar lo que hay que
hacer en defensa de las circunstancias presentes, ésa es la
labor del consejero. Pero yo no ignoro, varones atenienses,
que vosotros frecuentemente, si algo no resulta según los
planes, no es con los responsables con quienes os enojáis,
sino con los oradores que han tratado de los asuntos en
último tumo; sin embargo, opino que no debo amainar
atendiendo a mi propia seguridad cuando se trata de
asuntos que creo os incumben.

Sugiero, pues, que de dos maneras debéis prestar ayuda 17
a la situación: salvando las ciudades de los olintios[8] y
enviando a los soldados que se encarguen de ello y

haciendo daño al territorio de aquél con trirremes y otros soldados. Si os despreocupáis de una de estas dos medidas, recelo que nos resultará inútil la expedición. Pues si 18
mientras vosotros devastáis su territorio, él resiste y consigue hacerse con Olinto, fácilmente, regresando a su patria, la defenderá; y, por otro lado, si vosotros no hacéis más que enviar ayuda a Olinto, y él, viendo que su reino está seguro, se dedica a asediar y acechar la situación, con el tiempo superará a los sitiados. Así que es necesario que la expedición de ayuda sea numerosa y doble.

19 Acerca del auxilio, eso es lo que entiendo; en cuanto a la adquisición de dinero, tenéis dinero, varones atenienses, tenéis más dinero para fines militares que ninguna otra nación[9]; pero lo cobráis de la forma que os viene en gana. Si lo gastáis en cubrir los gastos de la campaña, no tenéis necesidad de ningún ingreso suplementario, pero si no, se necesita suplemento, es más, hace falta toda una fuente de ingresos. «¿Entonces, qué? —podría alguien decir—; ¿propones por escrito una moción para que esos fondos se destinen a la milicia?» Por Zeus, yo no. Yo estimo que hay que equipar soldados y que debe ser una y la misma 20
coordinación la que rija el cobro y el cumplimiento del deber[10]; vosotros, en cambio, pensáis que hay que cobrar así, más o menos, sin problemas, para emplear el cimero en fiestas públicas. Así pues, lo que falta es que todos aporten una contribución, abundante, si lo que se necesita es mucho, y, si es poco, reducida. Hace falta el dinero y sin él no se puede hacer nada de lo que debe hacerse. Otros proponen otros medios de recaudarlo; elegid de entre ellos el que creáis que os conviene, y mientras hay oportunidad, haced frente a los problemas.

21 Merece la pena reflexionar y hacer cómputo de la situación en que ahora se encuentran los asuntos de Filipo. Pues ni, como parece y alguien sin agudeza de percepción podría decir, el momento presente le es fácil o excelente, ni habría aquél emprendido esta guerra si hubiera pensado

que personalmente tendría que luchar; antes bien, esperaba que, disponiéndose a atacar, se lo iba a llevar todo por delante y así ha resultado completamente engañado. Esa primera decepción con respecto a sus planes le inquieta y le produce mucho desánimo; luego están los asuntos de Tesalia.

Pues los tesalios, por cierto, han sido por naturaleza y 22
hábito indignos de confianza para todo el mundo[11], y exactamente igual, como eran, lo son ahora con él. Y han resuelto por votación reclamarle Págasas y le han impedido fortificar Magnesia. Y yo personalmente vengo oyendo decir a ciertos individuos que ni le proporcionarán ya los puertos ni los mercados para su provecho; que lo que es fondo común de los tesalios debe administrarse a partir de ellos y no debe cogerlo Filipo. Y si se ve privado de estos ingresos, el problema de alimentar a los
mercenarios le pondrá realmente en un aprieto. Pero, pese 23
a todo, es necesario pensar que al menos los peonios, los ilirios, y en una palabra, todos esos pueblos, tendrían más gusto en ser independientes y libres que en ser esclavos; pues, en realidad, están desacostumbrados a obedecer, y nuestro hombre es, a juzgar por lo que se dice, un individuo descomedido. Y, por Zeus, que en nada es tal caracterización digna de desconfianza, sin duda. Pues tener buena fortuna en contra de los merecimientos es punto de arranque de pensamientos insolentes para los insensatos,
por lo que muchas veces parece que guardar los bienes es 24
más difícil que adquirirlos. Así pues, varones atenienses es necesario que vosotros, interpretando la inoportunidad de aquél como oportunidad vuestra, emprendáis la realización de los asuntos, enviando embajadores a donde sea menester, tomando parte en la campaña personalmente, incitando a todos los demás, haciéndoos la siguiente consideración: si Filipo se hiciera con una oportunidad así contra nosotros y si estallase una guerra cerca de nuestro país, ¿con qué presteza os imagináis que vendría contra

nosotros? Y, entonces, ¿no os avergonzáis de no atreveros a hacer en ocasión favorable ni siquiera lo que os tocaría padecer, si en poder de aquél estuviera hacerlo?

Y aún más, varones atenienses, que tampoco se os 25
pierda de vista lo siguiente: que ahora tenéis posibilidad de elección sobre si vosotros debéis luchar allí o aquél aquí junto a vosotros. Pues si Olinto resiste, vosotros lucharéis allí y haréis daño a la región de aquél, explotando sin miedo ésta que os pertenece y es vuestra propia tierra. Si, por el contrario, Filipo la toma, ¿quién le impedirá la
marcha hasta aquí? ¿Los tebanos? —Tal vez sea 26
demasiado amargo decirlo…, con presteza colaborarán en la invasión[12]—. ¿Los focenses, entonces? ¿Los que no son capaces de proteger su propia región si no les ayudáis vosotros? ¿Algún otro? —Pero, amigo mío, no querrá atacarnos. —Sin embargo, sería de lo más absurdo que lo que ahora anda divulgando a riesgo de adquirir reputación
de loco, luego, cuando pueda, no lo ponga en práctica. 27
Ahora bien, en cuanto a cuál es la diferencia entre luchar aquí o allí, creo que no necesita mayor razonamiento. Pues si fuera menester que vosotros personalmente estuvierais fuera sólo treinta días y tomarais de los productos de esta región cuanto fuera necesario por estar acampados, y me refiero a una situación en que en nuestras tierras no hubiera ningún enemigo, nuestros labradores sufrirían mayores pérdidas que cuantas sumas habéis gastado hasta ahora en la guerra. Y si ahora viene aquí una guerra, ¿cuánta pérdida hay que pensar que sufriremos? Y a ello se añade la insolencia del enemigo y la vergüenza de nuestra política, pérdida inferior a ninguna otra, al menos para los prudentes.

Así que, contemplando en su conjunto todas esas 28
razones, es necesario que todos prestéis ayuda y rechacéis la guerra a esas regiones; los ricos, para que a precio de un pequeño gasto hecho a favor de los muchos bienes que por su buena fortuna poseen, puedan en el futuro obtener fruto

sin miedo; los que están en edad militar, para que, adquiriendo la experiencia de la guerra en el territorio de Filipo, se conviertan en temibles guardianes de su propia patria intacta; los oradores, para que las cuentas que han de rendir de su política les resulten fáciles, pues según el resultado de los sucesos, así serán vuestros juicios acerca de sus realizaciones. Que las cosas vayan bien por todos los motivos.

OLINTÍACO SEGUNDO

ARGUMENTO

Acogieron los atenienses la embajada de los olintios y determinan prestarles ayuda; pero, todavía remisos en cuanto a la expedición y temerosos al imaginar la dificultad de combatir con Filipo, Demóstenes, subiendo a la tribuna, intenta dar ánimos al pueblo, mostrándole la debilidad de la situación del Macedonio. Pues afirma que a los ojos de sus aliados resulta sospechoso y en relación al poder ejercido en su patria no es fuerte, ya que los macedonios son, por sí mismos, débiles.

En muchas ocasiones, varones atenienses, me parece 1
que se habría podido ver la benevolencia de los dioses haciéndose manifiesta para beneficio de la ciudad, pero no es en las circunstancias presentes cuando menos; pues el hecho de que quienes van a combatir contra Filipo posean una región que le es vecina y cierto grado de fuerza, y lo más importante de todo, que tengan con respecto a esa guerra tales sentimientos que les hagan considerar que pactar con él es, en primer lugar, indigno de confianza y, luego, equivalente a la ruina de su propia patria, tiene absolutamente todos los visos de tratarse de un favor sobrenatural y divino. Así que, varones atenienses, es
necesario que personalmente examinemos eso ya, a saber, 2
la manera de no dar la impresión de ser peores que las circunstancias con relación a nosotros mismos; que es cosa vergonzosa, vergonzosísima, dejar ver que abandonamos no sólo ciudades y lugares de los que un tiempo éramos señores, sino además a los aliados y ocasiones propicias aderezados por la fortuna.

Ir pasando revista, varones atenienses, a los efectivos 3
del poderío de Filipo y mediante esos argumentos
exhortaros a que hagáis lo que es debido, no, no me parece
que esté bien. ¿Por qué? Porque, en mi opinión, cuanto
sobre eso podría decirse, todo ello contiene motivos para
lisonjear la ambición de aquél, mientras que para nosotros
equivale a no haber actuado bien. Pues él, cuanto mayor
número de empresas ha realizado por encima de sus
propios méritos, tanto mayor es la admiración en que por
doquier se le tiene; vosotros, por el contrario, cuanto más
deficiente con relación a lo debido ha resultado vuestro
aprovechamiento de las circunstancias, mayor ha sido la
deshonra de la que os habéis hecho deudores. Así que, eso 4
lo dejaré de lado. Que, también, si uno mediante
investigación imparcial examinara el caso, varones
atenienses, vería que la grandeza que ha alcanzado aquél,
le ha venido de aquí y no a causa de su propia iniciativa.
De modo que, en cuanto a los asuntos por los que aquél
debe gratitud a quienes han hecho política a su favor[1], y
por los que a vosotros os conviene pedir cuentas, no veo
que sea ahora la ocasión propicia para hablar; pero lo que
al margen de ellos se puede decir y es mejor que todos
vosotros lo tengáis oído, y lo que podría parecer, varones
atenienses, a los ojos de quienes quieren una correcta
estimación, una serie de graves reproches contra aquél, eso
es lo que voy a intentar exponer.

Ahora bien, llamarle perjuro y desleal sin mostrar sus 5
actos, se podría calificar con toda justicia de vano insulto;
pero ir mostrando todo cuanto hasta el momento ha llevado
a cabo y probar su culpabilidad en todos esos actos resulta,
felizmente, que requiere bien corto discurso, y por dos
razones estimo conveniente que tal exposición sea hecha:
para que aquél aparezca ante vuestros ojos como
despreciable —cosa que precisamente resulta ser, además,
cierta—, y para que quienes están aterrorizados, pensando
que Filipo es persona incombatible, vean que ya ha

recorrido a base de engaños toda la carrera merced a la cual antes de ahora se hizo poderoso, y que ya su política ha llegado a su propio fin. Pues hasta yo mismo, varones 6
atenienses, consideraría a Filipo en sumo grado temible y admirable, si viera que se ha engrandecido a fuerza de ir practicando una política justa; pero la verdad es que cuando examino e investigo el caso, descubro nuestra simpleza[2] al principio, cuando algunos trataban de rechazar de esta tribuna a los olintios[3], que querían tratar con vosotros, simpleza que él se ganó asegurando una y otra vez que entregaría Anfípolis, y negociando aquel famoso tratado secreto[4] del que antaño se hablaba; luego 7
se granjeó la amistad de los olintios mediante la captura de Potidea[5], que era vuestra, comportándose, así, injustamente con sus aliados de antes, y entregándosela a aquéllos; y ahora, finalmente, se atrajo a los tesalios bajo promesa de entregarles Magnesia y aceptar la participación en la guerra contra los focidios[6] en defensa de sus intereses. En resumen, no hay nadie de los que trataron con él a quien aquél no haya engañado; pues, engañando una y otra vez a los ingenuos que no le conocían y atrayéndolos, de esa manera se ha hecho poderoso.

Así pues, del modo en que se ha engrandecido gracias 8
a ésos, cuando cada uno en particular se imaginaba que aquél iba a hacer algo que a ellos mismos les resultaría conveniente, así también por obra de esas mismas personas debe ser reducido a su anterior insignificancia, una vez que está convicto de actuar en todo concia mirada puesta en sí mismo. A este momento decisivo está ya abocada la política de Filipo. Si no, que se acerque aquí alguien[7] y me pruebe —o, más bien, os pruebe— que no es verdad lo que yo os estoy diciendo, o que los que antes han sido engañados confiarán en él para el futuro, o que los tesalios, esclavizados contra sus personales merecimientos, no recibirían con alegría la libertad.

Y, por cierto, si alguno de vosotros considera que eso es así, pero opina que él mantendrá su situación por la fuerza debido al hecho de haber tomado previamente fortalezas, puertos y apoyos de similar valor, no opina correctamente; pues cuando las situaciones políticas se constituyen por efecto de la buena voluntad y a todos los participantes en una guerra les unen idénticos intereses, los individuos están dispuestos a compartir los trabajos, a soportar las desventuras y a perseverar; pero cuando alguien se hace poderoso a base de ambición y maldad, como es el caso de ése, el primer pretexto, un pequeño fallo lo derriba[8] y disuelve, todo. Es que no es posible, 9
varones atenienses, no es posible con injusticias, perjurios y mentiras adquirir un poder estable; antes bien, lo así adquirido resiste por una sola vez y poco tiempo y florece con fuerza, si hay suerte, por causa de las esperanzas, pero con el tiempo se desenmascara y se derrumba sobre sí mismo. Pues del mismo modo, a mi juicio, que los fundamentos de una casa, de un bajel, o similares, deben ser especialmente sólidos, así también conviene que los principios y presupuestos de las acciones políticas sean verdaderos y justos; y eso es algo que no está presente hoy día en las gestiones llevadas a cabo por Filipo. 10

Por tanto, sostengo que es necesario que nosotros enviemos socorro a los olintios (y cuanto mejor y más rápido sea el sistema que se proponga, tanto mayor será mi complacencia); y que mandemos una embajada a los tesalios, para informar a unos y espolear a los otros[9]; pues precisamente ahora han votado reclamar Págasas y 11
entablar conversaciones en relación a Magnesia. Ahora bien, examinad con detención, varones atenienses, lo siguiente, a saber: que los embajadores que nosotros enviamos no se limiten a decir palabras, sino que puedan mostrar también algún hecho sobre la base de que vosotros habéis emprendido una campaña como corresponde a la dignidad de esta ciudad y estáis interviniendo en el 12

desarrollo de los acontecimientos; que todo discurso, si de él están ausentes las acciones, da la impresión de ser cosa vana y huera, especialmente si procede de nuestra ciudad; pues en la medida en que es enorme, según es fama, nuestra proclividad a usar de él, así también es la desconfianza que en todos promueve. De modo que 13
considerable es la reforma y grande el cambio que hay que mostrar aportando contribuciones, saliendo al campo de batalla[10] y realizando todo con presteza, si pretendéis que alguien os preste atención. Y si estáis decididos a hacer eso como conviene y a llevarlo a cabo a partir de ahora, no sólo resultará claro, varones atenienses, que las alianzas de Filipo son débiles e indignas de confianza, sino que también se verificará la mala situación en que se encuentran su propio reino y su poder.

Porque, en general, el poder y el imperio macedónicos 14
en forma de añadidura son una parte no insignificante, como resultaron ser a nuestro lado en la campaña contra los olintios de tiempos de Timoteo[11] en otra ocasión, una vez más, al lado de los olintios en contra de Potidea se vio que era cosa sólida esa coalición[12]; y hoy mismo han prestado ayuda a los tesalios, fraccionados en facciones y alterados, contra la familia de los tiranos[13]; dondequiera se añade una fuerza, pienso, por pequeña que ésta sea, ayuda decisivamente, pero, en sí misma considerada, es débil y está plagada de un sinnúmero de defectos. Pues realmente ese Filipo, con todas esas empresas en las que se 15
podría cifrar su grandeza, con sus guerras y sus expediciones, se ha aderezado un poder aún más inseguro de lo que lo era por naturaleza. Porque no vayáis a pensar, varones atenienses, que Filipo y sus subordinados se alegran por los mismos motivos; antes bien, aquél desea la gloria y gran celo tiene puesto en ello y está decidido a sufrir cualquier cosa que pueda sobrevenirle en la acción y en medio del peligro, porque ha escogido, en vez de la seguridad de la vida, la gloria resultante de llevar a cabo lo

que nunca ningún rey de los macedonios realizó; en 16
cambio, sus subordinados no participan de la distinción
proveniente de tales acciones, sino que, golpeados
continuamente por esas expediciones, unas en dirección a
arriba, otras hacia abajo, sufren y soportan penurias sin
cesar, sin que se les permita ocuparse de sus labores ni de
sus particulares asuntos, sin poder vender lo que puedan
cosechar en la medida en que les sea factible, ya que por la
guerra están cerrados los mercados de su región. De forma 17
que la disposición de ánimo de la mayoría de los
macedonios con relación a Filipo se podría vislumbrar con
facilidad considerando esos datos; y en cuanto a los
mercenarios e infantes de la guardia real[14] que están a su
alrededor, tienen fama de ser admirables soldados, bien
forjados en el arte de la guerra; pero, según oí yo decir a
uno de los que han estado en aquel lugar, varón en ningún
modo capaz de engañar, no son superiores a otros 18
cualesquiera. Pues si hay entre ellos algún varón
calificable por su experiencia en la guerra y los combates,
me dijo que a todos los que así fueran los rechazaba él
movido por su ambición y el deseo de que todas las
acciones parezcan suyas propias, porque, por otro lado
(según mi informador), aparte de los demás defectos, la
ambición de Filipo es insuperable; y que si alguno hay,
honesto o particularmente recto, incapaz de soportar la
cotidiana intemperancia de la vida del rey, o sus
borracheras u obscenas danzas[15], ese tal queda relegado y
no se le valora en nada. Los demás de su entorno, me dijo,
son piratas, aduladores[16] y hombres capaces de 19
emborracharse y en ese estado ejecutar danzas de tal
calibre que no me atrevo a nombrarlas ante vosotros. Y es
evidente que eso es cierto, pues aquellos a quienes todos
iban expulsando de aquí por considerarlos más disolutos
que los volatineros[17], el famoso Calias, esclavo
público[18], y hombres de la misma laya, histriones, poetas
de canciones obscenas, los cuales las componen para

ridiculizar a sus compañeros[19], ésos son los que le dan
contento y a los que tiene en su corte. Esas cosas, pese a 20
todo, aunque alguien las considere pequeñeces, para los
inteligentes son grandes muestras de los principios y la
perversidad de aquél. Sin embargo, por el momento, a mi
juicio, el éxito las cubre con su sombra; pues los triunfos
tienen la facultad de ocultar tales oprobios; pero si tiene un
fallo entonces aparecerán éstos a la luz del día. Y a mí, al
menos, me parece, varones atenienses, que si los dioses
quieren y vosotros estáis dispuestos a ello, esa revelación
no tardará en producirse. Porque de la manera que 21
mientras uno está sano no siente nada en su cuerpo, pero
cuando le sobreviene una enfermedad, todo se conmueve,
sea una fractura, una luxación o cualquier otro achaque de
los posibles, así también los morbos de las ciudades y de
los gobiernos despóticos están ocultos para la mayoría en
tanto que los estados llevan a cabo una guerra en el
exterior, pero en cuanto se les entrelaza[20] una guerra al
borde de sus fronteras, ésta los expone[21] todos a la luz del
día.

Pero si alguno de vosotros, varones atenienses, al 22
contemplar la gran suerte de Filipo, estima que bajo ese
aspecto es temible enemigo, emplea, sin duda, un
razonamiento de hombre sensato; pues gran peso es la
fortuna, o mejor, la fortuna lo es todo a lo largo de
cualquier empresa humana[22]. Aun así, por lo que a mí
respecta, si se me diese posibilidad de elección, preferiría
la suerte de nuestra ciudad a la de Filipo, con tal de que
vosotros personalmente estéis decididos a cumplir con
vuestro deber aunque sólo sea en pequeñas proporciones;
pues veo que hay en vosotros más razones que en él para
obtener la benevolencia de los dioses. Sin embargo, en mi 23
opinión, estamos sentados[23] sin hacer nada. Y no es lícito
que uno mismo esté inactivo y mande a sus amigos hacer
algo en su nombre, cuanto más a los dioses. No es, pues,
de extrañar que aquél, participando personalmente en las

campañas y sus penalidades, presente en todas las acciones sin dejar de lado ninguna oportunidad ni estación del año, nos lleve la delantera a nosotros que nos dedicamos a vacilar, a votar decretos y a obtener informaciones[24]. Ni a mí me extraña eso; que lo admirable sería lo contrario, que nosotros, sin hacer nada de lo que constituye el deber de un combatiente, superásemos a quien lo hace todo. Pero
hay otra cosa que me sorprende: que antaño os 24
levantaseis[25] contra los lacedemonios en defensa de los derechos de los griegos y que en muchas ocasiones, aunque os fuera posible obtener gran número de particulares ventajas, no estuvieseis dispuestos a ello, sino que, para que los demás pudieran alcanzar sus derechos, gastarais el dinero en contribuciones y corrieseis riesgos en las batallas, y que ahora, en cambio, dudéis si salir o no y os demoréis en pagar contribuciones en pro de vuestras propias posesiones; y que quienes muchas veces habéis salvado a los demás, a todos y a uno por uno
separadamente, tras haber perdido lo que es vuestro os 25
quedéis sentados. Eso es lo que me asombra, y, además de eso, que ninguno de vosotros, varones atenienses, sea capaz de calcular cuánto tiempo lleváis luchando con Filipo y qué es lo que hacíais vosotros mientras ese tiempo ha ido transcurriendo. Pues, sin duda, eso lo sabéis, que todo el tiempo ha transcurrido mientras vosotros mismos vacilabais, esperabais que otros llevaran a cabo las acciones, os acusabais los unos a los otros[26], juzgabais,
volvíais a esperar, casi hacíais lo mismo que ahora. 26
Después de eso, ¿sois tan desatinados como para esperar que la misma conducta que ha transformado la prosperidad de la ciudad en debilidad, trueque su debilidad en prosperidad? Pero eso sí que no es razonable ni cosa natural; pues por naturaleza es mucho más fácil guardar lo que se tiene que adquirirlo todo. Pero en el momento presente, por causa de la guerra, para guardar no nos queda
nada de lo que antes teníamos, y es necesario adquirir; así 27
que ésa es ya nuestra propia tarea. En consecuencia, digo

que es necesario contribuir con dinero, que personalmente salgáis a las campañas con buen ánimo[27], que no acuséis a nadie antes de dominar la situación y que entonces lo hagáis juzgando por los propios hechos, y honréis a los merecedores de elogio y castiguéis a los culpables, que eliminéis las excusas y vuestras propias negligencias. Pues no es posible indagar con severidad qué han hecho los demás si primeramente por vuestra parte no están los deberes cumplidos. Pues, ¿por qué creéis, varones
atenienses, que huyen de esta guerra todos los generales 28
que despacháis a ella y se buscan guerras personales —si es que hay que hablar un poco de lo que ocurre también en relación con los generales—? Porque en esa guerra los galardones por los que se lleva a cabo son vuestros (si, por ejemplo, se toma Anfípolis, al punto vosotros la recuperaréis), mientras que los peligros son propios de los mandos del ejército, y no tienen sueldo; en cambio, allí donde hacen sus guerras personales, los peligros son menores y el botín pasa a manos de los oficiales y de los soldados, por ejemplo, Lámpsaco y Sigeo y los bajeles que saquean[28]. Cada uno, por consiguiente, va tras de lo que
le interesa. Pero vosotros cuando dirigís la mirada a 29
vuestros asuntos y los veis en mal estado, juzgáis a los jefes que están al cargo de ellos; sin embargo, cuando, al rendir cuentas ellos, oís esas sus necesidades, les liberáis de los cargos. En consecuencia, lo que os resulta de ese sistema es la disputa y la división mutua (convencidos los unos de esto, los otros de aquello), y que los intereses comunes estén en mal estado. Y es que antes, varones atenienses, pagabais vuestros impuestos por sinmorías[29]; ahora, en cambio, hacéis política por sinmorías. Un orador preside cada grupo, a sus órdenes está un estratego y cada partido tiene sus colaboradores encargados de gritar, en número de trescientos; los demás estáis divididos,
agrupados unos en un bando, otros en el otro. Así pues, 30
hay que acabar con eso, es necesario que seáis también ahora dueños de vosotros mismos y que consideréis la

deliberación, el consejo y la acción como derechos comunes a todos. Pero si a unos les acordáis el derecho de que os den órdenes como si de tiranos se tratara, y a los otros concedéis en forma inexcusable el deber de las trierarquías, las contribuciones y el servicio militar, y a un tercer grupo les otorgáis la función exclusiva de votar contra los anteriores sin colaborar en ninguna otra carga, nada de lo que necesitáis resultará realizado en su momento oportuno; porque la parte de los ciudadanos en cada ocasión injustamente tratada os fallará, con lo que os será posible castigarles a ellos en vez de a vuestros enemigos.

En resumen, pues, digo que cada uno debe contribuir 31
según sus recursos, proporcionalmente; que cada uno debe hacer su servicio militar según un tumo, hasta que todos hayan tomado parte en una campaña; que a todos los que suban a la tribuna hay que darles la palabra y elegir, luego, el mejor de los consejos que hayáis escuchado, y no lo que diga fulanito o citanito. Y si hacéis eso que os digo, no sólo felicitaréis al orador nada más acabar su discurso, sino que, más tarde, os felicitaréis también a vosotros mismos por causa de la creciente prosperidad de todos vuestros asuntos.

OLINTÍACO TERCERO

ARGUMENTO

Enviaron los atenienses ayuda a los olintios y pareció que obtenían cierto éxito con ella; eso era lo que se les transmitía. El pueblo estaba jubiloso; los oradores hacen llamamientos para que se tome venganza de Filipo. Demóstenes, entonces, teme que, por exceso de confianza, las gentes, como si la victoria hubiera sido completa y el socorro enviado a los olintios suficiente, se despreocupen de los restantes asuntos. Por eso sube a la tribuna, les censura la presunción y transforma los planes de ellos en previsora precaución, diciéndoles que el asunto en ese momento no es el tomar venganza de Filipo, sino salvar a los aliados. Pues sabe que tanto los atenienses como, sin duda, otros se preocupan de no perder lo que les pertenece, pero en lo que atañe a tomar venganza de sus enemigos actúan con menor empeño. En este discurso también toca de manera más conspicua el tema de la deliberación acerca de los fondos destinados a los espectáculos, y con el fin de que se pueda aconsejar sin miedo lo más útil, pide la abolición de las leyes que imponen una multa a quienes propongan que dichos fondos se conviertan en recursos del ejército. Y de una manera general exhorta a que los atenienses se yergan como emuladores del entusiasmo de sus predecesores y presten servicio militar personalmente; y dirige una fuerte censura al pueblo por su relajo y contra los demagogos por no presidir con acierto la ciudad. 1 2

1 No se me ocurre idéntico juicio, varones atenienses, cuando echo una mirada a la realidad y cuando dirijo la atención a los discursos que oigo; pues creo que los discursos versan sobre el castigo que haremos caer sobre Filipo, mientras que nuestros asuntos han llegado a una situación en que es necesario reflexionar para que nosotros mismos no suframos daño previamente. Así que quienes tales temas abordan en sus discursos me parece que no hacen otra cosa sino engañarse proponiéndoos un tema de debate que ciertamente no es el real. Yo, en cambio, sé, y

muy cabalmente, que antaño a la ciudad le era dado 2
conservar con plena seguridad sus pertenencias y castigar a Filipo; pues esas dos posibilidades han estado a nuestro alcance en mis tiempos, no en el remoto pasado; ahora, sin embargo, estoy convencido de que nos es suficiente anticiparnos a asegurar la primera, la de salvar a nuestros aliados. Que si eso se logra con seguridad, entonces será posible examinar a quién hay que castigar y de qué manera; pero antes de proponer con exactitud el principio, considero vano ensartar cualquier discurso sobre el final.

Conque el momento presente requiere, más que ningún 3
otro, mucha meditación y consejo. Pero yo no tengo por la cosa más difícil el aconsejaros lo que es menester en relación con las circunstancias presentes; antes bien, lo que me produce irresolución, varones atenienses, es cómo debo dirigirme a vosotros sobre estas cuestiones. Pues a juzgar por lo que, al igual que otros, sé porque lo veo y lo escucho, estoy convencido de que hemos dejado escapar la mayor parte de las actividades más por no querer hacer lo debido que por no comprenderlo. Y os pido que, si os voy a hablar francamente, tengáis paciencia y examinéis si es verdad lo que digo y si lo digo para que lo porvenir sea mejor; porque veis que, por el hecho de que algunos hablan en público con propósito de halagar, el presente ha llegado al más alto grado de miseria.

Pero considero necesario haceros recordar 4
primeramente unos pocos acontecimientos del pasado. Os acordáis, varones atenienses, de cuando se os anunció que Filipo estaba en Tracia sitiando Hereontico[1] hace dos o tres años. Pues bien, era entonces el mes de Memacterión[2], y en medio de muchos discursos y gran tumulto que se producía entre nosotros, votasteis finalmente echar al mar cuarenta trirremes, que se embarcaran los ciudadanos que no rebasaran los cuarenta y
cinco años de edad y que se aportara una contribución de 5
sesenta talentos. Y después de eso, una vez hubo pasado

ese año, llegó Hecatombeón, Metagitnión, Boedromión[3]; en ese mes, a duras penas, después de los misterios, enviasteis a Caridemo[4] al frente de diez naves sin dotación militar y provisto de cinco talentos de plata. Pues cuando se anunció que Filipo estaba enfermo o había muerto —que ambas noticias llegaron—, considerando que ya no era en modo alguno ocasión para llevar ayuda, dejasteis de lado la expedición, y ésa era precisamente la ocasión propicia; que si entonces hubiésemos aportado ayuda allí con entusiasmo, tal como votamos, no nos molestaría ahora Filipo recuperado de su enfermedad.

Bien; lo que entonces se hizo no podría ahora ser de 6
otra manera; pero en este momento se presenta una oportunidad de otra guerra, por lo cual precisamente hice mención de esos acontecimientos, para que no os vuelva a ocurrir lo mismo. Entonces, ¿cómo nos valdremos, varones atenienses, de esta oportunidad? Pues si no enviáis ayuda con toda vuestra fuerza en la medida de lo posible, ved de qué manera vosotros Seréis dirigidos militarmente en favor de los intereses de Filipo. Acontecía que los olintios
poseían cierto poder y la disposición de los asuntos era de 7
este modo: ni Filipo confiaba en ellos, ni ellos en Filipo. Llevamos a cabo nosotros con ellos y ellos con nosotros un acuerdo de paz. Era eso como una especie de traba e impedimento para Filipo, el que una gran ciudad reconciliada con nosotros estuviese al acecho[5] de sus ocasiones vulnerables. Pensábamos que era necesario a cualquier precio mover a esos hombres a la guerra y lo que
todos andaban rumoreando, eso se ha cumplido ahora de 8
una manera u otra. ¿Qué nos queda, pues, por hacer, varones atenienses, como no sea ayudarles con todas nuestras fuerzas y nuestro empeño? Yo realmente no veo otra cosa. Pues aparte de la deshonra que nos envolvería si abandonásemos alguna de nuestras obligaciones, veo que ni el miedo que tras ello surgiría habría de ser poco, estando con nosotros los tebanos en esa actitud en que

están, reducidos los focenses[6] a situación extrema por falta de dinero, y sin que nadie impida a Filipo desviarse hacia los asuntos de este país, una vez que se haya enseñoreado de la situación por la que actualmente 9
combate. Pero si alguno de vosotros pospone hasta ese momento la realización de lo que es menester, es que quiere ver de cerca las calamidades cuando le es posible conocerlas de oídas por noticias que las sitúen en otro lugar[7], y quiere buscar valedores para sí mismo, cuando ahora le es posible ser valedor de otros; pues que a tal punto llegará la situación, si dejamos pasar las circunstancias presentes, casi todos me imagino que lo sabemos.

«No obstante», podría decirse, «todos realmente 10
sabemos que es necesario prestar ayuda y estamos dispuestos a prestarla; pero el cómo hacerlo… háblanos de eso». No os admiréis, en ese caso, de que diga algo que parezca extraño a la mayoría. Nombrad una comisión de legisladores[8]. Y ante estos legisladores no propongáis ley ninguna (que ya tenéis suficientes), abrogad, más bien, las que nos perjudican por lo que al presente se refiere. Me refiero a las de los fondos para los espectáculos[9], así de 11
claro, y a algunas de las que atañen al servicio militar, de las cuales unas distribuyen los fondos para la milicia, como si fuera dinero para el teatro, entre los que se quedan en la ciudad, otras confieren impunidad a quienes se niegan a prestar servicio militar y, por ende, vuelven menos dispuestos a los que quieren cumplir con su deber. Y una vez que las hayáis abrogado y hayáis proporcionado camino seguro para daros los mejores consejos, entonces buscad a quien promulgue lo que todos sabéis que conviene. Pero antes de hacer eso, no andéis buscando que 12
alguien, tras aconsejaros de la mejor manera en beneficio vuestro, esté dispuesto a encontrar su ruina como víctima vuestra; pues no lo encontraréis, sobre todo cuando el único resultado de ello habría de ser que quien aconseje en

tal modo o proponga un decreto de ese tipo sufra injustamente un castigo sin que en nada mejore la situación, sino que hasta logre que el proponer el mejor consejo sea para el futuro más temible de lo que lo es ahora. Y en cuanto a abrogar esas leyes, varones atenienses, es necesario exigirlo incluso de aquellos que precisamente las han promulgado; pues no es justo que la 13
popularidad, que ha estado dañando a la comunidad por entero, se mantenga en manos de los que entonces promulgaron esas leyes, y la odiosidad, por el contrario, mediante la cual a todos nos iría mejor, sea el castigo para quien ahora exponga el más beneficioso proyecto. Antes de haber regulado eso, varones atenienses, de ningún modo esperéis que alguien de entre vosotros tenga suficiente poder como para transgredir esas leyes sin dar satisfacción por ello, ni que sea tan insensato como para arrojarse a un daño previsto.

Pero tampoco debéis desconocer esto otro: que un 14
decreto no sirve para nada si no le acompaña vuestro deseo de llevar a cabo enérgicamente lo que se decrete. Porque si los decretos fuesen por sí mismos capaces de forzaros a cumplir vuestro deber o de realizar enteramente los propósitos por los que se venían redactando, ni vosotros, pese a los muchos que votáis, habríais realizado tan poca cosa, o más bien, nada, ni durante tanto tiempo Filipo habría mantenido su insolente conducta; pues tiempo atrás ya, al menos por lo que hace a los decretos, habría pagado por sus culpas. Pero eso no es así; pues aunque la acción es 15
posterior a los discursos y votaciones en el orden temporal, les es anterior en importancia y los aventaja en preeminencia. Esto es lo que hay que añadir; lo demás ya está dispuesto: tenéis, en efecto, varones atenienses, entre vosotros hombres competentes para decir lo que hace falta, vosotros sois los más agudos de todos para comprender lo que se os dice, y, además, ahora podréis llevarlo a la acción, si obráis correctamente. ¿Pues qué tiempo o qué

ocasión mejor que la presente, varones atenienses, andáis 16
buscando? ¿O cuándo cumpliréis vuestro deber, de no ser
ahora? ¿Es que este hombre en cuestión no se nos ha
adelantado tomando todas nuestras plazas fuertes? Y si se
hace dueño de esa región, ¿no sufriremos las más
vergonzantes de todas las humillaciones? ¿Es que no están
luchando ahora ésos a quienes sin vacilar prometíamos
salvar en el caso de que lucharan? ¿Es que no se trata de 17
nuestro enemigo? ¿No está en posesión de lo nuestro? ¿No
es un bárbaro? ¿No es todo lo que uno quisiera llamarle?
Pero, en nombre de los dioses, después de haber
abandonado todo y cuando sólo nos ha faltado haber
colaborado con él, ¿vamos acto seguido a indagar quiénes
son los culpables de eso? Pues no diremos, al menos, que
somos culpables nosotros mismos; eso bien claramente lo
sé. Porque ni en los peligrosos momentos de la guerra
ninguno de los que huyen se acusa a sí mismo, sino, antes
de eso al general, o a los compañeros de al lado, o a todos,
y sin embargo, sin lugar a dudas, la derrota se produce por
causa de todos los que huyen; pues al que acusa a los
demás le era dado permanecer firme, y si lo hiciera cada
cual, se obtendría la victoria. Lo mismo ahora: que uno no 18
da el mejor consejo; que se levante otro y que lo exponga;
que no acuse al anterior. Otro hace mejor propuesta;
ejecutadla y que sea para bien. Pero no es ésa propuesta
agradable; el orador que la propone no tiene ya culpa, a no
ser que, contra su deber, deje de lado las plegarias. Pues
hacer plegarias es fácil si se concentra en breve discurso
todo cuanto se desea; en cambio, escoger, cuando se
presenta el examen de asuntos de estado, ya no es
igualmente sencillo, sino que hay que elegir lo más
ventajoso en vez de lo agradable, cuando no se pueden
alcanzar ambas cosas juntas. «Pero si alguien puede 19
dejarnos los fondos destinados a espectáculos e indicarnos
otros ingresos para los gastos del ejército, ¿no es ese tal
preferible?», podría alguien decir. Yo, por mi parte, lo
afirmo, si el proyecto es posible, atenienses; pero me

extraña que a algún mortal haya sido posible, o lo sea alguna vez, gastar sus recursos contantes y sonantes en lo que no es necesario y disponer de remanentes esfumados para lo que es necesario. Por el contrario, opino que gran fuerza proporciona a los argumentos de ese tipo el deseo de cada cual, porque precisamente lo más fácil de todo es engañarse a uno mismo; que lo que se desea, eso también opina cada cual, mientras que los asuntos de la política no son a menudo de ese natural. Así que, varones atenienses, 20
examinad esas cuestiones como la realidad de las cosas lo permite, y de forma que podáis salir en campaña y recibáis sueldo por el servicio. Sin duda no es propio de hombres sensatos y nobles dejar pendiente por escasez de dinero algún recurso de las operaciones militares y soportar de este modo a la ligera tan crueles reproches, ni marchar contra corintios y megarenses[10] empuñando las armas tomadas al vuelo y, en cambio, permitir que Filipo esclavice ciudades griegas[11] por carencia de medios para mantener a los soldados en campaña.

Y no me he decidido a decir eso con el objeto vano de 21
hacerme odioso a juicio de algunos de vosotros; pues no soy tan insensato ni desventurado como para querer atraerme enemistades cuando entiendo que ello ninguna ventaja aporta; pero estimo propio de un ciudadano justo preferir la salud del estado al favor popular que deriva de la oratoria. Y sé de oídas, como tal vez también vosotros, que los que peroraban en tiempo de nuestros antepasados, a quienes elogian absolutamente todos los que a esta tribuna suben, pero no imitan del todo, adoptaban esta costumbre y norma de actuación política; me refiero al famoso Aristides[12], a Nicias, a aquel que se llamaba igual que yo mismo y a Pericles. Pero desde el momento en que han aparecido esos oradores que os preguntan a cada 22
momento: «¿qué deseáis?», «¿qué puedo proponer?», «¿de qué modo puedo agradaros?», la política de la ciudad se ha sacrificado a modo de brindis[13], a la popularidad

momentánea, y ocurre lo que ocurre, y todos los asuntos de ésos van bien y los vuestros de forma vergonzosa. Sin 23
embargo, varones atenienses, ved lo que uno en resumen podría decir de las empresas de tiempos de vuestros antepasados y de las de vuestra propia época. Lo que he de deciros será breve y bien conocido para vosotros; pues os es posible alcanzar la fortuna valiéndoos de ejemplos no traídos del extranjero, sino tomados de vuestra propia 24
patria. En efecto, aquellos nuestros antepasados, a quienes los oradores ni daban gusto ni cortejaban como hacen ésos ahora con vosotros, durante cuarenta y cinco años ejercieron su poder sobre los griegos, que lo aceptaban voluntariamente; hicieron subir a la acrópolis más de diez mil talentos[14], y el rey que poseía esa región[15], les obedecía, como corresponde a un bárbaro con relación a griegos, y muchos y hermosos trofeos erigieron como resultados de victorias por tierra y en combates navales, de campañas que ellos personalmente realizaban; y son los únicos entre los seres humanos que dejaron tras de sí mayor gloria por sus hechos que detractores por envidia. En las relaciones con el mundo griego tal era su carácter, y 25
en los asuntos de la propia ciudad, contemplad cuál era su forma de ser tanto en la vida pública como en la privada. A expensas de fondos públicos levantaron para nosotros edificios y hermosos templos y estatuas dentro de ellos de calidad y en cantidad tales, que a ninguno de los sucesores les ha quedado posibilidad de sobrepujarlos; en el área de la vida privada eran tan moderados y tan sumamente 26
apegados al carácter del sistema democrático, que si alguno de vosotros conoce de qué tipo es la casa de Aristides, de Milcíades y de los insignes de entonces, puede ver que en nada es más aparente que la de sus vecinos; pues ellos llevaban la gestión de los asuntos públicos no con vistas al enriquecimiento, sino que cada uno pensaba que había que acrecentar los bienes comunes. Y como consecuencia de practicar la política griega con lealtad, las relaciones con los dioses de modo piadoso y

sus asuntos propios en forma democrática, lograron, como era lógico, una gran prosperidad. De ese modo era la situación de aquellos nuestros antepasados bajo la 27
dirección de los estadistas que he mencionado; en cambio, ahora, ¿cómo marchan nuestros asuntos dirigidos por esta buena gente de ahora? ¿De la misma o aproximada manera? Esa gente que… (por limitarme a un solo punto, aunque mucho podría decir)… tras haber alcanzado un campo de acción tan solitario como todos veis, una vez que los lacedemonios han sido liquidados[16] y estando los tebanos ocupados[17] y cuando ninguno de los demás estados es capaz de hacernos frente para discutirnos la primacía, y en un momento en que nos sería posible poseer lo nuestro con seguridad y ejercer sobre los demás un 28
arbitraje equitativo, nos vemos despojados de territorio que nos pertenece[18] y hemos gastado más de mil quinientos talentos para nada indispensable[19] y los aliados que nos habíamos ganado en la guerra[20], esa gente nos los han hecho perder en la paz y hemos hecho que se ejercitara hasta llegar a ser tan poderoso, un enemigo para nosotros mismos. Que venga cualquiera y me diga de qué otro modo se ha hecho fuerte Filipo más que a base de nosotros mismos.

«Pero —se me podría objetar—, si esos asuntos 29
marchan deficientemente, al menos la política doméstica propiamente dicha anda ahora mejor.» ¿Y qué se me podría citar como ejemplo? ¿Las almenas que estamos encalando, las calles que vamos restaurando, las fuentes y similares bagatelas? Dirigid ahora la mirada hacia los políticos que proponen esas medidas, algunos[21] de los cuales de pobres que eran se han vuelto ricos, otros de desconocidos han pasado a notables, otros se han hecho construir casas particulares más imponentes que los edificios públicos y cuanto más se ha empequeñecido la fortuna de la ciudad, tanto más se han acrecentado las de éstos.

¿Cuál es, pues, la causa de todo esto? Y, ¿por qué, 30
entonces, todo iba bien antaño y ahora no marcha
correctamente? Porque en aquel entonces el propio pueblo,
al atreverse a actuar y a hacer campaña por sí mismo, era
señor de todos los políticos y dueño, él mismo, de todos
los bienes; los demás, cada uno en particular, se
contentaban con recibir de manos del pueblo honor,
autoridad y algún que otro beneficio. Ahora, por el
contrario, los políticos son dueños de los bienes y por 31
mediación de ellos se lleva a cabo todo, mientras que
vosotros, el pueblo, paralizados y despojados de vuestro
dinero y vuestros aliados, os veis reducidos a la condición
de siervos y ciudadanos de añadidura, os contentáis con
que os den parte de los fondos para espectáculos o con que
ésos organicen una procesión en las Boedromías[22] y —lo
que más demuestra vuestra virilidad— os sentís, además,
obligados porque os hacen favor de lo que es de vuestra
propia pertenencia. En cuanto a ellos, tras haberos
encerrado en la mera ciudad, os inducen a esos cebos y os
domestican haciéndoos mansos a sus órdenes. Y nunca es 32
posible, en mi opinión, alentar elevado y juvenil
sentimiento, cuando se están practicando la mezquindad y
la bajeza; pues tal cuales sean las habituales prácticas de
los hombres, así es menester que igualmente sean sus
sentimientos. Diciendo esto, por Deméter, no me
extrañaría recibir por parte vuestra mayor perjuicio que los
responsables de las faltas que os imputo; pues ni siquiera
es posible ante vosotros la libertad de palabra sobre todos
los temas, sino que yo mismo me admiro de que hasta en
este momento lo haya sido.

Así pues, si al menos ahora queréis todavía apartaros 33
de esos hábitos, emprender campañas militares, actuar
como corresponde a vosotros mismos, y serviros de los
recursos superfluos de vuestra patria como medios para
emplear en los bienes de fuera de ella, tal vez, sí, tal
vez[23], varones atenienses, podríais conseguir un provecho

definitivo y grande y alejaros de las ventajas de ese calibre, que son como alimentos que los médicos recetan a sus enfermos; pues también ésos ni proporcionan fuerza ni dejan morir; del mismo modo esas ventajas que vosotros os vais distribuyendo ni son tantas hasta el punto de poseer utilidad suficiente ni os permiten que renunciando a ellas hagáis cosa distinta, sino que son ellas las que acrecientan
la languidez de cada uno de nosotros. «¿De modo que tú 34
propones un fondo para el servicio militar?», he aquí lo que se me podría decir. Pues sí, y, además, la inmediata adopción de una organización igual para todo, varones atenienses, de forma que cada ciudadano percibiendo su parte del común, la ciudad tenga aquello que pudiera necesitar. Si es posible estar en paz, en mejores condiciones está el ciudadano permaneciendo en la patria, a salvo de la posibilidad de hacer a la fuerza algo vergonzoso empujado por la penuria. Si acontece algo similar a lo que ocurre ahora, entonces es mejor que sea soldado él mismo, valiéndose de esos mismos fondos, como es justo que se haga en defensa de la patria. Si alguno de vosotros está ya fuera de edad militar, mejor es que cuanto ahora ése sin beneficio para el país e irregularmente recibe, lo reciba en sistema proporcional a base de controlar y administrar todo aquello que sea menester llevar a cabo.

En suma, sin quitar ni añadir salvo pequeñas cosas, 35
suprimiendo el desorden, con mi propuesta introduzco en la ciudad una organización, haciendo que sea una y la misma la que regule los emolumentos, el servicio militar, la función judicial y la realización de aquello que cada uno pueda hacer según su edad y requiera la ocasión. En ningún punto de mi propuesta digo que haya que distribuir entre los que nada hacen los salarios de los que sí actúan, ni que nosotros mismos debamos permanecer inactivos, perder el tiempo, estar indecisos, y tan sólo enterarnos de que los mercenaríos de fulanito han obtenido una victoria;

que eso es lo que está pasando ahora. Y no es que yo haga reproches a quien en beneficio vuestro hace algo de lo que es menester, antes bien, estimo justo que también vosotros hagáis por vosotros mismos esas acciones por las que concedéis honores a los demás y que no cedáis, varones atenienses, el puesto de honor que vuestros antepasados a base de muchos gloriosos peligros os legaron. 36

Poco más o menos he dicho lo que considero conveniente; en cuanto a vosotros, ojalá elijáis lo que para la ciudad y para todos vosotros llegue a resultar más beneficioso.

IV

CONTRA FILIPO, PRIMER DISCURSO

INTRODUCCIÓN

Este discurso fue pronunciado en el 351 a. C. Inaugura abiertamente las hostilidades entre el orador ateniense y el monarca macedonio. El primero es un joven político de treinta y cuatro años de edad. Filipo es ya un consumado estratego de probado ingenio: en ocho años, del 359 al 351 a. C., ha vencido a peonios, ilirios y tracios, ha conquistado Anfípolis, Pidna, Potidea y Metone y ha penetrado en Tesalia. Los atenienses no han podido frenar su ambicioso avance ni antes del 357 a. C., fecha en que estalla la Guerra Social entre Atenas y parte de sus aliados, ni, mucho menos, después. Tan sólo en el 352 a. C., un año antes de que se pronunciase este discurso, la flota ateniense obligó a Filipo, deseoso de traspasar las Termopilas, a retroceder. Nuestro orador, por otra parte, pese a su asombrosa juventud, tiene ya un plan perfectamente elaborado para ser expuesto ante la Asamblea en el momento propicio. Es algo que ya ha demostrado tres años antes con el discurso *Sobre las Sinmorías*. Las tres tesis que desarrolla Demóstenes en este primer ataque a Filipo son: que el monarca de Macedonia no es invencible; que Atenas necesita contar con ejércitos de defensa y ataque, de los que deben formar parte

ciudadanos atenienses; por último, que existe un medio eficaz para procurar el dinero indispensable para hacer frente a los gastos del plan propuesto.

ARGUMENTO

Como les iba mal a los atenienses en la guerra contra Filipo, desanimados, se habían reunido en asamblea. El orador trata de hacer cesar su desánimo diciendo que nada de extraño tiene que hayan sido vencidos por causa de su molicie, y expone de qué manera podrían dedicarse a la guerra con máximo éxito. Manda que preparen dos ejércitos, uno mayor, de ciudadanos, que, permaneciendo en la patria, estará dispuesto a enfrentarse a las necesidades eventuales; el otro, más pequeño, formado de combatientes mercenarios y de ciudadanos mezclados con ellos. A este ejército le manda, no que permanezca en Atenas ni que desde esta ciudad salga a prestar auxilios, sino que ande dando vueltas por Macedonia haciendo la guerra incesantemente; con el fin de que Filipo no espere la estación de los vientos etesios y el invierno —cuando no es posible la navegación desde Atenas a Macedonia—, para lanzarse a sus ataques y sojuzgarlo todo en consonancia con la ausencia de atenienses, sino que siempre esté cerca de él el ejército capaz de hacerle frente.

Si se hubiera propuesto como tema de discusión, 1
varones atenienses, una cuestión nueva, me contendría hasta que hubieran manifestado su opinión la mayoría de los que suelen hacerlo; y si me gustase algo de lo dicho por éstos, permanecería en silencio, y caso de que no, entonces yo mismo intentaría exponer mi propio punto de vista; pero toda vez que resulta que se están examinando también ahora asuntos sobre los que muchas veces antes han hablado, creo que, aunque me levante yo el primero, puedo razonablemente lograr vuestra comprensión; porque si desde el principio en el pasado éstos hubiesen dado los debidos consejos, en absoluto os veríais obligados ahora a deliberar.

De modo que, en primer lugar, varones atenienses, no 2
hay que desanimarse al contemplar la situación presente, por muy deteriorada que parezca. Pues lo que es peor en ella desde el tiempo pasado, eso es precisamente lo mejor

en relación con el futuro. ¿Y qué es eso? El hecho de que, por no hacer vosotros nada de lo que es debido, las cosas van mal; puesto que si, pese a hacer vosotros todo lo conveniente, las cosas siguiesen así, ni esperanza habría de que mejoraran. A continuación tenéis que reflexionar sobre un asunto que algunos habéis oído contar y otros conocéis 3
y recordáis, a saber, de qué forma tan hermosa y correcta, cuando los lacedemonios tenían considerable poder, de lo que no hace mucho tiempo, vosotros no realizasteis nada indigno de la ciudad, antes bien, soportasteis la guerra[1] contra aquéllos en defensa de lo justo. ¿Y con qué finalidad digo yo ahora esto? Para que sepáis, varones atenienses, y consideréis que nada habéis de temer si os guardáis y que si os despreocupáis nada ha de ser tal como vosotros quisierais; como ejemplos de ello podéis serviros de la robustez que antaño ostentaban los lacedemonios y que vosotros fuisteis dominando a base de dedicar atención a los asuntos, y de la actual insolencia de ése, que nos produce desasosiego por no tener en cuenta nada de lo que sería menester. Y si alguno de vosotros, varones 4
atenienses, piensa que Filipo es difícil de combatir, considerando la gran cantidad que representan las fuerzas que posee como recursos y el hecho de que la ciudad haya perdido todas sus plazas fuertes, correctamente piensa; añada, sin embargo, esto a sus cómputos: que antaño teníamos nosotros, varones atenienses, Pidna, Potidea y Metone, y nos era propio todo aquel territorio de alrededor, y que muchos de los pueblos que ahora están a su lado eran independientes y libres y estaban más dispuestos a mantener relaciones amistosas con nosotros que con aquél. 5
De modo que si Filipo entonces hubiera tenido la opinión de que era difícil combatir contra los atenienses, que tenían en su poder tantas fortificaciones del propio país de él mismo, quien, por su parte, estaba desprovisto de aliados, nada hubiera hecho de lo que ha llevado a cabo, ni habría adquirido tan gran poder. Pero aquél, varones atenienses, bien vio esto: que esos territorios todos son trofeos de

guerra que están en medio del campo al alcance del que los gane[2], y que por naturaleza corresponden a quienes están presentes los bienes de los ausentes y a los que quieren pasar por trabajos y peligros los de los negligentes. Y, 6
precisamente, valiéndose de esa opinión lo ha sometido todo y lo tiene en sus manos, parte a base de arrebatarlo por la guerra, parte a base de alianzas y amistades[3]; pues, en efecto, todos quieren hacerse aliados y atender a aquellos a quienes ven preparados y decididos a hacer lo que es preciso. Pues bien, varones atenienses, también 7
vosotros, si estáis dispuestos a adheriros a semejante opinión ahora, ya que no antes, y cada uno de vosotros, desechando toda simulación, está presto a realizar aquello que es menester y la función en que podría resultar él mismo útil a la ciudad (el que tiene dinero, contribuyendo; el que está en edad militar, cumpliendo el servicio); en resumen y en una palabra, si queréis ser tributarios de vosotros mismos y dejáis de esperar no hacer nada cada uno en particular y que el vecino lo haga todo por él, recuperaréis lo que es vuestro, si Dios quiere, recobraréis lo que por molicie ha sido abandonado y os vengaréis de Filipo. Pues no vayáis a creer que su actual situación está 8
consolidada inmortalmente, como si fuese un dios; al contrario, se le odia, varones atenienses, se le teme, se le envidia, incluso por parte de quienes parecen ahora estar con él en relaciones de total confianza; y todos los sentimientos que residen en otros hombres cualesquiera, ésos hay que pensar que se albergan en los que le rodean. Sin embargo, están reprimidos todos ellos ahora por no tener salida a causa de vuestra lentitud e indolencia; eso es lo que os digo que tenéis que desechar a partir de este momento. Pues observad, varones atenienses, la situación, 9
a qué grado de insolencia ha llegado el hombre, que ni os da posibilidad de elegir entre actuar o permanecer en calma, sino que amenaza, profiere, según dicen, arrogantes palabras y no es capaz de contentarse con la posesión de lo que ha sometido, sino que siempre se va rodeando de

nuevas adquisiciones y por todos lados en derredor nos va envolviendo[4], mientras que nosotros andamos indecisos y estamos bien arrellanados en nuestros asientos. ¿Cuándo,
pues, varones atenienses, cuándo vais a hacer lo que es 10
debido? Cuando ocurra ¿qué? Cuando sobrevenga, por Zeus, una necesidad. Pero ahora, ¿cómo hay que considerar lo que está aconteciendo? Pues yo, por mi parte, estimo que para los hombres libres la necesidad más apremiante es la vergüenza que sufren por su situación. ¿O queréis, decidme, ir dando vueltas y preguntándoos unos a otros: «Se dice algo nuevo»? Porque, ¿podría suceder algo más nuevo que un hombre macedonio debelando a atenienses y administrando los asuntos de Grecia? «¿Filipo
está muerto?» «No, por Zeus, sino enfermo»[5]. ¿Y qué 11
diferencia hay en ello para vosotros? Puesto que, si a ése le pasa algo, crearéis otro Filipo si aplicáis el mismo grado de atención a vuestros asuntos; pues ése no se ha acrecentado
tanto en razón de su propia fuerza cuanto a causa de 12
vuestra negligencia. Aunque todavía queda esto: si algo le llegara a pasar y la fortuna, que siempre se preocupa por nosotros con mayor solicitud que nosotros mismos, incluso nos brindara ese favor realizado, sabed que, estando vosotros cerca y al cargo de la confusa situación general, podríais llegar a dirigir los asuntos a vuestro gusto; pero, en las condiciones en que ahora os halláis, ni aunque las circunstancias oportunas os concedieran recuperar Anfípolis[6], podríais hacerlo, pues estáis en el aire, por lo
que se refiere tanto a los preparativos como a los planes. 13
Así pues, en cuanto a la necesidad de que todos estéis dispuestos a cumplir de buen grado con vuestro deber, dejo de hablar, dado que lo habéis reconocido así y estáis convencidos de ello; pero el carácter de los preparativos que, en mi opinión, podrían liberaros de los actuales problemas, y cuál es su cantidad y cuáles los ingresos de dinero, y la manera en que me parece que lo demás se podría preparar mejor y más rápidamente, eso es lo que ya ahora voy a intentar exponer; tan sólo os pido, varones

atenienses, lo siguiente: Una vez que lo hayáis oído todo,
juzgad; no os adelantéis con prejuicios; y en caso de que a 14
alguien le parezca desde el principio que estoy
proponiendo preparativos nuevos, que no considere que
trato de dar largas a los asuntos. Pues no son los que dicen
«rápidamente» y «hoy» quienes hacen propuestas más a
propósito (dado que lo que ya ha sucedido no podríamos
impedirlo con el socorro de hoy), sino aquel que indique 15
cuáles son los preparativos que hay que procurar, cuál su
cantidad y de qué lugar habrá que obtenerlos para que
puedan resistir hasta que o, convencidos, pongamos fin a la
guerra, o bien nos impongamos a nuestros enemigos; que
de este modo ya no sufriríamos desastres en el futuro.
Ahora bien, yo opino que soy capaz de exponer eso, sin
impedir que otro cualquiera exponga un parecer distinto.
Así que mi promesa es tan grande como podéis ver; pero
los hechos darán inmediatamente la prueba y vosotros
seréis los jueces.

Así pues, varones atenienses, afirmo que en primer 16
lugar hay que equipar cincuenta trirremes; después, que
vosotros mismos estéis hechos a la idea de que, si ello es
necesario, habréis de embarcar en ellas personalmente y
haceros a la mar. Además de eso recomiendo que aprestéis
para la mitad de los contingentes de caballería trirremes de
transporte de caballos y suficientes naves de carga. Eso es
lo que considero necesario que esté previsto para hacer 17
frente a las repentinas incursiones que desde su propio país
hace a las Termópilas, el Quersoneso, Olinto y donde
quiere; pues es menester que tenga presente en sus cálculos
la posibilidad de que vosotros, abandonando esa excesiva
despreocupación, tal vez os pongáis en marcha, como en la
expedición a Eubea y, anteriormente, dicen, a Haliarto y,
por último, recientemente a las Termópilas[7]. Y no es ello 18
cosa enteramente despreciable, ni aunque vosotros no
hicierais como yo digo que hay que hacer; no lo es, si su
finalidad consiste en que se mantenga quieto por miedo, al

saber que vosotros estáis preparados (que lo sabrá con puntos y señales, pues hay quienes —sí que los hay[8]—, de entre nosotros mismos, le revelan todo, y son más de lo que convendría); o bien que, por despreciar la situación, sea cogido desprevenido, va que nada os impide zarpar 19
contra su país si nos brinda la ocasión. Ésas son las medidas que sostengo que todos deben aprobar y los preparativos que en mi opinión conviene hacer; pero previamente afirmo, varones atenienses, que es necesario que vosotros pongáis a vuestra disposición un contingente de tropa que continuamente le haga la guerra y le cause daño. No diez mil[9] ni veinte mil mercenarios ni las tropas esas epistolares[10] —no me vengáis con eso—, sino un contingente que se obtendrá de la ciudadanía, y si vosotros elegís general a uno solo o a varios o a fulano o a quien quiera que sea, a ése se obedecerá y se seguirá. Y pido que a ese ejército se le proporcione aprovisionamiento. ¿Y cuál será la composición de ese destacamento y la magnitud de 20
su contingente? ¿Y de dónde obtendrá el aprovisionamiento? ¿Y de qué manera estará dispuesto a realizar los antedichos planes? Yo lo aclararé discurriendo por cada una de esas cuestiones separadamente. En cuanto a los mercenarios[11], propongo… y cuidado no vayáis a hacer lo que muchas veces os ha perjudicado: considerando que todo es inferior a lo necesario y eligiendo en vuestras votaciones los más elevados proyectos, a la hora de actuar no lleváis a cabo ni los humildes; pues no, realizad los humildes y atended a sus gastos, y si os parecen un tanto insignificantes, aumentad vuestra aportación a ellos. Propongo, pues, que el 21
contingente total sea de dos mil soldados, y de ellos sostengo que quinientos han de ser atenienses, a partir de la edad que a vosotros os parezca oportuno, que sirvan durante un tiempo determinado, no largo, sino el que os parezca que esté bien, y que se vayan turnando los unos a los otros; los demás solicito que sean extranjeros. Y junto a

ellos, doscientos soldados de caballería, de los cuales cincuenta atenienses al menos, que, como los de infantería, hagan el servicio de la misma manera[12]. Y navíos de
transporte para estos contingentes. Bien, ¿y qué además de 22
eso? Diez trirremes de navegación rápida; pues teniendo aquél una flota, nos hacen falta también naves ligeras para que el ejército navegue con seguridad. Ahora bien, ¿de dónde se les procurará el mantenimiento? También eso lo aclararé y lo mostraré, una vez que haya expuesto por qué considero que tamaña fuerza es suficiente y por qué pido
que sean ciudadanos los que salgan en expedición militar. 23
Tamaña fuerza basta por estas razones, varones atenienses: porque no nos es posible ahora procurarnos un ejército que pueda hacerle frente en orden de batalla, sino que es menester emplear la táctica del saqueo y valernos de este tipo de guerra en un principio; por tanto, no ha de ser la fuerza excesiva en número de contingentes —pues no hay
soldada ni avituallamiento—, ni del todo insignificante. 24
Por otra parte, pido que haya en ella ciudadanos y que participen en la navegación por estas razones: porque oigo decir que también antes en cierta ocasión la ciudad mantenía en Corinto[13] un ejército de mercenarios, comandado por Polístrato, Ifícrates, Cabrias y algunos otros, y que vosotros personalmente tomabais parte en la campaña; y sé de oídas que esos mercenarios alineándose con vosotros fueron venciendo a los lacedemonios y vosotros con ellos. En cambio, desde que los ejércitos mercenarios por sí solos hacen campañas en lugar vuestro, vencen a los amigos y aliados, mientras que los enemigos se han hecho más fuertes de lo debido. Y echando un vistazo a la guerra de la ciudad, se van navegando a combatir a Artábazo[14] o a cualquier otro lugar, y el general los sigue, naturalmente: que no es posible que mande quien no paga soldadas. ¿Qué solicito, pues?
Eliminar los pretextos al general y a los soldados 25
procurándoles una paga y poniendo a su lado soldados de nuestra propia patria a modo de inspectores de las

operaciones bélicas. Dado que, al menos ahora, produce risa La manera en que nos aprovechamos de las circunstancias. Pues si alguien os preguntara: «¿Estáis en paz, atenienses?», diríais: «No, por Zeus, al menos nosotros no, sino que guerreamos con Filipo.» ¿No andabais votando de entre vosotros mismos diez taxiarcos, 26
diez estrategos, diez filarcos y dos hiparcos? ¿Qué hacen, pues, ésos? Salvo un solo hombre, al que enviáis a la guerra, los demás conducen vuestras procesiones en compañía de los intendentes de los sacrificios[15], pues al modo de los que modelan figuritas de barro, votáis a los taxiarcos y a los filarcos para el ágora, no para la guerra. 27
¿Y no sería necesario, varones atenienses, que los taxiarcos fuesen elegidos de entre vosotros, el hiparco saliese de entre vosotros y los comandantes fuesen de casa, para que el ejército fuera realmente de la ciudad? Por el contrario, es menester que el hiparco elegido de entre vosotros navegue rumbo a Lemnos[16] y que Menelao[17] ejerza la función de hiparco sobre la caballería que lucha por las posesiones de la ciudad. Y esto no lo digo en plan de reproche hacia ese hombre, sino que sería necesario que éste hubiera sido votado por vosotros, fuera quien fuera.

Tal vez pensáis que estas propuestas están bien, pero 28
deseáis sobre todo escuchar el asunto del dinero, cuánto va a ser y de dónde va a obtenerse. Ya voy también a eso. En cuanto al dinero, pues: asciende la manutención de ese ejército, sólo la suma para alimentación, a noventa talentos y un poco más[18]; la de diez naves rápidas, a cuarenta talentos, veinte minas al mes por nave; para dos mil soldados, la suma asciende a otro tanto, con el lin de que cada soldado perciba diez dracmas al mes en concepto de alimentación; y para los soldados de caballería, que son doscientos, si cada uno cobra treinta dracmas al mes, llega el total a doce talentos. Y si alguien cree que tal cantidad 29
constituye un escaso punto de partida para el aprovisionamiento del ejército en campaña, no piensa

correctamente; pues yo sé con claridad que si esa suma llega a ser real, el propio ejército se procurará el resto valiéndose de la guerra, sin dañar injustamente a ningún griego ni aliado, de forma que obtenga la soldada completa. Yo estoy dispuesto a embarcarme con ellos como voluntario y a padecer lo que sea, si ello no es así. En cuanto a de dónde saldrá la recaudación de los dineros que os pido se alcancen, eso es lo que ya ahora os diré.

Proyecto de la recaudación

Los recursos, varones atenienses, que nosotros[19] 30
hemos podido encontrar, ésos son; una vez que pongáis a votación las propuestas, las votaréis si os agradan, con el fin de que no hagáis la guerra a Filipo solamente con los
decretos y las cartas, sino también con los hechos. Me 31
parece que deliberaríais mucho mejor sobre la guerra y el conjunto de los preparativos si tomarais en consideración, varones atenienses, los condicionamientos geográficos de la región contra la que lucháis y si tuvierais en cuenta que Filipo logra sus propósitos y se nos anticipa la mayor parte de las veces amparándose en los vientos y en las estaciones del año y ataca tras haber esperado los vientos etesios[20] o
el invierno, cuando nosotros no podríamos llegar allí. Así 32
que, teniendo eso bien presente, no debemos hacer la guerra con expediciones de socorro (pues llegaremos al final de todo), sino con preparativos y ejército permanentes[21]. Os es posible usar, como cuarteles de invierno para la tropa, Lemnos, Tasos, Escíatos y las islas que están en esa zona[22], en las cuales hay puertos, alimentos[23] y todo lo que para un ejército se requiere; y en la estación del año en que es fácil estar cerca de tierra y el soplo de los vientos es seguro, estará fácilmente junto a su país y junto a las desembocaduras del tráfico de mercados.

Cómo y cuándo se empleará este ejército, lo decidirá según la ocasión el jefe designado por vosotros; pero lo que es menester que vosotros aportéis, eso es lo que yo tengo expresado por escrito en mi proyecto. Si proporcionáis, varones atenienses, en primer lugar ese dinero que digo, y luego, preparando lo demás —los soldados, los trirremes, la caballería—, constreñís[24] al ejército entero y completo, mediante una ley, a permanecer en el campo de acción de la guerra, convirtiéndoos vosotros mismos en administradores y proveedores del dinero, y poniéndoos en condiciones de reclamar al general la razón de las acciones, dejaréis de deliberar siempre sobre lo mismo sin realizar progreso alguno. Y todavía, además de eso, primeramente, varones atenienses, le[25] quitaréis el más importante de sus ingresos. ¿Y cuál es ése? Que lucha con vosotros a costa de vuestros aliados, raptando y despojando a los que navegan por el mar. ¿Y luego qué, además de eso? Vosotros mismos os veréis libres de padecimiento, no como en el tiempo pasado cuando se lanzó contra Lemnos e Imbros y se marchó de allí llevándose prisioneros a ciudadanos vuestros, y cuando apresó las naves cerca del Geresto[26] y sacó a cuenta de ello incalculables sumas de dinero, y cuando finalmente desembarcó en Maratón y se marchó llevándose de la región el trirreme sagrado[27], y vosotros ni podéis impedir esos hechos ni enviar expediciones de auxilio en las fechas que de antemano fijéis. Sin embargo, ¿por qué creéis, varones atenienses, que la fiesta de las Panateneas y la de las Dionisias siempre se celebran en las fechas correspondientes, ya sean expertos, ya gentes sencillas los que por designación de la suerte se encargan de una u otra de ellas; fiestas en las que se gastan cantidades de dinero que no se invierten en ninguna de las expediciones y que concentran tanta muchedumbre y tan gran número de preparativos como no sé yo si alguna otra celebración, y, en cambio, todas nuestras expediciones llegan con

posterioridad a su oportuno momento, la de Metone, la de Págasas, la de Potidea? Porque aquellas tocias están 36 reguladas por ley y cada uno de vosotros sabe de antemano con anticipación quién es el corego o el gimnasiarco de la tribu[28], cuándo, de quién y qué cantidad de dinero ha de recibir y para qué, sin que se haya descuidado nada por falta de control o precisión; por el contrario, en lo pertinente a la guerra y a los preparativos de ella, todo es desorden, descontrol e imprecisión. En consecuencia, una vez que hemos recibido una noticia, designamos trierarcos[29], entablamos procesos de intercambio de bienes entre ellos, reflexionamos sobre ingreso de fondos; después de eso decidimos embarcar a los metecos y a los libertos[30], luego, por el contrario, embarcar nosotros mismos, luego, cambiar las tripulaciones, luego, mientras se anda en esas dilaciones, perdido está ya lo que era el 37 objeto de nuestra expedición naval; pues el tiempo de actuar lo gastamos en hacer nuestros preparativos, mientras que las oportunidades de los sucesos no aguardan[31] ni a nuestra lentitud ni a nuestros pretextos. Y las fuerzas que creíamos poseer en el entretanto, en las ocasiones precisas se revelan incapaces de hacer nada. Por su parte, él ha llegado a tal grado de insolencia, que a los eubeos les está enviando ya cartas como ésta.

Lectura de la carta[32]

De lo que se ha leído, varones atenienses, la mayor 38 parte es verdad —tal como no debiera—, por más que, tal vez, no sea agradable de escuchar. Ahora bien, si cuanto uno pasa por alto en el discurso con el fin de que no cause aflicción, también los acontecimientos lo van a pasar por alto, entonces es menester hablar en público con propósito de complacencia; pero si el halago de las palabras, cuando no corresponde a la realidad, se convierte en castigo, es vergonzoso engañarse a sí mismos y, demorando lo que sea

difícil, llegar tarde a todas las empresas; y no poder 39
aprender ni esto: que necesariamente los que dirigen bien una guerra no han de seguir a los acontecimientos[33], sino ir por delante de ellos, y que del mismo modo que se podría exigir al general guiar a sus ejércitos, así también a los políticos dirigir los acontecimientos, para que se haga lo que aquéllos decidan y no se vean obligados a correr en
pos de las circunstancias fortuitas. Pero vosotros, varones 40
atenienses, que poseéis una fuerza superior a cualquier otra, trirremes, hoplitas, caballería, ingresos, de esos recursos hasta el día de hoy no os habéis servido de ninguno para cosa de provecho, y nada os falta para luchar con Filipo al modo en que los bárbaros boxean. En efecto, el que de aquéllos ha recibido un golpe, se agarra siempre la parte golpeada y si se le sacude en otro lugar, allí están
ya sus manos; pero cubrirse o mirar de frente, ni sabe ni 41
quiere. Igual vosotros: si os enteráis de que Filipo está en el Quersoneso, votáis que se envíe allí una expedición de auxilio; si en las Termopilas, allá la mandáis; si en cualquier otro lugar, andáis corriendo de arriba para abajo y os dejáis maniobrar por él, pero no tenéis decidido por vuestra parte nada que sea de interés con respecto a la guerra, ni nada prevéis con anterioridad a los acontecimientos, antes de que os enteréis de que algo ha sucedido o está sucediendo. Eso tal vez antes era posible; pero ahora se ha llegado al momento culminante, de forma que ya no cabe seguir así. 42 Me parece, varones atenienses, que algún dios, sintiendo vergüenza por la ciudad a causa de lo que está sucediendo, infundió a Filipo ese afán de actividad. Pues si con la posesión de lo que ha sometido y conquistado anticipadamente quisiera mantenerse en calma y ya no realizase nada, a algunos de vosotros me parece que les resultaría suficiente la situación en virtud de la cual, como estado, hubiéramos sido multados con los oprobios que dan lugar a deshonor, cobardía y todas las vergüenzas; pero como la realidad es que anda siempre intentando algo nuevo y buscando el

incremento, tal vez puede llegar a desafiaros, si es que no habéis renunciado definitivamente a ello. Yo, 43
personalmente, me sorprendo de que ninguno de vosotros reflexione o se irrite al ver, varones atenienses, que la iniciación de esta guerra haya tenido lugar para castigar a Filipo[34] y que su final sea ya para no sufrir daño a manos de Filipo. Pues que no se detendrá, es evidente, si alguien no le pone impedimento. Entonces, ¿vamos a estar soportando eso? ¿Creéis que todo irá bien si enviáis trirremes vacíos y las esperanzas que haya sugerido[35]
fulano o mengano? ¿No nos embarcaremos? ¿No 44
saldremos nosotros mismos en campaña con una parte de nuestros propios soldados ahora, ya que no lo hicimos antes? ¿No navegaremos con rumbo al territorio de aquél para atacarlo? ¿Dónde, pues, echaremos el ancla?, me preguntaba alguien. La propia guerra, si es que la emprendemos, varones atenienses, descubrirá los puntos flacos de la situación en que aquél se encuentra; si, por el contrario, nos quedamos sentados en casa oyendo las mutuas injurias y acusaciones que se dirigen los oradores, nunca sera posible que nos sobrevenga nada de lo que es
necesario. Pues, en mi opinión, dondequiera que sea 45
enviada una parte de la ciudad, aunque no sea totalmente ateniense, allí siguen colaborando en los esfuerzos la benevolencia de los dioses y la de la fortuna; en cambio, donde quiera que enviéis un estratego y un decreto vano y las esperanzas difundidas desde la tribuna oratoria, allí nada de lo necesario se os cumple, sino que los enemigos se burlan y los aliados se mueren de miedo[36] ante las
tropas expedicionarias de esa laya. Porque no es posible, 46
no es posible que un solo hombre[37] sea capaz algún día de realizar para vosotros todo eso que queréis; prometer, sin embargo, y hacer afirmaciones y acusar a fulano y a mengano, eso que es posible, pero a raíz de esas prácticas nuestra política se malogra; pues cuando el general manda en miserables mercenarios[38] sin paga, y otros aquí hay

que con facilidad os engañan[39] a propósito de las realizaciones de aquél, y vosotros, a partir de las noticias que recibáis, votáis lo que se os ocurra, ¿qué más hay que esperar?

Entonces, ¿cómo cesará eso? Cuando vosotros, varones 47
atenienses, designéis a los mismos hombres soldados, testigos de las operaciones militares y jueces de las rendiciones de cuentas[40], una vez hayan vuelto a su patria, de modo que vosotros no solamente escuchéis vuestros propios intereses, sino que, además, estéis presentes para verlos. Ahora las cosas han llegado a tal grado de desvergüenza, que cada general[41] es juzgado dos o tres veces ante vosotros en causas de pena capital; en cambio, contra los enemigos ninguno de ellos ni por una sola vez se atreve a luchar jugándose la vida; antes bien, prefieren la muerte de los piratas y bandoleros a la que les cuadra; pues es propio del malhechor morir sentenciado; de un general, morir combatiendo con los enemigos. Y
entre nosotros, unos van por ahí diciendo que Filmo en 48
colaboración con los lacedemonios prepara la ruina de Tebas y el desmembramiento de su confederación política[42]; otros, que ha enviado mensajeros al Rey: otros, que fortifica ciudades en Iliria; otros, finalmente, andamos de un lado para otro modelando cada uno sus propias
historias. Yo, por mi parte, creo, varones atenienses (sí que 49
lo creo, por los dioses), que aquél está embriagado por la grandeza de sus realizaciones y en su imaginación da vueltas a muchos sueños de similares éxitos, al ver la inexistencia de quienes se los impidan y encumbrado por las empresas realizadas; sin embargo, en lo que no creo, por Zeus, es en que elija actuar de tal forma, que los más insensatos de entre nosotros sepan qué es lo que va a hacer aquél; pues los más insensatos son los forjadores de
historias. Pero si dejando eso aparte nos hacemos cargo de 50
que este hombre es enemigo, de que nos está despojando de lo nuestro, de que durante mucho tiempo nos está

insultando, de que todo cuanto en cualquier ocasión esperamos que hiciera por nosotros resulta que se ha vuelto en contra nuestra, de que el futuro está en nuestras propias manos, y de que si ahora no queremos combatir allí con él, tal vez nos veremos forzados a hacerlo aquí, si nos hacemos cargo de eso, habremos decidido lo que hace falta, y nos habremos librado de vanos discursos; pues no hay que considerar lo que llegará a suceder, sino saber a ciencia cierta que será desastroso, si no aplicáis a ello vuestro entendimiento y no queréis hacer lo que os conviene.

Yo, por mi parte, nunca en otra ocasión me resolví a 51
deciros en plan de halago algo de lo que no estuviera convencido que os iba a ser útil; y ahora todo lo que pienso sencillamente, sin disimular nada, os lo he confesado con franqueza. Y quisiera que así como sé que a vosotros os conviene escuchar los mejores consejos, del mismo modo supiera que será provechoso también para el que los enuncia; pues me sentiría mucho más a gusto. Pero ahora, aunque lo que me resultará de la propuesta está en terreno incierto, sin embargo, me resuelvo a exponerla en el convencimiento de que si la lleváis a efecto, os resultará conveniente. Y que triunfe lo que a todos convenga.

V

SOBRE LA PAZ[*]

INTRODUCCIÓN

Según Dionisio de Halicarnaso, este discurso fue pronunciado bajo el arcontado de Arquias (346 a. C.). La pérdida de Olinto en el 348 a. C. produjo una inmediata alarma en Atenas, perpleja ante el amenazador avance de Filipo. Los atenienses, en tal situación, buscan apoyo entre las demás ciudades griegas, con el fin de formar una coalición antimacedónica capaz de poner una barrera a la imparable y ambiciosa carrera de Filipo. Pero el intento resultó infructuoso. Así pues, tuvieron que contentarse con enviar una flota a las órdenes de Cares, cuyo único logro efectivo fue establecer plazas fuertes en determinados puntos de la costa de Tracia.

Consiguientemente, cunde en Atenas cierto desánimo ante la imposibilidad de conseguir formar un frente panhelénico que ofreciera las mínimas garantías de éxito en una confrontación con el enemigo común. Pero, por otra parte, en el campo político adversario, Filipo necesita una tregua para consolidar sus victorias, recuperarse de su actividad incansable y poder replantear con nuevos bríos sus aspiraciones frustradas de penetración en Grecia central.

En esta atmósfera común cargada de deseos de tregua, se entiende la aprobación de una moción presentada por

Filócrates en el año 346 a. C., según la cual debía nombrarse un colegio de embajadores que acudiera a tratar con el Macedonio las condiciones de paz. Para esta embajada fueron designados, entre otros, Demóstenes y Esquines. A raíz de esta misión diplomática, que tuvo dos fases, y en la que intervinieron los dos irreconciliables enemigos, surgió el asunto de la «embajada», que generó sendos discursos de ambos adversarios, en los que cada uno de ellos aprovecha la oportunidad para atacar al otro. Pero lo más extraño de todo este proceso es que Esquines no respondiese a las acusaciones de Demóstenes, quien con toda claridad y en forma directísima censura a su enemigo por haberse puesto descaradamente a favor de los propósitos de Filipo. Ésa es la razón por la que Libanio opina que el discurso *Sobre la paz* lo dejó escrito su autor, pero no lo pronunció nunca.

En la primera fase de la embajada se sancionó la «paz de Filócrates»; era el mes de Elafebolión del año 346 a. C.

Casi no hace falta decir que las condiciones del tratado eran netamente favorables al soberano de Macedonia, y, por tanto, ruinosas para Atenas. En efecto, se reconocía el *statu quo* por ambas partes, pero no se contemplaban en el tratado ni la alianza ateniense con los focidios, ni los vínculos de Atenas con el rey de Tracia Cersobleptes ni con el pueblecito tesalio de Halos, a la sazón asediado por Filipo.

Aprobada la «paz de Filócrates», comenzó la segunda fase de la embajada, cuya finalidad era administrar los juramentos al monarca macedonio, muy ocupado por el momento en la campaña de Tracia. De esta segunda embajada regresó Demóstenes profundamente encolerizado y denunció a sus colegas embajadores ante el Consejo. Pero ya no había remedio. Atenas estaba atada de pies y manos. Filipo se limitó a hacer lo que le interesaba: penetró en Grecia central, puso en poder de Tebas las

ciudades de Beocia, sometió al caudillo de los focidios, Faleco, y dispersó la población de la Fócide.

Los atenienses, que en el tratado de paz habían renunciado a impedir la entrada del Macedonio en Grecia central, se reconocían ahora engañados por un «bárbaro», que, tras ocupar una vacante de los focidios en el Consejo anfictiónico, celebró su triunfo presidiendo los Juegos Píticos.

Quedó claro en Atenas, colmada de indignación ante tales hechos, que Demóstenes era un patriota, mientras que Filócrates y Esquines habían aconsejado al pueblo favoreciendo los intereses de Filipo. Pero, pese a ello, nuestro orador reconoce —y así lo aconseja— que la mejor actitud en la situación a la que se había llegado era la de reconocer la paz.

ARGUMENTO DE LIBANIO

Como la guerra en torno a Anfípolis se alargaba, Filipo y los atenienses 1
desearon la paz; los atenienses, porque en la guerra les iba mal; Filipo, porque quería cumplir lo que prometiera a tesalios y tebanos. Había prometido a los tebanos entregarles Orcómeno y Coronea, ciudades beocias, y a ambos poner fin a la guerra focidia. Y esto le era imposible con los atenienses en guerra; pues también antes, cuando quiso penetrar en Fócide, los atenienses con sus naves hicieron una navegación envolvente hasta llegar al lugar llamado Pilas, por algunos Termópilas, y se vio defraudado en su intento de invasión. Así que,
volviendo al caso, una vez que llevó a término la paz con los atenienses, sin 2
impedimento de nadie pasó al interior de Pilas, hizo evacuar al pueblo focidio y tomó de los demás griegos el lugar que los focidios ocupaban entre los anfictíones y los votos que les correspondían en el consejo. Y envió mensajeros también a los atenienses, pidiendo que también ellos aceptaran esos hechos; y Demóstenes aconseja que los acepten, no porque se adhiriese a esta petición, como si fuese correcta, ni afirmase que era justo que el Macedonio participase en un consejo griego, sino porque temía, según decía una y otra vez, no se vieran forzados a emprender una guerra contra todos los griegos en conjunto. Pues afirma que, cada uno por una causa distinta, han chocado con los atenienses, y que unidos van a luchar contra ellos. «Daremos», dice, «ese motivo común contra nosotros, a saber, que somos los únicos que nos oponemos a los decretos de los anfictíones; de modo que más vale observar la paz, sobre todo habiendo penetrado Filipo en Pilas y pudiendo atacar el Atica, que arrastrar tan gran peligro por tan poca cosa».

Este discurso me parece que fue preparado pero no pronunciado. Pues al acusar el orador a Esquines, entre otras cosas le reprocha también esto, que hubiese aconsejado que se concediese por votación a Filipo título de anfictión, cuando ningún otro, ni Filócrates, el más desvergonzado de los hombres, se atrevía a introducir esa propuesta. Asi que, si él personalmente hubiese aconsejado en estas cuestiones, no habría atacado por ello a Esquines, sino que evidentemente habría temido suscitar la sospecha de ser favorable a Filipo y haber manifestado una propuesta de tal estilo debido al hecho de haberse dejado convencer por el Rev a fuerza de dinero; ya que hasta en este discurso parece que se alza contra una sospecha similar, presentándose como bien dispuesto para la ciudad e incorruptible. 3

Veo, varones atenienses, que la situación presente ofrece mucha dificultad e inquietud, no sólo por lo mucho que se ha abandonado y porque de ninguna utilidad es hablar con elegancia de ello, sino también porque acerca de lo que nos queda ni en un solo punto se está de acuerdo al considerar lo que conviene, antes bien, a unos les parece de una manera, a otros de otra. Y si bien deliberar es cosa 1
ardua y difícil por naturaleza, vosotros, varones atenienses, 2
la habéis hecho mucho más difícil todavía; pues todos los demás hombres suelen usar de la deliberación antes de los acontecimientos, vosotros, en cambio, después de los acontecimientos[1]. Como consecuencia de eso sucede que, a lo largo de todo el tiempo del que tengo conciencia, el que critica los errores cometidos gana buena fama y tiene visos de perorar bien, pero los hechos, incluso aquellos sobre los que deliberáis, se os escapan por completo. Pese
a todo, aunque eso es así, opino —y convencido de ello me 3
levanté— que si estáis dispuestos a dar de lado al alboroto y las rivalidades y queréis escuchar, como corresponde a quienes deliberan en provecho de la ciudad y de asuntos de similar interés, podré expresar y aconsejar medidas por las cuales la presente situación mejorará y se recuperará lo abandonado.

Aunque sé muy bien, varones atenienses, que hablar 4
acerca de lo que uno mismo ha hablado y acerca de sí mismo ante vosotros es siempre de las cosas que más

aprovechan a quienes se atreven a hacerlo, lo considero tan
molesto y pesado, que pese a ver la necesidad de ello,
vacilo sin embargo. Pero estimo que os formaréis mejor un
juicio acerca de lo que ahora voy a decir, si recordáis unos
pequeños detalles de los discursos anteriormente
pronunciados por mí. Yo, varones atenienses, en primer 5
lugar, cuando algunos trataban de convenceros a raíz de la
conmoción política de Eubea, para que ayudarais a
Plutarco[2] y arrastrarais una guerra sin gloria y costosa, fui
el primero y el único que pasé a la tribuna y me opuse, y
poco me faltó para ser descuartizado a manos de quienes
os aconsejaron cometer numerosos y serios errores a
cambio de escasas ganancias; y cuando hubo pasado breve
tiempo, tras haber hecho recaer sobre vosotros la
vergüenza y haber sufrido un trato[3] que jamás ningún ser
del género humano ha sufrido nunca por parte de aquellos
a quienes ayudara, todos vosotros reconocisteis la maldad
de los que os aconsejaron esas medidas y que yo había sido
el que había expuesto las mejores sugerencias. Otra vez, 6
varones atenienses, cuando me di cuenta de que
Neoptólemo[4] el actor alcanzaba indemnidad gracias al
parentesco de su profesión, y de que causaba a la ciudad
los mayores daños y administraba y gobernaba lo vuestro
en beneficio de Filipo, subí a la tribuna y os lo comuniqué,
no por causa de ninguna enemistad privada ni por afán de
delatar, como quedó de manifiesto a raíz de los sucesos
que siguieron a esos hechos. Y en este caso ya no voy a 7
acusar a los que hablaban en defensa de Neoptólemo (que
no había ninguno), sino a vosotros mismos; pues si en el
teatro de Dioniso hubieseis contemplado tragedias y no
hubiera versado la deliberación sobre la salvación de la
ciudad y los intereses comunes, no le habríais escuchado a
él con tanta benevolencia ni a mí con tanta hostilidad.
Aunque de esto, al menos, creo que todos vosotros estáis 8
enterados: hizo una escapada entonces a territorio enemigo
para recuperar, según dijo, e invertir aquí en servicios
públicos las sumas de dinero que allí se le debían; y tras

haber hecho abundante uso de ese argumento, diciendo que era terrible reprender a quienes estaban transportando sus fortunas de allí a aquí, una vez que alcanzó inmunidad gracias a la paz, las propiedades que aquí había adquirido, las convirtió en dinero y llevándoselo consigo se va junto a Filipo.

Esas dos advertencias que os hice yo dan testimonio 9
del valor de mis pasados discursos y fueron expuestas por
mí con exactitud y ecuanimidad, en conformidad con los
hechos. En tercer lugar, varones atenienses —y una vez
diga solamente esto, hablaré ya sobre lo que he venido a
exponer—, cuando regresamos los embajadores después de 10
haber recibido los juramentos relativos a la paz, y entonces
algunos prometían que Tespias y Platea[5] serían
reconstruidas y que Filipo, en cuanto ganase el dominio,
salvaría a los focidios y que desmembraría la ciudad de
Tebas y que Oropo sería vuestra y que se daría Eubea a
cambio de Anfípolis y otras esperanzas y embustes
similares, arrastrados por los cuales vosotros abandonasteis
a los focidios[6] contra vuestros intereses, contra la justicia
y contra el honor, resultará claro que yo ni tomé parte en
ninguno de esos engaños ni guardé silencio ante ellos, sino
que os advertí, como sé que os acordáis, que de eso ni
tenía conocimientos ni esperanzas y que opinaba que quien
tales propósitos exponía decía bagatelas.

Pues bien, todos esos casos en que parece que preveo 11
las cosas mejor que los demás, no los referiré, varones
atenienses, ni a una sola especial habilidad o fanfarronería,
ni pretenderé que mi conocimiento y mis previsiones se
deben a ninguna otra causa, salvo a las dos razones que os
voy a decir: una, varones atenienses, la buena suerte, factor
que, según yo veo, domina toda la habilidad y sabiduría
que hay en la vida del hombre; otra: hago gratis las 12
estimaciones y cálculos de los asuntos públicos y nadie
podría mostrar ninguna ganancia privada conectada a mi
actividad política u oratoria. Así que justamente se ofrece a

mi intuición lo conveniente a juzgar por las circunstancias mismas. Pero cuando se echa dinero al otro lado, como en un platillo de la balanza, se va éste llevándose consigo y arrastrando con él al razonamiento, y el que tal ha hecho ya no podría hacer cálculo de nada en forma correcta y sana.

Ahora bien, yo, al menos, propongo que una sola cosa 13
debe ocupar el primer lugar: si se quiere proporcionar a la ciudad bien aliados, bien una contribución, bien cualquier otra cosa, eso se hará sin romper la paz existente, no porque sea admirable ni digna de vosotros, sino que, como quiera que ella sea, habría sido más oportuno para nuestra situación que no hubiera llegado a producirse que el que por causa nuestra se rompa ahora que ya está realizada; pues hemos abandonado muchas ventajas que, contando con ellas[7], habrían hecho la guerra más segura y más fácil
para nosotros entonces que ahora. En segundo lugar, 14
varones atenienses, hay que ver de no arrastrar a la necesidad o al pretexto de una guerra conjunta contra nosotros a esos que están reunidos y andan diciendo que ahora son anfictíones[8]. Pues yo opino que si de nuevo nos sobreviniera una guerra contra Filipo a causa de Anfípolis o de algún otro similar motivo de querella privada, en la que no intervinieran tesalios ni argivos ni tebanos, ninguno de ellos lucharía contra nosotros y menos que ningún otro
(y que nadie me alborote antes de oír) los tebanos, no 15
porque se encuentren a gusto con nosotros ni porque no estuvieran dispuestos a complacer a Filipo, sino porque saben con exactitud, aunque se les tache de obtusos, que en el caso de una guerra entre ellos y nosotros, ellos recibirán todos los males, mientras que otro estará sentado al acecho de los beneficios. De modo que no se lanzarían a semejante empresa a no ser que fuesen comunes a varios el
origen y la causa de la guerra. Ni tampoco en el caso de 16
que combatiéramos con los tebanos por Oropo[9] o por algún interés particular nos pasaría nada, en mi opinión;

pues creo que quienes prestasen ayuda, la proporcionarían a nosotros y a aquéllos en el caso de que alguien invadiese nuestro territorio o el de ellos, pero no se aliarían a ninguno de los dos para realizar campañas de ataque. Porque éste es el carácter de las alianzas cuya
consideración merece la pena, y el asunto es así por 17
naturaleza; no hasta el mismo límite cada uno es condescendiente, ni para con nosotros ni para con los tebanos, por lo que se refiere a que estemos a salvo o dominemos a los demás, sino que el hecho de que estemos a salvo es cosa que todos desearían por bien de sí mismos, mientras que ni uno solo querría que a fuerza de dominar a otros termináramos por ser dueños de ellos mismos. ¿Qué es, pues, lo que considero peligroso y qué es aquello de lo que creo debemos guardarnos? Que la guerra futura
proporcione a todos un pretexto y un motivo de reproche 18
comunes. Porque si los argivos, los mesemos, los megalopolitas y algunos otros peloponesios, todos los que comparten el modo de pensar de aquéllos, van a mantener hacia nosotros actitud hostil debido a la embajada que enviamos a Esparta y a que da la impresión de que aceptamos algunos hechos de la política lacedemonia, y si los tebanos nos son hostiles, según dicen, y aún han de serlo en mayor grado porque protegemos a sus exiliados y
les hacemos ver de todas las maneras nuestra aversión, y 19
los tesalios tienen motivos de enemistad porque damos asilo a los desterrados focidios, y Filipo porque le impedimos participar en la anfictionía, me temo que todos, irritándose cada uno por su propia causa, lleven contra nosotros la guerra en común amparándose en los decretos de los anfictíones, y que luego cada uno sea arrastrado a luchar contra nosotros por encima de sus intereses
particulares, como ocurrió también en el caso de los 20
focidios. Pues sabéis, sin duda, esto: que ahora los tebanos, Filipo y los tesalios, aunque particularmente cada uno de ninguna manera había anhelado los mismos fines, realizaron todos las mismas acciones; los tebanos, por

ejemplo, no pudieron impedir que Filipo pasase y se apoderase de los accesos ni que, pese a haber llegado el último, se apropiase de la fama debida a lo que con tanto trabajo ellos mismos habían realizado; pues ahora, por lo que se refiere al hecho de haber recuperado su 21
territorio[10], es verdad que los tebanos han hecho algo, pero en relación con el honor y la reputación han obrado de la forma más vergonzosa; porque si Filipo no hubiese pasado, parece que ningún provecho habrían obtenido. Pero eso no era lo que querían, antes bien, soportaron todo eso porque deseaban tomar Orcómeno y Coronea y eran incapaces de hacerlo. Ahora bien, algunos ciertamente se 22
atreven a afirmar que Filipo ni siquiera quería entregar a los tebanos Orcómeno y Coronea, sino que se vio forzado a hacerlo; pero yo a ésos les digo que lo pasen bien, y lo que sé es esto: que no le importaba eso más que deseos tenía de conquistar los accesos y la fama de la guerra, la de aparentar que gracias a él había alcanzado la resolución, y de celebrar los Juegos Píticos por mediación suya; eso era lo que con más afán ansiaba. Pero los tesalios no querían ninguna de esas dos cosas, ni que se engrandeciesen los 23
tebanos ni que se hiciera grande Filipo, pues tanto una alternativa como la otra consideraban que iba en contra de ellos mismos; pero estaban deseosos de convertirse en dueños del consejo de las Termopilas y de Delfos[11], dos claras ganancias; y por tener estas ambiciones colaboraron en estos hechos. Así pues, encontraréis que cada uno por razón de sus propios intereses ha sido arrastrado a hacer muchas cosas de las que no quería realizar ninguna. Esto es, sin embargo, esto es lo que debemos vigilar.

«¿Entonces es necesario que hagamos lo que se nos 24
mande, movidos por esos temores? ¿Y eres tú el que a eso nos induces?» Ni mucho menos. Antes bien, que ni realicemos nada indigno de nosotros mismos ni haya guerra, y que demos la impresión a todos de ser sensatos y exponer argumentos justos, eso es lo que creo que hay que

hacer. Y con relación a los que piensan que es necesario soportar con valor lo que sea y no prevén la guerra, quiero hacer las siguientes consideraciones. Nosotros permitimos que los tebanos posean Oropo, y si alguien nos preguntara, encareciéndonos decir la verdad, «¿por qué?», «para evitar la guerra», responderíamos. Y ahora mismo a Filipo en virtud del tratado le hemos cedido Anfípolis y permitimos que Cardia[12] quede fuera del resto del Quersoneso y que el Cario[13] ocupe las islas de Quíos, Cos y Rodas, y que los bizantinos obliguen a nuestros barcos mercantes a arribar[14], evidentemente porque consideramos que la tranquilidad que proporciona la paz es causa de mayores bienes que entrar en conflicto y rivalidad por esos asuntos. Por tanto, es estúpido y completamente desafortunado que, tras habernos comportado así con cada uno de los pueblos por separado en asuntos propiamente nuestros y de vital importancia, ahora luchemos contra todos por la sombra de Delfos.

VI

CONTRA FILIPO, SEGUNDO DISCURSO

INTRODUCCIÓN

El segundo discurso *Contra Filipo* fue pronunciado por Demóstenes en el 344 a. C., dos años después del discurso *Sobre la paz*. Que la paz no iba a ser duradera era cosa que no pocos atenienses se temían; la creciente amenaza de Filipo iba en aumento merced a la alianza del monarca macedonio con Tebas, su dominio sobre Tesalia y la interesada defensa que prestaba a enemigos históricos de Esparta como Mesenia, Arcadia y Argos, que, a partir de este momento, por hostilidad hacia los lacedemonios, depositan en Filipo la máxima confianza. Entretanto, la política del rey de Macedonia con Atenas es extremadamente hábil: de palabra y por cartas jura la paz, defiende ardorosamente la buena intención que inspira sus acciones, pone en claro que nunca se ha comprometido la conducta supuesta por las vanas esperanzas y la inconmovible buena fe de los atenienses. De hecho, sigue actuando según sus intereses, de acuerdo con las imprecisas obligaciones contraídas por el tratado de paz. De este modo cabía esperar la airada protesta de Demóstenes al comprobar que sus compatriotas se habían dejado engañar por los traidores atenienses, defensores a ultranza de la causa macedonia, esbirros a sueldo de Filipo.

Eran éstos, y no el propio rey, los que hacían concebir a la ciudadanía ateniense la idea de una paz absoluta y sin condiciones, no aceptada en tales términos por parte del Macedonio. Ellos habían hecho creer al pueblo de Atenas que Filipo salvaría a los focidios, arruinaría a los tebanos y no se aprovecharía de la vía expedita que se le brindó en las Termopilas para continuar sin trabas su expansión por Grecia. A su vez, el monarca se lamentaba de las, según él, injustas recriminaciones que le dirigían los oradores atenienses no sólo en la propia Atenas, sino incluso en otras ciudades griegas. Nuestro orador, en efecto, acababa de pronunciar discursos en el Peloponeso contra la engañosa política de Filipo.

Así pues, en este segundo discurso *Contra Filipo*, Demóstenes deja sentada la falsedad e infiabilidad del enemigo de Atenas por antonomasia y el infortunio que representa la constante traición de determinados ciudadanos dispuestos a engañar al pueblo para hacerle caer en manos de su más terrible adversario.

ARGUMENTO DE LIBANIO

Mediante este discurso el orador exhorta a los atenienses a que sospechen de 1
Filipo, como enemigo que es, y no confíen del todo en la paz, sino que se mantengan despiertos, presten atención a los asuntos y se preparen para la guerra. Pues acusa a Filipo de andar tendiendo asechanzas contra los atenienses y todos los griegos y afirma que eso es lo que testimonian sus acciones. Y promete que dará respuestas a ciertos embajadores llegados allí, al no saber los
atenienses qué se les debía responder. De dónde habían venido éstos y para qué 2
asuntos, en el discurso no se aclara, pero es posible saberlo merced a las «Historias filípicas». Por esas fechas, en efecto, envió Filipo embajadores a los atenienses, acusándoles de que le calumniaban sin razón ante los griegos diciendo que les había hecho muchas y grandes promesas y les había engañado; porque decía que no había prometido nada ni en nada les había engañado y reclamaba pruebas en torno a estas cuestiones. Y al mismo tiempo que Filipo, enviaron también embajadores a Atenas los argivos y los mesenios, acusando también éstos al pueblo de ser condescendientes y aplaudir a los lacedemonios, que estaban esclavizando el Peloponeso, y oponerse a ellos mismos, que
estaban luchando por la libertad. Así pues, los atenienses no encuentran 3
respuesta que dar a Filipo y a las ciudades; a las ciudades, porque están en buenas disposiciones con los lacedemonios y odian la coalición de argivos y

mesenios con Filipo y recelan de ella, pero, pese a todo, no pueden declarar que la conducta de los lacedemonios es justa. A Filipo, porque fracasaron en sus esperanzas, pero, sin embargo, parece que no fueron engañados por él personalmente, pues ni en sus cartas escribió Filipo promesa ninguna, ni a través de sus propios embajadores ofreció ningún compromiso, sino que eran algunos atenienses los que habían hecho concebir al pueblo la esperanza de que Filipo salvaría a los focidios y acabaría con la insolencia de los tebanos. Por eso
Demóstenes, haciendo mención de las respuestas, promete que las dará, pero 4
declara que sería justo que a quienes han causado la dificultad, a ésos también reclamaran las respuestas; «ellos —dice— engañaron al pueblo y abrieron a Filipo las Termopilas». Con estas palabras alude a Esquines, preparando, como dicen, la acusación contra él por embajada fraudulenta, que más tarde le interpuso, y desacreditándole ya de antemano ante el pueblo.

Cuando tienen lugar discursos, varones atenienses, 1
sobre lo que hace Filipo y sus violaciones de la paz, siempre veo que los discursos en nuestra defensa son manifiestamente justos y humanos[1] y que todos los que acusan a Filipo parecen decir siempre lo que conviene, pero que, valga decirlo así, no se realiza nada de lo que conviene ni de los proyectos en virtud de los cuales
merecería la pena escuchar esos discursos; antes bien, 2
resulta que los asuntos de la ciudad, en su totalidad, han llegado a un punto tal, que cuanto con mayor intensidad y más a las claras se demuestra que Filipo está violando la paz concluida con vosotros y tendiendo asechanzas a todos los griegos, tanto más difícil se hace aconsejar qué es lo que hay que hacer.

La causa de ello, varones atenienses, es que, siendo 3
necesario poner barreras de hecho y a base de medidas prácticas, y no con palabras, a todos[2] los que buscan llevar siempre ventaja, en primer lugar, nosotros, los que accedemos a la tribuna, nos abstenemos de hacer propuestas y de aconsejar acerca de esas cuestiones por temor a incurrir en enemistad con vosotros, y, en cambio, discurrimos sobre las cosas que hace y lo terribles que son y asuntos similares; en segundo lugar, vosotros, los que estáis ahí sentados, estáis mejor preparados que Filipo para

poder pronunciar discursos justos y entender a otro que os
hable, pero para poder impedirle aquello en lo que ahora 4
está, os encontráis totalmente inactivos. Resulta, entonces,
en mi opinión, una cosa inevitable y, tal vez, natural: en
aquello en lo que cada uno os ocupáis y esforzáis es en lo
que cada parte supera a la otra, él, en las acciones,
vosotros, en los discursos. Así pues, si también ahora os
basta con el discurso más justo, cosa fácil es y ningún
trabajo acompaña a esa tarea; pero, si hay que examinar la 5
manera de enderezar la situación presente y de evitar que
vaya aún a más sin que nosotros nos enteremos de nada, y
que se nos plante enfrente una gran fuerza a la que ni
podamos oponernos, no vale la misma forma de deliberar
que servía antes, sino que es necesario que todos los que
hablan, y los que escuchan, como vosotros, prefieran lo
más útil y saludable a lo más fácil y agradable.

En primer lugar, varones atenienses, si alguien al ver el 6
poder que ha alcanzado Filipo y la gran cantidad de sus
dominios, no se inquieta y no cree que eso aporta peligro a
la ciudad ni que todo eso lo está preparando contra
vosotros, expreso mi admiración, y quiero pediros a todos
por igual que me escuchéis las consideraciones que
expondré en forma breve por las cuales se me ocurre
esperar lo contrario y considero a Filipo enemigo; con el
fin de que, si parece que yo soy mejor previsor, me hagáis
caso a mí, y si parecen serlo los que no se inquietan y han
depositado en él su confianza, os suméis a ellos. Así pues,
yo hago mis cálculos: ¿de qué se hizo dueño Filipo 7
inmediatamente después de la paz? De las Termopilas y de
los asuntos de Fócide. ¿Y cómo se sirvió de ellos? Prefirió
hacer lo que convenía a los tebanos[3], no lo que interesaba
a la ciudad. ¿Por qué? Porque, haciendo examen de sus
cálculos, en mi opinión, con vistas a la ventajosa ganancia
y a someterlo todo a su persona y no a la paz, ni a la
tranquilidad ni a nada justo, vio correctamente esto; que a 8
nuestra ciudad y a nuestra manera de ser nada podría

ofrecer ni hacer por lo que vosotros os dejarais convencer
de entregarle algunos de los demás griegos por utilidad
personal vuestra, sino que haciéndoos cuenta de lo justo y
tratando de evitar la infamia envuelta en tal transacción y
previendo todo lo que conviene, si intentara hacer algo
similar, os opondríais[4] de igual manera que si estuvierais
en guerra. En cambio, en cuanto a los tebanos, creía — 9
cosa que precisamente sucedió— que a cambio de los
beneficios que les fuesen sobreviniendo, por lo demás le
dejarían obrar como quisiera, y no ya que no se le
opondrían o le causarían impedimentos, sino que hasta
compartirían campañas con él si así se lo mandaba. Y
ahora, por haber intuido las mismas posibilidades, anda
tratando bien a los mesenios y los argivos. Lo cual,
varones atenienses, es además el mayor elogio para 10
vosotros; pues, a juzgar por esos hechos, estáis
considerados como los únicos de entre todos que no
abandonaríais los derechos comunes de los griegos por
ninguna ganancia, ni cambiaríais vuestra devoción hacia
los griegos por ningún favor ni interés. Y con razón se ha
formado esa opinión de vosotros, y de los argivos y
tebanos la contraria, pues mira no sólo al presente, sino
que también hace sus cuentas sobre el pasado. Y descubre, 11
me imagino, y oye contar que vuestros antepasados,
aunque les era posible mandar sobre los demás griegos a
condición de obedecer ellos al Rey, no solamente no
soportaron tal propuesta cuando Alejandro[5], el
antepasado de ésos, vino como heraldo de ella, sino que
prefirieron abandonar el país y se resignaron a sufrir lo que
fuese, y después realizaron esos hechos que todo el mundo
ansía referir, pero que nadie ha podido narrar con dignidad,
razón por la cual también yo haré bien en dejar de lado el
tema (porque las acciones de aquéllos son demasiado
grandes como para que uno pueda exponerlas de palabra);
por el contrario, oye referir Filipo que de los antepasados
de los tebanos y los argivos, los primeros combatieron al
lado de los bárbaros y los otros no se enfrentaron a ellos.

Así pues, sabe que ambos pueblos se contentarán con lo que particularmente les interesa, sin considerar lo que sea común ventaja para los griegos. Por tanto, él pensaba que si os elegía a vosotros, elegiría amigos sobre la base de la justicia, mientras que si se unía a aquéllos, tendría colaboradores de su propia ambición. Por esa razón, tanto entonces como ahora, prefiere aquéllos a vosotros; pues, a no dudarlo, no ve que tengan ellos más trirremes que vosotros, ni tampoco se trata de que, por haber descubierto un imperio en el interior, haya renunciado al dominio sobre el mar y los puertos comerciales; ni de que no recuerde sus discursos ni sus promesas, por las cuales obtuvo la paz. 12

Pero, por Zeus, podría decir alguien que pretenda saberlo todo[6], que en esa ocasión[7] actuó movido por ambición ni por los motivos que le imputo, sino porque las reclamaciones de los tebanos eran más justas que las vuestras. Ahora bien, de entre todos los argumentos ése es el único que no puede ahora alegar; pues el que ordenó a los lacedemonios renunciar a Mesene, ¿cómo podría pretender, tras haber entregado entonces Orcómeno y Coronea a los tebanos, haberlo hecho por considerar que era justo? 13

Pero es que se vio forzado[8], por Zeus —sólo queda esta excusa—, y contra sus planes hizo esas concesiones, al verse cogido entre la caballería tesalia y los hoplitas tebanos. Bien. Por eso dicen que está a punto de sospechar 14
de los tebanos y hacen correr algunos por ahí el rumor de 15
que fortificará Elatea[9]. Él espera hacer eso y seguirá esperándolo, en mi opinión; en cambio, para colaborar con los mesenios y los argivos en su ataque contra los lacedemonios no tiene que esperar, sino que les manda mercenarios, les envía dinero y se le espera en persona al frente de un gran ejército. ¿A los lacedemonios, que, aún en pie, son enemigos de los tebanos, está tratando de destruir y, por el contrario, a los focidios, a quienes él en
persona antes arruinó, ahora los salva? ¿Y quién podría 16

creer eso? Pues yo, por mi parte, no creo que Filipo, ni aunque al principio hubiera obrado a la fuerza, contra su voluntad, ni aunque ahora diese de lado a los tebanos, se opusiera constantemente a los enemigos de aquéllos; antes bien, a juzgar por lo que ahora hace, es evidente que en aquella ocasión también obró deliberada y libremente, y si se observa bien, todo demuestra que coordina la totalidad de su acción política contra nuestra ciudad. Y esta
circunstancia se le impone ahora ya necesariamente, en 17
cierta manera. Pues reflexionad: quiere dominar y ha comprendido que vosotros sois sus únicos rivales para ello. Hace ya mucho tiempo que os viene perjudicando y es él en persona quien mejor que nadie tiene conciencia de ello; pues con todas las posesiones vuestras que tiene ocupadas se ha asegurado la tenencia de todas las demás; porque si hubiera abandonado Anfípolis y Potidea, no se consideraría seguro ni permaneciendo en su casa. Sabe,
por tanto, estas dos cosas: que él conspira contra vosotros 18
y que vosotros os dais cuenta; y como os tiene por inteligentes, estima que con toda justicia le odiáis, y está irritado porque espera sufrir un castigo si encontráis ocasión, siempre que no se adelante él en la acción. Por
eso está despierto, al acecho, y en detrimento de nuestra 19
ciudad halaga a algunos (tebanos, y peloponesios que comparten los propósitos de éstos), los cuales cree que por su ambición se contentarán con la situación presente y por la rudeza de sus caracteres nada preverán de lo que sucederá después. Sin embargo, incluso a los que son medianamente inteligentes les es dado ver los evidentes ejemplos que tuve ocasión de exponer[10] a los mesemos y argivos y que tal vez es mejor que os queden dichos
también a vosotros[11]. «¿Cómo os imagináis que sería, 20
mesemos» —les decía— «el enojo con que los olintios habrían escuchado hablar en contra de Filipo en aquellos días en que les cedía Antemunte, ciudad que reivindicaban todos los anteriores reyes de Macedonia, y les daba Potidea al tiempo que expulsaba de ella a los colonos

atenienses, y él en persona había cargado con nuestra enemistad, mientras que a ellos les había dado el territorio para que lo disfrutaran? ¿Acaso imagináis que se
esperaban ser tratados como lo fueron, o que lo creerían si 21
alguien se lo advirtiera? Sin embargo», les decía yo, «después de haber disfrutado poco tiempo del territorio ajeno, hace mucho que se ven privados por aquél del suyo propio, vergonzosamente expulsados y no solamente vencidos, sino además traicionados y vendidos los unos por los otros; pues no son seguras para las constituciones ciudadanas[12] esas tan estrechas relaciones con los tiranos.

¿Y los tesalios, qué?», les decía. «¿Acaso creéis que 22
cuando les expulsaba a los tiranos y en otra ocasión les daba Nicea y Magnesia[13], esperaban que iban a tener implantada la decadarquía[14] que hoy tienen establecida, o que el que les devolvió el puesto en el Consejo anfictiónico[15] iba a confiscarles sus propios ingresos? Imposible eso. Y, sin embargo, eso ha sucedido y a todos
les es dado saberlo. Y vosotros», decía yo, «contempláis 23
admirados a Filipo cuando da y cuando promete, pero si sois sensatos, rogad a los dioses no verlo cuando haya engañado y seducido. Bien es verdad, por Zeus», decía yo, «que hay inventos de todas clases para protección y seguridad de las ciudades, como empalizadas, murallas, fosos y todo lo demás de este género. Y todas estas
defensas son producto de las manos y requieren 24
dispendios. Pero la naturaleza de los hombres sensatos posee en sí misma un común baluarte de defensa, que para todos es un bien y una garantía de seguridad, sobre todo para las democracias con respecto a los tiranos. ¿Y cuál es este baluarte? La desconfianza. Guardadla, cogeos a ella; si la conserváis, nada terrible sufriréis. ¿Qué pretendéis?»
—decía—, «¿la libertad? Entonces, ¿no veis que hasta los 25
títulos que tiene Filipo son lo más ajeno a ella? Pues todo rey y todo tirano es enemigo de la libertad y adversario de las leyes. ¿No os vais a proteger» —les decía— «para que

no os ocurra que, buscando liberaros de una guerra, encontréis un amo»?

Aquéllos, aunque oyeron esto y manifestaban con 26
alboroto que eso era hablar con justeza, y pese a haber escuchado otros muchos discursos de los embajadores, tanto mientras yo estaba presente como aun después, según parece, no por ello se apartarán de la amistad de Filipo ni
de sus promesas. Y no es esto extraño, que unos mesenios 27
y algunos peloponesios obren al margen de lo que en sus razonamientos ven que es lo mejor; pero vosotros, que por vosotros mismos comprendéis y nos oís a nosotros decir que sois objeto de conspiraciones, que se os asedia, a fuerza de no hacer nada a tiempo, según mi impresión, resultará que lo habréis soportado todo, sin daros cuenta. Hasta ese punto el placer inmediato y la molicie tienen más fuerza que las ventajas del futuro.

Y ya, acerca de lo que debéis hacer, deliberaréis más 28
tarde si sois sensatos; en cuanto a la respuesta que ahora habéis de dar para que pueda decirse que habéis votado lo oportuno, de eso es de lo que ya voy a tratar.

Realmente, sería justo, varones atenienses, que
llamaseis a quienes presentaron las promesas en virtud de 29
las cuales fuisteis inducidos a hacer la paz; pues ni yo mismo hubiera consentido nunca actuar de embajador ni vosotros (bien lo sé) hubierais dejado de luchar, si hubieseis imaginado que Filipo, después de obtener la paz, iba a obrar como ha obrado; pero lo que entonces se decía estaba a mucha distancia de eso. Y todavía habría que llamar a otros. ¿A quiénes? A los que cuando yo, concluida ya la paz, al volver de la segunda embajada, la de la prestación de juramentos, me di cuenta de que se hacía burla de la ciudad y lo expuse públicamente y lo testimonié y no permitía abandonar las Termopilas ni a los
focidios; a los que entonces, repito, decían que era natural 30
que yo, por ser bebedor de agua, fuese un hombre de mal

carácter y difícil, en cambio Filipo, si pasaba adelante[16], haría precisamente todo lo que vosotros podríais desear, y fortificaría Tespias[17] y Platea y acabaría con la insolencia de los tebanos y a sus propias costas haría excavar un canal a través del Quersoneso[18] y os devolvería Eubea y Oropo[19] a cambio de Anfípolis; todo eso estoy seguro de que recordáis que fue dicho aquí desde esta tribuna, aunque no sois expertos en recordar a quienes os perjudican. Y lo más vergonzoso de todo: votasteis, ante 31
esas esperanzas que esa misma paz tuviera vigencia también para vuestros descendientes[20]; tan completamente fuisteis seducidos. ¿Por qué, pues, digo ahora esto y afirmo que hay que llamar a ésos? Yo, por los dioses, os diré a vosotros la verdad con franqueza y no dejaré nada oculto. No lo hago para que, al caer en el 32
insulto[21], me proporcione a mí mismo un discurso en iguales términos ante vosotros, mientras que a quienes desde el principio chocaron conmigo brinde ahora también una excusa para volver a sacar algo de Filipo; ni tampoco para charlar en vano; sino que creo que el día de mañana las acciones que Filipo lleva a cabo os afligirán más que ahora; pues veo que el asunto va a más y no quisiera 33
representarlo con exactitud, pero me temo que esté ya demasiado cerca. Así pues, cuando ya no os quede la posibilidad de desentenderos de los sucesos que acontezcan, ni me oigáis a mí ni a fulano deciros que eso va contra vosotros, sino que todos vosotros personalmente lo veáis y lo sepáis bien, creo que entonces seréis irascibles y fieros. Por eso me temo que, al haber silenciado los 34
embajadores[22] las razones por las que han sido sobornados[23] (cosa de la que tienen plena conciencia), vayan a incurrir en vuestro enojo los que tratan de enderezar algo de lo que por causa de ésos se ha perdido; pues veo que la mayor parte de las veces ciertos hombres no sueltan su cólera[24] sobre los culpables, sino sobre los que están más a mano. Así pues, mientras los 35

acontecimientos están aún en el futuro y se van configurando, y nos oímos bien mutuamente, quiero recordar a cada uno de vosotros, aunque lo sabe perfectamente, quién fue el que os persuadió a que abandonarais las zonas de Fócide y las Termópilas, de las cuales al constituirse Filipo en dueño, se ha convertido también en dueño de los caminos que conducen al Ática y al Peloponeso, y ha hecho que vuestra deliberación no verse sobre vuestros derechos ni sobre vuestros asuntos en el exterior, sino sobre los problemas de vuestro propio país y la guerra contra el Ática, que hará sufrir a cada uno de
nosotros, cuando se presente, pero que se ha organizado 36
aquel día. Pues si entonces no hubieseis sido engañados, no habría ningún problema para la ciudad, porque Filipo no habría venido al Ática nunca con su flota[25], sin duda, tras haber obtenido el dominio naval, ni por tierra atravesando las Termopilas y Fócide, sino que o bien habría obrado justamente y, manteniendo la paz, habría estado tranquilo, o bien se vería al punto inmerso en una guerra similar a aquella por la que entonces deseó la paz.

Esto que ahora se ha dicho es bastante para haceros 37
recordar; en cuanto a que se ponga a prueba con máximo rigor, dioses todos, ojalá no ocurra; pues yo, al menos, no quisiera que nadie, aunque merezca perecer, pagara su pena si ello implica el riesgo y el detrimento de todos.

VII

SOBRE EL HALONESO

INTRODUCCIÓN

Parece claro que este discurso no es de Demóstenes, aunque contiene los puntos de vista que nuestro orador adoptó acerca del tema que en él se trata. Es, pues, posible que este discurso esté suplantando dentro del *corpus* al auténtico *Sobre el Haloneso* que Demóstenes tal vez pronunciara. Resulta indudable que pertenece a la época de nuestro orador y es altamente verosímil que sea obra de un partidario de la política de Demóstenes. Ciertamente, carece del vigor y la fuerte trabazón de la argumentación que se perciben en las piezas de nuestro orador. Nada tiene que ver con el estilo demosténico la sucesión de breves discusiones desprovistas de línea directriz, que es lo que de inmediato llama la atención al examinar cuidadosamente el discurso que comentamos. Aunque en él encontramos una exposición metódica y ordenada de ideas, echamos de menos la íntima ligazón entre las partes y la subordinación clarísima de éstas al tema fundamental o idea central de la alocución, rasgos característicos de los discursos políticos de Demóstenes.

No hay tampoco en este discurso ni esas breves frases chispeantes ni esas otras caudalosas y largas que desembocan en conclusiones que se imponen con fuerza. Al contrario, el discurso que examinamos da más de una

prueba de estilo contenido, seco y condensado. Sus frases son poco vigorosas y están desprovistas del ingenio, la variedad y la energía que caracterizan a las de nuestro orador.

Calimaco fue quien introdujo erróneamente esta pieza oratoria entre los discursos de Demóstenes. Dionisio de Halicarnaso la citó sin más como *Octavo discurso contra Filipo*, aceptando así la atribución de la obrita a Demóstenes. Pero Libanio en su *Resumen*, apoyándose en la autoridad de «antiguos críticos», la rechaza de plano y la devuelve a quien, según estos estudiosos, fue su verdadero autor: Hegesipo.

Hegesipo de Sunio fue adversario declarado de Filipo. En el año 346 a. C. se opuso a las propuestas de paz que hizo llegar el monarca macedonio a Atenas. Un año más tarde (345 a. C.) apoyó a Timarco, acusado por Esquines. Formó parte junto con Demóstenes de la delegación enviada al Peloponeso en el 343 a. C.

Precisamente el mismo año, los atenienses habían recibido una embajada de Filipo, al frente de la cual figuraba Pitón de Bizancio. Este personaje, político sumamente hábil, acusó a los oradores atenienses que atacaban a Filipo, de hacerlo por resentimiento, debido al hecho de que el monarca se había negado a comprar sus favores. No eran, pues, patriotas —sugería Pitón—, sino gente vil y de la peor especie. Por otro lado, como el primordial objeto de las quejas de esos oradores atenienses era el tratado de paz. Pitón brindó a los atenienses en nombre de su patrón la posibilidad de alterar el mencionado convenio. Éstos, lógicamente, propusieron una nueva redacción del tratado en la que implícitamente, al menos, reclamaban las antiguas posesiones de Atenas y en especial Anfípolis, modificando, de este modo, el antiguo texto del convenio que establecía que cada una de las partes pactantes conservara los territorios que en aquel momento ocupaba. Una embajada ateniense fue enviada a

la corte de Filipo en el 343 a. C. para que el monarca aceptase la modificación introducida en el pacto, y al frente de ella se encontraba Hegesipo. Esta embajada fue mal acogida por el Macedonio.

Un año más tarde, embajadores procedentes de la capital del reino de Filipo y de todas sus ciudades aliadas acuden a Atenas como portadores de concesiones, propuestas de conciliación y aparentes buenos deseos de zanjar las cuestiones en litigio. El rey de Macedonia garantizaba la independencia de los griegos y estaba dispuesto a someter a la decisión de un arbitraje neutral las diferencias surgidas entre sus intereses y los de Atenas. Entre éstas se contaba la provocada por la islita de Haloneso, situada en la costa de Tesalia, que pertenecía de antiguo a Atenas. Esta insignificante isla había sido capturada por el pirata Sóstrato una vez concluida la paz de Filócrates. Desde entonces se había convertido en guarida de depredadores de bajeles hasta el momento en que Filipo se decidió a intervenir, acabó con los piratas y se apoderó de la isla.

Pues bien, a través de la embajada capitaneada por Hegesipo a la que ya hemos aludido, Atenas exigía al Macedonio la devolución (*apodidónai*) de la isla. Pero Filipo respondió por carta diciendo que Haloneso le pertenecía, no obstante lo cual estaba dispuesto a regalárselo (*didónai*) al pueblo ateniense. Demóstenes, Hegesipo (quien en el discurso que nos ocupa contesta punto por punto a la carta del monarca) y otros patriotas se mostraron hostiles a la idea de aceptar como regalo lo que en toda justicia les pertenecía, por lo que con todas sus fuerzas se opusieron a la especiosa generosidad del monarca, haciendo hincapié en el incuestionable derecho de Atenas a contar con la islita entre sus posesiones.

Aprovechaba el monarca la ocasión de la referida carta para proponer a Atenas un tratado de comercio y la colaboración en el proyecto de acabar con la piratería.

El discurso *Sobre el Haloneso*, de Hegesipo, a través de las respuestas a la carta de Filipo nos permite hasta cierto punto hacernos una idea del contenido de esa carta real que, desgraciadamente, no ha llegado hasta nosotros.

ARGUMENTO DE LIBANIO

Este discurso se titula *Sobre el Haloneso*, pero quizá fuese más correcto 1
titularlo *Respuesta a la carta de Filipo*. Éste, en efecto, había enviado una carta a los atenienses que trataba de muchos asuntos, de los cuales uno era precisamente el del Haloneso; ésta era una antigua posesión de Atenas, y en tiempo de Filipo estaba ocupada por piratas; Filipo los expulsó, y cuando los atenienses le reclaman la isla, Filipo no está dispuesto a devolverla, pues alega que es suya, pero promete que, si se la piden, se la dará.

Por lo demás, el discurso no me parece que sea de Demóstenes. Lo 2
muestran la dicción y el ensamblaje de la composición, muy alejado del modo demosténico, pues es relajado y disperso frente al estilo de aquel orador. Y además, incluso lo que se dice al final no es insignificante testimonio de que el discurso es ilegítimo; reza así: «Si vosotros portáis el cerebro entre las sienes y no pisoteado entre los talones.» Es cierto que Demóstenes suele emplear un lenguaje franco, pero eso es insolencia y grosería que no tiene medida; y en cuanto al contenido, la frase es de una tremenda baratura. Y además, también es cosa boba creer que en las sienes tienen los hombres el cerebro.

Sospecharon también los antiguos que el discurso no era del orador e 3
incluso algunos han descubierto que es de Hegesipo, tanto por el estilo, que es similar al que ha usado este autor, como por los hechos referidos. Pues el que escribió este discurso afirma haber presentado una acusación de ilegalidad contra Calipo de Peania; ahora bien, es claro que no fue Demóstenes, sino Hegesipo el que emprendió la acusación contra Calipo.

Sí, por Zeus; pero el discurso aconseja a los atenienses acerca de la isla 4
Haloneso que no la «reciban, sino que la recuperen», y hace un distingo a propósito de estas palabras; y eso dice Esquines que Demóstenes había aconsejado a los atenienses. Y a pesar de ello, ¿qué prueba eso? Pues pudo Demóstenes haber dado el mismo consejo que Hegesipo, puesto que, incluso respecto de las demás cuestiones eran del mismo partido en política y con sus discursos se oponían a los oradores filipizantes; y hasta Demóstenes recluida que Hegesipo participó con él en una embajada y que hizo frente al Macedonio.
Así pues, es evidente que el discurso pronunciado por Demóstenes *Sobre el* 5
Haloneso no se conserva y, por no existir aquél, le atribuyeron el que se ha encontrado, basándose en que el discurso sobre el Haloneso había sido

pronunciado por el orador, pero sin pararse a examinar si era verosímil que éste fuera el suyo.

Varones atenienses, no es posible que las acusaciones 1
que dirige Filipo[1] contra los que hablan en favor de
vuestros derechos impidan que nosotros nos convirtamos
en consejeros defensores de vuestros intereses; pues sería
monstruoso que las cartas que de parte de él os son
enviadas aboliesen la libertad de palabra sobre la tribuna.
En cuanto a mí, varones atenienses, quiero en primer lugar
discurrir en vuestra presencia sobre determinados puntos
de la carta que os ha remitido; y luego, acerca de lo que
dicen los embajadores, también nosotros[2] hablaremos.

Filipo comienza diciendo, respecto de la isla de 2
Haloneso[3], que os la da como suya que es, pero asegura
que vosotros no tenéis derecho a reclamarla, pues no era
vuestra ni cuando se apoderó de ella ni ahora que la retiene
en su poder. También a nosotros nos exponía tales razones,
cuando le visitamos en calidad de embajadores, en el
sentido de que, al haber adquirido esta isla quitándosela a
los piratas, también era justo que le perteneciera. Como 3
este argumento no es justo, es fácil eliminárselo. Porque
todos los piratas se apoderan de los territorios ajenos y,
convirtiéndolos en fortaleza, hacen daño a los demás desde
ellos. Por consiguiente, el que los castiga y los vence, no
diría, por cierto, cosa razonable si declarase que las tierras
que aquéllos contra derecho retenían tras habérselas 4
quitado a otros pasan a ser posesión suya. Porque si
admitís ese principio, incluso si unos piratas se apoderasen
de una parte del Ática, o de Lemnos, o de Imbros, o de
Esciros[4] y ciertos individuos los expulsaran, ¿qué razón
impediría que, al punto, hasta ese territorio en que estaban
los piratas y que era nuestro no se convierta en propiedad
de quienes los castigaron? Filipo no desconoce que lo que 5
dice no es justo; antes bien, sabiéndolo mejor que nadie,

piensa que vosotros podríais ser engañados por los que han prometido dirigir los asuntos de aquí como él quiera y ya están ahora poniendo en práctica su promesa. Pero tampoco se le oculta aquello, a saber: que, cualquiera que sea de estas dos palabras la que empleéis, vosotros tendréis la isla, bien sea que la toméis, bien que la recuperéis. En
ese caso, ¿qué puede importarle no devolvérosla —usando 6
el justo nombre—, sino haberos hecho donación de ella —empleando el término contrario al derecho—? No es para adjudicarse un tanto en vuestro cómputo con su generoso acto (pues sería ridícula esa generosidad), sino para mostrar a todos los griegos que los atenienses se consideran felices de recibir de manos del Macedonio territorios marítimos. Y eso, varones atenienses, no lo habéis de hacer.

Y cuando dice que acerca de esos asuntos está 7
dispuesto a someterse a un arbitraje, no hace más que burlarse de vosotros; en primer lugar, al pedir que vosotros que sois atenienses, en litigio con uno que procede de Pela[5], os sometáis a arbitraje sobre si las islas son vuestras o de él. Pues cuando vuestro poder, que liberó a los griegos, no es capaz de conservar vuestras posesiones marítimas, y son, en cambio, los árbitros a quienes acudís, dueños del veredicto, los que os las conservarán, siempre que Filipo no compre sus votos, ¿cómo no va a implicar
eso abiertamente que vosotros, cuando adoptáis esta 8
política, lo habéis abandonado todo en el continente y manifestáis al mundo entero que ni por un sólo palmo de tierra firme os enfrentaréis a él, puesto que ni siquiera estáis dispuestos a hacerle frente por vuestras posesiones en el mar, donde decís que estriba vuestra fuerza, sino que vais a someteros a un arbitraje?

Luego, acerca de un tratado de acuerdos mutuos[6], 9
afirma haber enviado delegados para estipularlos, y que han de ser válidos, no una vez que hayan sido ratificados en vuestro tribunal, como manda la ley, sino cuando se le

hayan remitido a él, haciendo así que las decisiones de
vuestra jurisdicción sean apelables ante la suya propia.
Pues quiere anticipárseos y establecer como cosa
convenida en el tratado que no le hacéis cargo alguno, en
calidad de injuriados, de ninguno de los daños causados en
Potidea[7], sino que confirmáis que aquél legalmente la 10
capturó y la posee. Sin embargo, los atenienses que
habitaban Potidea fueron despojados por él de sus
propiedades, aunque ellos no estaban en guerra con Filipo,
sino más bien eran aliados suyos, y a pesar de los
juramentos que Filipo había prestado a los habitantes de
Potidea. Éstas son las acciones ilegales que quiere sean
confirmadas por vuestra parte muchas veces y de todas las
maneras, en el sentido de que ni se las echáis en cara ni
que os consideráis, en cuanto a ellas, injustamente 11
tratados; pues del hecho de que los macedonios no
necesitan de ningún tratado de acuerdos mutuos con los
atenienses, sírvaos como prueba el tiempo pasado: en
efecto, ni Amintas, el padre de Filipo, ni los demás reyes
nunca hicieron tratados bilaterales con nuestra ciudad; eso 12
que las relaciones entre los unos y los otros eran más
frecuentes de lo que lo son en la actualidad; porque
Macedonia estaba entonces a nuestro cargo y nos aportaba
tributo y nosotros nos servíamos de sus puertos
comerciales y ellos de los nuestros en mayor medida que
actualmente, y no había, como ahora, juicios mercantiles
regularmente celebrados cada mes, los cuales son causa de
que para nada necesiten de tratados bilaterales quienes
viven tan alejados entre sí. Y sin embargo, aunque no 13
existía nada semejante, ninguna ventaja reportaba
establecer acuerdos mutuos ni emprender viaje por mar de
Macedonia a Atenas para obtener justicia ni de Atenas a
Macedonia en nuestro caso; en vez de eso, nosotros
arreglábamos judicialmente nuestros asuntos por medio de
las leyes de aquel país y ellos mediante las nuestras. Así
pues, sabed que ese tratado se produce con la esperanza de

que vosotros ni siquiera planteéis ya reivindicaciones razonables sobre Potidea.

Acerca de los piratas, afirma que es justo que en común vigilemos a quienes en el mar producen daños a vosotros y a él mismo; con lo cual ninguna otra cosa pretende sino esto: que vosotros lo instaléis en el mar y que confeséis que sin Filipo vosotros no sois capaces ni de desempeñar la vigilancia del mar, y, además, que se le 15 conceda plena libertad para surcar el mar de un lado a otro e ir fondeando en las distintas islas, y, con el pretexto de vigilar a los piratas, sobornar a los isleños y apartarlos de vosotros; y no contento con haber transportado a Tasos, por obra de vuestros generales, a los exiliados que partieron de su misma corte[8], quiere también apropiarse de las demás islas, para lo cual envía agentes que acompañen a vuestros generales, como si fuesen a participar en la tarea de la vigilancia del mar. Sin embargo, 16 algunos aseguran que él no tiene necesidad del mar. ¡Pero él, que para nada necesita el mar, se construye trirremes y edifica dársenas y está dispuesto a enviar expediciones y hacer considerables gastos para arrostrar los peligros de la mar, y todo eso, por objetivos que en nada estima! 14

¿Os creéis, varones atenienses, que Filipo os habría pedido que le hicierais esas concesiones si no os despreciara y si no tuviera plena confianza en los individuos que ha escogido aquí para tener como amigos, los cuales no se avergüenzan de vivir para Filipo y no para su propia patria[9], y que, al recibir los presentes de aquél, se creen que los toman para llevarlos a su patria, cuando lo de la patria lo están vendiendo? 17

En cuanto a la enmienda del tratado de paz que los embajadores enviados por él dejaron a nuestro albedrío, porque hicimos efectivamente la corrección de que «cada una de las dos partes tenga lo suyo», lo que universalmente se reconoce justo, él lo discute negando haber dado 18

posibilidad de enmienda y que sus embajadores os hayan dicho tal cosa; y eso es nada más que está persuadido, por obra de ésos que reputa sus amigos, de que vosotros no os acordáis[10] de lo que quedó dicho en la asamblea. Pero eso 19
es lo único que no es posible que hayáis olvidado; pues en la misma asamblea en que los embajadores llegados de la corte de Filipo os expusieron el caso, se redactó también el decreto, de modo que, al releerse el decreto inmediatamente después de haber sido pronunciados los discursos, no es posible que vosotros votarais la falseada resolución de los embajadores. De forma que esa carta no va contra mí, sino contra vosotros, al implicar que vosotros habéis enviado vuestra decisión en respuesta a preguntas que no se os plantearon. Y los propios embajadores, cuyas 20
intenciones falseaba vuestro decreto, cuando les respondíais con la lectura del texto de éste y les invitabais a recibir hospitalidad[11], no se atrevieron a acercarse a la tribuna y decir: «Falseáis nuestros propósitos, varones atenienses, y sostenéis que nosotros hemos dicho lo que no hemos dicho.» No, no lo hicieron, sino que se marcharon en silencio. Pero quiero recordaros a vosotros, varones atenienses (dado que Pitón, embajador entonces, alcanzó gran éxito entre vosotros con su alocución), las propias palabras que éste pronunció; pues estoy seguro de que os acordáis de ellas. Eran semejantes a las que ahora ha 21
consignado Filipo en su carta; porque, acusándonos a nosotros, los que difamábamos a Filipo, también a vosotros os reprochaba que, cuando él estaba dispuesto a beneficiaros y os había escogido como amigos entre todos los griegos, vosotros se lo impidierais prestando oído a los profesionales de la calumnia y a los que le reclamaban dinero[12] y a la vez le desacreditaban; porque relaciones de esta suerte, cuando las oía de los que se las suministraban, quienes le informaban de que se hablaba mal de él y vosotros dabais acogida a lo que de él se decía, hacían cambiar sus intenciones, al comprobar que era objeto de desconfianza por parte de aquellos a los que

había escogido para ser su bienhechor. Así pues, pedía a
los oradores públicos que no atacaran la paz; pues no 22
merecía la pena rescindirla; y si algún punto no estaba bien
redactado en el tratado, se corrigiera, en la idea de que
Filipo habría de aceptar todas las decisiones que
sugirieseis. Pero si los oradores lo difamaban, pero no
proponían nada personalmente para conservar la paz y para
que Filipo dejara de ser objeto de desconfianza, os pedía 23
que no hicierais caso a esa gente. Y esos argumentos los
aprobabais vosotros al oírlos y declarabais que lo que decía
Pitón era justo. Y lo era efectivamente. Y esas
consideraciones las hacía no para que se derogar sen del
tratado aquellas cláusulas que le interesaban a él y por las
que había gastado mucho dinero para que se hicieran
posibles, sino porque había sido previamente aleccionado
por sus maestros de aquí, los cuales no se imaginaban que
alguien fuera a proponer decretos contrarios al de
Filócrates, que era causa de la pérdida de Anfípolis. En 24
cuanto a mí, varones atenienses, no me atreví a proponer
nada que fuese ilegal, pero no lo era presentar un decreto
contrario al de Filócrates, como yo os lo voy a demostrar:
en efecto, el decreto de Filócrates, por el que vosotros
perdíais Anfípolis, era contrario a los anteriores decretos,
por medio de los cuales[13] vosotros habíais adquirido ese 25
territorio. Así pues, ese decreto era ilegal, el de Filócrates,
y no era posible redactar nada legal en conformidad con
ese decreto ilegal. Pero al redactar yo propuestas
conformes a aquellos decretos de antes, que eran acordes a
las leyes y que aseguraban la incolumidad de vuestro
territorio, hice yo una proposición legal e iba demostrando
que Filipo pretendía engañaros y no quería enmendar el
tratado de paz, sino hacer sospechosos a vuestros ojos a
quienes hablaban en favor vuestro. Todos estáis enterados 26
de que, después de haber concedido el derecho a enmendar
el tratado de paz, ahora se desdice de ello. Sostiene que
Anfípolis es suya, pues vosotros decretasteis que era de él
cuando decidisteis por votación que conservara lo que

poseyese. Ahora bien, vosotros votasteis ese decreto, pero, sin embargo, no decretasteis que Anfípolis fuese suya. Pues es posible poseer incluso lo que es de otro, y no todos los poseedores poseen lo que es suyo, sino que muchos hasta se encuentran en posesión de lo ajeno; de modo que ese sutil argumento suyo es una tontería. Y del decreto de
Filócrates se acuerda; en cambio, se ha olvidado de la carta 27
que os envió cuando estaba poniendo sitio a Anfípolis, en la que reconocía que Anfípolis era vuestra; pues declaraba que, una vez la hubiese reducido mediante el asedio, os la devolvería como vuestra que era y no de quienes la
ocupaban. Al parecer, aquellos que habitaban en Anfípolis 28
previamente, antes de que Filipo la tomara, ocupaban territorio ateniense; pero, después de que Filipo la ha conquistado, no es territorio ateniense el que ocupa, sino suyo; ni Olinto, ni Apolonia[14], ni Palene son propiedades ajenas que él posee, sino suyas propias. ¿Acaso os parece
que os escribe de forma precavida, con el fin de aparecer 29
como quien dice y obra lo que universalmente se reconoce justo? ¿No os da la impresión más bien, por el contrario, de que os ha despreciado en forma brutal, una persona como él, que afirma que es suyo y no vuestro el territorio que los griegos y el rey de los persas[15] han decretado y reconocido que os pertenece?

En cuanto a la otra enmienda que vosotros proponéis 30
en el tratado, a saber, que los demás griegos que participan en él sean libres e independientes y que, si se les ataca, les
presten ayuda los signatarios del pacto, consideráis que es 31
justo y a la vez humanitario que no sólo nosotros y nuestros aliados y Filipo y los suyos tengamos la paz, mientras que los que no son aliados nuestros ni de Filipo quedan a disposición de ambos[16] y expuestos a ser destruidos por los más fuertes, sino que también a ésos, gracias a vuestro tratado de paz, les alcance la seguridad y
que de verdad nosotros depongamos las armas y 32
observemos la paz. Pero Filipo, aunque, como acabáis de

oír, reconoce en su carta que esa corrección es justa y que está dispuesto a aceptarla, ha despojado a los fereos de su ciudad y en su ciudadela[17] ha establecido una guarnición (sin duda, para que sean independientes), marcha contra Ambracia, y en cuanto a las tres ciudades, colonias de la Elide, Pandosia, Buqueta y Alatea, situadas en Casopia, devastó sus territorios mediante incendios, irrumpió en ellas por la fuerza y las entregó a su cuñado Alejandro para que fuesen sus esclavas[18]. Mucho desea, desde luego, que los griegos sean libres e independientes, como muestran sus actos.

Por lo que se refiere a las promesas que no deja de 33
haceros con respecto a los grandes beneficios que os proporcionará, asegura que yo miento para su perjuicio al difamarle ante los griegos[19]; pues afirma que nunca os ha prometido nada. Así es de desvergonzado este hombre, que ha escrito en su carta, que está todavía en la sala del consejo, que os va a prodigar beneficios en tal cantidad, que nos harán cerrar la boca a nosotros, decía[20], los que hablamos contra él; y que esos beneficios los detallaría ya por escrito si estuviese seguro de que la paz se iba a producir, lo que claramente implicaba que estos beneficios que habríamos de recibir una vez concluida la paz estaban ya dispuestos y al alcance de la mano. Pero, una vez que se
concluyó la paz[21], los beneficios que nosotros íbamos a 34
recibir están en el aire; en cambio, entre los griegos se ha producido una destrucción[22] tan enorme como vosotros sabéis. Sin embargo, a vosotros os promete en la presente carta que, si tenéis confianza en sus amigos y en los que hablan en su favor, y, por otro lado nos castigáis a nosotros, que ante vosotros le difamamos, os concederá
grandes beneficios. No obstante, esos beneficios van a ser 35
de este género: no os devolverá lo que es vuestro —pues proclama que es suyo—, ni las recompensas os las otorgará en el mundo habitado por miedo a ser objeto de malas interpretaciones por parte de los griegos; otro

territorio, al parecer, otro lugar aparecerá, del que se os hará donación.

En cuanto a las plazas fuertes[23] que, ocupándolas 36
vosotros, él ha tomado durante la paz, violando el tratado y rompiendo la tregua, dado que no tiene nada que decir, sino que abiertamente es convicto de injusticia, afirma que en este particular está dispuesto a someterse a un tribunal justo e imparcial, cuando ésa es la única cuestión en que no hay ninguna necesidad de arbitraje; antes bien, el cómputo de los días es suficiente para juzgarla. Pues todos
sabemos en qué mes y en qué día[24] se concluyó el tratado 37
de paz. Y de igual manera que sabemos esto, también sabemos eso otro, en qué mes y en qué día fueron tomadas la plaza fuerte de Serreo, Ergisce y Hierón Oros. Sin duda, lo que así se ha realizado no ha quedado oculto ni necesita juicio; antes bien, es de todos conocido qué mes precedió al otro, aquel en que se concluyó la paz o el mes en que las fortalezas fueron tomadas.

Asegura también haber devuelto a todos nuestros 38
soldados que fueron hechos prisioneros en la guerra. Cuando, en realidad, al caristio[25], próxeno de nuestra ciudad, por quien vosotros enviasteis tres embajadas que lo reclamaran, tan generosamente aquél os lo quiso perdonar para complaceros, que lo mató y ni siquiera concedió la posibilidad de recoger el cadáver para enterrarlo.

Y en cuanto al Quersoneso[26], merece la pena 39
examinar lo que os dice en su carta y, además, averiguar también lo que está haciendo. Pues todo el territorio que está del otro lado de Ágora, como si fuese suyo y a vosotros nada os tocara, lo ha dado en usufructo a Apolónides de Cardia[27]. Eso a pesar de que el límite del Quersoneso no es Ágora, sino el altar de Zeus Limítrofe, que está situado entre Ptéleo y Leuké Akté por donde iba a excavarse el canal[28] del Quersoneso, como, por lo menos,
40

muestra la inscripción grabada sobre el altar de Zeus; ésta es:

Este muy bello altar al dios edificaron, en él poniendo el límite entre Leuké y Ptéleo, como señal de su región, los que aquí habitan, y el propio hijo de Crono, señor de los bienaventurados, ocupa el punto medio de la tierra de nadie[29].

Pues bien: esta región, cuya extensión la mayoría de 41
vosotros conoce, como si fuese propiedad suya, una parte la explota personalmente, y la restante se la ha dado como regalo a otros; y todas vuestras posesiones las somete a su control y no sólo se apropia del territorio de más allá del Ágora, sino que además os participa en la presente carta que es necesario que vos otros sometáis a arbitraje vuestras reivindicaciones contra los cardianos que habitan del lado de acá del Ágora —¡contra los cardianos que habitan en vuestro propio territorio!— si en algún punto estáis en desacuerdo con ellos.

Ellos están en desacuerdo con vosotros, ved a 42
propósito de un asunto de poca monta. Sostienen que el país en que habitan es suyo y no vuestro, y que vuestras posesiones parece como si estuvieran en tierra extranjera, mientras que las suyas se hallan en su propio territorio; y que esto lo hizo constar en un decreto un ciudadano
vuestro, Calipo, del demo de Peania. Y en eso, al menos, 43
dicen la verdad; pues e propuso, efectivamente, ese decreto, y cuando yo mismo le denuncié por propuesta ilegal, vosotros lo absolvisteis así pues, él ha hecho discutible vuestro derecho sobre esta región. Pero en el caso de que admitáis acerca de esta cuestión un arbitraje entre vosotros y los cardianos, sobre si ese territorio es vuestro o es de ellos, ¿por qué no ha de extenderse este
mismo derecho también a los demás habitantes del 44
Quersoneso? Y la insolencia con que os trata Filipo es tal que declara que si los cardianos no están dispuestos a

someterse a arbitraje, él personalmente los obligara como si vosotros ni siquiera fuerais capaces de obligar a los cardianos a obrar en vuestro beneficio; y ya que vosotros no podéis, asegura que él en persona les obligará a hacerlo.
¿No es evidente que os dispensa grandes beneficios? Y esa 45
carta, algunos decían que estaba bien escrita, gente que merecería vuestro odio con mucha mayor razón que Filipo. Al menos aquel actúa en contra vuestra tratando de conseguir gloria y grandes beneficios; en cambio, todos aquellos que, siendo atenienses, muestran devoción no hacia su patria, sino hacia Filipo, merecen que, como miserables que son, los hagáis perecer miserablemente, si es que vosotros tenéis el cerebro en las sienes y no pisoteado entre los talones.

Me queda ya proponer por escrito una respuesta —la 46
que considero justa y conveniente para vosotros— a esta carta tan bien escrita y a los discursos de los embajadores[30].

VIII

SOBRE LOS ASUNTOS DEL QUERSONESO

INTRODUCCIÓN

El año 342 a. C., Filipo emprende una nueva expedición en Tracia con el ñn de someter los reinos allí establecidos, a lo largo de la cuenca del Hebro, especialmente el de Cersobleptes (aliado de los atenienses), y, sobre todo, adueñarse de los estrechos a través de los cuales llegaba a Atenas el trigo que, procedente del Ponto Euxino, era de importancia vital para el avituallamiento de esta ciudad. Los atenienses, por tanto, no podían permitir que el Ponto Euxino, el granero de Atenas (cf. Demóstenes, *Contra Leptines* 31) cayese en manos de Filipo.

Aunque, a raíz de la Guerra Social, Atenas había perdido el dominio del Bósforo, resultaba a todas luces peligroso que el Macedonio se adueñara de él, así como de la Propóntide, y estableciese sus bases de operaciones en Bizancio y Perinto.

Todavía estaba en manos de los atenienses el Quersoneso tracio, desde donde podían aquéllos controlar

el Helesponto. Por consiguiente, la política inteligente de Atenas no podía ser otra sino la de estar dispuesta a socorrer a Bizancio, en el caso de que la atacase Filipo, y reforzar el Quersoneso. Con tal propósito envía Atenas a aquel lugar a un grupo de colonos a las órdenes de Diopites. Pero una ciudad de la península del Quersoneso, Cardia, se niega a darles acogida; y, pese a que dicha ciudad figuraba como independiente en los últimos tratados sancionados por Atenas, los colonos atenienses hicieron caso omiso de ello, y con un ejército de mercenarios que reclutó Diopites se aprestaron a aniquilar la resistencia de los cardianos. Fue entonces cuando Cardia pidió ayuda a Filipo y aquél envió a esa ciudad un contingente de tropas macedonias que hizo cambiar de planes a Diopites. En efecto, rehusó al asedio de la ciudad rebelde; pero en venganza por la intervención de Filipo, saqueó un territorio de Tracia ocupado por los macedonios y obtuvo de él muy rico botín.

Muy hábilmente aprovechó Filipo ese desmán: hizo llegar a Atenas sus más enérgicas protestas y hasta amenazó abiertamente a los atenienses.

En estas circunstancias, en la primavera del año 341 a. C., en Atenas, se somete a deliberación del pueblo la difícil situación creada en las relaciones de esta ciudad con Filipo a raíz del comportamiento de Diopites en Tracia. Los partidarios de Macedonia proponen desautorizar a Diopites y enviar al Quersoneso otro general que le sustituya. Demóstenes, por el contrario, intuyendo que la guerra entre Atenas y Filipo es inevitable, exhorta a los atenienses a hacer frente a la invasión del rey macedonio dondequiera que se produzca, ya sea en los estrechos, ya en el Ática; a conseguir que los demás griegos se unan a ellos en el común afán de hacer frente a los ambiciosos planes del Macedonio; a formar un cuerpo de ejército dispuesto en todo momento a intervenir en las zonas amenazadas por Filipo; a prestar apoyo económico a las tropas de Diopites,

y en vez de disolverlas, a procurar que, mediante una soldada, su situación sea más regular y estable.

Finalmente, nuestro orador se enfrenta a los dos grandes adversarios de sus planes: el propio pueblo de Atenas, que no quiere ni oír hablar de sacrificios ni de guerras, y los partidarios de Filipo, dispuestos siempre a fomentar la indolencia de los atenienses y a hacer recaer —como dice Demóstenes— sobre los oradores patriotas la ira que experimentarán sus conciudadanos el día en que ya no tengan otro remedio sino el de luchar cara a cara contra el Macedonio.

ARGUMENTO DE LIBANIO

Este discurso fue pronunciado en defensa de Diopites, a propósito de las 1
acusaciones de que había sido objeto ante los atenienses. Era el Quersoneso de la parte de Tracia una vieja posesión de los atenienses; en tiempos de Filipo enviaron allí colonos tomados de entre ellos mismos. Era ésta una vieja costumbre de los atenienses, la ele enviar como colonos a las ciudades que poseían fuera a cuantos de entre ellos eran pobres y no tenían tierras en la patria; y al partir recibían armas y dinero para el viaje a cargo del erario. También ahora, pues, esto ha tenido lugar y han enviado colonos al Quersoneso; como estratego se les había dado a Diopites.

Pues bien, la mayor parte de los habitantes del Quersoneso dieron acogida a 2
los recién llegados y les hicieron partícipes de sus viviendas y su tierra; pero los cardianos no los acogieron, antes bien decían que el territorio que habitaban era propiedad de ellos y no de los atenienses. En consecuencia, Diopites hizo la guerra a los cardianos. Ellos se refugian junto a Filipo y él encomienda a los atenienses, por medio de una carta, que no inflijan trato violento a los cardianos, sobre la base de que son sus allegados, sino que, si en algo afirman haber sido perjudicados, apelasen contra ellos. Y como los atenienses no hacían caso de esas propuestas, envió ayuda a los cardianos. Por lo cual, Diopites, indignado,
mientras Filipo estaba guerreando contra el rey de los odrisos en el interior de la 3
parte alta de Tracia, se dio a hacer correrías y saqueos por el litoral de Tracia, zona que obedecía al Macedonio, y antes de que Filipo regresara se retiró al Quersoneso y se puso a salvo. Por ello, precisamente, Filipo, al no haber podido rechazarlo por las armas, envió una carta a los atenienses, en la que acusaba al estratego y decía que éste había infringido abiertamente el tratado de paz. Y los
oradores simpatizantes de Filipo se lanzan a la carrera contra Diopites y exigen 4
que se le castigue. Se opone a ello Demóstenes y, de dos formas, se alza en defensa de Diopites. Afirma que no ha hecho nada injusto, ya que, al haber infringido Filipo mucho antes el tratado de paz y dar injusto trato a la ciudad de los atenienses, con razón también él llevaba a cabo acciones de guerra; dice también que no conviene a los atenienses castigar al general y disolver el

ejército bajo su mando, cuando este ejército ahora está rechazando del Quersoneso a Filipo. En suma, exhorta a los atenienses a la guerra y acusa insistentemente a Filipo de injusto, infractor de convenios y autor de insidias dirigidas a los atenienses y a los griegos.

Sería necesario, varones atenienses, que todos los que 1
entre vosotros toman la palabra no pronunciasen discurso alguno movidos por odio o con el propósito de adquirir popularidad, sino que lo que cada uno estimase lo mejor, eso manifestase, especialmente cuando vosotros estáis deliberando sobre asuntos de interés común y de gran importancia; pero dado que algunos son impulsados a hablar ya por espíritu de rivalidad, ya por otros motivos cualesquiera, es menester que vosotros, varones atenienses, el pueblo, eliminando todo lo demás, votéis y pongáis en práctica lo que precisamente consideréis que es conveniente para la ciudad.

2 El asunto preocupante consiste en los acontecimientos del Quersoneso y en la campaña que, hace ya diez meses, Filipo conduce en Tracia[1]; en cambio, la mayoría de los discursos han versado sobre lo que Diopites[2] está haciendo o dispuesto a hacer. Ahora bien, yo, en cuantas acusaciones se dirigen contra algunos de aquellos a los que está en vuestras manos castigar cuando queráis según las leyes, pienso que cabe que vosotros las examinéis ya inmediatamente, si os parece, o bien dándoles larga, y que ni yo ni ningún otro tenemos
necesidad en absoluto de encarnizarnos por ello; pero 3
cuando se trata de Filipo, que es enemigo de la ciudad y que al frente de una importante fuerza anda por el Helesponto intentando anticipársenos en la toma de posiciones, y en el caso de que lleguemos tarde, ya no nos será posible recuperarlas, acerca de todos estos problemas creo que es conveniente tener por la vía más rápida decididos nuestros planes y dispuestos nuestros preparativos y no huir de estas cuestiones a causa de los

tumultos y las acusaciones que se producen en torno a los demás asuntos[3].

Aunque mucho de lo que se suele decir aquí entre vosotros me sorprende, mi admiración no ha sido en nada menor ante lo que oí decir anteayer a alguien en el Consejo[4], a saber, que quien os aconseja debe proponeros sin más o hacer la guerra o mantener la paz. 4

Así es la cosa: si Filipo se está tranquilo y ni retiene nada de lo nuestro en contra del tratado de paz ni organiza a todo el mundo contra nosotros, ya nada hay que decir, sino simplemente conservar la paz[5], y al menos por lo que de vosotros depende, veo que las circunstancias son propicias; pero si los juramentos que nos prestamos y los términos en base a los cuales hicimos la paz están a nuestra vista y puestos por escrito en documentos públicos, y, pese a todo ello, es evidente que Filipo desde el primer momento, antes de que zarparan Diopites y los colonos[6] (a los que ahora acusan de haber suscitado las hostilidades), contra la justicia ha tomado muchas de las posesiones nuestras —en favor de las cuales he aquí vuestros decretos sancionados que lo acusan—, y todo el tiempo continuamente anda apoderándose de lo que pertenece a los demás griegos y a los bárbaros, y equipándose para ir contra nosotros, ¿a cuento de qué dicen que hay que hacer la guerra o permanecer en paz? Nosotros no tenemos elección en el asunto; por el contrario, nos resta la tarea más justa y necesaria, la que éstos de buen grado pasan por alto. ¿Y cuál es ella? La de defendernos del que nos ataca iniciando las hostilidades. A menos que, por Zeus, no vayan a decir que mientras Filipo esté alejado del Ática y del Pireo[7] ni perjudica a la ciudad ni provoca la guerra. Pero si a partir de estos principios establecen las normas de justicia y de ese modo interpretan la paz, para todos resulta obvio que sus argumentos no son ciertamente ni píos ni tolerables ni seguros para vosotros, y lo que es más, resulta que esas mismas palabras que ellos

dicen son contradictorias con las acusaciones que dirigen contra Diopites. Pues, ¿a santo de qué vamos a dar a Filipo facultad de hacer todo lo que aún no haya hecho, a condición de que se mantenga alejado del Ática, mientras que a Diopites ni le será lícito ayudar a los tracios o, en
caso de que los ayude, admitiremos que está iniciando una 9
guerra? «Sí, por Zeus, en eso se ve que no llevan razón; pero los mercenarios[8] hacen horrores devastando la región del Helesponto y Diopites obra injustamente obligando a arribar a los barcos mercantes y no hay que permitírselo.» Se me podría decir eso. Sea eso, ocurra así, no discuto nada. Opino, sin embargo, que es necesario, si es que nos aconsejan de verdad y con verdadero espíritu de
justicia, que del mismo modo que intentan disolver las 10
fuerzas de que dispone la ciudad, difamando ante vosotros al que está al frente de ellas y les procura la manutención, así también muestren que el ejército de Filipo se va a disolver, si estáis de acuerdo en ello. Y si no, observad que no hacen más que poner a la ciudad en las mismas
condiciones por las cuales ha perdido todas las ocasiones 11
favorables que se le presentaban. Pues, sin duda, esto lo sabéis[9], que Filipo debe su victoria sobre la ciudad a ningún otro motivo en mayor medida que al hecho de estar, antes que nosotros, junto a los acontecimientos. Porque él, que en cada momento tiene un ejército organizado en torno suyo y sabe de antemano lo que quiere hacer, al punto se presenta en el lugar que desee atacar; en cambio, nosotros, una vez que nos enteramos de que algo sucede, entonces nos alborotamos y hacemos nuestros preparativos. Luego, en mi opinión, acontece que aquél
con mucha tranquilidad conserva todos aquellos lugares 12
contra los que dirige sus ataques, mientras que nosotros llegamos tarde y cuantos dispendios hacemos, los hemos despilfarrado para nada, y hemos hecho manifiesta nuestra hostilidad y nuestra voluntad de obstaculizarlo, pero, como llegamos después de los hechos, nos hacemos, además,
acreedores de ignominia. Así pues, varones atenienses, no 13

os llaméis a engaño: también ahora lo demás es palabrería y pretextos; en realidad, se trabaja y se hacen preparativos para que, mientras vosotros os quedáis en casa y la ciudad no tiene ningún ejército fuera, se administre Filipo con muchísima tranquilidad todo cuanto quiera. Pues examinad, en primer lugar, la situación presente, lo que está ocurriendo. Ahora mismo se entretiene en Tracia[10] 14
con gran contingente de fuerzas y, según dicen los que habitan por allí[11], manda llamar importantes refuerzos de Macedonia y Tesalia[12]. Ahora bien, si, tras aguardar la llegada de los vientos etesios[13], se dirige contra Bizancio[14] y le pone sitio, ¿os creéis, en primer lugar, que los bizantinos van a persistir en la misma insensata actitud de ahora y que ni os llamarán ni os pedirán que les prestéis 15
ayuda? Yo, por mi parte, no lo creo; por el contrario, aunque haya otros de quienes desconfíen más que de nosotros, incluso a ésos les acogerán antes que entregar la ciudad a aquél, siempre que él no se les adelante capturándolos. Así pues, si nosotros no podemos hacernos a la mar desde aquí, y no hay allí ningún ejército de socorro a punto, nada impedirá que ellos sucumban. «Es 16
que, por Zeus, tiene mala sombra esa gente y sobresale en estupidez.» Totalmente, pero sin embargo, es necesario que ellos estén a salvo; pues conviene a la ciudad[15]. Y, a decir verdad, tampoco eso es evidente para nosotros, que no llegue al Quersoneso en plan de ataque[16]; por el contrario, si es que hay que juzgar por la carta[17] que os envió, afirma que va a tomar venganza de los habitantes del Quersoneso. Así pues, si el ejército está ya formado, 17
podrá acudir en ayuda de la región y, además, causar daño a alguna de las posesiones de Filipo. Por el contrario, si de una vez para siempre llega a ser disuelto, ¿qué haremos si se dirige contra el Quersoneso? «Llevaremos a juicio a Diopites, por Zeus.» ¿Y en qué mejorará nuestra situación? «Pues enviaríamos ayuda desde aquí nosotros mismos.» ¿Y si no podemos a causa de los vientos? «¡Pero, si no se

acercará, por Zeus!». ¿Y quién es garante de eso? ¿Acaso no veis ni consideráis, varones atenienses, la estación del 18 año que se avecina, para cuyo plazo opinan algunos que es necesario dejar el Helesponto desprovisto de vuestra población y entregarlo a Filipo? ¿Y qué pasaría si partiendo de Tracia y no acercándose ni al Quersoneso ni a Bizancio —pues pensad también esto— llega en plan de ataque a Cálcide y Mégara[18] del mismo modo en que hace poco lo hizo a Oreo?[19] ¿Acaso sería mejor defendernos de él aquí y dejar que la guerra se aproxime al Ática o proporcionarle allí algún entretenimiento? Yo realmente pienso que esto último.

Así pues, es necesario que todos, conociendo estos 19 hechos y sopesándolos, no intentéis, por Zeus, desacreditar ni disolver este ejército que Diopites intenta formar para beneficio de la ciudad, sino que vosotros mismos preparéis otro colaborando con él a que esté bien provisto de fondos y en lo demás prestándole vuestra íntima colaboración. 20 Pues si alguien preguntase a Filipo: «Dime, ¿qué preferirías? ¿Que estos soldados que ahora tiene Diopites a su disposición —comoquiera que el carácter de ellos sea, que nada tengo que decir contra eso— prosperen y ganen crédito entre los atenienses y su número se incremente gracias a la colaboración de la ciudad, o que por las calumnias y acusaciones de algunos sean dispersados y disueltos?» Creo que en respuesta afirmaría esto último. ¿Luego lo que Filipo pediría a los dioses que le concedieran, es lo que algunos de los nuestros tratan de hacer aquí? Después de eso, ¿aún indagáis cómo se han perdido los intereses todos de la ciudad?

Así pues, quiero examinar con toda libertad la presente 21 situación de los asuntos de la ciudad y considerar qué estamos haciendo nosotros mismos ahora y de qué modo nos servimos de esa situación. Nosotros ni queremos aportar dinero al erario público para la guerra, ni salir en campaña militar nosotros mismos[20], ni somos capaces de

abstenernos de los fondos públicos[21], ni entregamos a Diopites los tributos, ni aprobamos cuantos recursos se procura por sí mismo; antes bien, lo miramos con recelo e 22
indagamos de dónde los obtiene, qué se propone hacer y todas las cuestiones de este género; y aunque nos encontramos en esas condiciones, tampoco queremos realizar nuestras propias tareas, sino que en los discursos alabamos a quienes se expresan con lenguaje digno de nuestra ciudad, pero en los hechos colaboramos con quienes se oponen a ellos. Ahora bien, vosotros soléis en cada ocasión preguntar al que sube a la tribuna: «¿Qué es, 23
pues, preciso hacer?» Pero yo a vosotros, por mi parte, quiero preguntaros: «¿Qué es preciso decir?» Pues si ni vais a pagar contribuciones, ni a hacer en persona las prestaciones militares, ni a absteneros de los fondos públicos, ni a entregar los impuestos, ni a permitir a Diopites que se procure por sí mismo todos los recursos para su subsistencia, ni a realizar vuestras propias tareas, no tengo nada que decir. Porque quienes conceden, ya de entrada, a los que quieren acusar y calumniar, tan enorme licencia, hasta el punto de escuchar a aquellos que le acusan de antemano incluso de lo que aseguran que está a punto de hacer…, ¿qué es lo que uno podría decir de eso?

Ahora bien, el efecto que esas calumnias pueden 24
producir es necesario que algunos de entre vosotros lo sepan. Hablaré con libertad, ya que, realmente, tampoco podría hacerlo de otra manera. Todos los estrategos que han zarpado de vuestro puerto —y si esto no es cierto, que se me someta al castigo que sea— obtienen dinero de los de Quíos, de los de Eritras, de aquellos de los que cada uno eventualmente puede (me refiero a los que habitan Asia 25
Menor). Y lo obtienen, los que tienen una o dos naves, en cantidad menor; los que tienen una fuerza mayor, en más cuantía. Y los que lo proporcionan, tanto si se trata de las mencionadas pequeñas sumas como de las cuantiosas, lo ceden no a cambio de nada (pues no están tan locos), sino

comprándose con él el derecho a que los mercaderes que zarpan de sus propios puertos no sufran violencia ni sean saqueados, y sean escoltados, y similares provechos; y dicen que lo que dan son prendas de buena voluntad y ese nombre tienen las mencionadas exacciones. Y también 26
ahora mismo, como Diopites tiene a su cargo un ejército, es a todas luces evidente que todos esos pueblos le proporcionarán dinero. Pues, ¿de qué otra fuente pensáis que va a alimentar a su ejército quien ni de vosotros ha recibido nada ni personalmente tiene de donde obtener el medio de pagar las soldadas? ¿Del cielo? Eso no es posible. Se va manteniendo a base de lo que recolecta, mendiga y toma en préstamo. Así pues, quienes en medio 27
de vosotros le acusan, no hacen otra cosa sino advertir a todo el mundo que no se le dé ni una pizca de nada, ya que va a ser castigado hasta por lo que está a punto de hacer, no sólo ya por lo que ha hecho o ha conseguido obtener. Así son en realidad esos discursos: «Está a punto de llevar a cabo un asedio», «está entregando a los griegos a merced de sus enemigos». ¿Es que alguno de ésos que así dicen se preocupa de los griegos de Asia? Más prestantes, sin duda, serían preocupándose por los demás que por su patria. Y el hecho de enviar al Helesponto a otro general viene a ser 28
esto. Pues si Diopites comete excesos y detiene los navíos mercantes, una tablilla pequeña, bien pequeña, varones atenienses, bastaría para impedir todos esos desmanes; y dicen las leyes que se denuncie a quienes cometen esos atropellos, no, por Zeus, que montemos vigilancia sobre nosotros mismos a base de tantos dispendios y trirremes, que eso sí que es el colmo de la locura[22]. No; contra 29
nuestros enemigos, a quienes no es posible reducir al imperio de las leyes, es necesario y forzoso mantener tropas, enviar trirremes y hacer aportaciones de dinero, pero contra nosotros mismos, un decreto, una denuncia ante el consejo, la nave Páralo[23], son suficientes. Ésos serían los medios propios de las personas sensatas; lo que ahora ésos proponen en cambio, es típico de gente amiga

de insultar y deseosa de dañar los intereses de la patria. Y
el hecho de que algunos de ésos sean de tal condición, aun 30
siendo terrible, no lo es tanto. Pero vosotros, los que aquí ocupáis vuestros asientos, estáis en una disposición tal, que si alguien se adelanta a la tribuna para decir que Diopites es el causante de todos los males, o, si no, Cares, o Aristofonte[24], o cualquier otro de vuestros conciudadanos que se mencione, al punto lo corroboráis y aplaudís en
señal de que tiene razón en lo que dice; pero si alguien se 31
llega a la tribuna para exponeros la verdad, diciéndoos: «palabras huecas las vuestras, atenienses; Filipo es el causante de todos esos problemas; que, si se estuviera tranquilo, en ninguna dificultad se vería nuestra ciudad», no podéis replicar que esto no es la verdad, pero me da la impresión de que os apesadumbráis y os hacéis la idea de
estar perdiendo algo. He aquí la causa de esto (y por los 32
dioses, ahora que estoy hablando por vuestro mayor bien, séame concedida libertad de palabra): algunos de vuestros políticos os han entrenado para que seáis temibles e intratables en las asambleas, pero blandos y despreciables en la preparación de la guerra. Así pues, si alguien señala como culpable a alguien a quien sabéis que podéis echar mano aquí, entre vosotros mismos, manifestáis vuestra corroboración y hacéis vuestra la denuncia; pero si se designa a alguien a quien sólo se puede castigar dominándole por las armas y de otra manera no, a mi juicio, no sabéis qué hacer, y al sentiros al descubierto en esa contradicción, os irritáis. Y es que, sería menester,
varones atenienses, que, al contrario de lo que ocurre 33
ahora, todos vuestros políticos os acostumbraran a ser mansos y humanos en las asambleas (pues en ellas se debaten los asuntos de derecho que os conciernen a vosotros mismos y a vuestros aliados) y, en cambio, a mostraros temibles e intratables en la preparación de la guerra, pues en ella es donde se da la confrontación con
vuestros enemigos y adversarios. Pero tal como acontece 34
ahora, a fuerza de gobernaros con halagos y daros gusto

por exceso, os han dispuesto de tal modo, que en las asambleas os comportáis blandamente y os dejáis adular, y así prestáis oído únicamente a lo que va enderezado a vuestra complacencia, mientras que en los asuntos de estado y en los acontecimientos políticos, andáis ya en este momento corriendo los peligros extremos. Ea, ya, por Zeus; si los griegos os pidieran cuentas de las ocasiones que habéis dejado pasar por vuestra indolencia y os preguntaran: «¿Varones atenienses, no nos andáis enviando
vosotros a cada momento embajadores y nos comunicáis 35
que Filipo está tramando algo contra nosotros y todos los griegos y que hay que guardarse de ese hombre y todas las cosas de ese género?» Estamos obligados a decir que sí y a reconocerlo, pues eso es ciertamente lo que hacemos. «Y si eso es así, ¡oh los más flojos de entre todos los hombres!, cuando ese individuo durante diez meses estuvo fuera de la escena de los acontecimientos y retenido por enfermedad,
el invierno y las guerra[25] hasta el extremo de no poder 36
regresar a su patria, ¿ni liberasteis Eubea[26] ni recuperasteis nada de lo que era vuestro, antes bien, mientras vosotros estabais en casa sin hacer nada y gozando de salud —si es que podemos decir que los que tal hacen gozan de salud—, aquél estableció a dos tiranos en Eubea, haciendo del uno como una fortaleza frente al
Ática y del otro una plaza fuerte contra Escíatos, y 37
vosotros, empero, ni os liberasteis de esas amenazas, aunque otros deseos no tuvierais, sino que cejasteis? Es claro que le habéis cedido el paso, y habéis hecho manifiesto que aunque muriese diez veces, ni aun así os pondríais para nada en movimiento con mayor ímpetu. En tal caso, ¿para qué nos enviáis embajadas, nos lanzáis acusaciones y nos causáis problemas?» Si ésas son sus palabras, ¿qué diremos?, ¿qué sostendremos, atenienses? Yo, realmente, por mi parte, no alcanzo a verlo.

Ahora bien, hay algunos que creen confundir al que se 38
presenta a hablar en público en cuanto le preguntan:

«Entonces, ¿qué es preciso hacer?» A éstos yo les daré la más justa y verdadera respuesta: «No hacer lo que hacéis ahora», y no obstante, lo voy a exponer con exactitud, detalle por detalle. Y que estén bien dispuestos a obrar con el mismo celo con el que plantean las preguntas. En primer 39
lugar, varones atenienses, fijad en vuestras mentes con firmeza esto: que Filipo está en guerra con nuestra ciudad y ha roto la paz (y dejad de acusaros sobre este tema los unos a los otros) y es malévolo y hostil para con la ciudad 40
entera y el suelo de la ciudad, y añadiré que incluso para con todos los hombres de la ciudad, hasta los que consideran serle gratos en sumo grado; y si no, que examinen el caso de los olintios Eutícrates y Lástenes[27], los cuales parecían estar en la mayor familiaridad con él, y luego que le entregaron la ciudad por medio de traición, han acabado de forma más miserable que nadie. Sin embargo, contra nada lucha ni intriga más que contra nuestra constitución[28] y a nada en absoluto dirige sus miras con mayor interés que al modo de destruirla. Y, de alguna manera, actúa así con razón; pues sabe 41
certeramente que aunque se haga dueño de todo lo demás, nada le será posible poseer con firmeza, en tanto que vosotros os gobernéis democráticamente; por el contrario, si le acontece algún fracaso, lo que en gran número de ocasiones puede ocurrir a un hombre, vendrán y se refugiarán a vuestro lado todos los pueblos que ahora están unidos por la fuerza. Pues vosotros personalmente no 42
estáis bien dispuestos por naturaleza para obtener provecho y mantener un imperio, pero para impedir que otro lo consiga o arrancárselo a quien lo tenga, sois diestros y, en una palabra, estáis prestos a importunar a quienes quieran ejercer un dominio absoluto y a recobrar a toda la humanidad para restablecerla en los cauces de la libertad. En consecuencia, él no quiere que la libertad que de vosotros se expande esté al acecho de sus buenas oportunidades, de ningún modo, y en eso se hace unos cálculos que ni son incorrectos ni vanos. Entonces, en 43

primer lugar, es necesario que lo consideréis irreconciliable enemigo de la constitución y de la democracia, pues si no estáis convencidos de eso en el fondo de vuestras almas, no querréis tomar en serio los acontecimientos presentes. En segundo lugar, es menester que sepáis con seguridad que toda su actividad y todo lo que prepara ahora, lo adereza contra nuestra ciudad, y que
dondequiera que alguien le ofrece resistencia, allí se le 44
opone en favor nuestro. Pues nadie es tan tonto realmente como para suponer que Filipo codicia las sordideces de Tracia (pues, ¿qué otro nombre podría darse a Dróngilo, Cábile, Mastira[29] y las otras plazas que ahora está tomando?) y que para capturarlas soporta fatigas, crudezas
del invierno y los más extremos peligros, y, en cambio, no 45
codicia los puertos de Atenas[30], sus astilleros, sus trirremes, sus minas de plata[31] y tan importantes fuentes de ingresos, antes bien, nos dejará poseer todo eso, mientras él por los mijos y espeltas almacenados en los silos tracios[32] pasa el invierno en un báratro[33]. No es así; al contrario, por llegar a ser dueño de estos vuestros bienes, dedica su actividad también a todos aquellos
objetivos. ¿Qué conducta, pues, es la propia de hombres 46
razonables? Es necesario, sabiendo y conociendo eso, desechar esa molicie excesiva e irremediable, pagar contribuciones al erario público y exigir que lo hagan también los aliados, velar y poner los medios para que se mantenga este ejército reclutado[34], con el fin de que, así como Filipo tiene dispuesta una fuerza para agraviar y esclavizar a todos los griegos, de igual modo tengáis vosotros otra dispuesta a salvar y ayudar a todos. Pues no
es posible que quienes se valen de expediciones de socorro 47
cumplan nunca ningún objetivo fundamental; antes bien, es menester organizar una fuerza y procurar para ella manutención, tesoreros y funcionarios públicos, y que la vigilancia de los fondos empleados sea rigurosísima dentro de lo posible; y, una vez hecho esto, pedir cuentas del

dinero a los tesoreros y de las operaciones al comandante. Y si lo hacéis así y de verdad estáis dispuestos a ello, obligaréis a Filipo a mantener una paz justa y a permanecer en su propio país —mayor bendición no sería posible—, o lucharéis con él de igual a igual.

Y si a alguien le parece que eso es cosa de gran gasto, 48
muchas fatigas y efectiva actividad, le parece muy exactamente; pero si echa la cuenta de lo que sobrevendrá a la ciudad en el caso de no estar dispuesta a hacerlo,
hallará lo ventajoso que es realizar de buen grado lo 49
indispensable. Pues si garantizase algún dios (que de tamaño asunto ningún hombre podría ser satisfactorio fiador) que si vosotros os mantenéis tranquilos y lo abandonáis todo, aquél no terminará viniendo contra vosotros mismos, vergonzoso sería, por Zeus y todos los dioses, e indigno de vosotros, de las posibilidades de vuestra ciudad y de las hazañas de vuestros antepasados, dejar caer en la esclavitud a todos los demás griegos por bien de vuestra particular molicie, y al menos yo personalmente preferiría estar muerto antes que haber propuesto esa política. No obstante, si algún otro os lo
sugiere y os convence, sea, no os defendáis, abandonadlo 50
todo. Pero si a ninguno le parece eso bien, y, por el contrario, todos sabemos de antemano que cuanto más le dejemos que extienda su poder, tanto más duro y fuerte será el enemigo con el que tendremos que enfrentarnos, ¿a dónde nos escaparemos? ¿Qué esperamos? ¿O cuándo nos
decidiremos, varones atenienses[35], a cumplir con nuestro 51
deber? «Cuando sea necesario, por Zeus.» Pero la que se podría llamar necesidad de los hombres libres no sólo está presente ya, sino que hasta hace tiempo que ha pasado, y en cuanto a la de los esclavos sin duda es necesario hacer votos para que no se nos presente. ¿En qué se diferencian? En que la mayor necesidad para el hombre libre es la vergüenza por lo que le está pasando, y más fuerte que ésta no sé yo cuál podríamos invocar; para un esclavo, en

cambio, consiste en los golpes y castigos corporales, cosas de las que los dioses nos guarden y de las que ni es propio hablar.

Pues bien, aunque de buen grado referiría todo lo 52
demás y mostraría la forma en que algunos políticos os están causando la ruina, dejaré de lado lo demás y me limitaré a esto: en cuanto se desprende en un discurso algún asunto de los referentes a Filipo, al punto se levanta uno para decir qué buena cosa es vivir en paz y, atender a la manutención de un gran ejército, qué molesto es, y «algunos quieren arrebataros el dinero» y expresiones de ese estilo, con las que os dan largas y a aquél le proporcionan tranquilidad para hacer lo que quiere. De eso
se deriva para vosotros el reposo y el no hacer nada por el 53
momento —ventajas que tengo miedo de que algún día consideréis que os han costado muy caras— y para ésos los agradecimientos y el salario por los favores. Pero yo creo que no es necesario persuadiros a vosotros de que viváis en paz, vosotros que, persuadidos, estáis sentados aquí, sino al que ejercita las operaciones de la guerra (pues si aquél se deja persuadir, lo que de vosotros depende está
ya a mano); y que es menester considerar que lo terrible no 54
es cuánto gastemos para nuestra salvación, sino lo que vamos a sufrir si no estamos dispuestos a hacerlo. En cuanto al dicho de que «el dinero público será arrebatado», hay que impedirlo proponiendo un sistema de vigilancia mediante el cual se conserve, no abandonando nuestros
intereses. Aunque yo, al menos, varones atenienses, me 55
irrito también por esto mismo, porque a algunos de vosotros entristece que se llegue a arrebatar el dinero público, cuya vigilancia, así como la posibilidad de castigar a quienes la contravengan, están en vuestras manos, y en cambio no os entristece que así, poco a poco, Filipo vaya arrebatando toda Grecia, y eso que lo hace con la intención de atacaros a vosotros.

¿Cuál es, pues, la razón, varones atenienses, por la que, 56
aunque tan a las claras hace sus campañas, comete
desafueros, toma ciudades, nunca ninguno de éstos señale
que está provocando la guerra y, en cambio, acusan de
provocarla a los que os aconsejan no permitírselo ni dejarle 57
eso a su merced? Yo os lo explicaré: se debe a que quieren
desviar sobre los que os proporcionan por vuestro bien los
mejores consejos la indignación que es natural que nazca
en vosotros si llegáis a sufrir aflicciones por causa de la
guerra, con el fin de que a ésos los sometáis a juicio, no os
defendáis contra Filipo, y ellos mismos puedan ser
acusadores en vez de pagar la pena por lo que ahora están
haciendo. Ése es el significado de sus sugerencias cuando
os dicen que algunos de los presentes entre vosotros
quieren provocar la guerra, y sobre eso versa la actual 58
controversia[36]. Pero yo sé con exactitud que, aunque
ningún ateniense ha propuesto por escrito la guerra hasta el
momento, Filipo está en posesión de muchos territorios de
nuestra ciudad[37] y acaba de mandar ahora una expedición
de auxilio a Cardia[38]. Si, pese a ello, nosotros
pretendemos no hacernos cargo de que él está en guerra
con nosotros, sería el más tonto de todos los hombres si se
empeñase en contradecirlo. Pero el día que se dirija contra
nosotros mismos, ¿qué diremos? Pues él sostendrá que no 59
nos hace la guerra, como tampoco se la hacía a los
habitantes de Oreo[39] aun cuando sus tropas estaban en
aquel territorio, ni anteriormente a los de Peras[40], a pesar
de que atacándoles llegó hasta sus muros, ni a los
olintios[41] al principio, hasta que se presentó en el propio
país de ellos al mando de un ejército. ¿O también entonces
vamos a decir que quienes nos exhortan a defendernos
están provocando la guerra? En ese caso sólo nos queda
soportar la esclavitud, pues no hay ningún otro término
medio entre no defenderse a sí mismo y no tener opción a
vivir en paz. Y a decir verdad, el riesgo que vosotros 60
corréis no es el mismo que el de las demás ciudades; pues

lo que Filipo quiere no es poner la ciudad bajo su dominio, sino destruirla pura y simplemente. Sabe a la perfección que vosotros ni vais a estar dispuestos a ser esclavos, ni, aunque lo estuvierais, sabríais serlo, acostumbrados como estáis a mandar, y que, en cambio, si encontráis ocasión propicia, seríais capaces de crearle mayor número de dificultades que todos los demás hombres juntos.

Así pues, en la idea de que la pugna está en la situación 61
límite, es como os conviene decidir, y a los que se han vendido a ese hombre odiarlos y hacerles morir a palos; pues no es posible, no es posible dominar a los enemigos
de fuera, si antes no castigáis a los enemigos que tenéis en 62
la propia ciudad. ¿De dónde imagináis que le viene el hecho de que ahora os ultraje (que a mí, al menos, me parece que no hace otra cosa sino eso) y que mientras a los demás los engaña haciéndoles favores, cuando menos, a vosotros os amenaza ya de entrada? Por ejemplo, a los tesalios, después de haberles proporcionado muchos beneficios, los redujo al estatuto de esclavitud[42] en que ahora se encuentran; ni nadie podría decir cuánto engañó a los desdichados olintios habiéndoles dado primero Potidea
y muchas otras plazas. Ahora anda seduciendo a los 63
tebanos[43] entregándoles Beocia y apartándoles de una guerra larga y penosa; de modo que cada uno de ésos, después de haber obtenido alguna ganancia como fruto, los unos han sufrido ya lo que todos saben, y los demás lo sufrirán cuando les toque; en cuanto a vosotros, guardo en silencio lo que habéis perdido[44]; ahora bien, en el mismo acto de concluir la paz, ¡cuántos engaños habéis sufrido, de cuántos bienes habéis sido desposeídos! Los focidios, las
Termopilas, las posesiones de Tracia, Dorisco, Serrio, el 64
propio Cersobleptes[45], ¿y no tiene ahora la ciudad de Cardia en su poder y admite que la tiene? ¿Por qué razón, pues, se comporta de esa forma con los demás y no de la misma manera con vosotros? Porque de entre todas las ciudades tan sólo en la vuestra hay inmunidad garantizada

para hablar en favor de vuestros enemigos y puede un hombre que ha aceptado dinero de soborno tomar la palabra personalmente entre vosotros con impunidad, aunque hayáis sido privados de vuestras propias 65
posesiones. No se hubiera podido hablar con garantías en Olinto a favor de Filipo, de no haber obtenido el pueblo olintio el beneficio de disfrutar las ventajas de Potidea[46]; no se hubiera podido en Tesalia[47] defender sin riesgo la causa de Filipo, si el pueblo tesalio no hubiera recibido de su parte el favor de haberles expulsado a los tiranos y restaurado los privilegios anfictiónicos[48]; no hubiera sido posible hacerlo sin peligro en Tebas[49] antes de que él les hubiera devuelto Beocia y aniquilado a los focidios. Pero 66
en Atenas, aunque Filipo nos ha quitado Anfípolis[50] y el territorio de Cardia y además está convirtiendo Eubea[51] en una fortaleza avanzada contra nosotros y está ahora en marcha con el propósito de atacar Bizancio[52], aquí se puede a buen recaudo hablar en favor de Filipo. Y, claro está, algunos de ésos, de mendigos que eran, se están haciendo rápidamente ricos, de desconocidos y oscuros pasan a ser famosos e ilustres, mientras vosotros, por el contrario, de famosos os convertís en oscuros y de opulentos en indigentes; pues yo considero riqueza de una ciudad a sus aliados, a la confianza que inspira, a la simpatía que despierta, de todo lo cual vosotros estáis en absoluta carestía. Y como consecuencia de no preocuparos 67
de eso y de dejarlo correr, él es próspero, poderoso y temible para todos, griegos y bárbaros; vosotros, en cambio, estáis aislados y humillados, insignes por la abundancia de víveres en el mercado, pero objetos de ridículo por lo que se refiere a la preparación de lo que habríais menester. Veo que algunos de los oradores no aconsejan de la misma manera cuando se refieren a vosotros que cuando atienden a su conducta personal; pues dicen que vosotros debéis guardar la calma aunque alguien os agravie, mientras que ellos personalmente, pese a que

nadie les injuria, no pueden estarse tranquilos aquí entre vosotros.

Luego, se acerca aquí el primer venido y dice: 68
«Naturalmente, no quieres proponer un decreto, ni correr riesgos; por el contrario, eres cobarde y flojo.» La verdad es que yo no soy ni fanfarrón, ni desvergonzado, ni insolente —¡y ojalá no sea nunca!—; sin embargo, me considero más valiente, sin duda, que muchos de los que aquí entre vosotros hacen política osada. Pues, el que
mirando tan sólo de reojo lo que podrá ser útil a la ciudad, 69
varones atenienses, intenta procesos judiciales, hace confiscar bienes ajenos, distribuye dinero entre el pueblo y se dedica a hacer de acusador[53], no muestra en ello ninguna especie de valentía; antes bien, al tener como garantía de su propia salvación el hecho de buscar vuestra complacencia en los discursos y las medidas políticas que os propone, es audaz sin riesgo. Por el contrario, el que en favor de vuestro mayor bien se opone con frecuencia a vuestras voluntades y nada dice para ganar gratitud, sino siempre lo más conveniente, y elige una política en que la fortuna, y no los cálculos, resulta soberana de mayor
número de suertes, y, sin embargo, de una cosa y otra se os 70
ofrece como responsable, ése si que es valiente, y provechoso ciudadano el que así sea, y no los que han sacrificado los más altos intereses de la ciudad a cambio de la popularidad de un día; a éstos yo estoy tan lejos de emularlos o de considerarlos dignos ciudadanos de nuestra ciudad, que si alguien me preguntara: «Dime, ¿y tú qué beneficio has hecho a nuestra ciudad?», aunque puedo enumerar trierarquías, coregías, contribuciones monetarias, rescates de prisioneros y otros favores del mismo cariz[54],
nada de eso mencionaría; más bien, diría que mi política 71
no tiene nada que ver con la de esos tales; es más, que pudiendo tal vez, lo mismo que otros, acusar, halagar, confiscar, hacer todo lo demás que ésos hacen, nunca me apliqué a una sola de esas acciones, ni me dejé llevar a ello

por avaricia o ambición, sino que continúo expresando en mis discursos consejos que me valen ser inferior a muchos en vuestra consideración, pero que, si me hicierais caso, contribuirían a vuestra grandeza; diciendo de este modo, en efecto, tal vez no resultaría arrogante. Ni tampoco me 72
parece propio de un ciudadano justo buscar medidas políticas de tal calibre, que me hicieran a mí, al punto, el primero entre vosotros y a vosotros los últimos entre los pueblos. No, lo obligado es que la ciudad vaya acrecentándose al ritmo de la actividad política de los ciudadanos honestos y que todos propongan siempre lo mejor y no lo más cómodo; pues hacia esto último se encaminará la naturaleza por sí misma, en cambio, hacia aquello debe el buen ciudadano dirigiros con su discurso y con sus instrucciones.

Ahora bien, he oído decir a alguien poco más o menos 73
lo siguiente: que yo siempre doy los mejores consejos, pero que estos mismos consejos no son nada más que palabras y la ciudad necesita realizaciones prácticas y acción. Yo os diré, sin ocultaros nada, cómo pienso acerca de eso. Ni siquiera opino que el que se dedica a aconsejaros tenga que realizar ninguna otra actividad que no sea proporcionaros los mejores consejos. Y que eso es de esta manera, pienso que lo podré probar fácilmente. En efecto, sabéis sin duda que aquel famoso Timoteo[55] en 74
cierta ocasión os arengó diciéndoos que había que llevar ayuda a los eubeos y salvarlos, cuando los tebanos trataban de reducirlos a esclavitud; y en su alocución dijo así, poco más o menos: «Decidme, ¿teniendo a los tebanos en la isla, todavía deliberáis sobre la conducta que habréis de seguir y acerca de lo que hay que hacer? ¿No vais a llenar el mar de trirremes, varones atenienses? ¿No vais a poneros en pie ya y dirigiros al Pireo? ¿No vais a botar al mar vuestras 75
naves?» Eso fue lo que dijo Timoteo y vosotros hicisteis; y como resultado de esos dos factores, la operación se realizó. Pero si él hubiera dado el mejor consejo de los

posibles, como en efecto hizo, y vosotros por molicie os hubierais quedado inactivos y en nada le hubierais obedecido, ¿acaso se habría cumplido alguno de los éxitos que por entonces sobrevinieron a la ciudad? No hubiera sido posible. Pues bien, de la misma manera, tanto acerca de lo que yo os diga como de lo que os diga cualquier otro, las acciones esperadlas de vosotros mismos, los mejores consejos expresados con conocimiento de causa, esperadlos del orador[56].

Resumo lo que voy diciendo y me dispongo a bajar de 76
esta tribuna. Afirmo que hay que recaudar una contribución, mantener en cohesión la fuerza militar que ahora tenemos, rectificando lo que parezca no estar bien, pero sin disolver la totalidad a causa de cuantos detalles eventualmente sean objeto de acusación; enviar a todas partes embajadores encargados de instruir, reprender y actuar; al margen de todo esto, castigar y odiar, dondequiera que se encuentren, a quienes en política se dejan sobornar, con el fin de que los ciudadanos moderados y de conducta justos den la impresión de estar bien aconsejados tanto en beneficio de los demás, como de
ellos mismos. Si de esta forma os conducís en los asuntos 77
públicos y dejáis de despreocuparos de todo, tal vez, sí, tal vez incluso ahora éstos podrían mejorar. Sin embargo, si vais a continuar estando sentados, limitándoos en vuestro celo a abuchear o aplaudir a los oradores, pero echándoos para atrás si algo es menester realizar, no veo qué discurso podrá ser capaz de salvar la ciudad sin que vosotros hagáis lo conveniente.

IX

CONTRA FILIPO, TERCER DISCURSO

INTRODUCCIÓN

Este discurso fue pronunciado pocos meses después de que lo fuera el titulado *Sobre los asuntos del Quersoneso*, en el año 341 a. C. Por eso la situación que en aquél se vislumbraba no ha cambiado en éste: Filipo sigue aún ocupado en la campaña de Tracia y amenaza el Quersoneso y Bizancio. Demóstenes apoya de nuevo la petición de Diopites en solicitud de refuerzos y fondos. El Macedonio es ahora más temible que nunca: ha instalado tiranos en Eubea, frente a la mismísima Atenas. Pero, además, sus métodos en el arte de la guerra —su táctica bélica— han hecho de él un general exitoso y un formidable enemigo. Y, por si esto fuera poco, es a la vez un consumado político que se ha ganado gran número de agentes a su servicio en las ciudades griegas, que por la acción de éstos van cayendo en poder del monarca una tras otra. La propia Atenas está amenazada en estos momentos por ciudadanos traidores imbuidos de claros propósitos filomacedonios. Así pues, se ofrecen dos principios básicos de acción, que según nuestro orador, debieran de informar la futura política de Atenas respecto de Filipo: en primer lugar, es menester neutralizar a los descarados partidarios del monarca de Macedonia, empeñados en

hacer triunfar en todo momento los intereses de su dueño y patrón contra el bien común de la democracia de Atenas. En segundo lugar, mantener a toda costa a buena distancia al enemigo de los griegos por antonomasia y persuadir a todas las demás ciudades de la Hélade de la conveniencia de unirse a Atenas en defensa de la libertad de Grecia. Estas advertencias y consejos cuajaban en un proyecto de decreto que Demóstenes presentó al final de su discurso. No conocemos las propuestas concretas de tal proyecto, puesto que el texto no ha llegado a nosotros, pero sí cabe imaginarlas: petición de nuevas aportaciones al erario en forma de impuestos, formación de una flota y un ejército, envío de embajadas al Peloponeso, Quíos, Rodas, e, incluso, a la corte del rey de Persia. En resumen, la idea central de este discurso, que lo penetra de principio a fin, es la amenaza seria que constituye la ambición de Filipo, decidido a someter a todos los griegos sin escatimar esfuerzos ni reparar en medios; y, en vista de ello, la necesidad de que Atenas tome la iniciativa de una campaña general de todos los griegos contra el tirano en defensa de la libertad.

El texto del discurso ofrece un considerable problema: las variantes son en él mucho más abundantes que en todos los demás discursos de Demóstenes. Los dos mejores manuscritos, *S y L*, omiten con frecuencia toda una serie de pasajes más o menos amplios, hasta el punto de que este discurso ocupa en ellos dos páginas menos que en la vulgata. Es difícil decidirse sobre cuál es en este caso la auténtica o, por lo menos, la mejor tradición. ¿Son dos versiones diferentes ya desde el mismo cálamo de Demóstenes, o el texto más corto es condensación del más largo, o el más extenso ampliación del más breve? Estas cuestiones exigen un tratamiento especial que aquí no cabría.

ARGUMENTO DE LIBANIO

El argumento de este discurso es simple. Pues estando Filipo en paz con los atenienses de palabra, aunque de hecho les causaba muchos perjuicios, el orador les aconseja que se levanten contra el rey y rechacen sus ataques, puesto que un gran peligro pende sobre ellos y en conjunto sobre todos los griegos.

Aunque son muchos, varones atenienses, los discursos 1
que vienen pronunciándose casi en cada asamblea acerca de los perjuicios que Filipo, desde que concluyó la paz, no sólo os causa a vosotros, sino también a todos los demás griegos, y sé que todos declararían, aunque no lo llevan a efecto, que hay que hablar y actuar de manera que aquél ponga fin a su insolencia y pague su justo castigo, la totalidad de nuestros asuntos veo que ha sido arrastrada a tal estado y situación de abandono que —temo decir algo malsonante, por más que sea verdadero—, aun en el caso de que todos los oradores hubieran querido proponer y vosotros votar aquellas medidas por las que nuestra situación habría de resultar la más desastrosa posible, no creo que hubiera podido encontrarse en peor situación que
ahora. Muchas son tal vez las causas de ello, y nuestros 2
asuntos no han llegado a este estado por un solo motivo o dos, pero si examináis los hechos correctamente, encontraréis que se debe sobre todo a los que se muestran más partidarios de halagarnos que de brindaros los mejores consejos. Algunos de éstos, varones atenienses, por vigilar las circunstancias que les proporcionan renombre y poder, no tienen previsión alguna del futuro [y así, opinan que tampoco es necesario que vosotros la tengáis]; otros, acusando y calumniando a los que se ocupan de la cosa pública, no hacen más que obligar a la ciudad a tomar satisfacción de sus propias faltas y a concentrar en ello su
atención, y dar posibilidad, en cambio, a Filipo[1], de decir 3
y hacer lo que le venga en gana. Tales líneas de actuación política, si bien son habituales para vosotros, son, por otro

lado, causantes de las calamidades. Pero yo os pido, varones atenienses, que si algo de lo que es verdad digo con franqueza[2], no se dé lugar por ello a ningún enojo contra mí de vuestra parte. Pues haceos esta consideración: vosotros en los demás asuntos estimáis que la libertad de palabra debe ser tan igualitaria para todos los que habitan en la ciudad, que hasta a los extranjeros y a los esclavos[3] habéis hecho partícipes de ella, y pueden verse entre vosotros muchos criados que dicen lo que quieren con mayor libertad que quienes son ciudadanos en algunas de las demás ciudades; en cambio, la habéis desterrado
completamente[4] de las deliberaciones políticas. Luego, en 4
consecuencia de esto os sucede que en las asambleas estáis inmersos en la molicie y os dejáis adular prestando oído a todo lo que vaya enderezado a daros gusto[5], mientras que en la gestión de los asuntos y en medio de los acontecimientos os veis envueltos ya en los peligros más extremos. Así pues, si también ahora os encontráis en tal disposición, no tengo nada que decir; pero si estáis dispuestos a escuchar, dejando de lado la adulación, lo que interesa, estoy dispuesto a hablar. Pues, aunque muy mal van nuestros asuntos y mucho es lo que se ha abandonado, sin embargo es posible aún, siempre que vosotros queráis hacer lo que es debido, volver a enderezarlo todo. Y tal vez
sea chocante[6] lo que voy a decir, pero es cierto: lo peor de 5
nuestro pasado es precisamente nuestra mejor reserva cara al futuro. ¿Y qué es ello? El hecho de que por no cumplir ninguno de vuestros deberes, ni pequeño ni grande[7], las cosas van mal; puesto que, si estuvieran en la misma situación pese a realizar vosotros todo lo conveniente, ni siquiera habría esperanza de que mejoraran. Pero ahora, Filipo se ha impuesto como vencedor a vuestra indolencia y despreocupación, no ha vencido a la ciudad; ni vosotros habéis sido derrotados, sino que ni tan sólo os habéis movido.

Así pues, si todos reconociéramos que Filipo está en guerra con la ciudad y transgrediendo el tratado de paz, no sería menester que el orador dijera o aconsejase otra cosa que la manera más segura o fácil de defendemos de él; pero toda vez que algunos se encuentran en tan extraña disposición de espíritu que, aunque aquél va tomando ciudades y retiene muchas de vuestras posesiones y a todos los hombres inflige tratamiento injusto, se contienen ante unos cuantos que en las asambleas dicen reiteradas veces que algunos de nosotros somos los causantes de la guerra[8], es necesario ponernos en guardia y andar derechos en este asunto. Pues existe el temor de que uno, 6
por proponer el decreto o consejo de que nos defendamos, vaya a incurrir en la acusación de haber provocado la guerra[9]. Por eso yo, antes de nada, propongo y defino esta 7
cuestión: si está en nuestro poder deliberar sobre si hay que mantener la paz o hacer la guerra. Si realmente le es posible a la ciudad mantener la paz y ello depende de nosotros —para empezar por este punto—, yo, al menos, afirmo que debemos mantenerla y pido al que haga tal propuesta que la presente por escrito, actúe en consecuencia y no ande con engaños; mas si otro en la alternativa, teniendo las armas en la mano y una gran fuerza militar a su alrededor os echa por delante como cebo el nombre de la paz, pero él mismo se vale de las acciones de la guerra, ¿qué otra posibilidad queda sino la de defenderse de él? Si queréis tan sólo declarar que estáis 8
en paz, como hace aquél, no me opongo, Pero si alguien supone que es paz[10] la situación de la que se vale aquél para venir un día contra nosotros una vez se haya apoderado de todo lo demás, en primer lugar está loco, y luego se refiere a la paz de que goza aquél por parte nuestra, no de la que gozamos nosotros por parte de aquél. Esto es lo que se compra Filipo con todo el dinero que va gastando: que él personalmente os haga la guerra y vosotros no se la hagáis a él. 9

Por consiguiente, si vamos a esperar hasta ese punto, 10
hasta que reconozca que está en guerra con nosotros,
somos los más cándidos de todos los hombres; porque ni
aunque se encamine contra la mismísima Ática y el Pireo,
lo dirá[11], si es que hay que juzgar por su manera de actuar
con los demás. Pues eso fue lo que ocurrió en el caso de 11
los olintios; cuando se encontraba a cuarenta estadios[12]
de la ciudad, les dijo que una de dos, o que dejaran de
habitar ellos en Olinto o él en Macedonia; pero hasta ese
momento todo el tiempo anterior, si se le acusaba de
parecidas intenciones, se indignaba y enviaba embajadores
para que le defendieran; eso también aconteció cuando se
dirigía contra los focidios haciendo creer que eran sus
aliados y había embajadores focidios que le acompañaban
en su marcha, y entre nosotros el pueblo discutía que no
iba a aprovechar en nada a los tebanos el paso de Filipo[13].
Y además, muy recientemente, después de haber penetrado 12
en Tesalia como amigo y aliado, tomó también Feras[14] y
aún la retiene; y últimamente, a esos desgraciados
oreítas[15] les dijo que por buena voluntad hacia ellos les
había enviado a sus soldados con el encargo de hacerles
una visita, porque se iba enterando de que estaban en mal
estado y en medio de discordias civiles y era propio de
verdaderos amigos y aliados estar presentes en tales
ocasiones. ¿Y os imagináis después de eso que, cuando él 13
prefiere engañar en vez de advertir y luego violentar a
quienes ningún daño le hubieran hecho, sino que tal vez se
hubieran guardado de sufrirlo, con vosotros, por el
contrario, va a entrar en guerra tras previa declaración,
sobre todo mientras os dejéis engañar a gusto? Eso no es 14
posible. Pues sin duda sería el más tonto de los hombres si,
mientras vosotros, que sufrís los perjuicios, de nada le
inculpáis, sino que acusáis a algunos de entre vosotros
mismos, él apaciguara vuestras disputas y rivalidades
mutuas y os invitara a volveros contra su propia persona, y
a sus asalariados les privara de los argumentos con los que

os echan para atrás[16] a fuerza de decir que Filipo, al
menos, no está en guerra con la ciudad.

¿Pero existe, por Zeus, alguien que en su sano juicio 15
pueda llegar a considerar quién está en paz o en guerra con
él, juzgando más por las palabras que por los hechos?
Nadie, sin duda. Ahora bien, Filipo desde el principio,
recién concluido el tratado de paz, cuando Diopites aún no
era estratego ni habían sido enviados al Quersoneso los
que ahora están allí, iba tomando Serrio[17] y Dorisco y
expulsando de Fuerte Serreo y Hierón Oros a los soldados
que vuestro general ahí había establecido[18]. Si bien, al
actuar así, ¿qué es lo que hacía? Pues era un tratado de
paz[19] lo que había jurado; y que nadie diga: «Pero esto, 16
¿qué significa?», o ¿qué tiene esto que ver con la ciudad?
Porque si esto fuera cosa de poca monta o nada tuviera que
ver con vosotros, ésta sería otra cuestión; pero el caso es
que la transgresión de las normas de la piedad y la justicia,
sea el asunto leve o de mayor entidad, tiene la misma
importancia. Veamos, pues, ahora: cuando envía
mercenarios al Quersoneso, que el rey de Persia y todos los
griegos[20] han reconocido que es vuestro, y admite que
manda allí tropas de socorro y lo declara en sus cartas[21],
¿qué hace? Porque asegura que no está en guerra, pero yo 17
estoy tan lejos de admitir que obrando de esa manera
mantiene la paz concertada con vosotros, que cuando pone
sus manos en Mégara[22], instaura en Eubea la tiranía,
avanza, como ahora, contra Tracia, anda con intrigas en el
Peloponeso y todo lo que lleva a cabo lo hace con sus
fuerzas armadas, os aseguro que en todos esos casos está
quebrantando la paz y luchando contra vosotros, a no ser
que lleguéis a afirmar que incluso los que ponen en pie las
máquinas de asedio mantienen la paz hasta el momento en
que ya las aproximan a los muros. Pero no llegaréis a
afirmarlo, pues el que realiza y prepara operaciones que
podrían conducir a mi captura, ese tal está en guerra
conmigo aunque aún no haya arrojado una lanza o

disparado una flecha. Así pues, ¿qué peligros tendríais que arrostrar vosotros si algo sucediera? El de ser desposeídos del Helesponto, el resultante de que se adueñase de Mégara y Eubea quien está en guerra con vosotros, el de que los peloponesios se hiciesen defensores de su causa. ¿Pretendéis luego que yo diga que quien pone en pie esta máquina de guerra contra la ciudad está en paz con vosotros? Mucho falta para ello[23]; antes bien, desde el día en que aniquiló a los focenses, desde ese día yo al menos establezco que nos viene haciendo la guerra.
18
19

En cuanto a vosotros, si ya ahora os defendéis, afirmo que seréis sensatos, si, en cambio, lo dejáis, ni cuando queráis podréis hacerlo. Además, tan apartado estoy en manera de pensar de los demás consejeros, varones atenienses, que ni siquiera me parece oportuno hacer consideraciones sobre el Quersoneso o Bizancio, sino defenderlos y vigilar que no les pase nada [y enviar a los soldados que allí están ahora todo cuanto necesiten], y deliberar, no obstante, acerca de todos los griegos, dado que están en gran peligro. Y quiero exponeros los motivos que me hacen sentir tanto miedo por la presente situación, con el fin de que, si razono correctamente, participéis de tales razonamientos y hagáis alguna previsión al menos en favor de vosotros mismos, ya que no queréis hacerla por los demás, pero si os parece que parloteo y estoy loco, no me prestéis atención ni ahora ni en otra ocasión como si estuviera en mis cabales[24].
20

Que realmente Filipo, de pequeño e insignificante que era en principio, se ha hecho grande y se ha acrecentado[25]; que los estados griegos están entre sí divididos y en discordia; que mucho más inconcebible resultaba que aquél, de lo que era, llegase a ser tamaño, que el hecho de que ahora, una vez que lleva ya realizadas tantas conquistas, termine por someter bajo su dominio lo que le falta; todo esto y cuanto del mismo estilo podría exponer, lo dejare de lado. Pero veo que todos, empezando
21
22

por vosotros, le han consentido lo que durante todo el tiempo pasado hasta ahora ha sido causa de que se suscitaran todas las guerras entre los griegos. ¿Y, eso qué es? El poder hacer lo que le viene en gana e ir mutilando y despojando a los griegos uno a uno[26] y atacar a las ciudades y esclavizarlas. Eso a pesar de que vosotros 23
estuvisteis al frente de los griegos durante setenta y tres[27] años y los lacedemonios durante veintinueve[28] y que algo despuntó también el poder de los tebanos en estos últimos tiempos después de la batalla de Leuctra[29]; pero, sin embargo, ni a vosotros, ni a los tebanos, ni a los lacedemonios, les fue concedido nunca por parte de los griegos, varones atenienses, la facultad de hacer lo que quisierais, ni mucho menos; antes bien, contra vosotros, o, más bien, contra los atenienses de entonces, toda vez que 24
daban la impresión de no comportarse con algunos en forma comedida, pensaron todos que había que combatir al lado de los injuriados, incluso aquellos que ningún motivo tenían de reproche contra ellos; y de nuevo, cuando los lacedemonios que se hicieron con la hegemonía y llegaron al mismo grado de poder que vosotros, intentaban excederse y removían el orden establecido[30] más allá del justo límite, todos se pusieron en guerra contra ellos, incluso los que no les reprochaban nada. Y ¿para qué 25
referirse uno a los demás? Nosotros mismos y los lacedemonios, sin que pudiéramos presentar desde el principio ningún motivo de queja por alguna injuria recíproca, sin embargo pensábamos que era menester luchar entre nosotros en defensa de los desmanes que veíamos sufrir injustamente a los demás. Y, no obstante, todos los desafueros cometidos por los lacedemonios en aquellos treinta años y por nuestros antepasados en los setenta de su hegemonía, son menores, varones atenienses, que las injusticias que Filipo, en los trece años no completos en que viene ocupando posición cimera, ha hecho sufrir a los griegos; por decirlo más exactamente,

aquéllos no son ni una parte de éstas. [Y eso es cosa con 26
breve discurso fácil de demostrar.] Dejo de lado Olinto,
Metone, Apolonia y treinta y dos ciudades de Tracia[31],
las cuales todas de modo tan cruel destruyó, que ni al que a
ellas se acerca le es fácil decir si alguna vez fueron
habitadas; también silencio el hecho de que el pueblo de
los focenses, tan numeroso, haya sido aniquilado. Pero
Tesalia, ¿cómo está? ¿No les ha quitado a los tesalios sus
constituciones y comunidades ciudadanas y establecido
tetrarquías[32], con el fin de que no sólo sean esclavos por
ciudades, sino hasta por naciones? Y las ciudades de
Eubea, ¿no son regidas ya por tiranos, y eso en una isla 27
cercana a Tebas y Atenas? ¿No escribe expresamente en
sus cartas: «Yo estoy en paz con los que están dispuestos a
escucharme»? Y no es que esas cosas las escriba, pero en
la práctica no las lleve a cabo, sino que se ha puesto en
marcha contra el Helesponto, antes se lanzó contra
Ambracia, tiene en su poder Élide[33], tan importante
ciudad del Peloponeso; anteayer conspiraba contra
Mégara; ni Grecia ni los países bárbaros dan cabida a la
ambición de este hombre. Y aunque todos los griegos 28
vemos y oímos esto, no nos enviamos embajadas los unos
a los otros para tratar esos asuntos ni nos indignamos; y
estamos en tan mala disposición de ánimo y tan separados
por fosos ciudad a ciudad[34], que hasta el día de hoy no
somos capaces de hacer nada ni de lo conveniente ni de lo
necesario, ni de aliarnos, ni de constituir una comunidad de
ayuda y amistad; antes bien, contemplamos con
indiferencia cómo ese hombre se va engrandeciendo, 29
decidido cada uno de nosotros, según me parece, a obtener
provecho durante el tiempo en que otro es destruido, y no
examinando la manera de que se salve Grecia ni actuando
en consecuencia; puesto que nadie desconoce que, como
una afección periódica o ataque de fiebre[35] o de algún
otro mal, Filipo amenaza incluso al que ahora cree estar 30
muy lejos de su alcance. Y, realmente, también aquello, al

menos, sabéis: que cuanto los griegos padecían por parte de los lacedemonios o de nosotros era una serie de ofensas infligidas por quienes eran en cualquier caso hijos legítimos de Grecia; y uno se hubiera imaginado eso como si se tratase de un hijo legítimo, nacido en una casa de gran fortuna, que no llevase bien o correctamente la administración en algún aspecto: bajo ese preciso punto de vista merecería reproche y acusación, pero no cabría decir que quien estuviera actuando así lo haría sin corresponderle el derecho a hacerlo o sin ser legítimo 31
heredero. Pero si un esclavo o un hijo putativo hubiera despilfarrado o arruinado lo que no le correspondiera, ¡por Heracles, cuánto más terrible y merecedor de indignación lo hubieran proclamado todos! Pero no tienen esos sentimientos respecto de Filipo y lo que ahora hace, a pesar de no sólo no ser griego ni relacionado con los griegos por algún lazo de unión, sino, incluso, ni siquiera bárbaro[36] procedente de un lugar que se pueda nombrar, sino un miserable macedonio[37], oriundo de país en el que antes ni comprar un esclavo diligente era posible.

Aunque, ¿qué es lo que falta para el colmo de su 32
insolencia? ¿Acaso, tras haber destruido ciudades, no está organizando los Juegos Píticos[38], común concurso de los griegos? Y si él no asiste en persona, ¿no envía a sus esclavos como organizadores de los certámenes? [¿Acaso no es dueño de las Termopilas y de los accesos a Grecia, ni ocupa esos lugares con guarniciones y mercenarios? ¿No posee también el privilegio de prelación en las consultas al oráculo del dios, que consiguió tras habernos postergado[39] a nosotros, a los tesalios, a los dorios y a los demás anfictíones, ya que de él ni siquiera todos los griegos participan?] ¿No escribe a los tesalios indicándoles 33
el modo en que deben gobernarse? ¿No envía mercenarios a Portmo para expulsar a lo demócratas de Eretria, y a Oreo para instalar allí a Filístides en calidad de tirano? Sin embargo, aunque los griegos ven esto, lo soportan, y del

mismo modo, me da a mí al menos la impresión, que si contemplasen el granizo, suplicando cada uno que no les suceda a ellos, pero sin intentar nadie impedirlo. Y no sólo
por los ultrajes que de él recibe Grecia no hay nadie que le 34
haga cara, sino ni siquiera por los desmanes que cada uno sufre en particular; pues eso ya es lo último. ¿No ha marchado contra Ambracia y Léucade, posesiones de los corintios? ¿No ha jurado que entregaría Naupacto, perteneciente a los aqueos, a los etolios?[40] ¿No les ha quitado a los tebanos Equino? ¿No está ahora en camino
para atacar a los bizantinos, que son sus aliados? De 35
nuestras posesiones, dejo aparte las demás, ¿no tiene en su poder Cardia[41], la ciudad más importante del Quersoneso? Así pues, pese a que todos sufrimos esos desafueros, vacilamos y nos emblandecemos, y miramos al vecino desconfiando los unos de los otros, no recelando, en cambio, del que a todos nosotros nos trata injustamente. Sin embargo, ¿qué pensáis que hará quien con vosotros se comporta de forma tan brutal una vez que se adueñe de cada uno de nosotros por separado?

¿Cuál es, pues, la causa de esto? Pues no sin razón ni 36
causa justa eran los griegos antaño tan propensos a la libertad y hoy lo son a la esclavitud. Había en aquel entonces, varones atenienses, había algo en las conciencias de la mayoría que ahora no hay, algo que venció a la riqueza de los persas, mantenía la independencia de Grecia y no cedía ante ninguna batalla entablada por mar o por tierra; algo que al haber desaparecido ahora ha estropeado todo y ha trastocado todos nuestros asuntos. ¿Qué era,
pues, eso? [No era nada complicado ni sutil, sino el hecho 37
de que] todos odiaban a los que aceptaban sobornos de quienes deseaban regir o destruir Grecia, y era gravísimo ser convicto de haber recibido dádivas, y al que lo hubiera sido se le castigaba con la máxima penalidad, [y no había
súplica alguna posible ni perdón]. Y así, la ocasión 38
propicia de cada una de las acciones, que la fortuna

muchas veces procura incluso a los negligentes en detrimento de los solícitos y a los que nada están dispuestos a hacer en perjuicio de los que hacen lo que es menester, no era posible comprársela a los oradores ni a los generales, ni tampoco la concordia mutua, ni la desconfianza respecto de los tiranos y los bárbaros ni, en una palabra, nada semejante[42]. En cambio, ahora todo eso 39
se ha vendido como en un mercado y en lugar de ello se ha importado lo que ha perdido e infectado a Grecia. ¿Y eso qué es?[43]. La envidia, si alguien ha recibido alguna dádiva; la sonrisa, si lo reconoce; [el perdón para los convictos]; el odio, si alguien se lo recrimina a los tales, y todo lo demás que depende de la venalidad. Puesto que 40
trirremes, gran número de hombres, ingresos de dinero y abundancia de los demás recursos de equipo y todo aquello por lo que uno podría ver el grado de poder de las ciudades, son cosas que ahora todos tenemos incluso en mucho mayor número y cantidad que antes. Pero esas cosas se vuelven inútiles, inefectivas y sin provecho por efecto de quienes venden sus traiciones.

Que eso es así, por lo que al presente se refiere sin 41
duda lo estáis viendo y para nada necesitáis de mi testimonio; que en los tiempos de antaño la situación era la contraria, yo os lo probaré, no recitando mis propias palabras, sino documentos escritos de vuestros antepasados que aquéllos hicieron grabar en una estela de bronce y colocaron en la Acrópolis[44] [no para que les fueran útiles (pues incluso sin esos documentos pensaban en sus deberes), sino para que vosotros tuvieseis recordatorios y ejemplos de que conviene mostrarse serios en esos casos. 42
¿Y qué dicen los documentos?] «Que Artmio»[45] —dice —, «hijo de Pitonacte, de Zelea, sea objeto de deshonor y considerado enemigo del pueblo de los atenienses y de los aliados, tanto él mismo como su descendencia.» A continuación viene registrada la causa por la que le sucedió eso: «Porque llevó oro de los medos al Peloponeso.» He

ahí el documento. Considerad, pues, por los dioses, cuál 43
sería la intención de los atenienses que entonces hacían esto o cuál su justa pretensión. Aquéllos a un zeleíta, Artmio, esclavo del rey —pues Zelea[46] está en Asia—, por el hecho de que, sirviendo a su señor, llevó oro al Peloponeso, no a Atenas, lo inscribieron como enemigo
suyo y de sus aliados a él y a su descendencia, y los 44
registraron como privados de honor. Y eso viene a ser no lo que propiamente se llamaría privación de honor; pues ¿qué iba a importarle a un zeleíta no participar de los derechos comunes de los atenienses? Pero en las leyes de homicidio consta escrito respecto de aquellos a quienes no se les da facultad de defender sus pleitos de asesinato [sino que son individuos a los que se puede matar sin que ello constituya impiedad]: «y que muera privado de sus derechos». Eso ya significa que el que mate a alguien de ésos permanece sin mancha. Así pues, aquéllos
consideraban que debían ocuparse de la seguridad de todos 45
los griegos; pues no les hubiera importado, de no haber asumido esa actitud, que alguien en el Peloponeso comprase y sobornase a algunos; y castigaban y condenaban de tal modo a quienes descubrían mezclados en sobornos que hasta hacían grabar sus nombres en estelas. A partir de esos hechos lógicamente el poder de los griegos resultaba terrible al bárbaro, no así el bárbaro a los
griegos. Pero eso no es ahora así; pues vosotros no 46
observáis tal actitud ni con respecto a esos delitos ni con respecto a los restantes, sino ¿cuál? [Vosotros mismos lo sabéis; pues, ¿para qué acusaros de todo tipo de faltas? De manera muy similar y en nada mejor se conducen todos los demás griegos; por lo cual yo aseguro que la presente situación requiere mucha diligencia y buen consejo. ¿Cuál?] ¿Mandáis que lo diga? ¿Y no os encolerizaréis?
Pues bien, hay un cándido argumento que presentan los 47
que quieren tranquilizar la ciudad, según el cual Filipo después de todo aún no es lo que antaño eran los lacedemonios, los cuales ejercían su dominio sobre todo

mar y tierra[47] y tenían de aliado al rey de Persia y nada se
les resistía; sin embargo, la ciudad se defendió de ellos
pese a ser tales y no fue tomada por asalto. Yo, por mi
parte, empero, aunque todo —por decirlo así— ha cobrado
un gran incremento y nada de lo de ahora es semejante a lo
de antes, no obstante considero que nada ha cambiado ni
progresado más que el arte de la guerra. Pues, en primer 48
lugar, oigo decir que los lacedemonios y todos los demás,
durante cuatro o cinco meses, en la estación veraniega
propiamente dicha, invadían y devastaban el territorio
enemigo con sus hoplitas y ejércitos de ciudadanos y luego
retrocedían a su patria de nuevo; y eran sus maneras tan a
la vieja usanza o tal vez tan ciudadanas, que ni con dinero
se compraba nada a nadie, antes bien, la guerra era leal y 49
clara. En cambio, ahora sin duda veis que los traidores han
causado la mayor parte de los desastres y ninguno de ellos
se produce como resultado de batalla ordenada o de
combate; y oís decir que Filipo se encamina adonde quiere,
no por llevar tras de sí una falange de hoplitas, sino porque
le están vinculados soldados armados a la ligera, jinetes,
arqueros, mercenarios, en fin, tropas de esa especie. Y una 50
vez que, con esta base de apoyo, cae sobre una ciudad
afectada[48] de discordia interna, y que nadie sale en
defensa de su país por desconfianza, instala sus máquinas
de guerra y la asedia. Y paso en silencio el hecho de que
no establece ninguna diferencia entre verano e invierno ni
tiene una estación reservada que deje pasar[49] como 51
intervalo. Así que, puesto que todos sabéis y os dais cuenta
de estos hechos, es necesario no permitir que penetre la
guerra en vuestro territorio ni dejaros romper el cuello[50]
desarzonados por contemplar la simplicidad de la guerra
de antaño contra los lacedemonios; antes bien, debéis
guardaros mediante vuestras gestiones y preparativos a la
mayor distancia de él, con vistas a que no se mueva de
casa y no luchéis con él cuerpo a cuerpo. Pues respecto de 52
una guerra, con muchas ventajas contamos, varones

atenienses, si estamos dispuestos a hacer lo que es menester: la naturaleza de su territorio, que en gran parte es posible saquear y devastar y otra infinidad de detalles; en cambio, para una confrontación en batalla está aquél más entrenado que nosotros[51].

Pero no es bastante conocer esas cosas ni defendernos 53
de él con los medios de la guerra, sino que hay que odiar en nuestros cálculos y propósitos a quienes entre nosotros hablan en su favor, en la idea de que no es posible dominar a los enemigos de una ciudad antes de que hayáis castigado a los que dentro de la misma ciudad[52] sirven a
aquéllos. Lo cual, por Zeus y los demás dioses, es algo que 54
vosotros no seréis capaces de hacer; por el contrario, habéis llegado a tal grado de estupidez o locura o no sé qué decir (pues muchas veces me ha venido a las mientes hasta el temor de que algún espíritu esté impulsando los acontecimientos), que por mor de injurias o envidia o chanzas, o cualquiera que sea el motivo que os mueva, invitáis a hablar en público a hombres asalariados, algunos de los cuales ni siquiera negarían que son tales, y os reís si se ponen a vituperar a algunas personas. Y eso, aun siendo
terrible, no lo es tanto como el hecho de que habéis dado a 55
esos hombres más seguridad para actuar públicamente como ciudadanos que a los que hablan en vuestro beneficio. Pese a lo cual, contemplad cuántas desgracias proporciona el querer prestar oído a tales individuos. Mencionaré hechos que todos conoceréis.

Había en Olinto, de entre los dedicados a la gestión de 56
los asuntos públicos, unos que eran partidarios de Filipo y le servían en todo, y otros que eran defensores del ideal más noble y actuaban de manera que sus conciudadanos no cayeran en la esclavitud. Pues bien, ¿quiénes de estos dos bandos arruinaron su patria? O ¿quiénes de entre ambos grupos traicionaron a los jinetes, con cuya traición sucumbió Olinto? Los adictos a Filipo, los que, cuando la ciudad existía, delataban y calumniaban a quienes daban

los mejores consejos, de tal forma, que por su persuasión el pueblo de los olintios fue inducido a desterrar a Apolónides[53].

Ahora bien, no fue sólo entre ésos donde ese hábito 57
causó todos los males y en ningún otro sitio más; por el contrario, también en Eretria, una vez que, apartados Plutarco[54] y sus mercenarios, el pueblo tenía en su poder la ciudad y Portmo[55], unos enderezaban las gestiones públicas hacia vosotros, otros hacia Filipo. Y como a estos últimos oían en casi todos los puntos, o, por mejor decirlo, en todos, los desgraciados e infortunados eretrienses, al final fueron persuadidos de la conveniencia de expulsar a
los que en su propio favor hablaban. Pues naturalmente 58
Filipo, su aliado, enviando a Hipónico con mil mercenarios, demolió las murallas de Portmo y estableció tres tiranos: Hiparco, Antomedonte y Clitarco; y después de eso ha expulsado ya dos veces del país a quienes querían salvarse, [en la primera ocasión mandando a los mercenarios que acompañaban a Euríloco y luego a los del séquito de Parmenión[56]].

Pero ¿qué necesidad hay de mencionar la mayoría de 59
los casos? En Oreo[57], con todo, Filístides trabajaba para Filipo y lo mismo Menipo, Sócrates, Toante, Agapeo, precisamente los que ahora controlan la ciudad (y eso lo sabían todos); en cambio, Eufreo[58], un hombre que, además, antaño vivió aquí entre nosotros, laboraba por que sus conciudadanos fuesen libres y no esclavos de nadie.
Sería larga historia referir cómo ese hombre era en general 60
objeto de ultrajes e insultos por parte del pueblo; en particular, un año antes de la toma de la ciudad denunció a Filístides y los suyos como traidores, tras haber detectado sus maquinaciones. Congregados entonces muchos individuos que tenían a Filipo por corego y prítane[59], conducen a Eufreo a la cárcel por alborotador de la ciudad.
Y al ver eso el pueblo de los oreítas, en lugar de prestar 61
ayuda al uno y moler a palos a los otros, con estos últimos

no se irritó, en cambio, del otro dijo que se lo tenía merecido y se alegró encima. Después de eso, aquéllos, con cuanta libertad deseaban, actuaban de forma que la ciudad fuese tomada y andaban preparando la realización del plan; en cuanto al pueblo llano, si alguno se daba cuenta, se callaba y se quedaba aterrorizado al acordarse de lo que le pasara a Eufreo. Y en tan abyecta condición se encontraban, que nadie se atrevió, pese a que se acercaba tan gran desastre, a romper a hablar hasta que los enemigos con sus preparativos ya al completo se iban aproximando a las murallas; y entonces los unos se defendían, los otros traicionaban. Y sobre la ciudad, tomada de forma tan 62
vergonzosa y vil, aquéllos gobiernan y ejercen poder tiránico, después de haber desterrado a unos y matado a otros de los que entonces intentaban salvarse a sí mismos y estaban dispuestos a hacer por Eufreo lo que fuese; y el famoso Eufreo se cortó el cuello, testimoniando así, de hecho, la justicia y pureza de su oposición a Filipo en favor de sus conciudadanos.

Entonces, ¿cuál pudo ser la causa —os preguntáis tal 63
vez extrañados— de que los olintios, eritrenses y oreítas estuvieran por gusto más inclinados hacia los que hablaban en beneficio de Filipo que hacia quienes lo hacían en defensa de ellos mismos? Precisamente la misma que entre vosotros: que a quienes hablan en defensa del más noble ideal, no les es posible a veces decir algo agradable ni aunque quieran; pues les es necesario examinar la situación, la forma en que resultará salvada; mientras que los otros, con los mismos recursos con los que se hacen agradables, están colaborando con Filipo. Los patriotas 64
pedían recaudación de impuestos, los otros sostenían que para nada era necesario; los unos, que se luchara y no se fiaran; los otros, que se mantuviera la paz; hasta que fueron atrapados. Todo lo demás, por no pormenorizar, ocurrió —me imagino— del mismo modo; unos, lo que les resultaría agradable, eso era lo que decían a sus

conciudadanos; otros, en cambio, lo que redundaría en su salvación. Pero a muchas cosas al final el pueblo se adhería no por gusto ni por ignorancia, sino doblegándose, dado que se consideraba completamente derrotado. Lo cual 65
temo yo, por Zeus y Apolo, no os pase también a vosotros una vez que, reflexionando, veáis que no os queda ninguna salida. Aunque, ¡ojalá, varones atenienses, no se encuentren las cosas en tal situación!; morir mil veces es mejor que hacer algo por halagar a Filipo [o abandonar a algunos de los que hablan en nuestro favor]. ¡Bonito favor ha recibido hoy en compensación el pueblo de los oreítas por haberse puesto en manos de los amigos de Filipo y rechazar a Eufreo! ¡Bonito también el de los eretrienses 66
por haber rechazado a vuestros embajadores[60] y haberse entregado a Clitarco! Son esclavos a golpe de látigo y a punta de cuchillo. Buena clemencia mostró con los olintios que votaron a Lástenes para el cargo de hiparco y desterraron a Apolónides. Locura y cobardía es tener tales 67
esperanzas y, deliberando erróneamente y no queriendo hacer nada de lo que conviene, pero sí prestando oído a los que hablan a favor de los enemigos, imaginar que se habita una ciudad en magnitud tan grande que, ni aunque llegase a suceder cualquier cosa que fuese, sufrirá mal alguno. Y también es una buena vergüenza llegar a decir una vez que 68
todo haya pasado: «¿Quién se hubiera imaginado que ocurriría esto? Por Zeus, debíamos haber hecho esto y aquello y no haber hecho esto otro.» Muchas cosas podrían decir ahora los olintios, que, de haberlas previsto, no habrían sucumbido; y muchas los oreítas, y muchas los focenses, y muchas cada uno de los pueblos que han perecido. Pero ¿cuál de ellas les sirve de provecho? 69
Mientras la nave está a salvo, sea más grande o más pequeña, es cuando es menester que el marinero, el piloto y todo el mundo por su orden se muestren diligentes y tengan cuidado de que nadie, ni voluntaria ni involuntariamente, la hagan zozobrar; una vez que ya el mar la rebasa, vano resulta el celo. Así nosotros también,

varones atenienses, mientras estamos a salvo y contamos 70
con una grandísima ciudad y con numerosísimos recursos
y una bellísima reputación, ¿qué debemos hacer? Hace
tiempo tal vez está sentado alguien que me habría
preguntado eso gustosamente. Yo le diré, por Zeus, y hasta
lo presentaré por escrito en forma de propuesta, de modo
que, si queréis, podréis votarla. En primer lugar,
defendernos nosotros mismos y prepararnos, con trirremes,
fondos y soldados; a eso me refiero; pues, aun cuando
todos los demás griegos llegaran a aceptar la esclavitud, 71
nosotros hemos de combatir por la libertad; y una vez que
nosotros personalmente hayamos hecho todos esos
preparativos y después de mostrarlos, exhortemos ya a los
restantes griegos y enviemos a todas partes embajadores
que les informen de ello, [al Peloponeso, a Rodas, a Quíos,
incluso, digo, al Rey (pues tampoco de sus intereses está
apartado el hecho de no permitir que Filipo se lo someta
todo bajo su poder)], con el fin de que si los convencéis,
los tengáis como copartícipes en los peligros y los gastos,
si ello es menester, y si no, al menos deis tiempo a los
acontecimientos. Pues, toda vez que la guerra es contra un 72
hombre y no contra la fuerza de una ciudad organizada, ni
siquiera el tiempo es inútil, como tampoco lo fueron
aquellas embajadas del año pasado que enviasteis
alrededor del Peloponeso, y las acusaciones que yo y aquel
bueno de Polieucto y Hegesipo y los restantes embajadores
llevamos de un lado para otro y con las que le hicimos
detenerse y no le permitimos marchar contra Ambracia ni
lanzarse sobre el Peloponeso. No digo, sin embargo, que, 73
sin estar vosotros mismos dispuestos a hacer lo necesario
por vuestro propio bien, exhortéis a los demás; pues sería
estúpido que, abandonando nosotros mismos nuestros
propios intereses, anduviésemos asegurando que nos
preocupamos de los ajenos, y, desatendiendo el presente,
atemorizáramos a los demás con relación al futuro. No
digo eso; por el contrario, afirmo que es necesario enviar
dinero a los que están en el Quersoneso y hacer todo

cuanto solicitan y preparamos nosotros mismos, y a los demás griegos convocarlos, reunirlos, informarlos, reprenderlos; eso es lo propio de una ciudad que tiene una reputación como la que corresponde a la nuestra. Pero si creéis que los calcideos o los megarenses salvarán a 74
Grecia, y que vosotros escaparéis de los problemas, no opináis correctamente; pues cada uno de estos dos pueblos puede darse por contento si llega a salvarse él mismo. Ésa es una tarea que ha de ser realizada por vosotros; es un honor que vuestros antepasados adquirieron y os legaron a fuerza de muchos y grandes peligros. Pero si cada uno va a estarse sentado tratando de encontrar lo que desea y 75
considerando el modo en que personalmente no hará nada, en primer lugar, ni es posible que encuentre quien lo haga, y, luego, temo que nos sobrevenga la necesidad de hacer a un tiempo todo lo que ahora no queremos.

Yo lo que digo es eso y ésa es la moción que propongo 76
por escrito; y opino que aún ahora podría enderezarse la situación si esas mis propuestas se cumplen. Pero si alguien tiene algo mejor que eso para proponer, que lo exponga y nos aconseje. Y lo que vosotros decidáis, ¡ojalá, dioses todos, sea lo que más convenga!

X

CONTRA FILIPO, CUARTO DISCURSO

INTRODUCCIÓN

Entre los discursos públicos o demegorías incluidos en el *Corpus demosthenicum*, dejando aparte la colección de cincuenta y seis proemios de carácter político, ha llegado hasta nosotros el titulado *Contra Filipo, IV*, número X de la obra completa, que presenta características peculiares.

Ya F. Blass expuso la opinión de que este discurso no es más que un centón compuesto por varios retazos de diferentes épocas cosidos por un redactor muy próximo a la de Demóstenes, tal vez un amigo y admirador de nuestro orador, interesado en que no se perdiese ni una sola muestra, por reducida que fuese, de la más depurada elocuencia ática. Poco después esta consideración fue confirmada por el *Comentario* de Dídimo, donde aparece clara la gran dificultad que representa datar este discurso de forma unívoca. Proporciona Dídimo la noticia de que «algunos» lo situaban en el 342/1 a. C.

A esta datación llegaba Roerte tras haber examinado cuidadosamente los párrafos 7-10 de la obra, que presuponen que, a la sazón, Oreo estaba todavía en manos de Filístides, por lo que, dado que el poder de este tirano acaba en el 341 a. C., la fecha que «algunos» sugerían —según Dídimo— podría ser correcta.

Pero el *Comentario* de Dídimo proponía también otras posibles dataciones, y Dionisio de Halicarnaso (*A Ammeo* I 10) sugería la del 341/0 a. C., datación tradicional que defendió recientemente G. L. Cawkwell (*CL* 13 [1963], 135) basándose en el contenido del párrafo 53 del discurso, en el que se apunta el hecho de que Atenas se encuentra sin aliados, lo que implicaría que el orador pasa por alto los tratados del 342 a. C.

No es extraño que haya hecho surgir un sinnúmero de dificultades la pretensión de datar un discurso en cuya mitad, aproximadamente, aparecen sendos proemios (46-48; 49), destinados a discursos contra Filipo, cargados de una fraseología recurrente no sólo en otros *Filípicos*, sino incluso en algunos *Proemios*.

Por otro lado, más de la tercera parte de este discurso está tomado del *Sobre los asuntos del Quersoneso* (VIII) casi palabra por palabra (cf. 11-27; 55-70). Además, se hace en él una defensa de las reparticiones de dinero contra las que en otras ocasiones el orador arremete con violencia, lo que no deja de resultar extraño a la vez que sospechoso. Añádanse las siguientes consideraciones: los párrafos 1-3 de este discurso tienen todo el aspecto de ser un muy marcado exordio, independiente, aplicable a cualquier discurso dirigido contra Filipo, y el párrafo 75 da la impresión de ser un típico epílogo redactado con igual propósito.

Por eso, ya en la antigüedad la autenticidad del discurso ha tenido sus defensores y sus atacantes, al igual que en época moderna.

Nosotros nos inclinamos por la autenticidad del estilo, no de la obra, que no es sino el resultado del cosido de abigarrados retazos, salidos —eso sí— del cálamo de Demóstenes.

Tal vez los primeros editores del *Corpus* se encontraron con una serie de bosquejos o bocetos de

discursos con los que se empeñaron en dar forma a una obra completa.

RESUMEN DE LIBANIO

Éste tiene el mismo argumento que el precedente y nada añade o dice de particular, salvo la medida política sobre la concordia. Pues estando los ricos en desacuerdo con los pobres, Demóstenes intenta hacer cesar esa disensión aconsejando al pueblo no confiscar los bienes de los ricos y a los ricos no mirar con malos ojos a los pobres por cobrar del erario público. Y trata de convencer a los atenienses de que envíen una embajada al Rey de los persas para tratar de una alianza.

Por considerar, atenienses, que son importantes los 1
asuntos sobre los que deliberáis e indispensables para la ciudad, trataré de exponer acerca de ellos lo que considero conveniente. Aunque no son pocos los errores, ni acumulados desde breve tiempo, los causantes de que esta situación vaya mal, ninguno es, varones atenienses, de entre todos más difícil de corregir, con vistas al presente, que el hecho de que vosotros en vuestros pensamientos os habéis distanciado de las empresas y sólo mostráis interés en tanto estáis sentados escuchando o se os anuncia alguna novedad; luego, cuando cada uno de vosotros se retira, no sólo no medita sobre ellas para nada, sino que ni siquiera
las recuerda. Pues bien, la insolencia y la ambición de que 2
se vale Filipo con todo el mundo son de tan gran cuantía como indican las referencias que escucháis; y que no es posible detenerlo en esa carrera ni con discursos ni declaraciones, nadie lo ignora sin duda. Pues, realmente, si alguien no puede aprenderlo a partir de una sola de las demás consideraciones, que se haga las reflexiones siguientes: nosotros nunca ni en ninguna parte, cuando ha sido necesario hablar en defensa de nuestros derechos, fuimos derrotados o dimos la impresión de obrar injustamente, sino que en toda ocasión vencemos a todos

nuestros oponentes y estamos por encima de ellos en el uso
de la palabra. Ahora bien, ¿acaso por esa razón a Filipo los 3
asuntos le van mal y a nuestra ciudad bien? Mucho dista
eso de ser. Pues una vez que él, después del debate,
tomando las armas, se pone en marcha dispuesto a exponer
sin vacilación todos sus bienes, mientras nosotros
permanecemos sentados, habiendo expuesto los unos los
argumentos justos y habiéndolos escuchado los otros,
naturalmente —en mi opinión— los hechos toman la
delantera a las palabras y todos atienden no a los
razonamientos justos que dijimos o podríamos ahora decir,
sino a lo que hacemos. Y esos argumentos no son capaces
de salvar a ninguna de las víctimas de la injusticia, pues ya
no es menester hablar más en torno a ellos. En 4
consecuencia, divididos los de las ciudades en estos dos
partidos: unos que no quieren ni gobernar por la fuerza a
nadie ni ser esclavos de otros, sino gobernarse
equitativamente en libertad y con leyes; otros, en cambio,
que desean mandar sobre sus conciudadanos y obedecer a
una tercera persona, mediante la cual piensan que podrán
llevar a cabo su objetivo, los que pertenecen al partido de
aquél, los que ambicionan tiranías y caudillajes, han
vencido por doquier, y ciudad con régimen de democracia
estable, no sé si de entre todas queda alguna otra más que
la nuestra. Y han vencido los que gracias a aquél se hacen 5
sus propias constituciones, valiéndose de todos los medios
con los que se alcanza el éxito; el primero y más
importante de todos: el hecho de tener a alguien dispuesto
a dar por ellos dinero a quienes desean cobrar; el segundo
y en nada menos efectivo que el anterior: el disponer de
una fuerza, capaz de derribar[1] a sus oponentes, presente
en todas las ocasiones en que la soliciten. Nosotros en
cambio, varones atenienses, no sólo vamos a la zaga a ese 6
respecto, sino que ni siquiera somos capaces de
despertarnos; antes bien, nos parecemos a hombres que
han bebido mandrágora[2] o alguna otra pócima del mismo
estilo; luego, en mi opinión (pues hay que decir la verdad,

tal cual yo enjuicio la situación), hemos sido tan desacreditados y despreciados a consecuencia de éstos, que de entre aquellos que se encuentran en pleno peligro, unos se oponen a nosotros por cuestión del liderazgo[3], otros en relación con el lugar en que habrá de reunirse el Consejo[4], y algunos han decidido defenderse por sí mismos antes que en alianza con nosotros.

¿Con qué objeto, pues, me expreso y discurro sobre 7
estos asuntos? No es porque me decida a resultar odioso[5], por Zeus y todos los dioses. Lo hago para que cada uno de vosotros, varones atenienses, comprenda y sepa que la molicie y la indolencia de cada día, al igual que en las vidas privadas, así también en las ciudades, no se hacen sentir de inmediato en cada ocasión en que se produce negligencia, sino que salen a relucir en la suma total de los
acontecimientos, Mirad a Serrio y Dorisco[6]: pues ésas 8
fueron las primeras posiciones que quedaron descuidadas después de la paz, las cuales tal vez para muchos de vosotros ni siquiera son conocidas. Sin embargo, haber abandonado y descuidado entonces esas plazas ocasionó la pérdida de Tracia y de Cersobleptes, que era vuestro aliado. De nuevo Filipo, viendo que estaban desatendidas y que no lograban obtener socorro alguno de vuestra parte, se entregó a arrasar Portmo[7] y enfrente del Ática, en
Eubea, erigió contra vosotros el bastión[8] de una tiranía. Y 9
como Eubea fue descuidada, por poco no fue capturada Mégara[9]. No reflexionasteis en absoluto ni prestasteis atención para nada a esos acontecimientos, no disteis prueba de que no le permitiríais seguir actuando así;
compró Antrones[10] y no mucho tiempo después era 10
dueño de la situación en Oreo. Y dejo de lado muchos casos: Feras, la marcha contra Ambracia[11], las matanzas de Elide[12], e innumerables otros; pues no me puse a discurrir sobre estos hechos para hacer un cómputo de las víctimas de la violencia e injusticia de Filipo, sino para mostraros que Filipo no dejará de atropellar a todos los

humanos ni de subyugar territorios, si alguien no se lo impide[13].

Pero hay quienes[14] antes de escuchar los discursos 11
referentes a la situación, de inmediato, tienen la costumbre de preguntar: «¿Qué hay, pues, que hacer?»; no para realizarlo una vez que lo han oído (pues entonces serían los más útiles de todos los ciudadanos), sino para desembarazarse del orador. Pese a todo, es menester que os exponga lo que hay que hacer. En primer lugar[15], varones atenienses, fijad en vuestra mente con firmeza esto: que Filipo está en guerra con nuestra ciudad y ha roto la paz y es malévolo y hostil para con la ciudad entera y el suelo de la ciudad, y añadiré que incluso para con los dioses de la ciudad —los cuales ojalá le causen la perdición—; sin embargo, contra nada lucha ni intriga más que contra nuestra constitución, y a nada en absoluto dirige sus miras con mayor interés que al modo de destruirla. Y es hasta
cierto punto inevitable[16] que obre así al menos ahora. 12
Pues considerad: quiere mandar y a vosotros os concibe como sus únicos rivales para ello. Hace ya mucho tiempo que os viene atropellando y de eso él mismo es consciente mejor que nadie. Porque con las posesiones que, siendo vuestras, él retiene, se asegura firmemente todas las demás conquistas; que si hubiera abandonado Anfípolis y Potidea, ni siquiera en Macedonia podría permanecer seguro. Así
pues, sabe ambas cosas, que él mismo conspira contra 13
nosotros y que vosotros os dais cuenta. Y como os considera sensatos, tiene por cierto que le odiáis. Y además de todo esto, que es bastante, sabe certeramente que, aunque se haga dueño de todo lo demás, nada le será posible poseer con firmeza, en tanto que vosotros os gobernéis democráticamente; por el contrario, si le acontece algún fracaso, lo que en gran número de ocasiones puede ocurrir a un hombre, vendrán y se
refugiarán a vuestro lado todos los pueblos que ahora están 14
sometidos por la fuerza. Pues vosotros[17] personalmente

no estáis bien dispuestos por naturaleza para obtener
provecho y mantener un imperio, pero para impedir que
otro lo consiga o arrancárselo a quien lo tenga, o, en una
palabra, para importunar a quienes quieran mandar y
rescatar a todos los hombres para la libertad, sois hábiles.
En consecuencia, él no quiere que la libertad que de
vosotros se expande esté al acecho de sus buenas
oportunidades, y en eso se hace unos cálculos que no son 15
incorrectos ni vanos. Entonces, en primer lugar, es
menester que lo consideréis irreconciliable enemigo de la
constitución y de la democracia; y en segundo lugar, que
sepáis con claridad que toda su actividad y todo lo que
prepara ahora, lo adereza contra nuestra ciudad. Pues nadie
de entre vosotros es tan tonto como para suponer que
Filipo codicia las sordideces de Tracia (pues, ¿qué otro
nombre podría darse a Dróngilo, Cábile, Mastira y las
plazas que afirman que ahora va ocupando?) y que para
capturarlas soporta fatigas, crudezas del invierno y los más 16
extremos peligros, y, en cambio, no codicia los puertos de
Atenas, sus astilleros, sus trirremes, su emplazamiento y su
fama —ventajas de las que ojalá ni a él ni a ningún otro
sea dado enseñorearse tras haber sometido nuestra ciudad
—, sino que os dejará poseer esos bienes mientras él por
los mijos y espeltas almacenados en los silos tracios pasa
el invierno en un báratro. No es así; al contrario, por llegar 17
a ser dueño de estos vuestros bienes, dedica su actividad
también a todos aquellos objetivos. Así pues, si cada uno
para sí sabe y conoce estos hechos, no se debe, por Zeus,
invitar al que en todo lo justo os proporciona los mejores
consejos, a que redacte un decreto declarando la guerra[18],
pues esto significa que queréis echar mano de alguien con
quien luchar, y no realizar lo que conviene a la ciudad. En
efecto, observad: si la primera vez que Filipo violó un 18
pacto, o la segunda, o la tercera (pues hay muchas y en
serie), alguien hubiera redactado la propuesta de declararle
la guerra y él, del mismo modo que ahora, cuando ninguno
de vosotros ha propuesto declaración de guerra, hubiese

acudido en ayuda de los cardianos, ¿no habría sido arrebatado de aquí el autor de la propuesta y todos le inculparían de haber prestado ayuda Filipo a los cardianos por causa de ella? Por tanto, no busquéis a quien, como 19
compensación por las ofensas de Filipo, podáis odiar y entregar a sus asalariados para que lo descuarticen, ni vosotros mismos estéis dispuestos, tras haber votado la declaración de guerra, a disputar unos contra otros acerca de si era necesario haberlo hecho o no; por el contrario, imitadle la manera de hacer la guerra, entregando a los que ya se defienden dinero y todo cuanto además necesitan, y vosotros mismos, varones atenienses, aportando tributos y preparándoos un ejército, trirremes rápidos, caballos, naves de transporte caballar y todo lo demás que sirve para la guerra. Pues ahora, al menos, es de risa nuestro 20
comportamiento en esta situación[19], y creo que el propio Filipo, por los dioses, haría votos[20] por que ninguna otra cosa haga la ciudad sino lo que ahora estáis haciendo: actuáis con retraso, gastáis el dinero, andáis buscando a quien entregar los asuntos, os irritáis, os acusáis mutuamente. De dónde deriva eso yo os lo haré entender y os expondré cómo ha de cesar. Nunca, varones atenienses, 21
habéis establecido desde el principio ni preparado correctamente ningún plan de acción, sino que siempre vais tras los acontecimientos[21] y luego, cuando llegáis tarde, os interrumpís; y si de nuevo acontece otro suceso, os preparáis y os alborotáis.

Pero eso no es así[22]; no es posible que quienes se 22
valen de expediciones de socorro cumplan nunca ningún objetivo fundamental; antes bien, es menester organizar una fuerza y procurar para ella manutención, tesoreros y funcionarios públicos, y que la vigilancia de los fondos empleados sea rigurosísima dentro de lo posible y, una vez hecho esto, pedir cuentas del dinero a los tesoreros y de las operaciones al comandante, y no dejarle a éste ningún pretexto de navegar hacia otro rumbo o llevar a cabo otra 23

acción. Y si lo hacéis así y de verdad estáis dispuestos a ello, obligaréis a Filipo a mantener una paz justa y a permanecer en su propio país, o lucharéis con él de igual a igual; y tal vez, sí, tal vez, varones atenienses, del mismo modo que ahora vosotros inquirís qué está haciendo Filipo y hacia dónde se dirige, así podrá ser él quien se preocupe de hacia dónde ha partido la fuerza de la ciudad y en qué lugar aparecerá.

Y si a alguien le parece que eso es cosa de gran gasto, 24
muchas fatigas y efectiva actividad, le parece muy exactamente; pero si echa la cuenta de lo que sobrevendrá a la ciudad tras eso, en el caso de que no esté dispuesta a hacerlo, hallará lo ventajoso que es realizar de buen grado lo indispensable. Pues si os garantizase algún dios (que de tamaño asunto ningún hombre podría ser satisfactorio fiador) que si vosotros os mantenéis tranquilos y lo abandonáis todo, aquél no terminará viniendo contra
vosotros mismos, vergonzoso sería, por Zeus y todos los 25
dioses, e indigno de vosotros, de las posibilidades de vuestra ciudad y de las hazañas de vuestros antepasados, dejar caer en esclavitud a todos los demás griegos por bien de vuestra particular molicie, y al menos yo personalmente preferiría estar muerto antes que haber propuesto ese
proceder; no obstante, si algún otro os lo sugiere y os 26
convence, sea, no os defendáis, abandonadlo todo. Pero si a ninguno le parece eso bien, y, por el contrario, todos sabemos de antemano que cuanto más le dejemos que extienda su poder, tanto más duro y fuerte será el enemigo al que habremos de enfrentarnos, ¿a dónde nos escaparemos? ¿Qué esperamos? O, ¿cuándo nos decidiremos, varones atenienses, a cumplir con nuestro
deber? «Cuando sea necesario, por Zeus.» Pero la que se 27
podría llamar necesidad de los hombres libres, no sólo está presente ya, sino que incluso hace bastante tiempo que ha pasado; y en cuanto a la de los esclavos, sin duda es necesario hacer votos para que no se nos presente. ¿En qué

se diferencian? En que la mayor necesidad para el hombre libre es la vergüenza por lo que le está pasando, y más fuerte que ésta no sé yo cuál podríamos invocar; para un esclavo, en cambio, consiste en los golpes y castigos corporales, cosas de las que los dioses nos guarden y de las que ni es propio hablar.

Así pues, varones atenienses, mostrarse remiso hacia 28
tales requerimientos, a los que es menester que cada uno contribuya con su persona y propiedad, no es cosa correcta, ni mucho menos, pero, no obstante, aún tiene alguna disculpa; pero no querer escuchar lo que se debe oír
ni los asuntos sobre los que es conveniente deliberar, eso 29
ya admite total acusación. Y vosotros, por cierto, no soléis escuchar ni deliberar sobre nada con calma hasta que se presentan, como ahora, los propios acontecimientos; por el contrario, mientras que aquél se prepara, despreocupándoos de hacer otro tanto y emprender a vuestra vez preparativos, os dais a la indolencia, y si alguien dice algo, lo expulsáis de la tribuna[23], pero, cuando os enteráis[24] de que se ha perdido una plaza o está
siendo asediada, entonces prestáis oído y emprendéis los 30
preparativos. Mas era entonces la ocasión de escuchar y deliberar, cuando vosotros no queríais; la de actuar, en cambio, y de hacer uso de lo preparado, es ahora cuando queréis escuchar. En consecuencia, como resultado de esas costumbres, sois los únicos[25] de entre todos los hombres que hacéis lo contrario que los demás: pues los otros acostumbran servirse de la deliberación con anterioridad a los acontecimientos, vosotros, al contrario, después de los acontecimientos.

Lo que aún queda por hacer y tiempo ha debía haberse 31
hecho, pero ni siquiera en el presente la oportunidad de hacerlo ha pasado, eso es lo que os voy a exponer. De entre todo lo que se requiere, de nada necesita tanto la ciudad para los inmediatos acontecimientos como de dinero. Y acontece que se han producido espontáneamente[26]

afortunadas coyunturas, y, si las empleamos rectamente, tal vez podrían producirse los resultados debidos. Pues, en primer lugar, aquellos en quienes el Rey confía y considera que son sus bienhechores, odian y están en guerra con Filipo. Luego, el agente y cómplice de todos los 32
preparativos que Filipo lleva a cabo contra el Rey, ha sido deportado[27], y el Rey oirá todas esas acciones no a través de acusaciones que hagáis vosotros, de quienes podrían pensar que hablaseis en defensa de vuestro particular interés, sino de labios del mismo hombre que las planeaba y realizó, de forma que le resultarán creíbles y sólo faltará a nuestros embajadores el discurso que de mejor grado oiría el Rey: que es menester castigar de común acuerdo al 33
que a unos y otros causa perjuicios y que mucho más temible es Filipo para el Rey, si nos ataca a nosotros los primeros; pues si, quedando desasistidos, nos pasa algo a nosotros, sin miedo ya marchará contra aquél. Por todas esas razones, pues, opino que es menester que vosotros despachéis una embajada que converse con él, y que vosotros os desprendáis de ese necio prejuicio que tantas veces os ha costado la derrota: «Es realmente un bárbaro» y «el común enemigo de todos» y todas las frases de esta suerte. Porque yo, cuando veo a alguien que teme al que 34
reside en Susa o Ecbatana, y anda afirmando repetidas veces que el tal es malintencionado para con la ciudad, él que precisamente con anterioridad contribuyó a enderezar la situación de ella[28] y ahora os hacía promesas (si vosotros no las aceptasteis, sino que las rechazasteis con vuestro voto, no es, al menos, suya la culpa), y, en cambio, habla de distinta manera del salteador de los griegos que tanto está incrementando su poder a nuestras puertas, bien cerca, en el centro mismo de Grecia, me asombro y yo, al menos, tengo miedo de él, quienquiera que sea, dado que él no teme a Filipo.

Ahora bien, hay también otro asunto[29] que daña a la 35
ciudad en cuanto que es objeto de calumnia por efecto de

difamación injusta c inapropiadas palabras, y, encima, a los
que no quieren hacer nada justo en la gestión de los
asuntos públicos, les proporciona un pretexto; y de todo
cuanto queda pendiente y cuyo cumplimiento fuese
necesario por parte de alguien, comprobaréis que a ese
asunto se le echa la culpa. Acerca del cual tengo mucho
miedo de hablar; no obstante lo haré; pues pienso que 36
podré, en interés de la ciudad, defender la justa causa de
los menesterosos contra los ricos y la de los que poseen
bienes contra los necesitados. Si quitásemos de en medio
tanto las calumnias que algunos dirigen —v no justamente
— contra el «teórico», como el temor de que no se podrá
detener sin un gran mal, ninguna contribución mayor
podríamos hacer a la situación ni que más, en conjunto,
robusteciese a la ciudad entera. Vedlo así; hablaré en 37
primer lugar en defensa de los que parecen estar en
necesidad. Había un tiempo, no mucho ha, entre nosotros,
en el que no ingresaban en la ciudad por encima de los
ciento treinta talentos; y ninguno de los capacitados para
las trierarquías o el pago de impuestos se negaba a cumplir
con el deber que le correspondía alegando que no sobraba
dinero, antes bien, se hacían a la mar trirremes, se sacaba
dinero y hacíamos todo lo debido. Más adelante, la
fortuna, haciéndonos beneficios, multiplicó los ingresos 38
públicos[30], y en lugar de los cien talentos ingresan
cuatrocientos, sin que ninguno de los propietarios de los
bienes sufriera menoscabo alguno, sino que incluso
experimentaba incremento; pues todos los ricos acuden a
participar de ello y hacen bien. Así pues, ¿qué nueva idea 39
hemos concebido para que nos reprochemos eso
mutuamente y lo usemos de pretexto para no hacer nada
[de lo que es menester]? A no ser que envidiemos la ayuda
sobrevenida a los menesterosos de manos de la fortuna. A
éstos yo al menos ni podría hacerles reproches ni considero
justo que se les haga. Porque tampoco en las casas
particulares veo que quien está en la flor de la edad[31] 40
adopte tal actitud hacia sus mayores, ni que ningún ser

humano sea tan ingrato ni tan irracional como para sostener que, si todos no hacen cuanto hace él, tampoco él hará nada; realmente en ese caso incurriría en las leyes contra los malos tratos[32]; pues es preciso aportar a los padres con espíritu de justicia y pagarles en concepto de devolución, de buen grado, la amistosa contribución[33] delimitada a la vez por la naturaleza y la ley.

Y así como cada uno de nosotros tiene un padre, así es 41
necesario considerar al total de los ciudadanos como padres comunes de toda la ciudad[34], y conviene no sólo no privarlos de nada de lo que les da la ciudad, sino que, si incluso ninguna de estas subvenciones existiese, mirar a
otra parte en busca de medios para que no se vean privados 42
de nada. Así pues, si los ricos hacen uso de esta norma, considero que no sólo harán lo que es justo, sino también lo que les aprovecha; porque privar a algunos de lo necesario mediante decreto público equivale a malquistar a muchos hombres con la situación[35]. A los que están en necesidad, por otra parte, les aconsejaría que eliminasen el motivo por el que los que poseen los bienes se irritan con
el sistema y con justicia lo acusan. Trataré, como acabo de 43
hacer con los necesitados, del mismo modo también de la defensa de los ricos, sin vacilar en decir la verdad. Pues a mí nadie me parece ser tan miserable y cruel de espíritu —por lo menos ningún ateniense—, como para dolerse al ver
que los que son pobres y carecen de lo necesario reciben 44
estos subsidios. Pero ¿dónde se producen la colisión del sistema y la irritación que provoca? Cuando los ricos ven que ciertos individuos transfieren al dinero privado[36] el uso que se ejerce sobre el dinero público y que el que tal cosa propone al punto se engrandece ante vosotros y se hace inmortal a causa de su seguridad; y cuando ven que el voto secreto es bien distinto del manifiesto alboroto
aprobatorio. Eso es lo que lleva implícito desconfianza y 45
resentimientos. Ya que es menester, varones atenienses, compartir mutuamente con equidad los beneficios de la

ciudadanía, los ricos considerando seguros sus propios bienes para el normal curso de la vida sin miedo a perderlos y poniendo a disposición de la patria y en defensa de su salvación sus propios bienes como fondo común para afrontar los peligros; los demás, estimando bienes comunes los que son tales y participando de ellos en la parte que les corresponda, pero teniendo los que son particulares por propios de sus poseedores[37]. De esta forma incluso una ciudad pequeña se hace grande y una grande se salva. Esto es, tal vez, lo que uno podría decir en cuanto a los deberes de cada una de las dos partes; por lo que se refiere al modo en que ello también se pueda poner en práctica, es necesario hacer correcciones por vía legal.

De la situación actual y de la confusión reinante 46
muchas y remotas son las causas; estoy dispuesto a exponerlas si queréis escucharlas. Os habéis apartado, varones atenienses, del principio fundamental[38] sobre el que os dejaron asentados vuestros antepasados y os habéis dejado convencer, por obra de quienes propugnaban tal tipo de política, de que estar a la cabeza de los griegos y tener un ejército en pie de guerra[39] con el que defender a todos los que sufren atropellos era tarea superflua y gasto inútil; en cambio, pasar la vida en medio de tranquilidad y no hacer nada de lo debido, antes bien, ir abandonándolo todo, una cosa tras otra[40], dejando que otros se apoderen de ellas, considerabais que proporcionaba maravillosa
prosperidad y seguridad en abundancia. A consecuencia de 47
ello, otro, adelantándose al puesto que a vosotros os correspondía ocupar, se ha hecho próspero, grande[41], señor de un vasto dominio. Obviamente: pues una situación prestigiosa, encumbrada y brillante, por la que continuamente las más poderosas ciudades andaban enzarzadas en disputas[42], al estar los lacedemonios desvalidos de la fortuna, los tebanos ocupados por causa de la guerra focidia[43] y nosotros despreocupados, Filipo
la encontró abandonada y la tomó. Y así, como resultado le 48

ha correspondido infundir miedo a los demás, contar con muchos aliados y un gran ejército; y tantas y tan grandes dificultades asedian ya a todos los griegos, que no es fácil ni siquiera aconsejar lo que se debe hacer.

Aunque la actual situación, varones atenienses, es, a mi 49
juicio, horrorosa para todos, nadie de ellos todos está en mayor peligro que vosotros, no sólo porque Filipo dirige sus asechanzas fundamentalmente contra vosotros, sino además porque vosotros mismos os encontráis en estado de máxima inactividad. Así pues, si contemplando el acopio de mercancías y la abundancia que reina en la plaza, estáis encantados por ello con la ilusión de que en ningún peligro se encuentra la ciudad, no enjuiciáis la situación ni como corresponde ni correctamente. Pues una plaza de mercado, 50
una feria, por estos detalles se podría juzgar si está deficiente o primorosamente provista; pero una ciudad, a la que todo aquel que aspira en cada ocasión a mandar en los griegos ha considerado la única que podría oponérsele y ser baluarte de la libertad de todos, por Zeus, no es por las mercancías por lo que hay que probarla para ver si va bien, sino observando si confía en la buena voluntad de los aliados y es fuerte con sus propias armas; esto es lo que hay que examinar respecto a nuestra ciudad; y eso todo es precisamente lo que en vuestro caso se encuentra en situación inestable y de ningún modo buena. Podréis daros 51
cuenta de ello, si lo consideráis de la siguiente manera: ¿cuándo estuvieron los asuntos de los griegos en máxima confusión? Nadie podrá designar ningún otro tiempo más que el presente de hoy día. Pues durante todo el tiempo anterior los asuntos de los griegos estaban divididos en estos dos campos: los lacedemonios y nosotros, y, de los demás griegos, unos nos obedecían a nosotros, otros a aquéllos. El Rey, de por sí, era por igual objeto de desconfianza para todos; pero, sumándose a la causa de los derrotados en la guerra, retenía su confianza hasta que los colocaba en plano de igualdad con el otro bando; luego no

le odiaban menos aquellos a quienes salvaba que los que desde el principio eran sus enemigos. Ahora, empero, en 52
primer lugar el Rey está en relaciones de familiaridad con todos los griegos; con nosotros, de entre todos, es con quienes en peor disposición está, si no rectificamos ahora en algo los errores cometidos; después, por todos lados surgen protectorados y pretenden todos, en rivalidad mutua, la hegemonía; pero, en realidad, se mantienen aparte y se envidian y desconfían unos de otros, no de quien sería menester desconfiar; y han quedado todos aislados, cada uno por su parte, argivos, tebanos, lacedemonios, corintios, arcadios y nosotros. Pero, sin 53
embargo, aunque la política griega está dividida en tantos partidos y tan numerosas dominaciones, si hay que decir la verdad con franqueza, en ningún otro estado podría uno ver salas de audiencia o consistorios menos dedicados al tratamiento de los asuntos griegos que los nuestros; con razón, pues nadie conversa con nosotros por amistad, ni 54
por confianza ni por temor. Y la causa de esto no es una sola, varones atenienses (pues fácil os hubiera sido remediarla), sino muchos errores[44] de toda especie cometidos en todo tiempo desde antiguo, de los cuales, dejando de lado el detalle, me referiré a aquel en el que confluyen todos, rogándoos que, si os refiero con franqueza la verdad, no os irritéis conmigo para nada. Han sido vendidos nuestros intereses en cada una de las ocasiones propias que se nos presentaron, y vosotros habéis obtenido a cambio la inactividad y la tranquilidad; encantados por ellas no estáis irritados con los que os dañan, pero otros obtienen las recompensas. Lo que 55
concierne a los demás asuntos[45] no merece la pena investigarlo ahora; pero en cuanto se desprende en un discurso algún asunto de los referentes a Filipo, al punto se levanta uno para decir que no hay que hablar neciamente ni hacer propuestas de declarar la guerra, presentando al punto, una tras otra, consideraciones como lo agradable que es vivir en paz y qué molesto es atender a la

manutención de un gran ejército, y «algunos quieren arrebataros el dinero», y otros asertos hacen en máximo 56
grado verdaderos. Pero, sin duda, no es a vosotros a quienes hay que persuadir de que mantengáis la paz, ya que, persuadidos de ello, estáis sentados aquí, sino al que continuamente lleva a cabo las operaciones de la guerra; pues si aquél se dejara persuadir, lo que de vosotros depende está ya a mano; y es menester considerar que lo terrible no es cuanto gastemos para nuestra salvación, sino lo que vamos a sufrir si no estamos dispuestos a hacerlo; y en cuanto al dicho de que «el dinero público será arrebatado», hay que impedirlo encontrando un sistema de vigilancia mediante el cual se conserve, no abandonando nuestros intereses. Aunque yo al menos me irrito también 57
por esto mismo: porque a algunos de vosotros entristece que se llegue a arrebatar el dinero público, cuya vigilancia así como la posibilidad de castigar a quienes lo arrebatan están en vuestras manos, y, en cambio, no os entristece que así, una ciudad tras otra, Filipo vaya arrebatando toda Grecia, y eso que lo hace con la intención de atacaros a vosotros.

¿Por qué, pues[46], varones atenienses, aunque tan a las 58
claras comete atropellos y toma ciudades, nunca ninguno de éstos ha dicho de él que está obrando contra derecho y provocando la guerra, y, en cambio, afirman que la provocan los que os aconsejan no permitírselo ni dejarle eso a su merced? Porque la responsabilidad de los padecimientos que resultarán de la guerra (pues es forzoso, sí, forzoso que de la guerra surjan muchos sufrimientos) quieren achacarla a quienes creen que por vuestro bien proporcionan los mejores consejos. Pues consideran que si vosotros hacéis frente a Filipo unánimemente y guiados 59
por un solo criterio, le venceréis y a ellos no les quedará posibilidad de ganar su paga, mientras que, si a partir de los primeros rumores de alarma acusáis a algunos individuos y os dedicáis a llevarlos ante los tribunales,

acusándoles conseguirán ellos mismos dos cosas: llegar a gozar de buena reputación ante vosotros y a obtener dinero librado por Filipo, y que vosotros impongáis a los que han
hablado en favor vuestro las penas que debíais imponerles 60
a éstos por sus faltas. Éstas son sus esperanzas y eso implica la maniobra de las acusaciones que presentan afirmando que «algunos quieren provocar la guerra». Pero yo sé a ciencia cierta que, aunque ningún ateniense ha propuesto declarar la guerra, Filipo tiene en su poder muchos territorios de la ciudad y acaba de enviar ahora una expedición de socorro a Cardia. Si, no obstante, nosotros ahora pretendemos hacer como que ignoramos que aquél está en guerra con nosotros, sería el más tonto de todos los hombres si tratase de contradecirlo; porque, si los
que reciben el daño lo niegan, ¿qué corresponde hacer al 61
malhechor?[47]. Pero el día que se dirija contra nosotros mismos, ¿qué diremos entonces? Pues él sostendrá que no nos hace la guerra, como tampoco se la hacía a los habitantes de Oreo, aun cuando sus tropas estaban en aquel territorio, ni anteriormente a los de Feras, a pesar de que atacándoles llegó hasta sus muros, ni a los olintios al principio, hasta que se presentó en el propio país de ellos al mando de un ejército. ¿O también entonces vamos a decir que los que nos exhortan a defendernos están declarando la guerra? En ese caso sólo nos queda soportar
la esclavitud; pues no hay ninguna otra posibilidad. Y, sin 62
embargo, el peligro que vosotros corréis no es el mismo que el de los demás hombres; pues lo que Filipo quiere no es poner vuestra ciudad bajo su dominio, no, sino destruirla por completo. Pues él sabe a la perfección que vosotros ni vais a estar dispuestos a ser esclavos, ni, aunque lo estuvierais, sabríais serlo, acostumbrados como estáis a mandar, y que, en cambio, si encontráis ocasión propicia, seríais capaces de crearle mayor número de dificultades que todos los demás hombres juntos. Por esta razón no os hará concesiones, si llega a teneros bajo su
poder. Así pues, os conviene reconocer que la pugna 63

será[48] a vida o muerte, y a los que se han vendido a ese hombre apalearlos públicamente; porque no es posible, no es posible vencer a los enemigos de fuera de la ciudad, si antes no castigáis a los enemigos que tenéis en la propia ciudad; por el contrario, es forzoso que, al chocar con éstos, como con un escollo, lleguéis a aquéllos demasiado
tarde. ¿De dónde imagináis que procede que él ahora os 64
ultraje (que a mí al menos me parece que no hace otra cosa sino eso) y que, mientras a los demás los engaña haciéndoles favores, cuando menos, a vosotros os amenaza ya de entrada? Por ejemplo, a los tesalios, después de haberles proporcionado muchos beneficios, los redujo al estado de esclavitud en que ahora se encuentran; nadie podría decir tampoco cuánto engañó a los desdichados olintios, habiéndoles dado primero Potidea y muchas otras plazas; y ahora trata de seducir a los tebanos entregándoles Beocia y apartándolos de una guerra larga, y penosa; de
modo que cada uno de ésos, después de haber obtenido 65
alguna ganancia como fruto, los unos han sufrido ya lo que les ha tocado pagar en sufrimiento y los otros sufrirán lo que les corresponda. En cuanto a vosotros, guardo en silencio todo aquello de lo que habéis sido desposeídos; ahora bien, en el mismo acto de concluir la paz, ¡cuántos engaños habéis sufrido, de cuántos bienes habéis sido desposeídos! Los focidios, las Termopilas, los posesiones de Tracia, Dorisco, Serrio, el propio Cersobleptes, ¿y no
tiene ahora la ciudad de Cardia en su poder y admite que la 66
tiene? ¿Por qué razón, pues, se comporta de esta forma con los demás y de esta manera con vosotros? Porque de entre todas las ciudades tan sólo en la vuestra hay inmunidad garantizada para hablar en favor de vuestros enemigos y puede un hombre que ha aceptado dinero de soborno tomar la palabra personalmente entre vosotros con impunidad,
aunque hayáis sido despojados de vuestras propias 67
posesiones. No se hubiera podido hablar con garantías en Olintio a favor de Filipo, de no haber obtenido el pueblo olintio el beneficio de disfrutar las ventajas de Potidea; no

se hubiera podido en Tesalia defender sin riesgo la causa de Filipo, si el pueblo de los tesalios no hubiera recibido de su parte el favor de haberles expulsado a los tiranos y restaurado los privilegios anfictiónicos; no hubiera sido posible hacerlo sin peligro en Tebas antes de que él les
hubiera devuelto Beocia y aniquilado a los focidios. Pero 68
en Atenas, aunque Filipo os ha tomado Anfípolis y el territorio de Cardia y, además, está convirtiendo Eubea en una fortaleza avanzada contra vosotros y está ahora en marcha con el propósito de atacar Bizancio, aquí se puede a buen recaudo hablar en favor de Filipo. Y, claro está, algunos de ésos, de mendigos que eran, se están haciendo rápidamente ricos, de desconocidos y oscuros pasan a ser famosos e ilustres; mientras vosotros, por el contrario, de
honorables os convertís en viles y de opulentos en 69
indigentes. Pues yo, al menos, considero riqueza de una ciudad a sus aliados, a la confianza que inspira, a la simpatía que despierta, de todo lo cual vosotros estáis en absoluta carestía. Y como consecuencia de no preocuparos de eso y dejar que los asuntos vayan marchando de esa manera, él es próspero, poderoso y terrible para todos los griegos y bárbaros; vosotros, en cambio, estáis aislados y humillados, insignes por la abundancia de víveres en el mercado, pero ridículos por lo que se refiere a la
preparación de lo que habríais menester[49]. Pero observo 70
que algunos de nuestros oradores no aconsejan de la misma manera cuando se trata de vosotros que cuando tratan de sus propios intereses; pues dicen que vosotros debéis mantener la calma aunque alguien os cause daño, mientras que ellos mismos no pueden mantenerla entre vosotros, pese a que nadie les daña. Y en verdad, si alguien, injurias aparte, preguntara: «Dime, Aristomedes[50], sabiendo perfectamente como sabes (que nadie tales cosas desconoce) que la vida de los particulares es segura, reposada y desprovista de riesgos, en tanto que la de los hombres públicos es rica en querellas, insegura y colmada de procesos y calamidades día a día, ¿porqué,

pues, no eliges la descansada, en vez de la que discurre en medio de peligros?» ¿Qué podrías responder? Pues en el
caso de que diésemos por cierto lo mejor que podrías 71
responder, a saber, que por deseo de honor y por mor de tu reputación haces todo esto, me pregunto con extrañeza por qué razón piensas que para tal propósito tú debes hacerlo todo, sufrir todos los trabajos y afrontar todos los peligros, y, en cambio, aconsejas a la ciudad que abandone estos esfuerzos cómodamente. Porque al menos no vas a responder que es menester que tú parezcas alguien en la
ciudad, pero que la ciudad no goce de predicamento 72
alguno entre los griegos. Y por cierto, tampoco veo esto otro: que para la ciudad sea seguro ocuparse de la gestión de sus propios asuntos y para ti haya peligro si no te mezclas en cuestiones ajenas más que los otros; antes bien, por el contrario, veo que para ti los peligros extremos proceden de tu actividad y tu entrometimiento, para la
ciudad, en cambio, de su inactividad. Pero, por Zeus, tú 73
cuentas con el renombre de tu abuelo y de tu padre, que sería vergonzoso que se extinguiese en ti, mientras que la ciudad cuenta con los hechos innominados e insignificantes de sus antepasados. Pero tampoco esto es así: tu padre era un ladrón, si era semejante a ti, en cambio, los de nuestra ciudad fueron aquellos por quienes todos los
griegos se saben salvados de los mayores peligros. 74
Realmente, sin embargo, hay quienes no gobiernan ni equitativa ni constitucionalmente sus asuntos privados ni sus asuntos públicos. Pues, ¿cómo va a ser equitativo que algunos de éstos, recién salidos de la prisión, se desconozcan a sí mismos, mientras que la ciudad, que estuvo a la cabeza de los demás hasta este momento y mantenía la primacía, esté ahora hundida en la deshonra total y la humillación?

Pues bien[51], aunque tengo todavía mucho por decir y 75
acerca de muchos asuntos, desistiré de hacerlo; pues, de veras, no es por falta de discursos, a mi parecer, por lo que,

ni ahora ni nunca, las cosas marchan mal, sino que esto ocurre cada vez que vosotros, habiendo oído todo lo que es debido y habiendo reconocido en ello unánimemente lo ajustado de la exposición, seguís sentados prestando oído con igual favor a los que desean estropearlo o distorsionarlo. Y no es que no conozcáis a esos oradores, pues nada más verlos sabéis exactamente quién habla por un sueldo y dirige su actuación pública en favor de Filipo y quién lo hace verdaderamente por vuestro mayor bien, sino que vuestro propósito es acusar a estos últimos y echar el asunto a chacota y escarnio para no hacer vosotros personalmente nada de lo que debierais. He aquí la verdad, 76
con toda franqueza, lo que más os interesa expresado sin fingimiento y con buen deseo, no un discurso, en plan de adulación, rebosante de daño y de mentira, enderezado a hacer dinero para el orador y a poner los intereses de la ciudad en manos de sus enemigos. Así pues, o habrá que abandonar estas costumbres o no se habrá de acusar de que todo vaya mal a nadie sino a vosotros mismos.

XI

RESPUESTA A LA CARTA DE FILIPO

INTRODUCCIÓN

Hacia el año 340 a. C., Filipo, que a la sazón se encontraba poniendo sitio a Perinto, envió una carta a Atenas en la que, después de exponer sus quejas por el hostil comportamiento de esta ciudad para con él desde el 346 a. C., declaraba, prácticamente en definitiva, la guerra al pueblo ateniense.

El discurso *Sobre la corona* proporciona una versión de esta carta, que, como todos los demás documentos de esta pieza oratoria, no es más que una falsificación. Tampoco es auténtica la llamada *Carta de Filipo*, que aparece como la obra número XII dentro del *corpus* de los discursos demosténicos, aunque, como es sabido, no la transmiten los tres mejores manuscritos (S, L, A). Por el examen del contenido, se aprecia que Filipo aún no se había visto obligado a aplazar el sitio de Perinto ante la ayuda facilitada a los asediados por parte de Bizancio, Atenas y Persia; tampoco había emprendido el ataque de Bizancio, que cronológicamente sucedió a la iniciación del asedio de Perinto.

Por eso, aunque Dionisio de Halicarnaso aceptaba la autenticidad de la *Respuesta a la carta de Filipo* y la denominaba «la última de las arengas contra Filipo», es

difícil hoy día mantener tal opinión. Taylor, Valckenaer, Larcher, Boeckh, Schaefer y Blass la consideraron con razón apócrifa. En ella no se responde a las acusaciones de la *Carta de Filipo*, y, desde luego, le es posterior, pues se alude ya al levantamiento del sitio de Perinto y al comienzo del de Bizancio. Desde el punto de vista de la forma, la *Respuesta a la carta de Filipo* está llena de expresiones, frases, giros que han sido tomados de discursos de Demóstenes o reelaborados a partir de determinados pasajes de ellos. A veces se podría afirmar que el autor fuera, tal vez, un discípulo de Isócrates que quiso superar en elegancia y corrección a Demóstenes remodelando fragmentos de sus famosos discursos. Hay, por otro lado, un indicio de que el autor de la *Respuesta* no fue contemporáneo de nuestro orador: se desliza en esta obrita una frase, extraída sin duda del *Sobre el Haloneso*, que aparece de este modo considerado como discurso de Demóstenes. Se ha atribuido la *Respuesta*, al igual que el *Contra Filipo, IV*, al historiador Anaxímenes. Ciertamente, uno tiene la impresión, al leer la *Respuesta*, de estar ante la obra de un *rétor*.

Por último, hay un hecho significativo que se opone a la autenticidad de la *Carta* y la *Respuesta* a un tiempo: según el *De corona*, la ruptura entre Atenas y Filipo, que provocó la carta de este último, se debió al hecho de que el monarca macedonio apresó barcos de transporte de trigo ateniense que hacían la travesía del Bósforo. Sin embargo, este incidente no aparece mencionado en ninguna de las dos obras.

ARGUMENTO DE LIBANIO

Filipo envió a los atenienses una carta acusándoles y declarándoles la guerra abiertamente. Así que el orador ya no intenta convencer a los atenienses de que luchen (pues es obligación), sino que les da ánimo, para hacer frente al peligro, refiriéndose al Macedonio como fácil de liquidar.

El hecho de que Filipo, varones atenienses, no concertó 1
la paz con nosotros, sino que dio largas a la guerra, ha resultado claro para todos vosotros[1]; pues toda vez que entregó Halo[2] a los farsalios y administró el asunto relativo a los focidios y sometió toda Tracia[3], fingiendo razones que no lo son e inventando pretextos carentes de justificación, de hecho hace tiempo que viene luchando contra la ciudad, de palabra ahora lo confiesa a través de la carta[4] que envió; ahora bien, la necesidad de que vosotros
no os acobardéis ante la fuerza de aquél ni le hagáis frente 2
sin coraje, antes bien, el deber ineludible de que os lancéis a la guerra con vuestras propias personas, dinero[5], naves y, en una palabra, todos vuestros recursos sin escatimar nada, eso yo intentaré mostraros[6]. Pues, en primer lugar, es razonable, varones atenienses, que sean vuestros más grandes aliados y valedores los dioses, cuyas garantías de
lealtad ha despreciado y cuyos juramentos ha violado al 3
haber roto la paz; luego, aquellos procedimientos gracias a los cuales anteriormente se acrecentó[7], a base de engañar en cada ocasión a ciertas personas y de prometerles grandes favores, todo eso ya son cosas pasadas, y los perintios y los bizantinos y sus aliados saben que desea comportarse con ellos de la misma manera que antes lo
hizo con los olintios; y los tesalios no ignoran que prefiere 4
ser autoritario a ser el presidente de una confederación; y es objeto de sospechas por parte de los tebanos por mantener en su poder Nicea[8] bajo el control de una guarnición y porque se ha introducido en la Anfictionía y se atrae las embajadas del Peloponeso y a ellos les quita los aliados[9] desviándolos hacia sí mismo; de modo que de los amigos que antes tenía, los unos[10] le hacen la guerra sin perspectivas de reconciliación, los otros[11] ya no son sus ardientes colaboradores en las campañas y todos le son sospechosos y le han sido objeto de calumnias. Todavía

más, que tampoco esto es insignificante: los sátrapas 5
establecidos en Asia que hace poco enviaron mercenarios,
con los que impidieron que Perinto fuese reducida por
asedio, ahora que la hostilidad está implantada entre ellos
y el peligro cerca, si Bizancio llega a ser sometida, no sólo
en persona participarán animosamente en la guerra, sino
que, además, moverán al rey de los persas a que nos 6
proporcione recursos[12] monetarios; y él posee tanta
riqueza cuanta no tienen todos los demás juntos y una
fuerza tal para los asuntos de aquí, que incluso ya antes,
cuanto estábamos en guerra con los lacedemonios, a aquel
de los dos bandos al que él se sumaba, le hacía imponerse
sobre el otro, y ahora, juntándose con nosotros, fácilmente
derrotará al poder de Filipo.

Así pues[13], además de esas razones que tanto peso 7
tienen, no diré que no haya él capturado anticipadamente,
durante la paz, muchas fortalezas nuestras y puertos y otras
posiciones valiosas para la guerra; lo que no pierdo de
vista es que cuando por buena voluntad se mantienen
consistentes los objetivos políticos y tienen los mismos
intereses todos los que participan en las guerras, los pactos
resisten con solidez; en cambio, cuando la política, nacida
de la asechanza y la codicia, está trabada por el engaño y la
violencia, como hace ahora ése, un leve pretexto y el
primer revés rápidamente la conmueve y destruye. Y
muchas veces, varones atenienses, a base de reflexiones 8
encuentro que no sólo los aliados de Filipo vienen a dar en
sospecha y hostilidad hacia él, sino que incluso las partes
de su propio reino no están bien ensambladas ni
íntimamente ni como uno se imagina[14]. Pues de una
manera general, el poder macedonio, a título de añadidura,
posee cierto peso y validez, pero, por sí mismo, es débil y 9
despreciable ante tamaño cúmulo de empresas. Y él aún lo
ha hecho más caedizo con sus guerras, sus expediciones y
todas las acciones por las que se podría considerar grande.
Pues no os imaginéis, varones atenienses, que por las

mismas cosas se alegran Filipo y sus súbditos; por el
contrario, daos cuenta de que él apetece gloria, ellos
seguridad, y de que a él no le es posible alcanzarla sin
peligro, mientras que ellos para nada necesitan, dejando
atrás en sus casas a hijos, padres y esposas, ir
consumiéndose y correr riesgos diariamente en beneficio 10
de él. De manera que, a partir de estas consideraciones,
puede verse en qué disposición se encuentra la mayoría de
los macedonios con respecto a Filipo; y en cuanto a los
íntimos que están a su alrededor y a los capitanes de sus
mercenarios, hallaréis que tienen reputación de valentía,
pero que viven con más miedo que los que no la tienen[15].
Y es que los unos cuentan sólo con el peligro ante los
enemigos, mientras aquéllos tienen más miedo de los
aduladores y calumniadores que de las batallas; y los otros 11
luchan con el apoyo de todos contra las formaciones que
les hacen frente, mientras que aquéllos, además de
participar de los males de las guerras en no mínima
medida, resulta que, aparte de eso, privadamente, temen el
temperamento del rey. Y aún más, si uno de los soldados
del montón comete algún error, recibe su castigo en justa
proporción con su falta; en cambio aquéllos, cuando logran
los mayores éxitos, es entonces cuando sobre todo son
objeto de maldiciones[16] y ultrajes al margen de toda
conveniencia. Y de esto nadie en su sano juicio 12
desconfiaría[17], pues los que le han tratado dicen que es
tan grande su amor propio, que, por querer hacer parecer
suyas las más bellas empresas, más se molesta con los
generales o capitanes que han llevado a cabo alguna acción
digna de elogio que con los que enteramente fracasan. Así 13
pues, si eso es así, ¿cómo es que se le mantienen fieles
tanto tiempo ya? Porque su éxito, varones atenienses,
ensombrece todos los defectos de ese cariz; pues las
prosperidades son especialmente eficaces para encubrir y
ensombrecer los fallos de los hombres; pero si sufre algún
fracaso, entonces se revelarán con claridad todas esas
debilidades. Y es que acontece como en nuestros cuerpos: 14

cuando uno está en plenitud de vigor, no siente ninguna de las afecciones locales; pero una vez que cae enfermo, todo se pone en movimiento, bien sea una ruptura, una luxación o algún otro órgano que no esté completamente sano; así también ocurre con todas las monarquías y poderes absolutos: mientras les va bien en las guerras, ocultos permanecen sus puntos débiles para la mayoría; pero en cuanto incurren en algún fracaso —lo que es natural que ahora le ocurra a él por levantar un peso superior a sus propias posibilidades—, todos los inconvenientes se hacen patentes a los ojos de todos.

Ahora bien[18], si alguno de vosotros, varones 15
atenienses, viendo a Filipo gozar de buena fortuna,
considera que es temible y difícil adversario, está
empleando una previsión propia de un hombre prudente;
pues grande es el peso de la fortuna, o, más bien, la fortuna
lo es todo en cualquier empresa humana; sin embargo, en
muchos aspectos se preferiría nuestra buena suerte a la de 16
aquél[19]. Pues de nuestros antepasados hemos recibido en
legado nuestra prosperidad no sólo de un tiempo anterior al
suyo, sino, incluso, por decirlo en una palabra, al de todos
los que en Macedonia reinaron; y aquéllos pagaron tributo
a los atenienses[20], mientras que nuestra ciudad todavía no
lo ha hecho a nadie en absoluto. Y aún más: tenemos tanto
mayores motivos que él para merecer la benevolencia de
los dioses, cuanto que nuestra conducta continua es más 17
piadosa y más justa. ¿Por qué razón, pues, obtuvo aquél en
la guerra anterior mayores éxitos que nosotros? Porque,
varones atenienses (os voy a hablar con franqueza), él
personalmente participa en las campañas y sufre su dureza
y está presente en los peligros, sin dejar escapar ocasión o
estación del año ninguna; nosotros, en cambio (la verdad
será dicha), estamos aquí sentados sin hacer nada, siempre
vacilantes y ocupados en votar y tratar de averiguar por la
plaza pública si se cuenta algo nuevo[21]. Ahora bien, ¿qué
mayor novedad[22] podría darse que el hecho de que un

hombre macedonio desprecie a los atenienses y se atreva a enviar cartas de la índole[23] de la que acabáis de oír poco 18
antes? Y él cuenta entre sus asalariados con soldados, y, por Zeus, además de ésos, con algunos de los oradores que viven entre nosotros, quienes, por considerar que se llevan a casa sus sobornos[24], no se avergüenzan de vivir para Filipo, ni se dan cuenta de que por una pequeña ganancia que obtienen están vendiendo todos los intereses de la ciudad y los suyos propios. Nosotros, por el contrario, ni nos aprestamos a fomentar ningún levantamiento en su gobierno, ni estamos dispuestos a dar sustento a mercenarios, ni nos atrevemos a salir en campaña
personalmente. Nada tiene de extraño, entonces, que haya 19
obtenido ventajas a nuestras expensas en la guerra anterior, sino que, más bien, lo raro es que nosotros, sin hacer nada de lo que conviene que hagan los que están en guerra, pensemos dominar a quien hace todo lo que es menester que hagan los que están dispuestos a obtener ventajas[25].

Tomando consideración de ello, varones atenienses, y 20
haciéndonos cuenta de que ni siquiera está en nuestro poder declarar que estamos en situación de paz (pues ya él ha declarado la guerra y la ha exteriorizado con sus actividades)[26], es menester no hacer ningún ahorro ni de los fondos públicos ni de los privados, sino hacer la campaña cuando quiera que se presente la oportunidad, todos, con ardor, y valerse de generales mejores que los de
antaño. Pues que ninguno de vosotros[27] se imagine que 21
por las causas por las que empeoró la situación de la ciudad, por ésas la situación va a recuperarse de nuevo y a hacerse mejor; ni creáis que, si vosotros os dais a la molicie, como antes, otros lucharán con afán en defensa de vuestros intereses; antes bien, haceos cargo de lo vergonzoso que es el que nuestros padres afrontaran muchos trabajos y grandes peligros en su lucha contra los lacedemonios, y vosotros, en cambio, no estéis dispuestos
a defender con vigor ni siquiera lo que aquéllos con 22

justicia adquirieron y os legaron, sino que, al contrario, el que se lanza al ataque desde Macedonia[28] sea tan amante del peligro que por engrandecer su dominio haya recibido heridas en todo su cuerpo luchando con los enemigos, mientras que los atenienses, para quienes es ancestral no estar a las órdenes de nadie y vencer a todos en las guerras, sean quienes por indolencia o blandura abandonan las empresas de sus antepasados y los intereses de su patria[29].

Para no alargarme en el discurso, afirmo que es 23
necesario estar preparados para la guerra y exhortar a los griegos, no con palabras, sino con hechos, a que se unan a nuestra alianza; que todo discurso es vano, si no participa de acciones, y tanto más el que proceda de nuestra ciudad, por cuanto que damos la impresión de estar mucho más dispuestos que los demás griegos a hacer uso de la palabra.

XII

CARTA DE FILIPO

INTRODUCCIÓN

A través del *Comentario a Demóstenes* de Dídimo, que recoge información de Filócoro, sabemos que la guerra entre Atenas y Filipo fue declarada bajo el arcontado de Teofrasto (340 a. C.) En efecto, se cita en el mencionado *Comentario* (I 68) el siguiente texto del historiador del siglo IV a. C.: «Y el pueblo, después de oír la carta, exhortándole Demóstenes a la guerra y proponiendo un decreto, votó destruir la estela erigida para conmemorar la paz y la alianza con Filipo, equipar naves y activar los preparativos de la guerra.» Dionisio de Halicarnaso en la *Primera carta a Ammeo* (11) añade que, en el 340 a. C., Filipo atacó Perinto, en la Propóntide, y que, rechazado allí, puso sitio a Bizancio. Esta operación lesionaba los intereses de los atenienses, al cerrarles el camino hacia el Ponto a través de los estrechos, como expone Demóstenes en *Sobre la corona (87* y sigs.). En este mismo discurso se refiere su autor a la existencia de una carta de Filipo en la que atacaba a varios oradores, pero no a él (*Sobre la corona* 79). Sin embargo, la carta que ha llegado a nosotros contiene, efectivamente, una queja del monarca macedonio acerca de la política de los oradores atenienses (18, 19), pero sin nombrar en particular a ninguno. Y como Dídimo asegura que en la referida carta se mencionaba a un tal Aristomedes de Feres, general al servicio de Persia,

y Demóstenes nos hace pensar que Filipo en su epístola daba nombres de oradores concretos, y, por último, las líneas finales del famoso documento las cita Dídimo y no coinciden con las del texto que ha venido a caer en nuestras manos, es fácil deducir que este último no es, desde luego, el original. De la carta auténtica probablemente se hicieron dos redacciones, una más amplia que la otra, y ésta, la abreviada, es la que ha llegado hasta nosotros. No obstante, responde a lo que uno esperaría que expusiese Filipo a juzgar por nuestro conocimiento de los hechos históricos del momento. No hay en ella ni un solo detalle que, en desacuerdo con algún aspecto de la situación política de Atenas y Macedonia y, en general, del mundo griego, pueda llevarnos a considerarla inaceptable históricamente.

Quien la redactó —probablemente un secretario del monarca macedonio— era ducho en los procedimientos retóricos a la sazón en boga, lo que se percibe en la extremada precaución por evitar el hiato y otros recursos que recuerdan particularmente el estilo isocrateo.

Filipo al Consejo y al Pueblo de los atenienses, salud. 1

Toda vez que, pese a que muchas veces he enviado embajadores[1] para que permanezcamos fieles a los juramentos y los tratados, no concedíais a ello ninguna atención, pensé que era necesario enviaros mis quejas sobre los hechos en que estimo ser agraviado. No os sorprendáis por la extensión de la carta, pues, dado que son muchos los reproches de que dispongo, es necesario en torno a ellos hacer la manifestación con claridad.

En primer lugar, cuando Nicias el heraldo fue raptado de mi territorio, lejos de infligir el justo castigo a los violadores de la ley, al agraviado lo encerrasteis durante diez meses; y las cartas que llevaba de parte mía, las 2

leísteis desde la tribuna. Luego, para nada os preocupabais
de que los tasios[2] estuviesen dando acogida en sus
puertos a los trirremes de los bizantinos y a los piratas que
así lo deseasen, aunque expresamente los acuerdos
declaraban enemigos a los que tal hiciesen. Aún más; por
las mismas fechas, Diopites penetró en el país, redujo a 3
esclavitud a Cróbile y Tirítasis[3] y devastó la parte
colindante de Tracia, y, por último, llegó a tal grado de
menosprecio por la ley, que apresó a Anfíloco, quien se le
había presentado como embajador para el rescate de los
cautivos, y le impuso extremas torturas y exigió por su
liberación el pago de nueve talentos; y eso lo hizo con el
refrendo del pueblo. Y, sin embargo, dar trato ilegal a un
heraldo o a unos embajadores parece impiedad a todos los 4
demás y de manera especial a vosotros; al menos, cuando
los megarenses liquidaron a Antemócrito[4], el pueblo
llegó hasta excluirlos de los misterios y a erigir delante de
las puertas de la ciudad una estatua[5] en conmemoración
de la injusticia. Y realmente, ¿cómo no va a ser terrible
que aquello que, cuando lo sufristeis, os hizo odiar de tal
manera a los autores, ahora lo estéis haciendo vosotros a 5
las claras? Calias, por otra parte, vuestro general, tomó
todas las ciudades asentadas en el golfo Pagasítico, que os
estaban juramentadas y eran mis aliadas, y a los que
navegaban hacia Macedonia, los vendía a todos por
considerarlos enemigos. Y por eso vosotros lo ensalzabais
en los decretos oficiales. De modo que yo mismo no sé qué
diferencia podrá haber si admitís que estáis en guerra
conmigo; pues también, cuando abiertamente temamos
nuestras diferencias, enviabais expediciones de piratas,
vendíais a quienes navegaban con rumbo a nuestras costas,
prestabais ayuda a nuestros adversarios y causabais daño a
mis territorios.

Aparte de eso, habéis llegado a un desprecio del 6
derecho y a una hostilidad tales, que hasta habéis mandado
embajadores al rey de Persia para que le convenzan de que

me haga la guerra; lo cual no podría dejar de causar el mayor asombro. Pues antes de que él hubiera tomado Egipto y Fenicia, vosotros establecisteis mediante decreto que, si aquél intentaba algún plan novedoso, se me convocase a mí lo mismo que a todos los demás griegos 7
para ir contra él. En cambio, ahora sobreabunda tanto vuestro odio contra mí, que negociáis con él una alianza defensiva. Por más que de antiguo vuestros padres, según mis noticias, dirigían reproches a los Pisistrátidas por inducir[6] a los persas contra los griegos; pero vosotros no os avergonzáis de hacer lo que continuamente estáis echando en cara a los tiranos.

Pero, sobre todo lo demás, aún me intimáis por escrito 8
en vuestros decretos a que deje a Teres[7] y Cersobleptes gobernar Tracia, ya que son atenienses. Pero yo de ésos no sé ni que hayan participado con vosotros en los acuerdos referentes a la paz, ni que estén inscritos en las estelas, ni que sean atenienses; por el contrario, sé que Teres luchaba a mi lado contra vosotros y que Cersobleptes estaba personalmente bien dispuesto a prestar juramento a mis embajadores, pero le fue impedido por vuestros generales, que lo declaraban enemigo[8] de los atenienses. Sin
embargo, ¿cómo puede ser equitativo o justo que, cuando a 9
vosotros os convenga, sostengáis que él es enemigo de la ciudad, y, en cambio, cuando queráis calumniarme a mí, el mismo hombre sea declarado por vosotros conciudadano? Y que tras la muerte de Sitalces, a quien habíais hecho partícipe de vuestra ciudadanía, hayáis entablado, de inmediato, amistad con su asesino[9], y que por defender a Cersobleptes nos declaréis la guerra, ¿puede eso ser justo? Y eso, a pesar de que sabéis perfectamente bien que ninguno de los que reciben tales favores se preocupa para nada de vuestras leyes ni de vuestros decretos. Y no
obstante, si he de hacer una breve mención dejando de lado 10
todos los demás casos, vosotros concedisteis la ciudadanía a Evágoras de Chipre y a Dionisio de Siracusa y a sus

descendientes[10]. Así pues, si lográis convencer a los que expulsaron a uno y otro de que les devuelvan los poderes a los que se encuentran depuestos[11], recibid también de mi parte toda aquella porción de Tracia sobre la que mandaban Teres y Cersobleptes. Pero si a los que se impusieron a aquéllos ni siquiera consideráis oportuno hacerles algún reproche, mientras que a mí me seguís importunando, ¿cómo no voy a tener yo perfecto derecho a defenderme haciéndoos frente?

Aunque acerca de todo eso, ciertamente, es mucho lo 11
que aún puedo decir con toda justicia, prefiero pasarlo por alto; afirmo que a los cardianos[12] les envío refuerzos porque ya era yo aliado antes de la paz y vosotros no queríais acudir a un arbitraje, pese a que muchas veces yo os lo pedí y no pocas aquéllos; de forma que ¿cómo no iba yo a ser el más despreciable de todos los hombres, si abandonando a mis aliados, me preocupara de vosotros, que de todas las maneras posibles me estáis molestando, más que de ellos, que por siempre siguen siendo invariablemente amigos míos?

Así pues, si tampoco lo que voy a decir hay que dejarlo 12
de lado, habéis llegado a tal grado de ambición, que antes tan sólo me hacíais los reproches antedichos, en cambio últimamente, por decir continuamente los peparetios[13] haber sufrido terribles ultrajes, ordenasteis a vuestro general que tomase venganza en mí por cuenta de ellos; cuando yo realmente les castigué de modo más insuficiente de lo que convenía y ellos, por su parte, en plena paz se apoderaron de Haloneso y no querían devolver ni la fortaleza ni la guarnición, pese a que yo les envié en numerosas ocasiones reclamaciones de ellas. Pero
vosotros, de los injustos tratos que recibí de los peparetios, 13
ninguno sometisteis a examen, aunque los conocíais perfectamente, y sólo considerasteis el castigo. Aunque la isla, ni a aquéllos se la quité ni a vosotros, sino al pirata Sóstrato. Pues, si vosotros afirmáis que la habíais

entregado a Sóstrato, confesáis que dabais cobijo a piratas; si, por el contrario, aquél se adueñaba de ella contra vuestra voluntad, ¿qué terrible golpe habéis sufrido por haberla tomado yo y procurar que el lugar sea seguro para los navegantes? Y aunque yo me preocupaba tanto por 14
vuestra ciudad y estaba dispuesto a donarle la isla, vuestros oradores no permitían que la tomaseis, sino que os aconsejaban que la recuperaseis[14], para que, en el caso de que yo soportase lo que se me imponía, confesara estar en posesión de plaza ajena, y, en caso de que no abandonara el lugar, me hiciese sospechoso a la muchedumbre. Consciente de ello, trataba de desafiaros a someternos a un arbitraje acerca de esa cuestión[15], para que, si se reconocía como mía, os la pudiera dar a vosotros, y si se os adjudicaba a vosotros, entonces la devolviera yo al pueblo. Y aunque yo muchas veces os lo demandaba, vosotros no 15
me hacíais caso, y los peparetios ocuparon la isla. ¿Qué había, pues, de hacer yo? ¿No debía exigir reparación a los que habían infringido los juramentos? ¿No debía tomar venganza de quienes de forma tan insolente y ultrajante se comportaban? Pues, efectivamente, si la isla era de los peparetios, ¿a qué tenían que reclamarla los atenienses? Y si era vuestra, ¿cómo no os enojáis con aquellos que se apoderaron del territorio ajeno?

Y hemos llegado a tal extremo de enemistad, que, 16
queriendo entrar con mis naves en el Helesponto, me vi obligado a escoltarlas[16] con mi ejército a través del Quersoneso, porque vuestros colonos estaban en son de guerra respecto a nosotros en virtud de la proposición de Polícrates, que vosotros respaldabais con similares decretos; y porque, por otro lado, vuestro general[17] incitaba a los bizantinos y transmitía por doquier que vosotros le ordenabais luchar contra mí, si se le presentaba la ocasión. Y aunque tal era el trato que yo recibía, sin embargo me abstuve de vuestra ciudad, vuestros trirremes y vuestro territorio, no obstante ser capaz de apoderarme

de la mayor parte, si no de todo él, y he continuado desafiándoos a someter a un arbitraje las diferencias por las que mutuamente nos inculpamos. Y, sin embargo, 17
considerad qué es más honroso, si resolver una disputa por las armas o mediante razones; si ser vosotros mismos los jueces o tener que convencer a otros; y daos cuenta de que es absurdo que los atenienses obliguen a los tasios y a los maronitas a someterse a un arbitraje basado en la exposición de razones acerca de la posesión de Estrime[18] y ellos mismos no diriman conmigo por el mismo procedimiento las discrepancias por las que discutimos; sobre todo cuando sois conscientes de que, si resultáis derrotados, no vais a perder nada; en cambio, si ganáis, obtendréis el territorio que ahora está en nuestras manos.

Pero lo más absurdo de todo me parece ser que, 18
habiendo enviado yo embajadores desde todas las ciudades ligadas a mí por alianza[19], para que fuesen testigos, y queriendo concluir con vosotros acuerdos equitativos en interés de los griegos, ni siquiera disteis acogida a las propuestas que sobre esos temas partían de los comisionados para la embajada, cuando os era perfectamente posible o bien apartar de los peligros a los que sospechaban algo siniestro respecto de nosotros, o bien hacerme aparecer abiertamente como el mayor malvado de todos los hombres. Al pueblo le interesaba eso, pero no 19
aprovechaba a vuestros oradores. Pues sostienen nuestros expertos en cuestiones de vuestra constitución que la paz es para ellos guerra y la guerra, paz[20]; pues sea respaldando en las lides políticas a los generales, sea calumniándolos, siempre sacan algo de ellos, y además, ultrajando[21] en la tribuna a los más distinguidos de entre los ciudadanos y a los más famosos de vuestros residentes extranjeros, se granjean de la muchedumbre reputación de partidarios del pueblo.

Fácil, pues, me resultaría hacerles cesar en sus 20
maledicencias a expensas de muy poco dinero[22] y

hacerles pronunciar discursos de alabanza en loor de mi persona. Pero me avergonzaría si fuera descubierto comprando el afecto hacia vosotros a esas gentes, que, aparte lo demás, han llegado a tal punto de audacia, que hasta en torno a Anfípolis[23] intentan discutir conmigo, plaza sobre la que estimo alegar yo personalmente muy
superiores derechos a los de quienes la reclaman. Pues si 21
viene a ser de quienes desde un principio la conquistaron, ¿cómo es que nosotros no la poseemos legítimamente, cuando fue Alejandro, mi antepasado, el primero que ocupó el lugar, de donde, además, como primicia de los cautivos medos[24]. envió a Delfos una estatua de oro que allí erigió? Y si alguien me discutiera eso y pretende que pase a ser de sus últimos señores, también me corresponde ese derecho; pues asedié y capturé la fortaleza y a sus
habitantes, quienes os habían expulsado de ella y habían 22
sido establecidos allí por los lacedemonios[25]. Y en realidad todos habitamos nuestras ciudades o porque las recibimos en herencia de nuestros antepasados, o porque nos hicimos dueños de ellas por la guerra. Vosotros, en cambio, sin haber sido los primeros en ocuparla y sin estar ahora en posesión de ella, sólo por haber permanecido en esos lugares un brevísimo tiempo, reivindicáis la ciudad, y eso que vosotros mismos garantizasteis la más inquebrantable seguridad en mi favor; pues muchas veces os escribía en las cartas acerca de ella, y habéis reconocido que la poseía yo a justo título, entonces, al hacer la paz conmigo, poseyendo yo la ciudad, y luego, cuando firmasteis la alianza en los mismos términos. Y realmente,
¿cómo podría existir otra propiedad más firme que ésta?, 23
que, en primer lugar, originariamente nos ha sido dejada en herencia por nuestros antepasados, de nuevo ha pasado a ser mía por la guerra, y, en tercer lugar, me ha sido reconocida por vosotros, acostumbrados como estáis a disputar incluso lo que en nada os corresponde.

Ésas son, pues, mis quejas. Y como los primeros que sois en atacar y dado que os estáis lanzando ya más y más a las empresas debido a mis precauciones y que me hacéis todo el mal que podéis, me defenderé con la justicia de mi parte y, declarando a los dioses testigos, tomaré mis medidas sobre los asuntos que os conciernen.

XIII

SOBRE LA ORGANIZACIÓN FINANCIERA

INTRODUCCIÓN

Excepción hecha del curioso detalle de que el presente discurso no aparezca citado ni fechado por Dionisio de Halicarnaso, puede, por lo demás, afirmarse que los antiguos lo aceptaban como obra genuina de Demóstenes. Para Dídimo, Harpocración y Libanio, la paternidad demosténica de esta pieza oratoria no ofrecía dudas. El escoliasta opina que este discurso fue pronunciado por Demóstenes con anterioridad a los discursos contra Filipo.

Pero hay una serie de hechos que hacen difícil la atribución de esta obrita al orador de Peania: en primer lugar, el discurso no es más que un continuo ensamblaje de consideraciones generales que no desembocan en ninguna propuesta concreta; el punto de partida es, ciertamente, un objetivo claro y preciso: que los fondos públicos sean percibidos por los ciudadanos siempre que éstos se comprometan a servir a la ciudad y estén dispuestos a emprender personalmente las campañas militares. Hace hincapié el orador en la necesidad de una organización que regule la percepción de salarios a cuenta del estado por servicios públicos prestados, y de una reforma del ejército ateniense, que, a la sazón, estaba compuesto exclusivamente por tropas mercenarias. A partir de este

momento, el autor del discurso nos brinda únicamente ideas generales: que el peligro real de la ciudad es su funesta organización militar; que los políticos aspiran a los cargos movidos por su vanidad o por el deseo de lograr personales ventajas; que los oradores se confabulan con los generales para defender sus particulares intereses; que los tiempos actuales no son los de antaño, en los que la ciudad era espejo de respetabilidad y auténtica vida democrática y la demagogia y el halago del pueblo brillaban en ella por su ausencia.

Además, no debemos perder de vista un detalle que difícilmente podría pasar inadvertido: en el presente discurso aparecen pasajes de obras de Demóstenes reproducidos casi literalmente, tomados fundamentalmente del *Olintíaco III* y del *Contra Aristócrates*.

Se nos brindan dos hipótesis para explicar este hecho y dar, de este modo, un veredicto sobre la debatida cuestión de si Demóstenes es o no el autor de esta pieza oratoria: o bien el discurso es auténticamente demosténico, en cuyo caso habrá que suponer que se sitúa cronológicamente entre el *Contra Aristócrates* y los *Olintíacos* y que se nutrió de pasajes del primero y, a su vez, fue fuente de los últimos, lo que a la postre aconsejaría sospechar que el discurso *Sobre la organización* no haya sido pronunciado nunca; o bien —y esta segunda hipótesis es más plausible — el discurso en cuestión no es obra de Demóstenes, sino de un hábil recopilador que con fragmentos de la obra de nuestro orador se esforzó por lograr la composición, al estilo demosténico, de una especie de ideario político al modo oratorio, que contuviera las líneas generales que inspiraron la política del gran orador ateniense.

ARGUMENTO DE LIBANIO

Este discurso ya no es filípico, sino simplemente deliberativo. Pues celebrando los atenienses una asamblea acerca de los fondos destinados a los

espectáculos, Demóstenes se acerca a la tribuna y trata de convencerles para que se organicen y recuperen su antigua consideración, saliendo al campo de batalla y afrontando peligros en beneficio de los griegos; y compara la situación actual con la de los antepasados y muestra que es mucho más inconsistente y pobre que la de otros tiempos.

Acerca del dinero disponible y los motivos por los que celebráis esta asamblea, me parece, varones atenienses, que ninguna de estas dos actitudes es de las que encierran dificultad: ni atacar a los que distribuyen y hacen donación de los fondos públicos, lo que entraña ganar crédito entre los que consideran que con ese sistema la ciudad sufre daño; ni aprobar y recomendar la necesidad de recibir las donaciones, lo que significa dar gusto a los que se encuentran en gran necesidad de percibirlas; pues ni los unos ni los otros miran al interés de la ciudad para elogiar o desaprobar el asunto, sino que ello depende en cada caso de su menesterosidad o su opulencia. 1

Yo, por mi parte, ni propondría tal distribución ni la atacaría sosteniendo la necesidad de que no se perciba nada; sin embargo, os exhorto a que consideréis y reflexionéis vosotros mismos sobre el hecho de que el dinero ese, acerca del cual tomáis consejo, es insignificante, mientras que el hábito que con ello se engendra es asunto serio[1]. Así que, si juntamente con la realización de lo que conviene, organizáis también la percepción de donaciones, no sólo no causaréis perjuicio, sino que incluso procuraréis los mayores beneficios a la ciudad y a vosotros mismos; en cambio, si para percibir dinero, una fiesta o cualquier pretexto va a ser suficiente, y, por el contrario, para lo que además de eso hay que hacer, ni siquiera vais a estar dispuestos[2] a oír hacer mención de ello, mirad no vaya a ocurrir algún día que lo que ahora consideráis una conducta correcta, lo estiméis un grave error cometido. 2
grave error cometido. Yo sostengo que es menester —y no 3
me alborotéis por lo que voy a decir, sino juzgadlo después

de haberlo oído— que así como hemos dedicado una
asamblea al asunto de percibir dinero, del mismo modo
fijemos también una asamblea dedicada al tema de nuestra
organización y equipamiento para la guerra; y que se
disponga cada uno en particular no sólo a escuchar con
buena voluntad lo que se trate en ella, sino también a
actuar de buen grado, con el fin de que se basen en
vosotros mismos, varones atenienses, vuestras esperanzas
de éxito, y no andéis averiguando lo que está llevando a 4
cabo fulano o mengano. Y las rentas todas que revierten a
la ciudad, las particulares[3] que ahora gastáis inútilmente
en lo que no hace ninguna falta, y todas aquellas de que
disponéis procedentes de las contribuciones de los aliados,
afirmo que de ellas es menester que cada uno de vosotros
obtenga una parte proporcional, los que están en edad
militar, a título de soldada, los que han pasado la edad
apropiada para la leva, como paga por vigilancia, o como
uno quiera llamarlo; y que personalmente vosotros hagáis
el servicio y no lo cedáis a nadie; antes bien, que el ejército 5
de la ciudad sea propio de ella, organizado a base de estos
recursos, con el fin de que estéis bien provistos y hagáis lo
que es necesario, y que lo mande el estratego[4], para que
no os ocurra algo idéntico a lo que ahora mismo os ocurre:
juzgáis a los generales[5] y de ello os resulta la denuncia
«fulano, hijo de zutano, ha acusado a mengano», y nada
más. En lugar de eso, ¿que es lo que debe sucederos? En 6
primer lugar, que los aliados os sean leales, no por vuestras
guarniciones, sino por la comunidad de intereses entre
ellos y vosotros; luego, que los generales, al mando de
tropas mercenarias, no saqueen[6] a nuestros aliados
mientras que a los enemigos ni siquiera los ven, de lo cual
los beneficios que resultan son propios de ellos y los odios
y recriminaciones van dirigidos contra la ciudad entera;
por el contrario, tengan a su cargo tropas de ciudadanos
que les sigan y den a los enemigos el trato que están dando
ahora a nuestros amigos. Aparte de eso, muchas de las

operaciones reclaman vuestra presencia; ya sin tener en 7
cuenta la conveniencia de emplear una fuerza propia en las guerras propias, también para los demás asuntos resulta necesaria. Pues si os bastara con vivir tranquilos sin preocuparos para nada de la situación de los asuntos griegos, otra cosa sería; pero es el caso que vosotros
aspiráis a la primacía y a determinar los derechos a los 8
demás, sin embargo, la fuerza encargada de vigilar y guardar esas aspiraciones ni la habéis preparado ni la preparáis; por el contrario, en medio de vuestra tranquilidad e indiferencia ha sucumbido la democracia de Mitilene[7], ha sucumbido la democracia de Rodas[8]; alguien podría decir: «el pueblo rodio, al menos, era enemigo nuestro». Sí, pero es menester considerar más grande nuestro odio hacia las oligarquías, por el mismo hecho de sus principios políticos, que hacia las
democracias, cualesquiera que sean los motivos[9]. Pero, 9
por volver al punto de que partí, sostengo la necesidad de que estéis organizados y que la organización sea la misma para recibir dinero público y para hacer lo que conviene[10]. Ya antes traté ante vosotros de eso y expuse el modo en que podríais organizaros, los hoplitas, los caballeros y cuantos estáis fuera de estos órdenes, y la
forma en que cierta abundancia de medios podría llegar a 10
ser común para todos. Pero lo que de entre todas las cosas me causó el mayor desánimo —os lo diré sin ocultároslo— fue que, aun siendo todos estos proyectos numerosos, importantes y honorables, nadie se acuerda de ningún otro, pero del de los dos óbolos[11], todos. Aunque estos dos óbolos no es posible que valgan más que dos óbolos, mientras que los demás proyectos junto con los que propuse valen tanto como las riquezas del Gran Rey, pues aspiran a que una ciudad que posee tantos hoplitas, trirremes, caballerías e ingresos, esté organizada y bien equipada.

¿Por qué, pues —podría alguien preguntar— hago ahora estas consideraciones? Porque afirmo que es necesario que vosotros, toda vez que algunos ven con malos ojos el que todos los ciudadanos cobren una soldada[12], mientras que el someterse a organización y equipamiento es aprobado por todos como medida útil, abordéis el asunto comenzando por ese lado y propongáis al que lo desee la posibilidad de exponer su plan sobre estos temas. Pues ésta es la situación: si vosotros ahora os convencéis de que es el momento oportuno para estas reformas, cuando lleguéis a estar en necesidad de ellas, estarán a vuestra disposición; pero si consideráis que la ocasión es inoportuna y, por ello, las dejáis de lado, cuando llegue el momento os veréis forzados a llevar a cabo los preparativos[13]. 11

Ya en cierta ocasión, varones atenienses, dijo alguien 12
—y no era uno de vosotros, la mayoría de los ciudadanos, sino de los que reventarían de rabia si estas reformas se llevasen a la práctica—: «¿Y qué beneficio nos ha resultado de los discursos de Demóstenes? Se presenta ante nosotros cuando le parece, nos llena los oídos de palabras, hace trizas la situación presente, exalta a nuestros antepasados, nos transporta a un mundo de esperanzas, hace que nos hinchemos de orgullo y luego desciende de la
tribuna.» Ahora bien, yo, si pudiera persuadiros de algo de 13
lo que propongo, tales beneficios estimo que conferiría a la ciudad, que, si ahora intentase exponerlos, muchos desconfiarían de ellos como si excediesen los límites de lo posible; pese a todo, ni siquiera esto lo considero pequeño servicio, a saber: acostumbraros a escuchar los mejores consejos. Pues es menester, varones atenienses, que el que quiera hacer algún bien a la ciudad cure primeramente vuestros oídos, pues están infectos; hasta tal punto estáis acostumbrados a oír mentiras innúmeras y cualquier cosa
que no sea el más beneficioso consejo. Por ejemplo —y 14
que nadie me cause alboroto antes de que lo diga todo—,

abrieron hace poco algunos las puertas del opistódomo[14]. Pues bien, todos los que se llegaban a esta tribuna decían que la democracia estaba disuelta, que ya no existían las leyes, cosas por el estilo. Y sin embargo, varones atenienses —y ved si es verdad lo que digo—, los que tal hacían cometían un crimen merecedor de pena de muerte, pero la democracia no entra en trance de disolución por causa de ellos. Otro caso: hubo sustracción de remos[15]. «¡Azotes, tortura!», gritaban todos los oradores, «¡la democracia va por el camino de la disolución!». Y yo, ¿qué digo? Que el que los robaba cometía un delito digno de la pena de muerte, tal cual dicen ellos, pero que la
democracia no entra por causa de eso en proceso de 15
disolución. Entonces, ¿de qué manera se produce la disolución de la democracia? Nadie lo dice ni se atreve a comunicarlo con franqueza; pero yo lo voy a aclarar: ello ocurre cuando vosotros, varones atenienses, incorrectamente dirigidos, lleguéis a estar desprovistos de recursos y armamento a pesar de vuestro número, sin organización y sin adoptar comunes acuerdos, y cuando ni el general ni quienquiera otro que sea se preocupe de lo que vosotros votéis, y nadie esté dispuesto a denunciar esos hechos ni los corrija ni actúe de manera que tal situación cese. Y eso es lo que continuamente está pasando
ahora. Y, por Zeus, varones atenienses, también otras 16
frases engañosas y muy dañinas para la constitución se han infiltrado hasta llegar a vosotros, como «en los tribunales radica vuestra salvación» y «es menester proteger la constitución con el voto»[16]. Pero yo sé que esos tribunales son soberanos del derecho vuestro en las relaciones privadas, sin embargo es con las armas con lo que hay que vencer a los enemigos y en ellas está la
salvación de la constitución. Pues no es el voto lo que dará 17
a los combatientes armados la victoria, sino que los que con las armas vencen a los enemigos son quienes os proporcionarán la facultad y la seguridad para votar y

hacer lo que queráis; pues hay que ser temibles con las armas y humanos en los tribunales.

Mas si a alguien parece que mis discursos son un tanto encumbrados con relación a mí, eso precisamente es lo que está bien en ellos; pues el discurso que vaya a ser pronunciado acerca de ciudad tan gloriosa y tan importantes asuntos, es menester que parezca siempre de superior categoría a la del individuo que lo pronuncia, quienquiera que sea; y que esté próximo a vuestra dignidad, no a la del orador. Ahora bien, de por qué nadie de los que son honrados por vosotros habla de esta guisa, yo os voy a exponer las excusas. Los unos, apegándose a las elecciones de cargos y a la dignidad que éstos confieren, van de un lado para otro esclavos del favor que pretenden con vistas a las designaciones por votación[17], ansiando cada uno de ellos ser iniciado como estratego[18], no llevar a cabo obra alguna propia de varón. Y si alguno es tal que incluso llega a ser capaz de emprender alguna labor, en las actuales condiciones considera que, disponiendo como recurso inicial de la gloria de la ciudad y de su renombre, disfrutando de la ausencia de oponentes, ofreciéndoos nada más que las esperanzas, se hará heredero, él personalmente, de vuestros bienes, lo que precisamente acontece[19]; en cambio, si vosotros realizáis cada acción por vosotros mismos, obtendrá una parte igual a la de los demás tanto en las propias realizaciones de los trabajos como en los beneficios que de ellos resulten. Los otros, los políticos, que andan en esos asuntos, desentendiéndose de la consideración de lo más provechoso para vosotros, han pasado a unirse a aquéllos; y antes pagabais los impuestos por sinmorías, ahora, en cambio, hacéis política por sinmorías[20]. Un orador como dirigente, un estratego a sus órdenes, y con cada uno de los partidos los encargados de gritar, trescientos en número[21]. Los demás estáis distribuidos en añadidura, unos de un lado, otros de otro. Así, pues, de eso os resulta que fulano

obtiene ser reproducido en estatua de bronce, mengano
consigue una fortuna, sólo uno o dos que se encumbran por
encima de la ciudad. Los restantes os estáis sin hacer nada,
testigos de su opulencia, dejando en sus manos cuantiosa y
grande fortuna, que os pertenece, a cambio de la molicie
de cada día.

Sin embargo, mirad cuál era la situación en tiempos de 21
vuestros antepasados; pues no es menester valerse de
ejemplos de fuera, sino que, sirviéndoos de los de casa, es
posible saber lo que conviene hacer[22]. Aquéllos, a
Temístocles, que era el general en las operaciones navales
de Sal amina, y a Milcíades, que tenía el mando en
Maratón, y a otros muchos cuyos servicios prestados
fueron no comparables a los de los estrategos de ahora, por
Zeus, no les erigían estatuas de bronce, sino que,
considerándolos en nada superiores a ellos mismos, así los
honraban. Y efectivamente, varones atenienses, no se 22
despojaron del mérito de ninguna de las empresas de aquel
entonces ni nadie había que pudiera decir a la batalla naval
de Salamina «la de Temístocles», sino «la de los
atenienses», ni a la batalla de Maratón «la de Milcíades»,
sino «la de la ciudad». En cambio, ahora son muchos los
que tal dicen; que Timoteo tomó Corcira[23], que Ifícrates
destrozó la «mora» de los lacedemonios[24] y que la batalla
naval en aguas de Naxos la ganó Cabrias[25], pues da la
impresión de que vosotros mismos les cedéis esas
empresas a juzgar por el exceso de honores que por ellas
habéis concedido a cada uno de ellos. Las recompensas 23
otorgadas a los ciudadanos, con tanta mesura aquéllos las
administraban, como vosotros de forma equivocada. Y las
concedidas a los extranjeros, ¿cómo? Aquéllos, a Menón
de Fársalo, que diera doce talentos de plata para la guerra
de Eyón, ciudad próxima a Anfípolis[26], y que les había
apoyado con un refuerzo de doscientos hombres a caballo,
vasallos suyos[27], no le decretaron por votación la
ciudadanía, sino que tan sólo le concedieron exención de 24

tasas[28]. Y con anterioridad a ese caso, a Perdicas, que reinaba en Macedonia por las fechas de la invasión de los bárbaros, y que destruyó a los contingentes de ellos que se retiraban[29] tras su derrota en Platea, y que hizo completo el desastre del Gran Rey, no le votaron la ciudadanía, sino tan sólo le donaron exención de tasas, por estimar —imagino—, que su propia patria era grande, gloriosa, venerable y superior a todo beneficio. Ahora, en cambio, varones atenienses, a hombres funestos, esclavos[30] hijos de esclavos, vosotros, recibiendo paga por ello como si de cualquier otra mercancía se tratase, los hacéis ciudadanos.
Y si os ha dado por obrar así, no es porque en vuestras 25
naturalezas seáis inferiores a vuestros antepasados, sino porque para ellos era consustancial tener elevada opinión de sí mismos, mientras que a vosotros de ese orgullo se os ha despojado[31]. No es posible nunca, creo, llevando a cabo pequeñeces e insignificancias, adquirir un elevado y juvenil espíritu; como tampoco lo es, ejecutando acciones brillantes y hermosas, tener sentimientos bajos y rastreros[32]. Pues cuales sean las prácticas a que los hombres se dedican, necesario es que también tengan tales sentimientos[33].

Considerad lo que a grandes rasgos podría decirse de 26
las empresas por ellos realizadas y las que lo han sido por vosotros, a ver si al menos por esta comparación conseguís superaros a vosotros mismos[34]. Durante cuarenta y cinco años mandaron ellos sobre los griegos, quienes les obedecieron gustosos; más de diez mil talentos acumularon en la Acrópolis; muchos gloriosos trofeos erigieron tras haber vencido por tierra y por mar, de los cuales aún ahora nosotros nos enorgullecemos[35]. Sin embargo, tened en cuenta que aquéllos los erigieron, no para que los admiremos al contemplarlos, sino para que imitemos las
virtudes de quienes los dedicaron[36]. Aquéllos, eso fue lo 27
que hicieron; nosotros, que hemos alcanzado, como todos veis, una situación de absoluta ausencia de rivalidad,

considerad si hemos llevado a cabo hechos comparables. ¿No se han gastado en vano más de mil quinientos talentos empleados en los indigentes de Grecia[37]? ¿No se han agotado nuestros patrimonios particulares, los fondos públicos y los tributos de nuestros aliados? Y los aliados que habíamos ganado estando en guerra, ¿no se nos han esfumado ahora, en tiempo de paz? «Pero, por Zeus — 28
podría objetarse—, sólo en eso las cosas iban mejor antes que ahora, en los demás aspectos marchaban peor.» Mucho dista eso de ser cierto; mas, ea, examinemos lo que queráis. Edificaciones y ornamentaciones de la ciudad, de templos, puertos, y sus dependencias, en tal calidad y tan gran número nos las legaron aquéllos, que a ninguno de sus sucesores les ha quedado posibilidad de superarlos; esos propileos, arsenales, pórticos[38] y el resto de las construcciones con que ellos embellecieron la ciudad que nos legaron. Por el contrario, las casas privadas de los que 29
entonces estuvieron en el poder eran tan modestas y tan en consonancia con el nombre de nuestra constitución, que la casa de Temístocles, la de Cimón y la de Aristides y de los brillantes hombres de entonces, si alguno de vosotros conoce cuáles son, puede ver que en nada son más espléndidas que las de sus vecinos. En cambio, ahora, varones atenienses, en cuanto a obras públicas, nuestra 30
ciudad se contenta con poner en servicio los caminos, fuentes, acometer obras de blanqueo y otras naderías[39] (y no censuro a quienes propusieron esas medidas, bien lejos de ello está mi intención, sino a vosotros, si imagináis que esas medidas son suficientes para vosotros mismos)[40]; por lo que a obras privadas se refiere, los que han estado al frente de algún cargo público, unos se han construido casas particulares más imponentes que las edificaciones públicas[41] y no sólo más soberbias que las de la mayoría de los ciudadanos; otros han comprado tierras y cultivan extensiones que nunca antes habían esperado poseer ni en sueños[42]. Y la causa de todo ello es que en aquel entonces 31

el pueblo era dueño y señor de todo y que los demás, cada uno en particular, se contentaban con obtener de él participación en un honor, cargo o beneficio cualquiera; actualmente, por el contrario, ésos son señores de las ventajas y por mediación de ellos se lleva a cabo todo, mientras que el pueblo ocupa el lugar del lacayo y está en situación accesoria, y vosotros os contentáis con la parte que ellos os ceden[43].

Así pues, a consecuencia de eso, los asuntos de la ciudad van de tal guisa, que si alguno leyera vuestras resoluciones y expusiera seguidamente vuestras realizaciones, nadie creería que unas y otras proceden de los mismos hombres. Por ejemplo: los decretos que votasteis contra los malditos megarenses[44] cuando estaban confiscando el terreno sagrado[45], «que saliera una expedición, que se les impidiera, que no se les permitiera»; y las medidas que decretasteis respecto a los de Fliunte[46], cuando hace poco fueron desterrados, «prestarles ayuda, no dejarles en manos de los verdugos, recabar la colaboración de voluntarios del Peloponeso». Todas esas resoluciones estaban muy bien, varones atenienses, y eran justas y dignas de la ciudad; pero las acciones de ellas resultantes no asoman por ninguna parte. Así, os lleváis el odio que resulta de vuestros decretos y no llegáis a adueñaros del control de ninguna acción; pues los decretos los proponéis en consonancia con la dignidad de la ciudad, pero no tenéis la fuerza subsiguiente a las resoluciones que decretáis. Yo os aconsejaría (y no os enojéis conmigo bajo ningún pretexto) que aminoraseis vuestro orgullo y os contentarais con realizar vuestros propios asuntos, o bien os procuréis una fuerza mayor. En efecto, si yo fuese consciente[47] de que sois sifnios o citnios o gente similar, os aconsejaría aminorar el orgullo; ahora bien, dado que sois atenienses, os exhorto a que os procuréis la mencionada fuerza; pues sería vergonzoso, varones atenienses, sí, vergonzoso, que abandonaseis el rango de

32 (margin, beside "Así pues, a consecuencia de eso, los asuntos de la")
33 (margin, beside "colaboración de voluntarios del Peloponeso». Todas esas")
34 (margin, beside "decretáis. Yo os aconsejaría (y no os enojéis conmigo bajo")

orgullo que vuestros antepasados os legaron. Además, ni siquiera está en vuestro poder desentenderos de los asuntos de Grecia aunque queráis; pues muchas son las empresas que habéis realizado desde los más remotos tiempos, y sería deshonroso abandonar a los amigos con los que contáis, y en los que son enemigos no es posible confiar ni permitirles que se engrandezcan. En una palabra, lo que les ocurre a los políticos con respecto de vosotros —no les es posible cesar cuando les venga en gana—, eso mismo os ha venido a acaecer también a vosotros: pues habéis hecho política en Grecia. 35

Hay un punto esencial de todo lo dicho: en ningún momento los oradores os hacen o perversos u hombres de provecho, sino vosotros los hacéis ser de un extremo o del otro, según queráis; pues no sois vosotros los que aspiráis a lo que ellos desean, sino que son ellos los que aspiran a lo que estimen que vosotros deseáis. Así pues, es necesario que seáis vosotros los primeros en fomentar nobles deseos, y todo irá bien; pues, en ese caso, o nadie propondrá ningún mal consejo, o bien ningún interés le reportará el proponerlo por no disponer de quienes le hagan caso. 36

XIV

SOBRE LAS SINMORÍAS

INTRODUCCIÓN

Este discurso fue pronunciado, según el cómputo cronológico de Dionisio de Halicarnaso, en el 354 a. C. Alrededor de esa fecha, el rey persa Artajerjes III Oco se dedicaba a ultimar sus preparativos para reconquistar las provincias que habían hecho defección del imperio. Cuando las noticias de semejante proyecto llegaron a Atenas, los atenienses no las acogieron sin cierto recelo. Sin descartar la posibilidad de que efectivamente Artajerjes quisiera recuperar Fenicia, Chipre y Egipto, no se desechaba del todo la alarmante idea de que tal vez intentase repetir la aventura de sus predecesores Darío y Jerjes. Motivos de enemistad contra los atenienses no le faltaban al soberano persa: en efecto, aquéllos habían intervenido recientemente a favor del sátrapa rebelde Farnábazo y ahora se le presentaba al Gran Rey oportunidad de vengarse. Contaba el monarca con numeroso contingente de tropas, y en Atenas se pensaba, recordando el ataque persa anterior, que los tebanos, una vez más, se pondrían del lado de los ancestrales enemigos de la Hélade. Se hablaba también de convocar a los griegos y hacer un frente común contra el bárbaro, emulando las antiguas proezas de Maratón y Salamina.

En tal grado de excitación estaban los ánimos en Atenas. Así pues, Demóstenes, a la vista de la situación, decide intervenir para evitar a su ciudad un desastre e introducir una saludable dosis de realismo en la política del momento: Atenas ya no es la que era; ha tenido que reconocer la independencia de Quíos, Cos, Rodas y Bizancio; El erario público está menguadísimo a fuerza de atender a tanto gasto de guerra con el dinero proporcionado por un defectuoso sistema tributario; también ha cambiado Grecia, donde la «Guerra Sagrada» ha hecho surgir odios no disimulados entre una ciudad y otra. De modo que —concluye nuestro orador— no es momento de arriesgarse vanamente declarando la guerra al Rey.

Pero sí aprovecha la ocasión para exhortar a sus conciudadanos a prepararse para una próxima guerra, que tal vez no sea contra los persas de Artajerjes, sino contra enemigos declarados de Atenas. Aunque el orador no menciona a ningún enemigo en especial, es evidente que pensaba en Filipo de Macedonia. Por eso, no anduvo muy lejos de la verdad Dionisio de Halicarnaso al definir esta pieza oratoria como una especie de discurso filípico disimulado.

En cuanto al tema de los preparativos a realizar, expone un proyecto, fundamental en la política de nuestro orador: organizar las prestaciones destinadas a la armada naval (*trierarquía*), para conseguir que se hagan con presteza y eficacia. Mientras que las *liturgias* para la celebración de fiestas funcionaban a satisfacción, las destinadas a sufragar los preparativos para la guerra estaban sumidas en la más absoluta desorganización: todo era en ellas falta de orden, de reglas, de elemental previsión.

Así pues, Demóstenes propone una serie de reformas para mejorar el funcionamiento de las mencionadas prestaciones: que el número de contribuyentes aumente

hasta llegar a ser de mil doscientos; que todos los servicios estén coordinados; que cada una de las veinte *sinmorías* (o grupos de contribuyentes) se divida en cinco partes, a cada una de las cuales corresponda hacerse cargo de una fracción de la flota y de una zona determinada de los diques; que a cada grupo se le asigne una división de ciudadanos según sus fortunas, otra de deudores de aparejos y una última obtenida de entre las diez tribus.

Es éste uno de los primeros discursos de Demóstenes ante la Asamblea, y, desde luego, el primero que dispuso para la publicación. Piénsese que en el año 351 a. C., cuando pronuncia el primer filípico, todavía nuestro orador no figura entre los famosos políticos que con frecuencia se dirigían al pueblo desde la tribuna. Por tanto, con el discurso *Sobre las sinmorías* Demóstenes está haciendo sus primeros ensayos de oratoria deliberativa. Así se explica que en este discurso no aparezca el Demóstenes de arrolladora elocuencia, sino un orador que, por timidez, aún no se atreve a dar rienda suelta a ese arrebatado caudal de palabras sin freno que caracteriza al estilo demosténico en su madurez: en efecto, falta amplitud al desarrollo de determinados pensamientos, y, otras veces, quedan éstos en suspenso, cortados de una forma brusca e inhabitual en los discursos de nuestro orador.

En cuanto a si el consejo de Demóstenes fue tenido o no en cuenta por el pueblo ateniense, diremos que tres años después de la fecha de este discurso, todavía reconoce el propio orador que la *trierarquía* sigue estando muy mal organizada. Más tarde, sin embargo, logró Demóstenes que se aprobara y se llevase a la práctica una muy juiciosa propuesta suya en que contemplaba la radical reforma de esa importante institución ateniense que era la *trierarquía*.

ARGUMENTO DE LIBANIO

Habiéndose propagado el rumor de que el rey de los persas se preparaba para iniciar una campaña contra los griegos, el pueblo de los atenienses experimenta una conmoción y se lanza a convocar a los griegos y a trasladar ya la guerra fuera de sus fronteras; pero Demóstenes aconseja no anticiparse a dar el primer paso, sino esperar a que el Rey provoque la nueva situación. Pues en estos momentos —afirma— no convenceremos a los griegos de que luchen a nuestro lado, ya que creen estar sobre seguro; en cambio, en esa ocasión, el propio peligro hará que se alíen. Así pues, exhorta a que con tranquilidad se coordinen y se preparen para la guerra; y, lo que es más, explica también de qué manera podrían coordinarse. De ahí viene también que el discurso se titule *Sobre las sinmorías*. Pues «sinmoría» entre los áticos es coordinación de los contribuyentes a prestaciones públicas.

Los que se dedican a elogiar, varones atenienses, a vuestros antepasados, me parece que eligen pronunciar un discurso halagüeño, y no, ciertamente, obrar según convendría a aquellos a quienes alaban; pues, al tratar de hablar de realizaciones cuya altura ninguno podría alcanzar dignamente con palabras, ellos personalmente obtienen reputación de capacidad para la oratoria, pero son causantes de que el mérito de aquéllos resulte manifiestamente, en estimación de los oyentes, inferior al que les ha quedado registrado por la fama[1]. Yo, empero, estimo que el tiempo es el más alto elogio de aquéllos, dado que, pese a que mucho ha transcurrido, no ha habido otros que hayan podido exhibir empresas mayores que las por ellos realizadas. Por mi parte, sin embargo, voy a tratar 1
de deciros la manera en que, a mi parecer, mejor podríais 2
prepararos. En efecto, ello es así. Aunque nosotros, todos los que vamos a tomar la palabra, nos mostrásemos excelentes oradores, en nada por eso, bien lo sé, vuestros asuntos marcharían mejor; si, por el contrario, subiese a la tribuna uno cualquiera que fuese capaz de explicar y convencer sobre cuáles deben ser nuestros preparativos, cuántos y de dónde se han de procurar para que resulten útiles a la ciudad, todo el miedo del presente quedará disuelto. Y yo trataré de hacer eso, si soy capaz, después de haberos expuesto previamente en pocas palabras cuáles

son mis puntos de vista en torno a los asuntos relativos al Rey.

Yo entiendo que el Rey es enemigo común de todos los 3
griegos; sin embargo, yo no os exhortaría por eso a que
emprendieseis vosotros solos, sin los demás, una guerra
contra él; pues ni siquiera los propios griegos observo que
sean comunes amigos entre sí, sino que algunos tienen más
confianza en el Rey que en determinados países
congéneres. A partir, pues, de tales circunstancias, estimo
que os conviene buscar la forma de que el
desencadenamiento de la guerra sea equilibrado y justo, y
que os preparéis en todo lo que corresponde, y que eso sea
vuestro básico supuesto. Porque pienso, varones 4
atenienses, que los griegos, si resultase perspicuo y
terminante que el Rey se dispone a atacarles, se aliarían y
gran agradecimiento tendrían para quienes delante de ellos
y al lado de ellos se aprestaran a rechazarlo; si por el
contrario, cuando eso todavía permanece incierto, vamos a
ser nosotros los primeros en romper las hostilidades, temo,
varones atenienses, no nos veamos forzados a luchar,
además de contra él, contra aquellos por quienes
tomábamos providencia. Pues él, deteniendo sus designios, 5
en caso de que haya decidido atacar a los griegos, les dará
dinero a algunos de ellos y les brindará su amistad,
mientras ellos dispuestos a enderezar sus propias guerras y
manteniendo esta manera de pensar, mirarán de lado la
común salvación de todos. Y en esa turbación y testarudez
os exhorto a que no precipitéis a nuestra ciudad. Es que, 6
realmente, veo que por lo que se refiere al Rey la decisión
no está sobre el mismo plano para vosotros y para los
demás griegos, sino que a muchos de ellos, me parece, les
es suficiente administrar lo que particularmente les interesa
algo y despreocuparse de los demás griegos; para vosotros,
contrariamente, no sería honorable ni siquiera que,
perjudicados, os cobraseis de los causantes del perjuicio la
venganza de dejar que algunos de ellos cayesen en manos 7

del bárbaro. Pero cuando eso está así, hay que considerar la manera de que nosotros no nos vayamos a encontrar en la guerra en situación de inferioridad, ni el Rey, de quien nosotros pensamos que maquina contra los griegos, vaya a ganar el crédito de parecerles ser su amigo. Y ¿cómo podrá ser eso? Será si a todos aparece claro que las fuerzas de la ciudad están revistadas y equipadas y resulta evidente que
sobre la base de ellas la ciudad toma partido por los 8
sentimientos de justicia. Y a los que os infunden coraje y muy prestamente os exhortan a luchar, aquello les digo: que no es difícil, ni, cuando es menester deliberar, ganar fama de valentía, ni, cuando está cerca el peligro, dar la impresión de ser hábil en hablar; pero eso sí que es difícil y, además, conveniente: en los peligros hacer gala de la hombría y en la deliberación poder exponer sugerencias
más razonables que los demás. Yo creo, varones 9
atenienses, que la guerra contra el Rey es difícil para la ciudad, mientras que la confrontación resultante de la guerra podría resultar fácil[2]. ¿Por qué? Porque considero que todas las guerras necesariamente requieren trirremes, dinero y posiciones, y encuentro que todo eso lo posee aquél en mayor abundancia que nosotros; en cambio, veo que las confrontaciones de nada tienen tanta necesidad como de bravos combatientes y opino que de ésos tenemos mayor número nosotros y los que a nuestro lado afrontan
el peligro. Así pues, por eso recomiendo que no seamos 10
por ningún motivo los primeros en emprender la guerra; pero para el conflicto afirmo que es necesario que estemos correctamente preparados. Porque si hubiese un tipo de fuerza armada con la que fuese posible defenderse contra los bárbaros y otra contra la que cupiese defenderse contra los griegos, tal vez razonablemente resultaría perspicuo que tratemos de alinearnos para hacer frente al Rey; pero,
puesto que de toda preparación el modo es el mismo y es 11
necesario que sean los mismos los objetivos capitales de la fuerza armada, a saber: tener capacidad para rechazar a los enemigos, ayudar a los que son aliados y salvaguardar los

bienes propios, ¿por qué razón, si contamos con declarados enemigos[3], andamos buscando otros? Más bien preparémonos para hacerles frente, y nos defenderemos también de aquél, si intenta agredirnos. Y ahora convocáis
a los griegos para que se os unan; pero si no hacéis lo que 12
ésos os solicitan, teniendo en cuenta que algunos de ellos no mantienen con vosotros relaciones cordiales, ¿cómo cabe esperar que se os haga caso? «Sí, por Zeus, porque oirán de vosotros que el Rey les tiende insidias.» ¿E imagináis, por Zeus, que ellos no lo prevén por si mismos? Pues yo creo que sí. Pero el miedo todavía no es más fuerte que las diferencias que les enfrentan a vosotros y entre ellos a un determinado grupo. Por tanto nuestros
embajadores, yendo de un lado a otro, no harán más que de 13
rapsodos[4]. Pero en el caso de que se realice lo que ahora nosotros suponemos, entonces sin duda ninguno de entre todos los griegos será tan pagado de sí mismo, que viendo que vosotros contáis con mil caballeros, infantes cuantos se quiera, y trescientas naves, no acuda y suplique, al darse cuenta de que con esos contingentes podría salvarse con máxima seguridad. Por consiguiente convocarlos ya en este momento significa que suplicáis y, si no obtenéis respuesta airosa, que fracasasteis; en cambio, hacer vuestros propios preparativos y esperar equivale a salvarlos porque lo piden y saber a ciencia cierta que todos vendrán.

Así pues, varones atenienses, yo, reflexionando sobre 14
eso y puntos a ése similares, no estaba dispuesto a componer un discurso áspero ni vanamente prolijo; sin embargo, en cuanto a los preparativos, cuál será la mejor y más rápida manera en que se realicen, al considerarlo, topé con muchísimos problemas. Creo, pues, que es necesario que vosotros, escuchéis el proyecto, y, si os place, lo votéis. El primer punto, consiguientemente, y el más importante, por lo que se refiere a los preparativos, es, varones atenienses, que vosotros os halléis dispuestos, por

lo que atañe a vuestras resoluciones, a llevar a cabo cada
uno, con buena voluntad y entusiasmo, lo que sea 15
menester. Pues veis, varones atenienses, que cuanto alguna
vez quisisteis todos y a continuación cada uno
personalmente consideró que llevarlo a cabo era su deber,
jamás nada de eso se os escapó de las manos; en cambio,
cuanto realmente quisisteis, pero después de eso lo
desechasteis, en la idea de no hacerlo cada uno en
particular, sino de que lo hiciese el prójimo, nada de eso
nunca os dio resultado[5]. Y estando vosotros tan 16
entusiásticamente dispuestos, sostengo que hace falta
completar el registro de mil doscientos contribuyentes y
convertirlos en dos mil, añadiéndoles ochocientos; pues, si
fijáis esa cantidad, en mi opinión, eliminados herederas,
huérfanos, colonos, copropietarios y algún otro caso no
sometible a tasa, serán ésos en total mil doscientos
contribuyentes[6]. Pues bien; de ésos opino que hay que
formar veinte *sinmorías*, como hay ahora, que agrupe cada 17
una de ellas a sesenta contribuyentes. Y propongo dividir a
cada una de esas *sinmorías* en cinco porciones de doce
hombres cada una, completándolas, a modo de
compensación, colocando siempre a los más pobres al lado
del ciudadano más rico. Y en cuanto a estos
contribuyentes, afirmo que deben estar coordinados así; y,
por qué razón, la sabréis una vez que hayáis oído la forma
entera de la coordinación. Y los trirremes, ¿cómo? 18
Dispongo que fijemos el número total en trescientos y que
hagamos veinte grupos de quince navíos cada uno,
asignando a cada grupo cinco de los cien primeros, cinco
de los cien segundos y cinco de los cien terceros; y que
luego, por sorteo, se destine un grupo de quince navíos a
cada *sinmoría* de contribuyentes y la *sinmoría* en cuestión
dé a cada una de sus subdivisiones de cinco navíos tres 19
trirremes[7]. Y cuando esas disposiciones se encuentren
realizadas en tal sentido, propongo que —como el censo
de nuestra región es de seis mil talentos—, con el fin de
que tengáis organizados los fondos, se divida esa suma y

se hagan de ella cien partes de sesenta talentos cada una; y
que luego se asignen por sorteo a cada una de las grandes
sinmorías, que son veinte, cinco de esas partes de sesenta
talentos, y que la *sinmoría*, a su vez, aporte a cada una de
sus subdivisiones una parte de sesenta talentos[8], de modo 20
que, si necesitáis cien trirremes, completen el gasto sesenta
talentos, y haya doce trierarcos; y si necesitáis doscientos,
haya treinta talentos que cubran las expensas, y seis
personas que actúen de trierarcos; y, si necesitáis
trescientos, haya veinte talentos que sufraguen los gastos y
cuatro personas que hagan de trierarcos[9]. Y de la misma
manera, varones atenienses, también las sumas que ahora 21
se deben en cargo a los aderezos de los trirremes[10],
haciendo evaluación de los totales según el inventario,
propongo que se distribuyan en veinte partes y que luego
se asigne mediante sorteo una parte de deudores[11] a cada
una de las grandes *sinmorías* y que cada una de las
sinmorías reparta igual participación a cada uno de sus
grupos y que los doce miembros de cada grupo,
obteniendo ese dinero, proporcionen, perfectamente
equipados, los trirremes que a cada grupo le hayan tocado
en suerte[12]. Pienso que así se podrían proveer y organizar 22
de la mejor manera los expendios, los cascos de los navíos,
los trierarcos y la adquisición de los aparejos; de la manera
de procurar la dotación, que ha de ser transparente y fácil,
hablo a continuación. Propongo la necesidad de que los
generales dividan los astilleros en diez zonas, teniendo en
consideración que en cada una de ellas haya treinta diques
de amarre entre sí lo más próximos posible; y una vez
hayan dispuesto eso, adjudiquen a cada una de las zonas
dos *sinmorías* y treinta trirremes y procedan luego a
sortear las tribus. Y que cada taxiarco divida en tres partes 23
la zona que en el sorteo haya obtenido su tribu[13], y otro
tanto haga con las naves, y luego sortee los tercios, con el
fin de que una sola parte del conjunto de los astilleros
corresponda a cada tribu y el tercio de la tribu tenga la

tercera parte de dicha sección, y sepáis, si fuera menester, en primer lugar, dónde se encuentra estacionada la tribu y luego el tercio de la tribu; a continuación, quiénes son los trierarcos y cuáles son los trirremes (y que cada tribu puede tener treinta trirremes y cada tercio de tribu diez). Pues si este procedimiento se pone en marcha[14] en la forma establecida, aunque algo hayamos ahora dejado en olvido (que tal vez no es fácil preverlo todo), la misma realización del plan lo hará notar y habrá una coordinación única de toda la flota y de su subdivisión.

En cuanto al dinero y alguna fuente clara ya de su 24
provisión, sé que voy a exponer una propuesta sorprendente[15], pero se habrá de exponer, pese a todo; pues confío en que, si se considera rectamente, resultará evidente que sólo yo he dicho la verdad y lo que va a ocurrir. Yo sostengo que no es necesario hablar ahora de dinero; pues hay una fuente de recursos, si se necesitase, abundante, honorable y justa; si la buscamos ya ahora, creemos que ni siquiera en el futuro estará a nuestra disposición: ¡tan lejos vamos a estar de procurarla ahora! Pero, si la dejamos estar, la habrá. ¿Cuál es, pues, esa fuente de recursos que ahora no existe, pero que estará disponible en su momento? Que eso, por lo menos, se parece a una adivinanza. Yo lo explicaré. Contemplad[16],
varones atenienses, esta ciudad en su conjunto. Hay en ella 25
riquezas casi, me atrevería a decir, como para compararse con las de todas las demás ciudades. Pero los que las poseen tienen tal mentalidad que, si todos los oradores trataran de atemorizarlos diciendo que está al llegar el Rey, que ya ha llegado, que no es posible que eso sea de otra manera, y además de los oradores un número igual de agoreros les recitasen oráculos, no sólo no aportarían contribuciones monetarias, sino que ni siquiera declararían o reconocerían que tienen posesiones. Sin embargo, si se
diesen cuenta de que los terrores que ahora les llegan 26
mediante la palabra están tomando cuerpo realmente, nadie

es tan tonto como para no hacer aportaciones y no ser el primero en pagar su contribución. ¿Pues quién preferirá sucumbir él mismo con sus propias pertenencias a pagar una parte de sus bienes por su propia supervivencia y sus restantes posesiones? Dinero, pues, afirmo que lo habrá entonces, cuando de verdad sea necesario, y no antes. Por ello, os exhorto a que ni lo busquéis; pues cuanto pudierais procurar ahora, si decidierais hacer diligencias para conseguirlo, es más cosa de risa que si no obtuvierais nada.
Ea, pues: ¿propondrá ahora alguien una tasa del uno por 27
ciento? Eso serían sesenta talentos. ¿O propondrá alguien el dos por ciento, o sea, el doble? Eso daría ciento veinte talentos. ¿Y qué es eso en comparación con los mil doscientos camellos que, según ésos afirman, transportan las riquezas del Rey? Es más, ¿queréis que suponga que vamos a contribuir con una doceava parte de nuestros bienes, o sea, quinientos talentos? Pues ni soportaríais esa tasa, ni aunque la pagaseis, sería suficiente ese dinero para
la guerra. Es, pues, menester que vosotros realicéis el resto 28
de los preparativos, pero dejéis que el dinero lo sigan teniendo sus poseedores, pues en ningún otro lugar estaría más seguro en beneficio del estado; mas si alguna vez llegase ese momento, entonces habrá que tomarlo de sus manos, al aportarlo ellos de buen grado. Estas propuestas, varones atenienses, son factibles, hermosas de realización, ventajosas, y apropiadas para que le sean referidas al Rey a
propósito de vosotros; y a raíz de ellas no escaso miedo le 29
sobrevendría. Sabe, al menos, que por obra de doscientos trirremes[17], de los cuales nosotros proporcionamos cien, sus antepasados perdieron mil naves[18], y oirá decir que nosotros mismos ahora hemos aprestado trescientos trirremes; de modo que, ni aunque estuviese totalmente loco, podría considerarse en serio ser cosa intrascendente el incurrir en la hostilidad de nuestra ciudad. Pero, aún más; si se le ocurre ufanarse por sus riquezas, se encontrará con que también ese recurso es más débil que el
vuestro. Realmente él, por lo que dicen, transporta oro en 30

cantidad. Pero, si lo distribuye, no tendrá otro remedio que intentar conseguir más; pues hasta las fuentes y los pozos, es ley de naturaleza que queden desabastecidos a fuerza de desaguarlos con frecuencia y en cantidad. En cambio, él oirá decir que a nosotros la valoración de nuestro país nos proporciona seis mil talentos como recursos, en favor de los cuales, sus antepasados que reposan en Maratón podrían saber mejor que nadie que rechazaremos a quienes, de su país, nos ataquen; y mientras mantengamos nuestro dominio, no es posible, sin duda, que nos falte dinero.

Y realmente, tampoco me parece cierto lo que algunos 31
temen: que, al tener dinero, concentre un gran ejército de mercenarios. Pues yo estimo que para ir contra Egipto, Orontas[19] y algunos otros de entre los bárbaros, muchos griegos estarían dispuestos a servir a su lado a cambio de soldada, no con el fin de que aquél someta a ninguno de esos enemigos, sino para conseguir cada uno en particular cierta abundancia de bienes y apartarse de su propia indigencia[20]; pero contra Grecia creo que ningún griego marcharía, pues, luego, ¿a dónde se retiraría? ¿Iría a Frigia para ser esclavo? Pues la guerra contra el bárbaro no tiene
otro objeto más que la región, la vida, las costumbres, la 32
libertad y todo lo de este género de cosas. ¿Quién es, pues, tan desgraciado como para estar dispuesto, por la ventaja de un insignificante provecho, a abandonarse a sí mismo, a sus antepasados, sus sepulcros y su patria? Yo creo que nadie. Ni, además de eso, tampoco le conviene al Rey que mercenarios impongan dominio sobre los griegos; pues, los que a nosotros nos dominen, tiempo hace que son más poderosos que él; lo que él quiere no es eliminarnos a nosotros para estar luego en manos de otros, sino, a poder ser, mandar sobre los hombres todos, y si no, al menos sobre los que son ya sus esclavos.

Ahora bien, si alguien piensa que los tebanos van a 33
estar a su lado, es cosa difícil hablaros de ellos a vosotros;

pues, por el hecho de que los odiáis, nada bueno oiríais con gusto acerca de ellos, ni aunque fuese verdadero; sin embargo, es menester que quienes consideran graves cuestiones no dejen de lado por ningún pretexto ninguna consideración provechosa. Así pues, yo creo que los
tebanos están tan lejos de ir a alinearse junto al Rey para 34
atacar a los griegos, que pagarían grandes sumas de dinero, si pudiesen aportarlas para comprar el que les sobreviniese una ocasión a través de la cual cancelaran sus anteriores faltas[21] cometidas contra los griegos. Pero si alguien piensa que absolutamente son así de desventurados por naturaleza los tebanos, lo que voy a decir, al menos, todos lo sabéis sin duda: que si los tebanos están de parte del Rey, necesariamente los enemigos de ellos estarían de parte de los griegos[22].

Estimo yo, por tanto, que esta posición de justicia y los 35
que estén de su parte han de prevalecer sobre los traidores y el bárbaro a todos los respectos. De modo que sugiero que no hay que tener miedo por encima de lo razonable ni dejarse llevar a provocar la guerra los primeros. En efecto, ni entre los demás griegos veo a nadie que con razón pudiera temer esta guerra. ¿Pues quién de ellos no sabe que
mientras estaban de acuerdo los unos con los otros en la 36
consideración de que el Rey era su común enemigo, eran dueños de muchas ventajas, mientras que cuando pensaron que era su amigo y se distanciaron por sus recíprocas divergencias, han sufrido tan gran cantidad de males cuantos nadie habría excogitado contra ellos ni siquiera al lanzarles una maldición? Y luego, a quien la fortuna y la divinidad revelan, como amigo, infructuoso, pero, como enemigo, conveniente, ¿a ése vamos a temer? De ningún modo. Pero tampoco vayamos a agraviarle nosotros por mor de nosotros mismos y de la inquietud y desconfianza que reinan entre los demás griegos; puesto que si fuera
posible atacarle a él solo, contando nosotros con el 37
respaldo de todos y procediendo de consuno, ni siquiera

consideraría yo como agravio el hecho de agraviarle. Pero, toda vez que las cosas no están así, sostengo que debemos guardarnos de proporcionar al Rey un pretexto para tratar de hacer justicia en defensa de los demás griegos; pues, mientras vosotros os mantengáis en paz, una iniciativa de ese tipo le haría resultar sospechoso, mientras que si vosotros habéis roto las hostilidades los primeros, con razón parecería que debido a enemistad hacia vosotros quiere ser amigo de los demás. Así pues, no pongáis de manifiesto lo mal que marchan los asuntos de los griegos, 38
convocándolos cuando no os harán caso y afrontando una guerra cuando no vais a poder combatir; por el contrario, manteneos en calma confiados y atentos a vuestros preparativos; y sea vuestro deseo que acerca de vosotros se refiera al Rey, no, por Zeus, que todos los griegos y los atenienses están perplejos, aterrados y turbados, ni mucho 39
menos, sino que, si no fueran igualmente vergonzosos para los griegos el engaño y el perjurio como para él son hermosos, hace tiempo que vosotros hubierais marchado contra él; que tal como están las cosas, por lo que a vosotros mismos respecta, no estáis dispuestos a hacerlo, pero rogáis a todos los dioses que el Rey contraiga la misma locura que contrajeron sus ancestros. Y si se le ocurre reflexionar sobre eso, se dará cuenta de que vosotros no tomáis decisiones a la ligera. Sabe, al menos, 40
que, a partir de las guerras contra sus antepasados, la ciudad se ha hecho próspera y poderosa, mientras que con la política de paz que antaño mantenía no ha conseguido descollar sobre ninguna de las demás ciudades griegas tanto come sobresale ahora. Y, además, ve que los griegos necesitan de un reconciliador, voluntario o involuntario, y le consta que ese tal sería él mismo a los ojos de los griegos, si moviera la guerra[23]. De modo que le será dado escuchar, de quienes le refieran los acontecimientos, cosas conocidas y fiables.

Y con el fin de no importunaros, varones atenienses, con una excesivamente larga parrafada, una vez os haya aclarado mis sugerencias en resumen, me retiraré. Recomiendo que os preparéis contra vuestros actuales enemigos, pero a la vez afirmo que con esas mismas fuerzas debéis defenderos del Rey y de cualquier otro, si intentan agrediros; si bien no debéis dar vosotros el primer paso ni en palabra ni en obra injusta, y sí tener en cuenta, por el contrario, que nuestras obras, y no los discursos que se pronuncian desde esta tribuna, sean dignas de nuestros antepasados. Y si hacéis así, obraréis no sólo en vuestro propio provecho, sino también en el de quienes tratan de persuadiros en sentido contrario; pues no os habréis de irritar con ellos luego por errores que hayáis cometido ahora. 41

XV

POR LA LIBERTAD DE LOS RODIOS

INTRODUCCIÓN

Dionisio de Halicarnaso fecha este discurso hacia el 350 a. C., poco después, por tanto, del *Contra Filipo, I* y del titulado *En defensa de los megalopolitas*.

Unos siete años antes (357 a. C.), Rodas había roto su alianza con Atenas, y en unión con Cos, Quíos y Bizancio se había enfrentado a su antigua aliada en una guerra denominada «Guerra Social».

Esta guerra desencadenó una violenta reacción oligárquica en el seno de las ciudades aliadas que se habían levantado contra Atenas, de la que sólo se libró Bizancio.

En Rodas el sátrapa de Caria, Mausolo, que había prestado ayuda a las democracias insurrectas, estableció después de la paz del 355 a. C., una oligarquía apoyada por una guarnición caria. Pero, algún tiempo después de la muerte de Mausolo, en 353 a. C., los demócratas rodios exiliados piden ayuda a Atenas. Ahora bien, los atenienses no han olvidado todavía viejas heridas, y, llenos de resentimiento hacia sus desleales aliados de antaño, son partidarios de no prestar atención a ninguna súplica o petición de auxilio que proceda de quienes años antes, con

su rebeldía, se habían esforzado en amenguar el poder de Atenas. En general, ésa era la opinión de los dirigentes de la política ateniense. Para mejor encubrir el vengativo gozo que les producía el malestar de Rodas, acudían diplomáticamente a un hábil pretexto: Atenas no podía intervenir en Rodas sin violar el tratado con el que se había puesto fin a la «Guerra Social» y en el que se reconocía la independencia de las ciudades rebeldes, antes aliadas. No se podía incurrir en el riesgo de disgustar a señor tan poderoso como el rey de Persia, o de molestar a Artemisa, princesa que gobernaba Halicarnaso y Caria después de la muerte de su marido, Mausolo, que en el fondo contaba con la protección del Gran Rey.

Pero en realidad, la negativa de Atenas a intervenir se basaba en la conducta previa de Rodas, que le había supuesto un sinnúmero de calamidades y de sufrimientos.

Contra esta línea de actuación política, se alza generosa la voz de Demóstenes, solicitando ayuda para los rodios y exhortando a sus conciudadanos a olvidar viejas injurias en nombre del glorioso pasado de Atenas y del interés del presente.

ARGUMENTO DE LIBANIO

La llamada «guerra de los aliados» la emprendieron contra los atenienses los quiotas, los rodios y los bizantinos, que antes habían sido sus súbditos y en ese momento habían concertado entre sí una alianza contra los atenienses. Y como los rodios eran vecinos de Caria, daba la impresión de que estaban en relaciones amistosas con el príncipe de ese país, Mausolo; pero él, ganando poco a poco su confianza, organizó un plan de ataque contra el pueblo y eliminó la democracia de Rodas y esclavizó la ciudad sometiéndola al arbitrio de unos pocos, los más poderosos. Así pues, aconseja Demóstenes no desentenderse de esos acontecimientos, sino prestar ayuda al pueblo de los rodios, argumentando que es del interés de Atenas el hecho de que las ciudades tengan constitución democrática. Si a nosotros —afirma— los rodios nos han tratado injustamente, pese a ello es decoroso para nosotros y habitual el hecho de libertar incluso a quienes de entre los griegos nos han deparado pesares, así como no guardar rencor a los que cometen yerros contra la ciudad.

Opino, varones atenienses, que es menester que 1
vosotros, al deliberar sobre tan serios asuntos, deis libertad
de palabra a todos y cada uno de vuestros consejeros[1].
Yo, por mi parte, nunca consideré difícil informaros de
cuál era la mejor política (pues, por decirlo con sencillez,
me parece que todos estáis perfectamente enterados de
eso), sino el induciros a que la llevéis a la práctica; pues
una vez que se resuelve y se decreta una medida, en ese
momento dista tanto de ser ejecutada como antes de ser
aprobada. Sin duda es uno de los favores por los que 2
estimo yo que vosotros debéis gratitud a los dioses el
hecho de que los que por su propia insolencia no hace
mucho os atacaron, pongan hoy en vosotros solos sus
esperanzas de salvación. Y es justo que os gocéis en la
ocasión que se presenta; pues vais a tener la oportunidad,
si deliberáis sobre ella como es debido, de liberaros por vía
de los hechos y con hermoso honor de las calumnias de
quienes desacreditan a vuestra ciudad. En efecto, los 3
quiotas, bizantinos y rodios nos acusaron de tenderles
asechanzas, y por tal motivo concitaron contra nosotros
esta última guerra; ahora bien, aparecerá claro que
Mausolo fue el promotor e instigador de esas hostilidades,
y que, pese a darse el título de amigo de los rodios, les ha
privado de su libertad; y que los quiotas y bizantinos, que
se declararon sus aliados, no les han ayudado en sus 4
desventuras; y vosotros, en cambio, a quienes ellos temían,
sois, de entre todos, los únicos a los que deben ellos su
salvación. Y como consecuencia de que eso sea visto por
todos, conseguiréis que en todas las ciudades el partido
popular haga de la amistad con vosotros la garantía de su
salvación; ningún beneficio mayor que éste podría
resultaros, obtener de parte de todos, bien dispuestos para
con vosotros, un benévolo afecto exento de desconfianza.

Me extraña ver que los mismos que aconsejaban a la 5
ciudad apoyar los intereses de los egipcios en oposición al
rey de Persia, en defensa de los del pueblo de Rodas,
tienen miedo al hombre ese. No obstante, todos saben que
los unos son griegos, mientras que los otros son una 6
división del imperio de aquél. Y creo que algunos de
vosotros recordáis que cuando deliberabais sobre asuntos
concernientes al Gran Rey, yo fui el primero que me
adelanté a aconsejaros, y creo que fui el único (o tal vez
defensor de la propuesta de otro), que os dijo que me
parecería vuestra conducta prudente si en vez de hacer de
vuestra hostilidad hacia el Rey el pretexto de vuestro
armamento, os preparaseis contra vuestros auténticos
enemigos y os defendierais también de él si intentaba
haceros daño contra derecho[2]. Y no es que yo dijera eso y
a vosotros no os pareciese consejo recto, sino que también 7
a vosotros os agradó esa propuesta. Así pues, mi discurso
de este momento es continuador del de entonces. Porque
yo, si el Rey me hiciera su consejero y me convocase a su
presencia, le brindaría los mismos consejos que os estoy
brindando: luchar en defensa de lo suyo si algún griego le
hiciera frente, y de lo que en nada le toca, ni siquiera
intentar reivindicaciones. De modo que, por un lado, si
habéis decidido plenamente, varones atenienses, ceder al 8
Rey todas aquellas ciudades de las que se haya adueñado a
base de adelantarse y engañar a algunos de sus habitantes,
no habéis decidido acertadamente, según yo estimo. Por
otro lado, empero, si opináis que en defensa del derecho es
menester hasta emprender una guerra, si fuera necesario, y
sufrir lo que sea, en primer lugar, cuanto más firmemente
hayáis decidido esos extremos, menos necesidad tendréis
de ellos, y, en segundo lugar, haréis gala del espíritu que os
conviene.

En cuanto a que nada nuevo es ni lo que yo propongo 9
ahora aconsejándoos liberar a los rodios, ni lo que vosotros
haréis si me hacéis caso, os recordaré alguno de los hechos

ya acontecidos y de provechoso resultado. Vosotros, varones atenienses, enviasteis al cargo de una expedición a Timoteo en cierta ocasión, para que prestase ayuda a Ariobárzanes, haciendo constar en el decreto esta cláusula suplementaria: «a condición de que no viole el tratado concertado con el Rey»[3]. Y viendo él que Ariobárzanes estaba a todas luces en situación de rebeldía respecto del Rey, que Samos estaba bajo la vigilancia de una guarnición comandada por Ciprótemis, a quien había establecido allí Tígranes, gobernador a las órdenes del Rey, desistió de prestar ayuda a Ariobárzanes, y socorrió, en cambio, a la
isla y, sometiéndola a asedio[4], la liberó. Y hasta el día de 10
hoy no os habéis visto envueltos en una guerra por tal motivo. Pues nadie se arriesgaría a una guerra por el deseo de incremento de igual manera que si se tratase de la defensa de sus propiedades; por el contrario, para proteger aquello de lo que se ven menguados, todos combaten hasta el límite de sus fuerzas, mientras que por engrandecer sus propiedades no lo hacen de la misma manera, sino que aspiran a ello, si se les permite, pero, si se les impide, no consideran que sus oponentes les hayan infligido ningún trato injusto.

En cuanto a que ni siquiera Artemisia[5], a mi parecer, 11
se opondría ahora a esta acción, si nuestra ciudad se pusiera manos a la obra[6], oídme brevemente y considerad si mis cálculos son correctos o no lo son. Yo estimo que si al Rey de Egipto todos los asuntos se le fueran realizando según los designios que le han impulsado, con gran empeño habría tratado Artemisia de procurarle Rodas, no por buena voluntad hacia el Rey, sino por querer, habitando cerca de ella como habita, brindarle un favor significativo, con el fin de que la admitiera en las
relaciones de máxima familiaridad; pero, dado que los 12
asuntos le van tal cual se refiere y que ha fracasado en cuanto intentó[7], ella considera que esa isla para nada sería útil al Rey en el presente —lo que no deja de ser cierto—,

sino que sería una fortaleza enclavada en el propio territorio de ella misma y destinada a impedirle cualquier movimiento incontrolado. De modo que me parece que preferiría que vosotros tuvieseis la isla en vuestro poder, sin haberla cedido ella abiertamente, a que el Rey la tomara. Así pues, pienso que ni siquiera enviará socorro a la isla, y, si lo hace, lo hará sin interés y de mala gana. Ya
que, por lo que se refiere al Rey, yo al menos no podría 13
decir que sé lo que va a hacer; sin embargo, que a la ciudad le conviene que el Rey ponga en claro ya si va a reivindicar la ciudad de Rodas o no, eso es algo que podría afirmar con certeza; pues no habrá que deliberar únicamente en interés de los radios, cuando la reivindique, sino en defensa de nosotros mismos y de todos los griegos.

Es más, aunque los radios que están actualmente en el 14
país fueran por sí mismos los dueños de la ciudad, ni aun así os hubiera aconsejado preferir la alianza de ellos, ni siquiera en el caso de que os hicieran todo tipo de promesas[8]. Pues veo que ellos, en primer lugar, para derribar la democracia, captaron para su partido a algunos ciudadanos, y una vez que llevaron a cabo su propósito, de nuevo los enviaron al destierro; así pues, los que no se han comportado lealmente con ninguno de los dos partidos, tampoco considero que pueden llegar a ser firmes aliados
para vosotros. Y eso nunca lo hubiera yo sugerido, si sólo 15
lo considerase beneficioso para la democracia del pueblo radio; pues ni soy próxeno[9] de esos hombres, ni ninguno de ellos privadamente está unido a mí por relaciones de hospitalidad. Y ni aun en el caso de que estas dos circunstancias se hubieran dado, os lo hubiera propuesto, de no haber considerado que os era útil; toda vez que, por lo que a los radios afecta —si cabe decir esto al que actúa como defensor de ellos para salvarles—, comparto vuestra alegría por lo que les ha sucedido[10]. Pues mirando con malos ojos la forma en que vosotros recuperasteis lo vuestro[11], han perdido su propia libertad, y aunque les era

posible ser en pie de igualdad aliados vuestros, que sois griegos y superiores a ellos, son esclavos de bárbaros y siervos, a los cuales han dado vía libre para penetrar en sus 16
ciudadelas. Y casi estoy a punto de decir, si vosotros vais a estar dispuestos a prestarles ayuda, que eso les ha venido bien; pues si gozaran de prosperidad, no sé si algún día se habrían decidido a mostrarse razonables, siendo, como son, rodios; en cambio, al haber experimentado de hecho y aprendido que la insensatez se convierte para la mayoría en causa de muchos males, tal vez, con un poco de suerte, podrían hacerse más prudentes para el futuro; y eso es algo que considero no insignificante provecho para ellos. Sostengo, pues, que es necesario intentar salvar a esos hombres y no guardar rencor, teniendo presente en el ánimo que muchas veces también vosotros habéis sido engañados por quienes os tendieron asechanzas, por ninguna de las cuales admitiríais que sería justo que vosotros mismos pagarais la pena.

Observad también, varones atenienses, que vosotros 17
habéis combatido en muchas guerras, unas veces contra democracias y otras contra oligarquías. Y eso lo sabéis también vosotros mismos; pero los motivos por los que entráis en guerra bien con las unas, bien con las otras, tal vez ninguno de vosotros los tiene en cuenta. ¿Cuáles, pues, son esos motivos? Con las democracias, o bien reclamaciones privadas, cuando no han sido capaces los particulares de zanjar sus diferencias por el procedimiento público, o por una porción de territorio, o por cuestión de límites, de rivalidad o supremacía; con las oligarquías, por ninguno de estos motivos, sino en defensa de la constitución y la libertad; de modo que, yo, al menos, no vacilaría en decir que, a mi juicio, os conviene más estar 18
en guerra con todos los griegos, organizados éstos en regímenes democráticos, que ser sus amigos, sometidos ellos a formas de gobierno oligárquicas. Pues con hombres libres estimo que no os resultaría difícil a vosotros

concertar la paz cuando quisierais; en cambio, con hombres sujetos al régimen oligárquico, ni siquiera las relaciones de amistad las considero estables; pues no es posible que los oligarcas sean benévolos para con el pueblo, ni que los que buscan el mando estén bien dispuestos hacia los que han elegido vivir sobre la base de la igualdad de derechos.

Me admiro de que, cuando los quiotas están siendo 19
gobernados por una oligarquía, lo mismo que los mitileneos, y ahora los rodios, y, casi podría decir, todas las gentes, están siendo inducidos a ese tipo de esclavitud, nadie de entre vosotros considere que nuestra constitución peligra igualmente, ni estime que, si todas las ciudades llegan a organizarse en una coalición oligárquica, no han de permitir vuestra democracia. En efecto, saben que ningún otro, salvo vosotros, restablecerá una vez más a los gobiernos en su situación de libertad; así que la fuente de donde esperan que les venga algún mal, es la que van a
querer eliminar. De modo que a todos los demás dañadores 20
hay que considerarles enemigos de los que han sufrido el daño; en cambio, a los que disuelven las constituciones libres y las transforman en oligarquías, os exhorto a que los tengáis por enemigos comunes de todos los que aspiran
a la libertad. Luego, también es justo, varones atenienses, 21
que vosotros mismos, que os regís por la democracia, dejéis ver que con relación a los pueblos que sufren desventuras tenéis los mismos sentimientos que esperaríais que los demás tuviesen para con vosotros si alguna vez, lo que ojalá no ocurra, os sucediera algo similar. Pues efectivamente, si alguien está dispuesto a decir que los rodios padecen su justo castigo, no es ésta la ocasión propicia para regocijarse en ello; porque es menester que los afortunados se muestren siempre dispuestos a tener en cuenta en sus deliberaciones lo más beneficioso para los desafortunados, dado que el futuro es incierto para todos los hombres.

Oigo yo decir aquí entre vosotros muchas veces, a algunos, que cuando vuestra democracia se malogró[12], hubo quienes se pusieron de acuerdo para salvarla; de entre ellos yo sólo voy a hacer aquí breve mención de los argivos. Pues no quisiera que vosotros, que tenéis la fama de salvar siempre a los desventurados[13], os revelarais en este caso inferiores a los argivos, quienes, aunque habitaban una región vecina a la de los lacedemonios y veían que aquéllos mandaban por tierra y mar, no dudaron ni temieron mostrar su buena voluntad hacia vosotros, sino que incluso, según cuentan, a unos mensajeros que allí llegaron procedentes de Lacedemonia, encargados de reclamarles algunos de vuestros refugiados[14], respondieron mediante decreto que, si no abandonaban el territorio antes de la puesta del sol, los considerarían como enemigos. ¿Y luego no va a ser vergonzoso, varones 23
atenienses, que el pueblo de Argos no haya tenido miedo al imperio de los lacedemonios en aquellas circunstancias ni a su poder, y vosotros, en cambio, que sois atenienses, fuerais a temer a un bárbaro, que además es una mujer? Y, por cierto, aquéllos podrían alegar que en numerosas ocasiones habían sido derrotados por los lacedemonios, mientras que vosotros habéis vencido muchas veces al Rey y no habéis sido ni una sola vez derrotados ni por los esclavos del Rey[15] ni por él mismo; pues si de alguna manera el Rey se ha impuesto parcialmente a nuestra ciudad, o bien lo ha hecho sobornando con dinero a los más malvados de los griegos y traidores a ellos, o de ninguna otra manera ha impuesto su poder. Y ni siquiera esa forma de actuar le ha aprovechado, sino que podréis 24
ver que al mismo tiempo que debilitó nuestra ciudad por medio de los lacedemonios, se vio en peligro respecto a su propio reino a causa de Clearco y Ciro[16]. Así que ni ha dominado en guerra abierta ni le han aprovechado sus maquinaciones. Sin embargo, veo que algunos de entre vosotros se despreocupan con frecuencia de Filipo como

indigno de consideración, y, en cambio, temen al Rey como formidable enemigo para aquellos a quienes declare su hostilidad. Y si al uno por insignificante no le vamos a hacer frente y al otro por ser temible le vamos a ceder en todo, ¿contra quiénes nos dispondremos en línea de combate?

Hay algunos entre vosotros, varones atenienses, 25
habilísimos a la hora de abogar ante vosotros por los derechos de los demás[17], a los cuales yo tan sólo les haría esta recomendación: que traten de abogar por vuestros derechos ante los demás, para que ellos mismos sean visiblemente los primeros en cumplir con su deber; que es extraño daros lecciones de justicia cuando uno mismo no la practica; pues no es justo que, siendo uno ciudadano, tenga bien considerados los argumentos que apuntan
contra vosotros y no los que están a vuestro favor. Ea, 26
pues, por los dioses, considerad este punto: ¿por qué razón en Bizancio no hay nadie que enseñe a los bizantinos a no apropiarse de Calcedón[18], que pertenece al Rey y tuvisteis vosotros en vuestro poder y que a ellos por ningún motivo les pertenecía, y a no hacer de Selimbria, ciudad que otrora era vuestra aliada, una parte de su propia ciudad, incluyéndola en el territorio de Bizancio, en contra de los juramentos y tratados[19] en los que por escrito se
establece que sean independientes las ciudades? Ni nadie 27
indicó a Mausolo mientras vivía, o, muerto aquél, nadie está dispuesto a indicar a Artemisia que no se apodere de Cos, Rodas ni de otras varias ciudades griegas que el Rey, señor de ellas, cedió, en virtud de un tratado, a los griegos, y por las cuales los griegos de aquel entonces afrontaron muchos peligros y realizaron gloriosas confrontaciones. Y si acaso alguien lo expone a los unos y a los otros, no hay, sin embargo, al parecer, quienes estén dispuestos a
hacerles caso. Por mi parte, yo considero que es justo 28
restablecer la democracia en Rodas; es más, aunque no fuera justo, cuando observo lo que ésos hacen, pienso que

conviene exhortaros a restaurarla. ¿Por qué? Porque, cuando todos están dispuestos, varones atenienses, a obrar justamente, es una vergüenza que tan sólo nosotros rehusemos a ello; pero si todos los demás se están preparando para ser capaces de cometer desafueros, el que únicamente nosotros hagamos profesión de obrar según justicia sin intentar ninguna empresa, no lo considero honradez, sino falta de hombría; pues veo que todos reclaman sus derechos en relación con la fuerza de que
disponen. Y puedo exponer un ejemplo de ello conocido 29
de todos vosotros. Tienen los griegos concertados dos tratados con el Rey, el que concluyó nuestra ciudad y que todos elogian, y el que más tarde después de eso concertaron los lacedemonios y es objeto de reprobación; y en esos dos tratados no se definen igualmente los derechos. Pues de los derechos privados de las ciudades, las leyes garantizan común y ecuánime participación tanto a los débiles como a los fuertes, mientras que de los derechos entre comunidades griegas, los poderosos vienen a ser árbitros de los que les son inferiores[20].

Así pues, toda vez que os encontráis en situación de 30
decidiros a obrar con justicia, hay que considerar la manera en que esté en vuestro poder llevar a cabo ese propósito. Y lo haréis si se os concibe como defensores generales de la libertad de todos los griegos. Pero, razonablemente, considero que lo más difícil para vosotros es obrar como es debido. Pues todos los demás hombres se ven implicados en un solo tipo de combate: el que les enfrenta a sus declarados enemigos, y si los dominan, nada
les impide enseñorearse de sus ventajas; vosotros, en 31
cambio, varones atenienses, tenéis ante vosotros dos tipos de confrontación: ésa que también tienen los demás, y a ésa se añade otra, anterior y más importante; pues es necesario que vosotros en vuestros debates dominéis a la facción que entre vosotros ha elegido la política de actuar en contra de los intereses de la ciudad. Así pues, toda vez

que a causa de ésos es imposible que nada de lo que es menester acontezca sin levantar una polvareda, sucede que, como es natural, falláis vosotros muchos objetivos. Pese a 32
todo, de que muchos escojan sin miedo esa línea de política, tal vez son sobre todo culpables los beneficios que reciben de parte de quienes pagan sus servicios; no obstante, también a vosotros se os podría acusar en justicia. Pues sería necesario que vosotros, varones atenienses, tuvieseis acerca del puesto que se ocupa en política la misma consideración que tenéis acerca del que se mantiene en las campañas. Y ¿cuál es esta consideración? Vosotros, al que abandona el puesto que le ha sido ordenado por el estratego, opináis que conviene que se le prive de los derechos de ciudadanía y no tenga participación en ninguno de los derechos y actos comunes. 33
Por consiguiente, sería menester que también a los que abandonan el puesto que en política nos ha sido transmitido por nuestros antepasados y adoptan principios oligárquicos, se les privase del derecho de aconsejaros a vosotros mismos; ahora, en cambio, mientras que de vuestros aliados consideráis que los que han jurado tener el mismo enemigo y el mismo amigo que vosotros son los que más afecto os muestran, de entre los políticos a aquellos de quienes sabéis con certeza que han tomado partido por los enemigos de la ciudad, a ésos los consideráis los más dignos de confianza.

Pero lo difícil no es encontrar algún cargo de que 34
acusar a estos políticos o algún reproche que haceros al resto de vosotros, sino descubrir con qué argumentos y con qué tipo de actuación será posible enderezar lo que ahora no está derecho; ésa es la tarea. Tal vez, sin embargo, ni siquiera corresponde a la presente ocasión tratar de todo ello; pero si pudierais sancionar con una acción conveniente vuestras resoluciones, quizás también lo demás, paso a paso, podría mejorar. Yo personalmente, en suma, opino que es necesario que vosotros toméis entre 35

manos vigorosamente estos asuntos y que obréis en consonancia con la dignidad de la ciudad, teniendo presente en vuestro ánimo la alegría que experimentáis cuando se hacen elogios de vuestros antepasados, se describen sus empresas y se enumeran sus trofeos. Considerad, pues, que éstos los erigieron vuestros antepasados no para que os colmaseis de admiración al contemplarlos, sino para que además imitaseis las virtudes de quienes los erigieron.

XVI

EN DEFENSA DE LOS MEGALOPOLITAS

Después de la batalla de Leuctra (371 a. C.), por consejo de Epaminondas, varias comunidades rurales arcadlas se concentraron (*sinecismo*), dando lugar, de este modo, a una nueva ciudad, centro político de Arcadia: Megalópolis. Hasta entonces, a Esparta le había sido relativamente fácil tener bajo su control a esas comunidades dispersas y dóciles. Pero ahora Esparta había de hacer frente no sólo a los mesemos, vecinos independientes e incómodos, sino también al nuevo centro hostil a su política de hegemonía en el Peloponeso. Los mesenios contaban con un tratado defensivo suscrito por los atenienses, en virtud del cual éstos se comprometían a socorrer a Mesenia en el caso de que fuese atacada por Esparta.

Pero, a partir del año 353 a. C., el poder de Tebas entra en claro declive. A raíz de los éxitos de Onomarco, Tebas no sólo perdía su hegemonía sobre la Hélade, sino, incluso, su preponderancia en la mismísima Beocia. Fue entonces cuando Esparta se decidió a dispersar a los colonos de Megalópolis, para reducir a Arcadia y convertirla en el país de cómodo dominio que antes era. El fin de la grandeza efímera de Tebas sugería a los lacedemonios, ambiciosos y renovadores proyectos que podrían ser beneficiosos para muchas ciudades griegas: Elide

recobraría Trifilia, que formaba parte de la confederación arcadia; Fliunte, Tricárano, fortaleza ocupada por los argivos; Atenas, Oropo, y ciudades beocias, como Orcómeno, Platea y Tespias, que habían sido destruidas por Tebas, serían reconstruidas.

Todos esos bellos planes los exponían en Atenas los embajadores de Esparta. Pero, por otro lado, representantes del pueblo de Megalópolis trataban, a su vez, de ganar el apoyo ateniense a su causa. Surgen, así, dos partidos entre los políticos atenienses: el de los filoespartanos y el de los defensores de la nueva ciudad. Los primeros defendían la política continuista de perseverar en la alianza con Esparta como el único medio de no incurrir en flagrante contradicción con la política de los años inmediatamente precedentes, lo que equivaldría al descrédito de Atenas en el panorama general de Grecia. Los segundos, por el contrario, se mostraban partidarios de cambiar de aliados como procedimiento eficaz para contener la posible amenaza de la hegemonía espartana.

Pues bien, Demóstenes objeta a uno y otro partido su poco patriótico apasionamiento al defender causas ajenas al interés ateniense estricto. En efecto, a Atenas le interesaba que el poder de Tebas decreciese, pero que ello no implicase el incremento del poder espartano. Y entonces, la solución del conflicto radicaba, según él, en una postura que permitiese aunar el interés puro y simple con la decencia de la actuación política de Atenas, ciudad que, desde antiguo, estuvo al lado de los oprimidos haciendo frente a los opresores y defendió a los débiles contra los fuertes. El equilibrio de las ciudades griegas y el prestigio político de Atenas —ésta es la tesis de Demóstenes— serían objetivos alcanzables actuando en defensa de los megalopolitas.

Este discurso fue pronunciado en el 353 a. C. Un año más tarde (352 a. C.), Tebas pudo defender todavía a los megalopolitas, sus aliados. Pero, poco después, Tebas no

pudo ya defender a ninguna otra ciudad y los estados peloponesios enemigos de Esparta encontraron en Filipo de Macedonia a su nuevo protector.

ARGUMENTO DE LIBANIO

Cuando los lacedemonios, vencidos por los tebanos en Leuctra de Beocia, se encontraron en gran peligro, al haber hecho defección los arcadlos y haberse sumado a los tebanos, los atenienses se aliaron a los lacedemonios y los salvaron; pero, más tarde, los lacedemonios, libres de los peligros y progresando de nuevo en poder, marchaban contra Megalópolis, en Arcadia, y a través de una embajada solicitaban de los atenienses que participasen con ellos en la guerra. Habían enviado también los megalopolitas embajadores a Atenas haciéndoles un llamamiento, en defensa propia. Así pues, Demóstenes aconseja que no se consienta la destrucción de Megalópolis ni el avance en poder de los lacedemonios, alegando que a los atenienses les conviene que Lacedemonia no sea temible.

Me parece, varones atenienses, que unos y otros 1
yerran, tanto los que han hablado en favor de los arcadlos como los que lo han hecho en favor de los lacedemonios; pues, como si hubieran venido en delegación de cada una de esas dos comunidades, y como si no fuesen tan ciudadanos atenienses como vosotros, a quienes ambos grupos dirigen sus embajadas, se dedican a acusarse y calumniarse mutuamente. Ésta habría de ser tarea de los delegados que nos han llegado, mientras que exponer públicamente opiniones acerca de la situación y considerar en beneficio vuestro, sin rivalidad, las mejores soluciones, eso es propio de quienes estiman apropiado ofrecer en este
lugar sus consejos. En las presentes circunstancias, yo, al 2
menos, opino que, si respecto de ellos se eliminase el hecho de que son conocidos y de que por la lengua que emplean hablan en ático, muchos habrían creído que los unos son arcadlos y los otros lacedemonios. Pero yo veo qué difícil es exponer la mejor solución; pues engañados en conjunto vosotros, y queriendo unos esto, otros eso

otro, si uno intenta sugerir una propuesta intermedia y vosotros no aguardáis a enteraros de ella, no dará gusto ni
a los unos ni a los otros y ganará descrédito ante ambas 3
partes. Pese a todo, yo personalmente preferiré, si eso me ocurre, dar la impresión de decir necedades, antes que dar facilidades a algunos para que os engañen, en contra de lo que considero el mejor expediente para la ciudad. Así que otros puntos, los expondré, si os place, posteriormente; y, partiendo de los principios que son admitidos por todos, comenzaré por explicaros los que considero más válidos.

Sin duda, nadie se atrevería a contradecir que no 4
conviene a la ciudad que tanto los lacedemonios como esos tebanos de ahí al lado sean débiles[1]. Pues bien, los asuntos políticos se encuentran ahora en una coyuntura tal (si en algo hay que valerse del testimonio de los conceptos repetidamente aquí expresados), que los tebanos se han debilitado por la nueva fundación de Orcómeno, Tespias y Platea[2], y que los lacedemonios, si consiguen someter Arcadia y aniquilar Megalópolis, de nuevo se harán
fuertes. Así pues, hay que observar con cuidado no 5
vayamos a permitir que éstos se vuelvan temibles y poderosos antes que aquéllos se hagan insignificantes y que, sin que nosotros nos demos cuenta, los lacedemonios se engrandezcan en mayor grado del que conviene que los tebanos decrezcan. Pues no podríamos decir esto al menos: que preferimos sustituir como rivales a los tebanos por los lacedemonios, ni es eso a lo que aspiramos, sino a que ni los unos ni los otros estén en condiciones de injuriarnos en nada; pues de esa forma disfrutaríamos de muchísima seguridad.

Pero, por Zeus —diremos—, eso así debe ser; mas 6
terrible cosa es que vayamos a elegir como aliados a aquéllos frente a quienes nos alineamos en Mantinea[3] y luego prestemos ayuda, en contra de ellos, a aquellos con quienes entonces compartíamos los peligros. También a mí me parece eso bien, pero no menos la necesidad de añadir

la cláusula «siempre que los otros estén dispuestos a hacer lo que es justo». Así que, si todos van a estar dispuestos a 7
mantener la paz, no prestaremos ayuda a los megalopolitas; pues no hará falta para nada; de forma que ningún tipo de enfrentamiento habrá entre nosotros y los que se enfrentaron[4] en orden de combate, y los unos son nuestros aliados, como aseguran, y los otros lo serán precisamente ahora. ¿Y qué otra cosa podríamos desear?
Pero si actúan contra derecho y opinan que es menester 8
luchar, en el caso de que sólo haya que deliberar sobre este punto, a saber, si debemos nosotros abandonar Megalópolis a los lacedemonios o no, justo, no lo es, pero yo, al menos, concedo que se les permita y que ninguna oposición se ofrezca a quienes participaron con nosotros en los mismos peligros; y si todos estáis percatados de que, si capturan esa ciudad, irán contra Mesenia, que me diga alguien de los que se muestran ahora tan duros con los megalopolitas qué nos aconsejará hacer en ese momento. 9
Pero ninguno lo dirá. Y; sin embargo, todos sabéis que, tanto si ellos nos exhortan a hacerlo como si no, hay que ayudar a los mesenios, por los juramentos[5] que les hemos prestado y por la conveniencia de que esa ciudad se establezca. Reflexionad, entonces, vosotros mismos cuál será el fundamento que estableceréis con más honra y generosidad con el fin de no permitir a los lacedemonios obrar contra derecho, si el principio de la defensa de Megalópolis o el de la defensa de Mesenia. En el primer 10
caso, parecerá que acudís en ayuda de los arcadlos y que tenéis interés en que sea firme la paz por la que os enfrentasteis a los peligros y os alineasteis en el campo de batalla; en el segundo, mostraréis claramente a todos vuestro deseo de que subsista Mesenia no más por cuestión de justicia que por miedo a los lacedemonios. Pero es necesario considerar y poner en práctica siempre lo que es justo, si bien hay que vigilar a la vez que al mismo tiempo eso sea también conveniente.

Ahora bien, hay un argumento por parte de mis contradictores, de este tenor más o menos; que es menester 11
que nosotros intentemos recuperar Oropo, y si nos ganamos la enemistad de los que ahora nos habrían ayudado a atacar esa plaza, no tendremos aliados. Yo también, personalmente, afirmo que es preciso intentar la recuperación de Oropo[6]; pero lo de que los lacedemonios van a ser nuestros enemigos si hacemos aliados a esos arcadlos que quieren ser amigos nuestros, eso, opino que los únicos a quienes ni siquiera es lícito que lo digan, son los que os indujeron a que prestaseis ayuda a los lacedemonios cuando estaban en peligro. Pues no fue
diciéndoos eso como os incitaron —cuando todos los 12
peloponesios acudieron a vuestra presencia[7] y os pedían marchar contra los lacedemonios en compañía vuestra— a que a éstos no los recibieseis (y por eso, el único expediente que les quedaba, se dirigieron a los tebanos) y a que por la salvación de los lacedemonios[8] aportarais vuestros dineros y expusierais vuestras vidas; y tampoco vosotros, sin duda, habríais consentido salvarlos, si os hubieran advertido que, una vez salvados, en caso de que no les dejarais libres de nuevo para hacer lo que les viniera en gana y cometer los delitos que quisieran, no os
guardarían ningún reconocimiento por su salvación. Es 13
más, aunque sea muy contrario a los designios de los lacedemonios el hecho de que nosotros hagamos aliados a los arcadlos, es apropiado, sin duda, que ellos nos guarden mayor gratitud por haber sido salvados por nosotros cuando fueron a dar en los más extremados peligros, que rencor por verse ahora impedidos para cometer injusticias. De modo que ¿cómo no van a ayudarnos a ir contra Oropo a riesgo de pasar por los más desleales de entre todos los hombres? Por los dioses, al menos yo no veo cómo.

Así pues, me sorprenden también los que exponen este 14
argumento: que si hacemos de los arcadlos nuestros aliados y actuamos de esa manera, parecerá que nuestra

ciudad practica una política cambiante y no ofrece ninguna garantía de confianza. Pues a mí, varones atenienses, me da la impresión contraria. ¿Por qué? Porque, en mi opinión, nadie en absoluto se atrevería a contradecir que a los lacedemonios y anteriormente a los tebanos y en último término a los eubeos, los salvó nuestra ciudad[9] y que, después de eso, hizo de ellos sus aliados queriendo poner
en práctica en cada ocasión un único e idéntico principio. 15
Y éste, ¿cuál es? Salvar a los que son víctimas de la injusticia. Por tanto, si eso es así, ya no seríamos nosotros los inconsistentes, sino los que no están dispuestos a basarse en los principios de la justicia; y aparecerá claro que son las circunstancias las que cambian debido a los que en cada ocasión quieren obtener ventajas, y no nuestra ciudad.

Y me parece que los lacedemonios hacen una labor de 16
hombres muy hábiles. Pues ahora sostienen que los eleos deben recuperar algunas localidades de Trifilia[10], y los fliasios Tricárano[11], y algunos arcadlos su propio territorio, y nosotros Oropo; no con el fin de vernos a cada uno de nosotros en posesión de lo que le pertenece, ni mucho menos (pues tarde se habrían convertido en
generosos), sino para producir la impresión a todos de que 17
colaboran con cada ciudad con el propósito de que ellas recuperen los territorios que afirman les son propios; y para que, cuando ellos mismos ataquen Mesenia, acudan a la campaña todas esas ciudades y les presten apoyo afanosamente o, en caso contrario, pasen por obrar contra derecho, al no devolverles adecuadamente el favor después de haberlos tomado como colaboradores en la votación del asunto de sus particulares reivindicaciones. Pero yo estimo
que la ciudad, en primer lugar, podría recuperar Oropo 18
incluso sin someter traidoramente al yugo lacedemonio a ningún grupo de arcadios; y eso tanto con la ayuda de aquéllos[12], en caso de que estén dispuestos a obrar con justicia, como con la de los demás, quienes no opinan que

sea menester permitir a los tebanos poseer lo que es ajeno. Por otro lado, si nos resultara absolutamente claro que, no permitiendo a los lacedemonios subyugar el Peloponeso, no seríamos capaces de tomar Oropo, considero preferible, si cabe decirlo, renunciar a Oropo, antes que abandonar Mesenia y el Peloponeso al poder de los lacedemonios. Pues entiendo que no sería sólo ese punto el objeto de nuestra discusión con ellos; sino que —voy a pasar por alto lo que se me ha ocurrido decir— opino que nos sobrevendría peligro en torno a muchas cuestiones.

Pero aún hay más; con relación a las acciones 19
contrarias a nuestros intereses que afirman haber sido llevadas a cabo por los megalopolitas a causa de los tebanos[13], absurdo resulta presentarlas ahora en tono de recriminación y, en cambio, cuando ellos quieren hacerse amigos nuestros con el fin de portarse con nosotros en forma opuesta, dispensándonos beneficios, mirarles de mala manera y considerar toda forma de que no alcancen nuestra amistad; y ello sin darse cuenta de que cuanto más diligentes muestren que ésos han sido con relación a la causa de los tebanos, tanto más justamente podrían esos mismos oradores merecer vuestro resentimiento, si privaron a la ciudad de aliados tan ventajosos, cuando
acudieron a vosotros antes que a los tebanos. Pero, en mi 20
opinión, ésa es la conducta de hombres que quieren por segunda vez hacer a los megalopolitas aliados de otra ciudad. Ahora bien, yo sé, por cuanto uno puede conjeturar valiéndose del raciocinio en sus indagaciones (y opino que la mayoría de vosotros estará de acuerdo con mi afirmación), que si los lacedemonios llegan a tomar Megalópolis, Mesenia estará en peligro; y si también
toman ésta, sostengo que nosotros seremos aliados de los 21
tebanos[14]. En tal caso, mucho más honorable y ventajoso es acoger por nuestra parte espontáneamente la alianza de los tebanos sin acceder a la ambición de los lacedemonios, que estar vacilantes ahora ante la idea de salvar a quienes

son aliados de los tebanos, abandonar a éstos y de nuevo salvar a los propios tebanos, y, además, encontramos en una situación de temor por nosotros mismos. Pues yo, al
menos, no supongo que esté exento de peligro para la 22
ciudad el hecho de que los lacedemonios tomen Megalópolis y de nuevo se hagan poderosos. Pues los veo, incluso ahora, decidirse a hacer la guerra no para evitar sufrir algún daño, sino para recuperar la fuerza que antaño les era propia; a lo que aspiraban en el tiempo aquel en que la poseían, eso es cosa que, por conocerla vosotros[15] tal vez mejor que yo, sería razonable que la temierais.

Y gustosamente preguntaría a los que hacen uso de esta 23
tribuna y declaran odiar a los tebanos o a los lacedemonios, si el odio que les profesan en cada caso es en beneficio vuestro y de lo que os interesa, o a los tebanos los odian por interés hacia los lacedemonios y a los lacedemonios en favor de los tebanos, respectivamente; pues si es en pro de ellos, conviene que no hagáis caso ni a unos ni a otros como locos que son; pero si afirman que es por vuestro interés, ¿por qué al margen de lo oportuno ensalzan a esos otros pueblos? Porque es posible, es
posible humillar a los tebanos sin fortalecer a los 24
lacedemonios y mucho más fácilmente; y cómo, yo intentaré comunicároslo.

Todos sabemos esto: que los hombres en su totalidad, aunque no quieran, hasta cierto punto se avergüenzan de no hacer lo que es justo y a las injusticias se oponen abiertamente, especialmente si algunos reciben daño; y encontramos que eso es lo que arruina todo y que ése es el
origen de todos los males, el no querer hacer pura y 25
simplemente lo que es justo. Así pues, con el fin de que ello no sea un obstáculo para que se debiliten los tebanos, proclamemos que es menester que Tespias, Orcómeno y Platea sean repobladas y colaboremos con sus habitantes y solicitémoslo de los demás (pues eso es noble y justo, el no desentenderse ante el hecho de que antiguas ciudades estén

desarraigadas), y no dejemos a Megalópolis ni Mesenia abandonadas a manos de los que las ultrajan ni permitamos que con el pretexto de Platea y Tespias sean destruidas ciudades que existen y están pobladas[16]. Y si eso resulta 26
evidente de antemano, nadie habrá que no quiera que los tebanos cesen en la usurpación del territorio ajeno; si no, en primer lugar, a ésos los tendremos, lógicamente, de adversarios frente a aquellas propuestas, tan pronto como consideren que la restauración de aquellas ciudades les trae consigo su propia ruina, y luego, nosotros mismos tendremos inacabables problemas, pues ¿cuál podrá ser en verdad el final cuando permitimos en cada ocasión la aniquilación de las ciudades que existen y, en cambio, de las que han sido aniquiladas reclamamos su restauración?

Ahora bien, dicen los que en mayor grado pasan por 27
exponer argumentos justos, que es menester que ellos echen abajo las estelas[17] en que consta su alianza con los tebanos, si es que van a ser firmemente nuestros aliados. Otros afirman que para ellos no son las estelas, sino la conveniencia, lo que produce la amistad y que a los que les presten ayuda es a los que consideran aliados. Yo, por mi parte, si es tal su carácter en la mayor medida, éste es de algún modo mi punto de vista: sostengo que debemos reclamar simultáneamente de ésos que echen abajo las estelas, y de los lacedemonios, que mantengan la paz; y si no quieren hacerlo, los unos o los otros, entonces ya ponemos al lado de los que acepten. Pues si los megalopolitas, una vez que obtengan la paz, van a seguir 28
aún ligados a la alianza de los tebanos, dejarán ver a todos con claridad que es la ambición de los tebanos y no la justicia lo que eligen. Y si, por otro lado, haciéndose sin engaño aliados nuestros los megalopolitas, los lacedemonios no quieren mantenerse en paz, harán manifiesto a todos, sin duda, que no es la restauración de Tespias el objeto de su celo, sino someter bajo su ley al

Peloponeso mientras la guerra tiene envueltos a los tebanos[18].

Me admira que algunos tengan miedo del hecho de que los enemigos de los lacedemonios sean aliados de los tebanos y en cambio no consideren temible en absoluto que los lacedemonios lleguen a subyugarlos, y eso cuando la experiencia del pasado ha dado prueba de que los tebanos se sirven siempre de ellos como aliados para enfrentarse a los lacedemonios, mientras que los lacedemonios, cuando eran sus amos, se valían de ellos contra nosotros. 29

Opino, pues, yo al menos, que es menester que reflexionéis también sobre aquello: que en el caso de que vosotros no acojáis a los megalopolitas, si llegan a ser eliminados y dispersados[19], a los lacedemonios les es posible al punto ser poderosos; si se salvan, por el contrario —como ya ha acontecido en algún caso incluso contra toda esperanza—, serán con plena justicia firmes aliados de los tebanos; en cambio, si les acogéis, resultará que su salvación se deberá ya de entrada a vosotros, y las consecuencias de ello, examinémoslas, trasladando a otros casos la evaluación del riesgo, del lado de los tebanos y del 30
de los lacedemonios. Pues bien; si los tebanos son 31
derrotados definitivamente, como les corresponde por necesidad, los lacedemonios no tendrán un poder mayor de lo debido, al tener como adversarios a éstos, los arcadios, que habitan cerca de ellos[20]. Pero si los tebanos se recobran y resultan salvos, pese a todo serán más débiles por habérsenos convertido éstos en aliados y haber sido salvados gracias a nosotros. De modo que desde todo punto de vista conviene que ni nosotros abandonemos a los arcadlos, ni, si acaso éstos se salvan, den la impresión de haber salido bien parados gracias a ellos mismos o cualesquiera otros, sino gracias a nosotros.

Así pues, yo, varones, atenienses, por los dioses, he hablado no movido por particulares sentimientos de amistad u odio hacia ninguna de las dos partes, sino en la línea de lo que estimo os conviene; y os exhorto a que no abandonéis a los megalopolitas ni, en una palabra, dejéis a nadie, que sea débil, en manos del más fuerte. 32

XVII

SOBRE EL TRATADO CON ALEJANDRO

INTRODUCCIÓN

Después de la batalla de Queronea, Grecia se encontró con una paz impuesta y garantizada por los macedonios. La libertad de las ciudades griegas sucumbió en esta famosa confrontación, que tuvo lugar en el 338 a. C. A partir de este momento, las ciudades helénicas quedaron agrupadas, por voluntad del vencedor, en una confederación que tenía su sede en Corinto, donde se reunía el consejo federal. Un tratado obligaba a estas ciudades a mantener la paz entre ellas y respetar sus respectivas constituciones; el nuevo objetivo de la confederación era ahora, porque así lo disponía Macedonia, el imperio persa. Es, pues, claro que primeramente Filipo y luego Alejandro dominaban realmente la confederación. En efecto, en distintos puntos de Grecia iban restableciéndose, merced al apoyo macedonio, las viejas tiranías, mientras los regímenes democráticos, pese a que aún persistía la autonomía de las ciudades confederadas, iban sintiéndose cada vez más amenazados.

Durante el reinado de Alejandro, que sucedió a su padre en el trono, al ser este último asesinado dos años después de la batalla de Queronea, es decir, en el 336 a. C.,

Atenas intentó en varias ocasiones reconquistar por las armas la libertad perdida; fue precisamente en una de ellas cuando se pronunció este discurso, probablemente antes de que Alejandro destruyera Tebas.

Muchos críticos antiguos negaron la atribución de este discurso a Demóstenes por considerarlo más bien obra de Hiperides o Hegesipo. Quienquiera que haya sido su autor, lo cierto es que Demóstenes difícilmente pudo haber compuesto semejante pieza oratoria, pues carece de cualquiera de los rasgos típicos de la elocuencia demosténica: ni la disposición del argumento, ni la selección de los vocablos, ni la estructura de los períodos, ni el tono de la alocución encajan dentro de lo que por estilo de Demóstenes entendemos. Hay en este discurso algunos neologismos que a los críticos antiguos hicieron pensar que el autor pudiera ser concretamente Hiperides, a quien Hermógenes reprochaba no ser cauteloso en la elección del léxico, sino, por el contrario, osado, al atreverse sin empacho alguno a emplear determinados términos en solitario.

Por lo demás, el discurso en cuestión, aunque no sea obra de nuestro orador, no por ello deja de ser interesante: es un documento histórico de primer orden, a través del cual penetramos en la situación política y en las aspiraciones de las ciudades griegas en una época de transición histórica en que el mundo helénico: se debate entre la añoranza de la libertad del pasado y el nuevo imperio que se le viene encima. Y, por otro lado, no carece el discurso de cierta energía en algunos; pasajes; por ejemplo, cuando se evoca el recuerdo de los Pisistrátidas, o al preguntar el orador si el Macedonio está también en posesión del poder de ser perjuro, o cuando, ya al final, se exhorta al pueblo ateniense a realizar el supremo esfuerzo para lograr la libertad.

ARGUMENTO DE LIBANIO

Como Alejandro el Macedonio había restablecido en Mesenia a los hijos del tirano Filíades, se denuncia esa acción como infracción del tratado convenido con los atenienses y los griegos; y afirma que los macedonios han transgredido el tratado también en otros muchos puntos y exhorta a no desentenderse de esas infracciones.

El discurso da la impresión de ser espurio; pues no se parece por su conformación a los demás de Demóstenes, sino que más bien se acerca al estilo de Hiperides, entre otras razones porque contiene ciertas expresiones que convienen a aquél más que a Demóstenes, por ejemplo: *neóploutoi* («nuevos ricos») y *bdelyreúsetai* («se comportará asquerosamente»).

Justo es, varones atenienses, acoger con máximo 1
agrado la conducta de quienes con insistencia exhortan a perseverar en los juramentos y el tratado, si lo hacen con pleno convencimiento; pues estimo que a gentes que se rigen por constitución popular nada conviene tanto como el celo por la equidad y la justicia. Es menester, por consiguiente, que los que con tanto empeño os invitan a seguir esa conducta, no os enojen abusando de discursos, para hacer luego más bien todo lo contrario, sino que, aceptando hoy el examen de sus principios, o bien para el futuro os mantengan en la postura de asentimiento respecto de esos puntos, o bien, retirándose, dejen dar consejos a quienes con más verdad se manifiestan en relación con las
normas de justicia; con el fin de que o soportéis 2
voluntariamente ser objeto de atropello y esta misma sumisión se la concedáis graciosamente al que os agravia, o bien, decididos a poner la justicia por encima de cualquier otra reivindicación, hagáis uso de vuestros intereses en vuestras relaciones con todos, sin incurrir en reproches y ya sin vacilación ninguna. Ahora bien, partiendo de la observación de los términos mismos del tratado y de los juramentos relativos a la paz común[1], os será posible ver ya quiénes son los que los han infringido; eso es lo que os voy a mostrar en forma tan concisa como lo permita la importancia de los hechos.

Ahora bien, si se os preguntara, varones atenienses, qué es lo que os indignaría en mayor grado en el caso de que se tratara de obligaros a ello, imagino que seria el hecho de que si los Pisistrátidas[2] vivieran en el tiempo presente y alguien intentara forzaros a restaurarlos aquí, arrebatando vosotros las armas, arrostraríais todo peligro antes de darles acogida, o, en el caso de que la consintieseis, serviríais como esclavos comprados por dinero, tanto más, cuanto que al esclavo nadie lo mataría intencionadamente, mientras que a los que están sujetos a una tiranía es posible verlos perecer sin juicio y sufrir 3
ultrajes en las personas de sus hijos y de sus mujeres. Pues bien, cuando, contra los juramentos y el tratado establecido por escrito en la paz general, Alejandro restauró en Mesenia a los hijos de Filíades[3], que eran verdaderos tiranos, ¿acaso se paró a reflexionar en la justicia? ¿No puso, más bien, en práctica su propio hábito tiránico haciendo poco caso de vosotros y del común acuerdo? No 4
es, pues, admisible que os irritéis con máxima indignación, si a vosotros se os impusiesen esas coacciones, y, en cambio, no os guardéis, si se han producido en otro lugar contra los juramentos que se os han prestado; ni que algunos aquí nos exhorten a que permanezcamos fieles a los juramentos, y a los que tan notoriamente los han 5
violado, les dejen esa facultad. Sin embargo, no es posible que ello sea así, si estáis dispuestos a valeros de la justicia; pues, en efecto, está escrito, además, en el tratado que sea enemigo de todos los miembros que participan de la paz aquel que obre precisamente como lo ha hecho Alejandro, y de la misma manera se considere a su territorio y todos emprendan una campaña contra él. Así pues, si ponemos en práctica lo establecido, trataremos como enemigo al 6
restaurador de los tiranos. Pero podrían decir esos partidarios de la tiranía[4], ciertamente, que, antes de que se concluyera el tratado, eran ya tiranos de los mesenios los hijos de Filíades; y que, por eso precisamente, Alejandro los restauró. Pero el argumento es ridículo: 7

expulsar a los tiranos de Lesbos —como por ejemplo, a los
de Antisa y Ereso—, por ser una injusticia esta
constitución[5], aunque ejercieron su poder con
anterioridad al tratado, y sin embargo, imaginar que en
Mesenia la cosa es diferente, cuando allí prevalece el
mismo enojoso sistema. Luego, también ordena el tratado, 8
justamente al principio, que sean libres e independientes
los griegos. Por lo cual precisamente, ¿cómo no va a ser el
colmo de lo absurdo que a la cabeza del tratado figuren la
libertad y la independencia y, por otro lado, no se
considere que ha obrado en contra de los compromisos
comunes al que ha establecido un régimen político de
servidumbre? Así pues, varones atenienses, si vamos a
permanecer fieles al tratado y a los juramentos, y a hacer
lo que es justo (a lo que se os exhorta —como hace poco
dije—), nos es necesario tomar las armas y emprender una
campaña contra los transgresores en compañía de quienes 9
se nos quieran unir. ¿O pensáis que la oportunidad tiene
alguna vez tan gran vigor como para permitir obrar con
vistas al interés sin atender a la justicia, y hoy, en cambio,
cuando concurren en el mismo punto a la vez la justicia, la
oportunidad y el interés, vais a esperar alguna otra ocasión
para tratar de conseguir vuestra libertad y la de los demás
griegos?

Paso a otro punto de entera justicia, de entre los 10
establecidos en el tratado. Está escrito, en efecto, que si
algunas de las partes disuelven las constituciones vigentes
en las distintas ciudades cuando prestaban juramentos
referentes a la paz, sean considerados enemigos de todos
los partícipes del tratado de paz. Pero observad, varones
atenienses, que los aqueos del Peloponeso se regían por
constitución democrática y que, de ellos, a los de Pelene se
la ha destruido ahora el Macedonio tras haber expulsado a
la mayor parte de los ciudadanos y haber entregado las
posesiones de éstos a sus siervos e impuesto a Querón[6] el
luchador en calidad de tirano. Ahora bien, nosotros 11

participamos del tratado de paz que ordena considerar enemigos a los que así obran. Entonces, a la vista de esto, ¿obedeceremos esas instrucciones y los trataremos como enemigos, o se comportará alguien asquerosamente diciendo que no, algunos de esos que reciben paga del Macedonio y se han enriquecido para mal vuestro? Pues, al menos, nada de esto les ha pasado desapercibido; pero han 12
llegado a tal grado de insolencia, que, teniendo como guardias de corps a efectivos militares del tirano, os exhortan insistentemente a que observéis los juramentos violados, como si aquél estuviera investido de autoridad para el perjurio, y os fuerzan a abolir vuestras propias leyes, poniendo en libertad a los que han sido condenados por vuestros tribunales de justicia y obligándoos a cometer otras tantas ilegalidades del mismo género. Y es natural que así actúen; pues a los que se han vendido a intereses 13
contrarios a los de la patria no les es posible preocuparse por leyes ni por juramentos; tan sólo abusan de los nombres de los unos y de los otros y así engañan a los que se reúnen aquí en asamblea para pasar el rato y no para examinar asuntos, quienes estiman que la tranquilidad del instante presente no ha de ser nunca causa de enorme confusión. Pero yo, al menos, os exhorto, como dije 14
previamente al comienzo, a que hagáis caso a ésos que andan diciendo que es menester observar los convenios establecidos en común, a no ser que, cuando dicen que hay que mantenerse fieles a los juramentos, entiendan que éstos no establecen que no se sufra ningún atropello, y piensen que nadie se dará cuenta de ello, cuando se van instalando tiranías en el lugar de los regímenes democráticos y están siendo destruidas las constituciones de las ciudades.

Pero lo que es aún mucho más ridículo: figura en el 15
texto del tratado que los miembros del consejo general[7] y los magistrados encargados de la defensa común se preocupen de que en las ciudades que participan en el

tratado de paz no se produzcan ejecuciones ni destierros en disconformidad con las leyes vigentes en las ciudades, ni confiscaciones, ni repartos de tierra, ni remisiones de deudas, ni emancipaciones de esclavos con fines revolucionarios. Ahora bien, éstos están tan lejos de evitar algo de todo ello, que incluso coadyuvan a que se lleve a cabo. ¿Cómo negar que merecen ser castigados con pena de muerte? Ellos que tan terribles calamidades preparan en las ciudades, que, por ser tan graves, se encomendó no pasarlas por alto a un cuerpo tan numeroso como el que ellos forman.

Y todavía señalaré otro elemento que ha producido la 16
disolución del tratado. Está escrito en él que no sea lícito que de ninguna de las ciudades partícipes de la paz partan exiliados portando armas, en son de guerra, contra cualquiera de las ciudades que comparten la paz; y, en caso contrario, quede excluida del tratado la ciudad de la que partan. Ahora bien, el Macedonio ha empuñado las armas con tanta facilidad, que ni siquiera las ha depuesto hasta ahora; antes bien, todavía en estos momentos, incluso, va de acá para allá con las armas en la mano cuanto puede, y tanto más ahora que antes, cuanto que por una orden suya ha reinstalado en diversos lugares a varios exiliados, y,
concretamente, en Sición al maestro de gimnasia[8]. Por 17
tanto, si es menester dar aquiescencia a los acuerdos en común estipulados, como éstos sostienen, quedan para nosotros fuera del tratado las ciudades que han realizado estas acciones; pues bien, si hay que encubrir la verdad, no hay que decir en absoluto que éstas son las ciudades macedónicas. Pero si los que son servidores del Macedonio en contra de vuestros intereses no dejan de exigir que se pongan en práctica los acuerdos del tratado conjunto, hagámosles caso, puesto que sostienen lo cabal, y de acuerdo con lo que ordena el juramento, después de haberlos excluido del tratado, deliberemos sobre la manera en que hay que tratar con quienes muestran una

disposición tan señoreadora e insolente y no cesan de tender insidias, dar órdenes y burlarse de la paz general. Pues, ¿con qué argumentos sostendrán éstos que eso no es 18
así necesariamente? ¿O pretenden que el acuerdo, si va contra la ciudad, es justo, mientras que, si tiende a su salvación, no lo consentirán? ¿Acaso es justo que suceda esto? ¿Y si algún punto hay en el juramento que favorezca a nuestros enemigos en contra de nuestra ciudad, eso lo harán valer siempre en firme; en cambio, si algo es a la vez justo y conveniente para nosotros, pero desfavorable para ellos, pensarán que contra eso están obligados a luchar continuamente sin cesar nunca?

Y para que veáis con mayor claridad aún que ninguno 19
de entre los griegos os reprochará nunca haber transgredido alguna de las cláusulas del tratado conjunto, sino que incluso os mostrará gratitud por ser los únicos que habéis denunciado a los que lo hacían, abordaré ahora unos pocos de los muchos puntos que se podrían mencionar. En el tratado está escrito, como sabéis sin duda, que todos los que participan de la paz pueden navegar por mar, sin que nadie se lo estorbe ni conduzca a puerto por la fuerza a ningún barco de alguno de ellos; y que, si alguien obra en contra de este acuerdo, será tenido como enemigo por 20
todos los que toman parte en la paz. Pues bien, varones atenienses, habéis visto clarísimamente que esto ha sido llevado a cabo por los macedonios; pues han llegado a tal grado de arrogancia, que forzaron a arribar al puerto de Ténedos a todos los navíos mercantes[9] procedentes del Ponto y no dejaron de acecharlos hasta que vosotros no votasteis un decreto en que decidíais equipar cien trirremes y botarlas inmediatamente entonces, y establecisteis al frente de ellas en calidad de general a Menesteo. ¿Cómo 21
entonces no va a ser extraño que tantas y tan serias sean las violaciones cometidas por otros, y que sus amigos de aquí, sin embargo, no intenten apartar a los transgresores, sino que os aconsejen manteneros fieles a los términos de los

que tan poco caso se está haciendo? Como si hubiese en el tratado una cláusula suplementaria que permitiese a algunos hacer caso omiso de ellos y a otros, en cambio, les negase la posibilidad de defenderse. Pero ¿cómo negar que 22
aquéllos, al mismo tiempo que delinquían, eran estúpidos, cuando cometieron una violación de los juramentos tan enorme que a punto estuvo de despojarles con todo derecho de la hegemonía sobre el mar? Y todavía en estos momentos nos han brindado el derecho de obrar así sin incurrir en reproche, cuando queramos actuar; pues no por haber puesto fin a sus delitos, han dejado un tanto de 23
infringir los acuerdos comunes. Pero tienen suerte, porque pueden abusar de vuestra indolencia, que se obstina en no obtener provecho ni de los propios derechos. Y eso es lo que resulta ser la cosa más insolente, que mientras los demás griegos y todos los bárbaros temen incurrir en enemistad con vosotros, estos nuevos ricos son los únicos que os fuerzan a despreciaros a vosotros mismos, unas veces mediante la persuasión, otras por la coacción, como si realizasen funciones públicas entre gentes de Abdera o Maronea[10] y no atenienses. Y al mismo tiempo que debilitan vuestras fuerzas y robustecen las de vuestros 24
enemigos, admiten, sin darse cuenta de ello, que nuestra ciudad es irresistible, al exhortarla a observar la legalidad a despecho de la legalidad, como si pudiera vencer fácilmente a sus enemigos si se decidiera a obrar según sus intereses. Y es natural que ésta sea su actitud; pues 25
mientras sea posible ser señores indiscutibles del mar, incluso solos, será posible encontrar otras defensas más sólidas en tierra además de las fuerzas ya existentes, especialmente cuando, por un lance favorable de la fortuna, han sido suprimidos los que recibían protección personal por parte de los ejércitos del tirano y algunos de ellos han perecido y otros se han manifestado como gente de ningún precio.

Tal fue, pues, por lo que se refiere a los navíos, además de los otros delitos antes enumerados, la violación del tratado cometida por el Macedonio. Pero el acto más ultrajante y despreciativo de los macedonios es el que ha tenido lugar poco ha: haberse atrevido a penetrar en el Pireo al margen de los acuerdos mutuos que concertamos con ellos. Y ello no ha de ser considerado asunto insignificante, varones atenienses, por el hecho de que se trataba de una sola trirreme, sino un experimento para ver si nos desentendíamos del asunto y en ese caso les fuera posible hacer lo mismo con mayor número de navíos, y una prueba de que no se preocuparon de las resoluciones comunes, como tampoco de las anteriormente mencionadas. Pues, que eso era una paulatina intrusión y 27
una maniobra encaminada a acostumbramos a soportar semejantes incursiones es evidente también a partir de las siguientes consideraciones: pues, por el hecho de que el hombre que navegaba en el barco —que habría debido ser eliminado por vosotros con trirreme y todo— os pidiera que se le permitiese construir pequeñas embarcaciones en nuestros puertos, ¿cómo no va a resultar totalmente claro que los macedonios tramaban no tanto entrar en el puerto como estar dentro de él desde el principio? Y si nosotros toleráramos las pequeñas embarcaciones, poco después serían también los trirremes: y si al principio pocos, luego 28
serían numerosos. Porque no cabe alegar que en Atenas abundan las maderas para la construcción de naves, cuando las importamos con grandes dificultades y de lejanos lugares, mientras que en Macedonia son escasas, región que las procura a bajísimo precio incluso a todos los que las quieran. Lo que ellos pensaban era, a la vez, construir aquí embarcaciones y equiparlas en nuestro puerto, pese a que en el tratado conjunto está estipulado explícitamente que nada de ese estilo se permita y se imaginaban que realizar eso cada vez iba a estar más en su poder[11]. Con 29
tal menosprecio tratan ellos a la ciudad en todos los aspectos, merced a los que desde aquí son sus maestros,

que les sugieren lo que hay que hacer; y así han advertido con la ayuda de ésos un indescriptible relajo y molicie en nuestra ciudad y que en ella no hay previsión ninguna del futuro ni a nadie se le ocurre considerar en qué forma el tirano se vale de los acuerdos comunes. A estos acuerdos 30
yo os recomiendo que os mantengáis fieles, varones atenienses, en las condiciones que he expuesto, y podría aseguraros, como me consiente la edad que tengo, que ejerceremos nuestros derechos sin que se nos reproche nada y a la vez nos valdremos, con la máxima seguridad, de las circunstancias propicias que nos apremian a ir en pos de nuestros intereses. Pues, en efecto, en el tratado hay una cláusula añadida como apéndice, que reza: «si queremos tener parte en la paz común»; ahora bien, ese «si queremos» indica también lo contrario al mismo tiempo, si acaso nos vemos obligados a dejar de ser vergonzosamente seguidores de otros o a no recordar tan siquiera ninguno de esos títulos de gloria que desde muy antiguo, en muy gran número, superior al de cualquier otro pueblo, nos corresponden. Así pues, varones atenienses, si lo mandáis, haré la propuesta de emprender la guerra, según prescribe el tratado, contra sus transgresores.

XVIII

SOBRE LA CORONA. EN DEFENSA DE CTESIFONTE

INTRODUCCIÓN

Este discurso de Demóstenes —*Sobre la corona. En defensa de Ctesifonte*— es una magistral pieza oratoria, de perfección no igualada por obra alguna del mismo género desde el año en que fue pronunciada (330 a. C.) hasta nuestros días.

El año 330 a. C. señala, pues, un hito importante en la oratoria de todos los tiempos, pues fue en esa fecha cuando un jurado compuesto por más de quinientos ciudadanos atenienses escuchó de boca del gran orador tan sorprendente alocución.

Unos seis años antes, Ctesifonte había conseguido en el Consejo que, a propuesta suya, éste aprobase un decreto provisional (necesitado, por tanto, de la ratificación de la Asamblea) en virtud del cual se reconocían y premiaban debidamente los servicios públicos de Demóstenes con la concesión de una corona de oro, recompensa que no se le otorgaba en esta ocasión por vez primera.

Pero la enemistad de Esquines hacia nuestro orador no tardó en dejarse sentir; antes bien, de inmediato presentó contra Ctesifonte una acusación de ilegalidad. Era ilegal la propuesta de gratificar a Demóstenes con una corona de

oro —argüía Esquines— por tres razones principales: en primer lugar, porque pretendía recompensar con una corona a un ciudadano que todavía ocupaba un cargo de responsabilidad pública y aún no había rendido cuentas de su gestión al pueblo. En segundo término, porque en la propuesta se solicitaba que el galardón otorgado se proclamase en el Teatro durante las fiestas Dionisias y no en la Asamblea del pueblo, donde, según las leyes, debían proclamarse las coronas decretadas. Por último, porque los decretos y documentos oficiales no debían contener falsedades, y era falso, a juicio del acusador, que nuestro orador hubiese beneficiado de palabra u obra a la ciudad de los atenienses.

De los dos primeros cargos hizo Demóstenes poco caso en su defensa (§§ 110-121 del *Sobre la corona*); muy hábilmente, en cambio, centró su discurso en la nobleza y el patriotismo de su actuación como hombre de estado.

La verdad es que toda la actividad política de nuestro orador no fue sino un valeroso y honrado esfuerzo personal por recuperar las glorias perdidas de la Atenas de antaño, que él encontró sumida en penoso abatimiento.

En efecto, con la política de Aristofonte y Eubulo Atenas había llegado a perder toda moral de victoria y hasta la confianza en sí misma. Se pensaba, en la ciudad de Atenas, que el enemigo de esa *pólis* era el rey persa Artajerjes III Oco, mientras, a expensas de ese error de visión política, Filipo de Macedonia iba incrementando día a día su poder en Grecia.

Fue Demóstenes quien con su palabra elocuente se encargó de aclarar las ideas al pueblo ateniense. Valientemente, desde la oposición, trazó las líneas directrices de su actuación futura en el discurso *Sobre las sinmorías*, del 354 a. C., fecha de su primera aparición en la liza política. Más tarde, prestó grandes servicios a su patria apoyando a los megalopolitas, amenazados por

Esparta (*En defensa de los megalopolitas*); atacando la propuesta de Aristócrates en la que éste solicitaba conceder protección especial a Caridemo (*Contra Aristócrates*); afrontando con visión de futuro la cuestión macedónica (*Contra Filipo, I*) y exhortando a sus conciudadanos a prestar ayuda a los rodios (*Por la libertad de los rodios*), movido por el propósito de adoptar una política nacional émula de la vigente en la gloriosa Atenas del pasado.

Pero sus buenos consejos chocaron con la apatía e indolencia de sus destinatarios, quienes, con tal actitud, permitieron a Filipo tomar Olinto en el 348 a. C. y condenaron a Atenas a una serie de irrecuperables descalabros. Dos años más tarde, el 346 a. C., tuvo lugar la «paz de Filócrates». En esta misma fecha acuden a Pela —capital del reino macedónico— Demóstenes y Esquines formando parte de una embajada para la paz, y de allí regresaron el uno más hostil al rey que nunca y el otro convertido en amigo y colaborador del Macedonio. Una vez votada la «paz de Filócrates», se decidió en Atenas que Filipo la ratificase, lo que dio lugar a la segunda embajada ateniense enviada al monarca de Macedonia; y de nuevo coincidieron en ella nuestro orador y su irreconciliable enemigo. Pero cuando volvieron los embajadores, en una sesión de la Asamblea tomó la palabra Esquines para comunicar que Filipo había llegado a los Termopilas. No sólo esto era cierto, sino que, además, tal y como había previsto Demóstenes, no tardó mucho el monarca macedonio en ocupar Fócide. En Atenas, al conocerse estas noticias, el pueblo se alarmó y se conmovió fuertemente. Una vez más nuestro orador hizo gala de sensatez y patriotismo sincero recomendando a los atenienses mantener la calma y salvaguardar la paz.

Más tarde, Esquines fue cayendo poco a poco en descrédito, como la prueban los procesos de Antifonte, el asunto de *Delos* y la defensa que hizo de Filócrates,

acusado por Hiperides de alta traición. Bien es verdad que fue absuelto en el proceso que, a propósito de la segunda embajada a Filipo, le promovió Demóstenes, pero salió de él indemne por escaso número de votos. El mismo Macedonio encuentra, merced al infatigable esfuerzo de Demóstenes, serias dificultades en su política de expansión, y una mayor oposición en Atenas. En el 342 a. C. cede Filipo, a título de regalo, el Haloneso y está dispuesto a someterse juntamente con Atenas a un arbitraje respecto de la posesión de las ciudades tracias y el Quersoneso. Como es conocido, Hegesipo y Demóstenes atacaron con éxito esos intentos. Un año más tarde, nuestro orador defiende a Diopites, que, desempeñando el cargo de comandante militar en el Quersoneso, había saqueado dos ciudades de los macedonios y vendido como esclavos a sus habitantes. En esta defensa, el discurso titulado *Sobre los asuntos del Quersoneso*, se enfrentó Demóstenes a las protestas de Filipo coreadas en Atenas por el partido filomacedonio. Unas semanas más tarde, exhorta a sus conciudadanos a salvaguardar su propia independencia oponiéndose a la agresiva política de Filipo (*Contra Filipo, III*), exhortación que encontró buena acogida por parte del pueblo y provocó la caída del partido de Eubulo, quien cedió el puesto al gran orador. Éste promovió y llevó a efecto expediciones militares a Proconeso, el Quersoneso y Ténedos; personalmente acudió como embajador a Tracia, donde a la sazón se encontraba Filipo haciendo la guerra, y al Helesponto; concluyó una alianza con Bizancio y Abido; con Calias de Cálcide recorrió por tercera vez el Peloponeso en busca de alianzas y envió por doquier mensajeros en solicitud de ayuda. De este modo logró constituir una liga antimacedónica integrada por muchos estados griegos. Sobre esta base previa se lanzó a la acción: Eubea fue liberada, libró del asedio a que estaban sometidas, a Perinto y Bizancio, y declaró formalmente la guerra a Filipo. Se comprende, pues, que, a propuesta de Aristónico, Demóstenes fuera coronado.

Seguidamente pasa nuestro orador a ocupar importantes cargos en la política de Atenas y en ellos obtiene espectaculares éxitos: realiza notables mejoras en la marina ateniense, presenta y hace triunfar la ley trierárquica y, en el 339 a. C., impone la reforma financiera acompañada de la abolición de la ley de Eubulo respecto del *theorikón* o «fondos para los espectáculos».

Pero Esquines tampoco pierde el tiempo; por el contrario, recurre ya abiertamente a la traición: nombrado pilágoro de la Anfictionía délfica, a fuerza de intrigas y conspiraciones, en las que fue secundado por los demás miembros del partido promacedonio, consigue que Filipo sea nombrado comandante en jefe de la federación anfictiónica. Ocupando tal cargo, debía el Macedonio poner fin a la guerra decretada contra los locrios de Anfisa, que habían violado el sagrado territorio de Cirra. Esa misión proporcionaba al ambicioso monarca la oportunidad de intervenir de lleno en los asuntos de Grecia y de dirigirlos a su gusto. En efecto, así ocurrió: a la cabeza de un numeroso ejército, hace huir a los tebanos, que intentaban cerrarle el paso; destruye Anfisa y ocupa Elatea. Conocida en Atenas la noticia de esta ocupación, cundió el pánico y a duras penas logró Demóstenes restablecer la calma. Lo consiguió, no obstante, y fue entonces cuando propuso la alianza con Tebas, propuesta que, contra todo pronóstico, los atenienses aceptaron entusiásticamente. Así pues, los ejércitos de las dos ciudades aliadas ocuparon Fócide y consiguieron el apoyo y esfuerzo de corintios y aqueos. El nuevo ejército de los confederados obtuvo un par de triunfos luchando contra los macedonios, por lo que nuestro orador fue coronado por segunda vez. Pero no tardó en llegar la amarga decepción: pocos días después de los dos éxitos iniciales tuvo lugar la batalla de Queronea (338 a. C.), en la que atenienses y tebanos fueron totalmente derrotados. Se

había alzado con la victoria el Macedonio y Demóstenes había fracasado.

Sin embargo, Atenas no había perdido la confianza en su esforzado valedor. Antes bien, le fueron confiados importantes encargos: fue él, y no Esquines, quien pronunció el epitafio en honor de los caídos en Queronea; sus conciudadanos le absolvieron en los numerosos procesos que contra él entablaron sus enemigos. Después del primer congreso de Corinto (338 a. C.), propuso el orador eximio restaurar los muros de Atenas ante el peligro de una invasión del Ática. Semejante obra debía ser realizada a expensas de los fondos públicos y dividida en diez fracciones —una por tribu—; a la cabeza de cada una de ellas figuraba un comisario encargado de la construcción de la muralla. Demóstenes fue el comisario de su tribu, la Pandiónide, y no se contentó con poner gran celo en las reparaciones de la sección del muro que se le había asignado (la de la zona del Pireo), sino que, además, hizo excavar ante la muralla una fosa. Y como el gasto de esta su esmerada labor sobrepasaba la suma de los diez talentos asignados por el pueblo, añadió de su propio dinero cien minas, que adjudicó graciosamente al estado. Hizo también donación generosa de dinero a la caja del *theorikón*, de la que era presidente.

Por estas dádivas desinteresadamente otorgadas y por el reconocido patriotismo de nuestro orador, Ctesifonte, hijo de Leóstenes, del demo de Anaflisto, presentó ante el Consejo, el año 336 a. C., la propuesta de premiar a Demóstenes con una corona de oro.

Bajo esta moción de Ctesifonte se ocultaba, obviamente, un claro propósito: el de propalar por toda Grecia que la política del gran orador, pese a la derrota final, había sido la acertada, razón por la que los ciudadanos de Atenas le otorgaban merecida recompensa.

Este mismo año, Esquines arremetió contra Ctesifonte acusándole de haber formulado una propuesta ilegal. La proposición del uno y la acusación del otro fueron presentadas, pues, durante el arcontado de Frínico, casi dos años después de la infausta batalla de Queronea y poco antes de la muerte de Filipo, que aconteció en el 336 a. C. Pero el enfrentamiento no se resolvió judicialmente, sino seis años más tarde, en el 330 a. C., bajo el arcontado de Aristofonte.

La causa de esta dilación fue, tal vez, el pánico de Atenas ante la tremenda represión llevada a cabo por el joven monarca sucesor de Filipo, Alejandro, que había aplastado brutalmente la sublevación de los tebanos destruyendo Tebas (335 a. C.).

En el proceso acerca de la corona, por consiguiente, se enfrentan dos grandes oradores, pero también dos partidos y dos políticas irreconciliables. El pueblo de Atenas decidió que triunfase Demóstenes, haciendo con ello honor a la justicia.

ARGUMENTO DE LIBANIO

Nuestro orador erigió una muralla, para protección de los atenienses, más 1
infrangible y mejor que las usuales y construidas con las manos: la buena
voluntad hacia la ciudad y su destreza en los discursos, como él mismo ha
dicho: «no con piedras y ladrillos fortifiqué Atenas, sino con grandes
contingentes de tropas y muchas alianzas, unas por tierra y otras por mar». Y no
sólo esto, sino que también contribuyó en no escasa medida ayudando a la
ciudad en la construcción real de su contorno amurallado. Pues, deteriorada la
muralla de Atenas en muchas de sus partes, una vez que se decidió restaurarla,
fueron elegidos para la labor diez hombres, uno de cada tribu, quienes debían
encargarse sencillamente de la supervisión; pues el desembolso se hacía con 2
fondos públicos. Pues bien, uno de ellos fue nuestro orador, quien no sólo
contribuyó al servicio con su vigilancia, al igual que los demás, sino que
concluyó el trabajo de forma irreprochable y dio el dinero a la ciudad
tomándolo de su propio peculio. Elogió el Consejo ese gesto suyo de buena
voluntad y correspondió a su celo con una corona de oro; pues los atenienses
estaban bien dispuestos a demostrar agradecimiento a quienes les concedían 3
beneficios. Y fue Ctesifonte quien expresó la opinión de que se debía coronar a
Demóstenes con ocasión de las fiestas Dionisias, en un lugar como el teatro de

Dioniso y a la vista de todos los griegos a quienes la fiesta hubiese reunido; y
que ante ellos el heraldo debía proclamar que la ciudad coronaba a Demóstenes,
hijo de Demóstenes, del demo de Peania, por todos sus méritos y su buena 4
voluntad para con ella. Era, por tanto, una admirable recompensa desde todos
los puntos de vista; razón por la cual, precisamente, la envidia puso su mano en
ella y del decreto resultó una acusación de ilegalidad. Pues Esquines, que era
enemigo de Demóstenes, presentó una demanda de juicio por ilegalidad contra
Ctesifonte, alegando que como Demóstenes había sido arconte y no rindió
cuentas, estaba obligado a responder de ellas, mas la ley ordenaba que a los
sujetos a tal responsabilidad no se les coronase; y, además, invocaba una ley
que ordenaba que en el caso de que el pueblo de los atenienses coronase a
alguien, la corona fuese proclamada en la Asamblea, y en el caso de que lo
hiciese el Consejo, en la sede de las reuniones del Consejo; en algún otro lugar, 5
empero, no fuese lícito. Afirma, además, que los elogios recaídos sobre
Demóstenes son falsos; pues el orador no ha llevado a cabo una buena gestión
de los asuntos públicos; antes bien, es incluso un hombre venal y causante de
muchos males para la ciudad. Y de este orden precisamente se ha valido
Esquines en su acusación: en primer lugar habló acerca de la ley de los
magistrados sometidos a rendición de cuentas; en segundo término, acerca de la
ley de las proclamaciones, y en tercer lugar, sobre su actuación en el gobierno;
y pidió que también Demóstenes observara el mismo orden. Pero el orador no 6
sólo comenzó por la cuestión de su gestión de los asuntos públicos, sino que,
además, volviendo a ella acabó su discurso, obrando así de acuerdo con las
reglas del arte: pues hay que comenzar por los más fuertes argumentos y
terminar en ellos; y en el medio ha colocado los asuntos referentes a las leyes, y
a la que concierne a los magistrados obligados a rendir cuentas opone
interpretaciones, y a la que versa sobre las proclamaciones enfrenta otra ley o,
como él mismo dice, parte de una ley, en la cual está permitido que incluso en el
teatro se haga una proclamación si el pueblo o la Asamblea así lo decretaran.

OTRO ARGUMENTO

Los atenienses y los tebanos, luchando contra Filipo en Queronea, ciudad de 1
Beocia, fueron derrotados. Así pues, el Macedonio, tras haber vencido,
estableció una guarnición en Tebas y mantenía esclavizada, bajo su control, la
ciudad. Y esperando los atenienses sufrir el mismo trato y sospechando que el
tirano no tardaría ya en llegar para atacarles, pensaron en restaurar las partes de
la muralla dañadas por el paso del tiempo y, así, de cada tribu fueron propuestos
comisarios de fortificaciones. De tal manera, también la tribu Pandiónide eligió
de entre sus propios miembros a nuestro orador para ese servicio. Pues bien:
estando ya el trabajo en marcha, necesitando el orador todavía más dinero,
además del que había sido consignado por la ciudad, lo gastó extrayéndolo de
sus propios fondos y no se lo computó a la ciudad, sino que se lo donó.
Tomando esa acción como fundamento, Ctesifonte, uno de los ciudadanos 2
partícipes en la gestión pública, propuso acerca de él en el Consejo la moción
siguiente: «Toda vez que Demóstenes, hijo de Demóstenes, viene mostrando a
lo largo de toda su vida devoción hacia la ciudad, y actualmente, en calidad de
comisario de fortificaciones, como quiera que necesitase dinero, lo proporcionó
de su peculio e hizo de él donación, por ello tengan a bien el Consejo y el

pueblo de los atenienses coronarlo con corona de oro, en el teatro y con ocasión
de la representación de las nuevas tragedias» [tal vez cuando las masas 3
concurren deseosas de ver las nuevas obras teatrales]. Introducida, pues,
también ante el pueblo esa moción, se erige en acusador de Ctesifonte Esquines,
que era enemigo de él a raíz de la gestión de los asuntos públicos, arguyendo
que el decreto era ilegal respecto de tres leyes: una, la que ordena que quien está
sometido a rendición de cuentas no sea coronado antes de haberlas rendido;
todavía no lo había hecho Demóstenes, afirma, en su calidad de administrador
de los fondos para espectáculos y comisario de fortificaciones, y era menester
aguardar y retener la recompensa hasta que, tras el examen, se le viese libre de 4
toda tacha. En segundo lugar, lee la ley que ordena se haga la coronación en la
Pnix, en la Asamblea, desacreditando, así, a los ciudadanos que aceptaron que
la corona de Demóstenes fuese proclamada en el teatro. La tercera ley
contempla la completa indagación de la vida y la actividad pública de
Demóstenes; pues manda que nunca se introduzcan documentos falsos en el
Metroon, donde se encuentran todos los documentos públicos. Pero Ctesifonte
mintió, sostiene Esquines, al dar testimonio de la buena voluntad y celo de
Demóstenes: pues más bien se le encuentra malévolo y hostil a su patria. A esta 5
última ley, la tercera, que resultaba útil, asiéndose el orador como a un ancla,
derribó al adversario, valiéndose para ello de un procedimiento habilísimo y
tremendo para su acusador: pues por ahí pudo hacer presa en su enemigo y
abatirlo. Porque las otras dos leyes, la de los sometidos a rendición de cuentas y
la de la proclamación, desechándolas, las arrojó a la parte central del discurso,
maniobrando así como astuto general «al haber empujado a los cobardes al
centro»; y, en cambio, emplea su argumento más fuerte en los extremos,
fortificando por uno y otro lado los puntos débiles de las demás partes. Y da la 6
impresión también de que organiza el discurso de acuerdo a su conveniencia y
no hace alarde de su arte en forma desvergonzada en exceso. Pues aunque
parece que en los comienzos pasa por alto la cuestión de la legalidad, es punto
que ha tratado, si bien de otra manera; pues, en efecto, Esquines había leído la
ley referente a los que introducen documentos falsos; y respondiendo a ella
nuestro orador encontró ocasión de sacar a colación sus logros en el ejercicio de
la gestión pública, como si se las hubiera con el asunto de la legalidad. Y tal es
la disposición del discurso; mientras que el fundamento más fuerte para
Esquines es la legalidad, para nuestro orador lo es la justicia, y para ambos, en
pie de igualdad, la conveniencia, objetivo que no es susceptible de
demostración evidente. La disensión versa sobre una cuestión de hecho
recogida en documento; pues el decreto se refiere a un punto especificado. La
acusación había sido depositada cuando Filipo aún vivía, pero el discurso y el 7
juicio datan de la época en que Alejandro le había sucedido en el poder. Pues
cuando murió Filipo y los tebanos, tras recobrar el valor, expulsaron la
guarnición, Alejandro, sintiéndose despreciado, asoló Tebas; luego,
arrepintiéndose de su acción y avergonzado, abandonó Grecia y emprendió
campaña contra los bárbaros. Y los atenienses pensaron que era ocasión
propicia para someter a juicio a los traidores que habían perjudicado a Grecia, y
así se dispuso el tribunal.

En primer lugar, varones atenienses, ruego a los dioses 1
todos y a todas las diosas que cuanta buena voluntad vengo
yo teniendo para con la ciudad y todos vosotros, la obtenga
yo de vuestra parte en igual medida para este proceso;
luego, que lo que en mayor grado os beneficia, a vosotros
y a vuestra piedad y reputación, eso os inspiren los dioses,
a saber: que no llagáis a mi adversario vuestro consejero
acerca de cómo debéis vosotros oírme (que eso sí que sería
reprobable), sino a las leyes y al juramento[1], en cuya 2
redacción, además de todas las otras justas prescripciones,
consta el precepto que os obliga a prestar atención a ambas
partes con imparcialidad. Ello significa no sólo carecer de
todo juicio condenatorio previo y mostrar a los dos igual
favor, sino también permitir que cada uno de los litigantes
haga uso de la disposición y plan de defensa que haya
aprobado y preferido[2].

Pues bien; en muchos puntos me hallo en desventaja 3
con respecto a Esquines por lo que a este pleito se refiere,
pero en dos sobre todo, varones atenienses, que son,
además, de gran importancia; uno, el hecho de que no
litigo por motivos iguales a los de mi adversario, pues no
es lo mismo para mí no alcanzar vuestro favor que para ése
no ganar el proceso, sino que para mí…[3] —no quiero
decir nada de mal agüero al empezar mi discurso—; ése,
en cambio, me acusa con ventaja. El otro, cosa que es
natural disposición de todos los hombres, que las injurias y
acusaciones se escuchan con placer, mientras que se
experimenta disgusto con los que se elogian a sí mismos[4]. 4
De estas dos circunstancias, pues, la que endereza al
agrado le ha sido dada a ése; por el contrario, la que a
todos, por decirlo así, molesta, me queda a mí. Y si, por
tratar de guardarme de ello, no refiero mis realizaciones,
daré la impresión de no poder liberarme de las acusaciones
ni de señalar las razones por las que considero justo recibir
honores públicos; y si paso a lo que he llevado a cabo y a
las gestiones públicas por mí realizadas, me veré forzado a

hablar muchas veces de mi propia persona. Así que trataré de hacerlo con el mayor comedimiento; y en cuanto a lo que el caso en sí me obligue a decir, justo es que la responsabilidad de ello la tenga ése, el que suscitó un pleito de tal índole.

Creo que vosotros todos, varones atenienses,
reconoceréis que este pleito me afecta tanto a mí como a
Ctesifonte y que en nada merece menor diligencia por mi 5
parte; pues sufrir cualquier tipo de pérdida es penoso y
duro, especialmente si ello acontece por causa de un
enemigo; pero en el mayor grado lo es perder vuestra
benevolencia y afectuosidad, por cuanto también el
conseguirlas es señaladísimo logro. Y dado que este debate 6
versa sobre ese punto, os pido y suplico a todos por igual
que me prestéis oído mientras me defiendo de las
acusaciones que se me han hecho, con espíritu de justicia,
como mandan las leyes, cuyo primer legislador, Solón[5],
bien dispuesto hacia vosotros y amigo del pueblo[6], pensó
que era menester fuesen soberanas no sólo por el hecho de
su promulgación, sino también por haberlas jurado los
jueces; y no porque desconfiara de vosotros, al menos 7
según a mí me parece, sino porque veía que no era posible
al acusado pasar de largo por las acusaciones y calumnias
en que, por hablar el primero[7], reside la fuerza del
acusador, a no ser que cada uno de vosotros, los jueces,
observando la piedad debida a los dioses, acoja
benévolamente también los justos alegatos del que habla
en segundo lugar y, ofreciéndose a ambas partes en calidad
de ecuánime e imparcial auditor, elabore de este modo su
veredicto sobre el conjunto de la causa.

A punto de dar cuenta hoy de toda mi vida privada, a lo 8
que parece, y de mis gestiones públicas, quiero de nuevo
invocar a los dioses[8], y ante vosotros les ruego, en primer
lugar, que cuanta buena voluntad vengo yo teniendo para
con la ciudad y con vosotros, tanta esté a mi disposición
por parte vuestra para este proceso, y luego, que lo que os

vaya a aprovechar a vuestra buena reputación en general y a la piedad de cada uno, eso os otorguen juzgar a todos vosotros a propósito de la presente acusación.

Si Esquines hubiera limitado su acusación a los cargos 9
que alegaba en este pleito, también yo me defendería al punto ciñéndome a la resolución previa del Consejo[9]; pero, dado que ha consumido una parte no menor de su discurso en la exposición de lo demás, y al hacerla dirigió contra mí acusaciones falsas en su mayor parte, considero que es necesario y justo al mismo tiempo, varones atenienses, decir unas breves palabras acerca de esos puntos, a fin de que ninguno de vosotros, arrastrado por esos argumentos extemporáneos, preste oído con cierto desapego a mis justificaciones respecto de la acusación.

Pues bien, por lo que se refiere a cuantas injurias e 10
infamias ha proferido acerca de mi vida privada, contemplad de qué forma tan sencilla y justa me expreso: Si sabéis —pues no he vivido en otro lugar sino entre vosotros— que soy tal cual éste alegaba en su acusación contra mí, no soportéis ni mi voz, ni aun cuando toda mi gestión de los asuntos públicos haya sido excelente; antes bien, levantaos y condenadme ya; pero, si me tenéis por mucho mejor que éste y en muy mayor grado bien nacido, y opináis y reconocéis que tanto yo como los míos no somos de condición inferior a la de ningún ciudadano medio, por no decir nada molesto, no creáis a ese individuo tampoco en los demás argumentos (pues es manifiesto que todos los fraguaba igualmente), y a mí, en cambio, otorgadme también ahora la buena voluntad que me habéis testimoniado continuamente en tantos procesos
anteriores. Tan malicioso como eres, Esquines, imaginaste 11
con total simpleza[10] que yo iba a dejar de lado los argumentos relativos a mis actos y gestiones públicas para dirigir mi atención a tus invectivas. Pues no, no haré eso; no estoy tan tocado[11]; por el contrario, pasaré revista a las mentiras y calumnias que lanzaste con respecto a mis

actuaciones públicas y, más tarde, si ello resulta del agrado de éstos, haré mención de ese carnaval[12] que ha tenido lugar con tanto desenfreno.

Las acusaciones, realmente, son muchas, y algunas hay 12
a las que las leyes asignan grandes e incluso extremos castigos; pero el propósito del presente proceso es el siguiente: contiene malicia de enemigo, insolencia, insulto y ultraje a la vez, y todo lo similar; sin embargo, de todas las acusaciones y cargos formulados, aunque fueran verdaderos, a la ciudad no le es posible imponerles un
castigo adecuado ni aproximadamente. Pues no hay que 13
privar a nadie de presentarse ante el pueblo y hacer uso de la palabra y menos por vía de agravio y envidia; eso, por los dioses, ni está bien ni es propio de conducta ciudadana ni justo, varones atenienses. Antes bien, si me veía cometer contra la ciudad tales desafueros como los que ahora mismo exponía y relataba con trágico estilo[13], lo justo hubiera sido que se sirviese, al tiempo de la comisión de los mismos delitos, de los castigos que de las leyes emanan, denunciándome y, de esa forma, haciéndome comparecer en juicio ante vosotros, si veía que mis actos eran merecedores de denuncia[14], o acusándome de proponer medidas ilegales, si veía que lo eran las que yo proponía. Porque, sin lugar a dudas, no es posible que pueda perseguir en justicia a Ctesifonte a causa mía, y a mí
en persona, si pensaba llegar a demostrar mi culpabilidad, 14
que no me hubiese denunciado. Y por cierto que si veía que yo cometía contra vosotros alguno de los demás delitos[15] que ahora exponía calumniándome, o cualquier otro que fuese, hay leyes que tratan de todos ellos y castigos y procesos y sentencias que conllevan penas severas y fuertes y podía hacer uso de todos esos recursos; y cuando se le hubiese visto obrar así y emplear de ese modo los procedimientos aplicables a mi caso, la acusación estaría de acuerdo con su conducta. Pero la
realidad es que, habiéndose desviado del recto y justo 15

camino y tras haber evitado presentar las pruebas durante la realización misma de los hechos, después de tanto tiempo acumuló acusaciones, burlas e insultos y con ellos representa su papel[16]; luego me acusa a mí, pero el juicio lo dirige contra éste; y al frente de todo el proceso coloca su enemistad contra mí, pese a que nunca me ha salido al encuentro para zanjar esa cuestión, buscando a todas luces suprimir la plena ciudadanía de algún otro[17]. Y en
verdad, varones atenienses, que aparte de todos los demás 16
argumentos que en favor de Ctesifonte se podrían aducir, también éste, por lo menos a mí, me parece muy razonable exponerlo, a saber: que sería justo que de nuestra enemistad nosotros hiciéramos la indagación por nuestra propia cuenta y no dejásemos de lado nuestro conflicto mutuo para buscar una tercera persona en la que hacer recaer algún daño; pues eso sí que es el colmo de la iniquidad.

Así pues, a partir de esos presupuestos uno podría ver 17
que todas sus acusaciones por igual no han sido expuestas ni con justicia ni con respeto ninguno a la verdad. No obstante, quiero examinarlas en particular una a una, y muy especialmente cuantas mentiras[18] a propósito de la paz y la embajada dirigió contra mí atribuyéndome[19] lo que ha sido realizado por él mismo secundado por Filócrates. Pero es necesario, varones atenienses, y conveniente en igual medida recordaros cómo estaban las cosas por aquellos tiempos; con el fin de que consideréis cada asunto con relación a sus particulares circunstancias.

Pues cuando estalló la guerra focidia[20], no por culpa 18
mía (pues por entonces yo, al menos, no intervenía todavía en la administración pública), en primer lugar vosotros estabais en una disposición de ánimo por la que deseabais que los focidios resultaran incólumes, aunque veíais que no estaban obrando de acuerdo a derecho, y por la que os alegraríais, en cambio, de que a los tebanos les ocurriera lo que fuese, irritados contra ellos no sin razón ni

injustamente[21], pues no habían hecho moderado uso de sus éxitos en Leuctra[22]. Además, el Peloponeso entero se encontraba sumido en disensión y ni los que odiaban[23] a los lacedemonios tenían fuerza suficiente como para eliminarlos, ni quienes anteriormente por mediación de ellos gobernaban[24] eran dueños de las ciudades, sino que tanto entre éstos como entre todos los demás reinaba una insoluble rivalidad y confusión[25]. Y Filipo, al ver esto 19
(que no estaba oculto), gastando dinero en pagar a los traidores de cada una de las ciudades, iba promoviendo conflictos entre todas ellas y embrollos mutuos; luego, en medio de los errores y faltas que otros cometían, él se iba preparando y crecía por encima de todas sus cabezas. Y cuando era evidente que los tebanos[26], agresivos entonces y desventurados ahora[27], llegando al agotamiento por la larga duración de la guerra, se iban a ver forzados a buscar refugio en vosotros, para que eso no ocurriera ni entrasen a formar coalición las dos ciudades, Filipo os prometió a vosotros paz y a ellos ayuda. ¿Y qué fue lo que le 20
favoreció para que os cogiera casi voluntariamente engañados? La disposición de los demás griegos (llámesela bajeza, estupidez o ambas cosas a un tiempo), que mientras vosotros luchabais en una incesante y larga guerra[28] y lo hacíais en defensa de los intereses comunes, como ha quedado claro por los hechos, no os prestaban colaboración[29] ni con dinero, ni con hombres ni con ningún otro medio; irritados contra ello justamente y como correspondía, atendisteis a Filipo con presteza. Por tanto, la paz entonces convenida[30] se realizó por esas circunstancias y no por intervención mía, como maliciosamente declaraba ése; en cambio, los desmanes y corrupciones de esa gente en el período en que fue concluida, si alguien los examina honradamente, encontrará que han sido las causas de la actual situación[31]. Y eso todo lo examino minuciosamente y 21
expongo en honor a la verdad. Pues si os pareciera claro en

máximo grado que hay en ello alguna falta, nada, por cierto, tiene que ver conmigo, sino que el primero que habló e hizo alusiones respecto de la paz fue Aristodemo[32] el actor, y el que le sucedió en la labor, redactó el decreto y juntamente con aquél alquiló sus servicios para alcanzar esos objetivos fue Filócrates de Hagnunte[33], tu compinche, Esquines, no el mío ni aunque revientes por tus mentiras, y los que hablaron en su favor, por la razón que haya sido (que eso, al menos, lo omito
ahora), fueron Eubulo y Cefisofonte[34]. Pero yo no hice 22
nada en ningún momento. Y, sin embargo, pese a ser los hechos tales y como son mostrados sobre la base de la verdad misma, ha llegado a tal grado de desvergüenza, que se atrevía a decir que yo, además de haber sido responsable de la paz, había impedido que la ciudad la concertase juntamente con un Consejo común de los griegos[35]. Y entonces, tú[36] —¿qué se te podría llamar para nombrarte con exactitud?—, ¿hay alguna ocasión en la que estando tú presente y viendo que yo trataba de privar a la ciudad de tamaña gestión y alianza como la que poco ha referías, te indignaras, o, accediendo a la tribuna, explicaras y expusieras el contenido de las acusaciones que ahora
dirigías contra mí? En efecto, si yo había vendido a Filipo 23
la misión de impedir la coalición de los griegos, lo que te restaba a ti era no callar, sino gritar, protestar públicamente e informar a éstos. Así pues, no hiciste eso en ningún momento, ni nadie te oyó emitir la voz en ese sentido; pues ni entonces había ninguna embajada enviada a ninguna de las ciudades griegas, sino que hacía tiempo que todos habían sido puestos en evidencia, ni ése ha dicho nada sensato en torno a esas cuestiones. Pero aparte de eso,
incluso lanza las mayores calumnias contra la ciudad con 24
sus mentiras; pues si vosotros exhortabais a los griegos a la guerra y vosotros mismos a la vez enviabais junto a Filipo mensajeros para tratar de la paz, estabais llevando a cabo una gestión digna de Euríbato[37], no una acción propia de

una ciudad ni de hombres honrados. Pero ello no es así, no lo es[38]; pues, ¿con qué propósito habríais enviado embajadas para convocar a los griegos en aquella ocasión? ¿Para la paz? Pero si todos gozaban de ella. Pues, ¿para la guerra? Pero si vosotros mismos deliberáis sobre la paz. Por tanto, resulta claro que yo no soy ni inductor ni responsable de los comienzos de la paz[39], y se demuestra que tampoco es verdadera ninguna de las demás calumnias que vertió en su acusación contra mí.

Pues bien, una vez que la ciudad concertó la paz, 25
considerad de nuevo cuál fue entonces la línea de actuación que cada uno de nosotros dos prefirió adoptar; pues también a partir de esos datos sabréis quién era el que en todo colaboraba con Filipo y quién el que actuaba en vuestro beneficio y buscaba lo conveniente para la ciudad. Así pues, yo propuse por escrito, como consejero[40], que lo más rápidamente posible zarparan los embajadores[41] hacia el lugar en que averiguaran que se encontraba Filipo y que recibieran de él los juramentos de ratificación; pero
ésos ni siquiera tras mi propuesta quisieron hacerlo. ¿Cuál 26
era el alcance de eso, varones atenienses? Yo os lo explicaré. A Filipo le resultaba conveniente que el tiempo que mediara entre los juramentos[42] fuese el mayor posible; a vosotros, en cambio, que fuese el más breve posible. ¿Por qué? Porque vosotros, no sólo desde el día en que jurasteis, sino incluso desde aquel en que albergasteis esperanzas de que se concertaría la paz, interrumpisteis los preparativos de la guerra; él, por el contrario, trabajaba desde el primer momento con el mayor denuedo por lograr ese resultado, estimando —como era cierto— que cuantas posesiones de la ciudad se adelantara a ocupar antes de prestar los juramentos, todas ellas las mantendría con
seguridad, pues nadie por causa de ellas rompería la paz. 27
Previendo yo esto y evaluándolo, varones atenienses, propongo por escrito el citado decreto, el de que se zarpara hacia el lugar en que se encontrase Filipo y lo más

rápidamente se le tomaran los juramentos, con el fin de que mientras los tracios, vuestros aliados, tenían en su poder esos fuertes que poco ha ése ridiculizaba[43], Serrio, Mirteno y Ergisce, en esas circunstancias se celebrasen los juramentos, y no se erigiera aquél en señor de Tracia adelantándose a tomar las posiciones ventajosas[44], ni, contando con abundantes riquezas[45] y cuantiosos soldados, a raíz de ello emprendiese con comodidad sus ulteriores asuntos. Y ahora, ese decreto ni lo cita ni lo lee; 28
pero si yo pensaba, actuando como miembro del Consejo, que era menester introducir a los embajadores[46], esa opinión mía es lo que desacredita. Mas ¿qué tenía yo que hacer? ¿Proponer por escrito que no se introdujese a quienes habían venido expresamente para eso, para conferenciar con vosotros? ¿O mandar al administrador del teatro que no les asignase asiento para el espectáculo?[47]. Pero podrían haber asistido a él sentados en los asientos de dos óbolos[48], si no se hubiera redactado ese decreto. ¿Debía yo observar los insignificantes intereses[49] de la ciudad y haber vendido, en cambio, los generales, como han hecho ésos? No, por cierto. Toma, pues, y lee este decreto que ése, aun conociéndolo perfectamente, omitió.

DECRETO DE DEMÓSTENES[50] 29

[En el arcontado de Mnesífilo, el día treinta del mes Hecatombeón, ejerciendo la pritanía la tribu Pandiónide, Demóstenes, hijo de Demóstenes, de Peania, dijo: «toda vez que Filipo, tras haber enviado embajadores acerca de la paz, ha concluido propuestas convenidas, resuelvan el Consejo y el pueblo de los atenienses que, con el fin de que se ratifique la paz votada en la primera asamblea, se elija de inmediato a cinco embajadores de entre todos los atenienses, y que los designados partan, sin demora alguna, a donde averigüen que se encuentra Filipo, y reciban de él los juramentos y los presten, a su vez lo más rápidamente posible sobre la base del tratado convenido por él con el pueblo ateniense, incluyendo también a los aliados de ambas partes». Fueron elegidos embajadores Eubulo de Anaflisto, Esquines de Cotócidas, Ctesifonte de Ramnunte, Demócrates de Flía y Cleón de Cotócidas.]

Pese a haber propuesto yo entonces ese decreto y 30
aunque buscaba el interés de la ciudad, no el de Filipo, esos buenos embajadores, haciendo poco caso de ello, permanecieron inactivos en Macedonia tres meses enteros[51], hasta que Filipo llegó de Tracia tras haberlo subyugado todo, por más que en diez días, o igualmente bien en tres o cuatro, podían haber llegado al Helesponto y salvado aquellas plazas, recibiendo los juramentos antes de que aquél las conquistara; pues no las hubiera tocado en nuestra presencia o no le habríamos aceptado el juramento, de modo que le habría fallado la paz y no tendría ambas cosas: la paz y las plazas.

Así pues, este cariz tuvo en la embajada el primer hurto 31
de Filipo y la venalidad de esos hombres sin ley. Por lo que entonces, ahora y siempre reconozco que estoy en guerra y desacuerdo con ellos. Pero contemplad otra canallada, que sucedió inmediatamente después, mayor que ésta. Pues una
vez que Filipo aceptó la paz tras haber tomado Tracia por 32
culpa de esas gentes que no hicieron caso a mi decreto, de nuevo compra de ellos el que no partiéramos de Macedonia hasta que aprestase su expedición contra los focidios, para evitar que, si nosotros anunciáramos aquí que intentaba ponerse en marcha y se preparaba para ello, vosotros salierais y, costeando con vuestras trirremes hasta las Termopilas[52], les cerrarais, como antes, el paso por ese lugar; antes bien, trataba de que vosotros nos oyerais referir esas noticias en el momento en que él estuviese
dentro de las Termopilas y nada pudierais vosotros hacer. 33
Hasta tal punto estaba Filipo lleno de miedo e inquietud por si, pese a haber tomado previamente esas plazas, se le escapara de las manos la situación en el caso de que vosotros votarais prestar ayuda antes de que los focidios sucumbieran, que alquila a ese despreciable aquí presente, ya no en común junto con los demás embajadores, sino privada y personalmente, para que os expresara y refiriera
ese tipo de razones por las cuales todo se perdió. Y yo 34

solicito y pido, varones atenienses, que tengáis esto
presente a lo largo de todo el proceso: que si Esquines no
me hubiese acusado de nada ajeno a la denuncia, tampoco
habría pronunciado yo ningún discurso apartado de lo
normal; pero como éste se ha valido de todo tipo de
inculpaciones y calumnias a un tiempo, me es obligado
también a mí responder brevemente a cada una de sus 35
acusaciones. ¿Cuáles fueron, pues, las razones expuestas
entonces por éste y por las que se perdió todo? Que no
había que alborotarse porque Filipo hubiera traspasado ya
las Termopilas; pues, si os manteníais en calma, ocurriría
todo cuanto vosotros deseabais y al cabo de dos o tres días
oiríais decir que Filipo se había hecho amigo de aquellos
contra quienes había venido en plan de enemigo y que, por
el contrario, se había convertido en enemigo de aquéllos de
quienes era amigo[53]. Pues no eran las palabras[54] —
aseguraba, haciendo uso de muy solemne expresión— las
que aseguraban las amistades, sino el hecho de compartir
los mismos intereses; y que interesaba a Filipo y a los
focidios y a vosotros todos por igual apartaros de la
insensibilidad[55] y brutal carácter de los tebanos. Esas 36
razones algunos se las escuchaban con gusto por el odio
entonces[56] latente[57] contra los tebanos. ¿Pues qué
sucedió inmediatamente después y no mucho más tarde?
Que los focidios perecieron y sus ciudades fueron
derruidas y vosotros, que habíais permanecido en calma y
con vuestra confianza depositada en ése, poco después
transportabais vuestros enseres desde los campos[58], y él
recibió dinero, y, además de eso, a la ciudad le
correspondió el odio de tebanos y tesalios; a Filipo, en
cambio, la gratitud por sus realizaciones[59]. Como prueba 37
de que esto es así, léeme el decreto de Calístenes[60] y la
carta de Filipo, documentos ambos a partir de los cuales
todos estos puntos os resultarán claros. Lee[61].

DECRETO

[En el arcontado de Mnesífilo, convocada una asamblea por estrategos y prítanos, con la aprobación del Consejo, el día veinte del mes Memacterión, Calístenes, hijo de Eteónico, de Falero, propuso que ningún ateniense bajo ningún pretexto pasase la noche en el campo, sino en la ciudad y en el Pireo, cuantos no están destinados en las guarniciones; de éstos, que cada uno conserve el lugar que recibió en asignación sin abandonarlo ni de día ni de noche. Quien desobedezca este decreto, quede sujeto a los castigos 38 correspondientes a la traición, si no demuestra que en su caso personal hubo alguna causa de fuerza mayor; y de esa causa de fuerza mayor hagan estimación el estratego de los hoplitas[62] el encargado de la administración[63] y el secretario del Consejo. Y que transporten de los campos todos los enseres lo más rápidamente posible, los que se encuentren dentro de un área de ciento veinte estadios, a la ciudad y al Pireo, y los que se hallen fuera de esta área de ciento veinte estadios, a Eleusis, File, Afidna, Ramnunte y Sunio. Hizo la propuesta Calístenes de Falero.]

¿Acaso sobre la base de estas esperanzas estabais dispuestos a hacer la paz, o era eso lo que os prometía ese asalariado?

Lee ahora la carta[64] que envió Filipo después de esos 39 acontecimientos.

CARTA

[El rey de los macedonios, Filipo, al Consejo y al pueblo de los atenienses, salud. Sabéis que hemos traspuesto las Termópilas, hemos sometido el territorio de Fócide, introducido guarniciones en cuantas plazas se iban entregando de grado, y a las que no obedecían, las tomamos por la fuerza[65], redujimos a esclavitud a sus habitantes y las arrasamos. Pero oyendo también que vosotros os estáis preparando para ir en su ayuda os escribo para que no os molestéis más en este asunto; pues en conjunto me da la impresión de que nada moderado hacéis habiendo concertado la paz y haciéndome frente; y eso que los focidios ni siquiera han quedado comprendidos en nuestros comunes acuerdos[66]. De tal modo que si no permanecéis firmes en lo acordado, ninguna otra ventaja obtendréis fuera de haber sido los agresores.]

Estáis oyendo con qué claridad en la carta que os dirige manifiesta y expone con precisión a sus aliados lo siguiente: «Yo he hecho eso contra la voluntad de los atenienses y a su pesar, así que si sois sensatos, tebanos y tesalios, a ellos los tendréis por enemigos y en mí, por el contrario, depositaréis vuestra confianza.» No lo escribió con estas palabras, pero era eso lo que quería dar a entender. Así pues, a raíz de ello, los arrebataba llevándolos a un punto de enajenación en que ni lo más mínimo de lo que sucedió luego preveían ni captaban[67], antes bien, permitieron que aquél pusiera bajo su control todos los asuntos, a consecuencia de lo cual los infelices se encuentran agobiados por sus actuales desgracias. Y el que fue su cómplice y colaborador[68] en el logro de esa confianza y el que transmitió aquí las falsas noticias y os engañó[69], ése es el que ahora se lamenta de los padecimientos de los tebanos[70] y el que refiere lo lamentables que éstos son, cuando él mismo es el culpable de estos males, de los de los focidios y de todos los demás que sufren los griegos. Pues es evidente que tú, Esquines, te dueles de lo sucedido[71] y compadeces a los tebanos, teniendo como tienes propiedades en Beocia[72] y ya que cultivas sus campos, mientras que yo me alegro, yo que era de inmediato reclamado por el que llevó a cabo esas acciones[73]. 40

41

Pero he venido a dar en argumentos que tal vez cuadrará más exponer dentro de poco; vuelvo, pues, de nuevo a las demostraciones de cómo los desafueros de ésos han sido los causantes de la presente situación. 42

En efecto, una vez que vosotros habíais sido engañados por Filipo por mediación de ésos, los que alquilaron sus propias personas en las embajadas y nada verdadero os refirieron, y lo habían sido los infelices focidios y sus ciudades habían sido destruidas, ¿qué ocurrió? Los despreciables tesalios[74] y los estúpidos tebanos 43

consideraban a Filipo su amigo, bienhechor y salvador; era todo para ellos[75]; ni siquiera estaban dispuestos a escuchar la voz de quien quisiera decir algo distinto. Y vosotros, aunque mirabais con desconfianza e irritación los acontecimientos, manteníais la paz pese a todo, pues no teníais nada que hacer. Y los demás griegos, burlados al igual que vosotros y defraudados en sus esperanzas, continuaban en paz contentos, aunque también ellos mismos de alguna manera hacía tiempo que se veían envueltos en combates. Pues cuando Filipo, dando vueltas 44
de aquí para allá, sometía a los ilirios y tríbalos[76] e incluso a algunos griegos[77] y lograba poner bajo control a muchos y grandes efectivos militares y eran sobornados algunos de los que, valiéndose de la facultad que otorgaba la paz, se encaminaban allí desde sus respectivas ciudades, de los cuales era uno ése, entonces eran atacados todos aquellos contra los que aquél realizaba esos preparativos. Y si no se daban cuenta de ello, eso es otra cuestión, y no me afecta. Pues yo bien que advertía y protestaba 45
invocando a los dioses tanto ante vosotros en toda ocasión como allí dondequiera era enviado[78], pero las ciudades se hallaban enfermas[79]: los encargados de los asuntos públicos y su gestión aceptaban regalos y se dejaban corromper por dinero; los particulares y las masas, en parte no preveían el futuro, y en parte se dejaban prender por la facilidad y la indolencia de la vida cotidiana[80]; y todos habían sido presa de un mal de tal especie, que imaginaban cada uno en particular que la desgracia habría de llegar a todos salvo a ellos mismos y que gracias a los peligros ajenos mantendrían segura su situación cuando quisieran. 46
Luego, creo yo, ha sucedido que las masas a cambio de su excesiva e inoportuna negligencia han perdido la libertad, y que los dirigentes, los que se imaginaban que lo estaban vendiendo todo salvo sus propias personas, se dieron cuenta de haberse vendido a sí mismos[81] en primer lugar; porque, en lugar de amigos y huéspedes, nombres que

entonces recibían, cuando aceptaban sobornos, ahora se oyen llamar aduladores, enemigos de los dioses y todos los demás calificativos que les corresponden. Y es que nadie, 47
varones atenienses, gasta dinero buscando la conveniencia del traidor, ni, una vez que se hace dueño de lo que compra, vuelve ya en lo sucesivo a hacer uso del traidor en calidad de consejero; que en ese caso no habría persona más afortunada que el traidor. Pero no es esto así. ¿Cómo iba a serlo? Bien lejos está de ello. Por el contrario, una vez que el que intenta dominar se hace dueño de la situación, también es amo de los que le vendieron tal dominio, y, como conocedor que es de su maldad, entonces sí que los odia, desconfía de ellos y los ultraja. Ved estos 48
casos (pues aunque la oportunidad de esos hechos ha pasado, la ocasión de conocer al menos tales casos está siempre a disposición de los sensatos): a Lástenes[82] se le llamaba amigo, hasta que entregó traidoramente Olinto; a Timolao[83], hasta que causó la ruina de Tebas; a Éudico y Simo de Larisa[84], hasta que sometieron a Tesalia bajo el control de Filipo. A continuación, todo el mundo habitado vino a estar lleno de desterrados, ultrajados y sufridores de toda suerte de males. ¿Qué es de Arístrato en Sición[85]?, ¿qué de Périlo en Mégara[86]? ¿No están depuestos? A 49
partir de estos hechos puede verse con meridiana claridad que quien en mayor medida protege su patria y con máxima frecuencia contradice a esas gentes, ése es, Esquines, el que os proporciona a vosotros, traidores y mercenarios, las ocasiones de aceptar sobornos, y gracias a la mayoría de éstos aquí presentes y los que se enfrentan a vuestros designios, estáis vosotros a salvo y asalariados, puesto que lo que es por vosotros mismos, hace tiempo que estaríais perdidos.

Y aunque todavía puedo decir muchas cosas acerca de 50
las gestiones de entonces, considero que incluso con esto he dicho más que suficiente. Y el culpable es ése, por haber derramado sobre mí las heces[87], por decirlo así, de

su propia perversidad y de sus crímenes, de las que era necesario que yo me liberase ante los que son más jóvenes que aquellas transacciones. Pero tal vez estáis aburridos quienes incluso antes de que yo dijese una palabra ya conocíais la condición mercenaria de ese individuo por 51
aquel tiempo. No obstante, él la llama amistad y hospitalidad y en algún sitio dijo expresamente: «Ése que me echa en cara en plan de oprobio la hospitalidad de Alejandro»[88]. ¿Yo a ti la hospitalidad de Alejandro? ¿De dónde la obtuviste o alcanzaste? Ni huésped de Filipo ni amigo de Alejandro te llamaría yo a ti (no estoy tan loco), a no ser que también a los segadores y a los que en alguna otra ocupación trabajan a jornal haya que llamarlos amigos y huéspedes de quienes los tomaron a sueldo. Pero no es 52
ello así. ¿De qué? Ni mucho menos. Por el contrario, yo a ti te llamo asalariado de Filipo antes y de Alejandro ahora, y asi hacen todos los aquí presentes. Y si no te fías, pregúntales; o, mejor, yo lo haré por ti. ¿Qué os parece, varones atenienses? ¿Que Esquines es un asalariado o un huésped de Alejandro? Ya oyes lo que dicen.

Pues bien, quiero ya defenderme de la acusación en sí 53
y exponer mis realizaciones para que Esquines, aunque lo sabe, oiga, no obstante, las razones por las que afirmo que en justicia merezco obtener no sólo las recompensas que se me han acordado en el decreto previo, sino incluso otras aún mucho mayores. Toma el texto de la acusación y léemelo.

TEXTO DE LA ACUSACIÓN

[En el arcontado de Querondas[89], el día sexto del mes Elafebolión, 54
Esquines, hijo de Atrometo, de Cotócidas, presentó ante el arconte[90] denuncia de ilegalidad contra Ctesifonte, hijo de Leóstenes, de Anaflisto, por haber presentado por escrito un decreto ilegal proponiendo que se debía coronar a Demóstenes, hijo de Demóstenes, de Peania, con corona de oro, y proclamar en el teatro con ocasión de las Grandes Dionisias, el día destinado a los nuevos poetas trágicos, que el pueblo corona a Demóstenes, hijo de Demóstenes, de Peania, con corona de oro por sus méritos, por la buena voluntad que viene

teniendo para con todos los griegos y el pueblo de los atenienses y por su
hombría de bien, y porque continuamente actúa y habla promoviendo lo mejor
para el pueblo y está deseoso de hacer todo el bien que pueda. Toda esa
propuesta es ilegal y falsa por no permitir las leyes, en primer lugar, introducir 55
falsos alegatos en las actas públicas, ni en segundo término, coronar a
ciudadano sujeto a rendición de cuentas (y Demóstenes es comisario de
fortificaciones y encargado de los fondos para los espectáculos); y, además,
prohíben proclamar la corona en el teatro, con ocasión de las fiestas Dionisias y
el día del acceso de nuevos poetas trágicos; por el contrario, si el Consejo
corona, se debe hacer la proclamación en el Consistorio, y si lo hace la ciudad,
en la Asamblea, en la Pnix. Multa: cincuenta talentos. Testigos de la citación:
Cefisofonte de Ramnunte, hijo de Cefisofonte; Cleón, hijo de Cleón, de
Cotócidas.]

Éstas son, varones atenienses, las cláusulas del decreto 56
contra las que dirige su acusación. Por lo que a mí
respecta, partiendo de ellas mismas creo que, en primer
término, os pondré en claro que me defenderé en todo
punto con justicia[91]. Pues, adoptando el mismo orden de
la denuncia, hablaré sucesivamente de todas y cada una de
las imputaciones sin dejar de lado ninguna por propia 57
voluntad. Así pues, en cuanto al hecho de que aquél[92]
escribiera que yo de obra y de palabra vengo haciendo lo
mejor para el pueblo y estoy dispuesto a realizar todo el
bien que pueda y que por tales motivos se me elogie,
estimo que el veredicto de ello se encuentra en mi
conducta política. Pues sometido ese proceder a examen, a
partir de él se descubrirá si lo que ha escrito Ctesifonte
acerca de mí en su moción es verdadero y ajustado, o bien,
por el contrario, falso. Pero en cuanto a que no añadiera la 58
especificación de que la coronación se haga «una vez rinda
mis cuentas»[93] y mande que se proclame la corona en el
teatro, considero que también eso está en relación con mi
actuación política, es decir, si soy o no digno de la corona
y de la proclamación ante el pueblo; no obstante, me
parece que además habrá que señalar las leyes[94] en virtud
de las cuales le era lícito a él presentar por escrito esas
propuestas. De este modo, varones atenienses, tengo

resuelto hacer mi defensa de manera justa y sin doblez;
pasaré ahora directamente a mi actuación. Y que nadie
sospeche que yo desvío mi discurso del contenido de la 59
acusación, si incido en la discusión de cuestiones y hechos
políticos de Grecia. Pues el que persigue en justicia la
cláusula del decreto según la cual «de palabra y obra yo
llevaba a cabo lo mejor» y el que ha presentado acusación
de que eso es falso, ése es el que ha hecho pertinente y
necesario respecto de la acusación la relación de toda mi
actuación política. Además, aunque son muchos los
campos que ofrece la actividad pública, yo escogí el de los
asuntos griegos, de forma que también mis demostraciones
justo es que las haga valiéndome de ellos.

Ahora bien, lo que, antes de dedicarme yo a la 60
administración del Estado y a la oratoria pública[95], Filipo
se anticipó a conquistar y retuvo en su poder, lo dejaré de
lado; pues opino que nada de ello me concierne; pero las
empresas cuya realización yo impedí a partir del día en que
me entregué a las mencionadas gestiones, os las recordaré
y daré razón de ellas tras haceros brevemente las siguientes
consideraciones previas. ¡Ventaja grande, varones 61
atenienses, tuvo a su favor Filipo! Pues fue el caso que
entre Tos griegos (y no entre unos cuantos, sino entre todos
por igual) se produjo una cosecha[96] tal de traidores,
individuos venales y hombres aborrecibles para los dioses,
como nadie hasta ahora recuerda que se haya producido
otra anteriormente. Tomando Filipo a éstos de auxiliares y
colaboradores, puso aún en peor situación a los griegos,
que ya antes estaban mal avenidos entre sí y envueltos en
disensiones; engañaba a los unos, sobornaba a los otros, a
otros corrompía por todos los medios; y así los dividió[97]
en muchas fracciones, cuando, en realidad, una sola cosa
era el interés de todos: impedir que aquél se engrandeciera. 62
Y estando todos los griegos en tal situación y siendo
desconocedores aún del mal que se configuraba y crecía,
es menester que vosotros examinéis, varones atenienses,

cuáles eran la actitud y la actividad que convenía eligiese
la ciudad y de ellas recibáis razón por parte mía; pues el
que se puso al frente de esa parcela de la política fui yo[98].
¿Acaso[99] era menester. Esquines, que ella, abandonando 63
su orgullo y dignidad propios, al mismo nivel que los
tesalios y dólopes[100], ayudara a Filipo a adquirir el
imperio sobre los griegos y anulase las gloriosas y justas
empresas de nuestros antepasados? ¿O bien no hacer eso
(pues sería, en verdad, tremenda cosa), pero sí, en cambio,
permitir que ocurriese lo que ella veía que iba a ocurrir, si
nadie lo impedía, y lo que iba previendo, al parecer, desde
tiempo atrás? Pero ahora, a mí, al menos, me gustaría 64
preguntar al que más severamente censure la actuación del
pasado, de qué parte hubiera preferido que estuviese la
ciudad, de la que era cómplice de los males y vergüenzas
que habían sobrevenido a los griegos, entre cuyos
componentes se podría citar a los tesalios y sus aliados, o
de la que había hecho caso omiso del desarrollo de esos
acontecimientos por la esperanza de su propia ventaja, en
la que podríamos situar a los arcadlos, mesenios y
argivos[101]. Sin embargo, incluso muchos de éstos, mejor 65
dicho, todos, han obtenido peor suerte que nosotros. Puesto
que si Filipo, una vez que impuso su poder[102], se hubiese
retirado al punto y tras ello se hubiera mantenido en calma,
sin molestar a nadie ni de su aliados ni de los demás
griegos, habría tal vez algún motivo de reproche y
acusación contra los que se opusieron a lo que aquél
llevaba a cabo; pero si a todos por igual les suprimió la
dignidad, la supremacía, la libertad y, lo que es más, hasta
los gobiernos constitucionales, siempre que pudo, ¿cómo
negar que vosotros, fiados de mí, elegisteis la más honrosa
de todas las decisiones?

Pero vuelvo a aquella cuestión anterior[103]. ¿Qué[104] 66
convenía que hiciera la ciudad, Esquines, al ver que Filipo
se estaba procurando autoridad y gobierno personal sobre
Grecia? ¿O qué era menester que expusiese o propusiera

un consejero del pueblo de Atenas (pues, en efecto, este detalle es de importancia decisiva) que era consciente de que, desde el comienzo de los tiempos hasta el día en que subí a la tribuna, la patria venía luchando en todo momento por la primacía, el honor y la gloria, y más dinero y vida había gastado por amor a la honra y el interés de todos que
cada uno de los demás griegos en defensa de sí mismos; y 67
que veía que el propio Filipo, contra quien estábamos en contienda, por el mando y el poder personal tenía vaciado un ojo, la clavícula fracturada, estaba lisiado de mano y pierna[105] y siempre dispuesto a sacrificar cualquier parte de su cuerpo que la fortuna quisiera arrebatarle con tal de
vivir con el resto rodeado de honra y gloria? Y, realmente, 68
tampoco nadie se atrevería a decir que al que se crió en Pela[106], lugar oscuro, al menos entonces, y pequeño, correspondiese que en su pecho brotasen tan altas aspiraciones como para desear el imperio sobre los griegos y se metiera tal proyecto en la cabeza, y, en cambio, a vosotros, que sois atenienses y diariamente en palabras y espectáculos contempláis monumentos de la virtud de vuestros antepasados os acomodara poseer tan alto grado de cobardía que voluntariamente y de forma espontánea cedierais a Filipo vuestra libertad. Nadie podría decir tal
cosa. El recurso, pues, que quedaba y era a la vez obligado 69
consistía en oponeros con justicia a todo cuanto él llevaba a cabo por vía de la injusticia. Eso hacíais vosotros desde el principio[107] de forma apropiada y conveniente y yo proponía y aconsejaba, por mi parte, de acuerdo con las oportunidades con que contaba en mi vida pública. Lo reconozco. Pero ¿qué debía hacer? Pues ya te estoy preguntando a ti, Esquines: dejando todo lo restante, Anfípolis[108], Pidna, Potidea, Haloneso —de ninguna de estas plazas me acuerdo—, Serrio, Dorisco[109], el saqueo
de Peparetos[110] y todos los demás atropellos que sufrió la 70
ciudad, ni siquiera sé si han ocurrido. Ahora bien, tú, por cierto, decías[111] que yo al mencionar esas plazas arrojé a

estos mis conciudadanos a una situación de odio, aunque los decretos referentes a esos asuntos son de Eubulo, Aristofonte[112] y Diopites[113], no míos, ¡tú, que a la ligera dices lo que te viene en gana! Tampoco ahora hablaré de 71
ello. Pero aquel que se anexionaba Eubea y la convertía en base de operaciones[114] contra el Ática y atentaba contra Mégara[115] y ocupaba Oreo y asolaba Portmo y establecía en Oreo[116] a Filístides en calidad de tirano y en Eretria[117] a Clitarco e intentaba someter bajo su poder el Helesponto[118] y sitiaba Bizancio y a unas ciudades griegas destruía mientras en otras restituía a los exiliados[119], ¿acaso el que eso hacía obraba injustamente, transgredía el tratado y violaba la paz, o no? ¿Y era necesario o no que apareciera algún griego que le 72
impidiera cometer esas acciones? Pues si no era necesario, antes bien, Grecia habría de aparecer a los ojos de todos como si fuese el botín misio, que se llama[120], existiendo y viviendo atenienses, yo he hecho un trabajo en balde hablando de estos asuntos y la ciudad ha obrado en vano por haberme hecho caso; y corran de mi cuenta todos los crímenes y yerros que ha cometido. Pero si era necesario que apareciese quien impidiera esos hechos, ¿a qué otro pueblo le correspondería hacerlo sino al ateniense? Pues bien, así era como yo actuaba en función de hombre de estado, y viendo que aquél iba esclavizando a toda la humanidad, le hacía frente y continuamente advertía y sugería que no entregaseis nada. Y por cierto, la paz fue aquél quien la rompió al capturar[121] las naves, no la ciudad, Esquines.

Pero trae los decretos en cuestión y la carta de Filipo y 73
léelos en su propio orden; pues a partir de ellos aparecerá claro quién es responsable de cada actuación.

DECRETO[122]

[En el arcontado de Neocles, en el mes de Boedromión, en la asamblea convocada por los estrategos, Eubulo[123], hijo de Mnesíteo, de Copro, propuso: «Toda vez que los estrategos anunciaron en la Asamblea que al almirante Leodamante y las veinte naves enviadas bajo su mando al Helesponto para el transporte de trigo, Amintas, el general de Filipo, las ha conducido a Macedonia y las sigue teniendo allí bajo custodia, que se preocupen los prítanes y los estrategos de que el Consejo se reúna y se elijan embajadores para que vayan a
presencia de Filipo, los cuales, a su llegada, tratarán con él de la liberación del 74
almirante, las naves y los soldados; y si Amintas ha obrado así por ignorancia, dirán que el pueblo no le hace ningún reproche; pero si Filipo ha descubierto que lo hizo descuidando las instrucciones recibidas, dirán que los atenienses investigarán el asunto y le castigarán como merece su negligencia. Y si no se da ninguna de estas dos posibilidades, sino que particularmente se comportan con desconsideración o bien el que dio la orden de marcha o el que la recibió, comunicar también eso, para que enterándose el pueblo decida qué debe hacer».]

Así pues, ese decreto lo propuso Eubulo, no yo, y el 75
que viene seguidamente Aristofonte, el otro Hegesipo, luego otra vez Aristofonte, después Filócrates, luego Cefisofonte, y luego todos. Yo, en cambio, no propuse ninguno sobre esos asuntos[124]. Lee.

DECRETO

[En el arcontado de Neocles, el día treinta del mes Boedromión, por decisión del Consejo, los prítanes y los estrategos trataron los asuntos tramitados por la Asamblea que previamente refirieron: que pareció bien al pueblo elegir embajadores que fuesen junto a Filipo para tratar del recobro de las naves y que se les diera instrucciones de acuerdo con los decretos de la Asamblea. Y eligieron a los siguientes: Cefisofonte, hijo de Cleón, de Anaflisto; Demócrito, hijo de Demofonte, de Anágiro; Polícrito, hijo de Apemanto, de Cotócidas. En la pritanía de la tribu Hipotóntide. Lo propuso Aristofonte de Cólito, presidente.]

Pues bien, de la misma manera que yo muestro estos 76
decretos, muestra tú también, Esquines, cuál fue aquel que yo propuse por el que soy responsable de la guerra. Pero no podrás hacerlo; que, si pudieras, ninguno hubieras

presentado ahora antes que ése. Y realmente ni Filipo me acusa para nada respecto de la guerra, aunque sí inculpa a otros. Lee la propia carta de Filipo.

CARTA

[El rey de los macedonios, Filipo, al Consejo y al pueblo de los atenienses, 77
salud. Se presentaron ante mí los embajadores enviados por vosotros, Cefisofonte, Demócrito y Polícrito y trataron sobre la liberación de las naves que tenía bajo su mando Leodamante. En general, ciertamente, lo que es a mí, me da la impresión de que vais a ser muy tontos si imagináis que se me oculta que esos barcos fueron enviados con el pretexto de transportar trigo del Helesponto a Lemnos, pero en realidad lo fueron para que llevaran ayuda a los selimbrianos, que están siendo asediados por mí y no están incluidos en los
acuerdos de amistad establecidos mutuamente entre nosotros. Y esas órdenes 78
fueron dadas al almirante, sin contar con el pueblo de los atenienses, por ciertos magistrados y por otros que ahora son simples particulares, quienes quieren a cualquier precio que el pueblo, abandonando su actual sentimiento de amistad hacia mí, reemprenda la guerra, y ponen mucho mayor celo en que eso llegue a término que en prestar ayuda a los selimbrianos. Y tienen para sí que tal actitud será para ellos una fuente de ingresos; no me parece a mí sin embargo, que ello sea provechoso ni para vosotros ni para mí. Por lo cual, las naves que ahora fueron conducidas a mis puertos, las dejo en libertad y os las envío, y para el futuro, si estáis dispuestos a no permitir a vuestros hombres de estado que gobiernen malignamente, antes bien, los censuráis, procuraré también yo conservar la paz. Que os vaya bien.]

Aquí en ningún sitio ha escrito el nombre de 79
Demóstenes ni acusación ninguna contra mí. ¿Por qué razón, pues, inculpando a los demás no ha hecho mención de los hechos realizados por mí? Porque recordaría sus transgresiones, si algo escribiera sobre mí; que a ellas me aferraba yo y a ellas me oponía. Y en primer lugar, propuse por escrito la embajada al Peloponeso[125], cuando por vez primera aquél trataba de introducirse subrepticiamente allí; luego, la que fue a Eubea cuando andaba tentando a Eubea, a continuación, la expedición a Oreo —ya no embajada—, y la dirigida a Eretria[126], una vez que aquél estableció tiranos en estas ciudades. Después
de eso, despaché todas las expediciones navales, por las 80

cuales se salvaron Quersoneso, Bizancio y todos los aliados[127]. A raíz de ellas os resultaban por parte de los beneficiados las más hermosas recompensas: elogios, gloria, distinciones, coronas, muestras de gratitud; y de entre los que sufrían agresión, a quienes entonces os hicieron caso les sobrevino la salvación, mientras que a quienes se despreocuparon[128] de vuestra advertencia les tocó acordarse en muchas ocasiones de vuestras predicciones y reconocer que vosotros no sólo erais bienintencionados para con ellos mismos, sino además hombres sagaces y adivinos; pues se ha cumplido todo
cuanto pronosticasteis. Y, en verdad, nadie desconoce, y tú 81
menos que nadie, que Filístides habría pagado buena suma de dinero por tener en su poder Oreo, y Clitarco por poseer Eretria, y el propio Filipo por contar con esas plazas para emplearlas contra vosotros y por no resultar convicto en relación con ninguna de sus restantes empresas, así como para que nadie en ningún lugar hiciese indagación de las injusticias que iba cometiendo. Pues los embajadores que
de parte de Clitarco y de Filístides aquí iban llegando se 82
alojaban en tu casa, Esquines, y tú eras el representante oficial de ellos; aquellos hombres a quienes la ciudad rechazó como enemigos y gentes que nada justo ni aceptable proponían, eran tus amigos. Bien, nada de eso se hizo realidad, oh tú que me calumnias y dices de mí que callo cuando cobro y vocifero cuando me lo he gastado[129]. Pero no haces tú eso; por el contrario, andas continuamente vociferando y nunca cesarás si éstos no te
hacen cesar despojándote hoy de tus derechos ciudadanos. 83
Así pues, aunque vosotros me coronasteis entonces por esos merecimientos y Aristonico redactó el decreto en los mismos términos que Ctesifonte ahí presente ha empleado ahora, y pese a que la corona fue proclamada en el teatro —y era ésta ya para mí la segunda vez que se me hacía tal proclama—, Esquines, que estaba presente, ni se opuso ni entabló demanda contra el autor de la propuesta. Toma también ese decreto y léemelo.

DECRETO[130] 84

[En el arcontado de Querondas, hijo de Hegemón, el día vigésimo quinto del mes Gamelión, ocupando la pritanía la tribu Leóntide, Aristonico de Fréarros propuso: Toda vez que Demóstenes, hijo de Demóstenes, de Peania, ha prestado muchos y grandes servicios al pueblo de los atenienses y a través de sus decretos ha ayudado a muchos aliados tanto en el pasado como en la presente ocasión y ha liberado algunas de las ciudades de Eubea y continúa siendo amable para con el pueblo de los atenienses y de palabra y obra hace todo el bien que puede en favor de los mismos atenienses y de los demás griegos, tengan a bien el Consejo y el pueblo de los atenienses elogiar a Demóstenes, hijo de Demóstenes, de Peania, y coronarle con corona de oro y proclamar la corona en el teatro en las fiestas Dionisias, en la representación de las tragedias nuevas, y de la proclamación de la corona se cuiden la tribu que ocupa la pritanía y el ordenador de los certámenes. Hizo la propuesta Aristonico de Fréarros.]

¿Hay, pues, alguno de entre vosotros que sepa si 85
sobrevino a la ciudad algún oprobio, escarnio o mofa a raíz de ese decreto, como dijo ése[131] que ahora ocurriría si yo soy coronado? Y bien es verdad que cuando Jos hechos son recientes y conocidos de todos, si son buenos, alcanzan gratitud, si son de otra suerte, castigo. Pues bien, es claro que yo entonces alcancé gratitud y no censura ni castigo.

Por tanto, hasta aquel momento en que tuvieron lugar 86
esos hechos, es cosa por todos reconocida que yo actuaba de la mejor manera en beneficio de la ciudad, por el hecho de que con mis discursos y propuestas triunfaba cada vez que deliberabais, y se llevaban a la práctica mis propuestas y de ellas resultaban coronas para la ciudad, para mí y para todos, y vosotros habéis hecho sacrificios y procesiones en agradecimiento a los dioses en la idea de que tales resultados eran buenos.

Así pues, una vez que Filipo fue expulsado de Eubea 87
por vosotros, con las armas, y por mí (aunque algunos de éstos revienten) mediante mi gestión pública y mis decretos, buscaba él otro baluarte contra la ciudad[132]. Y viendo que de entre todos los hombres somos los que en

mayor medida consumimos trigo importado[133], queriendo hacerse dueño de la importación de grano, avanzó hacia Tracia[134] y en principio reclamaba de los bizantinos, que eran sus aliados[135], la colaboración en la guerra contra vosotros; pero como no querían y afirmaban que no habían hecho la alianza en esos términos (diciendo en eso la verdad), Filipo levantó una empalizada frente a la ciudad,
y emplazando máquinas de guerra, la asediaba. Ante tal 88
situación, lo que debíais vosotros hacer, no os lo preguntaré, pues es para todos evidente. Pero ¿quién fue el que prestó ayuda a los bizantinos y los salvó? ¿Quién el que impidió que el Helesponto pasara a manos ajenas por aquellas fechas? Vosotros, varones atenienses, y cuando digo vosotros, digo la ciudad. Y ¿quién era el que para bien de la ciudad hacía uso de la palabra, proponía por escrito decretos, actuaba y, por decirlo de una vez por
todas, se entregó sin reservas a esos asuntos? Yo. Pero, 89
realmente, cuánto benefició ello a todos es cosa que ya no es menester aprendáis de mi discurso, pues lo habéis experimentado con los hechos. En efecto, la guerra que entonces tuvo lugar, sin contar el hecho de que aportó hermosa gloria, os hacía vivir en todo lo tocante al sustento con mayor abundancia y baratura que la paz actual[136], la que esa buena gente observa en detrimento de su patria[137] y con vistas a futuras esperanzas, ¡de las que ojalá se vean frustrados y compartan los bienes que vosotros, los que albergáis los mejores deseos, pedís a los dioses; que nunca os hagan partícipes de los que ellos personalmente han escogido! Léeles las coronas de los bizantinos y las de los perintios, con las que coronaban entonces a la ciudad a raíz de esos acontecimientos.

DECRETO DE LOS BIZANTINOS

[Siendo *hieromnamon*[138] Bosporico, Damageto en la Asamblea, tomando 90
un decreto previo del Consejo, presentó esta propuesta: toda vez que el pueblo de los atenienses en las pasadas ocasiones ha venido siendo constantemente

bienintencionado hacia los bizantinos y sus aliados y parientes los perintios[139], y les han prestado muchos y grandes servicios y, recientemente, cuando Filipo el macedonio atacó la región y la ciudad con el fin de liquidar Bizancio y Perinto y quemaba el campo y talaba sus árboles, acudió en su ayuda con ciento veinte bajeles, trigo, proyectiles y hoplitas y nos libró de esos grandes peligros
y restableció la constitución patria, las leyes y los sepulcros, ha parecido bien al 91
pueblo de los bizantinos y de los perintios conceder a los atenienses derecho de matrimonio, de ciudadanía, de posesión de tierras y casas, presidencia en los certámenes, acceso inmediato al Consejo y a la Asamblea después de los sacrificios, y exención de toda prestación de servicios públicos para quienes deseen habitar la ciudad; y erigir en el Bosporeo tres estatuas de dieciséis codos que representen al pueblo de los atenienses en actitud de ser coronado por el de los bizantinos y perintios, y enviar delegaciones a las grandes concentraciones griegas, los Juegos ístmicos, Nemeos, Olímpicos y Píticos, y proclamar las coronas con las que ha sido coronado el pueblo de los atenienses por nosotros, para que conozcan los griegos los méritos de los atenienses y la gratitud de los bizantinos y perintios.]

Lee también las coronas decretadas por los habitantes 92
del Quersoneso.

DECRETO DE LOS QUERSONESIOS

[Los quersonesios que habitan Sesto, Eleunte, Mádito y Alopeconeso coronan al Consejo y al pueblo de los atenienses con una corona de oro de sesenta talentos y erigen un altar a Gratitud y al pueblo de los atenienses por haber sido causante de todos los mayores bienes para los quersonesios, al haberlos arrancado de las manos de Filipo y haberles devuelto sus patrias, sus leyes, su libertad y sus templos. Y en todo el tiempo por venir no cesarán de dar gracias y de hacer todo el bien que puedan. Estos acuerdos fueron votados en el Consejo confederado.]

Así pues, mis principios y mi actividad en el gobierno 93
no sólo lograron salvar el Quersoneso y Bizancio, impedir que el Helesponto llegase a estar algún día sometido a Filipo, y que nuestra ciudad alcanzara por ello alta consideración, sino que, además, revelaron a todos los hombres la nobleza de nuestra ciudad y la ruindad de Filipo. Pues él, siendo, como era, aliado de los de Bizancio, era visto por todos asediando esa ciudad; y ¿hay

algo más vergonzoso y sucio que eso? Vosotros, en cambio, quienes precisamente con razón les hubierais 94
podido echar en cara muchos y justos reproches por la desconsideración con que os habían tratado en tiempos pasados, resultaba claro que no sólo no guardabais rencor ni abandonabais a los agraviados, sino que además los salvabais, por lo cual os habéis granjeado gloria y simpatía por parte de todos. Y además, que habéis coronado ya a muchos de vuestros hombres públicos, es cosa que todos saben; pero algún otro por cuyos servicios la ciudad haya sido coronada (algún otro consejero u orador, quiero decir) exceptuado yo, nadie podría nombrarlo.

Pues bien, con el fin de haceros ver que también las 95
infamantes razones[140] que esgrimió contra los eubeos[141] y los bizantinos trayendo a colación lo que de desagradable hubiera podido haber en su trato con vosotros, son falsas acusaciones no sólo por el hecho de ser fingidas (de lo que estimo estáis vosotros bien al tanto), sino, además, porque, aunque fueran absolutamente verdaderas, convenía hacer uso de los acontecimientos en la forma en que yo lo he hecho, quiero exponeros, y ello en pocas palabras, una o dos honrosas hazañas[142] de las realizadas por la ciudad en vuestros días; porque, realmente, tanto un varón en su vida privada como una ciudad en su conducta pública, deben procurar siempre realizar sus acciones futuras
adaptándolas a las más hermosas de las que tienen ya en su 96
haber. Así pues, vosotros, varones atenienses, cuando los lacedemonios mandaban por tierra y mar, y con harmostas y guarniciones[143] dominaban los alrededores del Atica, Eubea, Tanagra, toda Beocia, Mégara, Egina[144], Ceos, las demás islas[145], y la ciudad no poseía entonces ni naves ni murallas[146], salisteis hasta Haliarto y, una vez más, no muchos días más tarde, hasta Corinto[147], y eso que los atenienses de aquel entonces por muchas razones hubieran podido guardar rencor a corintios y tebanos debido a su conducta en la guerra de Decelia; sin embargo, no obraron

así, ni de cerca. Y, no obstante, entonces ambas acciones, Esquines, no las llevaban a cabo en defensa de 97
bienhechores ni veían que ellas estuviesen desprovistas de riesgo; pero no por ese motivo abandonaban a los que acudían a ellos en busca de amparo, antes bien, por amor de gloria y honor estaban dispuestos a entregarse a los peligros, actuando, de este modo, con acertada y honrosa decisión. Pues para todos los hombres término de la vida es la muerte, aunque alguien se guarde encerrándose en un aposento; pero es menester que los hombres esforzados emprendan siempre todas las bellas acciones, blandiendo ante ellos mismos el escudo de la esperanza, y soporten con nobleza lo que la divinidad les asigne. De esta forma obraban vuestros antepasados, así obrabais los de más edad 98
de entre vosotros, quienes, a pesar de que los lacedemonios no eran vuestros amigos ni vuestros bienhechores, antes bien, habían cometido muchas y graves injurias contra nuestra ciudad, cuando los tebanos después de su victoria en Leuctra[148] se aprestaban a aniquilarlos, lo impedisteis, sin temer la fuerza y la reputación con que entonces contaban los tebanos y sin tener en cuenta cuál había sido el comportamiento de aquellos hombres en cuya defensa 99
ibais a correr peligros. Y, en efecto, a todos los griegos mostrasteis, a raíz de esos hechos, que, cualquiera que sea el agravio que os hayan hecho, guardáis para otra ocasión el resentimiento por él provocado, y si a los ofensores les ocupa un peligro por defender su salvación o libertad, ni les guardaréis rencor por la injuria ni se la tendréis en cuenta. Y no en esas circunstancias tan sólo os comportasteis así, sino que, una vez más, cuando los tebanos trataban de apropiarse de Eubea[149], no os desentendisteis de ello ni recordasteis los agravios sufridos por Temisón[150] y Teodoro a propósito de Oropo, antes bien, incluso a ellos les prestasteis socorro, ocasión aquella en que por primera vez se pusieron al servicio de la ciudad los trierarcos voluntarios, de los cuales uno era yo. Pero aún no hablaré de ello. Y bella acción realizasteis ya al 100

salvar la isla, pero mucho más bella todavía cuando, constituidos en dueños de sus cuerpos y ciudades, se los devolvisteis, en concierto con la justicia, a quienes personalmente os habían hecho perjuicio, sin que para nada tomaseis en consideración vuestras ofensas en medio de aquella confianza que se os otorgó. Pues bien, aunque puedo citar miles de otros ejemplos, los paso por alto: batallas navales, expediciones (por tierra, campañas) tanto realizadas otro tiempo como ahora en nuestros propios días, todas las cuales la ciudad las ha llevado a cabo por la libertad y salvación de los demás griegos. Entonces, yo,
tras haber visto que la ciudad entraba en liza de buen grado 101
en tantas y tan grandes empresas por defender los intereses de los demás, cuando la deliberación concernía de alguna manera a ella misma, ¿qué órdenes debía dar o qué actuación aconsejarle? ¿Guardar rencor, por Zeus, contra los que querían salvarse y buscar excusas por las que abandonásemos todo? ¿Y quién no me hubiera matado con toda justicia, si hubiera intentado deshonrar, aun sólo de palabra, alguna de las glorias con que cuenta la ciudad? Puesto que, de todos modos, la acción en sí vosotros no la hubierais realizado, perfectamente lo sé yo; pues si hubieseis querido, ¿qué impedimento habría? ¿No estaba ello a vuestro albedrío? ¿No se encontraban aquí éstos para aconsejaros esas medidas?

Pues bien, quiero volver[151] a la gestión pública que 102
iba yo desarrollando inmediatamente después de esos sucesos. Y considerad de nuevo en ella qué era lo mejor para la ciudad. Pues viendo, varones atenienses, que vuestra flota[152] se iba descomponiendo y que los ricos resultaban exentos de impuestos a base de pequeños desembolsos, mientras que los ciudadanos poseedores de moderados o insignificantes recursos iban perdiendo sus haberes y que, además, a consecuencia de ello la ciudad perdía sus oportunidades por llegar tarde a ellas, propuse una ley en virtud de la cual a los unos, los ricos, los

obligué a cumplir sus justas obligaciones, puse fin a las injusticias sufridas por los pobres, y para bien de la ciudad logré —lo que precisamente era lo más útil— que los preparativos se dispusieran a su debido tiempo. Y 103
denunciado por ello me presenté a juicio ante vosotros y salí de él absuelto y el acusador no obtuvo la porción de votos requerida. Ahora bien, ¿cuánto dinero imagináis que me ofrecían los jefes de la primera, segunda y tercera clase de contribuyentes de las sinmorías[153] a cambio de que, preferentemente, no propusiera esa ley, o si no, en todo caso, la echase abajo dejándola en suspenso bajo declaración jurada?[154]. Tanto, varones atenienses, que tengo reparos en decíroslo. Y eso con razón intentaban 104
ellos hacerlo. Pues en conformidad con las leyes anteriores podían realizar el servicio público en grupos de dieciséis, gastando ellos mismos poco o nada, pero abrumando a los ciudadanos necesitados, mientras que, de acuerdo con mi ley, cada cual debía pagar la cuota correspondiente a sus haberes, y el que antes era el contribuyente decimosexto de una sola nave (pues ya ni se llamaban a sí mismos trierarcos, sino contribuyentes) apareció convertido en trierarco de dos. Por consiguiente, con tal de que se abrogaran esas leyes y no se vieran forzados a cumplir sus justos deberes, no hay cosa que no estuviesen dispuestos a dar. Y léeme, en primer lugar, el decreto en virtud del cual 105
comparecí en el proceso a raíz de la acusación pública, y, seguidamente, las listas, la resultante de la ley anterior y la obtenida en conformidad con la mía. Lee.

DECRETO[155]

[En el arcontado de Policles, el día decimosexto del mes Boedromión, ocupando la presidencia la tribu Hipotóntide, Demóstenes, hijo de Demóstenes, de Peania, introdujo una ley sobre la trierarquía en sustitución de la anterior, en virtud de la cual se establecían los sindicatos de los trierarcos; y el Consejo y el pueblo la aprobaron por votación; y Patroclo, de Flía, presentó denuncia de ilegalidad contra Demóstenes, y, como no obtuvo la mínima parte de votos requeridos, pagó la multa de quinientas dracmas.]

Presenta ahora también la hermosa lista. 106

LISTA[156]

[Que los trierarcos sean llamados para la dotación de cada trirreme, en número de dieciséis, de las agrupaciones de las compañías, desde los veinticinco años hasta los cuarenta, y participen del servicio público en términos de igualdad.]

Presenta ahora, frente a ésta, la lista que resulta de mi ley.

LISTA

[Que los trierarcos sean elegidos para cada trirreme por su hacienda, según evaluación, a partir de diez talentos; y si la hacienda resultara estimada en más elevadas sumas, sea fijada su contribución proporcionalmente hasta tres bajeles y un barco auxiliar. Y aplíquese la misma proporcionalidad también a aquellos cuyas haciendas sean inferiores a los diez talentos, reuniéndose éstos en una agrupación que alcance los diez talentos]

¿Acaso os parece que presté escasa ayuda a los pobres 107
de entre vosotros o que los ricos hubieran desembolsado pequeñas sumas de dinero con tal de no cumplir sus justas obligaciones? Pues bien, no sólo me enorgullezco de no haber desistido de ello, ni de haber sido absuelto tras haber sido acusado, sino también de haber legislado la ley que convenía y de haber dado prueba de ello con los hechos. Porque a lo largo de toda la guerra, mientras las expediciones tenían lugar de acuerdo con mi ley, nunca ningún trierarco depositó ante vosotros un ramo de suplicante considerándose agraviado, no se sentó en

Muniquia[157], no fue prendido por los comisarios de las expediciones[158], no perdió la ciudad ninguna trirreme, ora abandonada en alta mar, ora retenida aquí mismo por no poder zarpar. Sin embargo, cuando regían las leyes 108
precedentes, todos esos incidentes ocurrían. Y ésta era la causa: que los servicios públicos recaían sobre los pobres; se daban, pues, casos de imposibilidad. Pero yo transferí las contribuciones navales de los menesterosos a los opulentos; así pues, iba resultando todo lo que era menester. Y, realmente, también por eso mismo soy merecedor de alcanzar elogio, porque adoptaba yo todas las medidas de ese tenor, a raíz de las cuales resultaban para la ciudad especies varias de gloria, honor y poder. Nada hay de malicioso, cruel o maligno en mi actuación pública, ni de rastrero o indigno para la ciudad. Resultará, pues, evidente que he mantenido los mismos principios 109
tanto en los asuntos concernientes a nuestra ciudad como en los relativos a las ciudades griegas; porque ni en nuestra ciudad preferí la gratitud de los ricos a los derechos de la mayoría, ni en los asuntos griegos acogí con afecto las dádivas de Filipo o su hospitalidad en vez de los comunes intereses de todos los griegos.

Considero, por tanto, que me resta tratar de la 110
proclamación y de la rendición de cuentas; pues, que iba yo actuando de la mejor manera y que continuamente estoy bien dispuesto y deseoso de beneficiaros, estimo haberlo mostrado suficientemente con lo antedicho. No obstante, dejo de lado lo más importante de mi gestión y actuación públicas por entender, en primer lugar, que debo dar cuenta en su debido orden de los argumentos referentes a la cuestión misma de la ilegalidad, y en segundo término, porque, aunque nada diga del resto de mi gestión pública, de igual modo cuento con el apoyo de la conciencia que cada uno de vosotros tiene de ella.

Ciertamente, por lo que atañe a los argumentos que ése 111
iba exponiendo, mezclándolos en desorden total, acerca de

las leyes presentadas en parangón con la mía, me imagino, por los dioses, que ni vosotros los entendéis ni yo mismo pude comprender la mayor parte. Pero, simplemente y a derechas voy a tratar de los aspectos legales del caso. Pues estoy tan lejos de proclamar que no estoy sujeto a rendición de cuentas (cosa que ése ahora precisaba y falsamente me atribuía), que a lo largo de toda mi vida me reconozco sometido a daros razón del dinero que he
manejado o de mi gestión como hombre público. Sin 112
embargo, al menos de las donaciones que de mi hacienda particular prometí e hice al pueblo, afirmo que ni por un solo día estoy yo sometido a rendición de cuentas (¿oyes, Esquines?) ni ningún otro, ni aunque se tratara de uno de los nueve arcontes. Porque, ¿qué ley hay tan llena de injusticia y aversión a los seres humanos, que a quien ha dado algo de lo suyo propio y llevado a cabo un acto de humanidad y generosidad, le priva de la gratitud, lo arrastra ante los sicofantas y a ésos les encarga de tomarle cuenta del dinero que dio? Ninguna. Y si él dice que sí, que la muestre y yo me daré por contento y me callaré.
Pero no existe, varones atenienses, sino que es este hombre 113
quien me calumnia, porque cuando estaba al cargo del fondo para espectáculos añadí dinero de mi propio caudal, y sostiene: «Le acordó un elogio pese a estar sometido a rendición de cuentas.» Al menos, no por nada de eso por lo que estaba sujeto a dar cuentas, sino por mis propias donaciones, sicofanta. «Pero también eras comisario de fortificaciones.» Y por eso precisamente se me otorgaba coherentemente un elogio, porque hice donación de los gastos y no los cargaba en la cuenta pública. Pues las cuentas requieren explicaciones e inspectores, en cambio los donativos justo es que obtengan agradecimiento y aplauso. Por esta razón Ctesifonte, aquí presente, presentó
esa moción acerca de mi persona. Y que esta definición 114
está así establecida no sólo en las leyes, sino también en vuestros sentimientos morales, os lo mostraré fácilmente con ejemplos de varia suerte. En primer lugar,

Nausicles[159] siendo general ha sido coronado en múltiples ocasiones por vosotros en razón de las aportaciones que hizo de su propio bolsillo. Luego, cuando Diótimo[160] y en otra ocasión Caridemo[161] donaron los escudos, eran coronados. Después, Neoptólemo[162], que ahí está, cuando estaba al cargo de numerosas obras, por las donaciones que hizo ha sido honrado. Porque eso sí que sería lamentable, que a quien ejerza una magistratura no le sea lícito donar a la ciudad sus bienes por mor de su cargo, o que por sus donaciones en vez de granjearse
agradecimiento, se vea sometido a rendir cuentas. En 115
efecto, para mostrar que es cierto lo que digo, toma y léeme los decretos mismos que han sido propuestos en honor de ellos. Lee.

DECRETO

[En el arcontado de Demonico de Fila, el día veintiséis del mes Boedromión, determinación del Consejo y del pueblo, Calias de Fréarros propuso: parece bien al Consejo y al pueblo coronar a Nausicles, comandante al frente de los hoplitas, porque encontrándose dos mil hoplitas atenienses en Imbros prestando, además, ayuda a los atenienses que habitaban la mencionada isla, no pudiendo Filón, elegido para estar al frente de la administración financiera, hacerse a la mar por causa de las tempestades, ni pagar las soldadas a esos hoplitas, hizo donación del requerido dinero aportándolo de su propia hacienda sin exigírselo al pueblo; y que la corona sea proclamada en las fiestas Dionisias, en la representación de las nuevas tragedias.]

OTRO DECRETO 116

[Propuesta que presentó Calias de Fréarros, haciendo los prítanes exposición de ella, determinación del Consejo: Toda vez que Caridemo, comandante al frente de los hoplitas, y Diótimo, comandante al frente de los caballeros, enviados a Salamina, después que algunos soldados fueron despojados de sus armas por el enemigo en la batalla que tuvo lugar en las márgenes del río, a sus propias expensas armaron a los jóvenes con ochocientos escudos, tengan a bien el Consejo y el pueblo coronar a Caridemo y Diótimo con sendas coronas de oro y proclamar la coronación en las grandes Panateneas con ocasión del certamen gimnástico, y en las tiestas Dionisias, en la representación de las nuevas tragedias; y se encarguen de la proclamación los tesmotetas, los prítanes y los agonótetas.]

Cada uno de ésos, Esquines, estaba sometido a rendición de cuentas respecto de la magistratura que ejercía, pero no lo estaba en cuanto a los servicios por los que se le coronaba. Así pues, tampoco yo; porque, sin duda, en las mismas circunstancias me asisten los mismos derechos que a los demás. Hice una donación: recibo elogio por ello sin estar obligado a rendir cuentas de lo que di. Desempeñaba yo un cargo: y he dado cuenta, por cierto, de mi gestión, no de las donaciones que hice. ¡Por Zeus!, pero lo desempeñé a tuerto. Y entonces, estando tú presente, cuando los miembros del tribunal de cuentas me citaban a examen, ¿no me acusabas? 117

Pues bien, para que veáis que él mismo me confirma con su testimonio que yo he sido coronado por hechos de los que no estaba obligado a rendir cuentas, toma y lee todo el decreto redactado en mi favor. Y es que por los puntos del proyecto de decreto que no incriminó, resultará claro que en su acusación actúa como sicofanta. Lee. 118

DECRETO[163]

[En el arcontado de Euticles, a día veintidós del mes Pianepsión, ostentando la presidencia la tribu Eneide, Ctesifonte de Anaflisto, hijo de Leóstenes, expuso: Toda vez que Demóstenes, hijo de Demóstenes, de Peania, encargado de la reparación de las murallas, de sus propios ingresos hizo gasto adicional de tres talentos para sufragar las obras y los entregó como donativo al pueblo; y, puesto al frente del Teórico regalo cien minas para sacrificios a los delegados de todas las tribus, tengan a bien el Consejo y el pueblo de Atenas elogiar a Demóstenes, hijo de Demóstenes, de Peania, por sus méritos y hombría de bien que en toda ocasión viene mostrando hacia el pueblo de los atenienses, y coronarle con corona de oro, y proclamar la corona en el teatro, en las fiestas Dionisias, en la representación de las tragedias nuevas, y que se ocupe de la proclamación el agonóteta.]

Así pues, ésas son mis donaciones, ninguna de las cuales has mencionado tú en tu acusación; en cambio, las recompensas que en compensación de ellas dice el Consejo se me deben otorgar, ésas sí que las persigues en justicia. Reconociendo, pues, que recibir lo que se regala es legal, denuncias por ilegalidad el hecho de que se corresponda con gratitud a esos favores. Y el hombre más malvado y enemigo de los dioses y maldiciente de verdad, ¡por los dioses!, ¿cómo tendría que ser? ¿No vendría a ser más o menos como éste? 119

Y, en realidad, a propósito de la proclamación en el teatro, dejo de lado el que mil veces miles de ciudadanos hayan sido proclamados y que yo mismo muchas veces haya sido coronado antes. Pero, por los dioses. Esquines, ¿eres tan torpe y tan cerrado, que no puedas darte cuenta de que para el que es coronado la corona tiene el mismo interés, sea cual sea el lugar de la proclamación, y de que es por conveniencia de quienes la otorgan por lo que el pregón tiene lugar en el teatro? Pues los que lo oyen, todos, se sienten impulsados a servir a la ciudad y más alaban a los que dan pruebas de su gratitud que al que recibe la corona, por lo cual, precisamente, la ciudad ha redactado esa ley. Toma y léeme esa ley misma. 120

LEY

[En cuantos casos los demos otorguen coronas, háganse las proclamaciones de éstas en los respectivos demos, a no ser que otorgue las coronas el pueblo de los atenienses o el Consejo; en tal caso, sea lícito hacerlas en el teatro, en las fiestas Dionisias…]

¿Oyes, Esquines? La ley dice claramente: «excepto si a algunos se las decreta el pueblo o el Consejo; a esos tales, que los proclame el heraldo»[164]. ¿Por qué forjas embustes? ¿Por qué no usas eléboro para combatir esos tus 121

males? Pero ¿ni siquiera te avergüenzas de iniciar un proceso basado en envidia y no en delito alguno, ni de modificar leyes y de eliminar sus partes, cuando deberían ser leídas por entero al menos a quienes han jurado emitir su voto de acuerdo con ellas? Y luego, obrando así,
enumeras cuantas cualidades deben acompañar a un 122
hombre partidario del pueblo, al modo del que ha encargado una estatuía según un contrato y después se la lleva sin que tenga las cualidades que debiera poseer en virtud del documento, o como si a los partidarios del pueblo se los conociera por sus palabras y no por sus actos y su gestión pública. Y a gritos, como desde un carro[165], pronuncias palabras decibles e indecibles, que son propias de ti y de tu linaje, no de mí. Aunque aún hay otra
cuestión, varones atenienses: Yo considero que el vituperio 123
se diferencia de la acusación en esto: en que la acusación comporta faltas cuyos castigos se contemplan en las leyes, mientras que el vituperio conlleva calumnias que suelen dirigirse recíprocamente los enemigos en virtud de su propio natural. Y sospecho que nuestros antepasados edificaron estos tribunales, no para que, tras haber logrado reuniros en ellos, nos denostemos mutuamente sacando a relucir lo indecible de nuestras vidas privadas, sino para que convenciéramos a quienquiera hubiere cometido algún
delito contra la ciudad. Pues bien, aunque Esquines sabe 124
eso no menos que yo, eligió, en vez de acusarme, comportarse como en un carnaval. Sin embargo, ni siquiera en este caso merece librarse sin sufrir mengua. Ya pasaré a ese tema, tras haberle preguntado tan sólo: ¿Se ha de declarar. Esquines, que eres enemigo de la ciudad, o mío? Mío, evidentemente. En tal caso, cuando te era posible alcanzar en justicia venganza de mí en favor de éstos y de acuerdo con las leyes, si es que yo cometía injusticia, en la rendición de cuentas, en los procesos
públicos, en los demás procedimientos legales, cejabas en 125
el empeño; en cambio, donde yo soy invulnerable a cualquier sanción, por toda suerte de razones, por las leyes,

por el tiempo transcurrido, por la prescripción, por haber sido juzgado con anterioridad muchas veces, a propósito de todos los careos, porque jamás resulté convicto de cometer ninguna injusticia contra vosotros, y cuando es obligado que la ciudad participe en mayor o menor grado de la gloria de los actos llevados a cabo oficialmente, ¿en este momento has salido a mi encuentro? Mira a ver no seas enemigo de éstos mientras finges serlo mío.

Pues bien, dado que se ha mostrado a todos cuál es el 126
voto requerido por vuestra piedad y justicia, es menester, a lo que parece, que yo, aunque no soy amigo de vituperios, a causa de las blasfemias por ese individuo difundidas exponga, lo más meramente imprescindible acerca de su persona en compensación de sus muchos embustes y señale quién es y de quiénes procede el que con tanta facilidad da comienzo a las injurias y ridiculiza ciertas frases mías, cuando él personalmente ha dicho lo que cualquier hombre moderado no se atrevería a pronunciar…
Porque si mis acusadores fueran Éaco, Radamantis o 127
Minos[166] y no un charlatán, un haragán de mercado, una ruina de escribano, no creo que hubiera hablado así ni se hubiera procurado expresiones tan pesadas, gritando como en las tragedias: «oh tierra, sol y virtud» y similares, y en otra ocasión haciendo una invocación a «la inteligencia y la educación», «por las que se distingue lo decoroso de lo infamante»; porque, sin duda, eso es lo que le oíais decir.
¿Qué parte tenéis tú, basura, y los tuyos en la virtud? O, 128
¿cuál es para ti la distinción entre lo honesto y lo que no es tal? ¿De dónde te viene esa capacidad o cómo se te juzgó digno de ella? ¿Dónde se te permite mencionar la educación? Nadie de los que de verdad la han alcanzado se atrevería a expresar de sí mismo nada semejante, antes bien, incluso enrojecería de oírlo decir a otro; pero a los que, como tú, privados de ella, tratan por estupidez de fingir que la poseen, les queda como remanente no el pasar por tales, sino molestar a los oyentes cada vez que hablan.

Y aunque no tengo dudas sobre lo que es menester 129
decir acerca de ti y los tuyos, sí que las tengo a propósito del punto que he de mencionar en primer término. ¿Acaso diré que tu padre Tromes[167] era esclavo en casa de Elpias, el que enseñaba las letras al lado del templo de Teseo, y que andaba provisto de gruesos grilletes y palo de horca al cuello? ¿O que tu madre, haciendo uso de las nupcias de mediodía en la cabaña situada al pie del héroe calamita[168], te crió a ti, hermosa escultura y eximio actor secundario?[169]. Pero esas cosas las saben todos aunque yo no las diga. Pero ¿y si digo que el cómitre Formión, el esclavo de Dión el frearrio, la arrancó de esa honrosa actividad? Mas, por Zeus y los dioses, no me decido, no vaya a ser que yo mismo, diciendo de ti lo que bien te cuadra, dé la impresión de haber seleccionado expresiones
que no se acomodan a mi propia persona. Así que, eso lo 130
dejaré de lado y empezaré por las actuaciones de su propia vida. Pues ni era hijo de padres corrientes y normales, sino de los que maldice el pueblo. Ya que recientemente…, ¿recientemente digo? Ayer o anteayer ha llegado a ser a un tiempo ateniense y orador, y, con la adición de un par de sílabas, a su padre le trocó de Tromes en Atrometo, y a su madre, muy jactanciosamente, en Glaucótea, a quien todos saben se la conocía con el nombre de Empusa, sobrenombre que se ganó, sin duda, por hacerlo y experimentarlo todo; pues ¿qué otro origen podría tener?
Pero, sin embargo, eres tan desagradecido y malvado por 131
naturaleza, que habiéndote trocado gracias a éstos de esclavo en libre y de pobre en rico, no es ya que no les muestres gratitud, sino que te pusiste a sueldo y actúas en tu gestión pública en contra de ellos. Y en cuanto a aquellas actuaciones en que cabe la duda de que haya hablado en beneficio de la ciudad, haré caso omiso de ellas; pero aquellas en que se manifestó a todas luces que obraba a favor de los enemigos, ésas las voy a recordar.

Porque, ¿quién de vosotros no conoce a Antifonte, que 132
fue borrado del registro de los ciudadanos[170], el cual vino a la ciudad tras haber prometido a Filipo que quemaría los arsenales? A éste, a quien yo había echado mano en su escondite del Pireo y hecho comparecer ante la Asamblea del pueblo[171], ese envidioso, a fuerza de vociferar y gritar sin tregua que yo en un régimen de gobierno popular estaba cometiendo desmanes al ultrajar a los ciudadanos desventurados y penetrar en las casas sin requerimiento aprobado por votación, logró que se le dejase en libertad.
Y de no haber sido por el Consejo del Areópago, que al 133
percatarse del asunto y ver que vuestro error había ocurrido en un momento inoportuno, ordenó una nueva búsqueda de ese individuo y, habiéndolo arrestado, lo presentó de nuevo ante vosotros, el tal habría sido arrebatado de vuestro alcance y, tras eludir dar satisfacción de su culpa, habría sido despedido por este altilocuente personaje; la realidad, en cambio, fue que vosotros le
disteis tortura y lo matasteis, como deberíais hacer también 134
con ése. Por tanto, el Consejo del Areópago, conocedor de su actuación de entonces, cuando vosotros lo elegisteis como abogado para defender el asunto del santuario de Delos[172] dejándoos llevar de la misma torpeza por la que vais sacrificando vuestros intereses comunes, dado que también al Consejo lo habíais elegido para colaborar y le habíais conferido autoridad sobre el asunto, excluyó inmediatamente a ese individuo como traidor y ordenó a Hiperides que se encargase de pronunciar el discurso; y así obró el Consejo votando con guijarros tomados del altar, y
ningún voto se depositó a favor de ese canalla. Y en 135
prueba de que esto que digo es verdad, llama a los testigos de estos hechos.

TESTIGOS

[Dan testimonio en favor de Demóstenes, en nombre de todos, los siguientes: Calias de Sunio, Zenón de Flía, Cleón de Falero, Demonico de Maratón: Que cuando en cierta ocasión el pueblo eligió a Esquines como abogado ante los anfictiones, en el asunto del templo de Delos, nosotros, reunidos en consejo, resolvimos que Hiperides era más digno para hablar en defensa de la ciudad, y fue enviado Hiperides.]

Así pues, cuando el Consejo le excluyó a ése de la 136
función de orador público y se la encomendó a otro, entonces declaró manifiestamente que era un traidor y un individuo malintencionado para con vosotros.

He aquí, pues, un ejemplo —tamaño caso— de la actuación pública de ese jovenzuelo, bien similar, ¿cómo no?, a los que esgrime contra mí en su acusación. Pero, recordad otro. Cuando Filipo envió a Pitón de Bizancio[173] y juntamente con él despachó embajadores a todos sus aliados con el propósito de dejar en mal lugar a vuestra ciudad y hacer ver que su comportamiento era injusto, entonces yo no cedí ante Pitón, pese a que daba rienda suelta a su audacia y con torrente caudaloso de palabras se derramaba sobre vosotros, sino que, levantándome, le repliqué y no traicioné en absoluto los derechos de la ciudad, antes bien, probé tan a las claras que Filipo obraba injustamente, que, los propios aliados de aquél, levantándose, lo reconocían. Ése en cambio, le prestaba apoyo y daba testimonio en contra de su patria, y, además, falso testimonio.

Y no le bastaba eso, sino que una vez más, con 137
posterioridad a esos acontecimientos, se le sorprendió confabulándose con Anaxino[174] el espía en casa de Trasón. Ahora bien, aquel que a solas con un individuo solo, el enviado por los enemigos, se confabulaba y consultaba, ese tal por naturaleza era de hecho un espía y enemigo de la patria. Y para probar que lo que digo es cierto, llámame a los testigos de esos hechos.

TESTIGOS

[Teledemo, hijo de Cleón, Hiperides, hijo de Calesero, Nicómaco, hijo de Diofanto, prestan testimonio a favor de Demóstenes y juraron en presencia de los estrategos saber que Esquines, hijo de Atrometo, de Cotócidas, concurría por la noche a casa de Trasón y consultaban con Anaxino, de quien se comprobó que era espía comisionado por Filipo. Esos testimonios fueron entregados en tiempo de Nicias, el día tres del mes de Hecatombeón.]

Pues bien, aunque puedo decir otras mil cosas acerca 138 de él, las dejo de lado. En efecto, así está, poco más o menos, el asunto. Muchos casos además de ésos podría yo citar en los que se puso de manifiesto que ése por aquel tiempo prestaba servicios a los enemigos y a mí, en cambio, me vejaba. Pero no se guardan esos sucesos entre vosotros con exacta memoria y la indignación que correspondería; antes bien, por no sé qué hábito frívolo tenéis concedida amplia licencia a quienquiera desee zancadillear y calumniar a quien propone algo de lo que os conviene, entregando el interés de la ciudad a cambio de vuestro placer y agrado en las injurias; por lo cual es más fácil y más seguro en todo momento percibir un salario sirviendo a vuestros enemigos que asumir el cargo de defender vuestros intereses en la administración pública.

Y, realmente, cooperar con Filipo, ya antes de la lucha 139 abierta era cosa terrible, tierra y dioses, ¿cómo no?, contra la patria; mas condonadlo, si queréis, condonádselo. Pero, una vez que ya abiertamente las naves habían sido capturadas, se devastaba el Quersoneso[175] y el hombre marchaba contra el Ática[176] y ya no estaban los hechos en fase ambigua, sino que se había entablado la guerra, lo que ese malicioso comeyambos[177] hizo alguna vez por vosotros, no podría mostrarlo, ni hay ningún decreto, ni grande ni pequeño, debido a Esquines, acerca de los intereses de la ciudad. Y si dice que sí, que lo muestre ahora en el tiempo a mí concedido; pero no hay ninguno.

Ahora bien, hubiera sido menester, una de dos: o que él, por no poder reprochar ninguna de las gestiones llevadas a cabo por mí, no propusiera por escrito otras contrarias, o que, por buscar la ventaja de los enemigos, no plantease las que fueran mejores que aquéllas.

¿Acaso, pues, ni siquiera hablaba —del mismo modo 140
que tampoco presentaba propuestas— cuando le era menester poner en obra algún mal? Como que no podría hablar ningún otro. Y en los demás asuntos hasta la ciudad podía soportarlo, a lo que parece, y ése pasar desapercibido mientras actuaba; pero una acción llevó a cabo en añadidura, varones atenienses, de tal calibre, que puso remate a todas las anteriores; en torno a ella gastó sus muchas palabras[178] exponiendo pormenorizadamente los decretos relativos a los locrios de Anfisa con ánimo de distorsionar la verdad. Pero eso no se presta a tal intento. ¡Cómo va a prestarse! Nunca te purificarás tú de las acciones por ti mismo allí realizadas; no hablarás tanto como para eso.

Invoco en vuestra presencia, varones atenienses, a 141
todos los dioses y diosas que tienen bajo su poder la región del Ática, y a Apolo Pitio, que es dios ancestral[179] de la ciudad, y a todos ellos ruego que en el caso de que os dijera la verdad ahora y si os la dije también entonces sin dilación en la asamblea del pueblo, cuando por primera vez vi a ese malvado poner mano en este asunto (pues lo conocí, lo conocí al instante), me concedan buena ventura y seguridad, pero si, por enemistad o a causa de rivalidad personal imputo a ése una culpa falsa, me dejen desposeído del disfrute de todo bien.

Ahora bien, ¿por qué he lanzado esta imprecación y 142
por qué me expresé de forma tan vehemente? Porque, aunque cuento con documentos depositados en el archivo público[180], con los cuales mostraré claramente esos hechos, y sé que vosotros conserváis el recuerdo de los

acontecimientos, temo que se le considere a ése demasiado insignificante con respecto de los males por él ejecutados. Cosa que, por cierto, aconteció anteriormente[181], cuando fue causa de la destrucción de los desgraciados focenses por haber referido aquí falsas noticias. Pues la guerra de Anfisa, a raíz de la cual penetró Filipo en Elatea y fue 143 elegido jefe de los anfictíones quien transformó toda Grecia, ése fue el que contribuyó a planearla y el único responsable de todos los mayores males. Y pese a que entonces, de inmediato, yo protestaba y gritaba en la Asamblea diciendo: «una guerra introduces en el Ática[182], Esquines, una guerra anfictiónica», los que estaban aquí sentados previa convocatoria de ése no me dejaron hablar, mientras que los otros se extrañaban y suponían que yo por odio personal le imputaba un cargo sin fundamento. Y cuál fue la verdadera naturaleza de 144 estos hechos, varones atenienses, y por qué motivo se tramaron y cómo fueron ejecutados, oídlo ahora, dado que entonces se os impidió hacerlo. Y, en efecto, vais a ver un asunto bien urdido y obtendréis gran provecho de ello para el conocimiento de los asuntos públicos y contemplaréis cuán grande habilidad había en Filipo.

No había para Filipo posibilidad de poner fin o 145 retirarse de la guerra que sostenía contra nosotros, a no ser que convirtiera a los tebanos y tesalios en enemigos de la ciudad. Ahora bien, aunque vuestros generales luchaban con él desdichada y penosamente[183], no obstante, por efecto del mismo estado de guerra y de los piratas iba sufriendo perjuicios a millares; pues ni exportaba ninguno de los productos que se daban en su país ni importaba para sí los que necesitaba; ni por mar era entonces superior a 146 vosotros ni sería capaz de llegar al Ática si los tesalios no le siguieran y los tebanos no le franquearan el paso. Y acontecía que él, aunque en las operaciones dominaba a los generales que enviabais, cualesquiera que fuesen —que esta cuestión la dejo de lado—, lo pasaba mal por la misma

naturaleza del terreno y de los recursos propios de cada 147
uno de los dos bandos. Y en efecto, si, por satisfacer su enemistad personal, intentaba ayudar a persuadir bien a los tesalios, bien a los tebanos, para que marcharan contra vosotros, pensaba que nadie le haría caso; en cambio, si recogía los pretextos comunes de aquéllos y era elegido caudillo, esperaba que sería más fácil hacer efectivos unas veces sus engaños, otras su persuasión. ¿Qué hace, pues? Intenta (observad con cuánta habilidad) suscitar una guerra entre los anfictíones y sembrar confusión en el Consejo de las Termopilas[184]; pues sospechaba que para esas contingencias ellos le necesitarían inmediatamente. 148
Ciertamente, si esa cuestión la introdujera alguno de los *hieromnémones*[185] enviados por él mismo o alguno de sus aliados, pensaba que los tebanos y los tesalios mirarían con desconfianza el asunto y todos estarían en guardia, mientras que si fuese un ateniense y delegado por vosotros, sus contrarios, el que tal cosa hacía, fácilmente pasaría desapercibido; lo que, precisamente, ocurrió. Y ¿cómo lo logró? Tomando a sueldo a ése que veis ahí. Y toda vez
que, en mi opinión, nadie conocía de antemano la intriga ni 149
se guardaba de ella, tal cual suelen acontecer las cosas de este jaez entre vosotros, propuesto ése como *pilágoro* y luego que le votaron tres o cuatro individuos a mano alzada, fue proclamado. Y en cuanto llegó a la asamblea de los anfictíones[186] tras haber tomado investidura de la dignidad de la ciudad, dejando de lado y mirando con despreocupación todo lo demás, trataba de llevar a término los planes por los que había sido asalariado; y a fuerza de trabar y componer discursos de hermoso cariz y leyendas[187], remontándose a los tiempos en que el territorio de Cirra[188] fue consagrado, persuade a los *hieromnémones*, hombres inexpertos en discursos y
carentes de visión del futuro[189], para que voten una 150
inspección de la región[190] que los anfiseos decían que cultivaban porque les pertenecía, mientras que ése alegaba

en su acusación que formaba parte de la región consagrada, sin que los locrios intentasen entablar contra nosotros ningún proceso ni nada de lo que ahora, diciendo mentiras, alega como pretexto[191]. Y vais a saberlo por lo siguiente: no estaba, evidentemente, en poder de los locrios llevar a término un proceso contra la ciudad sin haber hecho citación previa. Así pues, ¿quién nos citó? ¿En qué magistratura? Nombra al que lo sabe, muéstralo. Pero no podrías, sino que abusabas de ese huero y falso pretexto. Pues, bien, mientras los anfictíones hacían su 151
inspección por aquel territorio en virtud de la sugerencia de ése, cayeron sobre ellos los locrios y a punto estuvieron de matar a todos a flechazos, e incluso se llevaron presos a algunos *hieromnémones*. Y como a raíz de eso surgieron de golpe alborotadas incriminaciones y estalló una guerra contra los anfiseos, al principio Cótifo[192] condujo un ejército de los propios anfictíones; pero como los unos no fueron y los otros, aun yendo, nada hacían, aquellos con quienes se había urdido el plan y gentes, ya de antiguo perversas, tesabas y de las demás ciudades, al punto tomaron medidas de cara al próximo congreso, para intentar poner los asuntos en manos de Filipo como 152
comandante. Y habían echado mano a razonables pretextos; pues decían que o bien tenían que pagar contribuciones ellos mismos y mantener a los mercenarios y castigar a los que tal no hicieran, o bien elegir a aquél. ¿Qué falta hace descender a detalles? Pues a raíz de eso fue elegido comandante. E inmediatamente después congregó sus fuerzas, avanzó como si se dirigiese hacia Cirrea, dijo adiós muy buenas a cirreos y locrios y toma Elatea[193]. Pues bien; si al punto, nada más ver eso, los 153
tebanos no hubieran cambiado de opinión y se hubiesen puesto de nuestro lado, como un invernal torrente toda esta situación se habría desplomado sobre la ciudad. Tal como ocurrió, en cambio, aquéllos aguantaron por el momento, sobre todo, varones atenienses, gracias a la benevolencia de algún dios para con vosotros; en segundo término, no

obstante, y en cuanto de un solo hombre pudo depender, también por mediación mía. Dame esos decretos y las fechas en que cada uno de ellos fue confeccionado, para que sepáis qué tremendas conmociones provocó la maldita cabeza esa sin haber dado justa satisfacción de ellas. Léeme los decretos. 154

DECRETO DE LOS ANFICTÍONES[194]

[En el sacerdocio de Clinágoras, en la sesión de primavera, pareció bien a los pilágoros y a los consejeros de los anfictíones y al común de los anfictíones que, toda vez que los anfiseos penetran en el sagrado territorio y lo siembran y apacientan sus rebaños, acudan los pilágoros y los consejeros y con estelas separen las lindes y prohíban a los anfiseos penetrar en él en lo sucesivo.]

OTRO DECRETO

[En el sacerdocio de Clinágoras, en la sesión de primavera, pareció bien a 155
los pilágoros y a los consejeros de los anfictíones y al común de los anfictíones que, toda vez que los de Anfisa, habiendo ocupado el territorio sagrado, lo cultivan y pastorean en él sus ganados, y cuando se les trataba de impedir que obrasen de esa suerte, se presentaron provistos de armas y han puesto trabas por la fuerza al Consejo común de los griegos, y a algunos de sus miembros hasta los han herido, vaya como embajador ante Filipo el macedonio el general electo de los anfictíones, Cotilo el arcadio[195] y le ruegue que acuda en socorro de Apolo y los anfictíones, para que no permita que el dios sea objeto de trato insolente por parte de los impíos anfiseos; y que le eligen a el general con plenos poderes los griegos que forman parte del consejo de los anfictíones.]

Lee ya también las fechas en que tenían lugar esas gestiones; pues son aquellas en las que ése estuvo de pilágoro. Lee.

FECHAS[196]

[Siendo arconte Mnesitides, el día dieciséis del mes de Antesterión.]

Dame ahora la carta que, al no obedecerle los tebanos, 156
envía Filipo a los aliados del Peloponeso[197], para que veáis también por ella claramente que el verdadero motivo de sus empresas, a saber, el de realizar esas acciones contra Grecia, los tebanos y vosotros, lo ocultaba, y fingía, en cambio, actuar de acuerdo con los intereses comunes y decisiones de los anfictíones; y el que le proporcionaba esos puntos de partida y esos pretextos era ése. Lee.

CARTA

[El rey macedonio Filipo a los demiurgos[198] y los consejeros de sus 157
aliados peloponesios y a todos los demás aliados, salud. Toda vez que los locrios llamados ozolas, que habitan en Anfisa, traían con insolencia el templo de Apolo en Delfos y, penetrando con armas en el territorio sagrado, lo saquean, quicio con vosotros acudir en socorro del dios y rechazar a los que violan alguno de los principios de piedad establecidos entre los hombres: de forma que salidnos al encuentro armados en la Fócide, con provisiones para cuarenta días, el presente mes de Loo según nuestro calendario de celebraciones, de Boedromión según los atenienses, de Panemo según los corintios. Y a los que no se nos unan con todas sus fuerzas, les aplicaremos las sanciones establecidas por nosotros †consejeros†. Que os vaya bien.]

Veis que rehúye los motivos personales y se refugia, en 158
cambio, en los de los anfictiones. ¿Quién, pues, fue el que le prestó su colaboración para preparar eso? ¿Quién el que le proporcionó esas excusas? ¿Quién el principal causante de los males acaecidos? ¿No fue ése? No vayáis, pues, por ahí diciendo, varones atenienses, que tan grandes males ha sufrido Grecia por culpa de un solo hombre[199]. No por culpa de uno solo, sino de muchos malvados que hay en cada ciudad, ¡oh tierra y dioses! De los cuales ése es uno, a 159
quien, si hubiese que decir la verdad sin recato alguno, yo al menos no dudaría en llamarlo plaga[200] común de todo lo que después ha perecido, hombres, lugares, ciudades;

pues el que proporcionó la semilla, ése es el responsable de las plantas. Él, a quien me admira no volvierais la cara nada más verlo. A no ser que haya, entre vosotros, como parece, espesas tinieblas delante de la verdad.

Así pues, acontece que, al tocar yo el tema de los actos 160
contra la patria llevados a cabo por ése, he venido a dar en el de los que he realizado como hombre público tratando de oponerme a aquéllos; asunto que por muchas razones haríais bien en escuchar prestándome oído, pero sobre todo porque es vergonzoso, varones atenienses, que yo soportara la realidad de los trabajos padecidos por vuestro bien y vosotros, por el contrario, ni siquiera la relación de ellos soportéis. Pues al ver yo que los tebanos y casi
incluso vosotros, por efecto de los partidarios de Filipo y 161
de quienes por él habían sido corrompidos en cada una de las dos ciudades, estabais haciendo caso omiso y no os guardabais ni en un solo punto de lo que era para ambos temible cosa y necesitada de mucha vigilancia, a saber, el permitir que Filipo se engrandeciera, y, en cambio, estabais prestos a incurrir en enemistad y mutuo choque, no cesaba yo de estar alerta para que eso no sucediera, no sólo porque suponía en virtud de mi propia opinión que esas
medidas eran convenientes, sino porque sabía que 162
Aristofonte[201] y luego Eubulo en todo tiempo deseaban hacer efectiva esa amistad[202] y que, a pesar de que en lo demás muchas veces estaban en desacuerdo, en eso eran siempre entre sí de opiniones conformes. A los cuales, mientras vivían, tú, zorro, los adulabas pegado a ellos, pero una vez muertos los estás acusando sin darte cuenta; pues con los reproches que a mí me haces[203] respecto de los tebanos, mucho más que a mí acusas a aquéllos, los que
antes que yo aprobaron esta alianza. Pero vuelvo a aquel 163
punto anterior; digo que, habiendo ése provocado la guerra en Anfisa y conseguido sus demás colaboradores concitar el odio a los tebanos, acaeció que Filipo marchó contra nosotros, razón por la cual ésos hacían que las ciudades

chocasen entre sí, y si no nos hubiésemos levantado un poco antes, ni recuperarnos hubiéramos podido; tan lejos llevaron éstos las cosas. Y en qué situación os encontrabais los unos respecto a los otros, oyendo estos decretos y sus respuestas[204] lo habéis de saber. Cógelos y léemelos.

DECRETO

[Bajo el amontado de Heropito, el día vigésimo quinto del mes de Elafebolión, ejerciendo la pritanía la tribu Erecteide, opinión del Consejo y de los estrategos: Toda vez que Filipo, unas ciudades de nuestros vecinos las ha capturado y algunas otras asola y, en suma, se prepara para presentarse en el Ática, no reputando en nada nuestros pactos, y se propone romper los juramentos y la paz transgrediendo los mutuos compromisos, tengan a bien el Consejo y el pueblo enviar embajadores junto a aquél para que conversen con él y le exhorten a observar sobre todo la concordia y los pactos con nosotros, y si no, dar tiempo a la ciudad para deliberar y concluir un armisticio hasta el mes de Targelión. Del Consejo fueron elegidos Simo de Anagiro, Eutidemo de File, Bulágoras de Alópece.] 164

OTRO DECRETO

[Bajo el arcontado de Herópito, el día veintinueve del mes de Muniquión, 165
opinión del polemarco: toda vez que Filipo ansia enemistar a los tebanos con nosotros y está preparado además para presentarse con todo su ejército en los lugares más cercanos al Atica, transgrediendo los pactos existentes entre él y nosotros, tengan a bien el Consejo y el pueblo enviar junto a aquél un heraldo y embajadores que le pidan y exhorten a concluir un armisticio con el fin de que el pueblo delibere aceptablemente; pues incluso ahora no ha decidido enviar socorro en caso de que medie moderación. Fueron elegidos del Consejo Nearco, hijo de Sosínomo; Polícrates, hijo de Epifón, y como heraldo, escogido del pueblo, Eunomo, de Anaflisto.]

Lee ahora, también, las respuestas. 166

RESPUESTA A LOS ATENIENSES

[El rey de los macedonios Filipo, al Consejo y al pueblo de los atenienses, salud. La actitud que desde un principio manteníais respecto a mí, no la ignoro,

ni tampoco qué empeño poníais en vuestro deseo de llamar a vuestro lado a tesalios, tebanos y también a los beocios; pero como ellos discurren mejor que vosotros y no quieren depositar su actitud en vuestras manos, sino que se mantienen firmes de acuerdo con sus intereses, ahora vosotros, dando marcha atrás, enviáis junto a mí embajadores y heraldo, me recordáis los pactos y me pedís una tregua, pese a que no habéis sido ofendidos en nada por parte nuestra. Yo, no obstante, después de haber escuchado a los embajadores, accedo a vuestras demandas y estoy dispuesto a concluir una tregua, si a los que no os aconsejan rectamente los despedís y castigáis con la privación de derechos de ciudadanía como les corresponde. Que os vaya bien.]

RESPUESTA A LOS TEBANOS

[El rey de los macedonios, Filipo, al Consejo y al pueblo de los tebanos, 167
salud. Recibí vuestra carta en la que me renováis la concordia y la paz. Me entero, sin embargo, de que los atenienses os aplican lodo su afán con el deseo de que vosotros seáis sancionadores de las propuestas a que os exhortan. Así pues, antes os reprochaba el estar a punto de confiar en sus esperanzas e ir en pos de sus preferencias. Ahora, en cambio, al descubrir que vosotros, por lo que atañe a las relaciones conmigo, habéis buscado más estar en paz que seguir opiniones de otros, me alegré y os elogio más por muchas razones, pero, sobre todo, por deliberar de forma bien segura acerca de esos asuntos y estar en buena disposición por lo que a mí se refiere, cosa que a vosotros os proporcionará no pequeña ventaja si perseveráis en este propósito. Que os vaya bien.]

Una vez que Filipo dispuso de este modo las mutuas 168
relaciones entre las ciudades por medio de ésos, enaltecido por estos decretos y las respuestas, llegó con sus tropas y tomó Elatea, en la idea de que, por más que aconteciese, ya no nos pondríamos de acuerdo nosotros y los tebanos. Pero, por cierto, todos sabéis la confusión que entonces se produjo en la ciudad; escuchad, no obstante, brevemente los rasgos más esenciales e imprescindibles de aquélla.

Era[205] ya piona tarde y llegó alguien junto a los 169
prítanes anunciando que Elatea había sido tomada. Y tras eso, unos, levantándose, al punto, a mitad de la cena, echaban a los de las tiendas de la plaza y prendían fuego a los zarzos de mimbres[206], otros mandaban buscar a los estrategos y llamaban al trompeta; y llena estaba de confusión la ciudad. Y al día siguiente, con el día, los

prítanes convocaban al Consejo en su lugar de reunión y
vosotros marchabais a la asamblea, y antes de que aquél
hubiese tratado asuntos y adoptado resoluciones previas,
todo el pueblo estaba sentado arriba[207]. Y después,
cuando llegó el Consejo y comunicaron los prítanes lo que 170
se les había anunciado y presentaron al recién llegado y
aquél habló, preguntaba el heraldo: «¿quién quiere tomar
la palabra?» Pero nadie se presentaba. Y aunque muchas
veces el heraldo repetía la pregunta, no más por ello se
levantaba nadie, pese a que estaban presentes todos los
estrategos y todos los oradores y a pesar de que la patria
llamaba a quien quisiera hablar en defensa de su salvación;
pues la voz que emite el heraldo de acuerdo a las leyes, 171
justo es considerarla voz común de la patria[208]. Bien es
verdad que si hubiera sido menester que se presentaran los
que querían la salvación de la ciudad, todos vosotros y los
demás atenienses, puestos en pie, os habríais encaminado a
la tribuna; pues sé que todos vosotros queríais que la patria
se salvase; y si esa obligación hubiera afectado a los más
ricos, habrían acudido los trescientos[209]; y si hubiera
correspondido a quienes son a la vez ambas cosas, bien
dispuestos para con la ciudad y ricos, se habrían
presentado los que después de aquello aportaron tan
generosas donaciones[210]. Pues esas donaciones las
hicieron tanto por su buena voluntad como por su riqueza. 172
Pero, a lo que parece, aquella ocasión y el día aquel
reclamaban a un hombre no sólo bienintencionado y rico,
sino también a uno que hubiera seguido de cerca el
desarrollo de los acontecimientos desde el principio y
hubiese reflexionado rectamente preguntándose por qué
actuaba Filipo de esa manera y qué pretendía; pues el que
no conociera esos extremos ni los hubiera examinado con
esmero desde tiempo atrás, ni, aunque fuese
bienintencionado y rico, iba a saber mejor lo que era
necesario hacer ni iba a poder aconsejaros. Pues bien, ese 173
hombre que apareció aquel día fui yo y presentándome os

dirigí una alocución que quiero me escuchéis prestando atención, por dos razones: una, para que sepáis que yo fui el único de entre los oradores y hombres de estado que no abandoné en los peligros mi puesto[211] de buena intención, sino que en él se me encontraba, al pasar revista, hablando y proponiendo las medidas que convenían para vuestro bien en medio mismo de aquellas terribles circunstancias; y la otra razón, para que gastando poco tiempo seáis mucho más duchos para el futuro en la totalidad de la administración pública. Así pues, dije: «Los que se 174
alborotan exageradamente ante la idea de que los tebanos están del lado de Filipo[212], opino que desconocen la situación actual; pues sé bien que, si eso por acaso fuera así, no oiríamos decir que aquél se encuentra en Elatea, sino en nuestros propios límites. No obstante, que él ha venido para disponer en su favor los asuntos de Tebas, lo sé con claridad. Y cómo están ellos, decía yo, oídlo de mí. Aquél, a cuantos tebanos podía convencer a fuerza de 175
dinero o engañar, los tiene bien dispuestos a todos, pero a los que desde el principio se le han encarado y ahora se le enfrentan, en modo alguno puede convencerlos. ¿Qué quiere, pues, y por qué ha tomado Elatea? Haciendo en las cercanías una exhibición de su fuerza y mostrando sus armas en parada, soliviantar y volver audaces a sus amigos y consternar a los que se le oponen, con el fin de que o, presos por el miedo, concedan lo que ahora no están dispuestos a otorgar, o sean objeto de violencia. Por tanto, 176
decía yo, si nosotros en las circunstancias presentes vamos a tomar partido por recordar todo lo que de desagradable hayan llevado a cabo los tebanos contra nosotros, y por desconfiar de ellos, dando por supuesto que están de parte del enemigo, en primer lugar estaremos haciendo lo que Filipo pediría en sus plegarias, y, luego, me temo que, aceptándole los que ahora le hacen frente y convertidos todos por acuerdo unánime en partidarios de Filipo, los unos y los otros invadan el Ática. En cambio, si me hacéis caso y os dais a reflexionar, no a rivalizar, sobre lo que yo

diga, considero que os parecerá que propongo las precisas
medidas y que dispersaré el peligro que se cierne sobre la 177
ciudad. ¿Qué digo, pues, que es preciso? En primer lugar, abandonar vuestro actual temor, luego, cambiar de mentalidad y temer todos por los tebanos; pues están mucho más cerca de los peligros que nosotros y el riesgo lo corren ellos primero. Después, que, haciendo una salida hacia Eleusis los que estén en edad militar y los jinetes, hagáis ver a todos que vosotros personalmente estáis en armas, con el fin de que los que están de vuestra parte en Tebas cuenten, en situación de igualdad, con la posibilidad de hablar abiertamente en torno a sus legítimos derechos, al ver que así como los que intentan vender su patria a Filipo disponen de una fuerza, presente en Elatea, presta a ayudarles, del mismo modo estáis vosotros preparados en calidad de reserva para los que quieren combatir por la
libertad y les socorreréis, si alguien marcha contra ellos. 178
Además de esto, recomiendo vivamente elegir diez embajadores y darles plenos poderes, para que, juntamente con los generales, decidan cuándo se ha de marchar allí y lo relativo a la expedición militar. Y una vez que lleguen los embajadores a Tebas, ¿cómo les aconsejo que traten el asunto? A este punto prestadme toda vuestra atención. No pidáis nada a los tebanos (pues la ocasión es oprobiosa), sino prometedles que iremos en su ayuda, si lo solicitan, por entender que ellos se encuentran en las últimas y nosotros somos más previsores que ellos; esto con el fin de que, si aceptan esas propuestas y nos hacen caso, hayamos manejado a nuestro gusto los asuntos que deseamos y lo hagamos con porte digno de la ciudad; y si no nos es dado tener éxito, ellos se hagan a sí mismos los reproches, si en algo ahora se equivocan, y, en cambio, por parte nuestra nada se haya hecho de vergonzoso ni humillante.» Tras
haber expuesto éstas y similares razones, bajé de la 179
tribuna. Y como todos dieron su aprobación conjuntamente y nadie dijo nada en contra, no me limité[213] a exponer esas medidas sin proponerlas por escrito, ni a proponerlas

por escrito, pero sin ejercer de embajador, ni a ejercer de embajador pero sin lograr convencer a los tebanos, sino que lo llevé todo a cabo desde el principio hasta el fin y me entregué a vosotros sin reserva introduciéndome en medio de los peligros que se habían instalado en derredor de la ciudad. Léeme el decreto que se pasó entonces. Aunque,
¿con quién quieres que te identifique a ti, Esquines, y con 180
quién a mí por lo que fuimos aquel día? ¿Quieres que yo sea Bátalo[214], como me llamarías en plan de injuria y zaherimiento, y tú, en cambio, no un héroe cualquiera, sino uno de ésos del teatro, Cresfonte, o Creonte[215], o Enómao, a quien en cierta ocasión en Colito[216] degollaste de mala manera? Pues bien, entonces en aquella ocasión, yo, Bátalo el peaneo, me mostré más meritorio que tú, Enómao de Cotócidas[217], para con la patria. Pues tú en ningún momento serviste para nada útil, yo en cambio iba cumpliendo todo cuanto incumbía al buen ciudadano. Léeme el decreto.

DECRETO DE DEMÓSTENES[218]

[En el arcontado de Nausicles, ejerciendo la pritanía la tribu Ayántide, el día 181
dieciséis del mes de Esciroforión, Demóstenes, hijo de Demóstenes, de Peania, propuso: Toda vez que Filipo el Macedón en el pasado inmediato aparece como transgresor de los términos de la paz concluidos por él con el pueblo ateniense, despreciando los juramentos y los principios de justicia reconocidos por todos los griegos, y se apodera de ciudades que no le pertenecen en absoluto, e incluso, a algunas que son de los atenienses, las ha capturado en guerra sin haber sido provocado por agravio alguno debido al pueblo de los atenienses, y en el presente progresa más y más en violencia y crueldad; pues en efecto, hay
ciudades griegas en que establece guarniciones y deroga sus constituciones, 182
otras las arrasa y reduce a esclavitud a sus habitantes, en algunas incluso, asienta, en vez de griegos, a bárbaros, induciéndolos contra los santuarios y las tumbas, sin hacer con ello nada ajeno a su propia patria ni a su carácter y usando inmoderadamente de su presente y actual fortuna, olvidado de sí mismo, de que de insignificante y ordinario que era, se ha convertido inesperadamente
en grande; y mientras el pueblo de los atenienses veía que él iba arrebatando 183
ciudades bárbaras y de su pertenencia, suponía que era cosa de menor importancia la falta de consideración de que era objeto; pero ahora, al ver que de entre las ciudades griegas, unas son ultrajadas y otras asoladas, considera que es escandaloso e indigno de la reputación de sus antepasados el desentenderse del hecho de que los griegos vayan siendo esclavizados; por lo cual, tengan a

bien el Consejo y el pueblo de los atenienses, una vez se hayan ofrecido 184
plegarias y sacrificios a los dioses y a los héroes que dominan la ciudad y la región de los atenienses, y se hayan hecho cargo de los méritos de los antepasados, porque en más valoraban conservar la libertad de los griegos que su propia patria, botar doscientas naves y que el navarco zarpe hacia la parte de aquí de las Termopilas y el estratego y el hiparco saquen en dirección a Eleusis las tropas de infantería y caballería, y se envíen también embajadores a los demás griegos y, lo primero de todo, a los tebanos por el hecho de que Filipo se encuentra cerquísima del territorio de aquéllos; y exhortar les a que no se 185
espanten para nada ante Filipo y se adhieran fuertemente a su propia libertad y a la de los demás griegos; y se les diga que el pueblo de los atenienses, que ya no guarda ningún rencor por diferencia alguna que antaño haya podido existir entre las dos ciudades, les ayudará con tropas, dinero, municiones y armas, conocedor como es de que discutir mutuamente entre ellos, que son griegos, en torno a la primacía es cosa honrosa, mientras que ser regidos por un hombre de otra estirpe y verse despojados de la hegemonía es indigno de la fama de los griegos y de los méritos de los antepasados. Además, el pueblo de los atenienses ni 186
siquiera considera extraño al pueblo de los tebanos ni en razón del parentesco familiar ni del tribal. Recuerda también los servicios prestados por sus antepasados a los de los tebanos; pues, en efecto, a los hijos de Heracles, a quienes los peloponesios intentaban despojar del imperio paterno, los restituyeron a su país, después de haber vencido con las armas a los que intentaban salir al paso a los descendientes de Heracles; y a Edipo y a los que con él fueron desterrados, les dimos acogida, y muchas otras acciones humanitarias e insignes hechas a los tebanos cuentan en nuestro haber, por lo 187
cual, tampoco ahora el pueblo de los atenienses hará defección de los intereses de los tebanos y de los demás griegos. Y que se concierte con ellos una alianza y se establezca derecho recíproco de matrimonio, y se presten y tomen juramentos. Embajadores: Demóstenes, hijo de Demóstenes, de Peania; Hiperides, hijo de Cleandro, de Efesto; Mnesítides, hijo de Antífanes, de Fréarros; Demócrates, hijo de Sófilo, de Flía; Calesero, hijo de Diotimo, de Cotócidas.

Ése era el principio y primer afianzamiento de nuestras 188
relaciones con Tebas, siendo así que antes las dos ciudades habían sido arrastradas por esos individuos a la enemistad, el odio y la desconfianza. El decreto ese hizo que el peligro que entonces asediaba a la ciudad pasara de largo como una nube[219]. Era, pues, deber del ciudadano justo señalar entonces públicamente un plan, si lo tenía y era mejor que mis medidas, y no ahora censurarlo. Pues el consejero y el sicofanta[220], que ya en nada de lo demás se 189
parecen, en esto difieren mutuamente en máximo grado: el primero manifiesta su opinión antes de los acontecimientos

y se ofrece como responsable ante los que siguen su
consejo, ante la fortuna, ante los eventos, ante quienquiera
que sea; el otro, en cambio, guardando silencio cuando
debería hablar, si algo desfavorable sucede, lo convierte en
blanco de sus maliciosos reproches. Era, en efecto, como 190
dije, aquella ocasión la apropiada para el hombre
preocupado por su ciudad y para los buenos consejos; pero
yo voy mucho más lejos, hasta el pimío que si ahora
alguien puede mostrar algo mejor o, sencillamente, si
alguna otra solución cabía al margen de lo que yo propuse,
confieso mi equivocación. Porque si hay alguna medida
que alguien ha visto ahora y que convenía que entonces se
hubiera adoptado, yo sostengo que no tenía que haberme
pasado desapercibida. Pero si no la hay, ni la había, ni
nadie podría indicarla ni aun en el día de hoy, ¿qué debía
hacer el consejero? ¿No debía elegir el mejor plan entre los
que se le ofrecían y eran hacederos? Pues bien, eso fue lo
que hice, Esquines, cuando el heraldo preguntaba: «¿Quién 191
quiere hablar?» y no «¿Quién quiere hacer acusaciones
respecto de los acontecimientos pasados?», ni: «¿Quién
quiere garantizar el porvenir?» Y mientras tú por aquellos
días te quedabas sentado en las asambleas sin decir
palabra, yo pasaba para adelante y hablaba. Pero ya que no
entonces, muéstranos ahora, di; ¿qué palabras omití que
debiera haber poseído en abundancia o qué ocasión
ventajosa para la ciudad dejé de lado? ¿Qué alianza, qué
empresa a la que más bien tenía yo que haber conducido a
éstos?

Pero realmente los hechos pasados siempre son dejados 192
de lado por todos y nadie nunca acerca de ellos propone
deliberación alguna; en cambio, el futuro o el presente
reclaman al consejero en su puesto[221]. Pues bien: en
aquel entonces algunos peligros eran inminentes, según
parecía, y otros estaban ya presentes[222]; en esas
circunstancias considera cuál fue la actuación que yo elegí
y no te dediques a presentar calumniosamente los

acontecimientos resultantes. Porque el cumplimiento de todas las empresas se produce como la divinidad quiera; pero la elección misma de las gestiones pone de manifiesto la inteligencia del consejero. No consideres, pues, falta mía 193
la circunstancia de que Filipo venciera en la batalla[223]; porque en manos de la divinidad estaba el resultado de ésta, no en las mías. Pero que no tomara yo todas las medidas que eran posible dentro de los límites de humano razonamiento, o que no las pusiera en práctica con rectitud, diligencia y un afán superior a mis fuerzas, o no emprendiera acciones honrosas, dignas de la ciudad o necesarias, eso demuéstramelo y entonces ya acúsame. 194
Pero si el huracán que sobrevino no sólo ha sobrepasado nuestro poder, sino también el de todos los demás griegos, ¿qué había que hacer? Es como si a un armador que todo lo ha hecho con vistas a la seguridad de la nave y la ha provisto de los medios con los que creía que podría salvarse, pero luego, sorprendido por una tormenta, se le averían o, sencillamente, se le hacen polvo los aparejos, se le incriminase el naufragio. «Pero —podría decir— ni siquiera pilotaba[224] yo la nave (como tampoco mandaba yo el ejército) ni era dueño de la fortuna, sino ella de todo.» Reflexiona y considera también esto otro: si aun 195
luchando nosotros con el apoyo de los tebanos, era decisión del destino que nos fuese así, ¿qué habría sido de esperar si ni siquiera a ésos los hubiéramos tenido de aliados, sino que se hubiesen sumado a Filipo, situación para cuyo logro tocó aquél por aquellas fechas todos los registros? Y si ahora que la batalla tuvo lugar a tres días de jornada del Ática[225], un peligro y un pánico tan grandes asediaron la ciudad, ¿qué sería de esperar que hubiera ocurrido si este mismo desastre se hubiese producido en algún punto de nuestro territorio? ¿Acaso no te has percatado de que, tal como ha ocurrido, un solo día, dos, tres días dieron ocasión de levantarse, concentrarse, cobrar aliento, tomar muchas medidas para salvación de la ciudad, mientras que en caso contrario…? No vale la pena

hablar de lo que ni siquiera ha dado prueba de existencia gracias a la benevolencia de algún dios y al hecho de que esta ciudad se escudó en esta alianza que tú censuras en tono acusador.

Todo esto que digo, en su mayor parte lo dirijo, jueces, 196
a vosotros y a los espectadores y oyentes de ahí fuera[226], porque, lo que es para este despreciable individuo, bastaban unas breves y claras palabras[227]. Pues si para ti solo, Esquines, de entre todos, era manifiesto el futuro cuando la ciudad deliberaba acerca de esas cuestiones, era entonces cuando había que predecirlo; pero si no lo conocías de antemano, estás sujeto igual que los demás al cargo de ignorancia, de modo que, ¿por qué me acusas de
ello con más derecho que yo a ti? En efecto, respecto de 197
estos asuntos en particular de los que estoy hablando (y todavía no trato de las demás cuestiones) he sido un ciudadano tanto mejor que tú cuanto que me ofrecía para lo que parecía convenir a todos sin vacilar ante ningún riesgo personal ni tenerlo en cuenta, mientras que tú ni propusiste otras medidas mejores que ésas (pues no se habrían empleado ésas) ni paro su ejecución te mostraste útil en nada; y ha quedado comprobado con posterioridad a los sucesos que lo que hubiera hecho el hombre más perverso y hostil para la ciudad, eso lo has realizado tú; y al mismo tiempo que Arístrato en Naxos y Aristolao en Tasos[228], enemigos por entero de la ciudad, procesan a
los amigos de los atenienses, también en Atenas Esquines 198
acusa a Demóstenes. Aunque aquel para quien las desventuras de los griegos iban acumulándose como reservas en que basar su buena reputación, ése es más merecedor de perecer que de acusar a otro; y aquel a quien han venido bien las mismas ocasiones que los enemigos de la ciudad han encontrado ventajosas, no es posible que ése sea leal a la patria. Y lo pones de manifiesto con tu forma de vida y de actuar y con las gestiones que haces en la administración pública, y, al revés, con las que no haces.

Se lleva a cabo alguna cosa de las que parecen que os convienen; Esquines[229] está mudo. Hubo algún contratiempo y sucede algo que, por ser tal, no debería; Esquines está presente. Ocurre como con las roturas y los desgarros musculares, que se estimulan cuando el cuerpo recibe algún daño.

Y toda vez que insiste mucho en lo sucedido, quiero 199
decir algo, por cierto, chocante[230]. Y, por Zeus y los dioses, que nadie se extrañe de mi exageración, antes bien, considere con benevolencia lo que voy a decir. Aun en el caso de que para todos hubiese sido de antemano manifiesto lo que iba o pasar y todos lo hubieran sabido y tú, Esquines, que ni articulaste palabra, lo hubieras predicho a voces y gritos, ni siquiera así debía haberse apartado la ciudad de esos proyectos, si es que tenía en cuenta el honor, los antepasados y los tiempos futuros.
Ahora, de cierto, parece haber fracasado en la empresa, 200
vicisitud común a todos los hombres cuando así place a la divinidad. Pero, en caso contrario, si aspirando a la primacía sobre los demás, luego hubiera desistido de ella en beneficio de Filipo, tendría la responsabilidad de haber traicionado a todos. Pues si hubiera abandonado sin lucha la causa por la que ningún riesgo habrían dejado de afrontar nuestros antepasados, ¿quién no te habría
escupido con desprecio? A ti, que no a la ciudad, ni a mí. 201
¿Con qué ojos, por Zeus, miraríamos a los hombres que llegasen a la ciudad, si, habiendo abocado los acontecimientos a la situación actual, y elegido Filipo jefe y señor de todos, hubieran limado a cabo otros, sin nosotros, el combate destinado a evitar que tal sucediera, y eso cuando nunca la ciudad en los anteriores tiempos ha preferido la seguridad sin gloria a los peligros en defensa
de las causas nobles? Porque ¿quién de entre los griegos, 202
quién de entre los bárbaros[231] no sabe que tanto por parte de los tebanos[232], como de los que aun antes que ellos llegaron a ser poderosos, los lacedemonios, incluso por

parte del rey de los persas[233] con mucha gratitud y gusto se habría concedido a la ciudad, a cambio de tomar lo que quisiera y conservar lo suyo propio, obedecer lo que se le ordenase y dejar a otro la preeminencia sobre los griegos? 203
Pero no era esa actitud, según parece, para los atenienses, ni acorde con las tradiciones de sus antepasados, ni tolerable ni conforme a su manera de ser, ni pudo jamás nadie, desde los más remotos tiempos, persuadir a la ciudad para que, uniéndose a los pueblos poderosos, pero de injusto proceder, fuese esclava gozando de seguridad;
antes bien, luchando, ha pasado toda la vida afrontando 204
riesgos por la preeminencia, el honor y la gloria. Y ese modo de proceder vosotros lo consideráis tan respetable y tan ajustado a vuestros sentimientos morales, que incluso de vuestros antepasados, a los que así obraron, en grado máximo los alabáis. Y es natural; pues, ¿quién no admiraría el valor de aquellos varones[234] que soportaron abandonar su tierra y su ciudad y embarcarse en las trirremes para no hacer lo que se les mandaba, que eligieron estratego al que así les aconsejó, Temístocles, y, en cambio, al que se declaró partidario de obedecer las órdenes, Círsilo, lo lapidaron, y no sólo a él, sino que también vuestras mujeres lapidaron a la suya? Y es que los
atenienses de entonces no buscaban ni orador ni estratego 205
que les procurase una servidumbre feliz, antes bien, ni vivir tenían por digno si no les fuese posible hacerlo con libertad. Pues cada uno de ellos pensaba que no sólo había nacido para su padre y para su madre, sino también para su patria. ¿Y cuál es la diferencia? Que el que piensa que ha nacido sólo para sus padres aguarda su muerte natural fijada por el destino, mientras que el que considera que ha nacido también para la patria estará dispuesto a morir por no verla esclavizada y tendrá por más temibles que la muerte los ultrajes y deshonras que es menester soportar en una ciudad sujeta a esclavitud.

Pues bien, si eso intentara yo decir, a saber, que fui yo 206
quien os induje a tener sentimientos dignos de vuestros antepasados, no habría quien no me lo reprochase con razón. Pero, en cambio, yo declaro que tales resoluciones son vuestras, e indico que ya antes de mí la ciudad tenía esos ideales; ahora bien, afirmo que en la intendencia de cada uno de los hechos hay también participación mía.
Pero ése, al denunciar la totalidad de la gestión y al 207
exhortaros a que seáis severos conmigo como causante de temores y peligros para la ciudad, desea vivamente privarme de la gloria del presente, pero, por otro lado, os detrae elogios para todo el tiempo futuro. Pues, si, por considerar que mi proceder en el gobierno no ha sido el mejor, condenáis a Ctesifonte, daréis la impresión de que os habéis equivocado, no de haber sufrido lo que os tocó
padecer por la aspereza de la fortuna. Pero no es posible, 208
no es posible que os equivocarais, varones atenienses, quienes afrontasteis el peligro por la libertad y la salvación de todos; no[235], por aquellos de nuestros antepasados que se expusieron los primeros al peligro en Maratón, y los que se alinearon en Platea, y los que intervinieron en combates navales en Salamina y junto al Artemisio, y muchos otros que, bravos hombres, yacen en los monumentos públicos, a todos los cuales enterró la ciudad considerándolos dignos por igual del mismo honor, Esquines, no solamente a los que tuvieron éxito y prevalecieron. Con toda justicia; pues lo que era propio de hombres valientes, ha sido llevado a
cabo por todos; de la suerte, en cambio, cada uno se ha 209
valido de aquella que le asignó la divinidad. Luego, maldito chupatintas encorvado, tú, queriendo privarme de la estimación y benevolencia con que éstos me honran, hablabas de trofeos[236], batallas y antiguas hazañas, de entre lo cual, ¿*qué* era lo que el presente proceso requería? Pero yo, que me adelantaba a hablar como consejero de la ciudad acerca de su preeminencia, dime, ¡actor de tercer orden!, ¿en los sentimientos de quién debía yo inspirarme y subir luego a la tribuna? ¿En los de uno que va a hablar

de manera indigna de estos éxitos? En ese caso hubiera merecido justamente la muerte. Puesto que tampoco vosotros, varones atenienses, debéis juzgar las causas 210
privadas y las públicas con la misma consideración, sino que los contratos de la vida cotidiana debéis considerarlos en los casos de leyes y actos de la vida privada; en cambio, las decisiones públicas es menester que las juzguéis volviendo los ojos a los títulos de gloria de nuestros antepasados. Y es necesario que, cada uno de nosotros, si sois de la opinión de que hay que obrar de manera digna de nuestros antepasados, piense, cuando entréis a juzgar procesos públicos, que, al mismo tiempo que el bastón y la tésera, recibe en depósito el orgullo de la ciudad.

Pero, por haber ido a dar en las hazañas de vuestros 211
antepasados, hay decretos y hechos que pasé por alto. Así pues, quiero volver al punto en que me aparté del relato.

Pues cuando llegamos a Tebas, encontramos, allí presentes, embajadores de Filipo, de los tesalios y de los demás aliados, y vimos a nuestros amigos atemorizados y a los de aquél por el contrario llenos de audacia. Y en prueba de que no estoy hablando ahora en mi provecho por interés, léeme la carta que entonces de inmediato enviamos los embajadores. Aunque ése hace uso con tanto exceso de 212
su índole de sicofanta, que si algo se hizo de lo que había que hacer, declara que la causa no fui yo, sino las circunstancias[237]; en cambio, de todos los acontecimientos que resultaron de forma contraria, afirma que yo y mi fortuna[238] somos culpables; y, a lo que parece, yo, el consejero y orador, en su opinión no soy para nada copartícipe de los éxitos logrados por los discursos y deliberaciones, y, en cambio, soy el único responsable de los infortunios habidos en las armas y respecto de las operaciones militares. ¿Cómo podría haber sicofanta más cruel o más maldito? Lee la carta.

CARTA

Pues bien, una vez que celebraron la asamblea, 213
introdujeron primero a aquellos por tener rango de aliados. Y adelantándose a la tribuna, iban pronunciando ante el pueblo sus discursos colmando de alabanzas a Filipo y a vosotros de acusaciones, recordando todo cuanto vosotros alguna vez llevasteis a cabo en contra de los tebanos. Y, en resumen, les pedían que pagasen con su gratitud los beneficios recibidos de Filipo y tomaran venganza de los agravios que por obra vuestra habían sufrido, de cualquiera de estas dos maneras: o bien dejándoles paso franco en su marcha contra vosotros, o participando con ellos en la invasión del Ática; y les manifestaron que, según creían, como consecuencia de seguir su consejo, los ganados, esclavos y demás bienes del Ática pasarían a Beocia, mientras que, por seguir las propuestas que aseguraban íbamos nosotros a hacer, Beocia sería arrasada por la guerra. Y otros muchos argumentos, además de éstos,
aducían, tendentes todos a la misma conclusión. Y lo que 214
nosotros replicamos a eso, daría toda mi vida[239] por relatároslo en detalle, pero temo que vosotros, pasadas ya las circunstancias, y pensando que sobre los acontecimientos ha sobrevenido un diluvio, consideréis vano enojo las palabras referentes a esos asuntos; pero, así y todo, aquello de lo que nosotros les convencimos y lo que nos contestaron, oídlo. Toma esto y léelo.

RESPUESTA DE LOS TEBANOS

Así pues, tras esto, los tebanos os llamaban y 215
mandaban buscar. Vosotros salíais del Ática, ibais en su ayuda; dejando de lado lo que ocurrió entretanto, con tan gran familiaridad os acogían, que estando acampados fuera de Tebas sus hoplitas y sus jinetes, daban recibimiento al ejército en sus casas y en la ciudad, junto a sus hijos,

mujeres y sus más preciosas posesiones. Y por cierto que aquel día tres elogios, los más bellos, proclamaron sobre vosotros los tebanos ante todos los hombres: uno por vuestra hombría, otro por vuestra justicia y el tercero por vuestra modestia. Porque, en efecto, al preferir afrontar el combate a vuestro lado más que contra vosotros, juzgaron que erais mejores que Filipo y que vuestras reclamaciones eran más justas; y al poner en vuestras manos lo que entre ellos y entre todos en más estricta vigilancia se mantiene, los niños y las mujeres, revelaron que tenían confianza en vuestra templanza. En todo lo cual, varones atenienses, 216
resultó evidente que os habían juzgado bien. Pues ni siquiera una vez que entró el campamento en la ciudad nadie os hizo reproche alguno, ni aun injustamente; hasta tal punto os comportasteis sobriamente; y después de haberos alineado junto a ellos en las dos primeras batallas, la de junto al río[240] y la de invierno, os mostrasteis no sólo irreprochables, sino también admirables por vuestro orden, vuestros equipos, vuestro celo. Por lo cual recibisteis vosotros elogios de los demás, y los dioses sacrificios y procesiones de vuestra parte. Y yo, al menos, 217
preguntaría con gusto a Esquines si, cuando se producían esos acontecimientos y la ciudad estaba llena de emulación, alegría y alabanzas, él tomaba parte en los sacrificios y se regocijaba a la vez que la mayoría, o si apesadumbrado, gimiendo y descontento por los éxitos colectivos, se quedaba en casa. Pues si estaba presente y se encontraba entre los demás, ¿cómo que no está llevando a cabo una acción escandalosa o, incluso, impía, si aquellas medidas de cuya excelencia él personalmente puso por testigos a los dioses, ahora os pide a vosotros, que habéis jurado por los dioses, que votéis que no eran óptimas? Y si no estaba presente, ¿no es justo que muera muchas veces si, por lo que los demás se alegraban, él se entristecía al verlo? Léeme ya esos decretos.

DECRETOS SOBRE LOS SACRIFICIOS

Así pues, nosotros estábamos entonces celebrando 218
sacrificios y los tebanos en la creencia de que se habían salvado por mediación nuestra; las circunstancias habían cambiado para los que parecía que, a raíz de las maniobras de esos individuos, iban a verse necesitados de ayuda, de tal modo, que ellos precisamente la prestaban a otros gracias a los consejos que aceptasteis de mí. Sin embargo, verdaderamente, qué tono de voz empleaba entonces Filipo y en qué desconciertos andaba a raíz de estos acontecimientos, lo sabréis por las cartas que aquél enviaba al Peloponeso. Cógelas y léeme, para que sepáis lo que consiguieron mi constancia, mis idas y venidas, mis agobios y los muchos decretos que él ahora ridiculizaba[241].

Bien es verdad, varones atenienses, que muchos 219
oradores famosos y grandes ha habido entre vosotros antes que yo: aquel Calístrato[242], Aristofonte[243], Céfalo[244], Trasibulo[245] y mil otros; pero, sin embargo, ninguno de ellos jamás se entregó a la ciudad por entero para ninguna tarea, antes bien, el que hacía propuestas por escrito no formaba parte de embajadas, y el que actuaba de embajador no hacía propuestas por escrito. Porque cada uno de ellos se reservaba cierta holganza y al mismo tiempo alguna escapatoria en caso de que surgiera un
incidente. «Entonces, ¿qué?» —podría alguien decir— 220
«¿Tú tanto les aventajaste en fuerza y audacia que todo lo hacías solo?» No digo eso, sino que hasta tal punto estaba convencido de que era grande el peligro que se había apoderado de la ciudad que no me parecía bien conceder lugar ni preocupación ninguna respecto de mi propia seguridad, sino que había que contentarse con que al menos alguien cumpliera con su deber sin dejar nada de
lado. Y estaba convencido, respecto de mí mismo, quizás 221
tontamente, pero, aun así, convencido, de que ni

proponiendo decretos ni poniéndolos por obra ni desempeñando embajadas nadie los propondría ni ejecutaría ni actuaría de embajador con más celo ni mayor justicia que yo. Por eso me colocaba a mí mismo en todos los puestos. Lee las cartas de Filipo.

CARTAS

En esa coyuntura puso a Filipo mi gestión de los 222
asuntos públicos, Esquines; ése fue el tono que empleó, él que antes de esos sucesos lanzaba elevando la voz muchas y arrogantes palabras contra la ciudad. En razón de lo cual era yo coronado por éstos con justicia y tú, que estabas presente, no te oponías, y Diondas[246], que puso una denuncia, no alcanzó la porción de votos requerida. Y léeme los decretos que han resultado absueltos y que ni siquiera fueron objeto de acusación por parte de ése.

DECRETOS

Esos decretos, varones atenienses, contienen las 223
mismas sílabas y las mismas palabras que los que han propuesto primero Aristonico y ahora Ctesifonte aquí presente. Y esos decretos ni Esquines los denunció personalmente ni se unió a la acusación del denunciante. Bien es verdad que, si su acusación de ahora contra mí fuese verdadera, con mayor razón que a Ctesifonte habría demandado entonces a Demómeles[247], que era el autor de
esta propuesta, y a Hiperides. ¿Por qué? Porque a éste le 224
era posible remitir a aquéllos y a las decisiones de los tribunales y al hecho de que el propio Esquines no haya denunciado a aquellos individuos que hicieron las mismas propuestas que él ahora, y a que las leyes no permiten ya presentar acusaciones acerca de asuntos ya así zanjados, y a otros muchos argumentos; en cambio, entonces el propio

caso hubiera sido juzgado en sí mismo, antes de haber adquirido ninguno de esos precedentes. Pero no era, creo
yo, posible entonces hacer lo de ahora, seleccionar de entre 225
muchas fechas antiguas y decretos[248] lo que nadie ni conocía de antemano ni se imaginaría que iba a decirse hoy, y calumniar, y, haciendo alteraciones en las fechas y cambiando por falsos los motivos verdaderos de los
hechos, dar la impresión de decir algo de peso. No era 226
posible eso entonces, sino que sobre la base de la verdad, cerca de los hechos, acordándoos vosotros todavía de ellos y teniéndolos, como quien dice, al alcance de la mano, se habrían pronunciado todos los discursos. Por ello es por lo que, tras haber escapado de las demostraciones contemporáneas de los hechos mismos, se presenta ahora considerando (por lo menos a mí así me lo parece) que vosotros vais a hacer una confrontación de oradores y no una indagación de las gestiones públicas, y que el veredicto va a versar sobre el interés de la ciudad.

Luego emplea argumentos sutiles y afirma[249] que 227
conviene hagáis caso omiso de la opinión que sobre nosotros traéis de casa, y que así como, cuando hacéis cuentas en la idea de que a alguien le queda excedente de dinero, le dais el visto bueno si las cifras son claras y nada sobra, así también ahora os rindáis a la evidencia de los razonamientos. Pues bien, ved qué endeble es por
naturaleza todo lo que no está hecho según justicia. Porque 228
a partir de ese sutil ejemplo ha reconocido que ahora, al menos, es cosa establecida por la opinión pública respecto de nosotros, que yo hablo en favor de la patria y él en favor de Filipo; pues no trataría de haceros cambiar de opinión, si no fuese tal la impresión que tenéis acerca de
cada uno de nosotros. Además, que no habla justamente 229
cuando os pide que cambiéis esa opinión, yo os lo demostraré fácilmente, no acumulando guijarros (pues no se hace así el cómputo de las gestiones públicas), sino recordándooslos uno por uno en pocas palabras,

utilizándoos a vosotros que me escucháis como inspectores de cuentas y a la vez como testigos. Porque mi proceder en la cosa pública, objeto de las acusaciones de ése, logró que los tebanos en vez de invadir con Filipo nuestro territorio, lo que todos creían, se alineasen a nuestro lado y trataran
de impedírselo; y que en lugar de que la guerra se 230
desarrollara en el Ática, haya tenido lugar a setecientos estadios de la ciudad y en los límites de Beocia; y que en lugar de que los piratas nos saqueasen desde Eubea, estuviera el Ática en paz por mar a lo largo de toda la guerra; y que en vez de que el Helesponto lo tuviera Filipo en sus manos por haber tomado Bizancio, que los bizantinos combatieran a nuestro lado contra aquél.
¿Acaso te parece similar a tus cuentas este balance de los 231
hechos? ¿O es menester cancelarlos en vez de considerar la manera de que sean recordados por siempre? Y ya no añado que la crueldad que es posible ver allí donde Filipo se constituyó en dueño de gentes de una vez por todas, a otros les tocó probarla, mientras que de la humanidad que aquél fingía tratando de hacerse con el subsiguiente desarrollo de los acontecimientos, vosotros habéis recibido los frutos[250] y eso está bien. Pero dejo eso.

Y, por otra parte, tampoco vacilaré en decir que quien 232
desee investigar con justicia la actuación de un orador sin emplear mala fe, nunca haría acusaciones como las que tú acabas de hacer, forjando ejemplos e imitando palabras y gestos[251] (pues totalmente de eso ha dependido la suerte de los griegos, ¿no lo ves?, de si yo dije tal palabra y no tal otra, o de si yo alargué el brazo hacia aquí y no hacia acá),
antes bien, examinaría sobre la base de los hechos mismos 233
con qué recursos y con qué fuerzas contaba la ciudad cuando ingresé en la gestión de los asuntos públicos, y cuáles congregué yo en su beneficio después de eso, estando al frente de los mismos, y cuál era la situación de nuestros adversarios. Y seguidamente, si yo hice disminuir nuestras fuerzas, demostraría que la culpa era mía, pero si

las hice mucho mayores, no calumniaría. Pero toda vez que tú has esquivado ese proceder, yo lo haré; y ver si hago uso de mi argumentación con imparcialidad.

Pues bien, en cuanto a fuerzas[252], sólo contaba la 234
ciudad con algunos isleños, los más débiles; pues ni Quíos, ni Rodas, ni Corcira estaban con nosotros[253]; en cuanto a recaudación de dinero, ascendía a cuarenta y cinco talentos[254], y ésos recaudados por adelantado; hoplitas y jinetes, no había ninguno excepto los nuestros. Pero lo más alarmante y lo más a favor de nuestros enemigos era que ésos, Esquines y los suyos, habían procurado que todos nuestros vecinos, los megarenses, los tebanos, los eubeos, estuvieran más próximos a la enemistad que a la amistad.
Tal era la situación de la ciudad, y nadie podría decir 235
ninguna otra cosa fuera de eso; en cambio, la situación de Filipo[255], contra quien teníamos nosotros fijada la contienda, ved cuál era. En primer lugar, él personalmente, con plenos poderes, mandaba en los que le seguían, lo que es la mayor ventaja de todas para la guerra; luego, ésos tenían siempre las armas en las manos; en segundo término, abundaba en dinero y llevaba a cabo lo que le parecía bien sin proponerlo en decretos ni discutirlo en público, sin ser denunciado por calumniadores ni acusado por presentar mociones ilegales, sin estar sometido a rendir cuentas ante nadie, sino que, sencillamente, era dueño, caudillo y señor de lodo. Yo, empero, que había sido
colocado frente a él (pues justo es también examinar esto), 236
¿de qué era dueño? De nada. Porque, para empezar, el derecho mismo de hablar al pueblo, único del que yo participaba, se lo acordabais vosotros a los asalariados de Filipo tanto como a mí, y en todas aquellas ocasiones en que ellos prevalecían sobre mí (y eran ésas muchas, por el pretexto que fuere en cada caso), otras tantas os marchabais después de haber deliberado en favor de los
enemigos. Pero, pese a todo, aun partiendo de tales 237
desventajas, yo os conseguí como aliados[256] a los eubeos,

aqueos, corintios, tebanos, megarenses, leucadios y corcireos, de cuyos efectivos se reunieron quince mil mercenarios y dos mil jinetes, sin contar las fuerzas formadas por ciudadanos; y de dinero, logré yo una contribución conjunta de las mayores cantidades que pude. 238
Y si hablas[257], Esquines, de nuestros derechos con relación a los tebanos o bizantinos, o eubeos, o tratas ahora de la igualdad en las cargas, en primer lugar, desconoces que, ya antes, de aquellas trirremes que combatieron por los griegos, trescientas[258] que eran en total, doscientas proporcionó la ciudad, y no se la veía considerarse menoscabada ni procesar a los que habían aconsejado en ese sentido ni indignarse por ello (que hubiera sido vergonzoso), sino dar gracias a los dioses de que, cuando un peligro común cercó a los griegos, ella misma proporcionó doble número de efectivos que los demás para
la salvación de todos. En segundo lugar, intentas en vano 239
agradar a estos calumniándome a mí. Pues ¿por qué dices ahora que había que haber hecho tales y cuales cosas, y, en cambio, no lo proponías por escrito cuando estabas en la ciudad y asistías a las asambleas, si es que cabía en aquellas circunstancias por las que pasábamos, en las que había que aceptar no todo lo que queríamos, sino lo que daba de sí la situación en cada momento? Porque había quien estaba dispuesto a pujar y a recibir en seguida a los que nosotros expulsásemos y darles encima dinero.

Pero si ahora por lo realizado soy objeto de 240
acusaciones, ¿qué os imagináis que harían o dirían esos hombres impíos, si, por haber tratado entonces yo minuciosamente esos asuntos, se hubieran retirado las ciudades y se hubiesen unido a Filipo y éste se hubiera hecho dueño a la vez de Eubea y de Tebas y de Bizancio?
¿No dirían que fueron entregados? ¿Que fueron rechazados 241
aunque querían estar a nuestro lado? Y a continuación esto: «a través de los bizantinos se ha hecho dueño del Helesponto y señor de la ruta del trigo de los griegos, y se

ha transportado al Ática a través de los tebanos una guerra fronteriza y pesada, y el mar está innavegable por efecto de los piratas que se hacen a la mar desde su base de operaciones situada en Eubea». ¿No dirían esas cosas y otras muchas además? Malvado, varones atenienses, malvado es siempre el calumniador y por doquier 242
maldiciente y buscapleitos; pero este hombrecillo es también un zorro[259] por naturaleza, que desde antiguo nada sano ni liberal ha hecho, un mono de imitación en las tragedias[260] por su propio natural, un Enómao rústico[261], un orador de cuño falso. Pues, ¿de qué le ha venido a servir a la patria esa tu habilidad oratoria? ¿Ahora 243
nos hablas del pasado? Es como si un médico entra en casa de sus pacientes enfermos y no les dice ni muestra los remedios para liberarse de la enfermedad, pero, después que alguno de ellos ha muerto y se le aportan las acostumbradas ofrendas funerarias, yendo en procesión al sepulcro prescribe: «si tal cosa y tal otra hubiera hecho el hombre, no habría muerto». ¡Pasmón!, ¿y lo dices ahora? 244
Pues bien, tampoco la derrota, ya que te ufanas de ella cuando debías, maldito, llorarla, reconoceréis que no la ha sufrido la ciudad por ninguna falta de la que yo fuera responsable. Reflexionad de este modo: nunca de ningún lugar al que hubiera sido yo enviado[262] por vosotros como embajador regresé derrotado por los legados de Filipo, ni de Tesalia, ni de Ambracia, ni de Iliria, ni de cerca de los reyes de Tracia, ni de Bizancio, ni de ningún otro sitio, ni últimamente, de Tebas, sino que a aquellos lugares en que sus embajadores resultaban vencidos por la palabra, acudiendo él con sus armas los sometía. ¿Eso, 245
pues, reclamas de mí y no te avergüenzas de burlarte por su blandura del mismo individuo de quien exiges que, aun siendo uno solo, llegue a ser superior a la fuerza de Filipo? ¿Y que eso suceda a base de palabras? Pues, ¿de qué otra cosa era yo dueño? Porque no lo era del alma de cada uno, ni de la fortuna de los combatientes, ni del mando militar,

del que me exiges rendición de cuentas. ¡Así de torpe eres! No obstante, por cierto, haced todo tipo de indagación 246
sobre aquellos menesteres de los que un orador podría estar sometido a rendir cuentas; no me opongo. ¿Y cuáles son éstos? Ver los acontecimientos en sus comienzos y darse cuenta de ellos previamente y advertir a los demás. Eso lo he hecho yo. Y, además, reducir al mínimo las lentitudes en todo lugar, las vacilaciones, ignorancias, rivalidades, que son vicios inevitables de las constituciones populares e inherentes a todas las ciudades; y, al contrario, incitar a la concordia, a la amistad y al empeño por cumplir con el deber. También todo eso lo he hecho yo y no hay miedo de que nadie jamás pueda encontrar, por lo que a mí atañe, algún punto que haya dejado al descuido.
En efecto, si se preguntara a cualquiera con qué medios se 247
administró Filipo para dar cumplido fin a sus empresas, todos dirían que con su ejército y con sus intentos de dadivar y de sobornar a los encargados de los asuntos públicos. Pues bien, de las fuerzas ni era yo dueño ni jefe, de forma que ni dar cuenta siquiera de lo que se hizo en este aspecto me corresponde. Y, realmente, por lo que toca a ser corrompido o no por dinero, he vencido a Filipo; pues así como el que intenta comprar es vencedor del que recibió dinero, si es que compra, del mismo modo quien no lo recibió [ni se dejó corromper] es vencedor del que intentaba sobornarlo. De forma que la ciudad, por lo que a mí respecta, es invicta.

Así pues, los méritos que yo aporté para que éste 248
redactara justificadamente decreto tal acerca de mí, son, además de muchos otros, esos y similares a ésos; pero los que me proporcionasteis todos vosotros, los voy a decir ya. Pues, inmediatamente después de la batalla, el pueblo, que conocía y había visto cuanto yo hacía, metido en medio de los peligros y temores, cuando no hubiera sido extraño que la mayoría mostrase cierta desconsideración para conmigo, en primer lugar votaba mis propuestas en torno a la

salvación de la ciudad y todas las medidas que se tomaban por mor de la vigilancia; la distribución de las guardias, las trincheras, los dineros para las fortificaciones[263], todo ello pasaba por mis decretos; luego, al elegir de entre todos un comisario de abastecimientos[264], el pueblo me votó a
mí a mano alzada. Y después se confabularon los que se 249
preocupaban de hacerme daño y me promovían toda suerte de pleitos, denuncias de ilegalidad, rendiciones de cuentas, acusaciones de alta traición, no por sí mismos al principio, sino a través de individuos por medio de los que se imaginaban iban a quedar más ignorados (pues sin duda sabéis y os acordáis de que en los primeros tiempos era yo juzgado día a día, y ni la insensatez de Sosicles, ni la calumnia de Filócrates, ni la locura de Diondas y Melanto[265] ni ningún otro recurso dejaron ellos de probar contra mí) y en todos estos procesos, en primer lugar gracias a los dioses y en segundo término gracias a vosotros y a los demás atenienses, iba siendo absuelto. Con justicia, pues eso es conforme a la verdad y para crédito de los jueces que han prestado juramento y dictaminaron de acuerdo con lo que juraron. Pues bien, en el momento en
que, cuando era juzgado de alta traición, vosotros me 250
absolvíais y a mis acusadores no les asignabais el mínimo legal de votos, entonces votabais que mi conducta era la mejor; y cuando salía airoso de las acusaciones de ilegalidad, entonces se demostraba la legalidad de mis propuestas por escrito y de mis palabras. Y cuando corroborabais mis cuentas sellándolas, entonces reconocíais que todo lo había llevado a cabo en justicia y sin aceptar sobornos. Así las cosas, pues, ¿qué nombre convenía a mis actos o debía aplicarles en justicia Ctesifonte? ¿No sería el que veía que me iban aplicando el pueblo, los jueces juramentados y la verdad que se iba afirmando ante todos?

Sí, afirma, pero hermoso es aquello de Céfalo[266]: no 251
haber sido objeto de ninguna acusación. Y, por Zeus, que

es una felicidad. Mas ¿por qué razón el que ha sido muchas veces acusado, pero nunca convicto de delito, habría de estar por ello en justicia más sujeto a inculpación? Bien es verdad que, al menos por lo que a ese individuo se refiere, hasta aquel rasgo hermoso de Céfalo me es dado expresarlo a mí. Porque nunca me presentó ninguna acusación ni me intentó proceso alguno, de modo que por tu parte al menos se me reconoce ser no peor ciudadano que Céfalo en nada.

Pues bien, en todas las partes de su discurso pueden 252
verse su desconsideración y envidia, pero no en el menor grado en lo que dijo acerca de la fortuna. Yo, de una manera general, a quien, siendo hombre, a otro hombre echa en cara su fortuna, lo tengo por insensato; porque, si el que considera que le va muy bien y piensa que tiene la mejor suerte, no sabe si ésta permanecerá tal hasta la tarde, ¿cómo va a ser menester hablar de ella o echársela en cara a otro? Pero, toda vez que ése se expresa con arrogancia en este punto como en muchos otros, reflexionad, varones atenienses, y observad bien cuánto más verdadero y humano que el de éste va a ser el tratamiento que haré yo
de la fortuna. Yo considero buena la suerte de la ciudad y 253
veo que eso también os lo profetizaba el Zeus de Dodona[267]; sin embargo, la que ahora domina a la humanidad en general, la tengo por dura y tremenda. Pues, ¿quién de los griegos o de los bárbaros no ha
experimentado en estos tiempos muchas calamidades? Así 254
pues, el haber elegido el partido más honorable y el ir viviendo mejor que los griegos que creyeron que iban a pasar la vida en prosperidad si nos abandonaban, lo atribuyo a la buena fortuna de la ciudad; en cambio, el haber sufrido reveses y que no nos haya salido todo como queríamos, creo que en eso la ciudad ha participado de la porción que nos correspondía en la suerte del resto de la
humanidad. Y en lo que se refiere a mi suerte particular y a 255
la de cada uno de nosotros, estimo que es justo que se

examine a la luz de nuestras circunstancias personales. Yo juzgo de este modo acerca de la fortuna, de manera correcta y justa, a lo que me parece a mí mismo, y opino que también a vosotros; pero él sostiene que mi suerte particular es más poderosa que la común de la patria, mi insignificante y endeble fortuna por encima de la gloriosa y grande de la patria, y ¿cómo es posible que esto aconteciera?

Pues bien. Esquines, si estás decidido a examinar 256
enteramente mi suerte, compárala con la tuya, y si descubres que la mía es mejor que la tuya, deja de insultarme con ella. Examínalas, pues, al punto desde el principio. Y que nadie, por Zeus, me acuse de indelicadeza alguna. Y es que yo considero que no tiene sentido ni quien injuria a la pobreza ni quien por haberse criado en la opulencia se muestra jactancioso; pero por la maledicencia y calumnia de este malvado me veo obligado a recurrir a argumentos que emplearé con la mayor moderación que me permita el caso.

A mí, pues, Esquines, me cupo la suerte de, siendo 257
niño, frecuentar la escuela adecuada y poseer cuanto uno precisa para no cometer ninguna vileza por necesidad, y, al salir de la niñez, llevar a cabo acciones conformes a esta situación: ser corego, trierarco[268], contribuyente, no verme privado de ninguna noble ambición ni particular ni pública, antes bien, ser útil a la ciudad y a mis amigos; y una vez que me pareció bien dedicarme a los asuntos públicos, me fue dado elegir tal modalidad de gestión, que he sido coronado muchas veces tanto por la patria como por otros muchos griegos y ni siquiera vosotros, mis enemigos, intentabais decir que la elección que yo hice no
era honorable. Así que yo he convivido con tal destino y, 258
aunque podría decir mucho más acerca de él, lo dejo de lado guardándome de molestar a alguien con esas cosas de las que me enorgullezco. Tú, en cambio, el jactancioso y que desprecia a los demás, considera, comparándolo con

éste, cuál ha sido tu destino; por el que, siendo niño, te
criaste en gran indigencia, en compañía de tu padre
atendiendo a la escuela, moliendo la tinta, fregando los
bancos y barriendo la sala de espera de los pedagogos,
ocupando un rango de criado y no de un niño libre. Y
cuando te hiciste hombre, mientras tu madre practicaba sus 259
iniciaciones, tú le leías los libros[269] y colaborabas con
ella en la preparación de lo demás, revistiendo por la noche
con piel de cervato[270] a los que se iniciaban,
escanciándoles vino de las cráteras, purificándolos,
frotándolos con arcilla y salvado, haciéndoles levantar[271]
tras la purificación y mandándoles decir: «Huí del mal,
encontré el bien»[272]; te jactabas de que nadie había
lanzado nunca alaridos semejantes (y yo, al menos, así lo
creo: pues no os imaginéis que éste, que con tan fuerte
voz[273] habla, no aullara de forma brillantísima). Y,
durante el día, conducías por las calles las hermosas 260
comitivas, a los coronados con hinojo y álamo blanco[274],
apretando con tus manos las serpientes carrilludas y
elevándolas por encima de tu cabeza, y gritando «euoí
saboí»[275] y danzando el «hyés áttes, áttes hyés»[276]; eras
saludado por las viejecillas con los títulos de director del
coro, jefe del cortejo, portador de la yedra[277] y de la criba
sagrada[278] y otros nombres del mismo cariz; recibías en
pago a estos servicios pasteles[279] empapados en vino,
rosquillas y tartas, por los que ¿quién no se consideraría
verdaderamente feliz tanto a sí mismo como a su suerte? Y 261
una vez que fuiste inscrito en el censo de los ciudadanos
por el procedimiento que fuera (que eso lo dejo), una vez
que, de todos modos, fuiste inscrito, al punto escogiste el
más hermoso de los trabajos, el de escribano y ayudante de
magistradillos. Y cuando al fin abandonaste también ese
empleo, después de haber realizado tú mismo todo aquello
de lo que acusas a los demás, con tu vida posterior no
deshonraste ninguno de tus antecedentes, sino que te 262
pusiste a sueldo de los actores llamados «gimientes»,

Símicas y Sócrates, y representabas terceros papeles, con los que hacías acopio de higos, uvas y aceitunas como un frutero que los cosecha de los campos ajenos, y sacabas más de ello que de los concursos teatrales, en los que interveníais vosotros jugándoos la vida; pues había una guerra sin tregua y sin proclama entre vosotros y los espectadores, de los que tienes recibidas tantas heridas que, razonablemente, a los que no han probado peligros tales, los ridiculizas tachándolos de cobardes. Pero, por otro lado, dejando aparte lo que podría atribuirse a la 263
pobreza, voy a pasar a referirme a las acusaciones que atañen propia y exclusivamente a tu modo de ser. Tal línea de actuación elegiste, cuando al fin se te ocurrió intervenir en la gestión de los asuntos públicos, que por ella, cuando la patria prosperaba, vivías la vida de una liebre[280], temiendo y temblando y esperando siempre recibir golpes por aquello en que te reconocías culpable; en cambio, cuando los demás incurrieron en desventura, apareces arrogante ante los ojos de todos. Ahora bien, quien, pese a 264
la muerte de mil conciudadanos[281], se mostró animoso, ¿qué es justo que sufra a manos de los que aún viven? En fin, aunque puedo decir muchas otras cosas acerca de él, las dejaré de lado; pues no son todas las desvergüenzas y oprobios que podría mostraros ínsitas en él, lo que opino deba yo estar presto a exponer, sino sólo aquello cuya mención no signifique para mí desdoro alguno.

Examina, por tanto, una junto a otra, tranquilamente, y 265
sin acritud, Esquines, las vidas que ambos hemos vivido; luego, pregunta a éstos cuál de los dos destinos hubiera preferido cada uno de ellos. Tú enseñabas las letras, yo iba a la escuela. Tú iniciabas en los misterios, yo era iniciado. Tú eras escribano, yo miembro de la Asamblea. Tú actor de tercer orden, yo espectador. Tú eras rechazado, yo silbaba. Tú has actuado siempre, en la gestión de los asuntos públicos, a favor de los enemigos, yo a favor de la 266
patria. Dejo otras consideraciones; lo cierto es que hoy

mismo yo soy sometido a examen acerca de si se me otorga una corona y se me ha reconocido que no he cometido el menor delito; en cambio, tú cuentas en tu haber con la reputación de sicofanta y corres el riesgo de si se decide que debes seguir ejerciendo tal oficio o si tienes que ser cesado de ahora en adelante al no conseguir la quinta parte de los votos. Buena, ¿no ves?, es la suerte que te ha acompañado en la vida. ¡Y acusas a la mía!

Ea, pues, voy a leeros los testimonios de los servicios 267
públicos que he prestado. En confrontación con ellos, lee también tú las tiradas de versos que destrozabas[282]:

Llego aquí, los antros de los muertos y las

puertas de la tiniebla…

y

Sabe que no quiero yo darte malas noticias[283].

y

Que, por malo, malamente a ti[284],

hagan perecer ante todo los dioses, y luego todos éstos, por ser mal ciudadano y mal tritagonista. Lee los testimonios.

TESTIMONIOS

En efecto, tal he sido yo en relación con la ciudad; y en 268
las relaciones privadas, si no sabéis todos que soy servicial, humanitario y valedor de los necesitados, me callo y más bien no diría nada ni presentaría ningún testimonio sobre esos servicios, ni sobre los prisioneros que rescaté[285] de los enemigos ni sobre aquellos a cuyas hijas ayudé a dotar ni sobre ningún asunto del mismo
género. Pues mi opinión viene a ser ésta: yo creo que el 269

que ha recibido un beneficio debe recordarlo durante toda su vida y el que lo ha hecho debe olvidarse de él inmediatamente, si es menester que aquél se porte como hombre honrado y éste como individuo no mezquino. Y andar recordando y contando los favores particulares es casi igual a hacer reproches. No haré, pues, nada de eso, ni me dejaré arrastrar a ello, sino que me basta con la opinión que se haya podido formar de mí al respecto.

Dejando de lado mis asuntos particulares, quiero 270
deciros aún un par de cosas acerca de los públicos. Porque si tú. Esquines, puedes citarme a alguien, bárbaro o griego, de entre los hombres que viven bajo este sol, que haya salido indemne de la dominación de Filipo antes, y de la de Alejandro ahora, sea, concedo que mi fortuna o infortunio,
como quieras llamarlo, ha sido responsable de todo. Pero si 271
muchos de los que jamás me vieron ni han oído mi voz han sufrido muchos y terribles males, no sólo individualmente, sino incluso ciudades y pueblos enteros, ¡cuánto más justo y verdadero es considerar que la causa de esos sucesos ha estado en la suerte común, según parece, de todos los
hombres, y en una precipitación de acontecimientos cruel y 272
no como debiera haber sido! Ahora bien, tú, haciendo caso omiso de eso, me acusas a mí que junto a éstos he intervenido en la gestión de los asuntos públicos, y eso haces aun sabiendo que, aunque no en su totalidad, tu acusación calumniosa sí recae en parte sobre todos y especialmente sobre ti. Pues si yo hubiese tomado mis decisiones sobre los asuntos ciudadanos por mí mismo y como gobernante investido de plenos poderes, podríais
vosotros, los demás oradores, acusarme. Pero si estabais 273
presentes en todas las asambleas y siempre la ciudad presentaba a examen sus intereses para considerarlos públicamente, y a todos les parecían entonces las mejores esas mis propuestas, y sobre todo a ti (pues no sería por afecto, digo yo, por lo que me cedías las esperanzas, orgullo y gloria, todo lo cual acompañaba mi actuación de

entonces, sino, evidentemente, porque te veías derrotado por la verdad y no tenías nada mejor que decir), ¿cómo no va a ser injusto y escandaloso lo que haces al dirigir ahora reproches a esas propuestas que entonces no podías mejorar planteando otras? En efecto, en todos los demás 274
pueblos yo, al menos, he visto definidas y establecidas de alguna manera las siguientes normas: ¿Comete alguien delito voluntariamente? Indignación y castigo contra él. ¿Cometió falta sin querer? Perdón, en vez de castigo, para él. ¿Que alguien, sin cometer delito ni falta, se entregó a lo que parecía a todos conveniente y, en común con todos no tuvo éxito? No es justo dirigir a tal individuo reproches ni injurias, sino compartir su pesadumbre. Todas estas normas aparecerán dispuestas en este sentido no sólo en las 275
leyes, sino que también la misma naturaleza las ha deslindado por medio de los usos no escritos[286] y los hábitos morales de los hombres. Por tanto, Esquines sobrepasa a todos los hombres en crueldad y calumnia de tal manera, que hasta de aquellos hechos que él mencionó como infortunios, me acusa a mí.

Y además, como si él mismo hubiese pronunciado 276
todos sus discursos con sencillez y buena voluntad, os exhortaba a vigilarme y observarme para evitar que os extraviara y engañase[287], llamándome mañoso, embaucador, sofista y cosas semejantes, como si, por el hecho de que alguien se adelante a decir de otro lo que de sí mismo es propio, fuese ya a ser así la realidad también y los oyentes no estuvieran en adelante dispuestos a examinar quién es el que habla de esa manera. Pero yo sé que todos le conocéis y pensáis que esos calificativos le cuadran mucho mejor a él que a mí. También sé 277
perfectamente eso otro, que en cuanto a mi habilidad (sea, pues, la tengo)… Aunque yo, al menos, veo que de la fuerza de los oradores son las más de las veces soberanos los oyentes; pues tal como vosotros le acojáis y según la benevolencia que tengáis con cada uno, así parece la

sensatez del orador. De modo que, si también yo tengo una
cierta experiencia de ese género, todos reconoceréis que
ésta, al pasarse revista, figura en los asuntos públicos
siempre a vuestro favor y nunca contra vosotros ni en
interés mío personal; la de ése, por el contrario, no sólo
hablando en favor de los enemigos, sino en perjuicio de
todo aquel que le hubiese enojado u ofendido. Pues no se 278
sirve de ella con justicia ni en interés de la ciudad. Porque
el ciudadano bueno no debe pedir a los jueces, que han
ingresado en la corte de justicia para servicio público, que
le confirmen para su particular beneficio ni la cólera ni la
enemistad ni ninguna otra pasión semejante, ni presentarse
ante vosotros para esos fines, sino, sobre todo, no tener
esas pasiones en su naturaleza y, si es inevitable, que las
tenga dispuestas con suavidad y mesura. ¿En qué casos,
pues, debe ser vehemente el hombre público y el orador?
En aquellos en que alguno de los intereses generales de la
ciudad corre peligro y en los que el pueblo tiene que
vérselas con sus adversarios, en esos casos; esto es, pues,
lo propio del ciudadano noble y bueno. Pero cuando no se 279
ha juzgado digno tomar justicia de mí por ningún delito
público (y añadiré que ni privado) ni por bien de la ciudad
ni en interés propio, venir ahora tras haberse preparado una
acusación contra la corona y un elogio, y haber derrochado
tantos discursos, es señal de enemistad personal y de odio
y de mezquindad de alma, de ningún sentimiento noble. Y
el hecho de incluso haber dejado pasar todos los procesos
contra mí y haber venido ahora a pleitear contra éste, eso
es el colmo de la maldad. Y, por eso, me da la impresión. 280
Esquines, de que elegiste este proceso porque querías
hacer una exhibición y prácticas declamatorias, no por
tomar enmienda de ningún delito. Pero no es la palabra del
orador, Esquines, lo que vale, ni la altura de su voz, sino el
preferir los mismos propósitos que la mayoría y odiar y
amar a los mismos que la patria. Porque quien tiene tal
disposición de ánimo, ése hablará siempre con buena 281
voluntad; mientras que quien sirve a aquellos en los que la

patria prevé algún peligro, no fondea sobre la misma ancla[288] que la mayoría ni aguarda la seguridad con idéntica expectación. Sin embargo yo, ¿no ves?, elegí los mismos intereses que éstos y nunca he obrado, por consiguiente, de forma excepcional o particular. ¿Acaso tú tampoco? ¿Y cómo? ¿Tú que, inmediatamente después de 282
la batalla, marchaste como embajador ante Filipo[289], que era culpable de las desgracias de nuestra patria acaecidas en aquellos tiempos, y eso que antes, como todos saben, siempre te negabas a esta misión? Aunque, ¿quién es el que engaña a la ciudad? ¿No es el que no dice lo que piensa? ¿Para quién pronuncia el heraldo justas maldiciones?[290]. ¿No para quien es como éste? ¿Qué mayor delito podría imputarse a un orador que no decir y pensar las mismas cosas? Pues bien, se descubrió que tú 283
eras tal cual. ¿Y encima chillas y te atreves a mirar a los rostros de éstos? ¿Acaso no crees que ellos saben quién eres? ¿O que tanto sueño y olvido tienen todos, que no se acuerdan de los discursos que pronunciabas en público durante la guerra jurando en medio de maldiciones que entre tú y Filipo no había negociación ninguna, sino que yo te imputaba ese cargo por enemistad personal, pero que no era verdadero? Pero en cuanto llegó la noticia de la batalla, 284
sin pensar en nada de eso, de inmediato confesabas y te jactabas de tener con él relaciones de amistad y hospitalidad, sustituyendo por estos nombres tu venalidad; pues, ¿por qué motivo equitativo o justo era Filipo huésped, amigo o conocido de Esquines, el hijo de Glaucótea la tamborilera?[291]. Yo no lo veo; pero te vendiste para arruinar los intereses de éstos. Y, sin embargo, pese a haber sido sorprendido en flagrante delito de traición y haberte denunciado a ti mismo después de los hechos[292], me injurias y me reprochas unos sucesos de los que encontrarás responsables a todos más que a mí.

Muchas, honrosas y grandes empresas. Esquines, 285
emprendió y llevó a feliz término la ciudad gracias a mí,

de las cuales no se olvidó; demostración: cuando el pueblo trataba de elegir, por votación a mano alzada, un orador[293] que hablase en honor de los muertos justamente al tiempo en que se desarrollaron los acontecimientos, no te votó a ti, que habías sido propuesto, aunque tienes buena voz, ni a Démades, que acababa de concertar la paz, ni a Hegemón[294], ni a ningún otro de los vuestros, sino a mí. Y cuando subisteis a la tribuna tú y Pitocles[295] y de forma cruel y desvergonzada me acusabais, Zeus y dioses, de los cargos que tú ahora de nuevo me imputas, y me insultabais, aún más decididamente me votó. Y el motivo, 286
aunque no lo ignoras, aun así te lo expondré también yo. Ellos mismos conocían ambas cosas, la buena voluntad y el empeño con que yo llevaba los asuntos, y vuestra iniquidad; pues lo que negabais con juramento cuando la situación era próspera, lo confesasteis cuando la ciudad fracasó. Así pues, a los que en las comunes desventuras obtuvieron licencia para decir lo que pensaban con impunidad, los consideraron antiguos enemigos y desde entonces enemigos declarados; además, también creyeron que era conveniente que el orador que iba a hablar en 287
honor de los muertos y a ensalzar su valor no hubiera compartido el mismo techo[296] ni la misma mesa[297] que los que se alinearon en contra de aquéllos, y que no viniese a ser honrado aquí el que había participado allí, con los autores de la matanza, en una fiesta[298] y un peán para festejar las desgracias de los griegos, ni que con su voz llorase, como un actor, la suerte de aquéllos, sino que con su alma compartiera nuestros sufrimientos. Y esa disposición la veían en sí mismos y en mí, no en vosotros. 288
Por eso a mano alzada me eligieron a mí y no a vosotros. Y no es que e] pueblo opinase así mientras que los padres y los hermanos[299] de los finados, elegidos entonces por el pueblo para ocuparse de los funerales, pensasen de otra manera, sino que, debiendo ellos celebrar el banquete funeral en casa del pariente más allegado a los muertos,

como es costumbre también en las demás ceremonias fúnebres, lo celebraron en la mía. Y era natural; pues por los lazos de sangre cada uno era más allegado a cada difunto que yo, pero por el interés público nadie estaba más cerca de todos que yo; pues aquel al que más importaba la salvación y el triunfo de aquéllos, éste, también cuando sufrieron lo que jamás debieran, participaba máximamente en el dolor de todos.

Léele esa inscripción que la ciudad acordó grabar a 289
expensas públicas en su honor, para que sepas, Esquines, que también de acuerdo con ella misma eres desconsiderado, sicofanta e infame. Lee.

INSCRIPCIÓN[300]

Éstos, por su patria, de armas se revistieron

para el combate y la insolencia de los adversarios dispersaron.

Y en la refriega † del valor y temor † sus vidas no salvaron,

sino que a Hades de juez común pusieron,

en pro de los helenos, para no colocar el yugo al cuello

y no sufrir de ambos lados el peso odioso de la esclavitud.

La tierra patria en su seno alberga los cuerpos

de los que tanto sufrieron, pues ésta para los mortales

es decisión de Zeus. Es cosa de dioses no fallar

en nada y en vida conseguirlo todo; pero huir del destino en absoluto concedió.

¿Lo oyes, Esquines? «No fallar en nada y tener éxito 290
en todo es cosa de dioses.» No asignó el consejero el poder de dirigir con éxito a los combatientes, sino a los dioses. ¿Por qué, entonces, maldito, me injurias por ello y dices lo

que ojalá los dioses vuelvan sobre tu cabeza y las de los tuyos?

Pues bien, varones atenienses, muchas otras 291
acusaciones y calumnias me ha dirigido, pero lo que más me sorprendió de todo es que, cuando hizo mención de los sucesos que sobrevinieron entonces a la ciudad, no tuvo los sentimientos que un ciudadano bueno y justo habría tenido, ni lloró, ni experimentó en su alma ninguna emoción semejante, sino que, levantando la voz, colmado de gozo y desgañitándose, creía, evidentemente, que me estaba acusando, cuando en realidad estaba dando muestra, en contra de sí mismo, de que no era afectado en absoluto
de la misma manera que los demás por los tristes sucesos. 292
Aunque el que anda asegurando que se preocupa de las leyes[301] y de la constitución, como éste ahora, si no otra cosa, al menos este requisito sí debiera cumplir: entristecerse y alegrarse con los mismos sucesos que la mayoría[302] y no estar alineado, por sus preferencias respecto de los asuntos públicos, en el partido de los enemigos; cosa que tú claramente has hecho, diciendo como dices que yo soy el responsable de todo y que por culpa mía la ciudad vino a tropezar en dificultades, aunque ni por mi gestión ni mis principios en lo público
empezasteis vosotros a ayudar a los griegos, dado que si 293
vosotros me concedierais el reconocimiento de que gracias a mí habéis hecho frente al imperio que iba creciendo contra los griegos, mayor recompensa me daríais que todas las que habéis concedido a los demás. Pero ni yo podría decir eso (porque sería haceros injusticia) ni vosotros, bien lo sé, lo permitiríais; pero ése, si actuara justamente, no dañaría ni calumniaría vuestras más altas empresas por enemistad hacia mí.

Pero ¿por qué hago estos reproches si otras más 294
perversas acusaciones y calumnias ha lanzado contra mí? Pues el que me acusa a mí de ser partidario de Filipo[303], ¡oh tierra y dioses!, ¿qué no sería capaz de decir? Sin

embargo, por Heracles y todos los dioses, si hubiera que investigar con verdad, quitando de en medio las mentiras y las palabras debidas a la enemistad personal, quiénes son realmente los hombres sobre cuyas cabezas podrían todos hacer recaer con toda razón y justicia la responsabilidad de lo sucedido, encontraríais que son en cada ciudad los semejantes a éste, no los semejantes a mí. Aquéllos, cuando la condición de Filipo era débil y ciertamente 295
insignificante, mientras nosotros repetidas veces os advertíamos, exhortábamos y aleccionábamos sobre lo mejor[304], por su particular codicia vergonzosa sacrificaban los intereses generales, engañando cada uno y corrompiendo a sus propios conciudadanos hasta hacerlos esclavos[305], Dáoco, Cíneas y Trasidao a los tesalios; Cércidas, Jerónimo y Eucámpidas a los arcadlos; Mirtis, Teledamo y Mnáseas a los argivos; Euxíteo, Cleotimo y Aristecmo a los eleos; los hijos de Filíades, enemigo de los dioses, Neón y Trasíloco a los mesemos; Arístrato y Epícares a los sicionios; Dinarco y Demáreto a los corintios; Pteodoro, Helixo y Perilo a los megarenses; Timolao, Teogitón y Anemetas a los tebanos; Hiparco, Clitarco y Sosístrato a los eubeos. No me bastaría el día 296
entero para decir los nombres de los traidores. Todos ésos son, varones atenienses, en sus propias patrias, gentes que tienen los mismos designios que Esquines y los suyos entre vosotros, hombres impuros, aduladores y malditos[306], que, cada uno particularmente, han mutilado sus propias patrias y han brindado su libertad primeramente a Filipo y ahora a Alejandro, que miden su felicidad por su vientre y sus partes más vergonzosas, que han subvertido la libertad y el privilegio de no tener ningún dueño, que eran para los griegos de antaño la definición y la línea maestra del bien.

Pues bien, de esta tan vergonzosa y notoria 297
conspiración y maldad, o mejor, varones atenienses, si hay que dejarse de bagatelas, traición a la libertad de los griegos, la ciudad ha resultado, gracias a mis medidas,

libre de culpa ante todos los hombres y yo ante vosotros. ¿Luego me preguntas[307] por qué mérito considero digno que se me otorguen honores? Pues yo te digo que, cuando entre los griegos todos los hombres públicos se habían
dejado corromper, empezando por ti, a mí, ni oportunidad, 298
ni amabilidad de palabras, ni grandeza de promesas, ni esperanza, ni miedo ni ninguna otra cosa me incitó ni indujo a traicionar nada de lo que juzgaba justo y conveniente para la patria, ni en cuantos consejos he dado de siempre a estos ciudadanos, lo he hecho como vosotros, inclinándome, como una balanza, hacia el lado del provecho, sino con un alma recta, justa e incorruptible; y ya al frente de los asuntos más importantes de los hombres de mi tiempo, a todos he dado una administración sana y justa. Por eso reclamo que se me otorguen honores. Y en
cuanto a esa fortificación por la que tú me ridiculizabas, y 299
las trincheras, las juzgo dignas de agradecimiento y elogio, ¿cómo no? Sin embargo, las coloco muy por debajo de mis actuaciones en la administración pública. No fortifiqué la ciudad con piedras y con ladrillos[308] ni son éstas las obras de las que más me enorgullezco. Pero si quieres examinar con justicia mis fortificaciones, encontrarás armas y ciudades y países y puertos y naves y caballos y gentes
dispuestas a defender a éstos; estas fortificaciones coloqué 300
yo delante del Ática, en cuanto era posible hacerlo mediante cálculo humano, y con ellas fortifiqué la región, no el circuito del Pireo[309] ni el de la ciudad. Ni fui yo derrotado, ni mucho menos, por los cálculos de Filipo, ni por sus preparativos militares, sino los generales de los aliados[310] y los ejércitos por la fortuna. ¿Cuáles son las pruebas de esto? Son claras y manifiestas. Atended.

¿Qué debía hacer el buen ciudadano? ¿Qué el que con 301
toda previsión, empeño y justicia intentaba servir a su patria? ¿No debía, por la parte del mar, colocar a Eubea delante del Atica, como defensa, y por tierra a Beocia y por el Peloponeso a nuestros vecinos de por ese lado? ¿No

debía prever el transporte de trigo, que se hiciese a lo largo de países amigos todos ellos, hasta el Pireo? ¿Y salvar, 302
enviando socorros, y proponiendo y redactando decretos en ese sentido, lo que nos pertenecía el Proconeso, el Quersoneso, Ténedos, y actuar de forma que fuesen amigos y aliados otros lugares como Bizancio, Abido, Eubea? ¿No debía privar a los enemigos de los más importantes recursos con que contaran, y en cambio, dar en añadidura a la ciudad aquello de lo que carecía? Pues bien, todo eso se ha hecho gracias a mis decretos y mi gestión; 303
la cual, si alguien quiere examinarla sin envidia, varones atenienses, encontrará que ha sido correctamente meditada y realizada con toda justicia, sin haber olvidado yo ni ignorado ni abandonado el momento favorable de cada caso y sin que haya dejado de hacerse nada de cuanto cabía dentro del poder y el cálculo de un hombre solo. Pero si la fuerza de la divinidad o de la suerte o la ineptitud de los generales o la maldad de los que traicionaron vuestras ciudades o todos esos motivos juntos iban echándolo todo a perder hasta trastocarlo, ¿qué culpa tiene Demóstenes? Si 304
al igual que yo estaba entre vosotros ocupando mi puesto, hubiese habido en cada una de las ciudades griegas un solo hombre, o, más bien, si Tesalia hubiera tenido un solo hombre y Arcadia[311] un solo hombre que pensara lo mismo que yo, ningún pueblo griego de este lado o del otro de las Termopilas estaría afligido por los presentes males, sino que todos, libres e independientes, habitarían 305
sus patrias en plena seguridad, sin peligro, con felicidad, agradecidos a vosotros y a los demás atenienses por tantos y tan grandes beneficios recibidos gracias a mí. Y para que veáis que empleo palabras inferiores con mucho a los hechos, guardándome bien de la envidia, toma esto y léemelo, recita la lista de expediciones de socorro enviadas en virtud de mis decretos.

LISTA DE EXPEDICIONES DE SOCORRO

Esas y otras cosas semejantes debiera hacer, Esquines, 306
el ciudadano de provecho; si hubieran resultado exitosas, os habría correspondido ser los más grandes sin discusión y, cabría añadir, legítimamente; pero, como han salido de otra manera, al menos nos quedan la buena reputación y que nadie pueda hacer reproches a nuestra ciudad ni a la decisión que adoptó, sino maldecir la suerte que decidió así los acontecimientos. No, por Zeus, no debía el
ciudadano de provecho alejarse de los intereses de la 307
ciudad ni ponerse, mediante un sueldo, al servicio de los adversarios, y de este modo cuidar las ocasiones favorables para el enemigo y no para la patria; ni mirar con malos ojos a quien tomó a su cargo proponer y decretar empresas dignas de la ciudad y permanecer firme en ellas; ni conservar el recuerdo, si alguien le agravia personalmente, ni mantenerse en una tranquilidad injusta y engañosa,
como tú muchas veces haces. Porque existe, sí que existe 308
una tranquilidad justa y útil para la ciudad, que vosotros, la mayoría de los ciudadanos, observáis con honesta sencillez. Pero no es la que observa ése[312], ni mucho menos, sino que apartándose de la vida pública cuando le parece bien (y le parece bien con frecuencia) acecha el momento en que estéis ahítos de un orador que habla sin cesar o haya sobrevenido algún obstáculo por parte de la fortuna o haya ocurrido algún otro incidente desagradable (muchas son las contrariedades humanas) y entonces, en esa oportunidad, repentinamente, como el soplo del viento, abandonando la tranquilidad, sale a la luz como orador, y como ha ejercitado la voz y ha hecho acopio de palabras y frases, las ensarta con voz clara y sin pararse a tomar aliento, aunque no aportan utilidad ninguna ni adquisición
de ningún bien, sino desgracia para uno u otro de los 309
ciudadanos y vergüenza general. Y, sin embargo, Esquines, de ese ejercitamiento y estudio, si surgieran de un alma justa que hubiese elegido por ideal los intereses de la patria, los frutos debieran ser nobles, bellos y útiles para todos: alianzas de ciudades, recursos monetarios,

organización de un mercado, establecimiento de leyes útiles, medidas de oposición a los enemigos declarados. De 310
todos esos resultados, en efecto, se hacía una revisión en tiempos pasados y éstos últimos tiempos brindaron a un hombre de pro muchas oportunidades de darse a conocer; pero entre los hombres de esa condición no se verá que hayas figurado nunca, ni en primer puesto, ni en segundo, ni en tercero, ni en cuarto, ni en quinto, ni en sexto, ni en ningún otro puesto cualquiera, no al menos en las 311
ocasiones en que la patria se engrandecía. Pues, ¿qué alianza ha logrado la ciudad por obra tuya? ¿Qué expedición de socorro o qué adquisición de amistad o de gloria? ¿Qué embajada, qué servicio por el que la ciudad resultase más estimada? ¿Qué asunto, interno, griego o extranjero, de entre los que tomaste a tu cargo, ha tenido feliz desenlace? ¿Cuáles son las trirremes[313]? ¿Cuáles las municiones? ¿Cuáles los arsenales? ¿Qué restauración de murallas? ¿Qué caballería? ¿En qué de todo esto has sido tú útil? ¿Cuál ha sido tu aportación monetaria, en bien de la ciudad y la comunidad, a los ricos y a los pobres? Ninguna. «Pero, amigo mío, si no ha habido nada de esto, 312
ha habido, al menos, buena voluntad y celo.» ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Tú, el más injusto de los hombres, que ni siquiera cuando todos los que hablaron alguna vez desde la tribuna hacían suplementarias donaciones para la salvación de la ciudad[314] y últimamente Aristonico entregó el dinero recaudado para recuperar los derechos civiles, ni siquiera entonces te presentaste ni entregaste nada como contribución extraordinaria, pese a no estar necesitado? Pues, ¿cómo? ¡Tú precisamente que habías heredado de la fortuna de tu cuñado Filón más de cinco talentos y tenías dos talentos en concepto de contribución aportada por los jefes de las agrupaciones de contribuyentes por el daño que hiciste[315] a la ley sobre las trierarquías! Pero dejaré eso de lado para no salirme del presente asunto por ir pasando 313
de una cosa a otra. No obstante, de lo anteriormente dicho resulta claro que al menos no fue por penuria por lo que no

contribuiste voluntariamente, sino porque tenías cuidado de que no partiera de ti ninguna acción adversa a esos individuos para quienes actúas como hombre público. ¿En qué circunstancias, pues, fuiste tú vigoroso o cuándo brillante? Cuando es menester alguna medida contra éstos, en esas ocasiones tu voz es espléndida, eres un actor excelente, un Teocrines de la tragedia[316].

Luego has hecho mención de los varones ejemplares de 314
antaño. Y haces bien. Sin embargo, no es justo, varones atenienses, apropiarse con ventaja de la veneración que vosotros realmente sentís por los difuntos para pasar revista y confrontarme con ellos a mi que todavía estoy 315
vivo entre vosotros. Porque ¿quién en el mundo no sabe que todos los vivos están sometidos a un mayor o menor grado de envidia, mientras que a los muertos no les odia ya ni siquiera ninguno de entre sus personales enemigos? Siendo, pues, esto así por naturaleza, ¿voy a ser yo ahora juzgado y examinado en confrontación con los que vivieron ante que yo? En modo alguno; pues no es ni justo ni equitativo, Esquines; si acaso contigo, o con cualquier otro que tú quieras de entre los que han tomado el mismo partido que tú y todavía viven. Y considera también esto 316
otro: ¿Qué es más bello y mejor para la ciudad: reducir a ingratitud y censura los servicios que se le prestan en la época presente a causa de los que prestaron los antepasados, que eran enormes (nadie podría expresar lo grandes que son), o bien que todos los que obran de buena voluntad tengan su parte en la honra y el afecto de estos 317
sus conciudadanos? Y, realmente, si también eso tengo que decirlo, mi gestión y mis ideales como hombre de estado, si se las considera, resultará que son iguales y pretenden los mismos fines que los de los varones que entonces eran elogiados; los tuyos, en cambio, son iguales a las de los que entonces calumniaban a tales hombres; pues es evidente que también en aquellos tiempos había quienes, por ridiculizar a sus contemporáneos, alababan a los

anteriores a ellos, cosa envidiosa, obrando lo mismo que tú. ¿Luego dices que en nada me parezco yo a aquéllos? Y 318
tú, Esquines, ¿te pareces? ¿Y tu hermano?[317]. ¿Y algún otro de los oradores de ahora? Pues yo digo que ninguno. Pero, buen hombre —por no llamarte de ningún otro modo —, compara a quien está vivo con los vivos y con sus contemporáneos, como ocurre en todos los demás casos, los ‘poetas, los coros, los luchadores. Filamón[318], no por 319
ser más débil que Glauco el caristio y algunos otros atletas de anteriores tiempos, salía sin corona de Olimpia, sino que, porque luchaba mucho mejor que los que entraron a competir con él, era coronado y proclamado vencedor. También tú contémplame en confrontación con los oradores de ahora, contigo mismo, con el que quieras de entre todos; no esquivo a nadie. Cuando era posible elegir lo mejor para la ciudad y la buena voluntad hacia la patria 320
entraba en certamen público y abierto a todos, se veía claramente que yo hablaba mucho mejor, y todo se administraba con mis decretos, leyes y embajadas, y nadie de entre vosotros figuraba en parte alguna, salvo cuando era menester difamar estas mis actividades. Pero, una vez que ocurrió lo que nunca debiera haber ocurrido y se pasó revista no a los consejeros, sino a los servidores de las órdenes que se les daban y a los dispuestos a ponerse a sueldo contra su patria y a los que querían adular a otro, entonces tú y cada uno de ésos ocupabais vuestro puesto como señalados y brillantes criadores de caballos; yo, en cambio, lo confieso, aparecía débil, pero mejor dispuesto hacia éstos que vosotros. Dos cualidades, varones 321
atenienses, debe poseer el ciudadano corriente de condición natural —pues hablando de mí mismo me resulta mucho menos odioso expresarme así—; en tiempo de poder, debe conservar siempre para la ciudad la opción que aspira a la nobleza y ala preeminencia, y en toda ocasión y acto debe mantener su patriotismo; porque sobre éste manda la naturaleza, mientras que en el poder y la fuerza imperan otros factores. Pues bien, fácilmente

comprobaréis que ese patriotismo ha permanecido en mí. 322
Mirad: ni cuando se reclamaba mi extradición, ni cuando se me intentaba un proceso ante el Consejo anfictiónico[319], ni cuando me amenazaban, ni cuando me hacían promesas, ni cuando echaban contra mí como fieras a esos malditos[320] nunca yo he renunciado a mi amor hacia vosotros. Porque desde el primer momento elegí el camino recto y justo en la actuación pública: servir, acrecentar y asociarme al honor, el poder y la gloria de la
patria. Yo no me paseo por el ágora radiante de gozo y 323
alegre ante los triunfos de otros[321], ni tiendo la diestra y doy buenas nuevas a los que creo que los van a contar allá arriba, ni escucho estremecido, entre suspiros y mirando al suelo, los éxitos de la ciudad[322], tal cual esos malvados que destrozan su ciudad como si, al hacerlo, no se destrozaran a sí mismos, que dirigen la mirada al exterior y que, cuando con la desgracia de los griegos otro ha obtenido el triunfo, ensalzan ese estado de cosas y afirman que es menester vigilar para que dure eternamente.

¡Que ninguno de vosotros, dioses todos, lo consienta! 324
Antes bien: ¡ojalá, preferentemente, infundáis en ellos mejores designios y sentimientos! Pero si, pese a todo, son incurables, hacer que perezcan exterminados por ellos mismos y aniquilados enteramente por tierra y por mar; y a nosotros, los demás, dadnos la más pronta liberación de los peligros inminentes y segura salvación.

Índice de contenido

Cubierta

Discursos Políticos I

INTRODUCCIÓN GENERAL

BIBLIOGRAFÍA

- I. REPERTORIOS BIBLIOGRÁFICOS
- II. EDICIONES Y COMENTARIOS
- III. ESTUDIOS GENERALES
- IV. LENGUA Y ESTILO
- V. LÉXICOS E ÍNDICES
- VI. HISTORIA DEL TEXTO
- VII ESTUDIOS SOBRE DERECHO ÁTICO

ARGUMENTOS DE LOS DISCURSOS DE DEMÓSTENES, POR LIBANIO

- SOBRE LAS PARTES DE LA RETÓRICA

I-II-III LOS «OLINTÍACOS»

- INTRODUCCIÓN
- OLINTÍACO PRIMERO
  - ARGUMENTO DE LIBANIO
- OLINTÍACO SEGUNDO
  - ARGUMENTO
- OLINTÍACO TERCERO
  - ARGUMENTO

IV CONTRA FILIPO, PRIMER DISCURSO

- INTRODUCCIÓN
- ARGUMENTO
- Proyecto de la recaudación

Lectura de la carta
V SOBRE LA PAZ
INTRODUCCIÓN
ARGUMENTO DE LIBANIO
VI CONTRA FILIPO, SEGUNDO DISCURSO
INTRODUCCIÓN
ARGUMENTO DE LIBANIO
VII SOBRE EL HALONESO
INTRODUCCIÓN
ARGUMENTO DE LIBANIO
VIII SOBRE LOS ASUNTOS DEL QUERSONESO
INTRODUCCIÓN
ARGUMENTO DE LIBANIO
IX CONTRA FILIPO, TERCER DISCURSO
INTRODUCCIÓN
ARGUMENTO DE LIBANIO
X CONTRA FILIPO, CUARTO DISCURSO
INTRODUCCIÓN
RESUMEN DE LIBANIO
XI RESPUESTA A LA CARTA DE FILIPO
INTRODUCCIÓN
ARGUMENTO DE LIBANIO
XII CARTA DE FILIPO
INTRODUCCIÓN
XIII SOBRE LA ORGANIZACIÓN FINANCIERA
INTRODUCCIÓN
ARGUMENTO DE LIBANIO
XIV SOBRE LAS SINMORÍAS

INTRODUCCIÓN
ARGUMENTO DE LIBANIO
XV POR LA LIBERTAD DE LOS RODIOS
INTRODUCCIÓN
ARGUMENTO DE LIBANIO
XVI EN DEFENSA DE LOS MEGALOPOLITAS
ARGUMENTO DE LIBANIO
XVII SOBRE EL TRATADO CON ALEJANDRO
INTRODUCCIÓN
ARGUMENTO DE LIBANIO
XVIII SOBRE LA CORONA. EN DEFENSA DE CTESIFONTE
INTRODUCCIÓN
ARGUMENTO DE LIBANIO
OTRO ARGUMENTO
DECRETO DE DEMÓSTENES
DECRETO
CARTA
TEXTO DE LA ACUSACIÓN
DECRETO
DECRETO
CARTA
DECRETO
DECRETO DE LOS BIZANTINOS
DECRETO DE LOS QUERSONESIOS
DECRETO
LISTA
LISTA

DECRETO
OTRO DECRETO
DECRETO
LEY
TESTIGOS
TESTIGOS
DECRETO DE LOS ANFICTÍONES
OTRO DECRETO
FECHAS
CARTA
DECRETO
OTRO DECRETO
RESPUESTA A LOS ATENIENSES
RESPUESTA A LOS TEBANOS
DECRETO DE DEMÓSTENES
CARTA
RESPUESTA DE LOS TEBANOS
DECRETOS SOBRE LOS SACRIFICIOS
CARTAS
DECRETOS
TESTIMONIOS
INSCRIPCIÓN
LISTA DE EXPEDICIONES DE SOCORRO
Notas

Notas

[1] PLUTARCO, *Vida de Demóstenes* 7, 11, 18. LIBANIO, *Argumentos de los discursos de Demóstenes* 18. <<

[2] PLUTARCO, *Vida de Demóstenes* 4. Éste y todos los demás avatares biográficos, en G. MATHIEU, *Démosthène, l'homme et l'oeuvre*, París, 1948; A. W. PICKARD-CAMBRIDGE, *Demosthenes and the Last Days of Greek Freedom*, Londres, 1914; A. SCHAEFER, *Demosthenes und seine Zeit*, I-IV, Leipzig, 1885[2], reimpr. Hildesheim, 1966-67; F. BLASS, *Die attische Beredsamkeit*, III, 1, Leipzig, 1893[3], reimpr. Hildesheim, 1962; A. LÓPEZ EIRE, «Demóstenes: estado de la cuestión», *EClás*. 20 (1976), 207-240. <<

[3] ESQUINES, I 117, 170, 171, 173, 175; A. SCHAEFER, II, páginas 102 y sigs. <<

[4] ESQUINES, I 131. <<

[5] Plutarco, *Vida de Dem*. 8: Demóstenes, *Sobre la embajada fraudulenta* 23, *Sobre la corona* 143. <<

[6] C. MOSSÉ, *Aspects sociaux et politiques du déclin de la cité grecque au IV siècle avant J.-C. La fin de la démocratie athénienne*, París, 1962. <<

[7] LUCIANO, *Contra el indocto* 4. <<

[8] ZÓSIMO, Vida de Demóstenes 147. <<

[9] Agatias, *H. G. M.* II 2, 28. <<

[10] PLUTARCO, *Vida de Demóstenes* 5. <<

[11] U F. LEVY, *De Demosthenis* Περὶ συντάξεως *oratione*, Berlín, 1919. <<

[12] A. RUPPRECHT, «Die demosthenische Prooemiensammlung», *Philologus* 82 (1927), 365-432; F. FOCKE, *Demosthenesstudien*, Stuttgart, 1929. <<

[13] W. ALEXANDER, «Conclusion of Demosthenes *‘Philippica’* 3», *Cl. Bult*. 36 (1960), 43-44. <<

[14] Demóstenes, *Sobre la corona* 169. <<

[15] A. LÓPEZ EIRE, *op. cit.*, 232. <<

[16] *Ibid*., 236. <<

[17] *Ibid*., 233. <<

[18] Plutarco, *Vida de Demóstenes* 11. <<

[19] Ps.-Plutarco, *Vidas de los diez oradores* 847 a-b; Pausanias, I 8, 2. <<

[20] G. DROYSEN, *Geschichte Alexanders des Grossen, Berlín, 1833; Geschichte des Hellenismus*, Berlín, 1836. <<

[21] E. DRERUP, *Aus einer alten Advokatenrepublik*, Paderborn, 1916. <<

[22] E. Drerup, *Antike Demosthenesausgaben*, Supplement-Band VII, *Philologus* (1899), 533-588. <<

[23] M. FERNÁNDEZ-GALIANO, *Demóstenes*, Barcelona, 1947, página 295. <<

[24] M. FERNANDEZ-GALIANO, *op. cit.*, pág. 323. <<

[1] Libanio fue un orador y hombre de letras que nació en Antioquía en el 314 d. C. Completó su educación en Atenas durante cuatro años a partir del 336 d. C. Posteriormente explicó retórica en Constantinopla y en Nicomedia (340-46 d. C.). En esta última localidad entró en contacto con el futuro santo Basilio y con el futuro apóstata Juliano. Digamos de paso que Libanio fue pagano de convicción y por los cuatro costados, y, además, hipocondríaco y hechizado por las glorias del irrepetible pasado como las heroicas figuras de la Segunda Sofística.

De él han llegado hasta nosotros sesenta y cuatro discursos que tratan de asuntos culturales, políticos o municipales. Algunos van dirigidos a emperadores o altos cargos del Gobierno. No todos fueron realmente pronunciados. Se fechan estos discursos entre el 349 y el 392 d. C. El estilo de ellos varía mucho de unos a otros; oscila entre el típico de los ejercicios sofísticos y el propio de los panegíricos oficiales. Evidentemente, el de tono más personal es el que contiene su autobiografía (*Oratio* 1), compuesto en el año 374 d. C. Y los más cargados de recursos retóricos son el «encomio de Antioquía» (*Oratio* 11) y la «monodia sobre Juliano» (*Oratio* 17), que, respectivamente, compuso en el 360 y 364 d. C.

También nos legó Libanio una copiosísima colección de cartas, cincuenta y una declamaciones escolares y numerosas obras menores de marcado corte retórico.

En el año 352, probablemente, redactó los *Argumentos de los discursos de Demóstenes*, en los que hasta hace muy poco tiempo se basaba casi exclusivamente la fama del maestro de retórica antioqueno.

Ocupan los *Argumentos de tos discursos de Demóstenes* en la edición teubneriana de R. Foerster (*Libanii Opera*, Leipzig, 1915) ochenta y una páginas. Van estos *Argumentos* precedidos de una dedicatoria al procónsul Montio, a la que siguen una sucinta *Vida* de Demóstenes y unas breves consideraciones sobre las especies de la retórica que conducen

a la conclusión de que Demóstenes ejercitó la oratoria judicial y la exhortatoria, pero no la declamatoria o de aparato. <<

[2] Era Asteropeo, el guerrero de talla descomunal que sobresalía entre aqueos y troyanos, hijo de Pelegón (y nieto de Axio, divinidad fluvial) y Peribea. Aparece como comandante de los peonios, aliados de los troyanos. Su yelmo lo obtuvo Esténelo en calidad de botín de guerra. Murió a manos de Aquiles. La presencia en Troya de este héroe al mando de los peonios aparece en *Ilíada* XII 1024; XVII 217, 352-55; su muerte a manos de Aquiles, en *II*. XXI 139-204; en torno a su coraza, cf. *II*. XXIII 560-62. La clave para entender nuestro texto está en un verso de la *litada* en que se dice que Asteropeo manejaba con igual destreza el brazo izquierdo y el derecho blandiendo y arrojando la jabalina: *II*. XXI 163. La referencia al yelmo de Asteropeo, que pasa a poder de Esténelo, se encuentra en QUINTO DE ESMIRNA, *Posthoméricos* IV 587 y sigs. Mencionan también a este héroe, FILÓSTRATO (*Heroico* XIX 8) y LUCIANO (*Contra el indocto* 7). <<

[3] Cf. ESQUINES, III 171. PLUTARCO, *Demóstenes* 4. <<

[4] Cf. PLUTARCO, *Demóstenes* 4. <<

[5] Cf. PLUTARCO, *Demóstenes* 5. Calístrato, a raíz del asunto de Oropo, había sido acusado de traición. Cf. DEMÓSTENES, *Contra Midias 62*. Estaba también implicado Cabrias en este proceso. <<

[6] DIONISIO DE HALICARNASO, *Iseo* 20. <<

[*] Bibliografía en *Lustrum* 14 (1969), Gotinga, 1971. <<

[1] Refiere el escoliasta que Filipo no era partidario de recompensar a los traidores, pese a haber recibido beneficio de su traición. Asi lo demostró mandando ajusticiar a quienes le abrieron las puertas de Anfípolis y de Pidna. <<

[2] El año 357 a. C., Eubea se vio sometida a fuertes discordias internas que, por intervención de Tebas, se convirtieron en guerra abierta. Eretria, ciudad de esta isla, pidió ayuda a Atenas, y, a instancias de Timoteo, los atenienses enviaron rápidamente un ejército de socorro a las órdenes de Diocles. Tenía, por entonces, el orador veinticuatro años y contribuyó a la mencionada expedición compartiendo con otro ciudadano los gastos de una nave trirreme. La enérgica intervención de Atenas en la isla vecina no tardó en dar su apetecido fruto: al cabo de treinta días se restableció el orden, Eubea volvió a entrar en la liga ateniense y los tebanos fueron expulsados de allí. <<

[3] En el 357 a. C., Anfípolis, ciudad de Macedonia oriental, situada junto al confín de Tracia, al borde de la desembocadura del Estrimón, ante la seria amenaza de Filipo, envió a Atenas a Hiérax y Estratocles con el encargo de solicitar ayuda. Pero los atenienses no hicieron caso a esta embajada. En cuanto a Estratocles, sabemos que Filipo lo desterró inmediatamente después de haber tomado Anfípolis. Cf. M. N. Tod, *Greek historical Inscriptions*, II, Oxford, 1948, pág. 150. <<

[4] Pidna era una ciudad de Macedonia situada al S. del Haliacmón, frente al golfo Termaico, en el territorio de Pieria. Había sido capital de Macedonia desde el reinado de Alejandro Filheleno (498-454 a. C.) hasta el de Arquelao (413-399), quien trasladó la capital a Pela, que él mismo fundó. Timoteo, en el 364 a. C., obligó a Metone y Pidna a formar parte de la Confederación ateniense. En el 357 a. C., Filipo se adueñó de ella. Metone estaba situada al N. de Pidna. En el 353 a. C., Filipo la destruyó. Potidea era una ciudad situada en el istmo que une la península de Palene con tierra firme. Filipo la tomó en el 356 a. C. y la cedió a los olintios, que eran por entonces sus aliados. Págasas era una ciudad marítima de Tesalia que fue sometida por Filipo en la primavera del año 352 a. C. <<

[5] En el 353 a. C., Filipo, llamado por dos príncipes de la familia de los Alévadas de Larisa, penetró con su ejército en Tesalia para combatir contra los tiranos de Feras. Fue derrotado en dos batallas por el focense Onomarco, quien a base del oro de Delfos se había comprado la alianza con los susodichos tiranos. Sin embargo, un año más tarde, en el 352 a. C., con un ejército de veinte mil infantes y tres mil hombres de a caballo, entró el Macedonio de nuevo en Tesalia e hizo frente a las tropas de Onomarco y de su protegido, el tirano Licofrón de Feras. La batalla tuvo lugar en las proximidades del golfo de Págasas y el resultado fue favorable a los macedonios: más de un tercio del ejército focense fue aniquilado o hecho prisionero. El propio Onomarco sucumbió, Feras fue capturada y Licofrón desterrado del país. De este modo, Filipo se hizo dueño de Tesalia y, a partir de este momento, se dispuso a avanzar en dirección al santuario de Apolo en Delfos para liberarlo de la posesión de los focenses, a quienes el Macedonio condenaba como autores del tremendo sacrilegio de haberse apropiado de tan sagrado lugar para los griegos. <<

[6] Feras era una ciudad de Tesalia situada al SE. de la Pelasgiótide; estaba cerca del puerto de Págasas, al que ya nos hemos referido. Magnesia era la península del E. de Tesalia que se extendía al S. del valle de Tempe.

Filipo, después de su triunfal campaña en Tesalia, sin dar tregua a su febril actividad, se puso en marcha contra Tracia. Allí, apoyado por un príncipe tracio en rebeldía, y con la ayuda que le prestaron ciudades *como* Bizancio y Perinto, avanzó hasta la Propóntide, asedió Hereon Ticos, capital de los dominios del rey Cersobleptes, a quien obligó a que le entregase a su hijo como rehén; cuando estaba en esta operación de cerco, le sobrevino una enfermedad que supuso un respiro de alivio para quienes con gran asombro comprobaban cómo, en el corto espacio de ocho años, el Macedonio había alterado la situación política de Grecia. <<

[7] Filipo se enzarzó dos veces consecutivas en guerra contra los ilirios y peonios, pueblos de estirpe tracia que habitaban al NO. de Macedonia, en el 358 a. C., y tres años más tarde, en el 355. Aribas era rey de los molosos, pueblo del Epiro que habitaba la zona situada al N. del golfo de Ambracia. <<

[8] Eran treinta y dos en número las ciudades griegas asentadas en la península Calcídica que se habían aliado con Olinto. Esta confederación cayó en manos de Filipo en el 348 a. C. Los dos mil ciudadanos atenienses que marcharon por mar en apoyo de la capital de la liga llegaron demasiado tarde. Olinto había sido destruida y sus habitantes deportados a diferentes localidades de Macedonia; otros fueron reducidos a la esclavitud y trabajaron como siervos, de por vida, en los dominios del creciente reino. Las demás ciudades confederadas pasaron a formar parte de Macedonia, si bien aún gozaron de cierta independencia en la administración de sus asuntos locales. <<

[9] De los fondos destinados para operaciones militares (*stratiōtiká*) era ya vieja costumbre extraer ciertas cantidades para sufragar los gastos de los espectáculos (*theōriká*), dinero éste que se repartía entre los ciudadanos pobres. Ya en tiempos de Pericles se echaba mano a los fondos de los aliados para idénticos fines. Se interrumpió esta práctica en los últimos años de la guerra del Peloponeso, pero no tardó en ser restablecida. Ocurrió esto en el 403 a. C. Fue entonces cuando el pueblo decretó se instituyese la reserva de fondos para los espectáculos públicos (*theōriká*) y fuese condenado a muerte todo aquel que propusiese emplear este dinero para empresas bélicas.

En el 354 a. C., Eubulo, que a la sazón era el más distinguido estadista de Atenas, fue encargado de controlar por cuatro años el fondo destinado a los espectáculos. Hizo aprobar una ley en virtud de la cual al mencionado fondo iría a parar el excedente de los ingresos del estado. Con esta medida sólo quedaba una posibilidad de recaudar dinero para sufragar los gastos de una guerra: la *eisphorá*. Pocos años más tarde, en el 350 o el 340 a. C., hubo un intento de restablecer la ya casi olvidada práctica de antaño, pero tan impopular pretensión fue ahogada, como cabía esperar, por la típica acusación de ilegalidad (*graphḗ paranómōn*). <<

[10] Alusión al plan desarrollado por extenso en el discurso titulado *Sobre la organización financiera*. <<

[11] Había un refrán antiguo que rezaba así: «Siempre lo de los tesalios es indigno de confianza.» Poca era la simpatía que sentía Demóstenes hacia los tesalios; cf. *Sobre la corona* 43, 151, y *Contra Aristócrates* 112. <<

[12] En el momento en que Demóstenes pronuncia este discurso, la vieja rivalidad entre atenienses y beocios se ha agudizado por culpa de la segunda Guerra Sagrada, que duró del 355 al 346 a. C., y fue protagonizada por tebanos, locrios y tesalios, en un bando, y focenses, Atenas y Esparta, en el otro. Ciudadanos de Fócide fueron condenados a pagar a Delfos cuantiosas sumas de dinero. Como éstas no fueron pagadas en el tiempo prescrito, los Anfictiones decretaron que las posesiones de aquéllos debían ser consagradas a Apolo Délfico. Los focenses, entonces, se decidieron a apoyar a sus compatriotas ante el temido ataque de los Anfictiones, y un ciudadano rico, natural de Ledon, en Fócide, llamado Filomelo, organizó la defensa. Comenzó por apoderarse de Delfos y, por vía diplomática, se granjeó el apoyo de Esparta y Atenas. El santuario délfico, ahora en manos de los usurpadores, constituyó el *casus belli* de la Guerra Sagrada, que tanta utilidad deparó a Filipo en el despliegue de sus ambiciosos planes expansionistas. <<

[1] En Atenas, los partidarios de Filipo se esforzaban en demostrar al pueblo que el rey de Macedonia no era una verdadero enemigo. Al frente del grupo filomacedonio estaba Esquines, y el partido contrario lo capitaneaba Demóstenes. «El oro de Macedonia» recompensaba los servicios prestados a la causa de Filipo. <<

[2] Era ya proverbial la simpleza de los atenienses, que, según HERÓDOTO (I 60), había quedado claramente demostrada con ocasión de la acogida que Atenas tributara al tirano Pisístrato acompañado de una joven disfrazada de diosa Atena. <<

[3] En el 357 a. C. los partidarios de Filipo aconsejaron al pueblo ateniense que no prestase atención a los embajadores olintios enviados a Atenas para tratar la paz. <<

[4] Éste era el famoso tratado secreto: Atenas rogaba a Filipo, por medio de los embajadores Antifonte y Caridemo, que les ayudase a reconquistar Anfípolis; a cambio, Atenas le cedería Pidna. <<

[5] Filipo había prometido a los olintios la ciudad de Potidea, con el fin de impedir que se aliasen con Atenas (357 a. C.). <<

[6] La segunda «Guerra Sagrada», en la que combatían tebanos, locrios y tesalios, de un lado, contra los focidios, del otro, apoyados por Atenas y Esparta, comenzó en el 355 a. C. y duró hasta el 246 a. C. Filipo comenzó a tomar parte en ella, defendiendo los intereses de los primeros, en el 353 a. C.; en el 346 a. C. ocupó Fócide. <<

[7] Es típico de los oradores retar a los adversarios, para lo cual se valen de determinadas fórmulas: «que se acerque aquí alguien y me diga» (*Olint. III* 28), «que me lo demuestre haciendo uso del tiempo a mí acordado» (*Sobre la carona* 139), «que se levante y haga uso del tiempo que me corresponde» (*Sobre la embajada fraudulenta* 57). En los dos últimos ejemplos citados, el «tiempo» de la traducción no corresponde al texto original, en el que realmente se alude a la cantidad de agua contenida en la clepsidra o reloj de agua, cuya función era la de medir las intervenciones de las dos partes. Pero el caso es que, en este pasaje que comentamos del *Olintíaco segundo*, Demóstenes no tiene ningún adversario frente a él a quien dirigir las mencionadas fórmulas. Recurre, pues, al expediente de fingir que cualquiera de sus oyentes puede plantearle objeciones, y a ese fingido ciudadano discrepante, retóricamente le brinda la oportunidad de expresarse. <<

[8] He traducido por «derriba» un verbo cuyo significado primario es «echar hacia atrás las crines», lo que se dice de un caballo. Se comprende que a partir del significado primario pase a denotar la acción de derribar al jinete. <<

[9] De entre los tesalios, los había que estaban ya dispuestos a romper con Filipo; otros, en cambio, no estaban aún decididos a tomar ningún tipo de medidas respecto a las relaciones con el Macedonio. Así se explica que Demóstenes insista en la oportunidad del momento para hacer actuar definitivamente a los primeros y mover a los últimos. En efecto, la ocasión era óptima, puesto que era inminente un tratado con el soberano de Macedonia, y, por otro lado, los tesalios tenían sus motivos de queja contra Filipo (cf. *Olint. I* 13 y 22). <<

[10] Cf. *Olint*. I 2. <<

[11] En el 364 a. C., Timoteo se unió a Perdicas, rey macedonio, para atacar a las ciudades de la península Calcídica unidas en confederación bajo el liderazgo de Olinto (cf. DIODORO SÍCULO, XV 81). <<

[12] Cf. 7: Filipo, en el 356 a. C., entregó Potidea a los olintios.
<<

[13] Contra los tiranos de Feras, Licofrón y Pitolao. <<

[14] Del texto se deduce que las tropas de Filipo estaban compuestas por mercenarios e infantes de la guardia real. Los primeros eran soldados a sueldo, aventureros que acudían de todas las regiones a ganarse la vida mediante las soldadas y los beneficios de los saqueos. Los segundos eran macedonios y constituían algo así como una guardia de corps. <<

[15] El texto dice exactamente «ejecuciones de la danza *kórdax*». Este tipo de danza era particularmente indecente y obsceno. <<

[16] Uno de estos «aduladores», Trasideo, fue impuesto por Filipo en Tesalia como tirano; otro, que llegó a ser representante del monarca macedonio en Perrebia (Tesalia), era un simple esclavo. <<

[17] Los «volatineros», titiriteros, saltimbanquis, equilibristas y prestidigitadores eran considerados personas viles. <<

[18] «Esclavos públicos» eran, en Atenas, los que se encargaban de funciones tan inaceptables por parte de los hombres libres como las de carcelero, ujier, escribano y guardia municipal. Algunos eran extranjeros, especialmente, escitas, bien conocidos por los textos de la comedia aristofánica. <<

[19] Filipo envió la suma de un talento para conseguir las composiciones jocosas de un club denominado «los sesenta burladores», que en Atenas se reunían en el templo de Heracles Diomeyo con el fin de disfrutar de las chistosas canciones por ellos compuestas. <<

[20] Este término «entrelaza», en griego es un vocablo que pertenece al léxico empleado en la palestra. Denota el hecho de asirse un luchador a otro en los combates cuerpo a cuerpo para hacer uso de llaves y, en general, procedimientos de la lucha libre. Su empleo aquí es, por consiguiente, claramente metafórico. <<

[21] El texto griego dice, en realidad, «expuso», pero entendemos que se trata de un aoristo gnómico. <<

[22] El mismo pensamiento se encuentra en PLATÓN, *Las Leyes* 708 b. <<

[23] El verbo griego «estar sentado», lo mismo que el latino *sedere*, equivale a nuestra expresión «estar mano sobre mano» para denotar la inactividad total ante una empresa. Vuelve a aparecer en 24. Y cabe oportunamente recordar que éste es, precisamente, el verbo que usó Calino de Éfeso en una famosa elegía en la que exhortaba a sus conciudadanos a combatir contra los cimerios ya en pleno siglo VII a. C. (fr. 1 W). Este mismo significado está ya presente en los poemas homéricos; cf. *Ilíada* 24, 403, etc. <<

[24] En más de una ocasión, Demóstenes echa en cara a los atenienses su desmedido afán por recoger informaciones acerca de Filipo, perder el tiempo en indecisiones y vanas discusiones políticas, desaprovechando, de este modo, los momentos más oportunos para la acción. <<

[25] En el 383 a. C. los espartanos ocuparon la acrópolis de Tebas, con lo que rompían los pactos establecidos en la paz de Antálcidas (387 a. C.). Ello originó la reacción ateniense en favor de los derechos comunes de los griegos; así, no solamente acogieron a los demócratas tebanos desterrados en aquella ocasión, sino que, además, en el 378 a. C. enviaron, bajo la comandancia de Cabrias, un ejército de socorro a Tebas, a la sazón atacada por los espartanos bajo la dirección del rey Agesilao. <<

[26] La tradicional habilidad de los «sicofantas» (acusadores profesionales) y el endémico mal de las enemistades políticas a nivel personal habían originado un sinfín de procesos contra los generales atenienses: Cares, Calístenes, Autocles, Cefisódoto, Ifícrates, Timoteo, etc. <<

[27] Cf. la misma idea expresada en *Olint. I* 2 y 6. <<

[28] Cares, general ateniense a quien iba dirigido el discurso isocrateo *Sobre la paz*, operaba fundamentalmente con tropas mercenarias, cuyas soldadas no dependían de nadie más que de él mismo. Por esta razón, durante la «Guerra Social» se vio obligado, tras la derrota ateniense ante Quíos (357 a. C.), a ponerse al servicio de un sátrapa rebelde, que se había alzado contra el Gran Rey, llamado Artábazo. Así, por su cuenta y riesgo, en el 356 a. C. capturó las ciudades de Lámpsaco y Sigeo, ambas situadas en el Helesponto, sobre la costa asiática, en la parte septentrional la primera y en la meridional la segunda. Las tropas de mercenarios que estaban a sus órdenes se dedicaban a todo tipo de pillaje para obtener botín, incluida, por supuesto, la piratería naval. <<

[29] Bajo el arcontado de Nausínico (378 a. C.) se tomaron las siguientes medidas para el pago de la contribución o tasa de guerra (*eisphorá*): de cada una de las diez tribus eran elegidos ciento veinte de entre los más ricos ciudadanos, los cuales eran divididos en dos *sinmorías* de sesenta individuos. En total, pues, había veinte *sinmorías* y mil doscientos ciudadanos acogidos a ellas. Luego, de cada *sinmoría* se elegía a los quince miembros de mayores recursos económicos, de forma que en conjunto resultaban escogidos trescientos *sinmoritas* (o miembros de las *sinmorías*). Estos trescientos miembros pagaban previamente los impuestos decretados, en una especie de adelanto al estado que, a continuación, ellos mismos se encargaban de recuperar cobrando la cantidad anticipada a los ciudadanos de sus *sinmorías*, según evaluación previa de sus fortunas y en proporción con ellas. Así pues, todo ciudadano estaba adscrito a una *sinmoría*. Cada *sinmoría* tenía su jefe (*hēgemṓn*), su procurador (*epimelētḗs*). La comparación establecida en el texto es posible porque cada partido político en la Asamblea tiene un orador que desempeña la función de jefe (*hēgemṓn*), un general favorito equivalente al procurador (*epimelētḗs*) y trescientos miembros, como los *sinmoritas*, que se dedican a gritar. Demóstenes hace ver con esta comparación la vergonzosa situación de la política ateniense: un orador y un general presiden cada uno de los dos partidos que forman los trescientos *sinmoritas* encargados de gritar. La inmensa mayoría del pueblo ha de unirse a una facción o a la otra. <<

[1] Era un plaza fuerte situada al NO. de la Propóntide, cerca de Perinto. El asedio de esta fortaleza por parte de Filipo, al que se refiere el texto, tuvo lugar en el 352 a. C. <<

[2] El mes de *Memacterión* era el quinto del calendario ateniense; más o menos, equivalente a nuestro noviembre. <<

[3] *Hecatombeón, Metagitnión, Boedromión* son los tres primeros meses del calendario ateniense; estos tres primeros meses abarcan un período que, en nuestro sistema, sería el comprendido entre mediados de julio y la segunda mitad de octubre. A estos tres mencionados meses seguían los nueve siguientes: *Pianopsión, Memacterión* (ya conocido, cf. n. 2), *Posideón, Gamellón, Antesterión, Elafebolión, Muniquión, Targelión, Esciroforión*. Estos nombres de los meses del calendario ático derivan en cada caso de la denominación de las fiestas que en cada uno de ellos se celebraban. <<

[4] Caridemo era un comandante de tropas mercenarias que había nacido en Eubea. Cuando el general ateniense Ifícrates combatía contra Anfípolis (368-365 a. C.), luchó a su lado como mercenario en defensa de los intereses de Atenas. Pero en esa misma ocasión traicionó a los atenienses. Luego, olvidada esta traición, fue contratado para la guerra por otro general de Atenas, Timoteo; obtuvo la ciudadanía ateniense en recompensa a sus servicios. Más adelante brindó su ayuda a Cersobleptes, rey de Tracia, enemigo de Atenas, y derrotó en el Helesponto al comandante ateniense Cefisódoto. A partir del 351 a. C. vuelve a estar al servicio de Atenas, ahora ya como general. Luchó contra Filipo de Macedonia. En el 335 a. C. Alejandro insistió en que se le entregase a Caridemo, que se había distinguido por su furibunda oposición a Macedonia. Logró huir, no obstante, y se puso a las órdenes del rey persa Darlo, por quien, al parecer, fue ejecutado. La azarosa vida de este jefe de tropas mercenarias discurrió, pues, entre infidelidades y servicios leales, sin el menor escrúpulo ante las posibilidades de apoyar a estados entre sí hostiles. Alternativamente luchó Caridemo a favor de Atenas y en defensa de Tracia, enemiga de la primera. Sólo a su espíritu antimacedonio fue definitivamente fiel. <<

[5] Como Demóstenes se está refiriendo a una proyectada expedición naval por parte de los atenienses contra Filipo, no es extraño que aparezca en el texto un verbo, empleado metafóricamente, cuyo significado primario es «anclar una nave para bloquear un puerto». <<

[6] A causa de los grandes costos originados por la segunda guerra focense, los generales Filomelo, Onomarco y Faleco no tuvieron más remedio que echar mano al sagrado tesoro del templo de Delfos, que, pese a ser riquísimo, como todo lo humano también tuvo su fin. <<

[7] Es decir, en Olinto. <<

[8] Estos legisladores eran elegidos cada año en la tercera asamblea del pueblo entre los «heliastas»; la comisión que formaban se encargaba de proponer nuevas leyes o modificaciones a las ya existentes. <<

[9] Eran éstos unos fondos obtenidos del erario público que se distribuían entre los pobres con el fin de que también ellos participasen en las fiestas públicas. Fue Pericles el que introdujo tal práctica en la forma denominada *diobelía*, que, como es sabido, se limitaba a una ayuda para la asistencia a los espectáculos teatrales.

El político pacifista Eubulo fue quien puso mayor interés en constituir la reserva de fondos destinados a las fiestas públicas. En el año 350 a. C., Apolodoro propuso que se echase mano de esos fondos con el fin de hacer frente a los gastos ocasionados a raíz de la expedición militar ateniense a Eubea; pero al punto un tal Estéfano, movido por Eubulo, planteó a Apolodoro un pleito por hacer propuestas contrarias a las leyes aprobadas (*graphḗ paranómōn*). <<

[10] El orador está recordando las campañas de los atenienses contra Corinto en el 460 a. C. y contra Mégara en el 431 a. C. Pese a todo, corintios y megarenses son griegos —parece querer decir Demóstenes—, mientras que Filipo es un «bárbaro» y muchísimo más ambicioso que las dos *póleis* vecinas y tan frecuentemente rivales de Atenas. <<

[11] Las ciudades de la Calcídica eran colonias griegas. <<

[12] Aristides dejó indeleble recuerdo de honradez cabal y de un quehacer político que, además de afortunado, fue noble y sin tacha. Nicias, tras la muerte de Pericles durante la guerra del Peloponeso, fue hábil general y jefe del partido moderado de Atenas. Su nombre quedó para siempre ligado al tratado de paz que dio fin al período decenal de la guerra del Peloponeso comprendido entre los años 431 y 421 a. C. También es conocido por sus consejos disuasorios en la cuestión de la malhadada expedición ateniense a Sicilia en el curso de la ya mencionada guerra. La empresa, pese a los esfuerzos del general para que no se llevase a cabo, tuvo lugar en el año 415 a. C. y, para ella, fue elegido estratego, juntamente con Lámaco y Alcibíades. Con esta desastrosa hazaña perdió él mismo la vida.

En cuanto al «homónimo» de nuestro orador, hay que decir que se trata de Demóstenes de Afidna, que corrió la misma suerte que Nicias también en la expedición a Sicilia.

Por lo que se refiere a Pericles, basta recordar que Tucídides, en la *Historia de la Guerra del Peloponeso*, puso en su boca tres discursos (I 140-144; II 60-64; II 3546), que dan idea de lo que debió de ser su elocuencia, tan admirada por sus contemporáneos como sus virtudes de estadista. <<

[13] Para entender el texto es necesario tener en cuenta el uso del brindis (*propínein*) en Grecia.

El verbo griego *propínein* significa «beber primero o antes de», porque los brindis se hacían bebiendo, el que brindaba, de una copa que luego pasaba a aquel a quien se dirigía el buen deseo. La metáfora de nuestro orador, por tanto, es hermosa y feliz por lo enormemente sugeridora: los oradores de los nuevos tiempos vienen a dar consejos como quien va a un banquete y beben de un trago «los intereses del estado», como si de vino se tratase, a la salud del pueblo, cuyo afecto es lo único que interesa a sus innobles propósitos demagógicos. <<

[14] El cómputo no es, en absoluto, exagerado, pues sabemos por TUCÍDIDES (*Historia de la guerra del Peloponeso* II 13) que el tesoro de Atenas, guardado en la *celia* u *opisthódomos* del templo de Atenas *Parthénos* (Partenón) en la Acrópolis, ascendía a nueve mil setecientos talentos, sin contar el capital constituido por preciosas ofrendas votivas en oro y plata. <<

[15] «Esa región» es, naturalmente, Macedonia, y el «rey» es Perdicas II, que ocupó el trono del 455 al 411 a. C. <<

[16] Se refiere a las dos derrotas que infligieran los tebanos, conducidos por Epaminondas, a los lacedemonios en Leuctra (371 a. C.) y Mantinea (362 a. C.). <<

[17] Los tebanos estaban ocupados en la «Guerra Sagrada» (cf. *Olintíaco primero* 26). <<

[18] Alude a Anfípolis, Pidna, Potidea y Metone. <<

[19] A este gasto inútil se refiere también ESQUINES en *Sobre la embajada fraudulenta* 70-71. Correspondía la suma de «más de mil quinientos talentos» a los gastos del general Cares en la guerra de Anfípolis. <<

[20] Aprovechando la guerra entre Tebas y Esparta, Atenas se había ido rehaciendo: los generales atenienses Ifícrates, Cabrias y Timoteo lograron restablecer la perdida hegemonía marítima ateniense; en el 365 a. C., Timoteo logró reconquistar el Quersoneso, y un año más tarde, en colaboración con Ifícrates, volvieron a poder de Atenas las ciudades de Metone, Pidna y Potidea, que no tardaron en desligarse de dicha sujeción. <<

[21] Señala el escoliasta que Demóstenes en este pasaje se refiere a Démades, Eubulo, Frinón y Filócrates. Démades era ciudadano de ínfima categoría social; su padre era marinero. <<

[22] Las *Boedromías* eran las fiestas que se celebraban en Atenas en honor de Apolo *Boēdrómios* (= que acude en ayuda); conmemoraban la ayuda que Ión, hijo adoptivo de Juto y epónimo de los jonios, prestó a los atenienses, durante el reinado de Erecteo, contra Eumolpo, hijo de Posidón. Estas fiestas dieron nombre al tercer mes del calendario ático. <<

[23] Esta figura se llama *epanadiplosis*; consiste en la simple repetición de una palabra para producir énfasis. Es muy frecuente en poesía; en prosa es más bien escasa; de los prosistas que la emplean, dejando aparte a Platón, destacan Esquines, Demóstenes y Dinarco. El primero la usa sólo de vez en cuando, en general en muy contadas ocasiones. El maestro en la utilización de esa figura es, sin duda, Demóstenes, que es quien ofrece de ella mayor número de ejemplos. En cuanto a Dinarco, que con razón fue llamado por HERMÓGENES (*Sobre las ideas* 2, 11) «Demóstenes de cebada», es también en este aspecto un segundón con respecto a su inalcanzable modelo.

El efecto que consigue Demóstenes en este pasaje con la repetición de «tal vez» es, evidentemente, el de subrayar la duda y hacer declaración explícita de su pesimismo.

En el *Olint. I* 19, la palabra que se repite es «tenéis» en la frase «tenéis recursos económicos, varones atenienses, los tenéis». El efecto de realce e insistencia que la *epanadiplosis* produce en este ejemplo es palpable, sobre todo si se piensa en el interés del orador por reforzar la expresión de tan decisivo hecho. Citamos, a continuación, otros ejemplos de la misma figura en Demóstenes; XIX 224; XXI 174; XVIII 242; VIII 28; XLV 80; XXI 112; IX 36; XVI 24; XVIII 308; XIX 222; XXV 73, 79; XXVII 57; XVIII 141; XIX 96, 97; XXI 119; XIX 267; XXII 31, etc. <<

[1] O bien se trata de la Guerra de Corinto, que tuvo lugar en el 395 a. C., o bien de la de Beocia, que comenzó en el 378 a. C. <<

[2] Metáfora muy manida, basada en la adjudicación de trofeos en las competiciones atléticas. <<

[3] Buen resumen de la política exterior de Filipo. <<

[4] «Metáfora cinegética», apunta el escoliasta. <<

[5] Parece ser que, durante su campaña en Tracia, Filipo cayó enfermo. Et escoliasta comenta que, por el hecho de que el Macedonio había estado enfermo antes del asedio de Olinto, algunos comentaristas de este discurso afirmaban que era el primero de los políticos. <<

[6] Filipo conquistó Anfípolis explotando la credulidad de los atenienses, que esperaban que el Macedonio se la cediera, lo que éste, naturalmente, no hizo, pese a haber firmado una tratado de paz con Atenas en que se reconocían sus derechos sobre la vieja colonia y haber prometido en secreto que se la devolvería. <<

[7] Los atenienses enviaron un ejército de socorro a Eubea en el 357 a. C. (Cf. *Olint. I* 8). En esta ocasión el propio orador fue trierarco. La expedición a Haliarto tuvo lugar en el 395 a. C. Era Haliarto una ciudad de Beocia. Allí los atenienses ayudaron a los tebanos a derrotar a Lisandro, lo que significó un duro golpe para la hegemonía espartana. En cuanto a la expedición dirigida a las Termópilas, se alude al envío de la flota ateniense a ese lugar cuando Filipo intentaba penetrar en Fócide desde Tesalia, lo que ocurrió en el año 352 a. C. En este punto cuenta el escoliasta que las Termópilas eran las puertas (*Pýlai*) de Grecia, que estaban situadas entre el Parnaso y el mar, y que el nombre de Termópilas se debe a que había allí unas termas que la diosa Atenea hizo manar para Heracles, que regresaba agotado de sus famosos trabajos. <<

[8] *Epanadiplosis*. <<

[9] He aquí un ejemplo de la figura que los antiguos tratadistas de estilos denominaban *pneûma*: consiste en una larga enumeración que encuentra su única medida en la duración del aliento espirado por el orador. <<

[10] Muchas veces —señala el escoliasta— los atenienses y Filipo se enzarzaban en combates epistolares. <<

[11] Los atenienses se habían acostumbrado a utilizar soldados mercenarios en las guerras. <<

[12] Demóstenes solamente exige que los atenienses constituyan una cuarta parte de este cuerpo de tropas que ahora propone. <<

[13] Durante la llamada «Guerra corintia» (395-386 a. C.), Ifícrates venció a un regimiento de hoplitas espartanos (390 a. C.) y dirigió muy bien las operaciones de ataques y saqueos desde el Istmo. En esta «Guerra corintia», Corinto se había aliado con Atenas, Argos y Beocia con el fin de eliminar la hegemonía tiránica de Esparta. Cabrias fue el general sucesor de Ifícrates; defendió muy acertadamente Beocia en el 378 a. C., obtuvo una decisiva victoria naval sobre Esparta cerca de Naxos en el 376 a. C., y a su esfuerzo se debió la extensión de la Segunda Liga ateniense. De Polístrato es muy poco lo que se sabe. <<

[14] Artábazo, hijo de Farnábazo, fue nombrado sátrapa de Dascilio por Artajerjes II. Luego se rebeló y pudo mantener su rebeldía gracias a Cares y tropas mercenarias, hasta que en el año 352 a. C. se vio obligado a refugiarse en Macedonia. Más tarde, Alejandro le haría sátrapa de Bactria. <<

[15] «Taxiarco» era el comandante que estaba al frente de cada uno de los diez regimientos de infantes que correspondían a los diez distritos de la ciudad. El «hiparco» era el general de caballería; se votaban dos en Atenas cada año. El «filarco» mandaba un escuadrón de caballería compuesto por cien jinetes, reclutado de una de las diez tribus; de modo que viene a ser una especie de «taxiarco», pero con mando sobre soldados de a caballo, no hoplitas. Los «estrategos» eran como nuestros generales, pero no sólo tenían poder desde el punto de vista militar, sino, además, en la esfera política. <<

[16] La isla de Lemnos era una posesión ateniense y estaba ocupada por colonos (*klērοûchoi*) áticos. Allí acampaba regularmente un regimiento de caballería bajo las órdenes de un «hiparco». <<

[17] En un decreto honorífico ateniense del 362 a. C., arcontado de Cariclides, se reconocen y exaltan los servicios prestados por Menelao, príncipe de Pelagonia (Macedonia) en la guerra con los calcidios y Anfípolis. <<

[18] A doscientos hombres por navío de guerra, recibiendo cada hombre dos óbolos al día, o sea, sesenta óbolos por mes, o, lo que es lo mismo, diez dracmas mensuales, resulta que para dos mil hombres habrá que disponer de veinte mil dracmas al mes, es decir, doscientas minas mensuales. Como cada talento equivale a sesenta minas, para mantener el equipo de los diez bajeles al año harán falta dos mil cuatrocientas minas (resultado de multiplicar doscientas minas mensuales por doce meses que tiene el año), que reducidas a talentos (dividiendo dos mil cuatrocientas minas entre sesenta) resultan ser cuarenta talentos anuales. Para la infantería se requiere el mismo gasto, por lo que tenemos que contar ya con ochenta talentos. A éstos hay que añadir la cantidad de dinero necesaria para mantener al cuerpo de caballería: a razón de una dracma por día y hombre, doscientos caballeros consumirán doscientas dracmas al día, que al mes se convertirán en seis mil dracmas, equivalentes a sesenta minas mensuales, o, lo que es lo mismo, un talento al mes. Al año, por tanto, se alcanzarán los doce talentos, que, sumados a los ochenta anteriores, arrojan el resultado de noventa y dos talentos, cantidad propuesta por Demóstenes para hacer frente a la manutención del cuerpo de ejército que se sugiere. <<

[19] El plural no es *verecundiae* ni *auctoris*, sino propio, ya que «nosotros» se refiere a él mismo (es decir, Demóstenes en persona) y sus colaboradores. <<

[20] Vientos del NE., de carácter suave, que soplan periódicamente sobre el Egeo coincidiendo con la canícula. <<

[21] Cf. *Contra Filipo, I* 19. <<

[22] Peparetos y Esciros. **<<**

[23] Era importantísimo requisito para el estacionamiento de tropas contar con una zona provista de puerto y mercado; así se explica el interés de Filipo por la ciudad de Págasas, tal como lo expone Demóstenes en *Olint. I* 22. <<

[24] La misma expresión en ANDÓCIDES, III 7. <<

[25] Es decir: con lo que Filipo obtenía despojando a los aliados de los atenienses, se enfrentaba luego a éstos. <<

[26] Nombre del cabo y puerto situados en el extremo sudoccidental de la isla de Eubea. <<

[27] Según Harpocración, se trata de la nave Páralo. «Trirremes sagrados» eran bajeles públicos que transportaban a los embajadores sagrados (*theōroí*) a Delos. Otra nave pública, como la Páralo, era la bien conocida Salaminia. Harpocración afirma que Demóstenes se refiere a la Páralo, citando como apoyo de su aserción testimonios de los analistas (o escritores de anales de la historia ática) Filócoro y Androción. <<

[28] Los coregos (gr. *khorēgoí*) eran ciudadanos que a expensas propias organizaban coros líricos o dramáticos. Los *gimnasiarcos* estaban encargados de organizar los juegos gimnásticos. Como en los concursos de coros y juegos atléticos se otorgaba una corona no sólo al *corego* o al *gimnasiarco* vencedor, sino también a la tribu a que pertenecían, es lógico que los miembros de éstas conociesen de antemano el nombre de sus representantes y todas las circunstancias relativas al certamen. <<

[29] Los *trierarcos* eran ciudadanos adultos y ricos a quienes anualmente los estrategos designaban para que con sus propios fondos costeasen cada uno de ellos el equipo de un trirreme. A partir del 411 a. C. cada dos ciudadanos ricos hacían frente a los gastos de dotación de un trirreme en el cumplimiento de esta *liturgia* (gr. *leitourgía*) o función pública denominada *trierarquía*.

La institución denominada *antídosis* consistía en lo siguiente: si un ciudadano obligado a hacerse cargo de una *liturgia* consideraba que uno de sus ciudadanos exento de esa obligación era más rico que él, podía traspasársela, y en caso de que éste no aceptase, proponer un intercambio de fortunas.
<<

[30] Los *metecos* eran los extranjeros residentes en Atenas. En cuanto a los «libertos», nuestro texto dice literalmente «los que viven aparte», es decir, «fuera de la casa de sus antiguos amos», o sea, «los libertos». Harpocración, bajo el epígrafe «los que viven aparte» (*toùs chōrìs oikoûntas*) dice: «Son los libertos que vivían por sí *mismos*, aparte de quienes les habían concedido la libertad; mientras eran esclavos, vivían todavía junto con sus dueños.» Cf. *Contra Evergo y Mnesibulo* 72. <<

[31] Cf. TUCÍDIDES, I 142. <<

[32] He aquí, según el escoliasta, el contenido de la carta en cuestión: «Filipo envió una carta a los eubeos diciéndoles, en plan de consejo, que no había necesidad de esperar la alianza con los atenienses, ya que ni a sí mismos eran capaces de salvarse.» <<

[33] Cf. TITO LIVIO, IX 18: *Reges non liberi solum impedimentis omnibus, sed domini rerum temporumque trahunt consiliis cuncta, non sequuntur*. <<

[34] En efecto, como señala el escoliasta, la guerra comenzó con la toma de Anfípolis por parte de Filipo, plaza que los atenienses reivindicaban junto con otras ciudades que pertenecían a Atenas. <<

[35] Cf. 45: «Dondequiera que enviéis un estratego y un decreto vano y las esperanzas difundidas desde la tribuna oratoria…». <<

[36] Cf. por lo que respecta a esta expresión un texto en que también aparece: DEM., *Sobre la embajada fraudulenta* 81. <<

[37] Es decir, el general, totalmente desprovisto de tropas atenienses, secundado únicamente por un ejército de mercenarios. <<

[38] Cf *Contra Aristócrates* 154, donde el término aquí empleado *apómisthos* significa «mercenarios licenciados», mientras que en el presente texto equivale a «mercenarios sin paga», es decir, mercenarios que no reciben su soldada. <<

[39] Según el escoliasta, alude Demóstenes a Cefisódoto, que fue adversario de Cares (cf. ARISTÓTELES, *Retórica* III 10). <<

[40] Cuando un magistrado cesaba en un cargo, estaba obligado a rendir cuentas de su gestión en la susodicha magistratura ante una especie de tribunal de cuentas (*logistaí*), al que ayudaba el cuerpo de los *eúthynoi*, encargados de comprobar la exactitud de las declaraciones del examinado. Si surgía algún problema, la indagación pasaba a los tribunales del pueblo. <<

[41] Se refiere a Autocles, Cefisódoto, Leóstenes, Calístenes y Cares. <<

[42] Filipo, que había sido aliado de Tebas durante la «Guerra Sagrada», no veía con buenos ojos ni la hegemonía de Tebas sobre las demás ciudades beocias, ni la política exterior que este estado unificado desarrollaba en Arcadia. Baste recordar que Arcadia, así como otras ciudades-estados del Peloponeso, había aprovechado la efímera grandeza de Tebas para consolidar su poder frente a la tradicional hegemonía de Esparta. <<

[*] Bibliografía reciente en *Lustrum* 14 (1969), Gotinga, 1971. <<

[1] Cf. *Contra Filipo, I* 40-1. <<

[2] Plutarco fue tirano de Eretria, ciudad de Eubea. Contra él se levantaron los ciudadanos capitaneados por Clitarco. Fue entonces cuando el tirano envió una embajada a Atenas en solicitud de ayuda, petición a la que Demóstenes se opuso tajantemente. La apoyaron, en cambio, Eubulo y Midias, cuyas opiniones al final se impusieron. Triunfó, pues, el parecer de enviar una tropa capitaneada por Foción, que se impuso en una batalla. Pero Plutarco terminó siendo expulsado de Eretria. Cf. PLUTARCO, *Foción* 12-14; DEM., *Contra Midias* 100; ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 36 y sigs. <<

[3] A juzgar por lo que explica el escoliasta, efectivamente Plutarco se comportó canallescamente con los atenienses, que le habían ayudado. Para poder pagar a los mercenarios, apresó a unos cuantos soldados atenienses y exigió a Atenas por ellos un rescate de cincuenta talentos. <<

[4] Neoptólemo era de Esciros y de profesión actor dramático. Como por ella estaba de alguna manera ligado al culto de Dioniso, gozaba de cierta indemnidad. <<

[5] Tespias y Platea eran ciudades beocias. No querían estar bajo el dominio de los tebanos. Pero éstos, aprovechando una tregua, las atacaron, y entre matanzas y destierros redujeron considerablemente el número de sus habitantes. De las tierras y los bienes con que se toparon, hicieron los tebanos lotes y se los repartieron. <<

[6] Sobre esas fallidas promesas, cf. *Contra Filipo, II* 30; *Sobre la corona* 35; *Sobre la embajada fraudulenta* 19-22. <<

[7] En efecto, habrían contado con Anfípolis y otras fortalezas a lo largo de la costa tracia, con la guerra focidia, etc. <<

[8] Demóstenes no reconocía este título, ni a Filipo ni a los tesalios. <<

[9] Oropo estaba al lado de la frontera tebana, y podría convertirse en objeto de disensión y discordia entre tebanos y atenienses. Pero en ese caso, piensa Demóstenes, el conflicto sólo afectaría a las dos regiones y estados vecinos, Beoda y Ática. <<

[10] Orcómeno y Coronea; cf. 22. <<

[11] El Consejo anfictiónico se reunía en otoño en el templo de Deméter, cerca de las Termopilas, y en primavera, en Delfos. <<

[12] Cardia era una colonia griega situada en la zona occidental del Quersoneso tracio, que había sido fundada por Mileto y Clazómenas en el siglo VII a. C. Su población se vio incrementada por colonos atenienses conducidos por Milcíades. Desde entonces y durante todo el siglo V a. C. puede decirse que se mantuvo bajo control de Atenas. Pero en el 362 a. C., Cardia se puso al lado de Filipo y, como aliada de este monarca, figuró en el tratado de paz del 346 a. C. <<

[13] Idrieo, sátrapa de Caria y sucesor de Mausolo (bajo cuyo remado el país había sido intensamente helenizado), había ayudado a las islas Quíos, Cos y Rodas a separarse de la confederación presidida por Atenas. Esto aconteció durante la llamada Guerra Social, en la que ciudades aliadas de la capital del Atica, bajo la dirección de Rodas, Cos y Quíos, se rebelaron contra Atenas.

Las ciudades rebeldes estaban descontentas por los gravámenes y exacciones a que les obligaban los generales y los mercenarios atenienses. En esta guerra sufrió Atenas una derrota en el mar, en Embata (356 a. C.). Un año más tarde (355 a. C.), ante el peligro de una intervención por parte de Persia, las dos partes del conflicto entablaron negociaciones y concluyeron la paz. <<

[14] Los barcos que transportaban trigo procedente del Ponto Euxino eran obligados por Bizancio a pagar peaje. Era ésta una importante fuente de ingresos para la ciudad ya desde antiguo. Baste pensar que cuando formaba parte del Imperio ateniense, pagaba a Atenas como tributo la impresionante suma de quince talentos, y a veces aún más. <<

[1] Son *justos* los discursos que atacan a Filipo —comenta el escoliasta—, porque Filipo comete injusticia; son *humanos*, porque censurar al monarca macedonio significa compadecerse de Grecia. <<

[2] Prefiero la lectura *pántas* adoptada por DINDORF en la tercera edición de su *Demóstenes* (Leipzig, 1881), a la admitida por S. H. BUTCHER (Oxford, 1903) basándose en los manuscritos Parisino, Laurenciano y Augustano: *pántes*. <<

[3] Filipo aplastó a los focidios y destruyó varias ciudades beodas. <<

[4] El verbo griego correspondiente está en futuro de indicativo, con el fin de dar mayor realismo y fuerza a la aseveración. <<

[5] Alude a un episodio bien conocido, orgullo de la historia de Atenas, relatado por el historiador Heródoto (HDT., VIII 140 y sigs.): El rey Alejandro de Macedonia fue a Atenas como negociador del rey persa, cuyas tropas escogidas pisaban suelo griego comandadas por Mardonio. La propuesta del Gran Rey consistía en ofrecer una alianza a los atenienses a cambio de muy interesantes provechos para ellos. <<

[6] Alusión a Filócrates y Esquines, que dos años antes habían engañado al pueblo fingiendo conocer cuál iba a ser la política del Macedonio. <<

[7] Evidentemente, la política de Filipo era incongruente en los asuntos exteriores; tan sólo era coherente desde el punto de vista de sus ambiciosas intenciones; pues, respecto del Peloponeso, estaba interesado en enfrentar a Esparta con Mesenia —obviamente para debilitar el poder de los lacedemonios—; sin embargo, en cuanto a Beoda, se mostraba partidario de la hegemonía de Tebas sobre las demás ciudades beocias, lo que le abría el camino para su penetración en el resto de Grecia. En el discurso titulado *En defensa de los megalopolitas* (cf. 25 y sigs.), nuestro orador recomienda a los atenienses no incurrir en una inconsecuencia del mismo orden. <<

[8] Ésta era la excusa de los partidarios de Filipo en Atenas; cf. *Sobre la paz 22*. <<

[9] Elatea era una ciudad de Fócide situada en un lugar sumamente estratégico, próxima a la frontera de Beocia y paso obligado de la ruta que conducía desde las Termopilas a Tebas. Protegida por las montañas y enfrentada al valle del río Cefiso, hubiera sido para los focidios el emplazamiento ideal en que situar una fortificación con el fin de defenderse de cualquier ataque por parte de los tebanos. <<

[10] Estos discursos, Demóstenes los pronunció actuando como embajador. <<

[11] La figura consistente en dirigir aparentemente una alocución a un auditorio ausente, cuando en realidad, el orador la dirige en su intención a los presentes, se llama *apostrofe*. En este caso concreto, en apariencia, Demóstenes instruye a los mesenios, pero, de hecho, el parlamento va destinado a los atenienses. <<

[12] Las «constituciones ciudadanas» (*politeíai*) son ya, lisa y llanamente, en tiempo de Demóstenes, las «democracias». <<

[13] Filipo expulsó a los tiranos de Feras en el 352 a. C. Después de la Guerra Sagrada (346 a. C.) puso en manos de los tesalios la ciudad de Magnesia y la fortaleza de Nicea, situada en las Termópilas. <<

[14] Con el fin de descentralizar Tesalia, Filipo —según Teopompo— la dividió en cuatro cantones, al frente de cada cual puso a un *tetrarca (tetrarquía)*. Afirma Harpocración que la *decadarquía* no existió nunca en Tesalia. Demóstenes, por tanto, al emplear el término griego *decadarkhía* quería sugerir la idea de las famosas oligarquías antaño impuestas por Esparta a otras ciudades. <<

[15] El Consejo anfictiónico (en gr. *Pylaía*; cf. *pýlē* = «puerta») era la asamblea de los anfictíones, que se reunía en las Termopilas (de ahí, *Pitea*) y en Delfos. Los tesalios habían sido expulsados de ella por los focidios; pero Filipo los repuso, al tiempo que excluyó a estos últimos. <<

[16] Es decir, si traspasaba las Termopilas. Cf. *Sobre la corona* 35. <<

[17] Cf. *Sobre la paz* 10. <<

[18] El Quersoneso era habitado por colonos atenienses. Separado del continente por un canal, estaría protegido contra todo intento de invasión por parte de los tracios. <<

[19] Cf. *Sobre la paz* 10. <<

[20] Cf. *Sobre la embajada fraudulenta* 48, 54 y sigs. <<

[21] Cf. *Sobre la corona* 256. <<

[22] Los embajadores atenienses que actuaron como tales en la gestión del tratado de paz con Filipo; es decir, individuos como Filócrates y Esquines. <<

[23] Cf. *Sobre la embajada fraudulenta* 207 y sigs. <<

[24] La misma idea, expresada con palabras ligeramente distintas en *Olint. I* 16. <<

[25] Filipo disponía ya de una modesta flota. Cf. *Contra Filipo, I* 34. <<

[1] Filipo acusaba a los oradores patriotas, como Demóstenes o Hegesipo, de inducir al pueblo a adoptar posturas de recelo con relación a la política de Macedonia. Insinuaba, además, que la conducta de estos oradores se explicaba por resentimiento hacia él, ya que se sentían despechados al no haber intentado el monarca sobornarlos. <<

[2] «Nosotros» equivale aquí a «los oradores antimacedonios». <<

[3] La islita de Haloneso estaba situada al N. de Eubea, frente a la costa de Tesalia; formaba parte de un grupo de islas enclavadas en el mar como una especie de continuación de la península de Magnesia. <<

[4] Lemnos, Imbros y Esciros eran tres islas que pertenecían a Atenas y eran consideradas posesiones indiscutibles. La primera estaba situada al N. del Egeo (cf. *Contra Filipo, I* 27); Imbros se encontraba al NE. del Egeo (cf. *Contra Filipo, I* 34), y Esciros se hallaba al E. de Eubea. <<

[5] Cf. *Sobre la corona* 68. <<

[6] *Sýmbola* eran llamados los tratados de acuerdos mutuos (entre los que iban incluidos los relativos al comercio) que establecían y aceptaban plenamente dos *póleis*. En ellos se fijaba la forma en que serían juzgadas las desavenencias que surgieran entre los ciudadanos de las *póleis* pactantes. <<

[7] Cuando Filipo tomó Potidea en el 356 a. C., habitaban en esta ciudad colonos atenienses; sus propiedades fueron confiscadas por el monarca macedonio. <<

[8] Según el escoliasta, Filipo convenció al general Cares para que reintegrase a Tasos a los ciudadanos de esa isla que habían sido desterrados de ella por favorecer la política del Macedonio. Éstos, en su exilio, se habían establecido en Macedonia. Tasos era una isla del N. del Egeo. Cf. *Contra Filipo, I* 32; *Carta de Filipo* 2; 17. <<

[9] Cf. *Sobre la corona* 205. <<

[10] Cf. *Sobre la embajada fraudulenta* 136. <<

[11] Es decir: a acudir, como invitados, al banquete ofrecido en el Pritaneo a cargo de la ciudad. <<

[12] Cf. *Carta de Filipo* 20. <<

[13] Cf. TUCÍDIDES, IV 102. <<

[14] Cf. *Contra Filipo, III* 26. <<

[15] Se refiere el texto, no a la paz de Antálcidas, sino a la que concertaron los griegos y el Gran Rey en Esparta el año 371 a. C., poco después de la batalla de Leuctra. Cf. *Sobre la embajada fraudulenta* 137, 253. ESQUINES, *Sobre la embajada fraudulenta* 32; JENOFONTE, *Helénicas* VI 3; DIODORO SÍCULO, XV 50. <<

[16] El texto griego dice exactamente: «quedan en medio campo», es decir, como los trofeos destinados a los triunfadores en los juegos atléticos. Cf. una expresión similar en *Contra Filipo, I* 5. <<

[17] Cf. *Sobre la embajada fraudulenta* 260. **<<**

[18] Filipo penetró en el Epiro, destronó al rey Aribas y, en su lugar, estableció a su cuñado Alejandro (cf. *Olint. I* 13), tomó las ciudades de Casopia e irrumpió en Ambracia. <<

[19] Hegesipo, a juzgar por el dato que proporciona Demóstenes en *Contra Filipo, III* 72, había formado parte de una embajada ateniense enviada al Peloponeso. <<

[20] Otro ejemplo de inserción pleonástica del verbo «decir» puede verse en *Contra Filipo, III* 44. <<

[21] Hay en el texto un clarísimo ejemplo de epanodiplosis que intentamos reflejar en la traducción con las frases «una vez que se concluyó la paz» y «una vez concluida la paz». <<

[22] Alude a la destrucción de Fócide y algunas ciudades beocias. <<

[23] Pertenecían estas plazas fuertes, situadas en la costa de Tracia, al rey Cersobleptes; pero al ser atacadas por Filipo, fueron defendidas por tropas atenienses. <<

[24] La paz fue concertada por el pueblo de Atenas bajo el arcontado de Temístocles, el día diecinueve del mes de Elafebolión; cf. *Sobre la embajada fraudulenta* 57. Filipo la juró dos meses más tarde; cf. *Sobre la embajada fraudulenta* 156. <<

[25] Ciudadano de Caristo, ciudad de Eubea, que actuaba en calidad de cónsul en Atenas. <<

[26] Hegesipo, o quienquiera que sea el autor de este discurso, trata de mostrar, apoyándose en una antigua inscripción, el indiscutible derecho de Atenas a mantener el dominio sobre el Quersoneso tracio, antigua posesión ateniense que aseguraba a la ciudad de Atenas la ruta del Helesponto. Por el tratado del 357 a. C., los atenienses renunciaban a la ciudad de Cardia; pero reafirmaban sus derechos sobre el resto de la península; cf. *Contra Aristócrates* 173, 181. La dudad de Ágora figuraba entre las posesiones irrenunciables de Atenas en el Quersoneso; este dominio ateniense se extendía, incluso, sobre el territorio situado más allá de esta ciudad, el comprendido entre Ágora y el continente. <<

[27] Sobre la hostilidad hacia Atenas de este personaje, cf. *Contra Aristócrates* 183. <<

[28] Cf. *Contra Filipo, II* 30. <<

[29] La inscripción es métrica, consta de dos dísticos, cada uno de los cuales está formado por un hexámetro y un pentámetro en este orden. A juzgar por su contenido, el altar de Zeus, por decisión de los habitantes de la región, ha sido erigido como límite. Supone el orador, forzando un poco el texto, que alude al límite del Quersoneso. Nosotros entendemos —y así lo hemos traducido— que el límite en cuestión es simplemente el que separa los territorios de Ptéleo y Leuké Akté. En cuanto a la palabra *ammoríēs*, le hemos dado una interpretación, que, si no es absolutamente segura, es, por lo menos, la más satisfactoria etimológicamente y la que más encaja en el contenido general del pasaje, tal como lo presenta el orador. <<

[30] Anuncia el orador que redactará más tarde un proyecto de respuesta contra la carta y los embajadores. <<

[1] La palabra «quersoneso» (gr. *khersónēsos*), como nombre común, significa en griego «península». Como nombre propio se empleó para designar varias localidades. Aquí se refiere a la península de Tracia que se encuentra entre el mar Egeo y el estrecho de los Dardanelos. Este Quersoneso tracio cayó en poder de los atenienses por obra de Cimón y tras la batalla del Eurimedonte en el 468 a. C. Después de la guerra del Peloponeso, lógicamente, pasó a ser dominio de Esparta. Pero posteriormente, debido a la recuperación que se imprimió en la política exterior de Atenas, aliada ahora con Tebas, gracias a Cabrias, Ifícrates, Cares, Timoteo y Calístrato, no sólo se reconstruyó la antigua Liga marítima, sino que, además, se recobró el Quersoneso, sin que Cersobleptes pudiera hacer nada por evitarlo. Y en ese mismo año, 357 a. C., Eubea volvió a formar parte de la Confederación Ateniense. <<

[2] Diopites fue el general ateniense enviado, con un ejército de mercenarios a sus órdenes, a defender a los colonos atenienses asentados en el Quersoneso, a quienes los habitantes de Cardia habían dispensado enojosa acogida. Éstos pidieron, entonces, ayuda a Filipo, que envió tropas para socorrerlos. En reacción contra este atrevimiento de los carelianos, Diopites, aprovechando que Filipo estaba ocupado en combatir a los odrisios, devastó sus posesiones, con lo que obtuvo un rico botín. Ahora bien, dado que Cardia había sido reconocida por Filipo como aliada, el ataque de Diopites significaba la violación de la paz, la paz de Filócrates, aceptada y jurada por Atenas en el 346 a. C. Por si esto fuera poco, el general ateniense atacó posesiones de Filipo en Tracia, por lo que las protestas del Macedonio no se hicieron esperar. En estas circunstancias, el pueblo ateniense estaba dispuesto a desautorizar la conducta de Diopites. Demóstenes desaconseja esta política y propone, por el contrario, la guerra declarada contra el inveterado enemigo de Atenas y de toda Grecia. <<

[3] Los partidarios de Filipo acusaban a Diopites de haber violado la paz con sus incursiones en territorio perteneciente al Macedonio. <<

[4] Una de las funciones de la *boulḗ*, o Consejo de los quinientos miembros, era la de deliberar previamente sobre propuestas destinadas a ser presentadas a la Asamblea. Todos los debates de la Asamblea se basaban en propuestas de la *boulé* (*probouleúmata*). <<

[5] La paz a la que se refiere es la denominada «paz de Filócrates», que se firmó en el 346 a. C., en un momento en que Atenas, tras la caída de Olinto (348 a. C.), se encontraba en pésimas condiciones para continuar la guerra. <<

[6] El término griego *klērоûkhoi* significa «ciudadanos que han recibido de la *polis* lotes de terreno (*klêroi*) situados fuera del Ática, a los que acuden en calidad de colonos, sin perder su originaria ciudadanía ni llegar a constituir comunidades independientes una vez instalados en los nuevos asentamientos». Como ciudadanos atenienses que seguían siendo, los *klērоûkhoi* estaban sometidos al servicio militar, a la paga de contribución para la guerra (*eisphorá*), y tomaban parte en las actividades religiosas. Los motivos que impulsaban a Atenas a enviar *klērоûkhoi* a otras zonas geográficas eran primordialmente políticos y económicos. La *polis* se descargaba, así, de buen número de ciudadanos pobres y, al tiempo, estos colonos defendían los intereses de Atenas en los más lejanos países. <<

[7] Pireo es el puerto de Atenas, importante desde los puntos de vista estratégico y militar. <<

[8] Los mercenarios dependientes de Diopites se dedicaban a rapiñas y saqueos con el fin de poder hacer frente al propio mantenimiento. Eran muy apreciados en Atenas aquellos generales que se las ingeniaban por su cuenta y riesgo para sufragar los gastos de sus ejércitos mercenarios sin recurrir a la *pólis* en busca de subvención. Cándeme y Diótimo obtuvieron, por la mencionada razón, sendas coronas de oro. Se comprende bien, pues, la maniobra de los atenienses amigos de Filipo, consistente en desacreditar al general, lo que, al mismo tiempo, supondría un grave golpe a los intereses económicos y militares de Atenas. <<

[9] En los párrafos 11 y 12, Demóstenes expone que la superioridad de Filipo sobre los atenienses se basa única y exclusivamente en el hecho de estar siempre alerta y saber aprovecharse de las ocasiones. Ya en los *Olintíacos* nuestro orador había echado en cara a sus compatriotas su lentitud e incapacidad para obtener provechosos resultados de las más favorables coyunturas. Este desánimo, esta falta total de interés y esta absoluta molicie conducen a los atenienses a organizar varios preparativos y, por ello, a gastar las reservas monetarias de la forma más infructuosa y absurda. Todo ello atrae el desprecio de los demás griegos y genera una situación vergonzosa en la propia Atenas.

Filipo es rápido atacando, y esto es algo que expresa Demóstenes sucintamente; los atenienses, en cambio, son lentos y siempre van a la zaga de los acontecimientos: esta idea la expone nuestro orador valiéndose de un ritmo muy lento y de procedimientos y recursos claramente retardadores: miembros de frase largos, acumulados en la segunda parte del período, repetición de una palabra que significa «ir a la zaga», etc. (párrafo 12). En *Contra Filipo, 1* (36-40) arremete también nuestro orador contra la lentitud y la indecisión de los atenienses, incapaces de pensar en prepararse para la guerra en tanto no los obligue a ello la imperiosa necesidad que surge en momentos de extremo peligro. <<

[10] Del 346 al 343 a. C. tuvo lugar la campaña de Filipo contra Tracia. <<

[11] Es decir, los *klērοûkhoi* del Quersoneso. <<

[12] Filipo penetró en Tesalia en el 352 a. C., correspondiendo al solícito llamamiento de los Alévadas de Larisa, enemigos declarados del tirano de Feras, que era aliado de los focenses. <<

[13] Los vientos etesios soplan periódicamente, en verano, durante cuarenta días y desde el N. A Filipo, por tener sus cuarteles en Macedonia, los vientos etesios le venían bien; no así a los atenienses, por habitar una región más meridional. <<

[14] En el 357 a. C., Bizancio se rebeló contra Atenas. Pero más adelante renovó su antigua relación de amistad con la ciudad de Atenea gracias a Demóstenes; y así, en el 339 a. C., cuando Filipo la asedia, pide ayuda a los atenienses, los cuales realmente se la prestaron, la defendieron y la liberaron. <<

[15] Los intereses de Atenas se verían seriamente dañados si Bizancio cayese en manos de Filipo. La situación privilegiada de la ciudad, que controlaba el Bósforo tracio y la entrada en la Propóntide y el Helesponto, era de vital importancia para Atenas, debido a la alta significación, desde el punto de vista comercial y de aprovisionamiento, de la ruta comprendida entre los puertos del Sur de Tracia y el Pireo. En otros discursos también expone Demóstenes este mismo criterio de su política exterior, especialmente en el titulado *Por la libertad de los rodios*. <<

[16] Demóstenes está plenamente convencido de que Filipo atacará el Quersoneso, que, como hemos dicho (15), era una región geográfica de importancia decisiva para Atenas por el hecho de ser el jalón más importante de la ruta de sus aprovisionamientos. Si el Macedonio lograra, a través de sus agentes en Atenas, que fuera disuelto el ejército de mercenarios comandado por Diopites, estaría perdido el Quersoneso. <<

[17] Se refiere a la carta de protesta que Filipo envió a los atenienses a raíz de los violentos ataques que dirigió Diopites contra las posesiones marítimas del Macedonio. <<

[18] Cálcide era una importante ciudad de Eubea, separada de Beocia por el Euripo, estrecho brazo de mar. Se mantenía todavía independiente de Filipo gracias a la protección de Atenas. Mégara, situada en el istmo de Corinto, fue ya de antiguo una ciudad comercial de primer orden. En el 343 a. C. el Macedonio intentó hacerse con ella valiéndose de la ayuda de un grupo de megarenses que eran sus partidarios. Pero merced a la intervención de Atenas el plan resultó fallido. <<

[19] Oreo era una ciudad de Eubea situada frente a la costa de Tesalia. En el texto se alude a un hecho que aconteció en el 342 a. C. Pero en *Contra Filipo, III* (12, 33, 59) recuerda Demóstenes cómo Filipo mandó mercenarios a Oreo con el fin de implantar en esa ciudad al tirano Filístides. <<

[20] Los soldados que luchen por Atenas han de ser atenienses y no mercenarios. Así se expresa Demóstenes en el *Olint. I* (2). <<

[21] Con mucha cautela el orador había propuesto en los *Olintíacos* que los fondos destinados a los espectáculos públicos se empleasen para hacer frente a los gastos de la guerra. <<

[22] He aquí, a nuestro juicio, lo que quiere decir el texto frente a un sinnúmero de desafortunadas interpretaciones: si Diopites es culpable, lo que hay que hacer es denunciarle, como si de cualquier otro ciudadano se tratase, que para eso están las leyes. Lo absurdo sería tratarle como a un enemigo y gastar enormes sumas de dinero para mantenerle a raya. <<

[23] La Páralo era la nave encargada de zarpar en busca de un ciudadano ateniense acusado de delitos públicos y de transportarlo a la ciudad para ser juzgado. Alcibíades, a raíz de la famosa injuria a los Hermes, fue uno de esos ciudadanos reclamados por la Páralo, cuando formaba parte, como estratego, de la expedición ateniense a Sicilia. <<

[24] Cares fue un general ateniense que murió poco antes que Demóstenes. Conoció éxitos y fracasos. Entre los primeros, cabe mencionar que con Ifícrates y Timoteo logró liberar Samos durante la «Guerra Social». Pero fue derrotado en Quíos en el 355 a. C. Pasó luego al servicio del sátrapa rebelde Artábazo. Intervino en la guerra de Olinto (348 a. C.), y para su desgracia, en la batalla de Queronea (338 a. C.). Se le consideró uno de los responsables de esta fatal derrota. Por ello fue juzgado y absuelto; no asi su colega Lisícles, sobre el que cayó la condena a pena de muerte.

Aristofonte fue el político que apoyó con todas sus fuerzas a Cares. Se vio envuelto nada menos que en setenta y cinco procesos, de los que tuvo la habilidad de salir absuelto. Fue siempre encarnizado enemigo de Esparta y dirigió la política de Atenas después de Calístrato (364 a. C.) hasta el fin de la «guerra social». Fue hombre extraordinariamente inteligente y astuto. <<

[25] Según se desprende de los *Olintíacos* (*I* 13; *III* 4), durante la expedición a Tracia que realizó Filipo en el 352 a. C. contrajo el monarca grave enfermedad. <<

[26] Filipo poseía en Eubea dos ciudades. Oreo y Eretria. En el 350 a. C. Atenas intervino sin éxito en Eubea. La isla, en su totalidad, terminó yendo a parar a manos del monarca macedonio. <<

[27] Demóstenes habla en el discurso *Contra Filipo, II* del fin de la ciudad de Olinto. Eutícrates y Lástenes, comandantes de la caballería olintia, comprados por el oro de Filipo, le facilitaron la captura de la ciudad, que fue saqueada, destruida y sus habitantes sometidos a horrores, matanzas y, en el mejor de los casos, a la esclavitud. Sobre esta traición, cf. Diodoro Sículo, XVI 53. De Lástenes y Eutícrates habla también Demóstenes en el *Sobre la corona*, donde los incluye en una lista de traidores que es famosa, y en el *Contra Filipo, III* (66) y el *Sobre la embajada fraudulenta* (342), donde los expone al desprecio de todos. Por un fragmento de Hiperides sabemos que Eutícrates aún vivía después de Queronea; diez años habían pasado a partir de la fecha de esta nefasta batalla, cuando Démades propuso a Eutícrates para ser nombrado *próxeno* de Atenas. Y lo hubiera sido, de no haberse opuesto con todo vigor Hiperides (Hiperides, fr. 76 Blass). <<

[28] Evidentemente, la constitución ateniense molestaba a Filipo por ser democrática. El monarca macedonio apoyaba, lógicamente, a los gobiernos oligárquicos: en el 343 a. C., Élide, transformada toda ella en oligarquía, recurrió a él, y los gobiernos oligárquicos de Eubea fueron promovidos igualmente por él. <<

[29] Eran éstas localidades tracias de poca importancia, situadas al borde del Estrimón. Cf. *Contra Filipo, IV* 15; *Carta a Filipo* 3. Harpocración sustituye el nombre de Mastira por el de Bastirá, que recordaba Anaxímenes en la *Historia de Filipo*. Cábile, según Estrabón, estaba situada al N. de Bizancio; se convirtió en colonia macedonia con el nombre de Ponerópolis o «ciudad de los malvados», dado que en ella confinaba Filipo a los ciudadanos que causaban problemas a su reino. <<

[30] Es decir, el Pireo y los de Muniquia y Falero. <<

[31] Las minas de plata del monte Laurion, al SE. del Ática, eran ya desde antiguo famosas. En estos momentos, Atenas estaba disfrutando de ellas a pleno rendimiento, dado que se habían descubierto nuevos filones. En *Contra Filipo, IV* 38, nuestro orador alude al aumento de las rentas públicas de su ciudad. <<

[32] Los pueblos de Tracia almacenaban en silos subterráneos el mijo y la espelta; así lo refiere ya Varrón en *de re rustica* I 5, 7; «*quidam granaria habent sub terris speluncas quas vocant* σειροὺς *ut in Cappadocia ac Thracia*». <<

[33] El *báratro* era una sima a la que se arrojaba en Atenas a los condenados a muerte y en la que quedaban insepultos. <<

[34] El ejército de Diopites. <<

[35] Cf. *Contra Filipo, I* 10. <<

[36] El término que se utiliza pertenece de lleno al léxico jurídico: *diadikasía*. Significa debate judicial previo en el que se debía decidir cuál de las partes en litigio había de tener prioridad sobre la otra en un debate sobre propiedades o herencias, etc. Según Demóstenes, a nuestro juicio, el problema acerca de si Diopites puede o no actuar en Tracia sin violar la paz, mientras que Filipo se permite el lujo de invadir una región tras otra, se convierte en debate jurídico, tal como lo presentan los partidarios de Filipo. En realidad, debería ser tratado el asunto como cuestión política que es, y de la máxima importancia. Pero los partidarios de la paz y amigos del Macedonio no son precisamente unos patriotas. <<

[37] Se refiere a numerosas localidades de Tracia que reconocían la soberanía de Atenas. <<

[38] A Cardia, ciudad del Quersoneso, había sido enviado Cares al frente de una *cleruquía*. Como esta ciudad no quería someterse a Atenas, se encargó Diopites de reducirla a la obediencia. <<

[39] Filipo impuso en Oreo, ciudad de Eubea, al tirano Filístides. <<

[40] Feras es una ciudad de Tesalia que Filipo primeramente liberó de los tiranos que la gobernaban; luego se apoderó de ella. <<

[41] Olinto, la famosa ciudad de la Calcídica, había suscrito una alianza con Filipo en el 356 a. C., en virtud de la cual el Macedonio cedía a los olintios, además de Antemunte, Potidea, que había estado hasta entonces bajo la hegemonía y tutela de Atenas. Pero cuando el monarca penetró en Tesalia y tomó el puerto de Págasas y la península de Magnesia, empezaron a recelar los olintios y a temerse lo peor. Fue entonces cuando se aliaron con Atenas y, después, Filipo los acusó de haber acogido en la ciudad a sus dos hermanastros rebeldes Menelao y Arrideo. La guerra, que duró dos años (349-48 a. C.), acabó fatalmente para Olinto, que fue destruida, sin que las tropas enviadas por Atenas al mando de Cares pudieran impedirlo, ya que, como solía ser habitual en la política exterior de Atenas, el socorro prestado llegó demasiado tarde. <<

[42] Llamado por los Alévadas de Larisa, Filipo en el 353 a. C. penetró en Tesalia y se enfrentó a los tiranos de Feras, aliados de los focenses en contra de Tebas. En el 346 a. C., cedió a los tesalios las ciudades de Magnesia y Nicea. Dos años más tarde, impuso el Macedonio oligarquías en Tesalia, ocupó Feras y sometió todo el país a vasallaje. <<

[43] Tebas, la ciudad más importante de Beocia, se convirtió en gran potencia entre los años que median entre la batalla de Leuctra (371 a. C.) y la de Mantinea (362 a. C.). Después de esta efímera hegemonía tebana, a raíz de la «Guerra Sagrada» (355-346 a. C.), la ciudad beocia se vio obligada a solicitar ayuda de Filipo. De esta última guerra salió Tebas vencedora, fortalecida y otra vez dueña de Beocia, pero el más beneficiado del enfrentamiento entre tebanos y focenses fue Filipo, pues aprovechándose de él se hizo dueño de Grecia. <<

[44] En este punto el texto griego parece corrupto. <<

[45] Como resultado de la «Guerra Sagrada» los focidios casi fueron exterminados y Filipo ocupó en el Consejo anfictiónico las dos vacantes dejadas por ellos.

En el 352 a. C., Filipo, después de haber vencido a los focidios dirigidos por Onomarco, trató de ocupar las Termópilas, pero los atenienses se lo impidieron. Lo logró el otoño del año 346 a. C. Y celebró entonces los Juegos Píticos, con lo que daba a entender que, a partir de ese momento, el destino de Grecia estaba definitivamente en sus manos.

Dorisco y Serrio eran, respectivamente, una ciudad y una fortaleza de Tracia próximas al mar Egeo. Ambas localidades pertenecían a Atenas; Filipo las ocupó mientras sus embajadores concluían el tratado de paz con los atenienses.

Cersobleptes era un príncipe de Tracia que, ante los ataques de Filipo, se vio obligado a renunciar a la alianza con Atenas. Los atenienses se olvidaron de incluirle como aliado en el tratado de paz de Filócrates (346 a. C.). Cf. *Sobre el Haloneso* 37. <<

[46] Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 59-62. <<

[47] Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 61. <<

[48] La Anfictionía de Delfos, compuesta por doce ciudades, se reunía en Delfos durante la primavera y en Antela, cerca de las Termopilas, durante el otoño. Gracias a Filipo, los tesalios fueron admitidos en la Asamblea anfictiónica. <<

[49] Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 63. <<

[50] Anfípolis, ciudad de Tracia, próxima al mar, asentada junto al río Estrimón, antigua colonia de Atenas, fue ocupada por Filipo en el año 357 a. C., bajo el pretexto de que la entregaría a sus antiguos dueños, con lo que el Macedonio trataba de evitar la reacción ateniense. Como el rey de Macedonia no cumplió su promesa, estalló la guerra entre Filipo y Atenas. <<

[51] En el 343 a. C., bajo el patrocinio de Filipo se constituyeron oligarquías en Eubea. <<

[52] En el 340 a. C., Filipo atacó Bizancio. Atenas envió ayuda a la ciudad y, de este modo, impidió que la ciudad pasara a formar parte de las conquistas del rey de Macedonia. <<

[53] Exposición sucinta de la actividad del demagogo. Cf. *Contra Filipo, IV* 44. <<

[54] El trierarco tenía que armar y dotar de marinería la nave que se le encomendase. El corego debía adiestrar al coro, compuesto por músicos, cantores y danzarines, a sus expensas. Demóstenes, además de no haber rehuido sus obligaciones ciudadanas, aceptando coregías y trierarquías, hizo varias aportaciones de dinero al pueblo: tres talentos para la construcción de los muros, cien minas para el pueblo, y otras sumas para rescatar a los atenienses que se encontró reducidos a esclavos en Macedonia, cuando acudió allí como embajador para tratar de la paz con Filipo. Cf. *Contra Midias* 154, 157, 161. <<

[55] Timoteo, hijo de Conór y discípulo de Isócrates, intervino, junto con Ifícrates y Cabrias, en la constitución de la «Segunda Liga naval» ateniense, anunciada por Isócrates en su *Panegírico*. Elegido estratego en el 378 a. C., logró que se aliasen con Atenas los acarnanes, epirotas, Corcira y hasta el propio Jasón, tirano de Feras (Tesalia). Los atenienses le erigieron una estatua en agradecimiento a su exitosa labor. Digno discípulo de Isócrates, su idea fue siempre la de restaurar la hegemonía de Atenas, matizada con nuevos conceptos de panhelenismo, no sólo en el terreno de lo político y militar, sino también en el de la cultura. En el 366-5 a. C. logró recuperar Sesto, Cícico y Samos, adonde envió una «cleruquía»; reinstauró el dominio ateniense en la Calcídica y Tracia con las conquistas de Metone, Pidna y Potidea; de esta forma, Atenas volvió a establecer comunicaciones con el Mar Negro. Intervino también en la «Guerra Social»; precisamente, a raíz del desastre de Embata, fue acusado por Cares de haber sido responsable de la derrota y fue condenado a pagar una multa de cien talentos. Abandonó, entonces, Atenas y murió en el exilio (354 a. C.).

Fue toda su vida Timoteo aristócrata de buena ley y tan famoso en la oratoria como en el arte de la guerra. En la obra de Cornelio Nepote ha llegado hasta nosotros su biografía.

En el 357 a. C., los tebanos intentaron la conquista de Eubea. Eretria pidió ayuda a los atenienses y éstos, impulsados por Timoteo, en un mes expulsaron a los tebanos de la isla, que, a partir de ese momento, pasó de nuevo a formar parte de la «Segunda Liga marítima».

En la recuperación de la isla de Eubea, Demóstenes colaboró en calidad de «trierarco». Acerca de esta empresa, cf. *Olint. I* 8; *En favor de los megalopolitas* 14; *Contra Filipo, I* 17; *Sobre la corona* 99-100. <<

[56] Cuatro palabras de este texto aparecen entre cruces, las que corresponderían en traducción a «los mejores consejos expresados con conocimiento de causa». <<

[1] Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 57. <<

[2] *Olint. III* 32. <<

[3] Cf. Ps-Jenofonte, *República de los atenienses* I 12: «Por eso hemos dado también igualdad en la libertad de palabra a los esclavos con respecto a los libres y a los metecos con relación a los ciudadanos.» <<

[4] También Isócrates se queja de que en Atenas, pese a las instituciones democráticas, no exista realmente libertad de palabra para el tratamiento cara al público de los asuntos políticos. Cf. ISÓCRATES, *Paz* 14: «Yo sé que es arduo oponerse a vuestros planes y que, pese a ser esto una democracia, no hay libertad de palabra salvo la que se concede aquí a los más insensatos y menos preocupados por vosotros y en el teatro a los poetas cómicos.» <<

[5] Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 34. <<

[6] Cf. el mismo argumento en *Contra Filipo, I* 2. <<

[7] Cf. *Sobre la corona* 139. <<

[8] Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 56. <<

[9] Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 6. **<<**

[10] Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 8. <<

[11] Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 7. **<<**

[12] El mismo hecho aparece relatado en *Sobre los asuntos del Quersoneso* 59. <<

[13] Sc. «por las Termopilas». Cf. *Sobre la paz* 20. Esquines y Filócrates, antes de que el Macedonio traspasase las Termopilas en el 346 a. C. y destruyera las ciudades focidias, habían logrado engañar al pueblo ateniense con la increíble mentira de que Filipo iba a volverse contra los tebanos, sus aliados, y a defender a los focidios, sus enemigos. Y claro está, Atenas abandonó a estos últimos y el padre del futuro Alejandro Magno se apoderó de la llave de Grecia. <<

[14] Cf. *Sobre el Haloneso* 32. <<

[15] Oreo era una ciudad situada en la parte norteña de la isla de Eubea. Sobre los sucesos que tuvieron lugar en esta ciudad, a los que se refiere Demóstenes, cf. los §§ 32 y 59 de este mismo discurso. <<

[16] Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 52. <<

[17] Cf. *Sobre el Haloneso* 37: Serrio, el Hierón Oros y el Fuerte Serreo eran pequeñas fortificaciones situadas en la costa de Tracia, que pertenecían al rey Cersobleptes y fueron atacadas y tomadas por Filipo, pese a la resistencia de tropas atenienses de socorro que fueron enviadas para protegerlas. <<

[18] El general era Cares, que luchó contra Cersobleptes y Filipo: fue famoso por haber colaborado con el sátrapa rebelde Artábazo durante la «Guerra Social» (357-355 a. C.) y obtenido en esa ocasión una gran victoria. <<

[19] Cf. *Sobre la embajada fraudulenta* 155 y sigs.; *Sobre la corona* 25 y sigs. <<

[20] En el año 371 a. C., poco después de la batalla de Leuctra, tuvo lugar el Congreso de Esparta, en el que se fijaron las posesiones de unos y otros y los atenienses lograron que se les reconociesen sus derechos sobre el Quersoneso y Anfípolis. Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta*, 137, 253; ESQUINES, *Sobre la embajada fraudulenta* 32; JENOFONTE, *Helénicas* VI 3; DIODORO, 15, 50. <<

[21] Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 64 y 16. <<

[22] Cf. *Sobre la embajada fraudulenta* 249 y sigs. <<

[23] Cf. la misma expresión en *Sobre la paz* 24. <<

[24] Cf. *Contra Filipo, III* 6. <<

[25] Cf. *Olint. II* 3-9. <<

[26] Cf. *Olint. II* 24; *Contra Filipo, I* 20; *Sobre los asuntos del Quersoneso* 55. <<

[27] En *Olint. III* 24 habla Demóstenes de cuarenta y cinco años de hegemonía ateniense. <<

[28] Desde el 405 a. C. (batalla de Egospótamos) hasta el 376 a. C. (victoria de Cabrias cerca de Naxos). <<

[29] La batalla de Leuctra tuvo lugar en el 371 a. C. Frente a la considerable extensión en el tiempo de la hegemonía ateniense —desde la constitución de la primera Liga naval (477 a. C.) hasta que Lisandro estableció una guarnición espartana en la Acrópolis (404 a. C.)— y la algo menor duración de la primacía de Esparta —del 405 a. C. al 376 a. C.—, la preeminencia de Tebas fue pasajera, pues dio comienzo en el 371 a. C. con la batalla de Leuctra y acabó en el 362 a. C. con la de Mantinea. <<

[30] En efecto, los lacedemonios sustituían los regímenes democráticos por gobiernos oligárquicos. <<

[31] Olinto es la famosa ciudad de la Calcídica, cuya amenaza por parte de Filipo inspiró los tres discursos Olintíacos de Demóstenes. Metone estaba situada en Pieria, en el golfo Termaico; se la arrebató Filipo a los atenienses en el 353 a. C. Apolonia estaba en Migdonia, al N. de la Calcídica. <<

[32] Según Harpocración, que en este punto cita a Helánico, Aristóteles y Teopompo, Tesalia estaba dividida en cuatro distritos cuyos respectivos nombres eran Tesaliótide, Ftiótide, Pelasgiótide y Hestieótide. Al frente de cada una de estas tetrarquías impuso Filipo un gobernador. <<

[33] Cf. *Sobre la embajada fraudulenta* 260, 294. <<

[34] Cf. *Sobre la corona* 61. <<

[35] Harpocración, a propósito de los términos *períodos* y *katabolḗ*, que pertenecen al campo léxico de la medicina, señala como ejemplos del primero las tercianas y cuartanas; y en cuanto al segundo, explica que en las fiebres periódicas se dan ‘accesos’ (*katabolaí*); y en el mundo de las tasas los contribuyentes hacen sus «aportaciones» o «depósitos» (*katabolaí*) los días de los vencimientos. Quiere dar a entender la relación de los significados de *katabolḗ*: «cotización» y «acceso». <<

[36] Los monarcas macedonios se jactaban de ser descendientes de los Heraclidas de Argos; amparados por este título fueron admitidos a participar en los Juegos Olímpicos. <<

[37] Cf. *Sobre la corona* 127. <<

[38] Cf. *Sobre la paz* 22. Filipo presidió personalmente los Juegos Píticos en el 346 a. C. Cuatro años más tarde, 342 a. C., como el Macedonio estaba ocupado en una campaña que dirigía por Tracia, no pudo asistir personalmente a presidir los mencionados juegos, razón por la cual envió como representante suyo, a tal efecto, a uno de sus generales o lugartenientes, Antípatro, a quien Demóstenes considera esclavo por estar sometido a un monarca y no a la ley o al pueblo soberano. Para los griegos, en los reinos bárbaros no hay más que una persona que goce de libertad: el rey (cf. EURÍPIDES, *Helena* 276; JENOFONTE, *Helénicas* VI 1, 2); Los Juegos Píticos tenían lugar cada cuatro años, en Delfos, para conmemorar la victoria de Apolo sobre la serpiente Pitón. Anteriormente, hasta el 582 a. C., se celebraban cada ocho años. La reorganización de este festival tuvo lugar, precisamente, bajo el control del Consejo anfictiónico. A partir de ese momento, estos juegos estaban íntimamente ligados a los olímpicos y se celebraban regularmente en el tercer año de cada olimpíada. <<

[39] Cf. *Sobre la embajada fraudulenta* 327. <<

[40] La ciudad de Ambracia, próspera colonia corintia en el Epiro, lo mismo que otros asentamientos localizados alrededor del golfo de Ambracia, fueron fundados en tiempo del tirano Cipselo. Léucade era una isla situada frente a Ambracia. Naupacto estaba situada en la costa de Etolia; corresponde a la actual Lepanto. Estaba, *entonces*, Naupacto ocupada por aqueos y la reclamaban los etolios (cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 6, 14: DIODORO, XV 75). Equino era una ciudad situada frente a la Lócride, en la costa septentrional del golfo Malíaco, colonia tebana próxima a Tesalia. <<

[41] Cf. *Sobre el Haloneso* 41. <<

[42] Cf. *Sobre la embajada fraudulenta* 6 y sigs. <<

[43] Cf. *Sobre la embajada fraudulenta* 259. **<<**

[44] Una imitación de este pasaje, en DINARCO, *Contra Aristogitón* 24. <<

[45] Demóstenes utiliza también este ejemplo en *Sobre la embajada fraudulenta* 271. <<

[46] Ciudad de la Tróade, al S. de la Propóntide, cercana a Cícico. <<

[47] Cf. *Contra Filipo, I* 3. <<

[48] Es metáfora usual la consistente en aplicar el concepto de «enfermedad» a las divisiones y revueltas intestinas, desconfianzas y sospechas entre varias facciones de ciudadanos dentro de una ciudad. <<

[49] Cf. *Olint. II* 23. <<

[50] Metáfora proveniente de la lengua de la equitación («romperse el cuello como consecuencia de la caída del caballo», cf. JENOFONTE, *Ciropedia* I y IV 8). <<

[51] Los hechos demostraron que Demóstenes tenía razón. <<

[52] Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 61. <<

[53] Los comandantes de la caballería de los olintios, Eutícrates y Lástenes, entregaron a Filipo quinientos jinetes, lo que facilitó en gran medida la inmediata captura de la ciudad. Apolónides era el dirigente del partido democrático en Olinto. <<

[54] Cf. *Sobre la paz* 5. <<

[55] Ciudad situada en la costa de Eubea que está frente al Ática. <<

[56] Euríloco y Parmenión eran dos famosos generales de Filipo. <<

[57] Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 18. <<

[58] Eufreo había sido discípulo de Platón, quien le puso en relación con Perdicas, rey de Macedonia. <<

[59] Es decir, costeados y dirigidos por Filipo. <<

[60] Cf. *Sobre la corona* 79. <<

[1] Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 46. <<

[2] Sobre este narcótico, cf. JENOFONTE, *Banquete* II 42; PLATÓN, *República* VI 488 C. Alude a este pasaje Luciano (LUCIANO, *Elogio de Demóstenes* 36). Por otro lado, la comparación que se establece en este pasaje suscitó en los rétores serias dudas sobre la autenticidad del discurso. <<

[3] Los comentaristas que no aceptan la paternidad demosténica de este discurso ven aquí una alusión a la división de la hegemonía entre atenienses y tebanos que establecieron al concertar la alianza que precedió a la batalla de Queronea. Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 142. <<

[4] Se alude a las pretensiones de la ciudad eubea de Cálcide, que no quería formar parte de un consejo federal que tuviese por sede a Atenas. Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 91. <<

[5] Cf. *Olint. III* 21. <<

[6] Cf. *Sobre el Haloneso* 37. <<

[7] Cf. *Contra Filipo, III* 58. *Sobre la corona* 71. <<

[8] Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 36. <<

[9] Cf. *Contra Filipo, III* 17, 27. **<<**

[10] Ciudad de Tesalia emplazada frente a la localidad eubea de Oreo. En Homero aparece mencionada con el nombre de Antrón (*Ilíada* II 697). <<

[11] Cf. *Contra Filipo, III* 27, 34. <<

[12] Cf. *Sobre la embajada fraudulenta* 260. **<<**

[13] Cf. *Contra Filipo, I* 43. <<

[14] Comienzan aquí los pasajes extraídos del discurso *Sobre los asuntos del Quersoneso* 38 y sigs. <<

[15] Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 39 y 40. <<

[16] Comienza aquí una serie de consideraciones virtualmente idénticas a las de *Contra Filipo, II* 17 y 18. <<

[17] A partir de este punto y hasta el fin del párrafo 16 nos encontramos con un texto tomado con ligeros retoques de *Sobre los asuntos del Quersoneso* 41-45. <<

[18] Ésa era la pretensión de los adversarios de Demóstenes; cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 4, 68. <<

[19] Locución tomada de *Contra Filipo, I* 25. <<

[20] Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 20. <<

[21] Cf. *Contra Filipo, I* 39. <<

[22] Los §§ 22-27 reproducen casi exactamente los 47-51 del *Sobre los asuntos del Quersoneso*. <<

[23] Como se hace abandonar la escena a un actor a fuerza de abucheos, cf. *Sobre la embajada fraudulenta* 337. <<

[24] Cf. *Contra Filipo, I* 41; *Sobre los asuntos del Quersoneso* 11. <<

[25] La misma conclusión aparece en *Sobre la paz* 2. **<<**

[26] Cf. *Olint. I* 9. <<

[27] Se trata de Hermias de Atarneo, agente de Filipo y amigo de Aristóteles. El sátrapa Mentor, que se había distinguido ante el Gran Rey Oco por sus servicios en la campaña contra Egipto y gozaba a la sazón de toda su confianza (Diodoro Sículo, XVI 50, 52), engaña con habilidad a Hermias y lo envía a Persia, donde fue ejecutado. <<

[28] En el 393 a. C., Conón, dirigiendo como almirante la flota persa, derrota a los lacedemonios en aguas de Cnido, y con el oro suministrado por el Rey reedificó los muros de Atenas. <<

[29] La institución del «teórico» o «fondo para los espectáculos», creada con el fin de que los ciudadanos carentes de recursos pudieran asistir a los festivales públicos. En principio, sólo una parte de dicho fondo se destinaba a tal propósito; el resto se empleaba en hacer frente a los gastos de las operaciones militares. Pero más tarde, con Eubulo, se vota una ley por la que la cantidad total acumulada en el Teórico se asigna íntegramente a sufragar la asistencia a los espectáculos. Demóstenes atacó a esta institución deseoso de reformarla (cf. *Olintíacos*). <<

[30] Esta óptima situación de las finanzas en Atenas fue resultado de la inteligente administración de Eubulo; cf. *Contra Filipo, III* 40. <<

[31] Esta diferenciación en el cómputo de la edad se establece con relación a la prestación del servicio militar; cf. *Olint. I* 28; *III* 34. <<

[32] Incurrían en estas leyes los hijos que maltrataban a sus padres o les negaban el sustento en la vejez; cf. LISIAS, *Contra Agórato* 91. <<

[33] La palabra griega *éranos* significa, en principio, «comida a escote», es decir, comida a la que cada comensal contribuye aportando una vianda o porción de alimento para su consumo en común. Más tarde —como la palabra española «yantar»— pasa a significar «cuota» y «colecta» (este último significado es el que pervive en griego moderno). En este pasaje se emplea la palabra con el significado de «contribución amistosa» o «préstamo informal» que los padres facilitan a los hijos y éstos a su vez deben restituir a sus prestadores en justa reciprocidad. <<

[34] En una carta de Demóstenes (III 41) se expresa la idea de que el hombre de estado ha de tener para con el pueblo los mismos sentimientos del hijo para con el padre. <<

[35] Decía el demagogo orador Démades que el «teórico» era «el cimiento de la democracia». <<

[36] Repartido el dinero del erario, el pueblo desea que se proceda de igual manera con las fortunas particulares. <<

[37] Cf. CICERÓN, *De officiis* I 7: «Iustitiae… munus est… ut communibus pro communibus utatur, privatis autem ut suis». <<

[38] Cf. *Olint. III* 28. Los §§ 46-48, por un lado, y el 49, por otro, son sendos proemios. <<

[39] Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 11. <<

[40] Cf. *Olint. I* 14. <<

[41] Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 67. <<

[42] Cf. *Contra Filipo, III* 22. <<

[43] Cf. *Olint. III* 27. <<

[44] Cf. *Contra Filipo, III* 2. <<

[45] De nuevo estamos ante párrafos tomados del discurso *Sobre los asuntos del Quersoneso*. <<

[46] Exposición más sencilla del contenido de los §§ 56 y sig. de *Sobre los asuntos del Quersoneso*. <<

[47] Esta pregunta final no se encuentra en el § 58 de *Sobre los asuntos del Quersoneso*, que, por lo demás, está íntegramente trasladado a este pasaje. <<

[48] En *Sobre los asuntos del Quersoneso* 61, en vez de «será» se lee «es». <<

[49] Termina aquí la segunda serie de párrafos tomados casi literalmente del discurso *Sobre los asuntos del Quersoneso*. <<

[50] Personaje desconocido, de quien proporcionó breves informes Dídimo; por él sabemos que el tal Aristomedes era conocido en Atenas con los apodos de «hombre de bronce» y «ladrón». Este último («ladrón», griego *kléptēs*) lo aplica el orador, como calificativo, al padre de este individuo, en una frase que es ejemplo típico de la figura que en retórica se denomina *kýklos* y que consiste en que una frase o período comienza y acaba por la misma palabra. <<

[51] Los §§ 75 y 76 son, probablemente, dos epílogos distintos. <<

[1] Por la lectura de la *Carta*, al ser confrontado su contenido con la anterior conducta de Filipo, han quedado claras las aviesas intenciones del Macedonio. <<

[2] En la paz del 346 a. C., los habitantes de Halo no aparecían incluidos como aliados de Atenas, porque Filipo no lo consintió; por el contrario, propuso a los embajadores atenienses que le acompañaran a Tesalia, donde trataría de restablecer la paz entre Halo y Fársalo. Lo hizo tomando la ciudad de Halo y entregándola a los farsalios. Cf. ESTRABÓN, IV, pág. 433. El propio Demóstenes cuenta, en *Sobre la embajada fraudulenta* (39), que los habitantes de Halo fueron diseminados y, en parte, obligados a integrarse en Fársalo. <<

[3] Cf. *Sobre el Haloneso* 37. <<

[4] En efecto, al final de la *Carta*, Filipo anuncia la guerra a los atenienses. <<

[5] Cf. *Contra Filipo, III* 40. <<

[6] Todo este pasaje parece imitación de *Contra Filipo, III* 41 y *Olint. III* 4. <<

[7] Cf. *Olint. II* 5, pasaje del que el presente texto no es más que una ampliación. <<

[8] Cf. *Contra Filipo, II* 22. <<

[9] En tiempos de Epaminondas, Mesenia, Megalópolis y otras ciudades-estados del Peloponeso, temerosas de la reinstauración de la supremacía de Esparta, se habían acogido en alianza bajo el patronato de Tebas. <<

[10] Perinto y Bizancio. <<

[11] Los tesalios. Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 14. <<

[12] Cf. *Contra Filipo, III* 60, donde se dice «teniendo a Filipo por corego». Estamos en ambos casos ante un uso traslaticio de palabras que aluden a la función pública denominada *coregía*. <<

[13] Todo este párrafo es imitación de *Olint. II* 9. <<

[14] Cf. *Olint. II* 13. <<

[15] En todo este párrafo se percibe un gusto especial del autor por la antítesis, así como un eco del *Olintíaco segundo*. <<

[16] En el texto griego se lee el verbo *skorakízdō*, «mandar a alguien a los cuervos (*es kórakas*)». Lo curioso es que este verbo no aparece en la obra de Demóstenes. <<

[17] Esta frase es amplificación de la de Demóstenes en *Olint. II* 19: «Es evidente que esto es verdad.» <<

[18] Los párrafos incluidos entre el 15 y el 19, ambos inclusive, son reelaboración más o menos libre de *Olint. II* 22-26. <<

[19] El texto imitado del *Olint. II* (22) añade una restricción que el autor de la *Respuesta a la carta de Filipo* no ha tenido en cuenta: «siempre que vosotros mismos estéis dispuestos a cumplir con vuestro deber aunque sea en pequeña escala». <<

[20] Cf. *Olint. III* 24; *Sobre el Haloneso* 12. <<

[21] Este párrafo es una refección de *Olint. II* 23. <<

[22] Imitación de *Contra Filipo, I* 10. <<

[23] Cf. *Contra Filipo, I* 37. <<

[24] Este pasaje es imitación del § 17 de *Sobre el Haloneso*, que el imitador ha considerado obra de Demóstenes y ha retocado muy ligeramente. <<

[25] Ampliación retórica de *Olint. II* 23. <<

[26] Cf. *Contra Filipo, III* 8. <<

[27] Cf. *Olint. II* 24, 25, 26. <<

[28] Esta expresión es imitación de la del *Sobre el Haloneso* 7: «el que ataca desde Pela». <<

[29] Todo este párrafo es imitación de *Olint. II* 12. <<

[1] *Contra Filipo, II* 28; *Sobre el Haloneso* 18 y sigs.; *Sobre los asuntos del Quersoneso* 16; *Contra Filipo, III* 16. <<

[2] Sobre la alianza de los tasios con los atenienses, cf. *Contra Filipo, I* 32. <<

[3] Según el escoliasta, se trata de Perístasis, puerto del Quersoneso en la zona de la Propóntide. <<

[4] Según PLUTARCO, en *Vida de Pericles* 30, Antemócrito fue un heraldo de los atenienses que fue degollado por los megarenses porque éste les prohibía que cultivasen la tierra sagrada de la diosa Deméter y Core-Perséfone. Cf. TUCÍDIDES, I 139. <<

[5] Cf. PAUSANIAS, I 36, 3. <<

[6] Cf. HERÓDOTO, V 96; VI 94. <<

[7] Teres era un rey tracio cuyos dominios se extendían al N. del Hemo, sobre el delta del Danubio; lo menciona JENOFONTE (*Anábasis* VII 5, 1). <<

[8] No es cierto, pues cuando se concluyó la paz, Cares, al mando de tropas atenienses, apoyaba a Cersobleptes contra Filipo. <<

[9] A Evágoras de Chipre le concedieron los atenienses la ciudadanía y otros honores, por haber dado acogida a Conón y haberle ayudado a vencer a la flota lacedemonia cerca de Cnido; cf. ISÓCRATES, *Elogio de Evágoras* 54, 57. También a Dionisio el Viejo le concedieron semejantes honores. <<

[10] Sitalces, contemporáneo de Pericles, ni fue nunca ciudadano ateniense ni murió asesinado, sino en el campo de batalla; cf. TUCÍDIDES, II 29; IV 101. El que sí fue asesinado fue Cotis, y también es cierto que a sus asesinos les brindaron protección los atenienses; cf. DEMÓSTENES, *Contra Aristócrates* 119. <<

[11] Evágoras II, nieto del famoso Evágoras del elogio isocrateo, fue depuesto por Protágoras; cf. DIODORO SÍCULO, XVI 46. Dionisio el Joven, lo fue por Timoleón en el año 344 a. C. <<

[12] Cf. *Sobre el Haloneso* 41 y sigs.; *Sobre los asuntos del Quersoneso* 58. <<

[13] La isla de Peparetos está próxima a la de Haloneso. Ambas islas estuvieron encartadas en el mismo conflicto, el detallado en *Sobre el Haloneso*. Sobre la devastación de Peparetos, cf. *Sobre la corona* 70. <<

[14] Cf. *Sobre el Haloneso* 5. <<

[15] Cf. *Sobre el Haloneso* 7. <<

[16] Filipo quería atacar con su flota Perinto y Bizancio. Pero para ello debía atravesar el Helesponto y protegerse de los ataques de Diopites y los colonos atenienses instalados en el Quersoneso tracio. Por tal motivo se vio obligado a buscar apoyo para su flota en un destacamento que bordeó la costa. Ello supuso una ocupación de territorio ateniense por parte del monarca macedonio, lo que despertó la animadversión de los ciudadanos de Atenas contra Filipo. <<

[17] El general era Diopites. <<

[18] Estrime era una colonia de Tasos situada en la costa Tracia, cerca de Maronea (cf. HERÓDOTO, VII 108 y sigs.). Se la disputaron en el 361 a. C. tasios y maronitas (cf. *Contra Palletes* 14, 20 y sigs.). <<

[19] Cf. *Sobre el Haloneso* 18 y sigs., pasajes en que se menciona la embajada de Pitón, que tuvo lugar en el 343 a. C. En *Sobre la corona* 136, Demóstenes se refiere a un discurso que improvisó con ocasión de la presencia en Atenas de Pitón de Bizancio, en calidad de enviado especial de Filipo, y de los embajadores de otras ciudades aliadas del Macedonio. <<

[20] Cf. Isócrates, *Filipo* 73. <<

[21] Cf. *Contra Filipo, III* 54. <<

[22] Cf. *Sobre el Haloneso* 26. <<

[23] Cf. *Sobre el Haloneso* 26; *Contra Filipo, II* 17; *Sobre los asuntos del Quersoneso* 66; *Contra Filipo, IV* 12, 68. <<

[24] Después de la retirada de los persas tras el desastre sufrido en la batalla de Platea; cf. *Sobre la organización financiera* 24. <<

[25] Según TUCÍDIDES (V 11), los anfipolitas, después del 422 a. C., fecha de la muerte de Brásidas, le otorgaron los honores de héroe y fundador de la ciudad, que hasta entonces pertenecían por derecho al ateniense Hagnón. <<

[1] Cf. *Contra Androción* 51. <<

[2] Cf. *Contra Filipo*, IV 28. <<

[3] Es decir, las que proceden de los propios atenienses, no de sus aliados. <<

[4] Cf. *Contra Filipo, I* 26. <<

[5] Cf. *Contra Filipo, I* 47. <<

[6] Cf. *Contra Filipo, I* 24. <<

[7] Cf. *Por la libertad, de los rodios* 19. **<<**

[8] Cf. *Por la libertad de los rodios* 14. <<

[9] Cf. *Por la libertad de los rodios* 175. <<

[10] Cf. *Olint. I* 20; *Olint. II* 35. <<

[11] Los dos óbolos eran el precio de la entrada al teatro. De los fondos del «teórico», es decir, del dinero destinado a los espectáculos, se disponía en Atenas para pagar toda suerte de fiestas. <<

[12] Cf. *Olint. III* 33. <<

[13] Cf. *Contra Filipo, IV* 29, 30. <<

[14] Llámase así, «opistódomo» o «edificio posterior», la parte trasera de un templo —en este caso el Partenón—, en la que se guardaba el tesoro público. El episodio mencionado en el texto es el que aparece también aludido en *Contra Timócrates* 136. <<

[15] Los remos estaban depositados en el arsenal de las naves. El hijo de un tal Filipo estuvo a punto de ser condenado a muerte tal vez por la causa aquí referida (*Contra Timócrates* 138). <<

[16] Según el escoliasta, ése era el punto de vista de los ciudadanos que trataban por todos los medios de que fuesen confiscados los bienes de los ricos. Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 69; *Contra Filipo, IV* 44 y sigs. <<

[17] Aunque la mayor parte de las funciones públicas eran conferidas por sorteo, quedaban algunos cargos que se encomendaban a ciudadanos elegidos por votación. <<

[18] Es decir: llegar al generalato (o cargo de *estratego*) como si de lograr el grado de iniciados en los misterios se tratase. <<

[19] Cf. *Olint. II* 28. <<

[20] Con estas palabras, Demóstenes compara la organización de los partidos políticos a la de las *sinmorías*, que eran grupos de ciudadanos encargados de realizar a sus expensas la prestación del servicio público denominado trierarquía; además, adelantaban al erario público la suma de dinero deducible por el impuesto sobre los bienes (*eisphorá*). Mientras que a la *trierarquía* (función consistente en equipar un barco de guerra) estaban obligados los mil doscientos ciudadanos más ricos incluidos en las *sinmorías*, pagar el impuesto sobre los bienes de fortuna era obligatorio para todos los ciudadanos, salvo los declaradamente pobres. Cf. *Olint. II* 29. <<

[21] Al frente de cada *sinmoría* figuraba un dirigente (*hēgemṓn*), y a sus órdenes estaba otro funcionario (*epimelētḗs*), especie de procurador. Pues bien; igualmente, los dos partidos políticos de la Atenas de entonces eran gobernados, cada uno de ellos, por un orador, que se encargaba de lograr el beneplácito del pueblo desde la tribuna, y un estratego, cuya misión era la de llevar a cabo las operaciones militares decretadas en la Asamblea. Los encargados de que se tomasen en ella tales o cuales medidas eran los llamados «trescientos», los trescientos ciudadanos más ricos distribuidos entre las veinte *sinmorías* (cf. *Sobre la corona* 171). Ellos arrastraban la adhesión del resto de los ciudadanos, en compensación por el hecho de que a la hora de pagar los impuestos eran ellos quienes adelantaban las contribuciones de los *sinmoritas* menos acomodados. <<

[22] Cf. *Olint. III* 23; *Contra Aristócrates* 196-200. **<<**

[23] Ello tuvo lugar en el 375 a. C. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 63; ISÓCRATES, *Antídosis* 108 y sigs. <<

[24] La «mora» era una división de infantería del ejército espartano, compuesto por seis de estas unidades. El hecho aquí mencionado aconteció en el 392 a. C. La derrota infligida a la susodicha «mora» lacedemonia fue contemplada por Esparta como una verdadera catástrofe. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 5, 7-18. <<

[25] La batalla naval aquí referida acaeció en el 376 a. C.; para Demóstenes significaba el fin de la hegemonía espartana. Cf. *Contra Filipo, III* 23. Sobre la batalla naval en cuestión, cf. DIODORO SÍCULO, XV 31 y sigs. <<

[26] Alude el texto a la expedición de Cimón del 469 a. C. Cf. TUCÍDIDES. I 98: II 22; PLUTARCO, *Cimón* 7; DIODORO SÍCULO, XI 60. <<

[27] El texto dice exactamente no «vasallos», sino «penestas». Según Harpocración (s. v. *penéstai*), los «penestas» en Tesalia venían a ser como los «hilotas» en Lacedemonia. <<

[28] En el discurso *Contra Aristócrates*, cuyos §§ 196-200 aparecen prácticamente reproducidos en el pasaje que comentamos del presente discurso (21-23), se afirma que a Menón de Fársalo y a Perdicas de Macedonia les fue concedido el derecho de ciudadanía. El motivo de semejante distorsión de los hechos en *Sobre la organización* puede explicarse por la desmedida afición a la antítesis que muestra el autor del discurso que nos ocupa, empeñado en lograr contraste entre las frases: «no le decretaron por votación la ciudadanía (*politeían*)» y «sino que tan sólo le concedieron la exención de tasas (*atéleian*)», detalles como éste nos hacen sospechar que el discurso en cuestión no es obra de Demóstenes, sino de un hábil adaptador que ha sabido combinar fragmentos de discursos demosténicos para formar de este modo una pieza oratoria nueva que casi parece auténtica. <<

[29] Según HERÓDOTO (IX 89), los tracios se encargaron de ir dando muerte a gran cantidad de soldados persas que se iban retirando de Platea dirigidos por Artábazo. Es probable que dicha operación la hubiese promovido un príncipe macedonio. <<

[30] En el texto griego, el término correspondiente es una palabra con la que se alude, en tono insultante, al esclavo nacido en la casa. <<

[31] Cf. *Olint. III* 30-31. <<

[32] Salvo la antítesis final, el párrafo está tomado de *Olint. III* 32. <<

[33] Esta conclusión es también la de *Olint. III* 32, de donde parece literalmente transferida. <<

[34] Cf. *Olint. III* 23. Aceptamos las lecturas de los manuscritos S, B, F, Y y O. <<

[35] Cf. *Olint. III* 24. <<

[36] Éstas son casi las mismas palabras con que Demóstenes puso fin al discurso *Por la libertad de los radios*. <<

[37] Cf. Isócrates, *Areopagítico* 9. «Los indigentes de Grecia» —como reza el texto— son los soldados mercenarios. <<

[38] La misma enumeración, en *Contra Aristócrates* 207; *Contra Timócrates* 184. <<

[39] Cf. *Olint. III* 29. <<

[40] Este paréntesis no aparece en el *Olint. III* en el § 29. <<

[41] Texto elaborado, con alguna transformación de claro signo retórico, a partir del de *Olint. III* 29. <<

[42] Cf. *Sobre la embajada fraudulenta* 275. **<<**

[43] Todo este párrafo está tomado de *Olint. III* 30-31. <<

[44] Los megarenses reivindicaban como suyo el terreno sagrado situado en la misma frontera de Mégara con el Ática. <<

[45] El texto dice en griego *orgás*. Según Harpocración, una *orgás* era un conjunto de terrenos montañosos y cubiertos de espesura que no se dedicaban al cultivo. <<

[46] En Fliunte habían tenido lugar, con anterioridad a la fecha de este discurso, sangrientos enfrentamientos entre aristócratas y partidarios de la democracia (cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 3, 25; DIODORO SÍCULO, XV 40). <<

[47] Sifnos y Citnos son dos islitas de poca monta pertenecientes al grupo de las Cicladas. <<

[1] Cf. *Contra Leptines* 76. <<

[2] En cuanto a la oposición de los términos *pólemos* y *agón*, cf., igualmente, *Contra Filipo, III* 52. <<

[3] Aunque Demóstenes no nombra a Filipo, los oyentes, con seguridad, no podían dejar de pensar en el rey de Macedonia al escuchar estas palabras. <<

[4] Una expresión similar en *Contra Aristogitón* I 2. <<

[5] Esta idea reaparece en *Contra Filipo, I* 7. <<

[6] Los mil doscientos ciudadanos más ricos estaban obligados a la trierarquía. Ahora bien, a esta cifra nunca se llegaba, porque de inmediato se ponían en juego exenciones legales de todo tipo: si un ciudadano, por ejemplo, inscrito en las listas de contribuyentes, moría dejando como heredera (*epíklēros*) a una hija sin casar, ésta era eximida de pagar impuesto; y lo mismo cabe decir respecto de los niños huérfanos, los incapaces de pagar y los *klēroûkhoi* (estos últimos eran atenienses a quienes la ciudad enviaba a las colonias). Por eso, Demóstenes propone añadir, a los mil doscientos contribuyentes que marcaba la ley, ochocientos más, calculando que tal sería el número de fortunas que resultarían exentas de la mencionada contribución. Con ello, resultarían, una vez eliminados los casos de exención, mil doscientos contribuyentes reales y no sólo sobre el papel. <<

[7] De un total de trescientas naves —que es el número que alcanzaba la flota al completo— se hacen veinte grupos de quince naves, cada uno de los cuales estará integrado por cinco naves de la primera centena, cinco de la segunda y cinco de la tercera. Se asigna luego por sorteo a cada una de las veinte *sinmorías* un grupo de quince naves, y la *sinmoría* asignará a cada una de sus cinco subdivisiones una quinta parte de las quince naves, o sea, tres. <<

[8] Se alude aquí al gasto correspondiente a la parte del equipo naval que estaba a cargo del estado. El dinero que para ese capítulo se requería, se obtenía mediante el impuesto sobre las fortunas, que era proporcional, lógicamente, a las cuantías de éstas. En conjunto estima Demóstenes para el Atica un capital imponible de seis mil talentos. Este total lo divide en cien partes, es decir, entre veinte *sinmorías*, primeramente, y luego, este cociente entre cinco grupos que conforman cada *sinmoría*. Resulta de este modo, que a cada división o fracción de *sinmoría* le corresponderán sesenta talentos. <<

[9] Es decir, al aumentar el número de naves solicitadas por el estado, como el capital imponible y el número de ciudadanos asociados en la trierarquía no varían, disminuirán la cantidad del gasto y el número de trierarcos. <<

[10] Se ve que los anteriores trierarcos no habían devuelto los aparejos que el estado había puesto a su disposición y que —como se deduce del texto— quedaban consignados en inventarío. <<

[11] Una parte de los anteriores trierarcos, que habían contraído deuda de estado. Esto había tenido lugar tres años antes de la fecha en que este discurso *Sobre las sinmorías* fue pronunciado. Cf. *Contra Evergo y Mnesibulo* 20. <<

[12] En efecto, podían ser tres trirremes, o dos, o uno, según las necesidades. Se ha dicho anteriormente en el discurso que se podían solicitar trescientos trirremes, o doscientos, o solamente cien. En cada uno de estos casos, respectivamente, cada fracción de *sinmoría* tendría que contribuir con tres, dos o un solo trirreme. <<

[13] El pueblo ateniense estaba dividido en diez tribus, formada cada una de ellas por tres «tritias» (gr. *trittýes*) o tercios de tribu. Como las divisiones militares coincidían con las políticas, un taxiarco mandaba sobre su *táxis*, que correspondía exactamente con el contingente de una tribu. <<

[14] Cf. *Contra Aristogitón* I 10, donde aparece prácticamente la misma expresión, de marcado tono coloquial. <<

[15] Cf. idéntica expresión en *Contra Filipo, III* 5. <<

[16] La Asamblea se celebraba en la Pnix, situada en un promontorio desde el que se ofrecía la vista panorámica de la ciudad. <<

[17] Según Heródoto (HERÓDOTO, VIII 44, 48), el total de naves que componían la flota griega era de trescientas setenta y ocho, de las cuales ciento ochenta eran atenienses. Demóstenes mismo, en el discurso *Sobre la corona* (238), afirma que de las trescientas naves que los griegos reunieron para hacer frente al bárbaro, doscientas eran atenienses. Tucídides transmite la versión ateniense, según la cual, de cuatrocientos navíos que se aprestaron, las dos terceras partes procedían de Atenas. Cf. TUCÍDIDES, I 74. <<

[18] Mil doscientas siete naves, para ser exactos, componían la armada que dirigían los persas, según el cómputo herodoteo (HERÓDOTO, VII 89, 184). Cf., igualmente, ESQUILO, *Persas* 229. <<

[19] En el 362 a. C., Orontas, sátrapa de Misia, se había rebelado contra el Gran Rey. Al mismo tiempo se sublevó Egipto, levantamiento que el Rey, Artajerjes III Oco, aún no había reducido (cf. Diodoro Sículo, XV 90 y sigs.; XVI 40). <<

[20] Sobre la indigencia como compañera constante de los griegos, cf. HERÓDOTO, VII 102. <<

[21] Los tebanos, en las Guerras Médicas, se habían puesto al lado de Jerjes. En este pasaje, Demóstenes acierta plenamente al sugerir que la política tebana ya no puede ser filopersa. En efecto, poco tiempo después lo pondrán de manifiesto apoyando al sátrapa rebelde Artábazo en contra del Gran Rey (cf. DIODORO SÍCULO, XVI 34). <<

[22] Alusión a la «Guerra Sagrada», que ha estallado en el 355 a. C., o sea, un afio antes de que se pronunciase este discurso. <<

[23] En efecto, si el rey persa ataca Grecia, se convertiría, de inmediato, en reconciliador involuntario de los griegos todos, que, ante el peligro, se verían obligados a olvidar viejas rencillas y formar una coalición.

Es posible que, en este momento, Demóstenes haya recordado un pasaje que sin duda leyó, de la *Historia* de Tucídides, en que Hermócrates, haciendo una llamada a la defensa de la patria Sicilia, que los atenienses han invadido, afirma que estos últimos son necesariamente mejores reconciliadores que las propias palabras que él pronuncie. <<

[1] Con estas palabras, anuncia claramente Demóstenes su propósito de manifestar una opinión contraria a la de los oradores que le habían precedido en el uso de la palabra y a la del pueblo ateniense en general. <<

[2] Alusión al discurso *Sobre las sinmorías*, cf. 11, 41. <<

[3] Es decir: sin violar la paz de Antálcidas. <<

[4] Sobre este asedio, que duró diez meses, cf. ISÓCRATES, *Antídosis* 111. <<

[5] Artemisia era la esposa y hermana del dinasta de Caria, Mausolo, a quien, muerto en el 353 a. C., había sucedido. <<

[6] Expresión similar, en *Olint. II* 12. <<

[7] En efecto, la expedición de Ocos contra Egipto acabó en estruendoso fracaso. Cf. ISÓCRATES, *Filipo* 101. <<

[8] Demóstenes se declara partidario no de prestar ayuda a los rodios oligarcas, sino a los demócratas exiliados de la isla. <<

[9] El «próxeno» (gr. *próxenos*) era un ciudadano que, en la pólis a la que pertenecía, representaba a otra ciudad como una especie de cónsul y defendía los intereses de los miembros de la comunidad cuya representación diplomática asumía. <<

[10] Señala el escoliasta que esta declaración la hace Demóstenes con el propósito de captar la benevolencia de sus oyentes. <<

[11] De este pasaje se desprende que, según Demóstenes, Atenas tenía pleno derecho a encabezar la confederación marítima. <<

[12] Se refiere al fin de la guerra del Peloponeso, cuando Atenas fue capturada por Lisandro. <<

[13] Cf. ISÓCRATES, *Panegírico* 52. <<

[14] Cf. DIODORO SÍCULO, XIV 6. <<

[15] Los griegos consideraban esclavos a todos los súbditos del rey de Persia; cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 1, 35. <<

[16] Después de la guerra del Peloponeso, el rey persa Darío II apoyó con ayuda económica a los lacedemonios. Pero éstos, a su vez, a la muerte de Darío, prestaron su apoyo al joven Ciro, que, ayudado por Clearco, trató de destronar al legítimo sucesor de Darío, Artajerjes II, lo que supuso una situación crítica para el imperio persa. <<

[17] Estos oradores políticos eran, sin duda, partidarios de no intervenir en Rodas, alegando que la intervención supondría violar el tratado concluido tras la «Guerra Social», por el cual Atenas se comprometía a respetar la independencia de Rodas y las demás ciudades separadas de la alianza. <<

[18] Calcedón estaba situada frente a Bizancio, en la ribera asiática del Bósforo. Calcedón y Selimbria habían pertenecido a Atenas. <<

[19] Entre otros, el tratado de Antálcidas garantizaba la independencia de todas las ciudades griegas. <<

[20] Es decir: mientras que el derecho civil se basa en la justicia, el derecho de gentes se fundamenta en el poder del más fuerte. <<

[1] Cf. *Contra Aristócrates* 102. <<

[2] Los éxitos de Onomarco hacían pensar en la pronta reconstrucción de las antiguas ciudades autónomas de Beocia que los tebanos habían destruido. <<

[3] En la batalla de Mantinea, lacedemonios y atenienses hicieron frente a tebanos y arcadlos. <<

[4] Los que se enfrentaron en Mantinea fueron los lacedemonios y los arcadlos, prescindiendo ahora del enfrentamiento de los atenienses a los tebanos. <<

[5] Según PAUSANIAS (IV 28, 1-2), desde el comienzo de la «Guerra Sagrada», Mesenia había buscado la protección de Atenas contra Esparta. Atenas les prometió ayuda en el caso de que los lacedemonios la atacasen. <<

[6] La ciudad de Oropo, situada en la frontera entre el Ática y Beocia, fue desde antiguo causa de querellas y rivalidades entre atenienses y tebanos. A partir del año 366 a. C., Oropo estaba en poder de Tebas, pero Atenas no dejaba, por ello, de esperar la ocasión oportuna para recuperarla. Esparta había prometido apoyar los derechos de los atenienses sobre esta ciudad a condición de que éstos, a su vez, dejasen a los lacedemonios las manos libres para actuar a su gusto en el Peloponeso. <<

[7] Esto ocurrió en el año 370 a. C., poco después de la batalla de Leuctra. Fue entonces cuando los peloponesios pensaron que había llegado el momento de liberarse de la dominación espartana, para lo que solicitaron la alianza de Atenas. Como los atenienses no hicieron caso de tal solicitud, los descontentos peloponesios buscaron la alianza de Tebas. <<

[8] Esta segunda solicitud de ayuda tuvo lugar en el 369 a. C., después de la primera invasión del Peloponeso llevada a cabo por Epaminondas (cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 5, 33 y sigs.). <<

[9] Atenas salvó a los lacedemonios a raíz del enfrentamiento de éstos contra Epaminondas y los tebanos. Años antes (379 a. C.), Atenas había prestado ayuda a Tebas, cuando Pelópidas liberó a su patria con el concurso de sus amigos atenienses, y, una vez más, en el 378 a. C., cuando los hoplitas atenienses protegieron a Tebas del ataque de Agesilao, a quien obligaron a retirarse (cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 4, y DIODORO SÍCULO, XV 32). En cuanto a la ayuda que Atenas prestó a Eubea, tuvo lugar en el 357 a. C., cuando tropas atenienses enviadas por Timoteo forzaron a los tebanos a evacuar la isla. (Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 74; DIODORO SÍCULO, XVI 7). <<

[10] Trifilia era un país objeto de discordia entre eleos y arcadios (cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 2, 30; VI 5, 2; VII 1, 26; VII 4, 12 y sigs. <<

[11] La fortaleza de Tricárano, a la sazón en poder de Argos, era objeto de las reivindicaciones de Fliunte (cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 4, 11). <<

[12] Es decir, de los lacedemonios. <<

[13] Se refiere a la época en que Atenas era aliada de Esparta y Megalópolis lo era de Tebas, es decir, en tiempos de Epaminondas. <<

[14] El objetivo perseguido por la política ateniense del momento es el de impedir que surja un poder hegemónico de entre las ciudades griegas. Si Esparta llegara a ser más temible que Tebas, Atenas seria aliada de esta última. Se trata, pues, de mantener una política de equilibrio de fuerzas que evite la preponderancia de cualquier ciudad griega sobre las demás. <<

[15] En efecto, los ciudadanos de mayor edad recordarían, sin duda, mejor que el joven orador, la enorme ambición de Esparta durante el período de su hegemonía. <<

[16] La tesis fundamental del partido ateniense filoespartano era que Atenas no podría restaurar Platea y Tespias sin contar con la ayuda de Esparta, y que ésta no sería posible si previamente Atenas no abandonaba Megalópolis y Mesenia. La objeción de Demóstenes a esta tesis es clara: reconstruir Platea y Tespias no puede ser razón suficiente para dejar a las ciudades del Peloponeso condenadas a segura destrucción. <<

[17] Se trata de las estelas en que los megalopolitas habían hecho grabar su tratado de alianza con Tebas. <<

[18] Efectivamente, la «Guerra Sagrada» envolvía a los tebanos. <<

[19] Esparta estaba empeñada en deshacer la comunidad formada por cuarenta aldeas rurales aproximadamente que era Megalópolis, centro político de la nueva Arcadia. Sobre este sinecismo, cf. DIODORO SÍCULO, XV 72; PAUSANIAS, VIII 27, 1-2. <<

[20] La ciudad de Megalópolis, que nació —como es sabido (véase Introducción)— bajo el auspicio de Tebas con el exclusivo fin de imponer a los lacedemonios una difícil barrera a sus deseos de expansión, se encontraba situada no lejos de la frontera de Arcadia con Esparta. <<

[1] En dos congresos celebrados en Corinto, en el 338 y él 336 a. C., en los que participaron Macedonia y toda Grecia, el primero promovido por Filipo y el segundo por Alejandro, se concluyó la «paz común». Cf. PLUTARCO, *Poción* 16; JUSTINO, IX 5. <<

[2] Los hijos de Pisístrato. Hipias y su familia fueron desterrados de Atenas, con ayuda de los espartanos, en el 510 a. C. <<

[3] Los hijos de Filíades, Neón y Trasímaco, se habían impuesto en Mesenia como tiranos, gracias al apoyo de Filipo (cf. *Sobre la corona* 295). Expulsados por el partido democrático, fueron restablecidos más tarde por Alejandro. <<

[4] El vocablo griego *tyrannizontes* aparece en este texto por primera y única vez. <<

[5] No fue éste el motivo, sino que Alejandro les castigó por haber apoyado a los persas (ARRIANO, III 2; QUINTO CURCIO, IV 5 y 8). <<

[6] Fue este Querón, según Pausanias, discípulo de Platón y de Jenócrates. Instalado en el poder como tirano de su ciudad natal, Pelene, cometió todo tipo de abusos contra sus conciudadanos (cf. PAUSANIAS, VII 27, 7). <<

[7] Sobre la función de estos magistrados —*los sínedros* (gr. *sýnedroi*)—, como miembros del consejo federal creado por el pacto de Corinto, cf. Diodoro Sículo, XVI 80; Justino, IX 5. <<

[8] Nada se sabe de este personaje. En el discurso *Sobre la corona* (48 y 295), Demóstenes alude a Arístrato y Epícares como los jefes del partido promacedonio en Sición. <<

[9] Estos barcos mercantes iban cargados de trigo que transportaban a Atenas y otras ciudades griegas. La ruta marítima comprendida entre las costas del Ponto y Grecia era importantísima comercialmente. <<

[10] Ciudades situadas en la costa tracia, frente a la isla de Tasos. <<

[11] Ya Filipo deseaba adueñarse de los astilleros de Atenas. (Cf. *Sobre los asuntos del Quersoneso* 45; *Contra Filipo, IV* 16.) <<

[1] Se refiere al juramento de los heliastas, que había sido jurado por cada juez. <<

[2] Esquines, en *Contra Ctesifonte* 202, había pedido a los jueces que o bien no escuchasen para nada a Demóstenes, o que si lo hadan, le obligasen a seguir en su exposición el orden por él establecido en la acusación. Responde, así, nuestro orador a la pretensión de su adversario. Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 202-205. <<

[3] Emplea aquí Demóstenes una figura denominada *aposiopesis*. El pasaje aparece traducido al latín por AQUILA ROMANUS, *De figuris* V 24, 16 HALM. <<

[4] Es un «lugar común» en la oratoria que el defensor haga constar la inferioridad en que se encuentra respecto de su acusador. Pero en esta ocasión se añade la circunstancia de que nuestro orador se verá obligado a aludir a sus propios méritos, contraídos a lo largo de su carrera política. <<

[5] Evoca Demóstenes el recuerdo de Solón, legislador de Atenas por antonomasia e instaurador del régimen democrático, porque Esquines había hecho otro tanto (*Contra Ctesifonte* 257) en la acusación. Por lo demás, es tradicional en la oratoria ática la alusión al codificador de las leyes escritas y precursor de la democracia instituida por Clístenes. <<

[6] Aristófanes, en *Las Nubes* (1187), califica a Solón de *philódēmos*, es decir: «amigo del pueblo». <<

[7] En causas públicas, ante el tribunal de los «heliastas», las partes en litigio estaban autorizadas a hablar una vez cada una; comenzaba el acusador. En causas privadas y en el Areópago, en cambio, se concedía a cada una de ellas posibilidad de réplica en una segunda exposición de argumentos. <<

[8] El exordio acaba como ha comenzado, con repetición de las palabras empleadas en el primer párrafo del discurso. <<

[9] Esta «resolución previa del Consejo» (*proboúleuma*), que más adelante se denomina «decreto» con exactitud menor, es la resolución que tomó el Consejo en virtud de la moción de Esquines. Es una «resolución previa» porque aún no ha sido refrendada por el pueblo en la Asamblea. <<

[10] Hay en el texto griego una paronomasia muy difícil de mantener en la traducción. La paronomasia es una figura de la que se sirve Demóstenes en muy contadas ocasiones. <<

[11] Harpocración (*s. v.*) establece equivalencia semántica entre el verbo *typhóō* y *brontéō* «fulminar» y conecta etimológicamente la voz *typhóō* con el nombre propio *Typhôn*. <<

[12] Según Harpocración (s. v. *pompeías*), esta palabra evoca las invectivas y pullas mutuas a que se libraban quienes participaban en las fiestas dionisíacas. <<

[13] Comenta el escoliasta: «Desacredita su (de Esquines) arte; pues era actor.» <<

[14] Esta denuncia se presentaba ante el Consejo y el pueblo; a veces se trataba de ella ante la asamblea popular. Era similar a la *graphḗ paranómōn*. <<

[15] Es decir: aquellos delitos diferentes de los que dan lugar a la *eisaggelía* o a la *graphḗ paranómōn*. <<

[16] De nuevo alude Demóstenes a la habilidad de su adversario para fingir y engañar que le procuró su dedicación al teatro. Cf. *Sobre la corona* 13. <<

[17] Si Ctesifonte perdía el pleito, se vería obligado a pagar una fuerte suma de dinero en concepto de multa: cincuenta talentos, según el texto de la acusación, *Sobre la corona* 55 —aunque este texto es espúreo—. Como Ctesifonte sería declarado en ese caso deudor público al no poder satisfacer la cuantiosa suma que Esquines le condenaba a pagar, quedarla privado, por insolvente, de sus derechos como ciudadano (*atimía*). <<

[18] Estos hechos, la paz de Filócrates y la embajada a que se alude, son el tema principal del discurso de Demóstenes titulado *Sobre la embajada fraudulenta*. La paz de Filócrates tuvo lugar en el 346 a. C. A raíz de ella, envió Atenas una embajada a Filipo, de la que formaban parte los dos oradores que ahora se enfrentan en este proceso sobre la corona. La narración de estos hechos desde el punto de vista de Esquines aparecen en su discurso de acusación *Contra Ctesifonte*, del cual es réplica este discurso demosténico que comentamos. Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 54 y sigs. <<

[19] Efectivamente, en principio Esquines se jactaba de haber colaborado con Filócrates en la gestación de la paz conocida por el nombre de este último. Cf. ESQUINES, *Contra Timarco* 174. Más tarde, en cambio, reprocha a Demóstenes haber sido cómplice de Filócrates (cf. ESQUINES, *Sobre la embajada fraudulenta* 56). Finalmente echa en cara a nuestro orador haber contribuido en gran medida con su elocuencia a que se hiciese realidad el mencionado tratado de paz. Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 72. <<

[20] La Guerra Sagrada estalló en el 355 a. C. Un *año más* tarde, 354 a. C., inicia Demóstenes su carrera política. <<

[21] Todavía los tebanos no se habían alineado junto a los atenienses en Queronea (338 a. C.) ni Tebas había sido destruida por Alejandro (335 a. C.). Los intereses de Atenas en aquel momento abogaban por conceder a los focidios alianza y apoyo, pese al sacrilego despojo de Delfos que habían llevado a cabo. <<

[22] La batalla de Leuctra tuvo lugar en el 371 a. C. En ella los tebanos, comandados por Epaminondas, derrotaron a los espartanos. En ISÓCRATES, *Filipo* 53, se refiere el efecto que produjo este éxito en los tebanos. La «arrogancia tebana», como la denomina Diodoro Sículo (DIODORO SÍCULO, XVI 58) los impulsó a conquistar Platea, Orcómeno y el resto de las ciudades beocias, así como a implantar su hegemonía sobre Grecia. Ésta sólo duró nueve años, del 371 al 362 a. C. Cf. DEMÓSTENES, *Contra Leptines* 109. <<

[23] Los mesemos y arcadios, apoyados por Epaminondas, quien había hecho surgir para los unos y los otros, respectivamente, las nuevas ciudades Mesenia y Megalópolis. A éstos hay que añadir a los argivos, que odiaban a Esparta desde antiguo. Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la paz* 18; JENOFONTE, *Helénicas* III 5, 11. <<

[24] Se refiere Demóstenes a los oligarcas que, con el apoyo de Esparta, mandaban en las ciudades del Peloponeso antes de la batalla de Leuctra. Por ejemplo, en Fliunte, que había sido conquistada por Agesilao en el 380 a. C., ejercía el poder el Consejo de los Cien en interés de los espartanos. Algo similar ocurría en Mantinea, tomada por Agesípolis en el 385 a. C. Más tarde, estas ciudades se fueron independizando del poder de Esparta. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 3, 25; VII 4, 10; V 2, 1-7; VI 5, 3-5. Lo mismo hizo Tegea; cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 6-9. <<

[25] Casi con los mismos términos describe Jenofonte, al final de las *Helénicas*, la situación en que quedó Grecia después de la batalla de Mantinea. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 27. <<

[26] Los hechos aquí aludidos se relatan con más detalle en DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta* 141, 148. <<

[27] Alejandro destruyó Tebas en el año 335 a. C. Este discurso fue pronunciado en el 330 a. C. <<

[28] La guerra de Anfípolis que sostuvieron los atenienses contra Filipo desde el 357 al 346 a. C. <<

[29] Las embajadas enviadas por Atenas a todas partes de Grecia en solicitud de ayuda y colaboración, con el fin de formar una liga de ciudades griegas que hiciera frente a Filipo, no obtuvieron el deseado éxito. <<

[30] Atenas no se mostró especialmente deseosa de firmar esa paz, pese a que en el motivo principal que se adujo para que la concluyera había sido engañada. Filipo hizo saber en Atenas, a través de terceros y no oficialmente, que estaba dispuesto a aceptar la paz. Ahora bien, si Filipo la deseaba, Atenas la necesitaba. <<

[31] Gracias a la paz, Filipo consiguió una sólida base desde la cual operar en Grecia. Consiguió influencia en el Consejo Anfictiónico y resultó, finalmente, vencedor en Queronea. <<

[32] Aristodemo era un actor dramático que gozaba de buena reputación y formaba parte de la compañía en que figuraba también Esquines. En el 348 a. C., en misión informal, trató con Filipo del rescate de algunos atenienses que habían sido hechos prisioneros en la guerra de Olinto. Cf. *Sobre la embajada fraudulenta* 12, 18, 97, 315. <<

[33] Este Filócrates, que intervino en la embajada a Filipo del 348 a. C., fue quien propuso en el 346 a. C. que se eligiesen diez embajadores (entre los que fueron nombrados Demóstenes y Esquines) para que se entrevistasen con el Macedonio y trataran de la paz y le rogasen que enviara a Atenas embajadores plenipotenciarios para negociarla. Cf. *Sobre la embajada fraudulenta* 95. <<

[34] Ctesifonte de Peania es un personaje mencionado por ESQUINES, *Sobre la embajada fraudulenta* 73, y DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta* 293. En cuanto a Eubulo, fue, como es sabido, el famoso político partidario de «paz a cualquier precio», que controló los votos de la Asamblea del 355 al 342 a. C. Fue nombrado administrador del tesoro público y elevó la prosperidad privada y pública a un nivel no alcanzado por Atenas desde el siglo V a. C. Instituyó el famoso *Theorikón* o fondo para los espectáculos y fue autor de una ley con la que hizo extremadamente difícil recaudar fondos para actividades militares. En política sus asociados fueron Midias, Esquines y Foción, y su programa consistía en mantener los intereses esenciales de Atenas, pero salvaguardando a toda costa la paz. A partir del año 342 a. C., Demóstenes y el partido belicista desplazan al pacifista Eubulo y se adueñan de la política de Atenas. Con posterioridad a la batalla de Queronea (338 a. C.), no volveremos a saber ya nada más de Eubulo. <<

[35] Según Esquines (*Contra Ctesifonte* 58, 64; *Sobre la embajada fraudulenta* 58 y sigs.), Demóstenes, al apresurar la deliberación sobre el tratado de paz, impidió que se concluyera una paz general, común a todos los griegos. Pues se debería haber esperado a los diputados de las demás ciudades griegas, a las que Atenas había enviado embajadores, para que Filipo se encontrase enfrentado no sólo a la Asamblea del pueblo ateniense, sino a todo un Consejo (*synédrion*) griego. <<

[36] Estamos de nuevo ante un ejemplo de la figura retórica denominada *aposiopesis*. <<

[37] Euríbato era el prototipo de individuo desleal y pérfido. Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 137. Harpocración (s. v. *Eurybaton*) nos transmite que, según Éforo, este Euríbato era un efesio que recibió dinero de Creso para reunir un ejército que se enfrentara a los persas. Pero el muy vil le traicionó y entregó ese dinero a Ciro. A partir de este hecho —añadía el historiador—, a los hombres perversos se les llamaba «Euríbatos». La *Suda* cita el verbo *eurybateúesthai*, que significaría «obrar pérfidamente». <<

[38] Obsérvese la misma repetición ante el famoso juramento de este discurso, § 208. <<

[39] Es decir: de la paz tal cual era en principio. Luego, la aplicación de la paz trajo consigo serias decepciones para Atenas por culpa, sobre todo, de la lentitud de la segunda embajada y de los falsos informes transmitidos por Esquines. <<

[40] Demóstenes era por aquel entonces (347-346 a. C.) miembro del Consejo y presidió la Asamblea el día veinticinco del mes de Elafebolión. Cf. ESQUINES, *Sobre la embajada fraudulenta* 62, 73-74. <<

[41] Cf. ESQUINES, *Sobre la embajada fraudulenta 92*. <<

[42] Es decir: el tiempo que mediara hasta que Filipo prestara juramento, y no el tiempo que mediara entre los juramentos de una y otra parte. <<

[43] Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 82. <<

[44] «Ventajosas», porque desde ellas podía Filipo atacar las posesiones atenienses, en especial el Quersoneso. <<

[45] Estas riquezas se las proporcionaban a Filipo las minas de oro que había en Tracia. Según Diodoro Sículo (DIODORO SÍCULO, XVI 8), el Macedonio obtenía de las minas de Crenides (Filipos), en Tracia, linos ingresos anuales que llegaban a los mil talentos. <<

[46] Se refiere a los embajadores enviados por Filipo para negociar la paz. Las embajadas extranjeras se presentaban primeramente ante el Consejo, y éste, luego, se encargaba, mediante un decreto, de introducirlas ante la Asamblea popular. Demóstenes, en su calidad de consejero y de embajador, se encargó de redactar el decreto que hizo suyo el Consejo. Cf. ESQUINES, *Sobre la embajada fraudulenta* 58. <<

[47] Como era costumbre, el Consejo (en esta ocasión a propuesta de Demóstenes) invitó a los embajadores de Filipo a presenciar, desde un lugar de honor del teatro de Dioniso, las representaciones dramáticas que en él se ofrecían con ocasión de las fiestas Dionisias. Esquines convirtió esta cortesía habitual en indicio de adulación a Filipo, acusando a Demóstenes de haberse comportado con los embajadores macedonios de forma excesivamente obsequiosa y hasta servil. Según él, su adversario llegó a tal punto de vileza, que procuró a los embajadores cojines y tapices de púrpura, por lo cual recibió una silba por parte de sus conciudadanos. Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 76. <<

[48] Eran éstos los asientos ocupados por la ciudadanía media y aun pobre, pues sólo costaban dos óbolos, que, incluso, a todo ciudadano indigente que los solicitara se los proporcionaba el propio Estado a expensas de un fondo especial para espectáculos denominado *theorikón*. <<

[49] O sea, el Estado debiera haber pagado al administrador del teatro dos óbolos por cada asiento ocupado por la embajada macedonia, y no más altos precios por haberse sentado los embajadores en localidades de privilegio. <<

[50] Este decreto, apócrifo, como todos los que figuran en este discurso, es un buen ejemplo de falsificación inexperta. No hay en él un solo detalle que ofrezca visos de verosimilitud. El nombre del arconte y la fecha son inaceptables; pretende, además, ser un decreto del Consejo y del pueblo, cuando el verdadero lo era sólo del Consejo; se alude en él a cinco embajadores, siendo así que en la realidad fueron diez; estos embajadores, según el decreto, debían encargarse de intercambiar juramentos con Filipo, aunque los atenienses, de hecho, ya los habían prestado; y, finalmente, casi todos los nombres de los enviados son falsos. <<

[51] Exageración retórica. Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta* 57, y *Sobre la corona* 58-60. En *Sobre la embajada fraudulenta* 155, afirma Demóstenes que los embajadores atenienses, entre los que él mismo se contaba, tardaron veintitrés días en llegar a Pela y su estancia allí duró veintisiete. <<

[52] Se refiere a la famosa expedición del 352 a. C., con la que Atenas detuvo a Filipo en las Termópilas. En efecto, el Macedonio, después de haber derrotado a los focidios junto al golfo de Págasas, marchó hacia las Termópilas, pero las encontró bien vigiladas por los atenienses, a quienes apoyaban espartanos y aqueos. Cf. DEMÓSTENES, *Contra Filipo, I* 41; *Sobre la embajada fraudulenta* 84, 319; DIODORO SÍCULO, XVI 31, 37, 38. <<

[53] Es decir: era ya amigo de los focidios y enemigo de los tebanos. <<

[54] El «título de aliados» de Filipo, del que disfrutaban los tebanos. <<

[55] Era proverbial la insensibilidad y torpeza de los beocios. Cf. C. NEPOTE, *Epaminondas* 5, 2: *namgue illi genti plus uirium quam ingenii; Alcibíades* 11, 3: *omnes enim Boeotii magis firmitati corporis quam ingenii acumini inseruiunt*; CICERÓN, *De fato* IV 7: *Athenis tenue caelum, ex quo acutiores putantur Attici; crassum Thebis, itaque pingues Thebani et valentes*; HORACIO, *Epístolas* II 1, 244: *Boeotum in crasso aere natum*. Esta estolidez y falta de sensibilidad para la literatura, la música y el arte que se atribuía a los beocios, había hecho surgir un refrán, ya vigente en pleno siglo V a. C., recogido por Píndaro (*Olímpicas* VI 90): «la cerda beocia». El escoliasta que comenta este pasaje pindárico señala que se trata de un viejo reproche, antigua acusación calumniosa basada en el carácter iletrado de los beocios.

La insensibilidad de espíritu de los beocios se transformaba ante los enemigos en crueldad y perversidad. Así lo expone Demóstenes (cf. DEMÓSTENES, *Contra Leptines* 109). De la «insensibilidad» trata Aristóteles en su *Ética*, de pasada, en dos ocasiones; dice, por ejemplo que insensible al miedo es quien no teme a un terremoto o a las olas; y que no es humana la insensibilidad ante el placer ni el alegrarse menos de lo que corresponde, por lo que —dice el Estagirita— no abundan los insensibles de esta especie. Cf. ARISTÓTELES, *Ética* III 7, 7, y III 11, 7. <<

[56] Con anterioridad al 346 a. C., fecha en que finalizó la Guerra Sagrada, *que* había comenzado en el 356 a. C. <<

[57] El texto griego dice *hypoûsan*, y el escoliasta comenta: «Es decir, oculta y no visible». **<<**

[58] Once días después de que la segunda embajada hiciera relación de sus gestiones a la Asamblea, llegó la inquietante noticia de la rendición de los focidios en las Termópilas. Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta* 86, 125. <<

[59] Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta* 85. Atenas por su proceder, en todo momento vacilante e indeciso, no ganó otra cosa sino la enemistad y reprobación de los griegos partidarios de Filipo, pues pensaban éstos que los atenienses no se habían atrevido a defender a los focidios con la decisión y el empeño requeridos; Filipo, en cambio, ganó prestigio y crédito por haber puesto fin a la Guerra Sagrada y castigado a los sacrílegos focidios. <<

[60] Cf. Demóstenes, *Contra Leptines* 33, Estuvo comprometido en el asunto de Hárpalo (Timocles, fr. 4); Alejandro, más tarde, pidió su extradición (Plutarco, *Vida de Demóstenes* 23). <<

[61] El decreto es claramente apócrifo y contiene bastantes errores, empezando por el nombre del arconte, idéntico al del decreto del § 39. En segundo lugar, el «estratego de los hoplitas» y el «encargado de la administración» no existían todavía en el 346 a. C. Las guarniciones de Eleusis, Ramnunte y Sunion cobran importancia y fama en época helenística, no antes. Finalmente, sabemos, por el discurso titulado *Sobre la embajada fraudulenta*, que el decreto en cuestión (aprobado, por cierto, bajo el arcontado de Temístocles y en el mes de Esciroforión) contenía una serie de disposiciones que no aparecen en éste aquí interpolado. Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta* 58-60, 86, 125. Por ejemplo, el decreto auténtico daba disposiciones acerca de la celebración *intra muros* de las fiestas Heraclias en Maratón. No obstante, el interpolador ha extraído detalles verosímiles de decretos similares al que debiera haber figurado aquí, pero de época posterior. No ha obrado, pues, a ciegas, sino que ha tratado de lograr una falsificación perfecta que levantase pocas sospechas. Piénsese, por ejemplo, en que haya introducido en este decreto el mismo arconte que aparecía en el del § 39. No queremos extendemos más sobre este asunto, pero sí nos parece oportuno notar que, desde el punto de vista lingüístico, el decreto es claramente posterior al siglo IV a. C. Nótese, por ejemplo, la expresión *koitaîon gígnesthai*, que aparece en POLIBIO, V 17, 9. <<

[62] En otro decreto que aparece inserto en este mismo discurso (*Sobre la corona* 116) se opone el «estratego que está al frente de los hoplitas» al «estratego que tiene a su cargo la caballería». <<

[63] Cf. *Sobre la corona* 115. <<

[64] Es difícil decidirse sobre si esta carta es o no auténtica. De hecho, los estudiosos de Demóstenes mantienen, en este punto, opiniones contrarias. Desde el punto de vista externo (meramente lingüístico), ésta es la única, de las cinco cartas que aparecen en el *Sobre la corona*, que puede pasar por auténtica. Pese a todo, hay en ella algunos pequeños detalles formales que, a nuestro modo de ver, la declaran decididamente apócrifa. Pero es, a juicio nuestro, en el contenido donde se halla la prueba más clara del carácter apócrifo de esta carta: en efecto, su contenido nada tiene que ver con el texto y sentido que entresaca Demóstenes de la auténtica carta. <<

[65] No obstante, asegura Demóstenes, en *Sobre la embajada fraudulenta* 61, que ninguna ciudad de la Fócide ofreció resistencia. En el mismo sentido, ESQUINES, *Sobre la embajada fraudulenta* 130; DIODORO SÍCULO, XVI 59; JUSTINO, VIII 5. <<

[66] Cf. Demóstenes, *Sobre la embajada fraudulenta* 174. <<

[67] Expresión similar, en DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta* 19. <<

[68] La palabra griega *synagōnistḗs* «colaborador», la emplea Demóstenes solamente dos veces, aquí y en el § 61, en el que se refiere a los traidores de Grecia que colaboraron con Filipo. <<

[69] Cf. idéntica expresión, en DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta* 177. <<

[70] Eso hizo Esquines en dos ocasiones. Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 133 y 156-7. <<

[71] Eufemismo por «desgracias», «calamidades». <<

[72] Demóstenes, en *Sobre la embajada fraudulenta*, había echado en cara a Esquines y Filócrates la posesión de propiedades y tierras de labor extensas en la zona de Olinto; cf. DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta* 145 y sigs. De este hecho incluso había presentado testigos. Por otro lado, es bien conocido que, después de la destrucción de Tebas, Alejandro distribuyó las tierras de los tebanos entre sus aliados. Cf. ARRIANO, *Anábasis* I 9. <<

[73] Sobre esa petición de extradición, en la que insiste el propio Demóstenes al final de este mismo discurso (*Sobre la corona* 322), cf. ARRIANO, *Anábasis* I 10; PLUTARCO, *Vida de Demóstenes* 23. También pidió Alejandro la extradición de otros políticos atenienses, por ejemplo, Licurgo (cf. *IG* II^2, 457; *Syll*^{3}, 326); de los demás, hasta diez, nos informan fragmentos de historiadores como Duris e Idomeneo, y la *Suda*. Naturalmente, Esquines no formaba parte de los oradores reclamados por el monarca macedonio. <<

[74] Los atenienses consideraban a los beocios gente de pocas luces y torpes; a los tesalios, engañosos y desleales. <<

[75] Hay aquí una figura retórica denominada, en griego, *epinomḗ* y, en latín, *commoratio*. Ver nota 99. <<

[76] Diodoro Sículo menciona una penetración victoriosa en Iliria llevada a cabo por Filipo en el 344 a. C. Cf. DIODORO SÍCULO, XVI 69. Con los tríbalos combatió Filipo a su regreso de la campaña contra los escitas, en el 339 a. C. <<

[77] Probablemente los de Cardia y Eubea. Cf. *Contra Filipo, III* 17, 27, aunque no fueron exactamente sometimientos. Lo más seguro es pensar en la expedición de Filipo a Ambracia (343/2 a. C.), a lo largo de la cual tomó tres colonias eleas en Casopia; cf. *Sobre el Haloneso* 32. <<

[78] Dos embajadas al Peloponeso son mencionadas en *Contra Filipo, II* 19, y *Contra Filipo, III* 72. Cf. también *Sobre la corona* 79, 244. Este pasaje aparece citado como prueba de la política panhelénica de Demóstenes y de las dificultades que semejante política planteaba, en J. LUCCIONI, *Démosthène et le panhellénisme*, París, 1961, págs. 129 y sigs. <<

[79] Cf. DEMÓSTENES, *Olint. II* 21; *Contra Filipo, III* 12, 39, 50; *Sobre la embajada fraudulenta* 259. <<

[80] Cf. *Contra Filipo, III 29*. <<

[81] La misma idea, en *Sobre el Haloneso* 17, y *Respuesta a la carta de Filipo* 18. <<

[82] Lástenes y Eutícrates aparecen con frecuencia mencionados en la obra de Demóstenes. Traicionaron a sus compatriotas entregando la caballería de Olinto a Filipo en el 348 a. C. Cf. DEMÓSTENES, *Sobre tos asuntos del Quersoneso* 40; *Contra Filipo, III* 96; *Sobre la embajada fraudulenta* 265, 342. <<

[83] Timolao era tebano y fue traidor a su patria, pues colaboró con otros en hacer que Tebas se rindiese a Filipo después de la batalla de Queronea. Dinarco, con mala intención, lo presenta como amigo de Demóstenes. Cf. DINARCO, *Contra Demóstenes* 74. Su nombre figura también en la lista de traidores; cf. DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 295. Cf. POLIBIO, XVIII 14, 4. <<

[84] De Éudico no sabemos nada. Simo, según Harpocración (*s. v.*), pertenecía a la noble familia de los Alévadas de Larisa. Éstos pidieron a Filipo que interviniese en Tesalia en contra de los tiranos de Feras. El resultado fue, como era de esperar, que el Macedonio desalojó del poder a los de Feras y lo ocupó él mismo. Cf. DIODORO SÍCULO, XVI 14 y 35. <<

[85] Arístrato fue tirano de Sición. Mencionado en PLUTARCO, *Vida de Arato* 13 (Arato mandó destruir su retrato, obra de Melanto y Apeles), y en PLINIO, *Historia natural* 35, 109. <<

[86] Périlo pertenecía a las capas sociales altas de Mégara. Aparece mencionado, junto con Pteodoro y Helixo, en la lista de traidores; cf. DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 295. <<

[87] Después de una noche de banquete, los jóvenes, bien empapados en vino, se divertían arrojando las heces y los restos del licor de Baco, así como las salsas sobrantes, sobre los comensales que se habían quedado dormidos. <<

[88] Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 66: «Demóstenes, el que me echa en cara la hospitalidad de Alejandro.» <<

[89] Este documento, tan espúreo como los demás, pasó, hace algún tiempo, por ser el único auténtico de los incluidos en este discurso. El nombre «Querondas» corresponde efectivamente al de un arconte, pero, por desgracia, al arconte que ocupó el cargo, del 338 al 337 a. C. Sin embargo, la acusación presentada por Esquines, de la que se trata en este contexto, se data un año más tarde, exactamente en la primavera del 336 a. C., bajo el arcontado de Frínico, sucesor de Querondas en dicho cargo. <<

[90] Una «denuncia de ilegalidad» no se presentaba al arconte, sino a los tesmotetas. <<

[91] Esquines, en la acusación, cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 202, había rogado a los jueces que exigiesen de Demóstenes una defensa que siguiera, punto por punto, el mismo orden que él había adoptado en su discurso de inculpación. <<

[92] Ctesifonte. <<

[93] Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 31, 203. <<

[94] Hermógenes (*Rhetores graeci* III 432 WALZ) señala que, astutamente, Demóstenes finge sencillez tratando de presentar como accesorio lo que es fundamental. <<

[95] Con el discurso *Sobre las sinmorías* (354 a. C.), inició Demóstenes su vida pública. Su responsabilidad en la política exterior de Atenas comenzó a partir de la paz del 346 a. C. Su oposición a Filipo se remonta al *Contra Filipo, I*, del 351 a. C. <<

[96] Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 295, donde se especifican los frutos de esta cosecha. <<

[97] Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta* 68, 259-261. <<

[98] Demóstenes se siente orgulloso de su actuación política. <<

[99] Hermógenes (*Rhetores graeci III* 226, 267 WALZ) propone este período como ejemplo brillante de la figura denominada *epimonḗ*, «insistencia», «detención» en una idea a través de la misma forma de expresión (la interrogación en este caso). <<

[100] Los tesalios ayudaron a Filipo en la guerra de Anfisa. Los dólopes aparecen nombrados junto a los tesalios para rebajar a éstos más aún y presentarlos como traidores a los griegos. <<

[101] Cf. POLIBIO, XVII 14. <<

[102] Con la batalla de Queronea, que tuvo lugar en el 388 a. C., Filipo trató a los derrotados atenienses con generosidad y consideración, pues devolvió a Atenas sin exigir rescate los dos mil combatientes de su ejército que hablan sido hechos prisioneros; por el contrario, descargó su cólera vengativa sobre Tebas, que antes fuera su aliada, e invadió el Peloponeso. <<

[103] Se acaba la digresión que contiene el § 65. <<

[104] De nuevo estamos ante la figura denominada *epimonḗ*, magistralmente empleada por Demóstenes; cf. HERMÓGENES, *Rhetores Graeci* III 266 WALZ. <<

[105] Sobre las heridas de Filipo, comenta el escoliasta que la herida en el ojo se la hizo en Metone, la de la clavícula entre los ilirios, y la de la mano y la pierna cuando se encontraba entre los escitas. <<

[106] Cf. PS.-DEMÓSTENES, *Sobre el Haloneso* 7. Pela era una minúscula localidad de Macedonia. La engrandeció Filipo porque había nacido en ella; cf. ESTRABÓN, VII, fr. 23. <<

[107] Es decir, cuando fueron capturadas Anfípolis, Pidna y Potidea; Demóstenes no era responsable del desinterés e inactividad de Atenas. <<

[108] Aunque cedida por el tratado que dio lugar a la «paz de Filócrates», esta ciudad, al igual que Potidea, no dejaba de ser reclamada por los atenienses patriotas, que la consideraban posesión de Atenas. Cf. *Contra Filipo, II* 17; *Sobre el Haloneso 9*, 23 y sigs.; *Sobre los asuntos del Quersoneso* 66. <<

[109] Acerca de Serrio y Dorisco, cf. el § 27 de este mismo discurso. <<

[110] «Peparetos —dice el escoliasta— es una isla situada en el mar Egeo, frente a Tesalia. La saqueó Álcimo, que era almirante de Filipo.» Este saqueo de Peparetos tuvo lugar en el 341 a. C. Los habitantes de Peparetos, aliada de Atenas, habían tomado la islita de Haloneso, ocupada por Filipo, y capturado su guarnición. Sobre Peparetos, cf. *Carta de Filipo* 12. <<

[111] ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 82. <<

[112] Eubulo, jefe del partido pacifista después del 346, afio de la «paz de Filócrates», y Aristofonte, que, con anterioridad a esta fecha se había retirado de los asuntos públicos, redactaron, tal vez, decretos en solicitud de entablar negociaciones con Filipo en torno a la captura, por parte de este último, de plazas como Anfípolis, Pidna, Potidea e, incluso, Peparetos, que tuvo lugar posteriormente. <<

[113] No sabemos a ciencia cierta si Demóstenes se refiere al general mencionado en los discursos *Contra Filipo*, o al orador del Esfeto de quien habla elogiosamente Hiperides en su discurso titulado *En favor de Eujenipo* XXXIX 29. <<

[114] La voz griega *epiteíchisma* significa, propiamente, «fortaleza establecida en suelo enemigo que es empleada por sus ocupantes como base de operaciones bélicas». Así, por ejemplo, los espartanos, durante la guerra del Peloponeso, se sirvieron, para el mencionado propósito, de Decelia, situada en suelo ático. Considera Demóstenes, en este pasaje, que Eubea es territorio que forma parte del Ática. Cf. DEMÓSTENES, *Sobre los asuntos del Quersoneso* 63; *Sobre la corona* 87; *Contra Filipo, III* 57-62. <<

[115] En el 344-343 a. C., Filipo intentó apoderarse de Mégara ayudado por una «quinta columna», que le apoyaba desde dentro de la ciudad. Mégara estuvo, pues, a punto de convertirse, dada su proximidad al Ática, en otra «base de operaciones» (*epiteíchisma*) que amenazara a Atenas. <<

[116] Exponiendo desordenadamente —ardid de la oratoria— vuelve Demóstenes a referirse a la situación de Eubea. <<

[117] Cf. n. 116. <<

[118] Sobre las operaciones de Filipo en el Helesponto y en Bizancio, cf. DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 87-89, 244. <<

[119] Es decir, a sus partidarios. <<

[120] Dice el escoliasta que el refrán «botín misio» se aplica a «los que en vano y sin causa perecen». Misia, en ausencia del rey Télefo —que, disfrazado de mendigo, anduvo errante en busca de Aquiles, para que le curase la herida que le había infligido—, fue objeto de innumerables incursiones por parte de vecinos y piratas. <<

[121] El hecho de que la escuadra de Filipo apresara unos barcos mercantes atenienses, dio pie a Atenas para considerar la acción como una violación formal e intencionada del tratado de paz, y, consiguientemente, sin dilación declarar la guerra al Macedonio. <<

[122] Este decreto, al igual que los documentos que le siguen a continuación, no son, evidentemente, originales, sino obra de un comentarista interpolador y falsificador de textos que ni siquiera ha comprendido bien el contenido del pasaje en que los inserta. El error fundamental en que ha caído consiste en que refirió los decretos y la carta de Filipo exclusivamente al apresamiento de los barcos. Hay otras muchas razones que nos obligan a considerar apócrifos todos estos documentos, por ejemplo, que en un decreto redactado en ático se hable de *náuarchos* (nosotros hemos traducido «almirante») cuando, en realidad, en pleno siglo IV a. C., se esperaría el término *stratēgós*. Sólo Jenofonte en las *Helénicas* (JENOFONTE, V 1, 5) emplea la voz *náuarchos* para referirse a un «almirante». Pero Jenofonte, «la abeja ática», no descuella precisamente entre los prosistas que escriben en ático por destilar una prosa castiza y pura como la miel del Himeto; antes bien, en éste, como en otros casos, emplea voces de cuño helénico, pero no propiamente ático. Jenofonte escribe en *koiné* y se le escapan frecuentes laconismos, por ejemplo, *náuarchos*, error en que ha caído nuestro falsificador. <<

[123] Eubulo, el estadista famoso, era del demo de Anaflisto. Otra prueba más del carácter apócrifo de este decreto. <<

[124] Esquines, en el discurso de acusación (*Contra Ctesifonte* 55), había afirmado que el decreto que declaraba la guerra había sido propuesto por Demóstenes. <<

[125] Se refiere a la embajada del 344 a. C. en que Demóstenes pronunció un discurso ante los mesemos y argivos, el que cita en *Contra Filipo, II* 20-25. <<

[126] Estas expediciones tuvieron lugar en el 341 a. C. y, a raíz de ellas, fueron eliminadas las tiranías de Oreo y Eretria, ejecutados los tiranos Filístides y Clitarco, y toda la isla quedó libre del dominio de Filipo. <<

[127] Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 87-89, 240, 241. El Proconeso y Ténedos aparecen mencionados en el § 302. <<

[128] Se refiere a los peloponesios, que no hicieron caso del consejo de Demóstenes en el 344 a. C.; ni más tarde (cf. DEMÓSTENES, *Contra Filipo, III* 27, 34); y también a los de Oreo y Eritrea, que se negaron a escuchar a Atenas (DEMÓSTENES, *Contra Filipo, III* 57, 66, 68). <<

[129] Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 218. <<

[130] De nuevo estamos ante un documento apócrifo. <<

[131] Cf. Esquines, *Contra Ctesifonte* 231: «Vosotros mismos, cuando coronéis a un hombre de esta especie, ¿no pensáis que en el concepto de los griegos recibís una silba?». <<

[132] Bizancio. <<

[133] Para la política exterior de Atenas era vital evitar que el Helesponto y el Bósforo estuviesen bajo control de poderes enemigos (cf. DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 241, 301). Ello era debido al hecho de que el suelo del Ática, «de escaso espesor», como señalara acertadamente Tucídides (TUCÍDIDES, *Historia de la guerra del Peloponeso* I 2), ni en las mejores cosechas proporcionaba grano suficiente para alimentar a la población a la que brindaba asiento. Necesitaba, pues, Atenas importar trigo de las fértiles costas del Ponto Euxino. Cf. DEMÓSTENES, *Contra Leptines* 31. <<

[134] Filipo se acercó a Tracia en el 340 a. C. para asediar Perinto. Un ejército macedonio que marchaba a través del Quersoneso protegía a la flota de Filipo que en ese momento se abría paso por el Helesponto. <<

[135] Bizancio se alió con Filipo después de abandonar su alianza con Atenas a raíz de la Guerra Social (cf. DEMÓSTENES, *Contra Filipo, III* 35; *Sobre la libertad de los rodios* 3). <<

[136] La «paz de Démades», que protegía a Atenas a partir de la derrota de Queronea. <<

[137] El partido filomacedonio de Atenas había impedido que los atenienses decidiesen prestar ayuda a Tebas en su revuelta del 335 a. C. y a los lacedemonios que hicieran lo mismo en el reinado de Agis, el 330 a. C. <<

[138] En Bizancio, el *hieromnámōn*, sacerdote de Posidón, era el magistrado epónimo, como el arconte en Atenas; cf. Polibio, IV 52. <<

[139] Los bizantinos eran colonos de los megarenses, dorios, por tanto; los perintios, en cambio, lo eran de los jonios de Samos, pero a éstos se les habían unido megarenses. <<

[140] Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 85-93. <<

[141] Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 85 y sigs. No se refiere Esquines, en cambio, para nada a los bizantinos. <<

[142] La primera pertenece a la guerra de Corinto, del 395 a. C., es decir, está a una distancia de sesenta y cinco años de la fecha en que fue pronunciado el discurso *Sobre la corona*. <<

[143] Después de la guerra del Peloponeso, Lisandro estableció, en la mayor parte de las ciudades conquistadas, un gobernador espartano (llamado *harmosta*) al frente de una guarnición y una Junta de gobierno, compuesta por diez miembros (*dekadarchía*) elegidos de entre los ciudadanos de la población sometida más afectos a la causa espartana. <<

[144] Eubea y Mégara habían pasado a manos de los espartanos poco antes de acabar la guerra del Peloponeso. Tanagra estaba en poder de partidarios de Esparta en el 377 a. C. (cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 49). Egina, a la que en el 431 a. C. Atenas había repoblado con sus ciudadanos tras expulsar previamente a los nativos, volvió a pertenecer a sus antiguos dueños por obra de Lisandro, cuando éste se dirigía a Atenas para atacarla en el 405 a. C. (cf. TUCÍDIDES, *Historia de la guerra del Peloponeso* II 27; JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 9). En conjunto, Beocia había sido aliada de Esparta; pero, cuando la guerra terminó, Tebas, disgustada con la actitud tiránica adoptada por los lacedemonios, aunque había sido encarnizada enemiga de Atenas, acogió, en el 403 a. C., a los demócratas atenienses Trasibulo y sus compañeros de exilio, antes de que éstos atacasen, en el 403 a. C., a los Treinta Tiranos y a sus partidarios. Este descontento de Tebas terminó en la «Guerra beocia», en el 395 a. C., en la cual Atenas estuvo del lado de Tebas; en la batalla de Haliarto murió Lisandro en pleno campo de liza. <<

[145] Es decir, las islas adyacentes a Ceos: Tenos, Andros, Melos. Lisandro devolvió Melos a sus antiguos habitantes (cf. PLUTARCO, *Lisandro* 14). <<

[146] Por imposición de Esparta, Atenas se vio obligada a demoler sus Muros Largos y los del Pireo; y sólo se le permitió mantener doce barcos de guerra; cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 2 20. <<

[147] La batalla de Haliarto tuvo lugar en el 395 a. C. Un año más tarde se fecha la batalla de Corinto. En la «guerra de Corinto» se enfrentó a los espartanos una coalición formada por atenienses, corintios, beodos y argivos, fundamentalmente. <<

[148] Era bien conocida la «insolencia de Leuctra», que convirtió a Tebas en blanco de la hostilidad de Atenas, después de haberlo sido por bastantes años Esparta. Cf. DIODORO SÍCULO, XVI 58. En el 370 a. C., es decir, un año después de la batalla de Leuctra, Epaminondas, a la cabeza de un ejército tebano, invadió Laconia y llegó hasta la mismísima Esparta, en la que se abstuvo de penetrar. Retrocedió, seguidamente, a Arcadia, y allí fundó dos nuevas ciudades, Mésenla y Megalópolis, cuya función era la de tener a Esparta bajo control. Fue entonces cuando los lacedemonios solicitaron la ayuda de sus antiguos enemigos, los atenienses. En el 369 a. C., Atenas envía al Peloponeso a Ifícrates al mando de un contingente de tropa que llegaba a los doce mil hombres. Así, Esparta se libró de la invasión tebana que la amenazaba. Se fraguó, de este modo, una alianza entre Atenas y Esparta destinada a estar aún en vigor con posterioridad al 362 a. C., fecha de la batalla de Mantinea, en la que las dos ciudades aliadas lucharon unidamente contra el enemigo común, los tebanos. <<

[149] Los tebanos mantenían en sujeción a Eubea desde el año 271 a. C., fecha de la batalla de Leuctra. Pero, el 357 a. C., un ejército tebano fue enviado a la isla con el fin de acallar algunos disturbios que se producían en ella. Los eretrios pidieron ayuda a Atenas para hacer frente a sus enemigos de la localidad, que eran apoyados por fuerzas tebanas. Los atenienses enviaron a Eubea un ejército que en treinta días expulsó de la isla a las tropas tebanas. <<

[150] Tirano de Eretria que, en el 366 a. C., juntamente con otro eubeo, Teodoro (citado en el texto a continuación), atacaron Oropo, localidad ateniense situada en la frontera con Beocia, la tomaron y se la entregaron a los tebanos. <<

[151] Tras la digresión comprendida entre los §§ 95 y 101, ambos inclusive, reemprende Demóstenes la exposición de su política defendiendo su famosa Ley trierárquica (340 a. C.) de los ataques de Esquines (102-109). <<

[152] Ya en el mismo comienzo de su carrera política, Demóstenes había propuesto modificar la cuestión del servicio de la flota y de las prestaciones de los trierarcos (año 354 a. C.). En el 340 a. C., cuando empezaba la «segunda guerra contra Filipo», logró nuestro orador, pese a todas las resistencias y obstáculos que le salieron al paso, imponer una reforma radical en la organización de las trierarquías, según la cual, todos los ciudadanos que tenían posibles contribuían, cada cual según su fortuna, a las cargas impuestas por el servicio público. <<

[153] Cf. DEMÓSTENES, *Sobre las sinmorías*. <<

[154] Cuando se presentaba una acusación de ilegalidad contra una ley o un decreto, era menester que el acusador jurase su intención de proseguir con la denuncia. De este modo, la ley o el decreto inculpados eran inmediatamente anulados, o detenidos (en el caso de que su aprobación estuviese aún en proceso de trámite). <<

[155] No es un decreto, sino un memorándum, lleno, por lo demás, de indicios que denuncian su carácter apócrifo. <<

[156] Está claro que estas listas ni son listas ni cosa que se les parezca. En las listas verdaderas y auténticas debieran figurar nombres de ciudadanos, especificación de la magnitud de su riqueza y sus contribuciones a la trierarquía antes (primera lista) y después (segunda lista) de que entrara en vigor la ley de Demóstenes. <<

[157] El trierarco que se sentía agraviado o perjudicado en sus intereses y derechos depositaba un ramo de suplicante sobre un altar (tal vez el situado en la Pnix), o bien se sentaba junto al altar de Ártemis Muniquia, en el puerto de este mismo nombre; cf. LISIAS, *Contra Agórato* 24, 52. <<

[158] Eran diez en número. Se les elegía en cada ocasión en que se preparaban expediciones navales; estaban encargados de proveer a las trirremes de jarcias y aparejos, y de comprobar si después de su navegación se encontraban en perfecto estado. <<

[159] Nausicles fue el general que estuvo al frente de la expedición militar que detuvo a Filipo en las Termópilas el año 352 a. C. Cf. DIODORO SÍCULO, XVI 37. <<

[160] Es uno de los patriotas cuya extradición pidió Alejandro después de la destrucción de Tebas y a punto ya de partir hacia Asia. Cf. ARRIANO, *Anábasis de Alejandro* I 10, 4. <<

[161] Caridemo de Oreo, cuya extradición pidió también Alejandro en el 335 a. C., fue objeto de un duro ataque, por parte de nuestro orador, en su discurso *Contra Aristócrates* (XXIII en el *Corpus*). Fue, en principio, jefe de tropas mercenarias; luego, sus servicios fueron eri Atenas altamente considerados, sobre todo por sus campañas en el Quersoneso. Llegó a ser general ateniense y luchó contra Filipo de Macedonia, de quien fue enemigo acérrimo. <<

[162] Bien conocido en Atenas. A propuesta de Licurgo, fue, al igual que Diotimo, colmado de honores; cf. *Vida de los diez oradores* 843 y sigs. <<

[163] Fue bajo el arcontado de Frínico. Aparte de la fecha hay, en este decreto, omisiones y determinados detalles del texto que lo declaran apócrifo. <<

[164] Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 35-48. <<

[165] Alusión a las invectivas y palabras torpes que se lanzaban desde sus carros los participantes en procesiones festivas en honor de Dioniso (en los Coes y las Leneas) o en conmemoración de los grandes misterios eleusinios (en este caso eran mujeres las participantes). <<

[166] Los tres jueces de los muertos en el *Gorgias* platónico; cf. PLATÓN, *Gorgias* 523 E. <<

[167] Cuando pronunció Demóstenes el discurso *Sobre la embajada fraudulenta* (cf. 249), se contentó con presentar al padre de Esquines como maestro de escuela llamado Atrometo. Ahora, en cambio, le rebaja de categoría, pues nos lo muestra como esclavo de un maestro, y le desfigura el nombre, que de *Atrometo* («impávido») pasa a ser *Tromes* («tembloroso»). <<

[168] De difícil interpretación. Se ha propuesto identificar este héroe con el *hḗrōs iatrós* que aparece mencionado por Demóstenes en un texto en que sitúa la escuela de Atrometo junto al santuario de este héroe. Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta* 249. <<

[169] Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 262, 265; *Sobre la embajada fraudulenta* 246, 247, 337. <<

[170] En el año 346 a. C., arcontado de Arquias, tuvo lugar en Atenas una revisión general de las; listas de ciudadanos. Los miembros de cada demo fueron todos examinados y, si se planteaban dudas respecto de un nombre, se procedía a votar. El proceso se llamaba *diapsḗphisis*, y el hecho de eliminar a un individuo del demo en cuya lista su nombre figuraba se denominaba *apopsḗphisis*. <<

[171] En ese momento (340 a. C.) era Demóstenes «encargado de la flota». Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 222. <<

[172] Hacia el 343 a. C. los delios se negaron a reconocer el antiguo derecho de Atenas a administrar el templo de Apolo en la isla. El caso fue presentado ante el Consejo Anfictiónico. La Asamblea escogió a Esquines como consejero delegado; pero el Areópago, a quien el pueblo había concedido autoridad para revisar la elección, rechazó al candidato de la Asamblea y nombró en su lugar a Hiperides. <<

[173] Famoso orador, discípulo de Isócrates, que fue enviado a Atenas por Filipo, el año 343 a. C., para tranquilizar a los atenienses, que recelaban de las verdaderas intenciones del Macedonio, y darles garantías de los deseos de paz del monarca. <<

[174] Esquines acusó a Demóstenes de haber sido responsable de la detención y muerte de Anaxino, e, incluso, de haberle torturado dos veces con sus propias manos, pese al hecho de haber recibido hospitalidad por parte de aquél en Oreo. Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 223, 224. <<

[175] Para que la flota de Filipo pasase por el Helesponto rumbo a Perinto, ciudad que el monarca se disponía a asediar, sin ser molestada por los atenienses, un ejército macedonio iba atravesando el territorio ateniense del Quersoneso. <<

[176] De no haber sido detenido en el Helesponto, Filipo habría atacado de inmediato el Ática y toda Grecia. Así de claro lo expuso nuestro orador ya en el 351 a. C.; cf. DEMÓSTENES, *Contra Filipo, I* 50, y en el 344 a. C., cf. *Contra Filipo, II* 35. <<

[177] Se refiere a poemas compuestos por Esquines en su juventud, a los que él mismo alude; cf. ESQUINES, *Contra Timarco* 136. <<

[178] Se refiere al largo pasaje del discurso de la acusación, en el que Esquines refirió su actuación en Delfos cuando suscitó la guerra de Anfisa. Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 107-129. <<

[179] Apolo es dios patrio, ancestral de Atenas, porque fue padre de Ión. Cf. EURÍPIDES, *Ión*; HARPOCRACIÓN, *s. v. Apollon*; escolio a ARISTÓFANES, *Aves* 1527: «como patrio estiman a Apolo los atenienses, toda vez que Ión, polemarco de los atenienses, fue hijo de Apolo y Creúsa, la hija de Juto». <<

[180] Es decir, en el *Metrōyon*. Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 187; PAUSANIAS, I 3, 5. <<

[181] En el 346 a. C., cuando volvieron a Atenas los miembros de la segunda embajada enviada junto a Filipo. <<

[182] Demóstenes comprendió de inmediato que la «Guerra Anfictiónica» iba a terminar con la penetración de Filipo en Grecia. <<

[183] Se refiere Demóstenes a los generales Cares y Foción, que estaban al frente de las tropas atenienses al comienzo de la guerra, mientras Filipo asediaba Bizancio. <<

[184] El texto dice «la Pilea», es decir, la asamblea del Consejo anfictiónico, que dos veces por año (en primavera y otoño) se reunía primeramente en las Termopilas, en el santuario de Deméter, situado en Antela, y luego, ya celebraba las sesiones regulares en Delfos. Cf. HIPERIDES, *Epitafio* 18; HERÓDOTO, VII 200; ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 126; ESTRABÓN, *Geografía* 429; HARPOCRACIÓN, *s. v. Pylai*. <<

[185] Se llamaba *hieromnḗmōn* cada uno de los miembros del Consejo anfictiónico. Veinticuatro *hieromnémones* lo componían, dos por cada una de las doce tribus. Los *pilágoros* eran delegados que las distintas ciudades enviaban al Consejo. Éstos tenían facultad para hablar en público ante los miembros del Consejo anfictiónico, pero no derecho a voto. Atenas, en la primavera del 339 a. C., envió al Consejo anfictiónico un *hieromnḗmōn* y tres *pilágoros*. <<

[186] En la primavera del 339 a. C. Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 115-124. <<

[187] Alude a la narración que hace Esquines de la primera «Guerra Sagrada» que tuvo lugar en época de Solón. Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 107-112. <<

[188] Esquines, en efecto, narró la historia de los Anfictíones, comenzando por la consagración de la llanura de Cirra, que tuvo lugar al final de la primera «Guerra Sagrada», en torso al 586 a. C. Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* III 61 y sigs. <<

[189] Ciertamente, los estados que enviaban representantes al Consejo anfictiónico no sobresalían, precisamente, por su alto nivel cultural y, consiguientemente, sus *hieromnémones* tampoco eran individuos de muchas luces. Fue precisamente en esta época cuando el Consejo, que no venía siendo más que una antigualla, se revitalizó de modo sorprendente en beneficio de Filipo. <<

[190] Una inscripción del 380 a. C. contiene una orden de los anfictíones, por la que se han de realizar visitas de inspección a lo largo del territorio consagrado. Se da a conocer en ella también la imposición de una multa a todo aquel que sea sorprendido usurpando el territorio consagrado; y si esa multa no llegase a ser pagada, se amenaza con la exclusión del templo e, incluso, con la guerra. Cf. *C. I. A.* II 545, 15-18. <<

[191] Para entender este pasaje, viene bien confrontarlo con el de *Contra Ctesifonte* 116, donde Esquines dice que los anfiseos trataban de proponer un decreto al Consejo, en virtud del cual se imponía a Atenas una multa de cincuenta talentos, por haber colgado de los muros del templo viejos escudos ofrendados como exvotos tras la batalla de Platea. <<

[192] El presidente del Consejo, un tesalio de Fársalo; cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 128. <<

[193] Filipo, una vez hubo pasado a través de las Termópilas, olvidó la empresa para la que había sido designado general de las tropas anfictiónicas, a saber, la de entrar en guerra con Anfisa, y se presentó en la localidad focidia de Elatea, desde donde era fácil penetrar en Beocia y emprender la ruta hacia Atenas. Filipo fue nombrado general por los antictíones en el 339 a. C., y, al final de este mismo año o comienzos del siguiente, irrumpió en Elatea. Pocos meses después tuvo lugar la batalla de Queronea. <<

[194] Este decreto, al igual que el que le sigue y la carta que va a continuación, son documentos espurios. El falsificador ignora el relato que Esquines hace de los hechos que aquí intentan reflejarse, no sabe a ciencia cierta quiénes eran los *pilágoros* e ignora a los *hieromnémones*. <<

[195] Otro error del falsificador: Cótifo no era arcadio, sino tesalio, de Fársalo concretamente. <<

[196] Deberían aparecer consignadas dos dataciones, puesto que de dos decretos se trata. <<

[197] Es decir, los arcadlos, eleos y argivos. <<

[198] Este nombre, *demiurgo*, era el que recibían ciertos magistrados de varias ciudades del Peloponeso. <<

[199] Es decir, Filipo. Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta* 64. <<

[200] La palabra griega que aparece en este lugar es *alitḗrios*, voz que sirve para designar al hombre que ha ofendido a los dioses y, en consecuencia, pesa sobre él una maldición que transmite por contagio a todo individuo con el que trata. Cf. ANDÓCIDES, *Sobre los misterios* 130, 131. <<

[201] Este hombre de estado (cf. DEMÓSTENES, *Contra Leptines* 148; *Sobre la corona* 70) fue partidario de concertar una alianza con Tebas para hacer frente a Esparta. Según Esquines, durante muchísimo tiempo tuvo que soportar la acusación de ser defensor de los intereses beocios. Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 139. <<

[202] En tiempos en que aún era clara la supremacía espartana, Atenas envió ayuda a Tebas para desalojar de la Cadmea a la guarnición de soldados lacedemonios que la ocupaban (379 a. C.). Después de la batalla de Leuctra (371 a. C.), estos ofrecimientos amistosos desaparecieron del todo. <<

[203] En realidad, Esquines dice que la alianza que Atenas ha establecido con Tebas ha resultado onerosa para aquella ciudad por culpa de Demóstenes. Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 137 y sigs. <<

[204] Por poco que se discurra sobre el contenido de este pasaje, aparece a todas luces claro que los «decretos» atenienses y las «respuestas» que a ellos debieron dar los tebanos, deben referirse a verdaderos decretos y respuestas, a través de los cuales podría mostrarse la gran enemistad existente entre ambas ciudades. Sin embargo, un interpolador nos ha obsequiado con absurdos decretos contra Filipo y sendas cartas del Macedonio que nada tienen que ver con el contexto concreto en que se insertan. Los errores que estos documentos contienen son tan crasos y patentes, que no merece la pena extenderse sobre ellos. Nos contentamos con decir que las fechas que se leen en ellos no cuadran con los hechos a que se refieren, y que, en la Atenas de la época a que se refiere el primer documento, los estrategos no colaboraban con el Consejo en la elaboración de decretos previos, como parece deducirse del encabezamiento del aludido texto. <<

[205] Comienza aquí un pasaje modélico de la prosa ática.

Un comentario puede verse en A. LÓPEZ EIRE, «Oratoria griega: Demóstenes, *De Corona* 169-170», en *El comentario de textos griegos y latinos*, Madrid, 1979, págs. 263-277. Esta narración pictórica de la alarma con que en Atenas se acogió la noticia de la toma de Elatea por Filipo, pareció espléndida e inimitable ya a los antiguos. La elogia calurosamente el Pseudo-Longino por la sabia elección de detalles que acertó a hacer el autor y su habilidad al combinarlos de modo que del conjunto resultase un todo armónico. Cf. PSEUDO-LONGINO, *Sobre lo sublime* X. Hiperides, en su discurso pronunciado en defensa de Aristogitón, describió el estado de postración y desaliento en que se encontraba Atenas tras la batalla de Queronea. Pero tal narración, según Teón (*Rh, Gr*. 167 WALZ), no logró la calidad de ésta en que Demóstenes narra cómo el pánico cundió en su ciudad al conocerse la mala nueva de la captura de Elatea por las tropas del Macedonio. <<

[206] Estos zarzos de mimbre servían de techo a los tenderetes instalados en el Ágora. <<

[207] Es decir, el pueblo, impaciente, se había instalado ya en la Pnix. <<

[208] Este último período, que ha parecido sospechoso a muchos críticos y editores, nos parece a nosotros hermoso, solemne y demosténico en esencia. Cumple, además, una importante función dentro del contexto: la de prolongar la tensión e incertidumbre descritas, retrasando la aparición del salvador de la patria. <<

[209] Los trescientos ciudadanos que estaban al frente de las *sinmorías*. <<

[210] Después de la batalla de Queronea se recaudaron contribuciones voluntarias. Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 312; DINARCO, *Contra Demóstenes* 80. <<

[211] Esta metáfora del lenguaje militar es una de las favoritas de Demóstenes, muy frecuente en sus discursos; cf., por ejemplo, DEMÓSTENES, *Olint. II* 36; *Por la libertad de los rodios* 32, 33; *Sobre la embajada fraudulenta* 9, 29; *Contra Midias* 120, etcétera. <<

[212] Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta* 54, 118.
<<

[213] Comienza aquí un famosísimo período que fue ejemplo arquetípico de la figura retórica denominada en griego *klímax* y en latín *gradatio*. Quintiliano tradujo este pasaje del siguiente modo (cf. QUINTILIANO, *Institutio oratoria* IX 3, 55: *non enim dixi quidem sed non scripsi, nec scripsi quidem sed non obii legationem, nec obii quidem sed non persuasi Thebanis*. <<

[214] Este mote que, según el orador, le impuso su propia nodriza (cf. ESQUINES, *Contra Timarco* 126), en manos luego de Esquines pasó a tener connotaciones de afeminamiento y falta de virilidad. En boca de su nodriza, este apodo de Demóstenes hacía referencia, en principio, seguramente, al aspecto de poca salud y la desmirriada figura del orador en su niñez y primera juventud.

Es curioso que este insulto no aparezca en el *Contra Ctesifonte* de Esquines, y sí, en cambio, en sus otros dos discursos: ESQUINES, *Contra Timarco* 126, 131, 164; *Sobre la embajada fraudulenta* 99. Sobre las connotaciones del apodo entre los antiguos, cf. PLUTARCO, *Vida de Demóstenes* 4. <<

[215] Esquines desempeñó el papel de Creonte (papel francamente secundario o —casi mejor— terciario [*tritagonistés*] en importancia) en representaciones de la *Antígona* de Sófocles. Hizo también de Cresfontes en la pieza de este mismo nombre, obra de Eurípides, desempeñando igualmente un papel secundario, pues el principal correspondía a otro personaje de la trama dramática: Mérope. Encarnó, asimismo, a Enómao en la obra del mismo título compuesta por Sófocles. El núcleo argumental de este drama debía de ser la famosa carrera de carros en que se enfrentaron Enómao y Pélope, y de la que resultó vencedor este último, victoria que le confirió la mano de Hipodamía. Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta* 247. <<

[216] Demo de Atenas. <<

[217] Esquines era del demo de Cotócidas. <<

[218] Este «decreto de Demóstenes», como los demás decretos que anteriormente hemos estudiado, es espurio. La fecha de dieciséis del mes de Esciroforión es una confusión clarísima. Si la toma de Elatea por parte de Filipo hubiera tenido lugar a mediados del mes de Esciroforión (fecha de este decreto), entonces esa captura no habría precedido a la batalla de Queronea. <<

[219] Este símil fue muy del gusto de los antiguos; los rétores lo citan con gran frecuencia. Cf. PS.-LONGINO, *Sobre lo sublime* 39. <<

[220] Cuenta Plutarco que, en cierta ocasión en que el pueblo encargó a Demóstenes de una acusación, éste replicó con estas palabras: «vosotros os serviréis de mí como consejero, aunque no queráis, pero no como sicofanta, aunque queráis». Cf. PLUTARCO, *Vida de Demóstenes* 14. <<

[221] De nuevo estamos ante la metáfora derivada de la lengua militar. Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 173. <<

[222] El peligro inminente es el de la batalla de Queronea; el ya presente es la ocupación de Elatea por Filipo. <<

[223] Queronea. <<

[224] Cf. Esquines, *Contra Ctesifonte* 158. **<<**

[225] Desde Queronea, pasando por Tebas, hasta la frontera ática con Beocia en Eléuteras había alrededor de cuatrocientos cincuenta estadios: desde Eléuteras a Atenas, unos doscientos cincuenta; de modo que la distancia de Queronea a Atenas era de setecientos estadios poco más o menos, que podían, por tanto, ser recorridos en tres días. <<

[226] Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 56. <<

[227] Comienza, en este punto, un famoso *dilema* bien conocido por los rétores, que con frecuencia aluden a él. <<

[228] Nada sabemos de estos personajes ni de la situación en que se encontraban Naxos y Tasos, salvo lo que de este pasaje concreto puede deducirse. Una y otra isla, a lo que parece, estaban en poder de Alejandro, y el gran éxito que el monarca iba logrando, a la sazón, en su campaña de Asia envalentonaba al partido filomacedonio, cuyos miembros se dedicaban a perseguir con saña a sus adversarios. <<

[229] A esta figura la denominan los rétores griegos *antistrofa*. <<

[230] Cf. *Olint. III* 10; *Contra Filipo, III* 5; Sobre las sinmorías 24. <<

[231] C. DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta* 312. <<

[232] En tiempos de Epaminondas. <<

[233] Se refiere a Jerjes y a la orden que dio a Mardonio antes de la batalla de Platea, transmitida a Atenas por Alejandro, rey de Macedonia. Cf. HERÓDOTO, *Historia* VIII 140; IX 4, 5; DEMÓSTENES, *Contra Filipo, II* 11. <<

[234] Con anterioridad a la batalla de Salamina, los atenienses, siguiendo el consejo de Temístocles, abandonaron Atenas. Respecto de la lapidación de Císilo, Heródoto narra una historia similar a ésta, pero adobada con detalles diferentes: en primer lugar, el lapidado, según el historiador, era un *buleuta* («miembro del Consejo») llamado Lícidas; el apedreamiento lo compartió con su mujer y sus hijos; y, por último, el suceso lo sitúa Heródoto cuando los persas, guiados por Mardonio, invadieron el Atica por segunda vez. Cf. HERÓDOTO, *Historia* IX 4. <<

[235] Comienza aquí el famoso y solemne «juramento por los héroes de Maratón, Platea, Salamina y Artemisio». Estamos ante un emocionante pasaje muy admirado por el Pseudo-Longino (*Sobre lo sublime* XVI), Hermógenes (*Rh. Gr*. 246, 247 WALZ), Arístides (*Arte Retórica* I 1, 7), Clemente de Alejandría (*Strómata* VI 2, 20) y Quintiliano (*Institutio oratoria* XI 3, 168). <<

[236] Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 181-88. **<<**

[237] Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 137-141, 237-239. Teopompo, aunque no sentía absolutamente simpatía alguna hacia Demóstenes, no está, sin embargo, de acuerdo con esta apreciación de Esquines. Cf. PLUTARCO, *Vida de Demóstenes* 19. <<

[238] Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 157. <<

[239] Después de la batalla de Queronea y de la destrucción de Tebas, el contenido e intención de esos discursos quedaría fuera de lugar. En la *Vida de Demóstenes*, de Plutarco, puede verse un bosquejo del gran esfuerzo que puso en juego nuestro orador para ganarse a la Asamblea tebana. Citando a Teopompo, el de Queronea nos informa de que, en aquella ocasión, la oratoria de Demóstenes, arrebatadora y sumamente suasoria, causó verdaderos estragos entre los oyentes, a quienes entusiasmó y arrastró al seguimiento de la noble empresa antimacedónica. Cf. PLUTARCO, *Vida de Demóstenes* 18. <<

[240] Se refiere al río Cefiso en su curso alto. Este río atraviesa Fócide y entra luego en Beoda, por donde discurre; pasa cerca de Queronea. <<

[241] Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 100. **<<**

[242] Calístrato de Afidnas fue el famoso orador, cuya elocuencia despertó la vocación oratoria del joven Demóstenes. <<

[243] Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la corona*, 70 y nota. <<

[244] Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 251 y nota. <<

[245] Trasibulo de Cólito fue el famoso restaurador de la democracia en la Atenas del 403 a. C., una vez que derrotó al gobierno de los Treinta Tiranos. <<

[246] Aparece de nuevo, más adelante, este nombre, citado con desprecio por Demóstenes entre sus adversarios políticos. Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 249. <<

[247] Demómeles era hijo de Demón y primo de Demóstenes; cf. DEMÓSTENES, *Contra Áfobo* I, 11. Probablemente él fue quien propuso el decreto al que se alude en el § 222 con la palabra «decretos» y, luego, Hiperides lo modificó o, simplemente, le añadió alguna cláusula. Por esa razón, utiliza nuestro orador el plural («decretos»), en vez del singular. <<

[248] Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 58-78. En este pasaje, Esquines introduce decretos referentes a las negociaciones de la «Paz de Filócrates», del 346 a. C., que incidían de manera muy leve sobre el argumento principal de su discurso. <<

[249] Esquines intenta hacer creer a los jueces que Demóstenes, en un determinado momento de su carrera política, fue favorecedor de Filipo. Asegura que fue activo promotor de la paz de Filócrates y que ayudó al Macedonio a conseguir unas condiciones favorables y aun ventajosas para firmarla.

Ahora bien, dado que Demóstenes había ganado, a la sazón, merecida fama de adversario político de Filipo, Esquines pide a los jueces que no se dejen arrastrar por opiniones preconcebidas, sino que, como en una operación de cálculo se respetan los resultados que arrojan las cifras, así también ellos deben hacer caso de los datos, que demostrarán que el orador de Peania fue partidario del monarca macedonio. <<

[250] Después de la batalla de Queronea, Filipo mantuvo con Atenas una actitud comprensiva y generosa ante la firme y digna postura de Demóstenes y sus correligionarios. <<

[251] Esquines ridiculiza expresiones de Demóstenes y critica su inmoderada gesticulación, a la vez que, para mayor burla, remeda sus exagerados gestos. Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 166 y sigs. <<

[252] El imperio marítimo ateniense, que nació, al final de las Guerras Médicas, y quedó deshecho tras la Guerra del Peloponeso, revivió en el 378 a. C. sobre la base de unas condiciones políticas absolutamente nuevas que nada tenían ya que ver con las de la Liga ático-délica. Pero esta revitalización fue efímera y ya en el 355 a. C., a raíz del infeliz desenlace de la Guerra Social, que enfrentó a Atenas con aquellos de entre sus aliados que se alzaron en rebeldía (Quíos, Rodas, Cos y Bizancio), puede decirse que la hermosa empresa para Atenas, consistente en remedar el pasado con una segunda Liga marítima, toca a su fin. <<

[253] Se está refiriendo Demóstenes al año 340 a. C., momento en que Quíos y Rodas eran independientes de Atenas como consecuencia de la Guerra Social (357-355 a. C.), pero Bizancio, que había intervenido también en esta guerra, combatiendo contra Atenas al lado de Quíos y Rodas, había hecho ya renovación de su antigua alianza. Corcira, antigua aliada de Atenas, se había vuelto hostil a ella poco antes del 353 a. C. Cf. DEMÓSTENES, *Contra Timócrates* 202; DIODORO SÍCULO, XV 95. <<

[254] Esta suma es una ridiculez, palpable muestra de hasta qué punto había descendido el poder de Atenas después de la Guerra Social. El tributo ascendía en tiempos de Aristides a cuatrocientos sesenta talentos, y en tiempo de Pericles llegó a seiscientos (cf. TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* 11 13). Según Esquines y Plutarco, Atenas llegó a recaudar después de la Paz de Nicias sumas cercanas a los mil doscientos o mil trescientos talentos; cf. ESQUINES, *Sobre la embajada fraudulenta* 175; PLUTARCO, *Vida de Aristides 24*. <<

[255] Cf. DEMÓSTENES, *Olint. I* 4; *Contra Filipo, III* 48 y sigs. <<

[256] Se refiere Demóstenes a la Liga contra Filipo formada en el 340 a. C. por él mismo y Calias de Cálcide. <<

[257] En su discurso *Contra Ctesifonte*, Esquines echa en cara a Demóstenes haber obligado a Atenas a pechar con las dos terceras partes de los costes de la guerra, mientras el tercio restante corría por cuenta de Tebas, que, no obstante, compartía con Atenas el mando sobre las tropas por mar y tenía más poder que Atenas sobre los ejércitos conjuntos si combatían por tierra. Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 143. También le acusa de haber presentado una moción para concluir con Cálcide una alianza entre esta ciudad y Atenas, movido por el oro de Calias. Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 91. A ambas acusaciones responde Demóstenes brillantemente en este pasaje. <<

[258] Las cifras que se barajan en el cómputo de las naves que intervinieron en Sal amina varían notablemente según las distintas fuentes de información. No obstante, todas ellas están de acuerdo en que el contingente de la flota ateniense constituía las dos terceras partes del total. La diferencia, pues, de un autor a otro afecta únicamente al número de naves griegas, en general, y no atenienses, particularmente. Demóstenes concuerda con Esquilo, testigo presencial de la batalla, quien en *Los Persas* habla de trescientas diez (*Persas* 339); Heródoto dice que fueron trescientas setenta y ocho (aunque si se suman los contingentes parciales que va presentando, el total sólo llega hasta trescientas sesenta y seis); HERÓDOTO, *Historia* VIII 1, 44 y 48; en la obra de Tucídides se nos habla de cuatrocientas (cf. TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* I 74). Es sumamente desconcertante, por lo que vamos viendo, que el propio Demóstenes en el discurso *Sobre las sinmorías* se refiera a las «doscientas» naves griegas que se enfrentaron a las mil persas; cf. DEMÓSTENES, *Sobre las sinmorías* 29. <<

[259] Ambos oradores se zahieren mutuamente con este insulto; cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 167. <<

[260] Según los gramáticos antiguos, «mono trágico» era una locución proverbial en griego que se aplicaba a quien afectaba una seriedad que no le correspondía por su naturaleza, procediendo como si imitase a los actores trágicos. No hay que olvidar que Esquines fue actor trágico, profesión en la que no alcanzó grandes éxitos. <<

[261] Es decir: un Enómao abucheado en los demos del Ática durante las fiestas Dionisias rústicas. *Enómao* era el título de un drama de Sófocles, en el cual se trataba de la carrera de carros en que compitieron Enómao y Pélope, y de cómo este último resultó ganador y obtuvo, de este modo, la mano de Hipodamía. Pues bien, el anónimo autor de la *Vida de Esquines* nos transmite una anécdota contada por Demócares, sobrino de Demóstenes, según la cual Esquines, haciendo el papel de Enómao, en un momento en que perseguía a Pélope en la escena, cayó al suelo en forma ridícula. <<

[262] Nada sabemos de estas embajadas en que fue enviado Demóstenes, excepto de la de Bizancio (*Sobre la corona* 87-89) y Tebas (*Sobre la corona 211* y sigs.) En *Contra Filipo, III* 72, se alude a que fue, como embajador, a varias ciudades del Peloponeso y a que, como consecuencia de estas embajadas, Filipo se abstuvo de conquistar Ambracia; cf. DEMÓSTENES, *Contra Filipo, III* 27 y 34. <<

[263] Inmediatamente después de la batalla de Queronea, los atenienses, temerosos de la invasión de Filipo, emprendieron la reparación de sus muros y fortificaciones. Esta labor, a la que se refiere Demóstenes en este pasaje concreto, no tiene nada que ver con la más concienzuda fortificación de las murallas de la que nuestro orador fue comisario inspector y que tuvo lugar un año más tarde; cf. DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 113. Licurgo habla del entusiasmo general que reinaba en Atenas cuando, tras la batalla de Queronea, todos los ciudadanos sin distinción de edad se entregaron a la tarea de reparar los muros de su patria (*Licurgo* 44). <<

[264] Esta magistratura sólo entraba en vigencia en periodos penosos por la escasez de grano. Normalmente el control del trigo lo ejercían unos magistrados llamados «vigilantes del trigo» (*sitophýlakes*), treinta y cinco en número, veinte para la ciudad y quince para el Pireo. <<

[265] Sosicles y Melanto nos son desconocidos. Acerca de Diondas, cf. *Sobre la corona* 222. Filócrates no es el de Hagnunte, el que dio nombre a la paz del 346 a. C., quien, a la sazón, debía estar seguramente en el exilio, condenado a raíz de la acusación pública presentada por Hiperides (cf. Demóstenes, *Sobre la embajada fraudulenta* 116), sino un eleusino que reaparece nombrado en Demóstenes, *Contra Aristogitón* I 44. <<

[266] Este Céfalo no puede ser, de ninguna manera, el padre de Lisias, Polemarco y Eutidemo que aparece, al comienzo de la *República* de Platón, dialogando con Sócrates y de quien se nos dice, en este diálogo, que se encontraba ya entonces en «el umbral de la vejez». El Céfalo al que este pasaje alude es el mismo que aparece mencionado en el § 219 de este discurso junto con Calístrato, Aristofonte y Trasibulo de Cólito. Dinarco (I 76), hablando del pueblo ateniense, afirma que tuvo la gran suerte de dar con buenos generales (Conón, Ifícrates, Cabrias y Timoteo) y buenos consejeros (como Arquino, que juntamente con Trasibulo, en el 403 a. C., restauró la democracia en Atenas, y Céfalo de Colito). Fue, pues, un famoso estadista que, junto con Trasibulo de Colito, estaba a la cabeza del partido protebano en Atenas. Según Esquines, Céfalo, que pasaba por ser, en alto grado, amigo del pueblo, se gloriaba diciendo que, aunque había redactado muchísimos más decretos que nadie, sin embargo nunca se había visto obligado a presentarse ante los tribunales acusado de haber propuesto en ellos medidas ilegales; cf. ESQUINES, Contra *Ctesifonte* 194. <<

[267] El Zeus de Dodona es invocado por Aquiles en la *Ilíada* (cf. *Ilíada* XVI 233). El propio Demóstenes recoge oráculos enviados a Atenas por Dodona (cf. DEMÓSTENES, *Contra Midias* 53; *Sobre la embajada fraudulenta* 299). En esta época, el oráculo de Dodona estaba en alza seguramente porque el de Delfos se hallaba sometido a influencia macedonia. Demóstenes estaba convencido de que la Pitia era partidaria de Filipo; cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 130. <<

[268] Testimonio de estos servicios públicos se ofrecen en el § 267. Demóstenes fue corego en el 350 a. C., cuando sufrió mal tratamiento y atropello por parte de Midias (cf. Demóstenes, *Contra Midias* 30 y sigs.). <<

[269] Esto mismo había dicho Demóstenes en *Sobre la embajada fraudulenta* 199. Nuestro orador nos ofrece una caricatura de ceremonias de ritos de iniciación asiáticos en que se entrecruzan rasgos de culto bacanal con misterios órficos. <<

[270] Tal era el atuendo de quienes integraban el cortejo de Baco; cf. EURÍPIDES, *Las Bacantes* 23. <<

[271] Al igual que a Estrepsíades, en *Las Nubes* de Aristófanes; cf. ARISTÓFANES, *Las Nubes* 256. <<

[272] Fórmula típica de los rituales de iniciación. Con ella el iniciado proclamaba el comienzo de su nueva vida. <<

[273] También en otros lugares alude Demóstenes a la fuerte voz de Esquines. Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 280, 285, 291, 313; *Sobre la embajada fraudulenta* 206-208, 216, 337-340. En el § 216 de este último discurso contrapone Demóstenes su propia voz débil a la fuerte de su adversario. <<

[274] Según Focio, el hinojo era planta muy usada en las ceremonias mistéricas, porque servía para atraer a las serpientes, las cuales sobre ella mudaban la piel. Cf. Focio, *Léxico, s. v. márathos*. Eliano confirma el hecho de que el hinojo ejerce atracción sobre las serpientes; cf. ELIANO, *Historia de los animales* IX 16. Estrabón explica que la localidad de Maratón había recibido este nombre por ser lugar apetecido por las serpientes; cf. ESTRABÓN, *Geografía*, pág. 160 KRAMER. Del álamo blanco dice Harpocración que lo empleaban los iniciados para coronarse con sus hojas en los ritos báquicos, por ser planta que, según Homero, crece en las riberas del Aqueronte; cf. HARPOCRACIÓN, *s. v. leúkē*. <<

[275] «Euoí» era el grito que se empleaba regularmente en el culto báquico. «Saboí», el que se usaba para invocar a Sabacio, una especie de Baco traco-frigio. <<

[276] Palabras ligadas a los ritos mistéricos. Cf. C. A. LOBECK, *Aglaophamus. Drei Bücher über die Grundlagen der Mysterienreligion der Griechen mit einer Sammlung der Fragmente der orphischen Dichter*, reimpr., Darmstadt, 1961, págs. 652 y 1041-6. <<

[277] La hiedra era planta consagrada a Baco. <<

[278] La *mystica vannus Iacchi*. Cf. VIRGILIO, *Geórgicas* I 166, y el comentario que hace Servio citando a Varrón: *ideo ait quod Liberi patris sacra ad purgationem animae pertinebant; et sic homines eius mysteriis purgabantur sicut vannis frumenta purgantur*. <<

[279] Sobre estas especies de pasteles, cf. C. A. LOBECK, *op. cit.*, págs. 1072 y sigs. <<

[280] Es una frase proverbial o convertida en proverbial; significa vivir cobardemente; en un fragmento de tragedia de autor desconocido se lee este verso: «vives la vida de una liebre, habiendo sido antes intrépido león» (cf. A. NAUCK, *Tragicorum Graecorum Fragmenta*, reimp., Hildesheim, 1964, página 373). Cf., igualmente, DIÓN CRISÓSTOMO, LXVI 24 (pág. 357 R.). <<

[281] Cf. LICURGO, *Contra Leócrates* 142; DIODORO SÍCULO, XVI 88. <<

[282] Con los versos que siguen a continuación comenzaba la *Hécuba* de Eurípides. La primera palabra del verso segundo —no citado en este pasaje— era *lipón*, es decir, «habiendo abandonado», pieza clave para entender el primer verso. <<

[283] No se sabe a ciencia cierta de qué tragedia ha sido extraído este verso. Sin embargo, el contenido que encierra no sólo no es extraño a la tragedia en general, sino, por el contrario, muy adaptado a la situación especial en que suele encontrarse un personaje familiar en ese género literario: el mensajero portador de malas nuevas. Cf., por ejemplo, las palabras de Taltibio en EURÍPIDES, *Las Troyanas* 705. <<

[284] Comienzo de otro trímetro yámbico citado por Linceo en ATENEO, *Deipnosofistas* IV 150 C. <<

[285] En efecto, eso hizo Demóstenes después de la primera guerra contra Filipo; cf. DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta* 169 y sigs. <<

[286] Las leyes no escritas, es decir, las leyes naturales, morales o divinas, se diferencian de las leyes hechas por los hombres, las leyes escritas; cf. Demóstenes, *Contra Aristócrates* 70. Cf., sobre esta distinción, Platón, *Las leyes* 793 A, y Aristóteles, *Retórica* I 13; este último distingue dentro de la ley no escrita dos variedades: general y particular. <<

[287] Desde el mismo comienzo de su discurso, Esquines prevenía a los jueces contra los efectos de la elocuencia de Demóstenes; cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 16. Más adelante tachaba a nuestro orador de embaucador y farsante; cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 207. <<

[288] Había un refrán antiguo aludido por Solón al referirse a Atenas como si fuese un barco fondeado con dos anclas (cf. PLUTARCO, *Vida de Solón*), que recoge ahora Demóstenes. Cf. HARPOCRACIÓN, *s. v. ouk epí*, etc.; APOSTOLIO, XIII 55 (en E. L. A LEUTSCH, *Corpus Paroemiographorum Graecorum*, reimpr., Hildesheim, 1958, II, pág. 591). <<

[289] Esquines, Démades (quien dio nombre a la paz) y, probablemente, Foción acudieron junto a Filipo para concretar la paz después de Queronea. Cf., acerca de la intervención de Démades, DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 185. <<

[290] Estas maldiciones integraban el ceremonial religioso que se oficiaba antes de celebrar una reunión del Consejo o la Asamblea. Cf. DEMÓSTENES, *Contra Aristócrates* 97; *Sobre la embajada fraudulenta* 70. <<

[291] Tambores y címbalos eran instrumentos que no podían faltar en las ceremonias de cultos orgiásticos asiáticos (más concretamente, frigios). Cf. EURÍPIDES, *Bacantes* 58; *Helena* 1346 y sig.; ARISTÓFANES, *Lisístrata* 388. <<

[292] Esquines dejó dicho, en *Contra Ctesifonte* 227, que había desempeñado el oficio de embajador en defensa y para salvación de la ciudad. <<

[293] El discurso epitafio o funerario en honor de los caídos en una batalla se institucionalizó en Atenas, según Diodoro Sículo, después de las Guerras Médicas (cf. DIODORO SÍCULO, XI 33). Piénsese, a título de ejemplos ilustrativos, en el de Hiperides, elogio fúnebre en honor de los muertos en la Guerra Lamia (322 a. C.), el atribuido a Lisias (II), de dudosa autenticidad, o el que figura en el *Corpus Demosthenicum* (LX), cuya adjudicación a Demóstenes es discutida. <<

[294] Este personaje, mencionado por Esquines en *Contra Ctesifonte* 25, formaba parte, juntamente con Démades y Pitocles, del partido promacedonio de Atenas. Según informa Plutarco en la *Vida de Foción* 33-35, Hegemón, Foción, Pitocles y otros fueron condenados a muerte por votación de la Asamblea ateniense en el 317 a. C. <<

[295] Partidario de Filipo; cf. DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta* 225, 314. Véase nota anterior. <<

[296] Los juicios por homicidio se celebraban en Atenas al aire libre, con el fin de que ni los jueces ni el denunciante estuvieran bajo el mismo techo que el acusado. <<

[297] Filipo invitó a los embajadores atenienses a participar con él en un banquete. Cf. Teopompo, citado por ATENEO, *Deipnosofistas* X 435 B. <<

[298] Refiere Plutarco que, inmediatamente después de la victoria, Filipo, exultante hasta la insolencia y borracho, se puso a danzar entre los muertos y a cantar, siguiendo el ritmo yámbico, las primeras palabras del famoso «decreto de Demóstenes». Cf. PLUTARCO, *Vida de Demóstenes* 20. <<

[299] Un comité formado por parientes de los caídos se encargaba del funeral público. Los miembros del comité eran escogidos por el pueblo. <<

[300] Este epigrama, poéticamente flojo y de composición bastante chapucera, contiene un verso, el número nueve, de cuya autenticidad no cabe la menor duda, porque lo cita Demóstenes en el párrafo doscientos noventa. Pero, además, frente al carácter apócrifo de los documentos introducidos en este discurso, este epigrama pasa hoy por ser auténtico en su totalidad. Cf. P. FRIEDLÄNDER, «Geschichtswende im Gedicht», *StudIT* 5 (1938), 110-117. <<

[301] Esquines, en el proemio de su discusión de acusación contra Ctesifonte, había hecho un elogio de la ley, el derecho y la *graphḗ paranómōn* como baluartes del estado y la democracia; cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 1-8. <<

[302] Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 280. <<

[303] Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 23 y 228. <<

[304] Así, por ejemplo, en los *Olintíacos* y en *Contra Filipo*. <<

[305] Comienza aquí la famosa «lista negra» de traidores que defendieron la causa de Filipo. Dáoco y Trasidao fueron los embajadores tesalios que Filipo envió a Tebas en el 339 a. C. Cf. Plutarco, *Vida de Demóstenes* 18. De Trasidao dijo Teopompo (en Ateneo, *Deipnosofistas* VI 249 C) que era «de poca talla por lo que a juicio se refería, pero una grandísimo adulador». Jerónimo aparece mencionado en Demóstenes, *Sobre la embajada fraudulenta* 11, y en los escolios aparece como discípulo de Isócrates. Los hijos de Filíades son mencionados en PSEUDO-Demóstenes, *Sobre el tratado con Alejandro* 4-7; se dice en ese pasaje que Alejandro los restauró en el poder supremo de Mesenia, del que habían sido expulsados por el pueblo. Perilo y Pteodoro aparecen mencionados en Demóstenes, *Sobre la embajada fraudulenta* 295; y Perilo, Timolao y Arístrato en Demóstenes, *Sobre la corona* 48. Hiparco y Clitarco fueron impuestos, en calidad de tiranos, en Eubea por Filipo alrededor del343 a. C.; cf. *Contra Filipo, III* 57, 58, y *Sobre la corona* 71, 80 y 81. Muchos de los nombres citados en esta lista están recogidos en Harpocración y la *Suda*. Todo este pasaje puede compararse con los §§ 45-49 de este mismo discurso y con Polibio, *Historias* XVII 14. El historiador de Megalópolis censura a Demóstenes por haber llamado traidores a muchos de los personajes nombrados en esta lista, pues opina Polibio que, en especial, los arcadlos y mesemos obraron movidos por los intereses de sus respectivas patrias que no coincidían con los de Atenas. Cf. Polibio, *Historias* XVII 13-15. <<

[306] Este mismo insulto lo aplica Demóstenes a Filipo, en *Sobre la embajada fraudulenta* 305. <<

[307] Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 236. <<

[308] Famoso pasaje citado por los tratadistas de retórica y recogido parcialmente en el *Argumento* de Libanio. **<<**

[309] El circuito del Pireo fue asignado a la tribu Pandiónide, a la que pertenecía Demóstenes. <<

[310] Fueron éstos dos generales tebanos, a saber: Próxeno, que había sido comandante en jefe de las tropas mercenarias derrotadas por Filipo en Anfisa, y Teágenes, que mandó una falange en Queronea. Ambos quedan malparados en DINARCO, *Contra Demóstenes* 74. <<

[311] Cf. *Sobre la corona* 63, 64. <<

[312] Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 215. **<<**

[313] A Dinarco le aprovechó mucho este pasaje de Demóstenes, pues cuando ataca a nuestro orador se nota claramente que se sirve de él; cf. DINARCO, *Contra Demóstenes* 96. <<

[314] Donaciones de este tipo se hicieron después de la batalla de Queronea y, de nuevo, cuando Alejandro dispuso su ataque a Tebas (cf. DEMÓSTENES, *Contra Formión* 38). <<

[315] Esquines atacó a la ley trierárquica, no cuando fue decretada, en el 340 a. C., sino con posterioridad a la batalla de Queronea, pues Demóstenes afirma (*Sobre la corona* 107) que, a lo largo de toda la guerra, los trierarcos acataron sin protesta dicha ley. <<

[316] Este Teocrines fue, primeramente, actor trágico y, luego, sicofanta. Cf. HARPOCRACIÓN, *s. v. Theokrines*. Cf. el discurso LXVII del *Corpus Demosthenicum*. <<

[317] Esquines tenía dos hermanos, uno mayor que él, Filócares, que fue elegido general tres años consecutivos, y otro más joven, Afobeto, que fue, como embajador, a la corte del rey persa. Del primero habla Esquines (cf. ESQUINES, *Sobre la embajada fraudulenta* 149) en términos elogiosos. A ambos hace referencia Demóstenes, pero ni en plan de elogio ni de reproche (cf. DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta* 237, 249). En este pasaje nuestro orador alude probablemente a Afobeto. <<

[318] Este personaje fue elegido en calidad de ateniense que había vuelto vencedor de los Juegos Olímpicos. Glauco fue uno de los más famosos boxeadores de la época de las Guerras Médicas; obtuvo una victoria en los Juegos Olímpicos, dos en los Píticos, ocho en los Ñemeos y también ocho en los ístmicos. Pausanias vio su estatua en Olimpia; cf. PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* VI 10, 1-3. <<

[319] Alejandro reclamó de Atenas la extradición de los oradores en el 335 a. C. con el propósito de someterlos a juicio ante el Consejo anfictiónico: cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 161. <<

[320] Se refiere Demóstenes a los sicofantas mencionados en *Sobre la corona* 249: Sosicles, Diondas, Melanto, etc. <<

[321] Es decir: los macedonios, del mismo modo que la voz *héteros* («otro» entre dos) se refiere a Alejandro en *Sobre la corona* 320 (en este último caso aparece la forma *héteron* en acusativo). <<

[322] Se refiere Demóstenes a los éxitos obtenidos por el rey espartano Agis en la revuelta que capitaneó contra Macedonia en el 330 a. C. Diodoro afirma que en esta insurrección no participó Atenas, pero Esquines cita palabras de Demóstenes con las que éste afirmaba la participación de la ciudad en la mencionada rebelión; Diodoro Sículo, XVII 63; Esquines, *Contra Ctesifonte* 167. <<